Leo Talamonti

UNIVERSO PROHIBIDO



No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos.
DINO BUZZATI

(EDICION ILUSTRADA)

PRIMERA PARTE

VIAJE A LAS FRONTERAS DE LA MENTE

SEGUNDA PARTE

LAS FUENTES DESCONOCIDAS DEL SABER

TERCERA PARTE

LAS EXCURSIONES MAS ALLA DE LA FRONTERA

Cuarta Parte

EL PASADO QUE AFLORA EN EL PRESENTE

Quinta Parte

LA RELACIÓN MÁGICA CON EL MUNDO EXTERIOR

Sexta Parte

LA MENTE DIFUSA

APÉNDICE

Cuántos y cuáles sean los fenómenos de naturaleza excepcional no clasificables aún en los esquemas oficiales de la Ciencia, se revela precisamente en este libro, donde se concede a la Naturaleza todo el crédito a que tiene derecho y que otros arbitrariamente le niegan; a la Naturaleza en sus aspectos más misteriosos e imprevisibles, que aún esperan ser reconocidos e interpretados. Quien aprecie las audacias del pensamiento, considerará las hipótesis enunciadas en este libro.

"No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos." (DINO BUZZATI)

Otros Mundos

«Hay otros mundos,
pero están en éste»

ELUARD

Leo Talamonti

UNIVERSO PROHIBIDO



PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
UNIVERSO PROIBITO

Traducción de
VICENTE VILLACAMPA

Primera edición: Febrero, 1970

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en italiano con el titulo de
UNIVERSO PROIBITO

Printed in Spain — Impreso en España
Depósito Legal: B. 6.510-1970

PREFACIO

Antes de hablar de este libro y de la utilísima función que está llamado a desempeñar, debo permitirme algunas necesarias referencias a mis experiencias recientes y lejanas. Y comienzo con una consideración actual. Parece casi increíble la tenacidad de los prejuicios enraizados en algunos divulgadores científicos, que se consideran autorizados a afirmar, con la mayor gravedad, la inexistencia de ciertos hechos, por otra parte ampliamente comprobados, si bien no aceptados aún por la ciencia considerada oficial. De esta inextirpable tendencia a la negación arbitraria puedo, por lo que a mí respecta, aducir dos ejemplos válidos.

A finales del lejano 1912 tuve ocasión de hacer, lo mismo que numerosos científicos «oficiales» de varios países, un estudio minucioso, *in situ*, de los famosos «caballos pensantes» de Elberfeld, en Alemania. Omito repetir aquí lo que pienso acerca de aquel «pensamiento» equino, y me contento con consignar que «todos» los estudiosos reunidos en Elberfeld (entre ellos había algunos de gran fama) declararon, sin excepción —por escrito—, tras las «pruebas concluyentes» efectuadas por mí mismo y luego por los demás, que las «respuestas» dadas por aquellos caballos se obtenían «en ausencia de señales» de cualquier género por parte de su dueño o de los asistentes, asimismo «ignorantes» uno y los otros del problema propuesto respectivamente al sujeto examinado. Pues bien, hace poco tiempo, el «redactor científico» de una notable revista italiana fue capaz de escribir que «como todos saben» (!), los famosos caballos «sólo respondían» guiados por las señales de su amo.

Segundo ejemplo. En un semanario de gran tirada, y precisamente en una rúbrica de «divulgación científica», no hace mucho he llegado a leer una afirmación en extremo perentoria acerca de «la existencia de los fantasmas y la necesidad de atribuir las creencias relativas a los mismos a la supervivencia de necias supersticiones». Opinión sin duda respetable como otra cualquiera, si no fuera por el tono de absoluta gravedad del escrito, y por el hecho de que éste no dejaba ningún margen a la opinión contraria y, menos aún, a aquel saludable género de duda que se ha dado en llamar filosófica. Pero yo «he visto, oído y tocado fantasmas» hasta la saciedad (o, mejor, ellos me han tocado a mí), en condiciones de «absoluto control» objetivo, y sin la menor carga emocional o afectiva por mi parte.

Sucedió en Varsovia en 1923, en ocasión del II Congreso internacional de Investigaciones psíquicas allí reunido, y que tuve el honor de presidir. En una larga y privadísima sesión que pude mantener con el médium Guzik, «sostenido fuertemente» por mí y sumido en trance con inconsciencia total (un médico amigo

mío sostenía bien firme la otra mano del médium y controlaba su estado psicofísico), no tardaron en producirse numerosos fantasmas luminosos, materializados hasta medio busto y con atavíos diversos, masculinos y femeninos, nitidísimos hasta en los menores detalles, revoloteando levemente en torno a mi cabeza, susurrándome al oído frases de bienvenida (de lo más trivial) y besándome repetidamente la frente. Particularidad de gran interés: las fases de la formación de esos fantasmas, hasta el punto de hacerse muy visibles en la oscuridad del ambiente mediante la luz emitida por ellos mismos, respondían con exactitud a las que, muchos años después, en el lejano México, fueron establecidas por Gutierre Tibón en una relación muy circunstanciada y perfectamente objetiva que el lector encontrará referida en un capítulo de este libro.

Así, pues, que nadie venga a decirme, con afirmaciones apodícticas, que ciertas cosas «no existen», cuando, por experiencia propia, ha sido bien establecida su existencia. Pero, bien entendido, no se le pueden echar demasiadas culpas a un divulgador por reflejar los prejuicios corrientes. Desde el punto de vista de cierto intelectualismo de postura, la situación de ese divulgador es, sin duda, la más fácil, aparte de que es la destinada a atraerse casi universales simpatías, en una época que celebra con fervor los triunfos de la ciencia, aun ignorando, por lo general, cuáles sean con exactitud las tareas, los límites y las posibilidades reales de la investigación científica.

Tanto mayor es, por ello, mi complacencia al ver publicada una obra como la presente, tan llena de agilidad y tan falta de prejuicios, que hace justicia a los aspectos ignorados de la Naturaleza y que demuestra cuán infundadas y preconcebidas son las negativas de los escépticos a la vista de ciertos fenómenos raros e inexplicables. El libro se debe a la pluma de un periodista empeñado, desde hace muchos años, en el estudio y en el tratamiento de cierta problemática científica que incluye, en particular, la fenomenología paranormal. Se trata de una obra esencialmente divulgadora, en el sentido de que se propone, en su clara simplicidad, poner la delicadísima, y en algunos aspectos candente, materia parapsicológica al alcance de quien aún ignora la existencia de su problemática o está mal informado. El lector verá con cuánta eficacia se cumple este propósito.

Por otra parte, sería desconocer algunos méritos fundamentales de este libro si nos limitáramos a considerarlo exclusivamente desde el punto de vista de su simple y notable eficacia divulgadora. No obstante las naturales exuberancias propias de un estilo desenvuelto y brillante —como conviene, precisamente, al divulgador—, y no obstante el escaso respeto que siente por la terminología oficial, así como por los

acostumbrados criterios de distribución de la materia, es innegable la seriedad científica que inspira esta obra, seriedad que aún se pone más de manifiesto por las justas preocupaciones epistemológicas del autor. Entre los motivos fundamentales a los que tales preocupaciones parecen vinculados, hay que señalar, en primer lugar, la visión unitaria que tiene el autor de «un mundo sensible y extrasensible a la vez», visión que la misma ciencia deberá terminar, tarde o temprano, por decidirse a adoptar, para los fines de ese necesario realismo que es *conditio sine qua non* para una exhaustiva y cumplida representación del Universo.

De esta misma visión deriva, asimismo, la concepción de la investigación parapsicológica como un momento muy particular en la historia del pensamiento científico, caracterizado por las primeras y aún dudosas tentativas para superar cierta actitud muy difusa que puede definirse bien como «nuevo aristotelismo», puesto que tiende a negar apriorísticamente algunos aspectos de la Naturaleza o se niega, al menos, a considerarlos como posible objeto de ciencia. De ahí una problemática sutil que, sin perjudicar nunca la exposición, se propone, empero, individualizar y discutir las razones profundas de semejante actitud retrógrada, encuadrándola en el pensamiento y en las costumbres de nuestra época.

He aquí por qué creo poder afirmar que este libro va mucho más allá de su función puramente divulgadora, y tiene algo notable que decir incluso al restringido público de los parapsicólogos y de cuantos sienten un verdadero interés (sin prejuicios) por ciertos problemas básicos de la filosofía de la ciencia. Espero que aquéllos no dejarán de encontrar esta obra, al menos, «estimulante», en razón de las mismas perspectivas que abre, de los principios y reflexiones que sugiere, de las insospechadas y, empero, convincentes conexiones que descubre en fenómenos clasificados usualmente en categorías separadas. Libro en verdad «informativo», pues, en el sentido más rico del término y para cualquier lector serio, acerca de lo desconocido que hay en nosotros y en torno a nosotros. Si la ciencia quisiera desconocer esta vasta extensión de «desconocido natural», no haría sino abandonarla a las más deplorables interpretaciones extracientíficas, con daño acaso irremediable para el progreso del conocimiento humano.

Que en este campo existen dificultades de método y de verificación, es muy cierto e incluso natural, tratándose de fenómenos excepcionales y reproducibles tan sólo a favor de circunstancias, a su vez insólitas. Así, por ejemplo —en el caso de la producción de fantasmas—, la disponibilidad de un médium de efectos físicos. Tipos como Guzik, el protagonista del episodio de Varsovia que he referido, no son frecuentes, es cierto. Pero sería una pena que la investigación científica se dejara detener por las dificultades de método, y aún sería peor si tratara de suprimir el problema de los fenómenos raros (a los que el profesor Giorgio Piccardi llama

«esporádicos») y, sin más, negarlos en bloque tomando como pretexto la dudosa autenticidad de cualquier episodio aislado. Así sucedió, por ejemplo, a propósito de las célebres experiencias de Sir William Crookes con la médium Florence Cook, desacreditadas por Trevor H. Hall con argumentos sobre los que, sin embargo, las sucesivas revisiones de Osmond y Zorab han arrojado una luz por lo menos de duda.

La tendencia a suprimir o arrinconar, con pretextos varios, los problemas planteados por esta clase de fenómenos es una de tantas debilidades humanas, y como tal, muy comprensible. Pero no es justificable, sobre todo cuando es expresada al nivel de estudiosos calificados. Esa tendencia nos dice, en sustancia, que el hombre moderno también sufre terrores irracionales, como les sucedía a sus lejanos antepasados. El hombre de otros tiempos estuvo, en efecto, obsesionado por los aspectos, para él inexplicables, de la Naturaleza, en los que veía agitarse fuerzas ocultas y potencialmente amenazadoras. El hombre de hoy también teme lo desconocido, pero por otros motivos, en cuanto que viene a amenazar la solidez de las representaciones que se ha formado del Universo, las cuales deberían ser, según su opinión, definitivas.

De ahí los temores sin fundamento y las resistencias instintivas; de ahí las justificaciones ingeniosas a las que recurren los secuaces de un fácil racionalismo que es, exactamente, la negación de la racionalidad auténtica, es decir, de la que tiene el valor de empeñarse en la comprobación de los propios límites inevitables. Los espíritus simples se forjan la ilusión de que el saber científico ha alcanzado sus más elevadas cúspides, constriñendo a límites muy modestos el ámbito de lo desconocido; pero la realidad es muy distinta, como sabe cualquiera que se ocupe, no digamos de la problemática paranormal, sino de investigación científica en general. Que la ciencia esté llamada a progresar indefinidamente a lo largo de la modesta y segura vía que le compete, es un hecho cierto e innegable, mas justamente por eso su diálogo con lo desconocido jamás podrá agotarse.

En esta eterna confrontación, constituye un acto de renuncia cualquier negativa a tomar en consideración los testimonios directos e indirectos existentes acerca de las innumerables manifestaciones de lo desconocido. La gravedad de esa renuncia no queda, en absoluto, disminuida por los variados pretextos que pueden aducirse, uno de los cuales —el más común— consiste, precisamente, en invalidar con falaces argumentos las documentaciones existentes; y el otro pretexto, más rebuscado, en invocar pretendidas razones metodológicas para limitar la investigación. Ambas son antiguas y persistentes. «Sin embargo —escribía hace cincuenta años Maeterlinck, a propósito de la tendencia a desacreditar los testimonios sobre lo desconocido—, no es menos cierto que al orillar así y deliberadamente aquello que

no va acompañado de certezas matemáticas o judiciales, se corre el riesgo de perder por el camino la mayor parte de las indicaciones que ofrece el gran enigma de este mundo, en sus momentos de desatención o de buena voluntad» (*L'hôte inconnu*, París, 1917).

No es posible, pues, augurar, con el insigne colega Rémy Chauvin, «que se conserve una ciencia "abierta", y que la misma ciencia se dé cuenta de su propia juventud y se purifique de la tendencia a dudar de un hecho tan sólo porque no ve cómo integrarlo en uno de los sistemas provisionales en auge»*.

Cuántos y cuáles sean los fenómenos de naturaleza excepcional aún no clasificables en los esquemas oficiales de la ciencia, se revela precisamente en este libro, donde se concede de buen grado a la Naturaleza todo el crédito a que tiene derecho y que otros arbitrariamente le niegan; a la Naturaleza en sus aspectos más misteriosos e imprevisibles, que aún esperan ser reconocidos e interpretados. Pero —se añade— «este crédito se concede, sin embargo, sin imprudencias ni fanatismos», como lo demuestra el hecho de que el autor no manifiesta nunca una afirmación perentoria, y que deja, antes bien, el campo abierto a las diversas hipótesis, aunque discutiéndolas adecuadamente y proponiendo —en forma de discretas sugerencias, pero sostenidas por consideraciones objetivas— una interpretación propia unitaria en cuanto a tendencia, que llega a configurarse en un sugestivo esquema de conjunto.

Característica fundamental de tal esquema es la comprobación de que los fenómenos paranormales son, todos, reducibles al común denominador de algunos estados de conciencia peculiares (*oníricos* o, al menos, *oniroides*), en virtud de los cuales algunos sujetos consiguen movilizar las facultades latentes en el yo y ponerse en relación directa con las leyes de un universo más fundamental que el sensible. Para demostrar que no se trata de una concepción arbitraria, están las múltiples interferencias (rigurosamente demostradas en el libro) de este universo «más amplio» que el ordinario, cuyas leyes, de hecho, dejan de ser operantes cada vez que se manifiestan las de aquél.

Queda planteado el problema de la naturaleza de este universo fundamental al que la mente consciente no puede acceder, en tanto que sí accede con entera libertad el inconsciente. Y aquí el autor no puede sino apoyarse en hipótesis e intuiciones de diverso origen y naturaleza —unas, psicológicas; otras, fisicomatemáticas— que podrían, sin embargo, integrarse recíprocamente. Todo esto conduce de nuevo la problemática paranormal a sus raíces metafísicas, según una constante tendencia del autor. El cual, en efecto, no pierde ocasión para establecer cualquier posible relación entre los resultados de la observación parapsicológica y las corrientes más

audaces del pensamiento científico contemporáneo, a las que debemos que la ciencia (incluso la física) vaya alejándose de continuo de las viejas concepciones rígidamente ancladas en el racionalismo cartesiano.

Acaso la parapsicología no pueda afianzarse definitivamente en el ámbito del saber oficial, sino en la medida en que los residuos de tales concepciones hayan perdido terreno paulatinamente, a favor de las vanguardias más avanzadas de las fuerzas académicas. En este sentido, creo que la parapsicología puede considerarse como una ciencia del porvenir más que como una ciencia de hoy, pero está claro que es preciso sentar sus bases desde ahora, sin dejarse envolver en compromisos equívocos y peligrosos con una mentalidad académica inevitablemente avara en sus concesiones. Por otra parte, la ciencia debe demasiado al pensamiento no conformista, como para que cualquier espíritu abierto no se augure que precisamente sea esta naciente ciencia parapsicológica la que se beneficie de sus mejores empresas creadoras.

Quien aprecie las audacias de pensamiento —cuando no estén divorciadas, por supuesto, del indispensable equilibrio— deseará considerar, pues, con interés algunas hipótesis enunciadas en este libro, empezando por aquélla —hoy compartida por eminentes psicólogos y psiquiatras— según la cual el inconsciente posee una «polaridad luminosa» que aguarda aún ser descubierta y valorada; hipótesis conectada, a su vez, con otra en virtud de la cual las facultades paranormales podrían ser, no ya la expresión de regresiones atávicas, como en la actualidad se tiende a creer, sino las manifestaciones transitorias de una tentativa en acto de la Naturaleza para conducir al hombre hacia una fase evolutiva superior. La idea original, que opino merece ser tomada en seria consideración, es que la evolución humana puede conducir a una coordinación más estable entre las facultades primordiales de la *paleopsique* y las más recientes, filogenéticamente, de la conciencia; y que la primera expresión, aunque sea imperfecta, de tal aspecto funcional, deba reconocerse en las facultades de aquellos raros sujetos (psicotécnicos, calculadores mentales, etcétera), que demuestran poder controlar en plena conciencia las facultades suprarracionales latentes en el inconsciente. No menos estimulante es la hipótesis de una posible función biológica del efecto psicocinético como componente natural, aunque sea modestísimo, de cualquier manifestación volitiva, e incluso la hipótesis que tiende a reagrupar en una sola visión los fenómenos de «contacto con el pasado»: de los sueños retrospectivos a la psicometría, a las manifestaciones espiritoides y a lo que el autor llama «las transferencias de conocimiento y de personalidad».

Y con esto termino, para no robar al lector el placer de realizar sus descubrimientos. La lectura de este trabajo no habrá sido inútil, pienso, si, al menos,

ha hecho brillar la sospecha, si no la certidumbre, de que la ciencia oficial no lo explica todo, y de que el misterio que nos circunda es mucho más vasto de lo que comúnmente se cree.

WILLIAM MACKENZIE.

(Antiguo profesor de filosofía de la biología de la Universidad de Ginebra. Presidente honorario de la Società Italiana di Parapsicología.*)*

INTRODUCCION

UN LIBRO QUE PRETENDE SUSCITAR DUDAS

Este libro ha nacido de una serie de incursiones en ese mundo colorista y vario al que pertenecen los sensitivos, los clarividentes y los médiums: un mundo que el público sólo conoce en su superficie, a través de las inevitables deformaciones de perspectiva creadas por los prejuicios corrientes. ¿Poseen o no esas personas facultades insólitas? La mayoría sostiene que éstas son puramente ilusorias, y otros suponen que, a menudo, si no siempre, tales facultades encubren las artimañas de la exageración o de la astucia, cuando no presuponen, sin más, la explotación sistemática de la credulidad humana. Pero hay personas, también, que están convencidas de que los sujetos a quienes nos referimos, o al menos algunos de ellos, se hallan de verdad en contacto con un tipo de realidad sustraída al dominio de los sentidos, y susceptible de ser interpretada de varias maneras, según las concepciones naturales o extranaturales de cada cual.

En medio de este cúmulo de opiniones contrastadas, yo me he situado como un observador independiente de escuelas y tradiciones, impulsado exclusivamente por cierto tipo de curiosidad del que no creo tener que avergonzarme, desde el momento que se identifica ésta con el antiguo y humanísimo deseo de ver claro en las cosas confusas. No creo tener ninguna necesidad particular de nutrirme de la llamada «fascinación de lo desconocido». Sin embargo, soy lo bastante falto de prejuicios como para creer en la existencia de realidades insólitas e inexplicables, puesto que los hechos me dan testimonio de ellas. Y ya que ha sido así, y los hechos, por añadidura, me han abierto la perspectiva de la existencia de una «dimensión mágica» de la realidad, he querido rendir cuenta de ello, desde el primer momento, en conferencias y artículos muy numerosos; estos últimos han visto la luz en tiempos y periódicos diversos, y, luego, en este libro, donde mis comprobaciones —convalidadas por muchos testimonios análogos existentes para delinear un esquema de conjunto que refleja una visión bien precisa en cuanto que en ella se tienen en cuenta ciertas premisas epistemológicas, así como algunos avances del pensamiento científico más actual.

Hasta aquí, las intenciones. En cuanto a los resultados, el lector juzgará. Un hecho es cierto, y es que el libro va decididamente contra corriente, desde el momento en que me permito afirmar que los hombres dotados de facultades insólitas e inexplicables «existen en realidad», si bien son tan raros que cualquier

escepticismo por parte de los no informados resulta comprensible. Antes aún de considerar los fascinantes problemas planteados por su existencia, importa destacar que el hecho mismo de ocuparse de tales cosas es contrario al espíritu de los tiempos. Y puesto que nadie puede efectuar impunemente comprobaciones que contrasten con los lugares comunes de procedencia más o menos académica, será preciso esperar cierto número de anatemas y acusaciones que provendrán de este o aquel personaje, acostumbrado a considerarse como el único intérprete autorizado de la ortodoxia científica. Son figuras notables cuya ilimitada presunción es conocida. Además, se sabe qué intereses deben defender, y por eso mismo sus rutinarias furias ya no causan la menor impresión.

Pero, ¿es posible —gritarán esos hombres— que alguien sostenga todavía hoy que es posible indagar fuera de los laboratorios, ridiculizando el sagrado ritual de los métodos «ortodoxos» de investigación? ¿Es posible que alguien sitúe en el mismo plano un hecho verificado «científicamente» y un hecho puro y simple, tal vez referido por gente extraña a las filas de la ciencia, o acaso por algún científico respetable en el ámbito de su especialidad, pero «inmaduro» para este tipo de investigaciones? ¡Graves ligerezas, vive Dios! Y no menos escandalosa es la independencia demostrada respecto a la terminología usual y a las tradicionales divisiones de la materia, para no hablar del estilo ligero, desenvuelto y voluntariamente desprovisto de hermetismos, lo cual, ciertamente, no concuerda con la seriedad de una problemática delicada, cuyo tratamiento debería estar rigurosamente prohibido a los «no adeptos de los trabajos».

Las respuestas a estas previsibles impugnaciones se encuentran en las líneas y entre líneas del libro. Aquí bastará con indicar que el tiempo de las castas sacerdotales iniciáticas —únicas depositarias del saber científico— está ya muy superado, motivo por el cual causaría irrisión hoy quien pretendiera erigirse en «pontífice infalible» en un sector cualquiera del conocimiento, y de modo particular en éste, donde todo es aún opinable e incierto. Añado que soy el primero en reconocer que he dejado de lado alegremente algunas convenciones de valor discutible, por causa de otras exigencias que, desde mi punto de vista, contaban más; entre ellas, en primer lugar, las de la «semántica divulgadora», que tiene sus propias leyes y una función muy respetable. Lo importante, para mí, era conseguir suscitar cierta curiosidad no exenta de reflexión sobre cierto orden de problemas que la mentalidad moderna ha enterrado desde hace tiempo bajo un alud de prejuicios.

He aquí por qué el presente trabajo, lejos de querer proclamar solemnemente esta o aquella «verdad», tiende más bien a suscitar dudas sobre la validez de algunas certezas presumidas, y en vez de proponer soluciones definitivas a propósito de los muchos misterios que aún subsisten, se contenta con atraer la atención acerca de su

existencia y, más aún, sobre las dificultades que se oponen a su solución. Dadas estas premisas, quedaré agradecido a quien desee expresarme gentilmente críticas y divergencias, lo cual es una manera como otra de colaborar. Y en cuanto a los «furibundos» (cuya misma agresividad debería parecer sospechosa) y a cualquier otra manifestación de intolerancia o de altanería, no se dude de que serán rebatidas en su tiempo y lugar, y con argumentos de segura eficacia. Doy las gracias de modo particular a cuantos me han suministrado, aun sin quererlo y saberlo, noticias y datos que, a los fines del presente trabajo, han resultado utilísimos, y de los que he citado debidamente la procedencia (otra violación de costumbres más bien difundidas).

PRIMERA PARTE

VIAJE A LAS FRONTERAS DE LA MENTE

CAPÍTULO PRIMERO
EN PRINCIPIO ERA EL SUEÑO

Muy a menudo se nos pregunta en que momento se sueña: si de día, entre las continuas ilusiones, o bien de noche, cuando el reino del sueño nos transmite, dulce y continuamente, la verdad y la realidad.

ANIA TEILLARD.

Poco a poco, el sueño y su simbolismo se están convirtiendo en un punto obligado de paso hacia el conocimiento de la estructura misma del Universo.

MARIANNE VERNEUIL.

Dos tipos diversos de conciencia

Antes de exponer unos hechos de alcance teórico nada despreciable, será oportuno delinear brevemente algunas consideraciones de carácter general. Hay preguntas ambiciosas que el hombre va formulándose a sí mismo de manera implícita o explícita desde tiempo inmemorial, y entre ellas, éstas: ¿Quiénes somos? ¿Cuáles son las características sobresalientes de la personalidad humana y los límites de sus posibilidades? ¿En qué tipo de universo se inscribe nuestra existencia? Podrían citarse algunas más, pero, por ahora, limitémonos a éstas. Según cada visión particular, a tales preguntas se han dado respuestas muy variadas, comprendida la de una presunta imposibilidad o inutilidad de la respuesta, y siempre pueden buscarse nuevas. Si nos basamos —por ejemplo— sobre tales consideraciones psicológicas, «puede observarse que cada respuesta posible depende del tipo de conciencia que se desea considerar».

Atendiendo a cuanto nos sugiere nuestra conciencia diurna —que está en relación directa con nuestro mundo externo, y controla los movimientos voluntarios de nuestro organismo—, somos seres caracterizados por sólo tres dimensiones espaciales, y únicamente por medio de los sentidos podemos recibir informaciones del ambiente. Como todo cuanto se halla encerrado en el universo sensible, estamos, pues, sujetos a las inexorables restricciones del espacio, amén de al flujo no menos inexorable del tiempo. Son cosas tan obvias que no valdría la pena hablar de ellas si no fuera por la necesidad de poner de manifiesto un tipo

distinto de respuesta que puede darse a las mismas preguntas fundamentales con tal de que se planteen desde un punto de vista diferente, es decir, si se toma en consideración, no la conciencia ordinaria (diurna), sino un tipo distinto de conciencia que se manifiesta, a veces, en algunos sueños de características especiales.

Según lo que resultará de los hechos que iremos examinando poco a poco, los procesos mentales de este otro tipo de conciencia están desvinculados de la lógica corriente; aparte de sus percepciones, son independientes de los sentidos, libres de las restricciones del espacio y, por fin, desligados de las del tiempo. El hecho de que se trate de fenómenos subjetivos no implica necesariamente que sean ilusorios, dado que es posible, a veces, establecer referencias precisas entre ese tipo de percepciones y los aspectos de la realidad ordinaria a los que se refieren. No se trata de que el lector nos crea sin más, pues él podrá formar juicio de la validez de tales asertos sobre la base de los hechos, y entonces acaso esté en posición de responder con mayor conocimiento de causa a aquellas antiguas preguntas poco antes bosquejadas, así como a alguna otra no menos importante.

Por ejemplo, ésta: ¿Debemos considerar como nuestra «verdadera» existencia sólo la diurna, que se refiere a cierto tipo de realidad más familiar para nosotros? Según tal hipótesis, ¿cómo hay que considerar el distinto tipo de existencia vinculado a la conciencia onírica? ¿Puede llamarse realidad aquella en la que nos parece que nos movemos en el sueño? Y, en caso afirmativo, ¿en qué difiere de la otra?[1]. También éstas son viejas preguntas que aguardan alguna respuesta más o menos definitiva, pero no se trata de apresurarse a darla sin haber tomado primero en consideración todo un conjunto de hechos y reflexiones que podrían orientar nuestro juicio.

Los hechos de los que hablábamos gravitan todos en el ámbito de aquel misterioso mundo nocturno en el que entramos a través de la puerta de los sueños, y que parece sustraerse sistemáticamente al control de la conciencia ordinaria. Para muchos, en efecto, la idea de esta nuestra vida nocturna es la misma del vacío, de la ausencia psíquica y de la inconsciencia, pero no es una idea precisa. Psicólogos, filósofos y médicos han advertido hace tiempo que la mente consciente es sólo una pequeña parte del psiquismo total; que existe una vida psíquica llamada con impropiedad «inconsciente», la cual, en el concepto de muchos, sería sin duda anterior a la misma vida consciente, aparte de más fundamental que ella[2]. Y esta actividad psíquica «inconsciente» actúa de protagonista cuando la otra, en el sueño, le cede su sitio.

El hecho de que el inconsciente discurra como un río subterráneo por los vacíos

meandros del subsuelo psíquico, no nos autoriza en absoluto a infravalorarlo. La definición de «inconsciente» es relativa según el punto de vista desde el que se enuncia, y puede inducir a error. Escribe un ilustre psicoanalista contemporáneo, Erich Fromm: «El inconsciente sólo es tal en relación con el normal estado de actividad. Cuando se habla de inconsciente, en realidad se dice tan sólo que cierta experiencia es ajena al esquema mental que subsiste cuando se actúa. Por consiguiente, se considera como un elemento evanescente y extraño, difícil de captar y de recordar. Pero nuestro mundo diurno también es inconsciente respecto de nuestra experiencia onírica, como lo es el mundo nocturno respecto de nuestra experiencia durante la vigilia… *Se trata, simplemente, de diversos estados mentales que se refieren a modalidades existenciales diferentes*»[3].

He aquí un punto importante para retener, dado que proporciona ya una visión precisa y útil para orientar el juicio, pero es preciso demostrar su fundamento. El único elemento que nos permite valorar la importancia de este psiquismo nocturno e inconsciente viene representado por la sutilísima vía de los sueños o, para mejor decir, por la pequeña parte de éstos que deja algún rastro en nuestra memoria consciente. La idea corriente acerca de los sueños es que se trata, en la mayoría de los casos, de imágenes fragmentarias, confusas y enigmáticas, según algunos carentes de toda importancia, y según otros, por el contrario, susceptibles de asumir algún significado revelador respecto al dinamismo profundo del yo, a la luz de enseñanzas ahora clásicas sugeridas por las diversas corrientes psicoanalíticas. Pero, aparte de esta categoría de sueños que podríamos llamar «ordinarios», hay otros, mucho más raros, que se imponen a nuestra atención por ciertas características insólitas, en particular por el hecho de que nos revelan capacidades y conocimientos insospechados por parte del núcleo psíquico dinámico escondido entre los repliegues profundos del yo. El enciclopedista latino Macrobio, en sus *Comentarios*, los llamaba «los grandes sueños».

Los jocosos anuncios nocturnos del futuro

Entre los «grandes sueños» conviene mencionar, ante todo, los precognitivos, que, inexplicablemente, anticipan el conocimiento del futuro. Se ha observado desde tiempo inmemorial que muchos acontecimientos tristes o jocosos se preanuncian en el sueño con imágenes a veces simbólicas y en ocasiones en extremo realistas. De sueños premonitorios nos hablan los textos sagrados de varias religiones, las tradiciones y creencias populares, y el material informativo y documental reunido cuidadosamente por estudiosos que se han especializado en este género de investigaciones[4]. La enorme masa de testimonios acumulados al respecto, y el

examen crítico que de los mismos se ha efectuado, convierte en poco dignas de consideración las negaciones de la existencia de este problema, a no ser las interpretaciones basadas *a priori* sobre la presunción del error, de la mala fe o de la «coincidencia fortuita» entre el acontecimiento soñado y el subsiguiente acontecimiento real.

De relativa frecuencia parecen ser los sueños que anuncian sucesos trágicos o dramáticos, como aquel famoso que hizo presagiar al presidente Lincoln su trágico fin inminente, y el caso no menos famoso (al menos, para los italianos) de don Gaetano Dall'Olio —un joven profesor del seminario de Bolonia—, a quien le fue anunciado en un sueño el próximo fallecimiento del Papa Benedicto XV, y la sucesiva elección para el solio pontificio del cardenal Achille Ratti[5]. De las premoniciones de desventuras (en particular, colectivas), nos ocuparemos profusamente en otro capítulo; aquí, nos limitamos a observar que la aparente relativa frecuencia de los acontecimientos oníricos infaustos puede depender, tan sólo, del hecho de que éstos quedan mucho más impresos en la memoria consciente, acaso en razón de su propio contenido terrorífico o trágico. Y no sólo en la memoria individual, sino también en aquella que se inscribe, a veces con los contornos de la leyenda, en aquel registro de recuerdos que viene representado por la tradición escrita y oral[6].

Vale la pena, pues, ocuparse de los sueños de contenido más alegre. Divertidísimo fue el sueño de Sir Arthur Conan Doyle, que el 4 de abril de 1917 —en plena Primera Guerra Mundial y, precisamente, en el período más infausto para los aliados— averiguó, a través de un sueño, que el desquite definitivo contra la coalición de los Imperios centrales estaría vinculado, de alguna manera, al nombre de un oscuro río que discurría por territorio italiano: el Piave. El escritor estaba tan seguro de que se trataba de un sueño verídico, que quiso mandar su relación a la Sociedad inglesa para las Investigaciones psíquicas; y los hechos, como todos saben, le dieron la razón.

De contenido también jocoso fue el sueño de la doctora B., de Macerata, narrado por la misma protagonista al autor. «Aún no estaba prometida y no conocía a mi futuro marido. Una noche, soñé que me había casado con un joven hacendado que poseía una pequeña villa en el campo, una villa que vi perfectamente en el sueño y que se me quedó muy grabada, a causa de una escalinata exterior y de una terracita construida de cierta manera peculiar. A continuación, encontré a un joven con el que me comprometí y que, luego, se convirtió en mi marido. Poseía una pequeña villa en el campo, que respondía exactamente a la imagen que había tenido de ella en sueños.» Un especialista en materia precognitiva, el profesor Giorgio Zorab, ha recogido los documentos de muchos sueños premonitorios de este tipo, es decir,

que anuncian noviazgos y matrimonios, y también de otros que presagian la riqueza o permiten conseguirla.

Una vez —escribe el profesor—, un modesto ciudadano de Venlio soñó, en no menos de tres ocasiones en el curso de la misma noche, con los números 3, 6, 8 y 4, y cada vez se despertó después de haberlos soñado, para después volver a dormirse. A la vez, una voz desconocida le advertía que, en el próximo sorteo de la lotería nacional, aquellos mismos números obtendrían como premio una fuerte suma. Resulta comprensible que el interesado, al día siguiente, se apresurase a buscar el billete número 3.684, pero resultó que no estaba en Venlio. Para fortuna suya, consiguió hacérselo llegar desde Groninga, y le procuró la suma entonces no despreciable de cinco millones de liras. Y puesto que la historia —también la de los sueños— se repite de una manera que llega a hacerse monótona, he aquí un par de episodios del mismo género ambientados aquí por nosotros.

Hace pocos años, una muchacha de Predore (Bérgamo) soñó que se dirigía al puesto de lotería, llevando consigo un cofrecillo de joyas y unos lingotes de oro. En sueños, encontró al canónigo don Giovanni Gentile —muerto el año anterior—, y he aquí que éste tomó dos lingotes del montón y, luego, dijo: «Mire, si estuviéramos en 1990, este oro valdría cuarenta y un millones.» Al día siguiente, los habitantes de Predore jugaron los números 2, 41 y 90 en la «rueda de Génova», escogida entre las otras porque la sílaba «Gen» figura, asimismo, en el nombre del difunto. El resultado fue que la administración de lotería tuvo que distribuir, en conjunto, veinticinco millones a cierto número de habitantes del pueblecito.

Otro premio «solicitado» por un sueño se verificó hace algunos años en Macerata, y significó dieciséis millones. Como de costumbre, el mensaje enviado al inconsciente era expresado por imágenes, como es ley general del pensamiento onírico. Una señora había soñado con su padre difunto, el cual, desde lo alto de una máquina trilladora, le había dicho: «Este año, el grano es más abundante que en la campaña pasada. Entonces, recogimos sesenta quintales, y ahora conseguiremos setenta. Hasta el momento hemos obtenido sesenta y seis, de modo que aún quedan cuatro.» No es preciso, como se ve, recurrir al psicoanálisis para dar un significado y una función a sueños de simbolismo tan patente. Casos de este tipo se conocen muchísimos, como resulta, entre otras cosas, de un interesante estudio que sobre el tema realizó, en su tiempo, el notable psiquíatra Cesare Lombroso[7].

La noche suprime la barrera del tiempo

Todavía no es el momento de afrontar con argumentos retóricos la problemática

precognitiva, que formularemos a continuación con una visión más amplia. Prosigamos, pues, nuestra reseña de los «grandes sueños». A veces, se trata de sueños muy simples, en cuanto al acontecimiento humano al que se refieren, pero precisamente por ello son de gran interés teórico porque sirven para demostrar que la actividad precognitiva nocturna no siempre está ligada a motivaciones personales de gran relieve, como si la mente se orientase hacia estos «recuerdos del futuro» con la misma indiferencia con que evoca los del pasado. Hay muchísimos episodios que lo demuestran, y uno de ellos —recogido por Trintzius[8]— lo narra el gran Schopenhauer.

Una mañana, habiéndosele derramado casualmente el tintero, el filósofo llamó a la camarera para que limpiara las manchas que la tinta había dejado en el pavimento. Mientras se aplicaba en aquel trabajo, la mujer le contó a su señor que había soñado la misma noche anterior que se encontraba haciendo exactamente aquello, e incluso en el mismo lugar. Al principio, el filósofo se mostró escéptico ante la narración, pero cambió de opinión al cabo de poco cuando se presentó otra camarera que compartía la habitación de la primera, y había oído de ella la misma explicación a primera hora de la mañana. Según Trintzius, este simple episodio podría haber dado pie a Schopenhauer para ciertas meditaciones interesantes acerca de problemas relacionados con el azar, la libertad y el destino.

He aquí cómo la precognición onírica puede obligarnos a ampliar los horizontes de nuestro conocimiento. Por lo demás, los episodios hasta aquí referidos nos muestran que la realidad eminentemente sugestiva del sueño puede tener confrontaciones objetivas y precisas —si bien alejadas en el tiempo— con la realidad diurna, que suele ser considerada como la única «objetiva». Es como decir que la subjetividad de este psiquismo onírico no es, al cabo, tan absoluta e inalcanzable como se creía. Está claro, pues, que fenómenos de este tipo —que acostumbran a ser relegados a la categoría de las cosas marginales y despreciadas, amén de manchadas con la eterna sospecha de inverosimilitud— merecen, por el contrario, una indagación profunda y sistemática, aunque la ciencia los considere indignos de atención. No se trata tampoco de aceptar las clasificaciones científicas apriorísticas en el amplio ámbito en el que el conocimiento no acostumbra a llevar etiqueta alguna, pero que está ansioso de extenderse hasta alcanzar, si ello es posible, las cumbres negadas al sentido común.

El primer estudioso moderno que ha conseguido indagar sobre la precognición onírica con un planteamiento teórico y un método experimental seguro ha sido el inglés J. W. Dunne, un ingeniero especializado en construcciones aeronáuticas. Su libro sobre el tema apareció hace unos cuarenta años[9]. Dunne era, con toda evidencia, un sensitivo, es decir, uno de esos sujetos cuya mente se muestra

singularmente abierta a ciertas percepciones inexplicables que no provienen de los sentidos. Tras haber puesto a punto una técnica que le permitía, apenas despierto, evocar algunos sueños de la noche para transcribirlos después en un Diario, se empeñó en una metódica labor de control para poder determinar cuáles de aquéllos resultaban, a la vista de los hechos (sucesivos), de carácter precognitivo.

Una tarea idéntica les asignó a parientes y amigos deseosos de colaborar, no sin establecer reglas encaminadas a reducir al mínimo los errores de método y de valoración. Después de varios ciclos de experiencias, que llevaron mucho tiempo y mucha tenacidad por parte de cada uno de los experimentadores, reunió, al fin, los datos de sus observaciones y consiguió poder enunciar algunas características generales de la precognición onírica, las cuales, hasta ahora, no sólo no han sido desmentidas por otros estudiosos de la materia, sino que parecen confirmadas, al menos en parte, por ciertas investigaciones más modernas, de las que hablaremos. Su descubrimiento más importante concierne al carácter continuativo —y, por tanto, normal— de la actividad precognitiva nocturna, que sería por completo independiente de la importancia intrínseca de los acontecimientos a propósito de los cuales aquélla se manifiesta.

Según Dunne, todos, de noche, soñamos el futuro, aunque sea en sus aspectos más insignificantes, pero pocos de nosotros lo recordamos. Eso depende, en primer lugar, de una especie de invencible tendencia que posee la conciencia diurna a suprimir, apenas despierta, toda huella residual de las aventuras oníricas, aparte el hecho de que la mente del durmiente «es maestra en el arte de dar falsas interpretaciones a todo cuanto percibe», de donde una falsificación casi sistemática de los sueños precognitivos. El yo onírico tendría, además, la tendencia a mezclar entre sí, por efecto de la ley bien notoria que regula las asociaciones de ideas, dos clases de imágenes que, desde el punto de vista común (o sea, de la conciencia diurna), son absolutamente heterogéneas: las que proceden de las experiencias pasadas y otras relativas a experiencias aún por venir. Con esto se pone de manifiesto otra característica importante de nuestro psiquismo secreto. Diríase que la modalidad existencial del sueño (para utilizar la feliz expresión sugerida por Fromm) nos introduce en un «universo más amplio» del que sentimos, en el que rigen leyes diferentes y más fundamentales. Esta impresión aparece confirmada por la existencia de otro tipo de sueño excepcional que ahora tomaremos en consideración: el que arroja luz sobre la realidad lejana.

El sueño que anula las distancias

Los «grandes sueños» tienen de particular que son en extremo vívidos (lo cual es

signo de una activa participación o «hipervigilancia» de cierta parte de la esfera consciente) y, además, comunican al sujeto una emoción profunda que le empuja, una vez despierto, a hacer algo o, cuando menos, a contar a los demás el asunto soñado[10]. He aquí un insólito episodio referido por Federico Boutet[11]. Un niño de seis años, que duerme en la habitación de los padres, a las once de la noche se despierta y prorrumpe en gritos agudísimos. No hace más que repetir: «¡Se quema…! ¡“La Hêtraye” se quema!» («La Hêtraye» es la propiedad rural en la que el pequeño ha pasado ya muchas vacaciones.)

Consiguen tranquilizarlo y que reanude el sueño, pero es inútil. Apenas se traspone, el niño ve aún arder la casa bien conocida por él, y, entonces, se vuelve a despertar y repite las mismas exclamaciones de temor. Y así hasta las cinco de la madrugada, para consternación de la niñera, de los padres, de algunos vecinos y de un médico, el cual nada puede hacer. Ni siquiera los calmantes consiguen vencer este extraño delirio. Por la mañana, un telegrama procedente de «La Hêtraye» anuncia que un incendio ha destruido la casa de campo, y que no se ha podido dominarlo, porque el agua se había helado en las tuberías durante la noche. El incendio había durado exactamente de las once de la noche a las cinco de la madrugada. He aquí cómo la realidad lejana puede darse a conocer a través de un sueño «verídico» y gracias a un particular estado de conciencia que puede ser considerado como un sueño más intenso, lúcido y potente que los acostumbrados.

Según nos lo atestigua la experiencia común y nos refieren las crónicas, los sueños verídicos son relativamente frecuentes, pero sólo pocos de ellos quedan consignados en la Historia. Está el sueño de Garibaldi, al que le pareció, durante una siestecita, que asistía al funeral de su madre. Esto sucedió el 19 de marzo de 1852, mientras el general se hallaba embarcado en un navío que atravesaba el Pacífico, rumbo a un puerto de Asia. También fue éste un mensaje muy preciso, porque la madre de Garibaldi murió aquel mismo día. No menos puntual resultó el trágico anuncio nocturno que le llegó por los mismos misteriosos caminos a la patriota comasca Giuseppina Perlasco, en el momento en que los austríacos ahorcaban a su enamorado —Luigi Dottesio—, desde hacía tiempo incriminado por conspiración contra el Imperio austrohúngaro.

Era el alba del 11 de octubre de 1851, y Giuseppina dormía en su habitación. En un momento dado, sus familiares la oyeron agitarse en el sueño y gritar con voz desesperada: «¡Luigi mío…! ¡Me lo han matado!» En realidad, la ejecución se había producido en aquel momento, y los familiares lo ignoraban por completo, y hasta el fin habían esperado un acto de clemencia. Quien siga con alguna atención la crónica de los hechos inexplicables, queda inevitablemente impresionado por las analogías que descubre de continuo en acontecimientos que se producen en lugares

y tiempos muy lejanos entre sí. Algunos años atrás, los periódicos italianos dieron cierta notoriedad al caso Alfonsina C., una señora octogenaria de Valenza Po.

Se había despertado en plena noche después de una penosísima pesadilla en la que le había parecido ver a su hija de cincuenta y ocho años, que vivía en Sampierdarena, víctima de los espasmos de la agonía y con las muñecas llenas de sangre. Ya no fue capaz de volver a conciliar el sueño. Se levantó con las primeras luces del alba, y en cuanto pudo partió hacia Sampierdarena, pero para entrar en casa de su hija tuvo que requerir la intervención de la Policía, porque nadie había respondido a las llamadas. El cuerpo de la señorita fue encontrado exánime y con las muñecas cortadas en el suelo de la cocina, en un ambiente saturado de gas. Todo había transcurrido según las macabras reglas del suicidio técnicamente organizado.

Podemos referir con muchos detalles otro caso ocurrido en Miami, en 1961. Se trata de la pesadilla nocturna de una señora que ve el cuerpo de su marido (James A. Young) abandonado en la vía pública, y «sabe» que ha sido asesinado. Pero no haríamos sino repetirnos. Creemos poseer ya indicios suficientes de que el sueño, así como suprime las barreras del tiempo, ignora, asimismo, las del espacio. Para fenómenos como éstos se acostumbra a hablar de telepatía, que se concibe como el efecto de un contacto intermental establecido entre personas lejanas, y es una explicación que conviene muy bien a muchos casos. Pero hay otros en los que no existe (y puede demostrarse) una persona cualquiera a quien poder atribuir la «transmisión» (llamémosla así) de las imágenes captadas por el durmiente, y en tales casos no queda sino hacer remontar los fenómenos de percepción a distancia a un autónomo y no menos misterioso poder cognoscitivo de la psique profunda. Un tema fascinante que deberá ser afrontado en sus muchos aspectos y del que se tratará, en particular, en los capítulos II y VI.

Sugestiva realidad de los sueños compartidos

Una de las manifestaciones más insólitas de nuestro psiquismo secreto consiste en ciertas curiosas aventuras oníricas vividas en común por dos protagonistas, por lo general ligados por un profundo vínculo afectivo. Jetty Brand tenía siete años cuando soñó que su padre, Hirsch, pedía cerveza para calmar su ardentísima sed. El hecho se remonta a 1916, cuando el padre de Jetty estaba en el frente y sobre los pueblos de Europa aún gravitaba de lleno la pesadilla de la Primera Guerra Mundial. Jetty fue, en el sueño, a buscar la cerveza, y se alegró mucho de ver con cuánta satisfacción se la bebía el padre. Fue uno de esos sueños vívidos que exigen, como sabemos, ser contados. Y, en efecto, la niña, apenas despierta, lo narró a su madre.

Al cabo de unos días, llegó una carta del frente. El padre de Jetty explicaba que había sufrido atrozmente a causa de la sed, debido a una interrupción en los suministros de agua, pero que la sed se había apagado de manera inexplicable por efecto de un sueño muy extraño durante el cual le había parecido que se hallaba de regreso en casa y que se le ofrecía un hermoso vaso de cerveza que Jetty había adquirido para él. Acerca de este episodio existe un estudio detallado de G. Schmeidler y E. Frommer[12], del que resulta que las divergencias entre ambas versiones son mínimas. No parece que la hipótesis de la telepatía baste para explicar todos los enigmas que se derivan del caso.

Esta curiosa realidad de los sueños compartidos parece particularmente válida para hacer entrar en crisis una de las convicciones más enraizadas en el sentido común, según el cual los seres humanos serían incapaces de comunicarse entre sí de otro modo que no fueran los usuales medios representados por el lenguaje escrito y hablado. Acaso tenga razón Richet cuando afirma que «nos hallamos en oscura comunión con todos los seres humanos». Y también tiene razón Tyrrell cuando sostiene que ciertos «contenidos psíquicos» pueden darse en común (nosotros diremos «vividos» en común). También éste es un argumento que veremos representarse bajo varias formas a continuación de nuestra reseña, sobre todo, en lo que concierne a cierto género de sueños que pueden producirse incluso con los ojos abiertos si se tiene aptitud para ello.

Testimonios más o menos análogos acerca de los sueños compartidos fueron recogidos en su tiempo por Myers y Flammarion. Pero he aquí un suceso ambientado en Italia, que fue objeto de estudio por parte del profesor Cesare Biondi, quien lo publicó en 1930. Una vez, Giovanni Pascoli y su hermana Mariù tuvieron, la misma noche, un sueño idéntico, en el curso del cual les pareció que sostenían en la mano izquierda un pajarito y que, después, de repente, se encontraban, a la derecha, un insecto repugnante. Por la mañana, el suceso les pareció tan extraordinario que experimentaron la necesidad de registrar su narración en forma de declaración fechada y firmada.

Una gentil y cultivada señora piamontesa, muy conocida incluso fuera de Italia por ciertas actividades artísticas, me ha suministrado amablemente la documentación relativa a una serie de sueños compartidos por ella con su cocinera, que la sirve desde hace muchísimos años. Por lo que advierto, ambas son sensitivas, o sea, que poseen algunas de esas sensibilidades particulares que permiten percibir cierto tipo de realidad situada más allá del umbral de la conciencia ordinaria, lo cual puede explicar muchas cosas. Se tiene, pues, la impresión de que el sueño —o, al menos, algunos sueños— se desarrollan en una esfera de realidad a su modo objetiva, si bien inmaterial, que estaríamos tentados de definir como «dimensión del

sueño», si no fuera por el significado de irrealidad que el uso ha atribuido a la palabra «sueño».

Según el parapsicólogo profesor Hornell Hart, que enseña sociología en la Duke University, los sueños compartidos son mucho más frecuentes de lo que resulta de los escasos testimonios documentales que se tienen[13]. En su opinión, esto se explicaría por el hecho de que todos nosotros recordamos apenas el uno por ciento de nuestros sueños, lo que significa alrededor de un caso sobre diez mil en cuanto a la probabilidad de que dos personas, tras haber compartido el mismo sueño, lo recuerden «ambas» a la mañana siguiente. Puede suceder que se acuerde una sola de las dos, pero, en este caso, el sueño le parecerá uno de tantos triviales devaneos de la mente onírica.

Quiere decirse que no sólo no recordamos nuestros sueños (como ha sido ya revelado por Dunne y otros), sino que ni siquiera estamos capacitados para valorar con exactitud los pocos que retenemos, y todo a causa de aquella especie de telón que nos separa inexorablemente de nuestra vida psíquica nocturna. Es indudable que el telón tiene su razón de ser, pero no es menos cierto que nos impide acceder a los instructivos secretos de ese nuestro psiquismo desconocido. Se concluye de ello (y puede parecer una paradoja) que el escaso conocimiento de nuestros sueños es causa del escaso conocimiento que tenemos de nosotros mismos.

Las saludables advertencias del sueño

Los antiguos tenían en gran honor el misterio del sueño, que consideraban como el instrumento más importante de que dispone la divinidad para relacionarse con la inteligencia humana y señalarle sus propias directrices en un lenguaje simbólico y de interpretación no siempre fácil[14]. Será interesante, a continuación, ver cómo la misma hipótesis, expresada en términos naturalmente distintos, aflora de nuevo en algunas de las más modernas concepciones. Aristóteles escribía: «Desde el momento en que el yo (del durmiente) no puede dirigirse por sí solo, y que su voluntad se manifiesta impotente para regular y coordinar imágenes, sentimientos e impresiones, resulta que el impulso directo de las potencias supremas puede manifestarse abiertamente.»

Hay un primer e interesante indicio de aquella especie de antítesis (acaso hubiera lugar para hablar de aparente irreconciliabilidad de funciones) que existe entre el psiquismo consciente y aquel otro que, de hecho, no puede manifestarse libremente excepto cuando el primero está reducido, por así decirlo, a su mínima expresión. En época romana, Marco Aurelio también sostenía la oportunidad de ser gratos a los

dioses, por las ayudas que éstos tienen la bondad de prestar a los hombres por medio de los sueños. Y el neoplatónico Jámblico —teúrgo, además de filósofo— escribía: «Un espíritu invisible vela durante el sueño junto a las personas que duermen, a fin de alejar de ellas los sufrimientos del alma y del cuerpo. Y, a veces, cuando tenemos algún sueño “enviado del cielo”, oímos una débil voz que nos sugiere lo que debemos hacer.»

No es el caso de considerar con suficiencia estas antiguas intuiciones que tendían a tomar —aunque, inevitablemente, en los términos apropiados a la fe y las concepciones de los tiempos— algunos de los aspectos fundamentales e inmutables de la naturaleza humana y de sus relaciones con el Universo. He aquí un notable episodio (uno de tantos de este género), del que se ocuparon largamente las crónicas periodísticas en noviembre de 1961; y el hecho de que esté desprovisto de aquellos avales científicos que algunos consideran indispensables para tomar en consideración cualquier aspecto de la realidad no altera en lo más mínimo su cualidad de acontecimiento sólidamente cierto.

El protagonista es Luigi D., un estudiante de Asola (Mantua), que por aquel tiempo contaba dieciocho años. Fue despertado a las cinco de la madrugada por débiles voces implorantes que pedían ayuda reiteradamente. Tuvo que realizar un considerable esfuerzo para separarse del contacto del lecho y de la particular dulzura del sueño matutino. Pero, al fin, lo consiguió, y se fue a recorrer la casa para descubrir de qué se trataba. No habiendo encontrado nada anormal, se habría vuelto en seguida a la cama, si una curiosa sensación de ansiedad —probablemente la misma que se había traducido en alucinación auditiva—, no lo hubiera inducido a tomar una decisión bien distinta, una de esas decisiones imprevistas e irracionales que el psicólogo racionalista criticaría con severidad por el hecho de estar desprovistas de justificaciones lógicas y claras.

El jovencito decidió, en efecto, al menos por el momento, renunciar a dormir en su cómodo lecho, y, acto seguido, se trasladó al diván situado en la habitación contigua. Después, de súbito, se oyó un estruendo seguido de una serie impresionante de ruidos de caída, debido todo ello al hundimiento del techo de la misma estancia donde Luigi D. había dormido hasta unos minutos antes. Como consecuencia, el lecho, los muebles y todo lo demás habían quedado sepultados bajo un montón de escombros. Y hay que preguntarse si Luigi D. se hubiera salvado de haber estado bien despierto y, por tanto, completamente dueño de sí mismo. Óptima cosa la maestría de sí mismo, ligada al máximo nivel de la conciencia de vigilia, pero también es verdad que implica un mordiente y, a veces, hasta excesivo espíritu crítico, que está pronto a infravalorar los impulsos no raras veces incomprensibles (pero no necesariamente irracionales) que provienen del yo

profundo, y que los antiguos atribuían, por el contrario, a las potencias superiores (las famosas «voces» de Jámblico).

En este incierto cuadro se oscurece la singular naturaleza del hombre, dirigida por dos fuerzas potencialmente complementarias pero que, a menudo, aparecen a la luz dialéctica por una especie de dificultad para ajustarse armónicamente entre sí. De una de esas fuerzas (la mente en equilibrio diurno, crítico, volitivo), el hombre es consciente y está orgulloso de ella, en tanto que, habitualmente, ignora la otra fuerza, por la que, sin embargo, es guiado en gran medida a pesar suyo. También Sócrates, según lo que nos cuenta Platón en el *Teeteto*, tenía un consejero secreto que le dictaba, de vez en cuando, las directrices prácticas de comportamiento frente a ciertas iniciativas acerca de las cuales el intelecto racional y consciente acaso lo hubiera desviado del camino. El filósofo llamaba a ese consejero el *daimon*[15].

También nosotros podemos llamarlo de la misma manera si convenimos en algunas circunstancias que no son del todo accesorias. La primera es que cada uno de nosotros tiene su *daimon*, que consigue hablar con voz más o menos clara e inteligible; y la segunda es la libertad que le concede al *daimon* el yo de superficie. Muy a menudo, en efecto, la conciencia diurna habla con voz demasiado potente, incluso orgullosa, para que pueda dejarse oír también la otra. Además, hay que convenir en que este psiquismo profundo y secreto, ensombrecido por el *daimon* socrático, es parte integrante de nuestra humanidad, incluso si participa de cualidades y prerrogativas consideradas comúnmente como sobrehumanas (no por casualidad Maeterlinck lo define como «el numen»). Es la cara de nuestro yo, que permanece en la sombra; el responsable de los «estados particulares de conciencia» que hemos visto aflorar en ciertos sueños y, asimismo, de los influjos ocultos y de las inspiraciones inexplicables. Su perfil resultará cada vez más claro a medida que vayamos describiendo sus actos imprevisibles y sus capacidades inesperadas y desconcertantes.

Las visiones nocturnas del pasado

Otra característica insólita del psiquismo latente que manifiesta su potencia en ciertos sueños es la de poder hurgar en el pasado, y no sólo en el pasado del durmiente, sino mucho más allá de los límites de las experiencias y adquisiciones personales de aquél. Lady Cromartie[16], por ejemplo, sueña con un antiguo cofrecillo que encierra joyas y que debería encontrarse en algún escondrijo, en la biblioteca de su casa de Tarbat. Son casos relativamente frecuentes, como la crónica pone en evidencia. Uno análogo y reciente sucedió en Oppido Mamertina, donde el señor Vittorio F. soñó con el «padre» Francesco (un agricultor fallecido en 1962),

que lo exhortaba a cavar treinta centímetros «bajo el nogal». Al excavar, el protagonista de esta feliz aventura se encontró con algo que había buscado inútilmente desde la muerte de su padre: una caja de hojalata que contenía dos mil monedas de quinientas liras, aún en curso.

Puede suceder que en algún caso de este tipo, el sueño haga emerger, al nivel de la conciencia, antiguas noticias olvidadas, o que transmita el fruto de elaboraciones inconscientes de noticias adquiridas de alguna manera (lo cual sería ya de notable interés, por otra parte), pero no creemos que tal hipótesis pueda ser forzada hasta el punto de poderla aplicar a todos los casos de visiones oníricas retrospectivas. Hay uno bastante notable que fue narrado por el doctor Binus y, luego, comentado por Myers, en el que se trata de una tal Anna Simpson, de Perth, a la que se apareció repetidas veces en sueños una mujer del pueblo, ya difunta, que, en todas las ocasiones, le hizo la misma extraña petición. Deseaba que Anna encontrara a un sacerdote católico dispuesto a pagar una deuda suya de tres chelines y seis peniques, que había dejado pendiente. Se efectuaron investigaciones y se llegó a saber que no sólo existía en verdad aquella deuda, sino que su cuantía coincidía con exactitud. Se comprende que sucesos como éste no están destinados a dejar muchas huellas en la débil trama de la memoria colectiva, pero se conocen otros episodios más famosos, y vale la pena consignar alguno de ellos.

Los inhallables manuscritos de los trece últimos cantos de la *Divina Comedia* —inútilmente buscados, durante años, tras la muerte del poeta—, fueron encontrados por su hijo Jacopo a raíz de un sueño que le había revelado en qué escondrijo habían quedado olvidados. Le pareció al durmiente que era el mismo poeta quien le daba tal indicación, en forma de espíritu inmaterial procedente del más allá. De este póstumo encuentro habla Boccaccio en su *In laude di Dante*, y parece que la noticia viene confirmada por recientes investigaciones de historiadores y estudiosos de la literatura.

Una vez, el escritor Paul Brunton se hizo encerrar durante una noche en la Gran Pirámide, donde tuvo visiones que le revelaron la exacta solución de algunos problemas de egiptología por entonces aún sin resolver, y parece que las sucesivas pesquisas de otros estudiosos no han hecho sino ratificar cuanto él había «verificado» mediante aquellos estados oníricos o, al menos, oniroides[17]. El mismo Brunton recoge, de fuentes indiscutibles, la narración de un caso análogo sucedido al profesor Herman V. Hilprecht, de la Universidad de Pennsylvania. En el curso de un sueño sugestivo y movido, aquél supo qué interpretación exacta dar acerca del origen de dos fragmentos de ágata procedentes de las ruinas de la antigua Nippur, primera capital del reino babilonio.

Aquel sueño lo indujo, sin más, a rectificar una primera interpretación suya que ya había propuesto en un estudio sobre el tema, y la rectificación se produjo en la etapa de corrección de galeradas. Adviértase que Hilprecht, para sus estudios, sólo había podido disponer de los dibujos de aquellos dos fragmentos de ágata. A continuación, cuando pudo estudiarlos con comodidad en el Museo Imperial de Constantinopla, tuvo las pruebas definitivas de que las complejas noticias que le habían sido reveladas en sueños eran perfectamente exactas. Y aquí conviene recordar los méritos científicos de Hilprecht, que fue el primero en descubrir grandes cantidades de tablillas de arcilla incisas con caracteres cuneiformes propios de la civilización babilonia, y también el primero en intentar provechosas aproximaciones a aquella lengua. Un aspecto interesante de la aventura onírica aquí reseñada consiste en la forma particular asumida por el sueño retrospectivo.

Como en el caso de Jacopo Alighieri, a quien se le había aparecido su padre, a la mente dormida de Hilprecht se le presentó nada menos que «un sacerdote alto y delgado de la antigua Nippur», el cual lo condujo a la estancia del templo reservada al tesoro, y allí le narró la historia larga y complicada de dos fragmentos de ágata. Tal es la clase de sueños que nos colocan frente al gran problema de los contactos mentales con el pasado, al que se han dado soluciones diversas. Según Ania Teillard, muchos acontecimientos que consideramos sueños representarían «la invasión de otra esfera en la nuestra, o bien una apertura operada por nosotros mismos sobre otros mundos».

Resulta del todo evidente la interpretación de tipo espiritista que encierra esta sugestiva explicación, pero no se debe perder de vista también otro tipo de interpretación que tiende a ver en las presuntas «entidades» que a veces se manifiestan en los sueños símbolos o «clisés» evocados por el psiquismo profundo para expresar su mensaje cognoscitivo de la manera más apropiada para que lo acoja el yo de superficie. La hipótesis, como se ve, es lo bastante amplia como para acoger también los sueños retrospectivos (mucho más numerosos), en los que no figura ningún interlocutor desencarnado, mas es preciso añadir que se trata de problemas acerca de los cuales nadie podría presumir de haber dicho la última palabra.

La fuente secreta de la inspiración

Dice Esquilo que la mente del durmiente «tiene los ojos penetrantes». Es verdad que la ciencia no tiene mucha consideración hacia la verdad descubierta por los poetas, pero —como dice Huizinga— «cuando la vida no puede ser comprendida en conceptos lógicos (lo que todos deben admitir) y se debe expresar más de lo que la

concepción lógica permite, la palabra corresponde al poeta». Hay problemas que para resolverlos es oportuno hacer converger la voz de los poetas con la de los estudiosos, y utilizar posiblemente también las aportaciones de aquella gran maestra de la vida que es la tradición en sus líneas más genuinas. No obstante la sistemática evaluación de los sueños que a partir del siglo de las luces han practicado los espíritus «fuertes», la observación de Esquilo acerca de la mayor penetración explicada por la mente del durmiente halla aún hoy vigencia en aquel famoso adagio según el que «el sueño trae consejo».

El americano Elias Howe es considerado, con pleno derecho, el primer inventor de la máquina de coser, que construyó en 1845. Era un problema en el que pensaba desde hacía tiempo, pero cuya solución costaba concretarse. Una noche, Howe tuvo una pesadilla en el curso de la cual le parecía que era perseguido por unos salvajes que llevaban muy malas intenciones. En determinado momento, su carrera se vio detenida por un gran clavo plantado en el suelo. Y he aquí cómo la lógica del sueño puede aparecer extraña si se quiere juzgarla desde el punto de vista de la mente consciente. Habiendo intentado inútilmente arrancar el clavo, no le quedó más remedio que agujerearlo en el extremo, enhebrarle en el orificio un bramante y tirar de él.

Es fácil imaginar, pensamos, cómo habría sido interpretada la imagen del clavo a la luz de cierto simbolismo estrechamente vinculado a la sexualidad, pero el psicoanálisis aún no existía. Y como la genialidad es amiga de la simplicidad, el inventor, por el contrario, se atuvo al significado casi literal de aquel mensaje onírico, por medio del cual su psiquismo profundo le había sugerido, en efecto, ni más ni menos que el dispositivo fundamental para su invento: una aguja móvil en sentido vertical y agujereada en la punta para contener el hilo. Son muchos los descubrimientos de los que se sabe con certeza que se han inspirado en un sueño o, mejor dicho, en aquel estado de lucidez particular que, a veces, se manifiesta en el curso de ciertos sueños[18].

Bastante notables son los casos del danés Niels Bohr, Premio Nobel de Física, y del canadiense Frederick Grandt Banting, Premio Nobel de Medicina: ambos descubrieron, a través de un sueño, el camino a seguir para resolver cierto problema que atormentaba a la propia mente diurna. Gracias a una visión onírica por completo fantasmagórica, que simbólicamente mostraba un sistema planetario sujeto a ciertas evoluciones particulares, Niels Bohr comprendió qué modificaciones debían introducirse en el modelo atómico de Rutherford a fin de poder delinear otro que tuviera en cuenta también premisas teóricas establecidas por la teoría de los cuantos. De aquí el origen de un nuevo modelo atómico universalmente aceptado que lleva hoy su nombre. Banting conoció por un sueño

los procedimientos a seguir para poder aislar en el laboratorio la insulina, único remedio eficaz de que la Medicina ha podido disponer hasta hace pocos años en su lucha contra la diabetes.

Menos notable es el caso del farmacólogo austríaco Otto Loewi, Premio Nobel de Fisiología. Durante dos noches seguidas tuvo el mismo sueño, en el curso del cual su psique profunda le sugería el complejo de operaciones necesarias para poner a punto cierto fármaco eficacísimo. La primera vez, al despertarse, había tomado apuntes, pero éstos, a la mañana siguiente, habían resultado indescifrables. Cuando el inconsciente volvió de nuevo a la carga, la noche próxima, Loewi se levantó, se dirigió a su laboratorio y tradujo inmediatamente a la práctica las preciosas sugerencias recibidas en el sueño.

Todo esto parece conducirnos hacia una hipótesis en la que concurren otros muchos indicios, como veremos, que la hacen aparecer menos gratuita de lo que parece a primera vista. Puede darse el caso de que el psiquismo profundo del durmiente se aplique a resolver todos los problemas de alguna importancia a los que se ha dedicado inútilmente la conciencia diurna, y que «suceda también en la mayoría de los casos en los que ninguna huella de semejante actividad nocturna alcance a la mente informada». En consecuencia, esta última puede encontrarse en la feliz condición de recoger de manera imprevista frutos intelectuales madurados sin que ella lo sepa, en los niveles más profundos. Esto nada tiene de extraño. Jung escribe[19]: «No me cabe la menor duda de que todas las actividades mentales de la conciencia también pueden estar presentes en el inconsciente.» También la hipnopedia, por lo demás, está basada en el mismo principio: algo que podría definirse como un sueño instructivo, impuesto de manera coactiva.

Se sabe que el sueño también es amigo de los artistas, a favor de los cuales pone a disposición las potencias latentes del sueño creativo. Para empezar, puede citarse el caso de un famoso personaje creado por R. L. Stevenson, que debía su nacimiento a una serie de sueños: el doctor Jekyll. En el transcurso de un sueño, un insigne narrador de cuentos —Hans Christian Andersen— imaginó las hazañas contadas luego por él en la fábula *Los vestidos del emperador*. También los músicos tienen acceso al manantial secreto. En la breve duración de una siesta, Ricardo Wagner soñó que era arrastrado por la impetuosa corriente de un río, pero el fragor de las aguas sonaba como un canto, y era exactamente el tema melódico que había buscado largo tiempo para convertirlo en el preludio de *El oro del Rin*.

Diríase que los mensajes inspirados procedentes de las profundidades de la psique han experimentado la necesidad de tomar pretextos dramáticos, acaso para imponerse mejor a la atención de los vacilantes residuos de conciencia diurna que

subsisten en el sueño. De otro músico —Tartini— se sabe que soñó con el diablo en persona tocando el violín, después de lo cual fue capaz de escribir el famoso fragmento llamado por él mismo *El trino del diablo*.

Los sueños de utilidad práctica

Los ejemplos hasta aquí consignados conciernen a hombres de categoría excepcional, pero los hechos demuestran que también la gente común puede tener acceso a la fuente escondida. Y ahora, antes de citar los hechos, se impone una consideración que dejará sentir su peso en el curso de toda la obra. Hay estudiosos que tienden a rechazar los testimonios de los médiums, o bien demolerlos bajo el peso de cierta forma de duda que termina, a fuerza de sistemática, por convertirse en prejuicio. Pueden tener razón, desde un particular punto de vista, pero la opinión pública, que tiene necesidad de ser informada sobre cierta clase de hechos misteriosos, se encuentra en la misma situación de quien tuviera que darse cuenta de los aspectos auténticos y vividos de una guerra en curso, y le dijeran que tiene que contentarse con las escasas y reticentes noticias filtradas a través de los comunicados del Estado Mayor general. Muchos preferirían atenerse a los testimonios de los soldados vueltos del frente, aun sabiendo que debían acogerlos con reservas. En primera línea, en el frente de lo desconocido, están los médiums, y, bien o mal; es preciso al menos tomar en consideración lo que tienen que contarnos, independientemente de las interpretaciones que ellos tienden a dar de ciertos hechos de los que son protagonistas. Y queda la posibilidad, en tal caso, de hacerlos objeto de crítica y de situarlos en los límites de una razonable verosimilitud.

El episodio siguiente está extraído de la autobiografía de una médium famosa que será citada más de una vez en el curso de esta obra: Elizabeth d’Esperance[20]. Tenía trece años cuando se encontró con un tema para desarrollar que aparecía netamente superior a sus modestos recursos intelectuales y culturales. Las compañeras de colegio lo habían resuelto con relativa facilidad en el curso de los numerosos días concedidos por la profesora para prepararlo. Elizabeth no había conseguido, por el contrario, encontrar, en principio, ninguna idea digna de ser tomada en consideración. Llegó la víspera de la fecha fijada para la presentación. Aquella noche, cuando ya estaba en la cama, Elizabeth se esforzó sin éxito en garabatear alguna frase con sentido en su cuaderno; luego, por fin, el sueño sobrevino para liberarla de una angustia que se aproximaba a la desesperación.

A la mañana siguiente, al despertarse de un sueño más bien pesado, se encontró con una sorpresa agradabilísima: el desarrollo del tema estaba allí, de pronto; había

sido escrito de su puño y letra en el cuaderno, y se presentaba lúcido, coherente y persuasivo como un fragmento de oratoria clásica. Además (y henos llegados al punto más importante), contenía nociones y conceptos en apariencia extraños a la cultura de Elizabeth y, ciertamente, superiores a sus posibilidades, como para justificar las perplejidades y dudas que luego fueron expresadas por los profesores en cuanto al verdadero origen de aquella pequeña obra maestra. Entre las reflexiones más interesantes que sugiere el episodio, hallamos ésta: nosotros no somos exactamente lo que creemos ser; existen en nosotros capacidades latentes e ignoradas que pueden ser movilizadas en períodos de emergencia, gracias a algún particular estado de conciencia que guarda cierta relación con algunas formas de sueño, y en el que la dirección de la personalidad viene a encontrarse en manos de nuestro ser secreto, ese al que hemos llamado *daimon*.

Otra circunstancia digna de relieve es que la jovencísima médium sufría, en aquel tiempo, de sonambulismo, y es notorio que los sonámbulos viven por la noche una vida «distinta», que puede traducirse al fin en movimientos y paseos peligrosos de los que, una vez despiertos, no conservan ningún recuerdo. Pero lo que vale para los sonámbulos es verdad, desde cierto punto de vista, para todos los demás, si bien dentro de límites más modestos y prescindiendo, como es natural, del componente motriz de sus sueños. Por muchos indicios, como sabemos, puede argüirse, en efecto, que la misteriosa vida nocturna de la que es protagonista nuestra conciencia onírica es rica en experiencias mentales de importancia no desdeñable, y se debe, repetimos, a las dificultades de comunicación entre los dos planos de la personalidad de las que sólo nos alcanzan los ecos esporádicos y confusos.

He aquí otros dos episodios análogos al referido por d’Esperance, pero que a los ojos de algunos aparecerán acaso bajo una luz más respetable, en razón de las fuentes de que provienen. Jung narra la historia de un perito mercantil que había intentado inútilmente, durante muchos días, ver claro en el caso de una bancarrota fraudulenta. Una vez, se fue a la cama después de haber trabajado hasta la medianoche, y se durmió normalmente. A las tres de la madrugada, su mujer se dio cuenta de que se había levantado y se dirigía a su gabinete de trabajo. Entonces, ella se levantó a su vez y le siguió. El hombre se sentó en su escritorio, estuvo tomando apuntes durante un cuarto de hora y, luego, se volvió a dormir. A la mañana siguiente, no recordaba en absoluto el episodio, pero allí estaban sus apuntes que hablaban con claridad y que resolvían, de manera definitiva, el intrincado caso que tantas preocupaciones le había causado (v. *op. cit.*).

Un episodio similar fue narrado en su tiempo por Myers[21]. Hace referencia a un contable que también se levantó por la noche como sonámbulo y que (tómese nota), a oscuras, escribió en un folio de papel todos los datos precisos para aclarar cierto

error de transcripción que había cometido un mes antes, y que desde hacía ya tiempo había renunciado a buscar. La analogía que subsiste entre los numerosos episodios aquí referidos no puede ser casual, pues aquélla representa una clara invitación a buscar el significado general que se oculta detrás de semejantes situaciones típicas, si bien del todo insólitas.

Acaso pudiera tratarse de esto: el sueño tiende a ayudarnos a resolver las pequeñas y grandes dificultades que encontramos en el curso de la vida diurna, ya sea que inspire los grandes descubrimientos o bien que haga encontrar objetos extraviados, que elabore los datos confusos y, en parte, olvidados referentes a cierta situación, o que sitúe al sujeto en condiciones de rendimiento intelectual superior, suscitando en él capacidades insólitas y poniendo, incluso, a su disposición conocimientos extraños a su patrimonio cultural.

Cómo suceda esto, sólo puede ser objeto de conjeturas. Puede ocurrir que la mente, liberada del pesado vínculo diurno con el mundo circundante, se recoja mejor en sí misma, a fin de aclarar con exactitud los problemas que debe resolver, «o sea, que entre en un estado de "hipervigilancia" vuelto, no hacia el mundo externo, sino a un plano distinto de realidad accesible sólo desde el interior»[22]. Como quiera que se interpreten los fenómenos, se impone la evidencia de un hecho: que en el vasto territorio del inconsciente no sólo existen los impulsos instintivos y elementales, sino que hay, también, un conjunto de fuerzas y recursos que tienden, en condiciones particulares, a integrar las fuerzas y recursos conscientes y a colmar las lagunas asimismo en el plano intelectual y cognoscitivo. Por añadidura, en ocasiones dan, en este campo, resultados que superan con mucho las posibilidades normales del sujeto.

Esclarecimientos psicológicos sobre el misterio del sueño

Todo esto nos induce a reconsiderar, bajo una luz más moderna, y teniendo en debida cuenta los hechos hasta ahora expuestos, las diversas concepciones y juicios que, de vez en cuando, han sido expresados acerca del sueño, según una variedad más bien extensa de puntos de vista que van desde las aprioristas posiciones de cuantos niegan a aquél toda importancia, hasta las de quienes quisieran limitar arbitrariamente a un ámbito muy restringido el significado de la función que el sueño explica en la vida del hombre. Este tipo de consideraciones nos alejará por un momento de la problemática particular de los «grandes sueños», pero, al mismo tiempo, nos llevará a encuadrarla en la más amplia del sueño en general, que hoy, mucho más que en el pasado, atrae la atención de estudiosos incluso extraños al campo de la psicología analítica.

Según las concepciones freudianas, el sueño tendería siempre a conseguir una compensación ficticia (y, por consiguiente, en un plano de irrealidad) para las frustraciones que ciertos impulsos elementales encuentran inevitablemente en el curso de la existencia diurna. En cuanto implica la suspensión de la función motriz y de las relaciones vigilantes y activas con el ambiente, el sueño viene a ser concebido, en este cuadro general, como una diversión de la realidad y consiguiente regresión a estados de psiquismo arcaico y prelógico. En otras palabras, como una función de carácter «inferior», como lo demostraría, asimismo, el hecho de que en el sueño «se piensa por imágenes». Si bien Baudouin se esfuerza en atenuar tal juicio y observa, en efecto, sobre las normas de Bergson, que «cualquier desarrollo psíquico de los seres consiste, precisamente, en la suspensión de la actividad onírica»[23]. El peso de la concepción freudiana gravita aún de muchas maneras; sobre todo, cuanto se relaciona con las manifestaciones oníricas, y de ahí muchas consecuencias que se irán viendo poco a poco.

Esta concepción no está hecha, es evidente, para acoger la realidad representada por todos aquellos sueños en los que el psiquismo profundo y secreto concurre, de manera dinámica y creativa, a preparar los futuros desarrollos psicológicos y prácticos de los que el yo será protagonista en el plano existencial diurno: aquellos sueños en los cuales maduran en nosotros los gérmenes de nuestras futuras elecciones, en virtud de sugestiones y reflejos condicionados que se crean en el plano onírico y que, probablemente, resultan para la conciencia diurna que nada sabe vinculantes como las órdenes poshipnóticas impartidas a un sujeto en trance.

Éste es un terreno que aún debe ser explorado, pero puede entreverse su perfil desde ahora a la luz de los ejemplos ya considerados (los sueños que inspiran; los que resuelven dificultades prácticas; los que permiten encontrar objetos extraviados, y así sucesivamente), o bien sobre la base de cuanto algunos psicoanalistas nos han revelado a propósito de aquellos sueños particulares llamados «de orientación», en el curso de los cuales jóvenes sujetos se preparan para el ejercicio de futuras vocaciones profesionales que aparecen, de momento, muy distantes de sus actitudes, preferencias y posibilidades, y que, sin embargo, encontrarán rigurosa aplicación en un futuro lejano (cfr. Baudouin, *op. cit*.).

En este sentido, sería difícil contraponer el sueño a la realidad, puesto que aquél aparece como uno de los coeficientes más dinámicos de la realidad en devenir. Mas hay muchos otros y acaso más radicales motivos para rechazar tal contraposición, de los que se irá dando cuenta a medida que se tenga ocasión —en el curso de la presente obra— de poner de manifiesto de cuántas maneras el sueño puede interferirse con la realidad ordinaria, influenciarla y, a veces, sujetarla, sin más, a las fuerzas de un universo que es el mismo en el que se mueve la conciencia onírica.

Un universo, añadimos, que aparece, en definitiva, más simple, pero también más fundamental y mayormente rico de posibilidades respecto del relacionado con el plano existencial de la existencia diurna.

He aquí por qué conviene atenerse a otras concepciones, a definiciones más abiertas y posibilistas a propósito de la actividad onírica. Está la del freudiano Baudouin (*op. cit*.), a quien el sueño le parece «como una orquesta en la que suenan, en armonía, infinidad de instrumentos», cada uno de los cuales puede tener, de vez en cuando, el predominio. «El oído puede seguir a su placer el sonido separado de estos instrumentos, y el coeficiente de importancia atribuido a cada uno de ellos permanece subjetivo. De ahí la posibilidad de interpretaciones y teorías muy diversas. (…) Pero no se debe perder nunca de vista "la pluralidad de los sentidos del sueño", la orquesta en su totalidad.»

Son precisamente las tonalidades más altas, hasta el momento muy descuidadas, las que merecen una atención mayor, en razón del hecho de que demuestran la existencia de un psiquismo dotado de recursos sorprendentes[24]. La escuela jungiana, que se muestra bastante abierta en sus consideraciones, nos dice, en efecto, con Ernst Aeppli, que el sueño «parece poseer un conocimiento infinitamente vasto de todos los acontecimientos y de todas las posibilidades». Esto depende del hecho de que puede ponernos en contacto con algo mucho más grande que el individuo («un manantial que nos trasciende», según la expresión de Jung) y que no puede ser definido según las acostumbradas categorías espacio-temporales. He aquí por qué el sueño habla a veces con una mente antigua y llena de sabiduría, recurriendo a símbolos tradicionales y no raramente desconocidos para el mismo sujeto durmiente (los arquetipos).

Los descubrimientos de los neurofisiólogos

En cuanto a la concepción que la escuela jungiana tiene del fenómeno onírico en general, quisiéramos limitarnos aquí a la definición lineal y, al mismo tiempo, larguísima, propuesta por Aeppli, según la cual el sueño «es el lenguaje del inconsciente que oímos durante el reposo». Y puesto que todo diálogo presupone dos interlocutores, diremos que este coloquio particularísimo se desenvuelve entre las dos instancias fundamentales (o rostros o planos) de nuestra personalidad[25]: una que se dirige a la conciencia diurna, y la otra, que representa a nuestro interlocutor secreto. Se trata de un diálogo difícil y variabilísimo, en cuanto se expresa en función de un dinamismo que no es puro juego de instintos y emociones, pero que involucra, como hemos visto, también aspectos superiores y sutiles de la voluntad y de la inteligencia. No obstante sus incertidumbres, y las sorpresas no siempre

felices y a veces, incluso, desconcertantes, que nos produce, este «diálogo» es expresión de una colaboración indispensable y fundamental; es un aspecto peculiar de nuestra humanidad, que acaso espera ser perfeccionado por la evolución.

Hasta aquí, las luces que sobre el misterio del sueño pueden sernos proyectadas por la psicología de lo profundo. Pero están todavía las, nada despreciables, debidas a la investigación neurofisiológica, que en tiempos recientes ha logrado establecer la existencia de correlaciones muy interesantes entre ciertos aspectos del mismo misterio (algunos de los cuales tienen una relevancia objetiva y pueden ser, incluso, indagados en el laboratorio). Particularmente dignas de nota son las nuevas y geniales investigaciones efectuadas por Kleitman y Dement acerca del sueño como fenómeno concurrente al sueño fisiológico, y a tales investigaciones se debe el que, hoy, el mismo fenómeno pueda ser encuadrado en una perspectiva más exacta incluso desde el punto de vista evolucionista[26].

El descubrimiento fundamental es que el sueño es una actividad psíquica necesaria y fisiológica, además de universal. Aunque muchos digan que están convencidos de no soñar nunca, todos tenemos nuestras aventuras oníricas nocturnas, que se suceden según ritmos regulares e inmutables. Otro descubrimiento importante, que confirma de manera definitiva opiniones ya expresadas y observaciones ya efectuadas precedentemente por otros estudiosos, es que sólo una parte exigua y muy despreciable de nuestros sueños llega hasta el nivel de la conciencia. Se ha establecido, asimismo, que nuestro organismo, por motivos misteriosos, pero siempre accesibles a la intuición, «tiene necesidad de soñar no menos que de dormir», y esta hambre de sueño, que está entre los objetivos de investigadores franceses, va creciendo, a lo largo de la escala biológica de los seres vivos a medida que nos acercamos a las formas más evolucionadas, lo que debería ya bastar a los ojos del biólogo para desacreditar los prejuicios que circulan sobre la función «regresiva» e «inferior» del sueño (y he aquí cómo la investigación neurofisiológica puede conseguir oportunamente integrar y rectificar ciertas ilaciones medrosas a las que se abandonaron, en el pasado, los primeros cultivadores de la psicología de lo profundo).

Sin embargo, lo que tales estudios no podrán revelarnos nunca es el misterio profundo que se esconde tras la impenetrable barrera del llamado «sueño sin ensueños» como una ausencia psíquica total, y en lugar de eso podría tratarse de la manifestación de una modalidad existencial inaccesible y remota, pero sustancialmente «psíquica» también, como harían suponer ciertas observaciones realizadas en épocas diversas bajo algunas formas de trance (que en otro tiempo se llamaba «sueño magnético profundo») y que parecen apoyadas por ciertos conceptos orientales fundados en una experiencia plurimilenaria[27].

No sólo debe desearse el desarrollo de estas investigaciones objetivas sobre el fenómeno del sueño, con tal de que «se llegue a extenderlas a todas sus manifestaciones», que no son sólo las nocturnas, sino que es lícito desear también que no se insista demasiado sobre un presupuesto arbitrario que podría perjudicar (como es propio de todos los presupuestos no demostrados) la validez de tales interpretaciones, además de los mismos métodos de investigación, según los cuales todo fenómeno psicológico —y, por tanto, también el sueño— no puede ser sino el «producto» (antaño se decía también «marginal») de un dinamismo esencialmente neurofisiológico. Es la posición de cuantos niegan la realidad autónoma de la psique, basándose en el postulado del llamado «paralelismo psicofísico» que, a su vez, debe sus premisas a la filosofía de Haeckel (la única realidad es la «sustancia», con sus inseparables atributos de «materia» y «energía»).

Este presupuesto arbitrario (en cuanto que no demostrado) es fruto de un pensamiento ochocentista que sobrevive aún hoy en dos formas: implícitamente, en ciertos métodos de investigación, y explícitamente, en el pensamiento de cuantos aún no se han dado cuenta de que la ciencia del pasado «se ha convertido en poesía, en Historia…», como dice Huizinga, pero ya no es ciencia. También porque (y seguimos citando al mismo autor) «las categorías que hasta hace poco han servido para pensar parecen disolverse. Los confines quedan abolidos. Los opuestos se revelan susceptibles de fundirse»[28].

«Los opuestos», en este caso, son la psique y la materia, dos concepciones de nuestro pensamiento que podrían revelarse no precisamente antitéticas, como ya ha sucedido a propósito de la tradicional distinción entre materia y energía. Tal vez psique y materia no sean, en realidad, términos antinómicos, aunque a efectos prácticos se deba continuar, inevitablemente, distinguiéndolos. Pero si, acaso, existiera de verdad antinomia entre uno y otro, he aquí que los fenómenos paranormales vienen a establecer una presunción, si no una certeza, sobre «la dependencia de la materia respecto de la psique y no viceversa». Muy instructivo, a este respecto, es un fragmento de Jung que reproducimos en nota[29].

Los mensajes oníricos diurnos

Si aceptamos la idea del sueño como «coloquio» (pero hemos hablado también de «colaboración») entre el plano diurno de la personalidad y el otro, se deriva la necesidad de extender el concepto de sueño a todos aquellos estados de conciencia en los cuales el psiquismo profundo tiende a colocarse en primer plano hasta sobreponerse al yo de superficie, aprovechando momentos de decaimiento de su llamado nivel de vigilancia, y acaso determinándolos a propósito. Esta «dimensión

diurna» del sueño aguarda aún a los intrépidos que se decidan a explorarla, pero ya han aflorado algunas intuiciones significativas. Según Paul Brunton, también durante el día el estado de sueño coexiste con el de vigilia *(op. cit.)*, lo que, pensándolo bien, es natural y resulta fácilmente intuible que el coloquio entre los dos aspectos fundamentales de la personalidad no pueda detenerse nunca, aunque en la fase diurna sus efectos se hagan inevitablemente imperceptibles, al hallarse la conciencia demasiado empeñada en los asuntos del mundo exterior.

Sabido es que todos nosotros conocemos incluso en pleno día pausas de recogimiento interno, distracciones de la realidad sensible y vagabundeos mentales de los que se aprovecha el mundo onírico, del que es imposible prescindir, para irrumpir al nivel de la conciencia e imponer con éxito vario sus fantasías, emociones y conocimientos. Si tuvieran que considerarse todos estos fenómenos como estados patológicos de regresión o, peor aún, de disociación, nos veríamos obligados a extender el concepto de la anormalidad a toda la especie humana.

Napoleón, en la isla de Elba, llora de improviso y sin ningún motivo razonable mientras está conversando con el mariscal Bertrand, a las once horas del 13 de marzo de 1814. En aquel momento, muere Josefina de Beauharnais en la lejanísima Malmaison. El psiquismo profundo no ha podido forzar enteramente la barrera, mas un eco «visceral» de sus conocimientos inexplicables ha llegado hasta la superficie. El insigne filósofo y psiquiatra Sante De Sanctis se ve invadido, a última hora del día, por una inquietud injustificada, mientras se halla enfrascado en sus estudios predilectos. Luego, la inquietud se transforma en ansiedad y ésta se concreta, poco a poco, en la absurda idea de que el hermano de nuestro protagonista corre un peligro serio a causa de un posible incendio del «Teatro Costanzi», a donde se había dirigido para presenciar un espectáculo de gala.

Cuando su hermano regrese a medianoche, le confirmará la exactitud sustancial del mensaje telepático. En efecto, en el teatro ha habido un principio de incendio, y se ha suscitado el pánico. Esta vez, la advertencia ha llegado a concretarse en imágenes, además de en emociones, y no hace falta recordar que emociones e imágenes son los instrumentos expresivos del sueño, quiere decirse de un psiquismo extrarracional al que corresponde, más que el calificativo de «arcaico», el de primigenio y fundamental. He aquí, pues, cómo el «coloquio» prosigue incluso a despecho de la conciencia diurna, en los raros casos en que la otra conciencia consigue modificar temporalmente su equilibrio y establecer el contacto.

Se trata de un fenómeno universal, aunque, naturalmente, varía de intensidad según el grado de apertura que la conciencia de vigilia mantiene respecto a la otra, que es tanto como decir según la consistencia más o menos robusta de la «barrera»

que las divide y que, probablemente, se identifica con la «censura» freudiana. Si es verdad que los animales son auténticos sonámbulos, como tendremos ocasión de comprobar en los últimos capítulos del libro, es preciso decir al menos que participamos, de algún modo, de su naturaleza. En efecto, existe una especie de sonambulismo latente que trata de disputar el primado a la conciencia diurna a favor de toda circunstancia que reduzca su vigilancia y su atención.

Para ver hasta qué punto esto es exacto, no queda sino poner algún ejemplo. He aquí que una plácida ama de casa de Salerno interrumpe de improviso sus faenas domésticas, llama un taxi y manda que la conduzcan a la carretera de Teggiano, donde encuentra a su hijo tirado y exánime en una cuneta, y junto a él su motocicleta, que había sido el instrumento de la desgracia. Nadie había avisado a la mujer, que actuó impulsivamente a raíz de una especie de sueño a ojos abiertos, en el curso del cual creyó oír la voz del hijo que le pedía socorro y le indicaba, además, la localidad donde el accidente se había producido. Era la víspera de Navidad de 1955; trágica Navidad para la señora Rosa P. De este episodio se ocuparon largamente las crónicas periodísticas[30].

También en 1955, un obrero soldador de Boston interrumpe de súbito el trabajo que está realizando, y explica a los compañeros que «debe» marcharse en seguida para dirigirse a un punto lejano de la ciudad donde es necesaria su presencia. No se trata más que de una impresión vaga e imprecisa, pero no por ello menos urgente y coactiva. Y he aquí, en efecto, que el hombre va como un sonámbulo de un barrio a otro guiado por algo que se parece muchísimo al misterioso instinto de orientación de ciertos animales. En determinado lugar, divisa la embocadura de una galería subterránea y se interna en ella. Y allí yace —maltrecho y medio sepultado por los cascotes— el cuerpo de un superior del obrero, con el que le ligaba la amistad y el reconocimiento. Por fortuna aún se está a tiempo de salvarlo. (Acerca de este episodio existe la narración cuidada de los señores Fraser J. Nicol y Betty Nicol, aparecida en 1958, en el periódico oficial de la Sociedad Americana para las Investigaciones Psíquicas.)

La gran variedad de los «estados de ensoñación»

Ninguno de los personajes citados hasta ahora, comprendidos, incluso, Napoleón y Sante De Sanctis, puede ser definido técnicamente como «anormal». Incluso en cierto momento han cedido todos a aquel «sonambulismo» latente que aún forma parte de la naturaleza humana y que aguarda ser reconsiderado en una perspectiva más vasta y objetiva que hasta ahora, sobre la base de un clisé anticuado que alimenta desde tiempo inmemorial el orgullo humano. De la supuesta supremacía

de la mente consciente se hace descender, en efecto, la presunta arcaicidad de cualquier otra forma de psiquismo extrarracional que se sustraiga al control de la conciencia. En realidad, no sabemos en qué sentido actúan los factores de la evolución, pero si es posible demostrar (y creemos que lo es) que el psiquismo extraconsciente es más fundamental que el otro, resulta de ello que éste puede ser afinado y coordinado con el primero, y nunca anulado.

Los episodios referidos hasta el momento nos han demostrado cómo el mundo onírico puede invadir e incluso sumergir el de la conciencia, para llevar al nivel de éste sus informaciones particulares, pero ello sólo constituye un aspecto de un fenómeno más general. Existe, en efecto, una gran variedad de estados de la conciencia diurna —caracterizados todos por un descenso del nivel de vigilancia—, durante los cuales se establecen, entre los dos planos de la personalidad, contactos que pueden tener finalidades creativas, recreativas o diversas. Son los «estados de ensoñación», de los que el médico Nicola Gentile —pionero del psicoanálisis en Italia— ha intentado una clasificación en un interesante trabajo[31].

Algunos de dichos estados se hallan en la base de elevadas producciones intelectuales. El doctor Gentile habla, por ejemplo, de la «contemplación artística», definida por él como un estado hipnoide «que nos enseña a soñar, a sustraernos al mundo exterior sin que esté en juego el esfuerzo voluntario…». Y también a este propósito, los ejemplos no faltan. Una de las obras de Goethe fue escrita en un estado de semitrance: *Werther*. Una vez concluido el trabajo, el autor le hizo esta confidencia a un amigo: «Habiendo escrito esta obrita casi de manera inconsciente, como un sonámbulo, yo mismo me he maravillado cuando le he echado una ojeada»[32].

En términos puramente psiquiátricos, podría llegarse, en ciertos casos, a hablar de «disociaciones», pero sería tanto como decir que el arte puede ser fruto de insania, y muchos serían los artistas afectados por ella. Todas las novelas de D. H. Lawrence —el creador de *Lady Chatterley*— fueron escritas en una especie de trance casi completo durante el cual el autor perdía el contacto con el ambiente. Como se ve, los «coloquios» con el psiquismo latente y secreto son, a veces, muy determinativos. En este cuadro se incluyen las «visiones químicas» diurnas a las que Kekule von Stradonitz debía sus más interesantes descubrimientos, y lo mismo cabría decir de los aritmeticomatemáticos de Lidoreau, de Shakuntala Devi y de otros calculadores mentales de los que nos ocuparemos a su tiempo.

Como se ve, existe un paralelismo preciso entre los «grandes sueños» nocturnos y los que sobrevienen de día, los cuales, no menos que los otros, están dirigidos a liberar las potencias creativas latentes del yo profundo, y ello sucede gracias a un

equilibrio muy particular de la conciencia, cuyo nivel de vigilancia exterior desciende al mismo tiempo que se eleva el interior. Otros estados hipnoides tomados en consideración por el doctor Gentile son el recogimiento, la meditación, la concentración y la auto-hipnosis. En realidad, el capítulo es mucho más vasto, por cuanto debería incluir todos los estados de fantasía «guiada»; las alucinaciones hipnagógicas estudiadas por Maury y Schatzmann; el sueño en vigilia de Caslant y Desoille; el trance hipnótico en sus diversos estadios; y, naturalmente también, la mediumnidad, que, en rarísimos casos, adquiere el poder creativo del sueño (incluso en sentido material) hasta su máximo nivel.

En un estado de trance mediúmnico, Victor Hugo compuso, en el estilo inconfundible que le es propio, una de sus poesías más breves, pero no de las menos interesantes[33]. Y en estado de semitrance, como veremos, artistas no calificados, incluso improvisados, de los cuales ya tendremos ocasión de ocuparnos, escriben novelas o pintan cuadros. Además, aunque sepamos clasificar los estados de ensoñación, no puede decirse que su conocimiento se haya profundizado desde el punto de vista psicológico ni del de sus coordenadas neurofisiológicas (excepción hecha, tal vez, de la hipnosis, que hoy ha recuperado su auge después de un ostracismo de medio siglo), y esto se debe, creemos, a la repugnancia más o menos justificada que la ciencia moderna ha demostrado siempre por los fenómenos calificados de «subjetivos» y, en consecuencia, mantenidos incontrolables. En tiempos relativamente recientes, investigadores de varias nacionalidades han estudiado algunos estados de semitrance, de trance y de éxtasis con los aparatos modernos de laboratorio, con resultados de los que daremos alguna información.

El extraño universo onírico de los médiums

Hay quien cree que la mediumnidad y la clarividencia son manifestaciones de suyo patológicas, ignorando u olvidando que, al menos de noche, e incluso sin que lo sepamos, todos somos de alguna manera clarividentes, si las observaciones de Dunne y los casos mismos que las confirman tienen algún sentido. Acaso en este campo, como en tantos otros de la psicología, es cuestión de medida. No puede negarse, en efecto, que existen formas acentuadas (y cabría decir exasperadas) de mediumnidad que no ayudan a vivir, desde el momento en que el aparato perceptivo de tales sujetos se dirige más a la dimensión del sueño que al universo sensible.

«Este extraño universo de los médiums se parece mucho al de los sueños», hemos leído en el libro de Chauvin-Duval[34], y es una observación que los hechos justifican, dado que los grandes médium son los frecuentadores habituales del

universo onírico. «A ellos —escribía, por su parte, Eugène Osty— les es suficiente suspender voluntariamente y por un breve instante la propia atención (de vigilia) para que, de pronto, sean espectadores de alucinaciones, como en un sueño. Deteniendo por un momento su propio pensamiento consciente, sueñan despiertos, y nada trasciende al exterior de esta labor mental paranormal...» Iremos viendo, a la luz de los hechos, hasta qué punto están fundadas tales observaciones, y desde ahora anticipamos algún ejemplo entre los más relevantes, a fin de completar el cuadro de conjunto que estamos trazando.

En Roma hay una clarividente muy dotada a la que llamaremos I. R. Puede suceder que haya abusado de sus dotes, apurando al límite extremo aquella capacidad de abstraerse del ambiente, de la que hablaba Osty, de tal manera que sus incursiones a la dimensión del sueño se han ido haciendo cada vez más frecuentes, hasta hacerse independientes de su propia voluntad. El aspecto insólito de la situación radica en que su mundo onírico gravita en el ámbito de ciertas grandes calamidades colectivas, y el hecho de que la vidente participe en ellas sólo mentalmente (y con un par de días de anticipación, por término medio) no disminuye, en verdad, sus sufrimientos que, en ocasiones, alcanzan una agudización dramática.

A fin de poder controlar el fenómeno, le rogué me telefoneara cada vez que cayera en semejante estado. Con largos intervalos, siguieron tres llamadas. En la primera, me habló de una lejana catástrofe minera, aunque sin indicarme la localidad. Pero sus descripciones, por realistas que pudieran parecer, no bastaron para sacudir mi escepticismo, dado que la frecuencia de esta clase de accidentes es demasiado elevada para poder distinguir una predicción de una coincidencia. La segunda vez me habló de «una explosión en el cielo», seguida de una enorme llamarada, pero no se trataba —precisó— de una bomba atómica. Habló de huérfanos («muchos huérfanos»). Dos días más tarde, en el cielo de Suiza, estalló un gran avión, y sus restos inflamados destruyeron un pueblo entero. Según las crónicas, entre los supervivientes había unos cuantos niños. Decidí que ni siquiera este hecho podía considerarse probatorio.

Fue el tercer caso el que disipó las dudas que me quedaban. Un día, tras haberme buscado inútilmente varias veces, me repitió por teléfono la narración que ya había hecho a una persona de mi familia. Durante tres horas, entre las cinco y las ocho de la mañana, había permanecido en un estado de duermevela durante el que había «asistido» a una escena apocalíptica, y su voz, al contármela, aún temblaba. Le había parecido, en primer lugar, que una montaña se precipitaba en el mar. Luego, se dio cuenta de que no se trataba del mar, sino de un lago, y que el agua de éste, proyectada al exterior por el desplome de la montaña, iba a verterse por todo

alrededor. De ello se seguían daños y destrucciones incalculables. Cuarenta y ocho horas después, aconteció la horrenda tragedia del Vajont.

Antes aún de que la médium romana viviera aquel sueño angustioso y verídico, en Bolonia, otra sensitiva —Maria Lambertini— había soñado en estado de trance mediúmnico el mismo acontecimiento luctuoso. En el curso de una sesión de cuyo desarrollo poseemos la narración (autentificada por numerosas firmas), había visto «un enorme caldero lleno de agua» situado «en lo alto de cinco o seis peldaños elevadísimos, sobre una especie de rellano». De repente, el caldero se vertió, y este hecho —en sí mismo insignificante— le llenó de terror[35]. Después de esto, tuvo la visión bastante realista de «hombres y mujeres que lloraban junto a algunas hileras de féretros apenas enterrados».

He aquí, a grandes rasgos, el extraño universo onírico de los médiums: aquella dimensión prohibida por la conciencia diurna de la cual ellos extraen (y no es un privilegio) conocimientos diversos arrancados más allá de las barreras espaciotemporales y, más aún, violando aquella barrera psicológica de la que ya se ha tratado y mediante la cual el yo consciente —para poder explicar tranquilamente las funciones que está llamado a asumir en su plano existencial— se defiende de las debidas intrusiones de las percepciones extrañas al universo sensible.

El yo secreto en la dimensión del sueño

En este punto, acaso estemos en situación de orientarnos un poco mejor respecto a las antiguas preguntas que conciernen a nuestra naturaleza, al tipo de universo en el que está inscrita nuestra existencia y, en particular, a aquel en el que vive y actúa, a su manera, el otro «yo» que encerramos y que se dirige a la conciencia onírica. La primera adquisición importante parece ser ésta: tendemos a identificamos con nuestra mente consciente, y bajo ésta existen vastas extensiones ignoradas cuya soberanía parece corresponder a un yo desconocido y secreto al que hemos llamado, a la manera de Sócrates, el *daimon*.

Este lado desconocido de nuestro yo, que, en cierto modo, hace de interlocutor a la mente consciente, es el verdadero protagonista de todas las aventuras oníricas, diurnas y nocturnas que hemos estado considerando, y en las cuales el «yo secreto» explica sus capacidades inconcebibles. Demasiado distinto es, en efecto, su psiquismo respecto al consciente, como para que se lo pueda encuadrar lo suficiente en los esquemas usuales de la razón. Entre otras cosas, como dice a este propósito Maeterlinck[36], «ignora el tiempo y el espacio, las dos murallas formidables e ilusorias entre las que debe transcurrir nuestra razón para evitar perderse». Y añade:

«Para él, no hay proximidad ni lejanía; no existe el pasado ni el porvenir, y ni siquiera la resistencia de la materia.»

La denominación de «inconsciente» no le hace justicia, inclusive porque el uso la ha relacionado demasiado estrechamente con algunos significados sin prestigio[37], y, en cambio, nosotros sabemos que existe en él una polaridad luminosa y creativa que puede afirmarse tal vez no sólo desde la perspectiva individual, dado que podría encerrar el germen de futuros y prometedores desarrollos referentes al porvenir de la especie. A este «yo secreto» —tantas veces descubierto, olvidado y redescubierto— han sido atribuidas, de vez en cuando, las denominaciones más diversas. Maeterlinck, que es su gran apologeta moderno, habla de él como de nuestro «huésped desconocido». También ha sido llamado «yo trascendente» por Novalis; «yo subliminal» por Myers; «yo íntimo, casi divino» por Paul Brunton; «yo intrínseco y real» por A. G. Bennett; «personalidad integral subconsciente» por Bozzano. Para la filosofía hindú, que propone a sus sabios y ascetas la plena realización de la polaridad luminosa y latente del yo, éste puede conseguir, sin más, identificarse con la conciencia cósmica «de la que todo deriva y a la que todo desemboca», como escribe Tucci *(op. cit.)*.

Las dificultades que encontramos al individuar este nuestro *partner* secreto, y al reconocer sus posibilidades, derivan del hecho de que su luz no puede alcanzarnos más que cuando se ofusca la del yo consciente, punto de apoyo de la existencia diurna, y, por tanto, en el sueño y en los estados de sueño en general. El universo sensible nos absorbe, en efecto, demasiado, como para que podamos darnos cuenta, a menos que sea por casualidad y fugazmente, de aquella otra modalidad existencial que concierne a nuestro psiquismo secreto, y a la que corresponde un universo de las más amplias posibilidades (y, por tanto, también más fundamentales). La vida humana es, pues, sustancialmente, una alternancia de estados de conciencia: una breve peripecia destinada a desarrollarse en dos planos distintos y alternos de realidad, a cada uno de los cuales corresponde un equilibrio psicológico particular. Mientras la conciencia diurna se mantiene enfocada sobre el universo sensible, la otra se mueve libremente en el «prohibido», y los contactos esporádicos —digamos también aventurados— entre un plano y el otro son mantenidos por los sueños en su variadísima gama de orientaciones y significados.

Algunas veces, el sueño consigue establecer un contacto más pleno, como si el yo secreto se dilatara hasta sumergir la mente consciente y transportarla al propio plano existencial. Entonces, logramos entrever algún aspecto del «universo más amplio» respecto al cual actúa de trámite. El hecho de que se trate de una realidad desconocida (y no sabemos hasta qué punto cognoscible) no ha impedido que fuera objeto de notabilísimas intuiciones por parte de aquellos filósofos y psicólogos

que, de distinta manera, han presentido su existencia. En espera de tratar el tema un poco más a fondo, vale aquí la pena bosquejar alguna de esas intuiciones, aunque sea en los límites inevitablemente vagos e inciertos permitidos por breves definiciones. William James ha postulado la existencia de un *continuum* de conciencia cósmica, que es tanto como decir un universo de sustrato sustancialmente psíquico (que es la concepción hacia la que convergen, como veremos, las hipótesis de algunos eminentes físicos, matemáticos y biólogos contemporáneos).

Los ocultistas tienen una concepción, entre psíquica y espacial, que no está desprovista de interés: el Akasa. Nos encontramos siempre en el campo de las concepciones «oceánicas» de la psique, en el que se incluyen tanto el «inconsciente universal» de Edward von Hartmann como el «inconsciente colectivo» de Jung. En términos más simples, también puede hablarse de universo psíquico[38] o «dimensión del sueño», dado que no se puede acceder a él sino en aquel particular estado de conciencia que, a veces, aflora en el sueño. Según un antiguo parangón que se remonta al *Mahabharata*, esta realidad desconocida corresponde justamente a un océano del que la vida individual surge como una ola, para correr sus breves aventuras en el universo sensible (y puede suceder que su cresta espumeante ni siquiera sospeche la existencia de la profundidad de la que se ha elevado).

Si es verdad que el sueño nos sirve de intermediario respecto a estas profundidades desconocidas, también puede suceder que los contactos más importantes, y acaso esenciales, son aquellos de los que no nos llega ningún eco. Es decir, que se desarrollan al abrigo de aquel muro que nos separa del llamado sueño sin ensueños. Aquí nos hallamos verdaderamente en presencia de los aspectos más impenetrables de aquel multiforme misterio representado por los estados «distintos» de conciencia, algunos de los cuales desafían, y acaso desafiarán para siempre, toda avidez, aun intrépida, de conocer.

Y puesto que se trata de un ámbito abierto sólo a las conjeturas, vamos a dejar que sea el lector quien se las formule a sí mismo, tras pasar revista a la gran variedad de aquellos particulares estados de conciencia, más o menos asimilables al sueño, que serán descritos en este libro. El hecho de que muchos de éstos se verifican a ojos abiertos no impide que en todos los casos aquí considerados, el modo de ser onírico prevalezca sobre la modalidad existencial diurna, con efectos que, a veces, parecerán, sin más, mágicos. Y, en efecto, veremos en la práctica cuán verdadero es que el sueño puede satisfacer cualquier deseo (y no sólo en el plano ficticio).

Sabremos de los vagabundeos oníricos de la mente más allá de las fronteras del

cuerpo, y de aquellos que transportan «al otro lado de la frontera» algo más que la mente. Veremos qué extraños efectos pueden tener los sueños inconscientes de ciertos adolescentes sobre los objetos inanimados, y conoceremos los sueños que parecen transmitir una vida efímera a ciertas creaciones del pensamiento. Se hablará de las visiones lúcidas de los calculadores, y también de los curiosos poderes de ciertos otros sujetos en los que la naturaleza parece haber alcanzado una coordinación, aunque sea imperfecta, entre la mente consciente y las facultades psicocinéticas latentes. No olvidaremos los sueños agitados que se suelen atribuir a ciertos personajes nostálgicos de la otra orilla, y las inexpresables visiones que transportan a los extáticos al corazón mismo de la realidad desconocida.

Según Voltaire, nuestra vida es un sueño del que llegaremos a despertar. En espera de esto, aquélla está poblada de sueños, «sueños en los sueños», pues (como decía Sarnac, un personaje de Wells), «hasta que acaso lleguemos al Creador de todos los sueños».

NOTAS — Capítulo Primero

(1) Viejo problema muchas veces propuesto y replanteado por filósofos y poetas rebeldes a pactar con el sentido común, que considera como real sólo la vida diurna, en la plena consistencia de sus componentes físicos y fisiológicos. Tal convicción corriente no tendría ninguna razón de ser si se hubiera comparado adecuadamente con la efectiva extensión y con los atributos de la psique, así como con los diversos planos o modalidades existenciales en los que se concretan sus variadas manifestaciones. En caso de que se acepte un planteamiento por así decir relativista de los conceptos de realidad y de existencia, de modo que cada tipo de realidad resulte individuable en relación con determinada modalidad existencial, y, por tanto, con determinado tipo de conciencia, resulta que incluso las manifestaciones psíquicas son, a su manera, reales en el plano de realidad que les corresponde. Y una de tales manifestaciones, con características propias y autónomas, es, precisamente, el sueño.

(2) "Un análisis completo de los procesos psíquicos demuestra que el inconsciente es la esfera de acción de los más importantes fenómenos mentales. El consciente siempre está subordinado al inconsciente", escribe quien puede considerarse el fundador de la psicología experimental: WILHELM WUNDT. Según Maudsley, sólo el diez por ciento de las actividades mentales se desarrolla al nivel de la conciencia. Pareceres no distintos los encontramos expresados en obras de Bergson, de James, de Jung y de muchísimos otros filósofos y psicólogos. ¿Qué es, pues, la conciencia? "La actividad mental que se desarrolla cuando nos enfrentamos con la realidad externa y debemos actuar." (ERICH FROMM.) "Es un momento fugacísimo y muy particular de la vida psíquica." (ANTONIO MENDICINI.) "Es el modesto reflejo de poderes inconscientes que operan en cualquier organismo vivo." (LIDIO CIPRIANI.) Y, para concluir, he aquí una célebre definición de LECOMTE DE NOUY, que subraya sus limitaciones específicas y más cargadas de consecuencias: "La conciencia es la facultad de percibir las cosas separada y sucesivamente." No obstante esto, o, mejor dicho, precisamente por esto, la conciencia es el mejor instrumento para orientarse y vivir en ese particular universo que acostumbramos a definir como "sensible".

(3) ERICH FROMM, *El lenguaje olvidado*.

(4) ERNESTO BOZZANO, *Luci nel futuro*; *Guerre e profecie*. WILLIAM OLIVER STEVENS, *I misteri dei sogni*. G. ZORAB, *Proscopie*. W. H. C. TENHAEFF, *Oorlogsvoorspellingen* (predicciones sobre la guerra). LOUISA RHINE, *Hidden channels of the Mind*. RAYMOND DE BECKER, *Las maquinaciones de la noche*, publicada en esta misma colección "Otros mundos".

(5) Para los detalles relativos a este y a muchísimos otros sueños premonitorios, cfr. la serie de artículos de A. aparecidos en *La Sett. Incom Ill.* en 1962.

(6) Entre los más conocidos, recordamos el sueño de Calpurnia, al que se alude en otra parte de este libro; la visión de Bruto, a quien la sombra de César se apareció, según Plutarco, para anunciarle "Te espero en Filipos."; el caso de Juliano *el Apóstata*, que, mediante un sueño, supo que iba a morir en Tracia (y, en efecto, murió en una oscura aldea que llevaba ese nombre, después de haber evitado cuidadosamente, a lo largo de su vida, dirigirse a la región homónima). De sueños premonitorios se habla en la *Odisea* (el sueño de Penélope), en la *Eneida* (el de Dido), en *Las Coéforas*, de Esquilo (el sueño de Clitemnestra), y así sucesivamente. Para la parte amplísima que este fenómeno tiene en las Escrituras, cfr., por ejemplo, *Génesis*, 41, 17-36; ídem, 40, 9-15 y 16-19; Id., 37, 5-8 y 9-10; Mateo, 2, 13; 2, 12 y 2, 19-20.

(7) Como nos ocuparemos de aclarar en otra parte del libro, en ciertos casos de ganancias por así decir "prefijadas" en la lotería o en rifas, acaso pueda invocarse la intervención de un factor psicocinético en lugar del precognitivo.

(8) R. TRINTZIUS, *La magie a-t-elle raison?* París, Albin Michel, 1942.

(9) J. W. DUNNE, *Esperimento col tempo*, Milán, Longanesi.

(10) E. AEPPLI, *I sogni e la loro interpretazione*, Roma, Astrolabio.

(11) M. VERNEUIL, *Dictionnaire pratique des sciences occultes*, Mónaco, "Les documents d'art", p. 429.

(12) *The Journal of the S. P. R.*, vol. L, nº 2, abril, 1956.

(13) *Tomorrow*, vol. I, n.° 2, invierno 1952-1953 y trad. italiana en *Luce e Ombra*, n.° 3, mayo-junio, 1960.

(14) El primer tratado de oniromancia fue escrito por Aristóteles. Algunos siglos más tarde, el efesio ARTEMIDORO recogió en su *Oneirocriticon* las doctrinas difundidas sobre el tema, e ilustró con notable sutileza el simbolismo de los sueños, al menos, en cuanto era posible adentrarse en ello en sus tiempos. La fe en los sueños inspirados es, por otra parte, muy antigua, como lo demuestran, por ejemplo, las prácticas propiciatorias mediante las cuales los adeptos de la escuela pitagórica trataban de obtener sueños inspirados; las sugerencias hechas por PLATÓN con la misma finalidad (v. libro IX de *La república*); los rituales que a lo largo del transcurrir de los siglos fueron puntualmente seguidos por los enfermos que afluían en gran número a los templos dedicados a Esculapio y a Serapis, con objeto de obtener en sueños la indicación de los remedios aptos para curarlos. Algo de tales creencias sobrevive hoy en ciertos rituales budistas: toda iniciación, en efecto, debe estar precedida de sueños que resulten claramente representativos de una toma de contacto del neófito con el plano espiritual al que desea ascender (cfr. G. TUCCI, *Teoría e pratica dei Mandala*, Roma, Astrolabio).

(15) La palabra *daimon*, en la acepción que se le dio en la época poshomérica, no hacía referencia directa a entidades propiamente diabólicas, sino que servía para indicar el numen, espíritu tutelar, genio bueno o malo intermediario entre los dioses y los hombres. Atributos todos que se refieren muy bien a aquellas zonas indistintas del yo que parecen actuar de trámite entre nosotros y un psiquismo más vasto, y en las que a algunos autorizados estudiosos modernos les parece poder entrever, precisamente, una doble polaridad: una, directamente relativa al plano de los instintos biológicos elementales; la otra, más luminosa, y que gravita en una esfera ultraconsciente (superconsciente). Según EVOLA, el significado tradicional de la palabra demonio (que corresponde hoy a la griega *daimon*) es el de "... fuerza profunda que, originariamente, ha determinado una conciencia en la forma finita y en el cuerpo en que ésta se encuentra viviendo en el mundo visible y que, luego, queda «detrás» del individuo —si así puede decirse— en el preconsciente y en el subconsciente, a base de procesos orgánicos y, asimismo, de sutiles relaciones con el ambiente, con otros seres y con el destino pasado y futuro, los cuales, habitualmente, escapan a todo control directo" (Cfr. *Rivolta contro il mondo moderno*, Milán, 1951).

(16) V. TWEEDALE, *Les fantômes que j'ai vus*, París, La Colombe, 1954.

(17) P. BRUNTON, *La sabiduría del yo superior*, Buenos Aires, Kier.

(18) "Durante nuestro sueño o nuestra duermevela, pese a las incongruencias y las oscuridades, por unos instantes tenemos, en lo referente a personas o situaciones, una lucidez mayor que durante el día." (OLIVER QUÉANT, *Nous ne sommes pas en nous*, París, La Colombe, 1961.)

(19) C. G. JUNG, *El problema del inconsciente en la psicología moderna*.

(20) E. D'ESPERANCE, *The Shadow land*, Londres.

(21) F. H. MYERS, *Human Personality and its Survival of Bodily Death*, Londres, 1903.

(22) Jenofonte escribía: "Precisamente en el sueño, el alma muestra mejor su naturaleza divina; en el sueño goza de cierta intuición sobre el porvenir, y esto sucede, al parecer, porque en el sueño disfruta de la máxima libertad."

(23) CH. BAUDOUIN, *Introduction à l'analise des rêves*.

(24) Freud reconoció la existencia de los sueños telepáticos, pero negó precisamente la de los sueños precognitivos. Con el tiempo, sus seguidores han ido ensanchando las perspectivas a propósito de la problemática paranormal en general, realizando —como se verá— una notable contribución de observaciones e interpretaciones, sobre todo, en lo relativo a la investigación de motivaciones inconscientes de los fenómenos.

(25) "Para comprender el sueño, es preciso admitir que la vida psíquica está compuesta de planos superpuestos correspondientes, sin duda, a la sucesión de los centros nerviosos." (BAUDOUIN, *op. cit.*, p. 36.)

(26) Cfr. NATHANIEL KLEITMAN, *Sleep and Wakefulness*, University of Chicago Press. Los informes más interesantes sobre este tipo de estudios son los de Aserinsky y Kleitman, aparecidos en 1955. Los de Dement y Wolpert (1958) y el de Fisher y Dement, aparecido en 1963. Un panorama completo de las investigaciones en cuestión ha sido trazado por el inglés EDWIN DIAMOND en *The Science of Dreams*, Londres, Eyre and Spottswood.

(27) Una de las experiencias de que hablamos ha sido referida por el doctor Justinus Kerner, médico de cabecera de la médium Federica Hauffe, conocida como "la vidente de Prévorst". Mientras se encontraba inmersa en el "sueño magnético profundo", en el curso del cual manifestaba sus más altas dotes de clarividencia,

la mujer dictó esta frase, estupendamente evocadora de esas realidades desconocidas que se agitan en el fondo de nuestro ser: “Mi cerebro no sabe nada; es mi espíritu el que habla. Y si yo, en estado de vigilia, con mi cerebro pudiera saber lo que dice mi espíritu, moriría.” (J. KERNER, *Die Seherin von Prévorst*; trad. francesa del doctor DUSART, *La Voyante de Prévorst*, París, Chaumel, 1900.) Análogas observaciones han sido hechas por el doctor Pagenstecher a propósito de ciertas experiencias en cuyo decurso la médium María Reyes de Z., de quien se ocupó largamente, caía en estado letárgico. Todo esto parece valorizar algunas doctrinas orientales que enseñan la pluralidad de los estados de conciencia, entre los que está comprendida la “conciencia letárgica”.

(28) J. HUIZINGA, *La crisis de la civilización*.

(29) Cfr. lo que escribe JUNG en *Realidad del alma*, cap. 9, “Alma y muerte”: “Así como nuestra imagen del mundo ha tenido que liberarse del prejuicio del geocentrismo, necesitaremos de un gran esfuerzo de naturaleza casi revolucionaria para liberar la psicología de las cadenas de las concepciones mitológicas y, luego, del prejuicio de que sea tan sólo un epifenómeno de los procesos bioquímicos que se desarrollan en el cerebro, por una parte, y una simple cuestión personal, por otra. En un sentido, la correlación con el cerebro no prueba en absoluto que la psique sea un llamado epifenómeno, una manifestación secundaria dependiente de manera casual de los procesos bioquímicos que se producen en lo abstracto; en otro sentido, sabemos lo bastante hasta qué punto la función psíquica puede ser afectada por procesos manifestados en el cerebro. Este hecho es tan importante, que la deducción de la epifenomenalidad psíquica aparece casi inevitable. Pero los fenómenos parapsicológicos nos invitan a la cautela, puesto que indican una relativización del tiempo y del espacio por obra de factores psíquicos que pone en duda la explicación prematura e ingenua del paralelismo psicofísico.”

(30) El doctor Fisher, citado ya en la nota 26, ha demostrado con Dement que el mundo onírico puede aventajar, en ciertas condiciones, la conciencia de vigilia.

(31) N. GENTILE, *La medicina psicologica nella pratica medica qutidiana*, Turín, Bocca, 1924.

(32) Citado por HOFFDING en *Saggio di una psicología basata sull’esperienza*, párr. 4.

(33) Hecho extraño, la poesía en cuestión es un auténtico deplorar las prácticas espiritas a las que el autor se dedicaba. En traducción bastante libre, que, por otra parte, no hace justicia a sus méritos, dice así: “Tú que vienes furtivamente / a violar el inmenso y viejo cementerio / para conocer el secreto de las tinieblas, / y procedes a tientas / entre nuestras fúnebres sombras, / con la sola ayuda de una antorcha terrena, / deja de molestar / y apaga tus lucecillas. / Vuelve a la oscuridad, para ti habitual. / Ningún ojo vivo / contemplará las cosas eternas / espiando furtivamente / por encima de los hombros de los difuntos.”

(34) *Nuestras facultades desconocidas*, Enciclopedia “Horizonte”.

(35) Observa BAUDOUIN que el sueño “piensa mediante imágenes, como los grandes poetas”. En efecto, se trata de un pensamiento expresado, si así puede decirse, también por medio de emociones. Por lo que se refiere a los sueños telepáticos o precognitivos, por ejemplo, puede suceder que el componente emotivo resulte a veces desproporcionado a la gravedad real del futuro evento simbólicamente indicado por la visión onírica. Esto vendría a confirmar la opinión de algunos autores acerca de la oportunidad de valorar, a los fines de una recta interpretación, la llamada “atmósfera general del sueño”, en la que tiene una parte muy amplia la participación emotiva del sujeto durmiente.

(36) M. MAETERLINCK, *L’hôte inconnu*, París, 1917.

(37) “El inconsciente es considerado si no como basurero colocado bajo la conciencia, al menos, como pura naturaleza animal. Pero, en realidad, tiene, por definición, una extensión y una constitución indeterminadas, de modo que tanto su supervaloración como su infravaloración no tenga sentido. Y en cuanto a los prejuicios, no merecen consideración.” (JUNG, v. *op. cit.* en la nota 29.)

(38) En su prefacio a *The Infinite Hive*, Londres, 1964, el eminente estudioso CYRIL BURT, profesor de Psicología de la Universidad de Londres, habla de un “universo de las fuerzas psíquicas” que podría muy bien subsistir junto al universo de la materia y de la energía. Concepciones análogas se van manifestando, como veremos, incluso entre calificadísimos especialistas de ciencias físicas y biológicas.

CAPITULO II
LOS VAGABUNDEOS DE LA MENTE LIBRE

> Una toma de conciencia más amplia de nuestras posibilidades mentales nos abrirá una puerta actualmente disimulada por espesas cortinas.
>
> CHARLES-NOËL MARTIN.

Los sueños telediagnósticos

Pasqualina Pezzola es una vidente por completo distinta de las acostumbradas. La primera vez que la vi, en su casa de Civitanova Marche, se hallaba de rodillas en el suelo de la habitación donde recibe a los clientes, empeñada en un extraño ritual. Con los ojos cerrados y la mano izquierda levantada a la altura de aquéllos, adelantaba la cabeza como si estuviera escrutando algo que hubiera debido encontrarse ante ella. En realidad, ante Pasqualina no había nada. Desde la silla situada en un rincón, un hombre seguía con preocupación aquella pantomima curiosa: era un sargento primero de los carabineros, vestido de paisano, que había acudido de Fabriano para consultar a la vidente. A mi requerimiento, me había permitido gentilmente asistir a la sesión.

En el rincón opuesto, mi fotógrafo hacía relampaguear, mientras tanto, una tras otra, las bombillas de magnesio. Pero Pasqualina no se daba cuenta de nada. Inmersa en un trance que la aislaba por completo del ambiente, su atención estaba dirigida a una persona lejana: el suegro del sargento primero, enfermo en el hospital de Fabriano. En aquel momento, precisamente, lo estaba «visitando», según un largo y minucioso procedimiento que se traducía claramente en los gestos. Sin dejar escapar ningún sonido, los labios de la mujer se movían sin cesar, como si hablara con un interlocutor invisible. De vez en cuando, parecía que formulaba una pregunta o que escuchaba una respuesta; algunas veces, asentía sonriendo.

Si yo no hubiera leído ya el informe de estudios de indiscutible seriedad realizados sobre la vidente, hubiera podido creer en una puesta en escena de ínfima categoría, buena, todo lo más, para engañar a los pobres de espíritu. Pero yo no ignoraba que aquel rito tenía un significado preciso y funcional. En cierto momento, la mujer se puso en pie, hizo una ligera inclinación a manera de saludo, y luego, exhalando un largo suspiro, se sentó. Su puño derecho, apoyado en la pierna,

se movió en un rítmico vaivén que se prolongó un minuto o dos. Cuando abrió los ojos, su mirada era limpia y serena, pero la expresión del rostro era seria, incluso grave. «Por desgracia —dijo, volviéndose hacia el consultante—, debo darle malas noticias. Aquel pernicioso mal que su suegro tiene en el hígado ha realizado progresos irremediables. Lo he mirado bien por todos lados: es así de grande. Sé que los médicos quisieran hacer una tentativa y operarlo. Pero no hay que hacerse ilusiones, pues, en cualquier caso, el enfermo no resistirá mucho tiempo. Piense que ha bajado a cuarenta y cinco kilos de peso, ¡él, que había llegado a pesar más de cien! ¡Lo siento!»

En este momento, el fotógrafo y yo salimos a la estancia contigua, donde una docena de personas esperaban su turno. Miré afuera: entre los numerosos automóviles parados ante la casa había uno extranjero, con matrícula de Marsella. Cuando el sargento primero se reunió con nosotros, conseguí que me prometiera tenerme al corriente del futuro desarrollo de aquel caso. Quince días después, una carta suya me informó de que la vidente marquiana tenía razón, incluso en la prognosis, además de la diagnosis.

Cuando volví a casa de Pasqualina, dos años más tarde, iban conmigo tres amigos, uno de los cuales padecía desde años atrás de ciertas molestias crónicas en el abdomen. El otro era su médico de cabecera, y el tercero, el director cinematográfico Federico Fellini, que necesitaba documentarse acerca de la «dimensión mágica de la realidad». La vidente se sumergió, como de costumbre, en el trance, visitó largamente al enfermo con el ritual de siempre y, luego, pidió papel y lápiz y dibujó el punto preciso del paquete intestinal donde estaba localizada aquella afección, respondiendo con precisión a todas las preguntas del médico. Frente a tanta misteriosa sabiduría, éste no pudo por menos de inclinarse, pero lo más sorprendente era la seguridad digamos «profesional» demostrada por aquella aldeana sencilla, reservada y modesta.

La ciencia y lo inexplicable

Quien esto escribe sabe muy bien que historias como la presente carecen de toda relevancia científica. Aparte de testimonios aislados, lo que los estudiosos quisieran es que tales fenómenos inexplicables pudieran observarse y reproducirse a placer. No siempre es esto posible, pero en el caso de Pasqualina Pezzola es exactamente así. Acerca de sus facultades insólitas existen dos publicaciones redactadas por estudiosos calificados que la han sometido a experiencias de todo género. En orden cronológico, el primer estudio sobre la vidente fue realizado por la doctora Giuseppina Mancini, que forma parte del Comité científico de la «Società Italiana di

Parapsicologia», y se remonta a más de veinte años. La otra aportación se debe al doctor Piero Cassoli, ex presidente del «Centro Studi Parapsicologici», de Bolonia.

En colaboración con el doctor Enrico Marabini, Cassoli sometió, a partir de 1953, a Pasqualina Pezzola a ciclos sucesivos de experiencias, cuya relación es publicada luego en una revista especializada[1]. Además de ser absolutamente independientes entre sí, ambas contribuciones son muy distintas por los criterios seguidos y por la mentalidad que reflejan. Sin embargo, sus conclusiones coinciden a la perfección y no dejan dudas en cuanto a las capacidades reales «telediagnósticas» de Pasqualina. Esta aldeana, que sólo ha frecuentado la tercera clase elemental, está verdaderamente capacitada para alcanzar con la mente a personas lejanas y enfermas, y para «ver» sus órganos afectados por el mal. Sus descripciones son muy precisas y revelan una experiencia que no es fácil de explicar, aun teniendo en cuenta el hecho de que en algunos decenios de actividad, y al ritmo medio de una docena de pacientes diarios, debe haber visitado a millares de enfermos.

Algunas de estas visitas han resultado memorables. He aquí un episodio a propósito del cual el doctor Cassoli tuvo informes directos de sus protagonistas. En 1948, un jovencito de Cinisello Balsamo, un tal Erminio B., fue desahuciado por el hospital de Milán con un diagnóstico gravísimo («osteosarcoma maligno»), y con el pronóstico «fatal a breve plazo». En semejante situación, hay quien se inclina ante el primer veredicto y quien solicita una consulta médica, pero los padres de Erminio quisieron conocer la opinión de Pasqualina. Aquella vez, la vidente se despertó del trance sonriendo: «¡Vuestro chico no tiene nada y curará pronto!», dijo. Y los hechos le dieron la razón.

Entonces, el doctor Cassoli, aguijoneado por su misma incredulidad, quiso indagar a fondo para descubrir eventuales supercherías, y empezó a ir y venir entre Bolonia y Porto Civitanova, decidido a llegar hasta el fondo. Antes, incluso, de someter a prueba a Pasqualina como vidente, quiso tratarla como a una paciente cualquiera. Determinó la anamnesia y la sometió a exámenes médicos y psicológicos. Resultado: era una mujer sana y normal. «Normales la atención y la memoria; normales la inteligencia, la afectividad y el sentido moral», escribió. El *test* de Meurisse o «del borrón» reveló un carácter tímido y no demasiado seguro de sí mismo. El *test* de Rorschach puso en evidencia su invencible aptitud para interpretar todo tipo de mancha en términos de anatomía humana normal o patológica; un verdadero y propio fenómeno de «deformación profesional» que podría verificarse en radiólogos, anatómicos o expertos en disección.

Vinieron, luego, las comprobaciones sobre el trance y sobre el extraño ritual del

«viaje», que aún no hemos descrito. Antes de iniciar sus reconocimientos a distancia, Pasqualina exige invariablemente una hoja de papel con la dirección del paciente. Después, se sienta, cierra los ojos, ejecuta algunos movimientos rítmicos y «parte». En este momento, y por la sola virtud de la mímica, empieza a «recitar» las varias circunstancias del viaje: visita al paciente, coloquios, encuentros con los demás, búsquedas de informaciones. No es raro que haga ver que sube o baja escaleras, como si su extraño y verídico sueño interfiriese de veras con las situaciones reales ambientales y topográficas. En resumen, como ya se ha visto en los otros casos, existe un curioso maridaje entre la realidad onírica y la ordinaria, con los singulares efectos «mágicos» que resultan de tal situación.

Una vez, mientras la vidente se hallaba en trance, el doctor Cassoli le pinchó de improviso en la pierna, para asegurarse de que la mujer no estaba fingiendo. No se produjo ninguna reacción somática ni derramamiento de sangre. Aunque poco profundo, el de Pasqualina era, pues, un trance auténtico, una de tantas formas de aquel sueño artificial y «vigilante» que permite el afloramiento de las facultades latentes en el yo secreto. Y mientras el cuerpo se convierte en un instrumento pasivo que refleja automáticamente el decurso de los vagabundeos mentales, la mente adquiere un carácter ubicuo, estando al mismo tiempo «aquí» y «lejos de aquí» y siendo capaz, también, de ver a distancia sin el auxilio de los ojos, y de penetrar a través de la opacidad de los cuerpos. He aquí la problemática compleja con que tropieza quien estudia el desconcertante fenómeno de la «clarividencia viajante», como la llaman los especialistas.

Visita al enfermo desconocido

Para poner a prueba las facultades telediagnósticas de Pasqualina, los doctores Cassoli y Marabini empezaron por confiarle el encargo de «visitar», mientras estaba en trance, a algunos de sus pacientes de Bolonia. He aquí algunos relatos dictados por la vidente[2] con la indicación, entre paréntesis, de los comentarios hechos por los dos estudiosos a cada conclusión. «La señora Margherita A. ni es tan mayor ni está tan mal» (exacto). «No encuentro tumores ni enfermedades feas» (exacto). «Ha tenido fiebre hasta hace pocos días, pero ahora no tiene» (exacto, pero ninguno de nosotros lo sabía en aquel momento, dado que, dos días antes, la habíamos dejado en estado de recuperación de una bronconeumonía). «Ha estado enferma de aquí» (y se señala la base de los pulmones). «Tiene la respiración fatigada» (probable). «La tensión arterial me parece entre 150 y 160» (exacto, pero teníamos razones para no creerlo, porque hasta pocos días antes oscilaba entre 190 y 200). «Está un poco deprimida, pero no se trata de nada serio» (exacto). «Me ha

dicho que, a veces, sufre un gran dolor de cabeza» (exacto).

Otro informe: «He encontrado a esa persona en la cama y sufría mucho» (exacto). «Tiene la cabeza confusa, el corazón funciona mal y respira con fatiga» (exacto). «El riñón está muy afectado» (probable). «Veo nódulos como “castañuelas” en el vientre» (había sido operada de amnesiectomía y de histerectomía alrededor de los treinta años, y aún quedaban adherencias y cicatrices). «No puede curarse» (exacto). «Está enferma desde hace muchos años» (en efecto, desde los veintiséis). «Si el corazón consigue reponerse, pronto mejorará» (exacto). «Una señora bastante joven me ha acompañado en la visita» (se trata de la persona que ha asistido a la enferma durante veintiséis años). Y aquí hay que precisar un punto importante: ninguna de las personas a las que Pasqualina encuentra o visita en el curso de sus viajes mentales ha advertido nunca su «presencia» (si así podemos llamarla). Y mientras la vidente es siempre capaz de reconocer incluso en la vida ordinaria a las personas con las que ha tenido que ver en el curso del trance, lo contrario no sucede nunca: Pasqualina sigue siendo una desconocida para las personas «visitadas» por ella. Todo esto nos da idea de hasta qué punto la mente consciente permanece extraña a la vida del huésped desconocido, el yo que hemos llamado «secreto».

Una vez, Cassoli y Marabini quisieron ver, con una experiencia decisiva, hasta qué punto las noticias referidas por la vidente eran independientes de sus recuerdos y pensamientos. Y ello para poder excluir la hipótesis de una eventual comunicación telepática. De Porto Civitanova, donde se encontraban, se pusieron en contacto telefónico con la clínica boloñesa de Sant’Orsola, y preguntaron si estaba ocupada la cama 16, situada en la habitación 14 del departamento de ginecología. No quisieron saber nada más. Una vez obtenida la respuesta afirmativa, rogaron a Pasqualina que se dirigiese a visitar a la persona desconocida que yacía en aquel lecho. Y he aquí el resultado:

«Se trata de una mujer de complexión normal y expresión simpática, pero sufriente. No tiene nada grave: una simple inflamación en el abdomen. La fiebre ha desaparecido ya hace algunos días. Puede tener hijos, porque el aparato reproductor es normal.» Después de esto, la vidente añadió algunos detalles que, fuera del campo sanitario, parecerían indiscretos. Al día siguiente, todos los elementos de la narración fueron comprobados y resultaron exactos. Así, pues, nada de lectura del pensamiento, sino que la mente «ubicua» de la mujer estaba en verdad capacitada para alcanzar por sí misma y en cualquier lugar, las noticias que se le ocurrían, sin necesidad de apoyarse por vía telepática en la mente de los presentes. En su tiempo, la doctora Mancini había llegado a la misma conclusión.

«Pasqualina y yo —refiere en su estudio dicha doctora— hemos examinado juntas a enfermos de los nervios, de cálculos renales, de úlcera gástrica y de cáncer. Para que no se me ocurriera la duda de que pudiera tratarse de transmisión de pensamiento entre ella y yo, le hacía examinar a cada enfermo antes aún de visitarlo yo misma. En los límites de sus conocimientos, que son increíblemente extensos, sus diagnósticos fueron siempre precisos. Lo que me ha impresionado particularmente es la minuciosa descripción que hace no pocas veces de ciertos órganos internos y de las relaciones entre un órgano y otro. Sólo un médico puede apreciar todo eso. No usa términos técnicos, pero se hace entender perfectamente. Y no menos maravilloso es el hecho de que se pueda hablar siempre con ella en términos técnicos y específicos de enfermedades y de enfermos, con perfecta y admirable comprensión por su parte.»

La doble alineación

Desearíamos ahora interrumpir por un momento las hazañas de Pasqualina para delinear algunas consideraciones acerca de los problemas que se derivan del caso. Una de las convicciones más enraizadas en cada uno de nosotros es que nuestro «yo» está «aquí, donde nuestro organismo». No se puede, pues, concebir que esté también en otra parte. No menos enraizada está la convicción de que no puede verse nada sin la ayuda de los ojos, ni a través de la materia ni a distancia ilimitada. Pero Pasqualina hace todo esto y hasta consigue medir la presión arterial de personas lejanas sin disponer de un aparato. Henos en pleno absurdo. Sin embargo, cuando el absurdo se permite existir, ello significa simplemente que algunas premisas, implícitas y no implícitas, en nuestro saber, son incompletas o equivocadas. Está claro que si quisiéramos investigar en los términos propios de la física, de la fisiología o de ambas ciencias a la vez, no sabríamos cómo configurar una explicación de tan aparentes contrasentidos. Al menos, no podremos hacerlo en el actual estado de desarrollo de estas dos ciencias.

He aquí por qué los partidarios del materialismo —que sostienen que todos los fenómenos psíquicos son manifestaciones particulares de cierto tipo de materia organizada, y que están subordinados de manera inevitable a la existencia y funcionamiento de un aparato nervioso y de un órgano cerebral— se encuentran desorientados frente a hechos que, por el contrario, parecen demostrar precisamente lo contrario: la autonomía de algunos procesos psíquicos respecto a los presuntos «soportes» del psiquismo y del pensamiento. Esto determina que los seguidores de las teorías fisicalistas o bien no admitan la existencia de fenómenos como los aquí descritos, o bien aplacen la explicación por tiempo indeterminado,

esperando que los adelantos futuros de la Física puedan hacerla posible, pero esto constituye un acto de fe que no sabemos cuándo ni si efectivamente podrá ser confirmado por los hechos. Nuevos avances de la Física están ya en marcha, pero no progresan en el sentido esperado por los fisicalistas, sobre todo en cuanto que esa ciencia, al afrontar los grandes problemas del átomo y del Universo, ha tenido que abandonar los tradicionales esquemas mentales propios del sentido común y de la lógica cartesiana.

Cuando, por el contrario, se tiene la valentía de abandonar el campo fisicalista[3] para acceder a una de tantas hipótesis que se dirigen hacia el principio fundamental de la autonomía de la psique respecto al presunto soporte indispensable nervioso y cerebral, el aspecto absurdo de los fenómenos en cuestión desaparece. En la alineación de esta parte encontramos a insignes filósofos y psicólogos como Henri Bergson y William James; a pensadores católicos contemporáneos como Gabriel Marcel y Raphael Sanzio Bastiani, y a tantos otros. Bergson supone que la mente tiene posibilidades ilimitadas de conocimiento no dependientes de los sentidos ni subordinadas a las categorías espaciotemporales, y que el cerebro existe exclusivamente para «hacer de filtro» de tales conocimientos potencialmente propasados y, por tanto, para evitar que se prevenga a la mente consciente de todo aquello que estorbara el curso normal de la vida en el universo de las tres dimensiones.

Según William James, viviríamos inmersos en un océano psíquico (el *continuum* de conciencia cósmica) del que se filtraría en cada individuo un exiguo fragmento de capacidades intelectivas y sensibles, y ese individuo consideraría dicho fragmento como su propia mente individual. Esto nos hace evocar el ejemplo de la ola y la idea de la «dimensión psíquica» ya desarrollada en el capítulo anterior. En esta concepción «oceánica» —que luego ha sido tomada y apropiada, aunque sea con terminología distinta, por otros numerosos estudiosos incluso contemporáneos —, la característica sobresaliente es la inexistencia de una separación verdadera y propia entre un individuo y el otro, al nivel del inconsciente. «Hablar de "mí inconsciente" no tiene sentido, porque todo es uno al nivel del inconsciente», escribe, por ejemplo, el existencialista católico Gabriel Marcel, que subraya el pensamiento de Bergson. Extrae un concepto de interdependencia humana que ofrece, a su vez, una buena base para configurar los fenómenos paranormales como «relaciones inconscientes interhumanas», como las llama el profesor Nicola Pende[4].

No obstante la escasa consideración que hipótesis como ésta gozan entre algunos en cuanto que «extracientíficas» y «metafísicas»[5], no se les puede negar un valor heurístico, en razón de una consideración simple, y es que tales hipótesis hacen

comprensibles algunos hechos debidamente comprobados, los cuáles, de otra manera, parecerían absurdos. Entre ellos figuran, en primer lugar, aquellos de los que nos hemos ocupado en las páginas precedentes. Por ejemplo, la idea bergsoniana según la cual el cerebro «filtra» las noticias para hacerlas llegar a la mente consciente, nos hará verosímil que aquél pueda haber «conversado» con Pasqualina sin saber nada. Y, más aún, si suponemos —con el ya citado Marcel, con Broad y con otros— que el «yo» no sea localizable en sentido espacial, no tendremos por qué sorprendernos del hecho, a primera vista inadmisible, de que la mente de quienquiera pueda encontrarse en lugares lejanos del cuerpo o en dos o tres sitios al mismo tiempo. Nos encontraremos, más bien, que las mismas expresiones usadas por nosotros de encontrarse «aquí» o «allí», referidas a una mente, están privadas de sentido.

Por fin, la existencia de los vagabundeos mentales, tan difícilmente aceptable para quien esté provisto sólo de lógica cartesiana, puede aparecer a la luz racional con tal de que se admita —como hace el antropólogo francés padre Raphael Sanzio Bastiani— que «es posible una completa separación entre el pensamiento y el cerebro, cuya asociación no tiene nada de absoluto»[6].

Es preciso, naturalmente, un esfuerzo —que a algunos puede parecerles muy penoso— para aceptar este conjunto de perspectivas innovadoras, las cuales implican la renuncia a un antropomorfismo bien enraizado, sobre todo, en los seguidores de cierta metodología científica que está estrechamente ligada a las características del mundo sensible, pero acaso valga la pena realizar ese esfuerzo. En esto tiene razón Boris Noyer cuando escribe: «Ha llegado para el hombre el momento de tratar de tomar conciencia del Universo y de sí mismo bajo un nuevo aspecto. Tal vez entonces se dé cuenta de que todo cuanto toma como real, comprendido el espacio y el tiempo, que lo tienen prisionero, está inmerso en un océano sin límites cuya única realidad es, probablemente, algo que se asemeja a su espíritu»[7].

Los vagabundos de la dimensión ignorada

Y ahora volvamos al tema principal, que es el de los vagabundeos mentales. Nos hemos detenido largamente sobre el caso de Pasqualina Pezzola y valía la pena, porque es rico en enseñanzas peculiares. Aparte de esto, siempre nos detenemos gustosos en los casos recientes inexplicables, aunque sólo sea porque la documentación relativa a ellos está al alcance de cualquiera. Sin embargo, no sería justo desdeñar los episodios significativos del pasado, sólo porque una especie de deformación perspectiva nos los hace aparecer envueltos en un halo de leyenda.

Para remediar las lagunas inevitables de la experiencia y de la memoria individuales, no queda, pues, sino conceder un crédito razonable a episodios del pasado que puedan ser comparados con otros actuales; es decir que se trata de rendirse a la evidencia de una comprobación fundamental: *que el pasado, también en este campo, se renueva de continuo en el presente; que el uno y el otro se aclaran con luz recíproca*.

Las primeras «indiscreciones a distancia» de las que hay noticia en antiguas crónicas, las encontramos en Aulo Gelio[8]. Este escritor refiere que el día mismo en que las legiones de César, en Farsalia, atacaron el ejército de Pompeyo, en Padua, un sacerdote llamado Cornelio «siguió» la gran batalla y la describió en todas sus fases, hasta la bien conocida conclusión: la victoria de César. En 1571, desde Roma, el papa Pío V «vio» el descalabro de la flota turca en Lepanto; ni siquiera quiso esperar a que los mensajeros le llevaran la noticia oficial para ordenar que se dieran gracias a Dios. Por Kant[9], sabemos de Emmanuel Swedenborg, que, a centenares de kilómetros de distancia, tuvo la visión nítida del incendio de Estocolmo, pero el hombre estaba acostumbrado a ver cosas muy distintas, durante las largas horas que dedicaba a la meditación «peripatética».

Swedenborg era, al parecer, una de las raras personas capaces de absorberse por completo en sus visiones interiores sin perder del todo el contacto con el ambiente, como si el yo secreto, en el que residen, en definitiva, los poderes de la «visión a distancia» pudiera emerger junto al yo de superficie y continuar alimentando sus visiones sin estorbar en exceso la actividad de la «cara diurna» de la conciencia. Esto es raro que suceda. La regla, en efecto, es que la clarividencia no puede verificarse sin el trance, aunque éste se atenúe hasta parecer imperceptible. Por otra parte, el trance, incluso en sus manifestaciones menos aparentes, implica inevitablemente un descenso del llamado «nivel de vigilancia» consciente. Como ya sabemos, precisamente en virtud de tal debilitamiento de la luz de la conciencia diurna, puede relampaguear otra luz de rayo mucho más amplio: la que se ha llamado «lucidez», «doble visión» y tantas otras cosas[10]. Bastiani (*op. cit.*) habla de ella como de un «estado de conciencia liberada».

Y prosigamos la reseña de los hechos. Una vez, Alexis Didier, famoso clarividente francés que vivía hace un siglo en París, fue consultado por un tal señor M. E. Prévost, el cual se hallaba en un apuro porque le habían robado doscientos mil francos. Alexis se recogió en sí mismo durante un tiempo (he aquí el semitrance) y, luego, dijo que el ladrón se encontraba en aquel momento en Bruselas, en el «Hôtel des Princes». Cuando la Policía fue a buscarlo, el hombre se había marchado ya. En una nueva consulta, el vidente anunció que el mismo ladrón estaba perdiendo en aquel momento todo el dinero en la casa de juego de Spa. Y ahí fue arrestado, en

efecto, pero ya no tenía un céntimo[11].

En el siglo pasado, cuando estaba en auge el llamado «magnetismo animal» —quiere decirse el uso de técnicas hipnóticas combinadas con pases magnéticos—, médicos y psiquiatras acostumbraban a provocar el estado sonambúlico del trance en sujetos sensitivos. Y, entonces, la mente de aquellas personas adquiría una libertad desconocida para su conciencia de vigilia. El doctor Charpignon refiere, por ejemplo[12], el caso de una paciente suya de Orleáns —una tal señorita Céline— que se evadía mentalmente del lugar donde habitaba para irse a curiosear a la vecina ciudad de Meung, y desde allí regresaba con «noticias de actualidad» que más de una vez fueron comprobadas como exactas. Algo parecido hacía Molly Fancher, una joven de Brooklyn obligada a guardar cama a causa de una enfermedad muy penosa, y constituía el único desquite que podía tomarse sobre el cuerpo que la mantenía prisionera y que tanto la hacía sufrir. Acerca de este caso contamos con el cuidadoso testimonio del juez Dailey, amigo de la familia Fancher, el cual recogió en un libro los numerosos documentos referentes a las facultades paranormales de la mujer[13]).

Violación de secretos

Puede suceder que las crónicas de los vagabundeos mentales no interesen a la ciencia, en cuanto que se trata de fenómenos raros y no observables a placer, pero interesan a quien quiera hacerse una idea menos superficial de la naturaleza humana, de sus poderes y de sus límites. También las crónicas de hoy hablan del asunto. En los Estados Unidos ha suscitado mucho interés un libro reciente del doctor Andrija Puharich, en el que el autor cuenta las curiosas aventuras «soñadas» por un paciente suyo adicto al vicio del éter: un hombre de negocios de cuarenta y cuatro años al que llama Bob Rame.

Un psiquiatra más conformista hubiera clasificado expeditivamente el caso entre los comunes delirios producidos por la intoxicación etérica, pero Puharich quiso llegar al fondo y pudo así establecer que aquellos, sueños se interferían verdaderamente con la realidad ordinaria, desde el momento en que su paciente era a menudo capaz de referir, con muchos y precisos detalles, los episodios lejanos a los que había asistido «en espíritu»[14]. Evidentemente, el anestésico actuaba en él de forma que dejaba aflorar auténticas facultades paranormales que, de otro modo, hubieran permanecido latentes. Muchas drogas alucinógenas poseen este efecto, pero ninguna droga puede transformar en visiones verídicas las irreales y fantásticas de un sujeto no dotado.

En México, los hechiceros (al estilo de los chamanes) de algunas tribus (mixtecas) se provocan el estado de «lucidez» —e incluso la visión a distancia— con el uso ritual de los «hongos sagrados», al igual que hacen, mediante otros ritos, sus colegas de tribu en análogo estadio cultural diseminados aquí y allá por el mundo, desde el extremo Norte europeo al Asia nororiental. Pero esto puede suceder sólo porque los hechiceros son sujetos «sensitivos» seleccionados con vistas a la función que deben desempeñar para la utilidad colectiva, y en cuanto a los rituales seguidos y a los alcaloides contenidos en los hongos, no son, unos y otros, más que elementos catalizadores del fenómeno paranormal[15].

Parece que el excursionismo mental, actúe o no voluntariamente, se presta, algunas veces, a arrebatar verdaderos secretos, como en el caso del bonzo indochino Fo-Satú, que fue a «presenciar», sin ser visto, una reunión secretísima del Estado Mayor francés en el curso del notorio conflicto de Indochina. Después de ello, hizo pública la noticia de una ofensiva inminente decidida por las autoridades militares[16]. En Italia está el caso del sanador Luigi Andalini, cuyas dotes de «excursionista» fueron utilizadas por los comandos italianos en 1936-1937, en un período en el que aquél se encontraba, con el grado de sargento primero, en las filas de las fuerzas que operaban contra las columnas rebeldes en África oriental, y parece que más de una vez consiguió señalar sus movimientos desde lejos.

Pero es en el sueño donde el excursionismo mental encuentra más a menudo sus desahogos, como sabemos ya por el capítulo I. Según una poética leyenda extendida entre ciertos pueblos primitivos, «el alma, durante el sueño, abandona su cuerpo y vuela de acá para allá como una mariposa en busca de aventuras». Aparte la terminología florida, el ejemplo se ajusta, e incluso puede añadirse que «la mariposa», a menudo, se deja atraer por acontecimientos importantes en curso. De 1940 a 1943, la señora M. C. F., una noble siciliana a la que hemos llegado a conocer, asistió en sueños a los acontecimientos bélicos decisivos que precedieron a la invasión de Italia por los aliados. Desde Roma, donde estaba internada en una clínica, «vio» durante tres noches seguidas los preparativos de la Flota aliada que se disponía a desembarcar en Sicilia. Y, apenas despierta, la describió todas las veces con riqueza y precisión de detalles a sus compañeras de habitación, al médico y a la enfermera. Antes aún de que el desembarco fuera comunicado por el noticiario oficial, fue anunciado y descrito por la misma señora M. C. F., que había «asistido» en sueños. Esto nos recuerda la curiosa idea de Rhine, ilustrada por él en 1957 en un artículo[17], según el cual las facultades cognoscitivas paranormales podrían ser utilizadas con vistas a fines militares, para eludir los factores de secreto y sorpresa sobre los que cuenta un agresor potencial. Pero se trata de una opinión muy discutible.

La clarividencia especializada

En realidad, en el estado actual de las observaciones y de las investigaciones, las facultades de conocimiento paranormal —y, por tanto, también la clarividencia— parecen demasiado incontrolables, incluso en los sujetos mejor dotados, para que se pueda contar seriamente con poder hacer de ellas un uso sistemático a efectos prácticos. Son notables, es cierto, sujetos que se han especializado en determinado género de videncia, como Pasqualina Pezzola se ha especializado en las visiones telediagnósticas, pero se trata de vocaciones que se manifiestan por sí, y sobre las que la intervención del yo consciente nada puede.

Si la misma Pasqualina quisiera aplicar sus dotes fuera de su propia especialización, no lo conseguiría, como no ha conseguido «ver» de una habitación a otra los numeritos del juego de lotería que la doctora Mancini extraía a título experimental. En otra ocasión, y siempre a título de experimento, la doctora rogó a la vidente que le explicara los pensamientos que en aquel momento pasaban por la mente de un conocido suyo. La vidente trató de hacerlo, pero, al despertarse, reconoció no haberlo conseguido. «El hombre —dijo— no me ha permitido mirarle la cabeza (¡sic!). Sin embargo, he podido observar su cuerpo y me he dado cuenta de que justo en aquel momento el intestino se estaba contrayendo con violencia por efecto de un purgante.» Como comprobó en seguida la doctora, tal circunstancia era exacta. Todo esto puede dar una idea de cuán caprichosas e imprevisibles son las vías del yo secreto.

Se conocen especializaciones muy extrañas de la clarividencia viajera, como la de Adèle Maginot, una sonámbula «cultivada» por el magnetizador Alphonse Cahagnet y estudiada por el doctor Lecocq. Inmersa en el trance hipnótico, que entonces se llamaba «sueño magnético», Adèle se hallaba siempre en situación de dar con personas emigradas al otro lado del océano y que no habían enviado más noticias acerca de sí mismas. La sonámbula las encontraba, las «entrevistaba» y, al despertarse, era capaz de explicar sus «respuestas». Inútil es decir que las sucesivas investigaciones confirmaban la exactitud de las noticias referidas, pero el lado más interesante sea tal vez, otro. Cuando le preguntaban: «¿Cómo es que esas personas nunca notan que están hablando contigo?», la sonámbula respondía: «Yo converso con ‘el interior’ de las personas; su ‘exterior’ no sabe nada del asunto»[18].

Pero las especializaciones más sorprendentes, en cuanto que presuponen capacidades intelectuales elevadas y adquisición de nuevos conocimientos, son, indudablemente, las de naturaleza médica. Vincent Turvey, hombre rico y culto, y sensitivo muy dotado, era capaz, en el curso de sus proyecciones mentales, de diagnosticar las enfermedades de personas lejanas[19]. Un fotógrafo muerto en 1945,

Edgar Cayce, manifestaba, en trance, las mismas capacidades diagnósticas que Pasqualina Pezzola, con la adición de una facultad que la vidente marquiana evidentemente no posee: era capaz de sugerir remedios eficaces para todo tipo de enfermedad[20]. También está el caso de Andrew Jackson Davis, un inculto aldeano americano que también sabía escrutar en los cuerpos y que «sorbía» —dice su biógrafo— el saber de las mentes ajenas[21]. Se aprovechó de sus dones para hacerse una cultura médica sin necesidad de leer libros, y se graduó cuando ya estaba en la sesentena. Andrew Jackson Davis nació en 1826 y murió en el umbral de este siglo. Por la breve medida de la memoria humana ha pasado demasiado tiempo para que nos sintamos dispuestos a tomar en serio a un personaje tan inverosímil como para llegar a parecer legendario. Pero el hecho de que existen incluso hoy sujetos dotados como él, debería, al menos, inspirar cierta cautela a los escépticos vocacionales.

En todos los casos últimamente considerados, parece poder decirse que la entera personalidad de cada sujeto se haya organizado de manera estable y eficiente en una sola dirección altamente especializada, pero alcanzable sólo a través de un orden particular transitorio que corresponde, según los casos, al trance o al semitrance. O sea que se trata de formas especiales de sueño en la que se enfrentan, como en todo sueño, los dos aspectos fundamentales de la personalidad: la conciencia de vigilia, que corresponde al yo euclídeo y cartesiano, y el yo desconocido —de la conciencia «distinta» y de las capacidades cognoscitivas ilimitadas— que vive en las profundidades del ser. Naturalmente, el coloquio entre los dos rostros del yo —el diurno y aquel otro— es posible gracias al único lenguaje humano verdaderamente universal: el de los símbolos fundamentales o arquetipos. En el caso de Pasqualina, por ejemplo, los arquetipos que se presentan son los del «viaje», del «coloquio» y de la «visita» (pero hay otros más que ya veremos).

¿Hombres que se anticipan en la evolución?

El secreto de estos hombres y mujeres «distintos» podría, pues, consistir en la posibilidad de establecer una colaboración o fusión temporal de la mente consciente con el yo trascendente y secreto. No puede excluirse que tal colaboración —cuyas manifestaciones más evidentes son aún excepcionalísimas— pueda convertirse, con modalidades distintas y más estables, en patrimonio del hombre de mañana, como sostienen algunos estudiosos de los que hablaremos. Hasta ahora, se ha convenido en presentar la mediumnidad en sus aspectos patológicos, configurándola como particularidad regresiva de la personalidad —una especie de retorno individual a antiguos niveles biológicos—, pero en este cuadro no resulta fácil incluir ni la

adquisición de especializaciones y conocimientos evolucionados, ni todas las manifestaciones (veremos cuáles y cuántas) que requieren el uso de facultades distintas y más amplias respecto a las de la mente consciente, y que deben atribuirse a formas de psiquismo «suprarracional».

El argumento básico en apoyo de la tesis de la regresión atávica es que el uso de las facultades psíquicas trascendentes es patrimonio casi exclusivo de las poblaciones menos evolucionadas. En realidad, también los chamanes podrían lograr algo parecido a lo que hace Pasqualina Pezzola o a lo que hacía Cayce. De ello se deduce, de manera simplista, que la evolución está de parte del hombre civil y normal, el cual no necesita en absoluto de tales «poderes». Lo que sucede es que el argumento esconde una confusión entre evolución civil y evolución biológica; está claro, en efecto, que desde un punto de vista estrictamente biológico —que es el que cuenta— un chamán tungús no está menos evolucionado que cualquier europeo. Pero hay otras razones por las cuales el argumento mismo aparece como indiscutible.

Es cierto que la Humanidad parece decididamente encaminada en una dirección que, «en superficie», repudia el uso de facultades que se juzgan en contraste con el espíritu de los tiempos, mas por mucha importancia que pueda tener ese espíritu de los tiempos a los ojos de quien está penetrado de él, ello no interfiere, en realidad, en la evolución biológica, que opera con una perspectiva más amplia que las civilizaciones y las edades. Y también es verdad que algunas manifestaciones atribuidas a la llamada «paleopsique» se han ido rarificando en razón del tumultuoso avance de la personalidad consciente y raciocinante. Pero la paleopsique es una semilla que tal vez no haya dado aún todos sus frutos, y puede suceder que la Naturaleza tenga en reserva una futura coordinación o fusión de aspectos arcaicos, pero fundamentales, de la personalidad profunda con otros que pertenecen, por el contrario, a la personalidad consciente y que, por ahora, parecen antitéticos respecto de los otros[22].

Es verdad que no estamos seguros del todo, pero tampoco podemos excluirlo. Resulta claro que existe un presentimiento difuso que halla expresión incluso a través de voces autorizadísimas. Teilhard de Chardin, en el marco sugestivo y original que da de la evolución en general, y de la humana en particular, ha insistido en el «desembocar hacia delante» que él prevé para la Humanidad una vez ésta haya superado «algún umbral de más elevada conciencia»[23]. El físico nuclear Campbell, que se ha ocupado con rara penetración de estos problemas, habla de las capacidades paranormales como de «armas para el hombre de mañana». Boris Noyer, que tiene una clara visión unitaria de los progresos del hombre, y de los problemas planteados por la época actual, escribe a su vez: «Puede suceder que

otros modos de conocimiento, de los que el hombre actual no tiene ni idea, se ofrezcan a sus descendientes» (*op. cit*.)

Antes, aún, un insigne fisiólogo que ha sido también un pionero de la investigación paranormal —Charles Richet— había escrito: «Una brusca mutación de la sensibilidad está a punto de producirse. Algunos individuos son capaces de percibir sensaciones y de adquirir conocimientos de manera inaccesible para el resto de la Humanidad. *Acaso sean las primeras etapas de una evolución humana progresiva*.» Una evolución, añadimos nosotros, que podrá requerir innumerables tentativas y un tiempo sin límites. Dice Bastiani que la Naturaleza, que ha empleado millones de años para conducir al hombre a su actual nivel evolutivo, no se preocupa en absoluto del tiempo que pueda llevarle elevar el psiquismo humano a un estado «superior y libre» al que hasta ahora han llegado sólo poquísimas personas. Es un tema sobre el que deberemos volver.

NOTAS — Capítulo II

(1) PIERO CASOLI, *Esiste la bilocazione?* en *Revista metapsichica*, fasc. I (1954), Milán, Fratelli Bocca Editori.

(2) Apenas han sido ligeramente modificados en la forma, para hacerlos más asequibles.

(3) Que algunos tienden a identificar, no se sabe bien con qué fundamento, con el ámbito mismo de la ciencia. Véanse, a este propósito, las consideraciones desarrolladas en el último capítulo.

(4) Para todo lo relativo a la cita del profesor PENDE, V. *Il Problema dell'inconscio nella condotta umana* en *Responsabilità del sapere*, abril-junio 1954. Se trata de conceptos ya sólidamente afirmados desde el siglo pasado.

"Por medio de nuestra alma estamos unidos a nuestros semejantes, y es preciso reconocer que el cuerpo separa, aunque parezca que une", escribía MYERS en *Human personality and its Survival* (v. nota 21, capítulo primero).

La idea de una indivisibilidad y "unicidad" humana está implícita en la visión de Jung y en muchas interpretaciones de la fenomenología paranormal subjetiva. René Warcollier habló de ella, desde 1921, en términos explícitos. Y conceptos análogos han sido manifestados en épocas distintas por otros parapsicólogos, entre ellos, Gardner Murphy y Tenhaeff. Éste afirma que la conciencia de cada ser humano considerado individualmente podría ser, acaso, tan sólo un elemento de una totalidad que puede ser llamada Conciencia Cósmica o Superalma. Concreciones no muy distintas las encontramos entre los psicobiólogos, de quienes hablaremos a su debido tiempo.

(5) ROBERT TOCQUET, en la p. 119 de *Les pouvoirs secrets de l'homme*, 1963, escribe: "Pero, por desgracia, ya se trate de la teoría de Jung, de la hipótesis de William James (...) o por fin, de las concepciones de Bergson y de Marcel, tales «explicaciones» son esencialmente verbales, y resulta difícil imaginar cómo se las pueda someter a los criterios de la experiencia." Pero puede objetarse que el valor heurístico de ciertas concepciones (y mejor aún sería hablar de hipótesis) radica en hacer aceptables determinadas categorías de hechos que, de otro modo, parecerían absurdos.

(6) RAPHAËL SANZIO BASTIANI, *Si può dissociare sperimentalmente il pensiero dal cervello?*, Roma, A.B.E.T.E., 1956. Los mismos conceptos vuelven a encontrarse en dos de sus monografías inéditas: *Existence de l'esprit... Son indépendence des mécanismes somatiques*; y *La physiologie cérébrale de l'état de conscience libérée*.

(7) BORIS NOYER, *Reflexions sur l'inconnu*, en *Soleil*, n.º 5-6, 1963.

(8) *Noctium atticarum*, 175 después de Jesucristo.

(9) En una carta al señor Knoblock (1762), y en el estudio *Sueños de un visionario aclarados con los sueños de la metafísica* (1763), KANT discute acerca del contenido de las visiones de Swedenborg, pero no niega la autenticidad del fenómeno.

(10) Algunos autores, en particular los anglosajones, insisten en aplicar al fenómeno una etiqueta de origen psiquiátrico que consiste en la palabra "disociación", la cual presupone un significado netamente patológico. Pero Gardner Murphy objeta justamente que la teoría de la disociación está muy lejos de haber sido comprobada (v. *Revue Métapsychique*, n.º 24, 1953). Como veremos en los caps. VII, VIII, IX y en otros más, otros parapsicólogos tienden, por el contrario, a atribuir los conocimientos inexplicables a las manifestaciones de un psiquismo suprarracional que, probablemente, tiene bases naturales, no patológicas, y acaso, también, una precisa justificación en el sentido evolucionista.

(11) RENÉ TRINTZIUS, *op. cit.*, p. 23.

(12) CHARPINGNON, *Physiologie, médécine et métapsychique du magnétisme*, París, 1848.

(13) HERBERT THURSTON, *Les phénomènes physiques du mysticisme*, París, Gallimard, 1961.

(14) ANDRIJA PUHARICH, *Beyond Telepathy*, Nueva York, 1962.

(15) Interesantes noticias sobre las auténticas dotes de "visión a distancia" que poseen los hechiceros de las tribus mexicanas de indios mixtecas están contenidas en el libro *Extra sensory perception* (Pyramid Books), donde Susy Smith se refiere a la reciente expedición que el doctor Gordon Wasson y su esposa han realizado a tales pueblos.

(16) MAURICE BOUISSON, *La magia*, Barcelona, Luis de Caralt, 1962.

(17) J. B. RHINE, *¿Por qué la defensa nacional descuida la parapsicología?* (en inglés), en *The Journal of Parapsychology*, vol. 21, n.º 4, diciembre 1957. No sabemos si el actual y bien documentado interés de los altos mandos de la US Air Force sobre la percepción extrasensorial, y el renovado fervor de estudios sobre la telepatía por parte de los soviéticos, quienes, a la vuelta de pocos años, han creado ocho laboratorios de investigaciones sobre la telepatía y cuestiones conexas, puedan o no relacionarse con aquel lejano articulo de Rhine que, en su momento, suscitó no pocas perplejidades entre los estudiosos de la materia.

(18) ERNESTO BOZZANO, *Da mente a mente*, Milán, Fratelli Bocca, año 1953.

(19) *The beginnings of seership*, Londres, 1911.

(20) En los treinta y cinco años durante los que Cayce ejercitó sus facultades paradiagnósticas, tuvo ocasión de tratar más de 30.000 casos. Su actividad fue patrocinada por una entidad constituida al efecto en 1931: la "Association for Research and Enlightment".

(21) MAX KROENIG, *Gibt es ein Fortleben nach dem Tode?* (citado por MOUFANG en *Magier, Maechte und Mysterien*, Heidelberg).

(22) Según hipótesis generalmente admitidas por los neurofisiólogos, las facultades superiores del intelecto consciente estarían vinculadas al funcionamiento de la corteza cerebral y, en particular al de las llamadas áreas asociativas, consideradas como la sede de los procesos analíticos y de valoración respecto al mundo externo. Desde el punto de vista de la evolución, la corteza es el estrato de desarrollo más reciente. Facultades más antiguas y fundamentales (algunas de ellas, probablemente, de carácter paranormal) se hallarían, por el contrario, vinculadas al funcionamiento de otros centros nerviosos subyacentes (los talámicos e hipotalámicos del diencéfalo, el bulbo, etc.). Según autores que serán citados a su tiempo, subsistiría cierto antagonismo funcional entre los citados centros superiores y aquellos otros que, así, se encontrarían automáticamente inhibidos en el equilibrio diurno de la conciencia, cuando la atención vigilante vuelta al exterior alcanza su máximo nivel. Esto explicaría, dentro de los límites más bien vagos de un cuadro aún tan incierto, por qué médiums y sensitivos son incapaces de utilizar sus facultades fuera de los estados de sueño (trance, semitrance, estado secundario, etc.).

(23) Cfr. TEILHARD DE CHARDIN, *El fenómeno humano*, Madrid, Taurus, y P. LEROY, *Pierre Teilhard de Chardin tel que je l'ai connu*, París, 1958.

CAPÍTULO III
LAS INCURSIONES MENTALES EN EL PASADO

¡Nada muere! Una rosa que ha florecido una vez, florece para siempre.

J. W. DUNNE.

Los objetos cuentan

Luisa A. G. es una señora dotada de capacidades singulares. Entre 1952 y 1955, acudió muchas veces a Bolonia, al «Centro Studi Parapsicologici», para someterse a un ciclo de experiencias preparadas con toda cautela científica por un comité presidido por el doctor Piero Cassoli. El procedimiento era éste: La señora Luisa, sentada en medio de los experimentadores, se fijaba por algún tiempo en un punto lejano y, luego, cerraba los ojos. Una profunda respiración señalaba que había entrado en trance; entonces, el sujeto se levantaba y caminaba a pequeños pasos, respondiendo a las preguntas que se le proponían[1]. Eran extrañas, desacostumbradas preguntas referentes a algunos objetos que se le entregaban de vez en cuando y de los que se deseaba conocer «la historia».

En la sesión experimental del 29 de marzo de 1953, a la señora Luisa le fue entregado —cuando ya estaba en trance— un crucifijo que veinte años antes había sido regalado a una anciana dama por el padre Pío da Pietralcina. Se hallaban presentes doce personas pertenecientes, casi todas, al grupo de estudios organizado por el doctor Cassoli. Y he aquí el «informe» de la sensitiva acerca de aquel objeto que nunca había visto antes y que ni siquiera veía en aquel momento, puesto que tenía los ojos cerrados. «He sentido de pronto como si una mano me acariciara la cabeza… Y la figura de un sacerdote con barba; una figura alta… con la mirada más dulce y menos sufriente que ahora. Tengo la impresión de que el sufrimiento lo ha enflaquecido un poco.»

En este punto, la señora Luisa empieza a hablar en primera persona, y casi se siente identificada con el personaje descrito. «Sudo a menudo… A veces, me siento del todo exhausto. Me parece ser una nube blanca… atada a un saco vacío y pesado. Una nube muy perfumada. Tengo la extraña impresión de entrar a veces en las personas.» Interviene en este momento el doctor Cassoli y pregunta: «Esto

corresponde a la primera persona a quien ha pertenecido el crucifijo. Pero, ¿y la segunda?» La señora Luisa se levanta entonces lentamente y se dirige hacia el interlocutor, murmurando: «Me parece que seas tú…» Luego, rectifica y dice, vuelta a la señora Cassoli: «… Más bien su abuela.» Y prosigue, dirigiéndose a aquélla: «Te quería mucho. Tengo la impresión de verla junto a ti.» Pregunta el experimentador: «¿Por qué dice 'te quería'?» «Porque la veo transparente, como si estuviera muerta.» En efecto, la anciana dama había muerto cinco meses antes.

En la sesión del 15 de marzo de 1952, a la señora Luisa le entregaron un par de gafas con montura de carey. Apenas las tuvo en las manos, mostró evidentes signos de malestar, mientras su rostro expresaba horror y disgusto. De improviso, se tiró al suelo y permaneció allí inmóvil, con las piernas apenas un poco flexionadas y el brazo derecho replegado bajo la cabeza. Gesto evidentemente simbólico —pero tal vez también imitativo— para representar el trágico fin de la mujer a la que habían pertenecido las gafas: una suicida que se había arrojado desde el cuarto piso.

El fenómeno del que nos estamos ocupando consiste, pues, en una «adquisición de conocimientos extraños» facilitada o, más bien, «guiada» por objetos. Se trata de una de tantas formas especializadas de la clarividencia, de cuyas manifestaciones más generales aún debemos ocuparnos. Esta forma peculiar, llamada «psicometría», presupone en el sujeto sensitivo que la ejercita la capacidad de revivir episodios que pertenezcan a la vida ajena: por ejemplo, las sensaciones de gozo, pena y, algunas veces, de horror que marcaron los momentos cruciales de una existencia, y todo esto —repetimos— por efecto del misterioso impulso recibido de un objeto inanimado que fue el mudo testimonio de aquellas penas o de aquellas alegrías.

Casi siempre, el sensitivo «psicómetra» tiende a identificarse con el poseedor del objeto, de quien, a veces, imita gestos y actitudes. En algunos casos en los que el fenómeno es más sobresaliente, parece que el sensitivo abdique temporalmente de su propia personalidad para asumir la del sujeto representado, lo cual hace pensar en los inquietantes casos de posesión, de obsesión y de personalidades alternantes[2].

Fragmentos de Historia

La psicometría es también la posibilidad de revivir, por algunos minutos, fragmentos de Historia. En la sesión del 29 de marzo de 1953, a la misma señora le fue entregada una carta antigua y un poco amarillenta. He aquí sus palabras: «Tengo la impresión de un folio plegado varias veces…, un folio que, antes de llegar hasta aquí, tuvo que haber pasado por muchas manos en tiempos distintos. Me parece correr detrás de un caballo… y oír una charanga. ¡Oh, qué carrera! Siento que me

falta el aliento. *Veo una extensión roja del color de las amapolas..., pero es una extensión formada por personas. Tengo la impresión de que han llegado muy lejos*.» En efecto, aquellos hombres vestidos de rojo fueron muy lejos; la carta era un autógrafo de Giuseppe Garibaldi.

Los primeros en descubrir la posibilidad no precisamente teórica de explorar el pasado fueron el fisiólogo doctor Joseph Rodes Buchanan, en 1849, y el geólogo William Denton, en 1854[3]. El primero sostenía que las cosas inanimadas «tienen un alma y una memoria», de las que el sensitivo captaría las nociones referentes al pasado de los objetos. El otro estaba convencido de que las cosas materiales están «impregnadas de imágenes», y de ahí su famosa afirmación: «Un guijarro recogido en las calles de Jerusalén constituye una auténtica biblioteca que contiene la Historia de toda la nación hebrea.» Una exageración hiperbólica, pero perdonable, debida, tal vez, a su entusiasmo por las estupendas psicometrías logradas por su esposa, Elizabeth[4].

En realidad, las cosas no son tan simples como les parecían a esos dos estudiosos. La «memoria de los objetos» no es más que una imagen pintoresca, aunque dé muy bien la idea de un objeto sobre el que cuenta, a quien sepa entenderla, su historia desconocida. No es la memoria de las cosas la protagonista de la psicometría, sino la del sensitivo, que se alarga de modo indefinido más allá de las experiencias personales hasta incluir en su propia esfera un pasado que no le pertenece, pero que aún le es accesible en virtud de clarividencia retrospectiva: una verdadera forma de viaje mental al pasado[5].

Y también en este campo las concepciones «oceánicas» de la psique vienen en nuestra ayuda a través de numerosas definiciones de William James, de Geley, de Osty y de otros, basadas en las hipótesis de una Mente cósmica que conservaría los recuerdos de todo cuanto ha acontecido[6], pero hay también quien cree que el pasado, lejos de extinguirse, *tiene una existencia propia real e imperecedera*, si bien inconcebible para nuestra lucecita mental. Se trata esta última de una concepción hacia la cual tienden, en particular, las mentes inclinadas a consideraciones matemáticas (y compartida, en efecto, por Dunne, Ouspenski y Fantappiè). Hemos conocido a un hombre polifacético que la sostenía a porfía: el orientalista Pietro Silvio Rivetta, más conocido por su seudónimo de Toddi.

Resultaría largo exponer aquí la visión «hiperfísica» ilustrada por Toddi en su obra *Geometria della realtà*, pero he aquí algunos fragmentos instructivos: «Todo cuanto ha acaecido *existe* realmente, o sea que es, y... sólo las limitaciones de los sentidos nos impiden tener conciencia *actual* de esa realidad persistente.» «Excepto el presente, que nos transporta consigo en su devenir, nada fluye o corre, puesto que

todo permanece.» Y así sucesivamente[7]. Sabemos cuánto violentan el sentido común tales concepciones, pero, en un viaje de reconocimiento de los aspectos inexplicables de la realidad, no debemos hacer demasiado caso del sentido común. Mentes abiertas a las exigencias del pensamiento científico, como Henri Poincaré, Bertrand Russell, Max Planck, Luigi Fantappiè y otros, han expresado la convicción según la cual las hipótesis no son aceptadas o descartadas sobre la base de su aparente verosimilitud, sino de acuerdo con el criterio más válido del número mayor o menor de fenómenos (de otro modo inexplicables) que dichas hipótesis consiguen explicar[8].

Si el pasado *existe*, no puede encontrarse más que en la dimensión misma del tiempo, que encierra todo el universo material en su devenir (según el concepto, muy familiar a los relativistas, del «*continuum* espaciotemporal», que tuvo en Hinton y en Minkonski a sus precursores). Y en esta dimensión (dotada, probablemente, no sólo de aspectos físicos) es donde se interna la mente del sensitivo psicómetra bajo la guía del objeto inductor de clarividencia; se interna siguiendo una línea ideal («cronotópica») que se devana en el *continuum* espaciotemporal y que representa la sucesión de los instantes-acontecimientos en los que el objeto se ha encontrado envuelto en el curso de su existencia pasada. Esta manera más moderna de representarse el misterio de la psicometría no está necesariamente en contraste con las concepciones filosóficas y psicológicas explicadas; nos parece, incluso, que una y otras representan maneras complementarias de aproximarse a una realidad probablemente polifacética, de las que no se ha dicho que el aspecto fundamental sea el físico.

La mujer que exploraba el pasado

En este cuadro se sitúa la realidad mental de los *viajes al pasado*, una realidad que, a veces, se impone con dramática evidencia, como en el famoso caso de María Reyes de Z. Las evocaciones psicométricas logradas por esta dama mexicana bajo la hábil dirección del doctor Gustav Pagenstecher —un cirujano y ginecólogo alemán emigrado a México— tenían la precisión de un documental cinematográfico y la intensidad dramática de los episodios realmente vividos[9]. Una carta de adiós escrita por un náufrago a sus lejanos seres queridos y confiada a una botella que había sido pescada muchos años después del acontecimiento, provocó en María la identificación con el autor de aquel dramático mensaje.

Sin saber nada del asunto, la sensitiva describió con extraordinario realismo la desesperación de los pasajeros de un trasatlántico hundido en 1917 por los alemanes en pleno Atlántico: el frenético apresurarse de oficiales y marineros, la

explosión de las calderas, la oscura desesperación del náufrago que había escrito la carta, cuyo pensamiento estaba fijo en su mujer y en sus hijos lejanos… Un botón de la bocamanga del emperador Maximiliano suscitó en la vidente una visión colorista y movida de los grandiosos festejos con los que el pueblo de Ciudad de México acogió, a su llegada, al soberano y a su real consorte. Un guijarro de mármol recogido en el Foro romano, junto a los restos del templo de Cástor y Pólux, suscitó la visión de aquellas ruinas, de las que luego, a requerimiento de los experimentadores, la sensitiva hizo un dibujo preciso. El mismo guijarro, presentado en otras ocasiones, evocó siempre las mismas imágenes.

Hay que tener presente que María Reyes daba sus respuestas mientras permanecía con los ojos cerrados y sumida en el trance, así que no veía en absoluto el objeto, si bien lo estrechaba entre sus dedos. En consecuencia, no podía dejarse influir por su aspecto. El doctor Pagenstecher, por su parte, tuvo cuidado de controlar la verosimilitud de los relatos de la sensitiva cada vez que ello fuera posible, y siempre encontró una concordancia al menos genérica con los datos suministrados por la Historia y por los testimonios. Aparte de esto, la mujer estaba muy lejos de poseer la cultura enciclopédica que hubiera necesitado para poder inventar con semejante riqueza de detalles realistas las aventuras contadas por ella. Pese a su categoría social, doña María Reyes de Z. no era más que una buena y simple madre de familia con varios hijos por los que debía velar.

Algunas de las experiencias fueron memorables. El 29 de octubre de 1919, después de haberla inducido al trance, el experimentador le entregó un cuchillito de obsidiana procedente del Museo arqueológico de Ciudad de México. Doña María ignoraba que se tratara de un cuchillo sacrificial. «Veo —dijo— a mucha gente que rodea una explanada amplísima: hay de doscientas a trescientas personas, todas indios de México. Llevan plumas en la cabeza y parecen muy agitados… Tal vez se trate de una solemnidad. He aquí que ahora llegan cuatro indios que arrastran a viva fuerza a un hombre. Éste se debate, pero inútilmente. Al fin, es alzado y echado en una piedra plana y redonda, de color gris oscuro, de cerca de un metro de alta y de anchura parecida. Se aproxima un hombre alto y robusto…»

Sigue la descripción de un horrendo sacrificio humano sobre cuyos detalles es mejor pasar de largo. La visión era tan espantosa, que la sensitiva, en el momento culminante del episodio, fue presa de un ataque de convulsiones. El doctor Pagenstecher le quitó entonces el objeto de las manos y, al mismo tiempo, le produjo una sugestión posthipnótica para que, al despertar, olvidara la terrible experiencia. Pero ello no impidió que la mujer se despertara presa de un llanto convulso del que no sabía dar razón, ni que fuera presa por algún tiempo de un temblor nervioso que se manifestaba con particular intensidad en el brazo derecho.

Por desgracia, la mediumnidad implica no pocas veces una temporal herencia de los dolores «recogidos» como consecuencia del inevitable proceso de identificación con personas y cosas. El efecto de identificación es mínimo en el estado de vigilia, cuando la presencia de la realidad circundante reduce necesariamente la intensidad del «sueño psicométrico», pero puede alcanzar puntos máximos en el trance profundo, cuando, por el contrario, la realidad existencial del sueño evocador domina indiscutiblemente por entero el campo psíquico del sujeto.

A veces, los sufrimientos de María Reyes dependían de su identificación con cualquier objeto que hubiera estado envuelto en situaciones que hubieran resultado críticas para un ser vivo, de haberse encontrado en verdad en el lugar del objeto. Cuando se identificó con un aerolito, la sensitiva volvió a sufrir un ataque de convulsiones al sentirse sumergir a velocidad creciente «en una vorágine sin fondo». En otra ocasión, gracias a un guijarro de lava, «presenció» una erupción volcánica acaecida siglos atrás. En consecuencia, sintió la mordedura del calor preso en la lava y tosió y sollozó a causa de los gases que «amenazaban con sofocarla».

Y cuando el doctor la interrogó, apenas despertada: «Pero, ¿cómo puede agitarse así tan sólo por efecto de una visión?», ella respondió: «Querido doctor, *para mi se trataba de una realidad vivida, no de una visión*. Me encontraba de veras en las inmediatas proximidades de un volcán en erupción, y veía el torrente de fuego que se acercaba cada vez más. He oído con mis oídos el espantoso griterío de la gente que moría; me he visto circundada de llamas inquietas; he experimentado un calor insoportable y una tremenda sensación de sofocación. Pero la circunstancia más terrible era que no podía moverme; estaba como clavada en el suelo[10].»

Un sueño retrospectivo de Jung

Estas experiencias demuestran algunas cosas de excepcional importancia. En primer lugar, reafirman, más allá de toda duda, la convicción que ya hemos adquirido de la «realidad existencial» del sueño, que no difiere de la de la conciencia diurna ni por intensidad de emociones ni (por lo que se refiere a esta clase de reconocimientos retrospectivos) por claridad y veracidad de la visión. Tales experiencias demuestran también la completa autonomía de algunos procesos mentales respecto del sistema nervioso y del conjunto de las memorias personales. En definitiva, esas experiencias nos enseñan algo que nos ayudará a comprender otros fenómenos clasificados de manera distinta, pero sustancialmente no diferentes de los que hemos estado considerando. Hemos aprendido, en efecto, que la mente «libre» de algunos clarividentes tiene la posibilidad de volver al pasado —al pasado

que no conoce— e identificarse con *personas* que ya no existen. Pues bien, lo mismo sucede en ciertas sesiones espiritistas cuando un médium se identifica temporalmente en alguien que *no existe ya*, según el discutible concepto de existencia propio del sentido común. Tal concepto es válido para nuestra mente consciente, que ha sido definida, según ya sabemos, como «la facultad *de percibir* separada y sucesivamente»[11], pero carece de la menor validez para aquella distinta y supratemporal conciencia que pertenece, probablemente, al yo secreto, y que alguien ha definido como «conciencia de eternidad»[12].

En espera de volver a su tiempo sobre este interesante tema, es oportuno referirnos a algún otro episodio que demuestra cómo la posibilidad de visión retrospectiva aflora en ocasiones incluso en personas que ignoran que la poseen, y sin ninguna necesidad de trance. He aquí un episodio referido por Jung en su bien conocido libro póstumo[13], y del que es protagonista él mismo. Una noche de 1924, mientras dormía solo en la famosa torre de Bollingen, fue despertado por un rumor de pasos ligeros en el exterior. Una vez desvelado, oyó una música lejana que se iba aproximando y ecos de risas y palabras. El hecho era muy extraño si se considera que el lugar era solitario y lejano de todo centro habitado. Se levantó y se aproximó a la ventana: no había nadie.

Reanudó el sueño, y de nuevo fue despertado por voces y rumores: pisadas, risas, cánticos y, por fin, las notas de un acordeón. Esta vez, fue la irritación lo que le hizo levantarse y abrir los postigos, pero no había más espectáculo que una noche tranquila y serena de luna llena. Por otra parte, la alucinación —sólo auditiva— había sido demasiado realista como para que Jung no se planteara el problema de un eventual contacto de su mente con el pasado. Realizadas las debidas investigaciones, descubrió que en el mismo lugar donde se levantaba la torre, en los lejanos años del Medievo, se concentraban, al comienzo de la primavera, los jóvenes montañeses que iban a alistarse en Italia como mercenarios. Allí se reunían para dar un adiós colectivo a su tierra. Acaso los contactos con el pasado sean más frecuentes de lo que se cree, pero acaecen a personas dotadas de facultades mediúmnicas. Por lo que parece, Jung había heredado de su madre algunas facultades de ese tipo.

Otro episodio muy interesante ha sido narrado por la médium Elizabeth D’Esperance en su libro autobiográfico[14], y hace referencia a un sueño retrospectivo a ojos abiertos que tuvo de niña, en el curso de un viaje por mar en el barco mercante comandado por su padre. Tenía entonces unos trece años, y sus padres habían decidido que una travesía larga acaso sirviera para quitarle de la cabecita «ciertas extrañas fantasías» (en efecto —como veremos a su tiempo—, la

niña veía a menudo fantasmas, que es como decir que evocaba escenas y a personajes del pasado).

Durante mucho tiempo, la vida de Elizabeth a bordo de la nave transcurrió tranquilamente, sin ninguna intrusión por parte de personajes de otros tiempos; pero, un día, mientras estaba empeñada en seguir a la monita de a bordo, advirtió algo nuevo. Había llegado corriendo al puente, cuando se detuvo de golpe, sorprendida por una escena nunca vista: un majestuoso velero se acercaba a velas desplegadas por una ruta convergente con la que seguía la nave, con los palos llenos de velas blancas e hinchadas. En el puente de mando, un hombre de elevada estatura estaba de pie, con los brazos cruzados, mientras una chusma mal vestida se agitaba en los otros puentes y junto a las bordas. La niña no advirtió las particularidades anacrónicas de la visión. Tan sólo la impresionó el hecho de que el velero estuviera avanzando rápidamente hacia la nave, hasta el punto de que hubiera acabado por abordarla.

Chilló de espanto. Rogó al joven oficial de guardia que hiciera algo, pero éste no conseguía ver nada, aparte las acostumbradas y vacías extensiones de un mar apenas encrespado por la brisa. Entonces, Elizabeth se desesperó, lloró y, al fin, escondió la cabeza entre los brazos del oficial, en espera de la colisión fatal. Pero ésta no se produjo, y cuando la niña volvió a alzar los ojos, vio el desconocido bajel navegar tranquilo por el otro lado, como si hubiera pasado sin consecuencias a través de la nave moderna.

¿Se trataba de un barco fantasma? Digamos, más simplemente. que era un «mensaje visual» procedente de un punto lejano de aquel inmóvil panorama sin tiempo que nuestra mente consciente sobrevuela un instante tras otro, algo así como la superposición de dos fotogramas que se refieren al mismo lugar, pero obtenidos en épocas distintas. Veremos a su tiempo otros casos no menos vistosos y dramáticos de afloramientos del pasado en el presente, pero, por ahora, deseamos referir el más notable con mucho, y acerca del cual tanto se ha escrito e investigado por parte de autorizadísimos estudiosos. Se trata de un auténtico «viaje retrospectivo» en el cual se encontraron envueltas, en pleno día, las señoritas C. A. E. Moberly y E. F. Jourdain, dos inglesitas que, el 10 de agosto de 1901, estaban paseándose por el jardín del Pequeño Trianón de Versalles. Todo comenzó con un sentimiento de depresión que Miss Moberly experimentó de improviso, y sin ningún motivo aparente. Al mismo tiempo, el hermoso paisaje que rodeaba a las dos muchachas se modificó de un extremo al otro, adquiriendo el aspecto irreal de un escenario de teatro.

En lugar de la gente rumorosa del siglo XX, había ahora personajes con atavíos

setecentistas y tocados con tricornio. Sólo que lejos de tener el aspecto abierto y gentil reflejado en la iconografía de la época, algunos de ellos estaban, evidentemente, agitados por un fervor y un ansia incomprensibles. Entre las muchas particularidades advertidas, y sobre las que conviene detenerse, figuraba la de un hombre sentado y de aspecto repugnante, tan desfigurado estaba su rostro por la viruela. De improviso, oyeron pasos precipitados y vieron a un distinguido gentilhombre de elevada estatura, con la peluca ensortijada y grandes ojos oscuros, que se dirigía a las espectadoras. Era tan hermoso que parecía surgido de un retrato antiguo. Su vestimenta se completaba con una esclavina y sombrero de anchas alas, ambos en desorden a causa de la carrera.

Viaje a la Corte de María Antonieta

El desconocido se volvió a las dos muchachas, con aspecto sobreexcitado, y les rogó que no prosiguieran en la dirección que habían tomado, porque «sería muy peligroso». Quedaron sorprendidas, pero se atuvieron al consejo. Atravesaron, pues, un sendero arbolado, y, al fin, se encontraron junto a un edificio cuadrado que surgía entre arriates verdeantes. Sentada en el prado había una hermosa dama rubia y con aspecto más bien altivo, empeñada en dibujar al pastel. Ya no era muy joven, y su porte era envarado y fatigado. Por una ventana del edificio se difundía, mientras, una música que las dos protagonistas de este sueño retrospectivo a ojos abiertos nunca habían oído antes.

Cuando la visión se desvaneció, las dos muchachas tuvieron la sospecha de haber vivido durante largos instantes en el pasado, pero, luego, su sospecha se transformó en certeza, tras haber consultado textos de Historia, visitado museos y haber examinado innumerables álbumes de estampas antiguas y colecciones de partituras musicales de otros tiempos. Hallaron entonces en aquellos documentos las trazas del jardín y del paisaje, distintos uno y otro del aspecto actual, pero aún reconocibles; dieron con el texto original de la música oída; descubrieron que el rostro de la bella y altiva dama era el de María Antonieta, tal como fue inmortalizado por el pintor Wertmüller en un célebre retrato. Según los varios indicios recogidos, su «incursión» en el pasado debía de haber acaecido acaso en el momento más dramático de la vida de María Antonieta: el que precedió a su arresto.

Sobre esta extraordinaria aventura, las dos muchachas escribieron una larga y minuciosa narración que tuvieron cuidado de firmar con nombres convencionales, para escapar a las desagradables consecuencias de la previsible incredulidad general. El trabajo fue publicado en Londres por «MacMillan and C.º», en 1911, y tuvo el honor de suscitar, al mismo tiempo, el vivo interés de la Prensa *(Times*,

Morning Post, Daily Telegraph) y el de los estudiosos de metapsíquica. El profesor Hyslop, de la Sociedad inglesa para las Investigaciones psíquicas, le dedicó un largo comentario. Por lo general, los testimonios sobre los hechos extraordinarios, tras haber suscitado un poco de atención en su momento, pronto son olvidados y nadie osa volver de nuevo a ellos, y por eso el polvo del tiempo va haciendo cada vez más difuminados y menos atrayentes sus contornos. Pero este caso resulta tan interesante, que la curiosidad de los estudiosos respecto a él aún no se ha apagado, como lo demuestran los recientes trabajos de Pierre Devaux, de G. W. Lambert y de Serge Hutin[15].

No obstante la diversidad de planteamientos de tales contribuciones al estudio del caso, todas éstas coinciden en reconocer la buena fe de las dos protagonistas y la importancia en verdad excepcional del episodio referido por ellas. «Dado el gran interés teórico del asunto, sería oportuno —escribe Serge Hutin— reunir todos los casos posibles de visiones de acontecimientos pasados y futuros, es decir, todos los ejemplos análogos al caso Trianón. Deben de ser muchos más de los que se cree, y constituirían materia para investigaciones apasionantes.» No puede estarse de acuerdo en las conclusiones, pero también hay que decir que no se da un problema acerca de los testimonios, porque éstos existen y son numerosos, además de bastante notorios. El verdadero problema radica en la mentalidad de quien los desnaturaliza o se niega a tomarlos, sin más, en consideración, como hacen muchos.

Existe, además, la tendencia a desmenuzar el fenómeno de la retrocognición —que es fundamentalmente único— en muchos capítulos diversos e incomunicados entre sí, uno de los cuales concierne a la psicometría, otro, a la visión de ciertos fantasmas, otro aún, a las prácticas de identificación espiritista, y así sucesivamente. He aquí por qué los testimonios parecen pocos, porque se hallan dispersos acá y allá, como las piezas de un gran mosaico que se haya enviado en fragmentos. Se entiende que las subdivisiones tradicionales están justificadas, al menos en parte, por exigencias de exposición y estudio, además que por la distinta intensidad de las manifestaciones, pero es innegable que éstas tienden a obstaculizar una visión unitaria de fenómenos sustancialmente análogos. Y, por el contrario, como ha observado justamente Jung, el progreso de estos estudios está vinculado a la posibilidad de lograr una visión unitaria y completa de todos los fenómenos.

Siempre manteniéndonos en el campo de la retrocognición, no existe ninguna diferencia sustancial entre las visiones retrospectivas que emergen en el curso del trance —como en el caso de Luisa A. G. y de María Reyes de Z.— y las pequeñas psicometrías realizadas por sujetos que, en apariencia, conservan el pleno control consciente, pero que consiguen abstraerse del ambiente lo bastante como para

escuchar la voz del yo profundo, que es el gran intermediario a través del cual pasan todos los conocimientos inexplicables. Esta metáfora de la «voz» gusta también al yo secreto, que a veces, en efecto, se sirve de ella a su manera. El gran vidente Pascal Forthuny, estudiado por Geley y Osty, estaba convencido de escuchar «una voz suave» que le dictaba los informes.

También la señora Sandra Bajetto, una valiosa psicómetra romana que se ha prestado muchísimas veces a las exigencias de estudio de la «Società Italiana di Parapsicologia», habla de «voces» y de «imágenes que provienen de lo profundo». Otro sensitivo también muy conocido de la «S. I. P.», el contable C. M., habla de recuerdos extraños que afloran a su mente; de imágenes y figuras conocidas (de personas) que reclaman las correspondientes características de desconocidas personas a las que se refiere la psicometría. En suma, las modalidades del fenómeno varían de un sujeto al otro según las costumbres, las convicciones y las preferencias inescrutables demostradas por el yo profundo, para este o aquel tipo de figuraciones simbólicas necesarias para transmitir los propios mensajes misteriosos al yo superior, pero el fenómeno es fundamentalmente único y consiste en el afloramiento de imágenes de tipo onírico —a veces, realistas y claras, y otras veces, simbólicas— que encierran un mundo de recuerdos extraños a la vida del sensitivo, y se dejan evocar por una especie de «ayuda» proporcionada por el ambiente o el objeto que sirve de guía.

La «personalidad» de los objetos

La psicometría es uno de los fenómenos paranormales más notorios y mejor estudiados, como demuestra la bibliografía enormemente extensa que a ella se refiere. Esto se debe al hecho, ya recogido por Maeterlinck, de que «entre todas las capacidades extraordinarias de la mente, las “psicométricas” son las más fáciles de examinar y controlar, en vista de que pueden repetirse casi indefinidamente, y que cierto número de médiums excelentes y notables están siempre dispuestos a reproducirlas ante quien se interese en ellas»[16]. Y añade: «No proceden del otro mundo, sino que nacen y mueren en esta tierra, y emanan única e indiscutiblemente de nuestra vida ignorada.» Hay quien, sin más, cuenta, de modo sistemático, con la psicometría para hacer revivir aspectos del pasado. Por ejemplo, el egiptólogo doctor Wood, en el curso de las investigaciones arqueológicas realizadas por él en 1955, en Karnak, cerca de Tebas, se valió de la colaboración de la sensitiva Miss J. Beaumont (más conocida como «Rosemary») para investigar sobre la fonética del egipcio antiguo y sobre la vida en la Corte de los faraones[17].

Experiencias de este tipo habían sido ya efectuadas por María Reyes de Z., con

conclusiones ricas en detalles sugestivos y muy inverosímiles[18]. A veces, como se ha visto en el capítulo I a propósito de Paul Brunton y del doctor Hilprecht, estas visiones inspiradas por el ambiente se prestan, en apariencia, a acreditar interpretaciones de tipo espiritista, pero nosotros estamos de parte de Maeterlinck y creemos, como él, que todas las visiones retrospectivas, más o menos dramáticas, nacen «de nuestro desconocido viviente», sin ninguna necesidad de la intercesión de entidades verdaderas o presuntas.

Un misterio tal vez impenetrable está representado por ciertas modalidades del viaje hacia atrás que realiza la mente a lo largo de la trama espaciotemporal representada por la historia de un objeto o de un ambiente. ¿Por qué se detiene en unos acontecimientos y no en otros? Puede suceder que sean los mismos motivos indefinibles que inducen a quien contempla un panorama a centrar su atención en algunos puntos más que en otros. Y, en efecto, el *continuum* es un grande e inmóvil panorama que se extiende en las dos direcciones del tiempo. En el caso de la psicometría, al atraer la atención de la mente clarividente, acaso sean los acontecimientos capaces de transmitir al sujeto la carga emotiva más fuerte, pero esto no es más que una conjetura.

Los sensitivos, por su parte, hablan de «vibraciones» y de «fluidos» de los que los objetos estarían cargados, pero no sabemos hasta qué punto tales analogías, sugeridas por el mundo sensible, sirven para expresar las características desconocidas de una realidad sustancialmente extraña a nuestro psiquismo consciente. Sin embargo, podemos muy bien aceptarlas con fines prácticos, pero que no se pretenda que tengan un significado preciso en los términos físicos acostumbrados. Un hecho es cierto, y es que el objeto (o el ambiente) tienen un valor determinante, en el sentido de que no puede prescindirse de uno u otro para que la psicometría comience. Pero una vez iniciada, prosigue aun después de que el objeto «inductor» sea destruido por el fuego, como lo ha demostrado Osty en una famosa experiencia. Así, pues, «la mente se sirve del objeto, pero no depende de él», y, en efecto, la experiencia demuestra que aquélla puede apartarse en todo momento de la «línea cronotópica» del objeto mismo, para seguir otras «pistas» más atractivas que haya encontrado mientras tanto.

También es interesante advertir cómo un mismo objeto, examinado por dos psicómetras, da siempre lugar a informes distintos y complementarios, pero antitéticos. Es un fenómeno que yo he podido experimentar a partir de cierto objeto exótico procedente de Etiopía y habitualmente encerrado en un basto estuche de cuero sin trabajar, que a nadie permitía imaginar de qué se trataba. Era un pequeño Evangelio copto escrito con tintas vegetales sobre pergamino y encuadernado toscamente con dos cubiertas de madera. Cuando fue examinado por primera vez

por el contable C. M., en 1949, éste habló de él como de «un objeto que contiene un texto». Y añadió: «Tal vez sea un objeto sagrado. Me parece que ha sido besado a menudo. Veo a un hombre de piel más bien oscura con unos pantalones muy ajustados a la pierna, como los de montar. Debe de haber trabajado mucho tiempo con este objeto.» (Naturalmente, la psicometría se había desarrollado sin que el objeto hubiera sido extraído del estuche.)

Trece años más tarde, el mismo Evangelio copto fue sometido al examen de la señora Sandra Bajetto, que, inmediatamente, se identificó con su ex poseedor. Tomó entre las manos, sin abrirla, aquella especie de caja y pronto su rostro se tornó serio y grave. «Siento la necesidad de arrodillarme —empezó a decir—. ¡Tengo que hacerme perdonar mis pecados! Ya he expiado, pero no es bastante. Veo una construcción redonda, con una gran cúpula blanca, y debo llegar hasta ella de rodillas, como hacen otros penitentes junto a mí. Estamos en una región más bien cálida, donde se habla una lengua para mí desconocida. La gente va vestida de blanco… Las mujeres deben estirarse los vestidos al caminar…» Cualquiera que conozca el folklore etíope no podrá por menos de apreciar las dos versiones distintas y complementarias. El pequeño Evangelio me había sido regalado por un hombre religiosísimo —un tal Saladinghil Uoldesadigg— que vivía como ermitaño en los bosques de eucaliptos que existen en torno a Addis Abeba, pero yo nada sabía de los pecados que tenía que expiar, ni del número de veces que podía haber besado aquel librito.

Lo que sí es cierto es que la psicometría es una fuente inagotable de experiencias y de impresiones, cuyo interés va más allá del campo estrictamente paranormal, como puede juzgarse, por ejemplo, ante ciertas descripciones coloristas de la «personalidad de los objetos» que me ha dado la señora Bajetto. Los hay, me ha dicho, buenos y relajantes, que distienden el ánimo e inspiran pensamientos sabios (todos los objetos religiosos: cruces, medallitas y demás), y los hay malos o penosos, que hacen sufrir. También los hay expansivos y herméticos, y así sucesivamente. Era «expansivo», por ejemplo, cierto medallón antiguo que hizo resonar en su mente algunas dulces frases pronunciadas en otros tiempos por una mujer enamorada, y al mismo tiempo, la sensitiva llegó a pronunciar un nombre (Olga), que resultó ser el de la abuela de una señorita a la que pertenecía el medallón.

También en otro caso un nombre de mujer suministró la clave de un pequeño enigma. El hecho se remonta a hace varios años, cuando el profesor Francesco Egidi era presidente de la «S. I. P.», y a menudo se valía de las colaboraciones desinteresadas de la señora Bajetto. El profesor Egidi había heredado hacía poco, entre otros objetos, un mueblecito antiguo con dos puertas cerradas por un cerrojo

de combinación alfabética. Por más tentativas que había hecho, no había conseguido abrirlo. A la señora Sandra le bastó tocar con los dedos aquel cerrojo, y, de pronto, un nombre apareció ante su mente: «Mary.» Se probó aquella combinación, y el cerrojo se abrió.

Y he aquí algunos episodios para los que es preferible dejar la palabra a la protagonista: «Una vez, me sentí mal por culpa de un pañuelito de seda que me había dado el profesor Egidi, que deseaba que yo lo examinara. Apenas lo hube tocado, fui atacada por una náusea, y sacudida por escalofríos. Había sido utilizado para cubrir momentáneamente el rostro de una pobre señora muerta en accidente de automóvil. Hay objetos que gastan bromas muy extrañas. Por ejemplo, de una tarjeta de visita tuve la impresión de recibir una sacudida eléctrica, y sólo en un segundo de tiempo comprendí cuál era el significado de aquella advertencia: supe que la señora cuyo nombre estaba impreso en la tarjeta había sido internada en una clínica, y justo por aquellos días seguía un tratamiento de electroshock.

»Pero tal vez el caso más curioso sea el de una vieja cartera que "no se dejaba tocar". Por más que me esforzaba en acercarle la mano, me sentía rechazada por una fuerza superior a mi voluntad.» ¿A quién podía haber pertenecido aquella cartera? Acaso —observa la sensitiva— a un señor avaro y sospechoso, con la idea fija de que pudieran robarlo. Como las imágenes que acuden a nosotros en sueños, también los objetos «interrogados» por los sensitivos hablan, pues, el lenguaje universal de los símbolos.

NOTAS — Capítulo III

(1) En el estadio “sonambúlico” del trance hipnótico, los sujetos sensitivos, aun perdiendo algunas sensibilidades exteriores —por ejemplo, la de los estímulos dolorosos— adquieren capacidades paranormales más acentuadas.

(2) Es el caso de un sensitivo holandés estudiado largamente por Tenhaeff, que lo llama convencionalmente *Delta*, y del que se hablará en extenso en el capítulo X.

(3) J. R. BUCHANAN en *Journal of Man* de 1849, vol. I; W. DENTON, *The soul of things or psychometric researches and discoveries*, 3 vols., Nueva York, 1863-1873.

(4) Basándose en algunos fragmentos arqueológicos, Elisabeth Denton describió la casa de Cicerón, la destrucción de Pompeya y las tumbas de los reyes egipcios en Tebas (Cfr. W. DENTON y ELISABETH DENTON, *Nature’s secrets or psychometric researches*, 1863).

(5) En un discurso pronunciado en 1913, cuando asumió la presidencia de la “Society for Psychical Research”, Henri Bergson sostuvo la falta de fundamento de la doctrina según la cual la memoria sería una función inmediata del cerebro. En su opinión, la memoria sería “absolutamente independiente de la materia”, y el cerebro, teniendo “la única función de orientar la memoria hacia lo real y de vincularla al presente”, contribuiría “a mantener el recuerdo útil, pero, sobre todo, a descartar provisionalmente todos los demás”.

(6) James, de quien hemos hablado ya, postula la hipótesis de un “observatorio cósmico” de las memorias individuales. GUSTAVE GELEY escribe en su libro *De l’inconscient au conscient*, París, Alcan, 1920: “Todo se desarrolla como si el estado psíquico llamado recuerdo, registrado por las células cerebrales y destinado a desaparecer muy pronto con ellas —efímero como ellas—, se encontrara registrado, al mismo tiempo, en «algo» permanente de lo que en lo sucesivo ello será parte integrante y permanente.” Osty, a su vez, escribe: “La hipótesis más verosímil es que la memoria del pasado sobrepase inmensamente los límites del individuo, acaso como atributo de un plano espiritual que comprende, también, la vida de la materia. A los sujetos en trance les costaría integrarse con aquel plano, que resultaría ser de la misma naturaleza que su mismo psiquismo, al que se deben las manifestaciones llamadas metapsíquicas (citado por GASTONE DE BONI, en *L’uomo alla conquista dell’anima*, Verona, 1961). Todo esto recuerda muy de cerca el ámbito *akâçico* de los oculistas, donde estarían registrados todos los acontecimientos de naturaleza física y psíquica del Universo (v. nota relativa al cap. XIV).

(7) TODDI (PIETRO SILVIO RIVETTA), *Geometria della realtà e inesistenza della morte*, Roma, DeCarlo, 1947.

(8) WHATELY CARINGTON dice, a su vez, que las hipótesis son como los dulces, cuya bondad no puede ser determinada por el aspecto, sino sólo cuando se comen. Análogamente, las hipótesis son juzgadas según los hechos (*Telepathy*, Londres, Methuen and Co.).

(9) GUSTAV PAGENSTECHER, *I misten della psicometria*, Milán, Bocca, año 1953.

(10) G. PAGENSTECHER, *op. cit*., pp. 112-113.

(11) P. LECOMTE DU NOUY, *Il tempo e la vita*, Turín, 1939, p. 185.

(12) M. LORENZINI DE BUTTAFOCO, en su libro *Les tables d’or*, París, 1963, p. 62, escribe que el enigma más irritante para nuestra razón humana es el del tiempo, que nos roba sin cesar cada segundo ya transcurrido, y observa: “Y, sin embargo, tenemos el presentimiento de que todo esto existe en alguna dimensión eterna e inmutable donde el pasado no huye y donde el futuro no es en absoluto inaccesible al pensamiento presente. El hecho es que en nuestra conciencia normal (la diurna), existe, sin duda, el indefinible reflejo de otra parte de nosotros mismos que no participa de esta fragmentación continua del tiempo: una conciencia de eternidad.”

(13) *Memoires, Dreams, Reflections*, Londres, 1963.

(14) V. nota 20 al cap. I.

(15) PIERRE DEVAUX, *L’avenir fantastique*, París, 1942; G. W. LAMBERT, *El jardín de Anthony Richard* (en inglés), en *Journal S.P.R.*, n.º 683, marzo 1955. (Otro artículo del mismo autor había sido ya publicado sobre el

mismo tema en el número de julio-octubre de 1953.) Además, v. SERGE HUTIN, *A propos du Cas du Trianon* en *Revue Métapsychique*, números 24 y 26, 1953.

(16) V. nota 36 al cap. I.

(17) *Tomorrow*, marzo-abril, 1955.

(18) G. PAGENSTECHER, *op. cit*., p. 118 y ss.

CAPÍTULO IV
LAS INCURSIONES DE LA MENTE EN EL FUTURO

Un hecho es cierto: que, en determinados casos, podemos extender las antenas de nuestra alma más allá de los límites corpóreos y tener un presentimiento, y aún mucho más: una visión real del futuro inmediato.

GOETHE.

El tiempo y el espacio son la misma ilusión... y no existen fuera de nuestra pequeña existencia diurna.

MAETERLINCK.

Pequeñas luces en el futuro

«Una vez, mi clarividencia me produjo un susto y una contrariedad tan grande, que hubiera querido no haberla descubierto nunca.» Es la señora Bajetto quien habla así. «En febrero de 1954, vino a verme a mi casa de Roma el profesor Hans Dannert, un estudioso alemán de rabdomancia bien conocido en Alemania y en Sudáfrica, donde vivió largo tiempo poniendo sus dotes al servicio de las prospecciones mineras. El profesor Dannert no hablaba italiano, y yo no hablo alemán; sin embargo, conseguimos entendernos acerca de muchas cosas de interés común, gracias a un señor que le acompañaba y que actuaba amablemente de intérprete. En determinado momento, mi huésped, apelando a mis facultades, me preguntó si era aconsejable para él volver o no a Sudáfrica, donde era esperado para proseguir sus búsquedas. Aquella demanda me cogió desprevenida. Como saben, me ocupo normalmente de psicometría, que consiste en evocar "los recuerdos de las cosas".

»Pero sé que el futuro se borra, a veces, espontáneamente incluso en el curso de mis psicometrías, como han determinado el profesor Egidi y el ingeniero Perrone. Mas, al menos, traté de contentar a mi huésped. Para tener una orientación, toqué su mano e inmediatamente tuve la certeza de que "aquel hombre no tenía futuro". Era la primera vez que me daba cuenta de un hecho semejante, y quedé impresionadísima. Me sobrepuse y le dije que el viaje a Sudáfrica era desaconsejable, tras lo cual hice comprender al intérprete, señor Koch, la verdadera naturaleza de la intuición que se había suscitado en mi mente, no sin recomendarle

que guardara el secreto. Por desdicha, mi previsión no tardó en revelarse exacta. El destino del profesor Dannert se cumplió al cabo de un mes, en circunstancias que no conozco bien.»

El episodio aquí referido es uno de los innumerables ejemplos que se conocen de la validez del axioma establecido por Dunne (v. cap. I), según el cual «el conocimiento a menudo fragmentario, pero siempre posible, del pasado y hasta del futuro es, en principio, una propiedad de todo espíritu humano». Hemos visto ya hasta qué punto es posible para tales mentes, y en ciertas condiciones particulares, conocer el pasado. Ahora veremos a qué manifestaciones da lugar la propiedad simétrica: aquella gracias a la cual la mente puede espaciar incluso largamente las desconocidas normas del porvenir. Aunque potencialmente inserta en cada uno de nosotros, a los efectos prácticos dicha propiedad se manifiesta más a menudo y de manera más vistosa en aquellos individuos en los que, según Maeterlinck, el inconsciente está más «libre»[1].

Se trata de los sensitivos de cuyas capacidades precognitivas hemos dado ya algunas muestras espectaculares en el capítulo I, al ocuparnos de los «estados de ensoñación». Tal vez por la noche seamos todos, en cierto modo, sensitivos, dado que el inconsciente, en el sueño, está precisamente más libre para expresarse, y ello explica la relativa frecuencia de los sueños premonitorios. Pero, de día, las cosas cambian. Son pocos, en efecto, aquéllos a los que el inconsciente consigue llevar sus mensajes al nivel de la conciencia diurna, aprovechándose de las momentáneas distracciones del yo de superficie de la realidad ordinaria. Son, en cualquier caso, hombres cuya mente se desliza de vez en cuando hacia el futuro, y uno de ellos es Sir Arthur Eggar, un ex oficial de la «Royal Air Force». He aquí un episodio que le concierne, publicado hace algunos años con documentación impecable, en el *Sunday Express*.

La Primera Guerra Mundial había acabado hacía poco, y el oficial (todavía no Sir) había recibido la orden de regresar a Birmania, donde estaba destacado su regimiento. El día antes de abandonar Londres para embarcarse en el vapor *Patricia*, fue «invadido» por una extraña sensación: le parecía saber, de manera confusa pero cierta, que «algo le sucedería a la nave antes de llegar a Adén». No era la primera vez que experimentaba sensaciones premonitorias, y había aprendido a respetarlas. Decidió, pues, que debía hacer partícipes de sus temores a sus padres antes de embarcarse, y, a continuación, también a algunos compañeros de viaje. No es un buen oficio hacer de Casandra y, asimismo, se corre el riesgo de que le imputen a uno la responsabilidad del suceso, según ciertas notorias creencias de carácter popular. Pero el oficial no se preocupaba de ello.

Apenas penetraron en el mar Rojo, el oficial ya fue capaz de precisar también algún otro particular: el incidente —explicó— se produciría a 400 millas de Adén, pero no tendría consecuencias serias. Una noche, en efecto, a la latitud indicada, la nave encalló en el fondo rocoso de un islote, y consiguió desencallar sólo a la mañana siguiente; todo según las previsiones del oficial de mente «anticipadora».

Conversaciones oídas antes de tiempo

La precognición del futuro es un hecho desconcertante y, sin embargo, innegable. Osty, que se ocupó larga y apasionadamente del problema, tuvo que rendirse al fin a la evidencia de las pruebas. «Mis experiencias y mis estudios —escribió— me han enseñado que la precognición existe.» El gran Richet, después de haber alimentado durante años, como él mismo confesó, «dudas y reservas angustiosas», acabó por concluir que la facultad de conocer el futuro «se halla entre los hechos mejor verificados». He aquí un pequeño, pero significativo episodio, referido a él mismo y que se remonta al período de su juventud, cuando aún era estudiante universitario.

Eran inminentes las elecciones para presidente de la República francesa, pero ni él ni su compañero de estudios, Gallet, con el que se hallaba en aquel momento, sentían ningún interés particular por tal acontecimiento. En un momento dado, Gallet se puso a escribir en su cuaderno, casi sin darse cuenta, esta frase: «Casimir Périer ha sido elegido por 451 votos.» Adviértase que Périer no se encontraba en absoluto entre los candidatos favoritos, e incluso era casi desconocido. Sin embargo, su elección se produjo de verdad y dio al traste con todos los pronósticos, excepto con el de Gallet. En efecto, fue elegido por 451 votos, como éste había previsto. Pero, ¿puede llamarse pronóstico a un hecho de este tipo? Tiene todo el aspecto de un susurro improvisado del inconsciente, que, para manifestarse, ha aprovechado una momentánea distracción de la mente consciente.

Los casos de precognición son muchos, y su repertorio es continuamente incrementado por nuevas crónicas. A los trabajos especializados de los que hemos hecho mención a su tiempo, conviene añadir también la obra de Louisa Rhine, que, antes de publicar el libro citado en la nota 4 al capítulo I, recogió y clasificó la documentación relativa a varios millares de casos paranormales espontáneos, muchos de los cuales eran de carácter precognitivo. Se conocen muchísimas premoniciones de contenido dramático y trágico, algunas alegres y otras, como el episodio citado por Richet, absolutamente desprovistas de interés e importancia para el sujeto de mente «anticipadora».

El matemático inglés profesor S. G. Soal, que junto con Bateman ha estudiado con método estadístico los deslizamientos mentales casi sistemáticos de un sujeto en el futuro inmediato, refiere un caso que aún parece más interesante: el de una enferma que escuchó, una hora antes de que se produjera, cierta conversación entre el doctor Lawrence Bendit y algunos de sus amigos. También a Eileen Garrett, la famosa médium de origen irlandés que preside ahora la «Parapsychology Foundation», le ha ocurrido algo parecido. En determinado período de su vida, de vez en cuando, sucedía que oía, en circunstancias que no precisa, fragmentos de conversación que, por sí mismos, no tenían para ella ningún significado. «Pero, pocos días después —escribe en su autobiografía—, oía de nuevo aquellas mismas conversaciones que llegaban a mi oído desde alguna parte (…) antes de que verdaderamente se produjeran.»

¿De dónde habían llegado aquellos ecos? Evidentemente, de una dimensión supratemporal que encierra el futuro, pero no el pasado. Quien se tome la molestia de buscar, puede encontrar muchos episodios de este tipo. En 1934, la señora S. A., de Turín, que vivía entonces en el corso Duca, de Génova, oía con regularidad todas las noches el tableteo de inexistentes máquinas de escribir. En aquella casa no había tales máquinas, y ni siquiera en la vecindad inmediata, pero las hubo en gran número algunos años más tarde, cuando el edificio fue destinado a otros usos. ¿También aquellos ecos procedían del futuro? Nada nos impide suponerlo, si aceptamos la tesis ya enunciada de Dunne, según la cual la actividad precognitiva es una función casi normal de la mente inconsciente. Pero no muchos estarían dispuestos a compartir tal opinión.

El hecho de que la precognición esté, para usar la expresión ya citada de Richet, «entre los fenómenos mejor verificados», no impide, sin embargo, que sea uno de los menos aceptables racionalmente. Los motivos por los cuales suele rechazarse admitir la realidad de tal fenómeno están vinculados al hecho de que éste somete a discusión algunas certezas profundamente enraizadas en nuestro modo de pensar. El mismo Jan Ehrenwald —un insigne psiquiatra de Nueva York que se ocupa con mentalidad muy abierta de fenómenos paranormales— afirma que nada repugna más a su mentalidad embebida de cultura occidental que el hecho de que se pueda conocer el porvenir. En efecto, estamos habituados a considerar este porvenir como «algo que aún no existe», y, por el contrarío, la precognición nos sugiere insistentemente la idea de que los acontecimientos futuros, como escribe Sir Arthur Eggar, «están allí, dispuestos a esperarnos, mientras nosotros avanzamos a ciegas, salvo ocasionales vislumbres que nos muestran algún fragmento de aquella realidad futura».

Si la ciencia oficial tuviera que tomar alguna vez en seria consideración la

realidad de los fenómenos precognitivos, se vería, al mismo tiempo, obligada a reexaminar algunos postulados del saber, y entre éstos, el principio de causalidad[2]. ¿Cómo puede un acontecimiento futuro y, por tanto, inexistente (al menos, tales son las nociones aceptadas y lo que dicta el sentido común), ser causa de un acontecimiento actual, o sea, precognitivo? Se ha considerado siempre como ley de la Naturaleza que las causas deben preceder a los efectos, y no viceversa. Y todo el edificio científico, con su implícito determinismo, está basado en este supuesto[3]. He aquí por qué la precognición nos sitúa —al menos, a primera vista— frente al absurdo. Pero el absurdo sirve para algo si obliga a ver la exactitud de las premisas y de los razonamientos. Veremos que existe una manera de eliminar este absurdo puramente aparente.

El futuro «visto» con antelación

Por el momento, sigamos ocupándonos de hechos. Tal vez el futuro se inscriba nítidamente en el presente, bajo la forma de visión alucinatoria. He aquí un gracioso caso referido, entre muchos otros parecidos, por Ernesto Bozzano[4]. Se trata de un pastor anglicano, huésped en casa de unos amigos. Por la noche, al entrar por error en una habitación vacía y deshabitada, le pareció sorprender a una hermosa y desconocida jovencita que dormía. Tenía el pelo oscuro y un rostro de óvalo perfecto y las manos «verdaderamente bien hechas»[5]. Cinco años después, mientras el joven eclesiástico se hallaba en la India en calidad de misionero, comenzó una activa correspondencia epistolar con una señorita que residía en Inglaterra, y a la que nunca había visto. Sin conocerse, en un momento dado, ambos decidieron casarse. En pocas palabras: se trataba de la misma muchacha ya entrevista por el pastor por efecto de una alucinación anticipadora.

Otra parecida tuvo Violet Tweedale, la médium de la que hemos tenido ya ocasión de hablar. A Violet le gustaba pasar algunas horas de la tarde inmersa en meditaciones solitarias, en su apartamento londinense. ¿Quién puede decir dónde termina la meditación y dónde comienza aquel estado crepuscular de la conciencia apto para favorecer los contactos con el yo secreto? Una vez, un rumor imprevisto la distrajo del curso de sus pensamientos. Después, en seguida, vio entrar a su amigo Lord Colin con un magnífico ramo de lilas de perfume muy penetrante. Como de costumbre, el hombre iba acompañado de su inseparable perro. Violet estaba bastante sorprendida de que el criado no le hubiera anunciado aquella visita, pero no lo demostró, y ya se disponía a dar al huésped querido la bienvenida cuando, de improviso, Lord Colin, su ramo de flores y el perro se diluyeron en la nada.

Había sido una alucinación, una de esas que, según una opinión difundida, y compartida también por la médium, sería de pésimo augurio. Pero no era éste el caso. Una hora más tarde, apareció Lord Colin en carne y hueso y se presentó con el mismo aspecto de antes, con el perfumadísimo ramo de lilas en una mano y el inseparable perro que meneaba el rabo a su alrededor. El hombre se excusó y precisó que hubiera llegado una hora antes, si no se lo hubiera impedido un contratiempo. Para casos como éstos, hay quien habla de alucinaciones de «telepatía precognitiva»; otros, de alucinación telepática pura y simple; otros más, de desdoblamiento; pero acaso nuestras distinciones sean demasiado sutiles respecto a la sustancial unidad del fenómeno fundamental, que consiste en una liberación temporal de las estrecheces del espacio y del tiempo, gracias a un particular estado de conciencia que es el mismo que hemos visto aflorar en los «grandes sueños».

Parece que el trance hipnótico, así como favorece las incursiones en el pasado, facilita, asimismo, en sujetos adaptados, aquellas que sobrevienen en sentido opuesto, pero advirtamos que en este campo no existen documentaciones ricas y exhaustivas, como, por ejemplo, las que ha dado el profesor Pagenstecher a propósito de los fenómenos de retrocognición. Hay un caso, sin embargo, que merece señalarse, si bien puede inspirar las acostumbradas reservas que afectan inevitablemente a los episodios que tomamos de crónicas lejanas. El periódico inglés *The Metaphysical Magazine* publicó, en 1898, un relato del profesor Harry Brown referente a experimentos de hipnotismo realizados por él sobre algunos estudiantes particularmente receptivos a sus sugestiones.

Un día, en presencia de varios espectadores, hipnotizó a no menos de cinco, llevándolos a ese estadio de lucidez sonambúlica que sabemos se adapta particularmente al afloramiento de las facultades paranormales. En cierto momento, el hipnotizador les sugirió trasladarse con la mente al futuro para «presenciar» un importante partido de fútbol que iba a celebrarse al cabo de una semana, entre el equipo local y el de una ciudad vecina. Puede suceder que el experimento haya sido favorecido por el vivo interés de los presentes y de los mismos sujetos hipnotizados, los cuales eran grandes apasionados del fútbol; el hecho es que aquellos jóvenes, inmersos en el trance, «asistieron» al partido y lo describieron de manera inequívoca, como si sus mentes se hubieran fundido para compartir la misma visión, el mismo «sueño de vigilia»[6].

Como hubieran podido hacer los comentaristas de Radio de nuestros días, señalaron las acciones que se sucedían por una y otra parte y comentaron los goles y los infortunios del equipo preferido. Siete días más tarde, protagonistas y testigos del experimento se trasladaron todos al estadio, y allí pudieron verificar que el desarrollo del partido —salvo algún pequeño detalle— correspondía bastante bien a

la «crónica anticipada» que había sido hecha.

Puede ocurrir que un suceso de este tipo parezca demasiado excepcional para que pueda aceptarse sin garantías más sólidas de las que, en realidad, presenta. Pero he aquí otros análogos que están sólidamente documentados. La única diferencia respecto a los acontecimientos ya narrados es que, en estos otros, el «sueño del futuro» se ha manifestado en el curso del trance mediúmnico, o sea, con un ritual distinto. Se trata de una serie de predicciones muy exactas que una médium polaca, la señora Prszbylska, hizo en el curso de numerosas sesiones mediúmnicas, y que se referían a las futuras vicisitudes de la guerra ruso-polaca de 1920. Los «mensajes» (como se llamaban) fueron recogidos por escrito cada vez y comunicados —por supuesto, antes de que los acontecimientos se verificaran— a la «Sociedad para los Estudios Psíquicos», de Varsovia, y al doctor Gustave Geley, que entonces presidía el «Institut Métapsychique» de París[7].

He aquí un informe leído y discutido el 12 de julio de 1920 por el Comité científico de la mencionada Sociedad de Varsovia: «Gran desgracia: dentro de poco, nos ordenarán abandonar la orilla izquierda del Vístula. Para todo este mes, desastres. La potencia de Lenin aumenta. Una gran oleada de soldados invade nuestro país, y vosotros deberéis abandonar vuestros campos. No tengáis temor: la desgracia se circunscribe a la orilla derecha del Vístula, y todo cambiará para mejor.» De mensaje en mensaje, las crónicas de aquella guerra fueron todas escritas con anticipación hasta su conclusión, regularmente prevista en el mensaje del 19 de agosto de 1920. «Dentro de un mes, otras grandes victorias y nuevo desastre para el Ejército bolchevique, que resultará definitivamente derrotado.» Al cabo de un mes se desarrolló, en efecto, la batalla de Kovno, que fue decisiva para la suerte del conflicto.

Los «huesecillos del destino»

La premonición tiene una historia tan antigua como la de la Humanidad, porque constituye un componente ineludible del enigma humano. En el mundo clásico era, además, una institución, un aspecto de la religiosidad de aquellos tiempos. Nos han sido transmitidas, bajo una luz de leyenda, algunas premoniciones atribuidas a augures, adivinos y oráculos. ¿Debemos creer que se ha tratado siempre de fraudes hábilmente organizados y favorecidos por la credulidad popular? Escribe el profesor Beonio Brocchieri: «Resolver la narración de un prodigio con un simbolismo mítico es una postura que parece altamente anticientífica y críticamente superada. Por el contrario, está fundada en una premisa dogmática, o sea, en la negación apriorista de que el hecho se haya producido de verdad»[8]. Por desgracia,

nosotros nos nutrimos de estas negaciones aprioristas y dogmáticas. De Cressac señala que el balance del oráculo de Delfos, en cuanto sea posible valorarlo en términos contemporáneos, correspondía al estatal de la Francia de hoy. Y observa: «Incluso concediendo una parte amplísima a la imaginación, a la ficción, a la ilusión y al fraude —todo lo cual no pudo dejar de producirse—, aún quedaría un ancho margen que aparece como la expresión de una realidad manifiesta.»

El hecho es que cierta mentalidad racionalista ha declarado una guerra implacable a algunos aspectos de tal «realidad manifiesta» porque éstos no coinciden con sus premisas simplistas. De lo que se siguen muchas consecuencias. Una de ellas es que existen en el ámbito occidental «dos culturas» (no en el sentido de Snow): una, oficial, que repudia todos los aspectos enigmáticos de la realidad, y otra, de tipo popular que, bien que mal, se atiene a los hechos. La precognición tiene un amplísimo lugar entre los hechos admitidos por la cultura de segundo orden. No existe un solo país europeo en el que las creencias sobre la lucidez, visión doble y premonición no sean compartidas —aunque sea con reservas formales, que representan el necesario tributo al conformismo— por vastos estratos de la población. En algunos países, tales creencias aún son más notables, y no porque la superstición esté más arraigada en ellos, sino tal vez porque los matrimonios entre consanguíneos han acentuado ciertas características mediúmnicas hereditarias, haciendo más frecuentes los fenómenos inexplicables.

Según Thorstein H. Wereide, los deslizamientos mentales hacia el futuro suelen ocurrir cerca de ciertas poblaciones que, por el hecho de encontrarse en lugares montañosos y difícilmente alcanzables, han vivido durante siglos en condiciones de aislamiento, como es el caso de algunas localidades de Escocia y de Noruega[9]. En este último país, se habla, por ejemplo, de *vardögr*, un fenómeno relativamente difundido que se manifiesta en forma de alucinaciones intermitentes auditivas y visuales que anticipan en algunas horas acontecimientos de lo más trivial. Puede tratarse de un rumor de pasos y, a continuación, abrirse una puerta; de bisbiseos y susurros; de chasquidos de látigo o rumor de carruajes: un complejo de sensaciones alucinatorias, a menudo percibidas por más de un sujeto, sensaciones que no hacen sino anticipar, como hemos dicho, el acontecimiento real, como en el caso de Violet y Lord Colin. Parece que, a veces, intervenga también un componente telecinético real: picaportes que giran, objetos que mudan de sitio, y así sucesivamente, lo que haría aún más compleja la naturaleza del fenómeno, y no bastaría para explicarlo la hipótesis alucinatoria.

Quienquiera esté dispuesto a admitir que el componente mágico de la realidad tuvo, en la infancia de la especie, una influencia más considerable de la que pueda tener hoy, puede suponer, en este caso que nos ocupa, que se trata de reviviscencias

atávicas de ciertas características que acaso pertenecieran a pueblos que vivieron en otras épocas y en circunstancias distintas, cuando el aislamiento de los grupos humanos constituía la regla, y las «visitas inesperadas» constituían hechos temibles además de imprevisibles. Si así fuera, se trataría de una función supeditada a su misma utilidad, dados los márgenes restringidos entre los cuales se ha reducido hoy el imprevisto. Por el contrario, muy distinto es el caso de los pueblos que viven todavía en estado natural, cuyas deficiencias organizativas y técnicas están realmente compensadas, al menos entre ciertos límites, por los conocimientos paranormales que sus sensitivos alcanzan a través de las técnicas del trance y del éxtasis.

Ya hemos hecho referencia a los hechiceros mixtecas (v. capítulo II), pero sus prácticas no son sustancialmente distintas de las de sus colegas de Laponia, de la Siberia nordoriental, de la Tierra de Fuego o de Polinesia[10]. Parece que en Laponia los hechiceros saben predecir cuándo se aproxima el oso blanco o cuándo el hielo está a punto de romperse. Los brujos de la tribu de los «negrillos» se sumergen en trance para enviar a su propio espíritu al futuro, en una especie de viaje espaciotemporal que les permite establecer con exactitud la suerte de todos aquellos que participarán en la partida de caza. En su monumental libro[11], el padre Trilles nos da una descripción inolvidable de las prácticas mágicas en virtud de las cuales un brujo pigmeo consigue escrutar en el futuro inmediato. Circundado por los guerreros de su tribu, dispuestos ya para la inminente batida de caza del elefante, el hechicero juguetea con un montoncito de huesos (los «huesecillos del destino») y, luego, describe minuciosamente las fases de la futura partida, informando a cada uno de los presentes las satisfacciones, los disgustos o los lutos a él reservados por la empresa.

«Es tal la eficacia realista con que el hombre representa aquellas escenas que han de suceder —explica el misionero— que, sin más, dan la ilusión de que aquellos acontecimientos se están desarrollando realmente ante él.» Y concluye: «Y ahora llegamos a la circunstancia más impresionante que las demás, con mucho. Se trata de que la representación aludida se verifica luego hasta en los más mínimos detalles para la localidad a la que debía afectar y para los hombres caídos en la lucha, para los heridos, para el número de elefantes muertos, para aquellos que lograrán salvarse y para el número de colmillos de marfil cobrados. ¡Todo cuanto había sido previsto ha resultado exacto; todo se ha realizado! Queda por tratar del papel puramente ritual y simbólico de los «huesecillos del destino», parecido al de los llamados «espejos mágicos» en uso entre otros pueblos. O sea, que se trata de objetos destinados a facilitar, mediante el mecanismo de los reflejos condicionados, el acceso a aquel distinto estado de conciencia que abre las puertas del pasado o del

futuro.

Los experimentos con la variable temporal

No es verdad que nosotros, occidentales, nos hayamos alejado definitivamente de este «mundo mágico». Aparte la práctica bastante difundida de las disciplinas adivinatorias, de las que hablaremos a su debido tiempo, tenemos como ejemplo el testimonio autorizado de la ya citada Eileen Garrett[12], quien nos asegura haber desarrollado desde niña una técnica propia psicofísica para estimular su clarividencia y, en particular, «para hacer uso de la precognición». Gracias a dicha técnica, conseguía sustraerse «a la corriente ilusoria del tiempo» y zambullirse en una dimensión «donde el tiempo pierde toda realidad, y donde parece poderse vivir en el mismo instante en el pasado y en el futuro».

Otro caso muy interesante es el del ingeniero J. W. Dunne, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar. No contento con haber demostrado la continuidad y normalidad de la actividad premonitoria nocturna (cap. I), en una serie de experiencias posteriores logró demostrar que también de día el futuro puede insinuarse a la mente, con tal de que se le dé un pretexto, una huella que seguir. Dunne recurría, las más de las veces, a este sistema: imprimía bien en su mente el título de un libro aún no leído; ni siquiera abría por acaso una página, para conocer el nombre de un personaje. Después de esto, apartaba el libro y trataba de liberar la propia mente de las injerencias representadas por la memoria de situaciones pasadas y por las ideas relativas a las situaciones presentes.

En otros términos, trataba de realizar una suerte de «vacío mental»: un ejercicio que no todos sabrían hacer[13]. Antes o después, llegaba el momento en que a su mente se le presentaba una idea, una imagen o un nombre que nada tenían que ver con sus experiencias pasadas ni con las presentes. Tomaba nota, y luego leía el libro. Tarde o temprano —no siempre, pero bastante a menudo—, en una de aquellas páginas hallaba la imagen, la idea o el nombre que se había presentado en su mente antes de iniciar la lectura[14]. He aquí cómo una práctica mágica puede transformarse en un experimento científico.

Y hay también otros sistemas más o menos simples para realizar experimentos con el tiempo. El más simple de todos tal vez sea el del profesor Zorab, el cual, durante años, y a intervalos de unos seis meses, se ha hecho predecir el futuro por esos modernos oráculos (no siempre con los papeles en regla) que son los clarividentes, profesionales o no. «Muchas cosas que me fueron predichas y que yo consideraba imposibles o completamente absurdas se han realizado al cabo», ha

escrito en una comunicación leída en junio de 1956 en el «Centro Studi Parapsicologici» de Bolonia. Es difícil creer en estas cosas, a menos que se haya tenido alguna experiencia directa.

Recuerdo una tarde de setiembre en que me encontraba, con mi mujer y mi hijo, en casa de un amabilísimo señor de Turín que deberá ser recordado a menudo en estas páginas. El horizonte internacional estaba relativamente calmado, y nada había que pudiera hacer presagiar alguna reagudización imprevista de los crónicos antagonismos latentes en este mundo sin paz. Mi huésped hizo derivar de pronto la conversación «hacia los reales peligros de guerra que habrían de producirse al cabo de un mes», y que hubieran conducido al mundo al borde de la catástrofe. Manifesté mi escepticismo, pero mi interlocutor, con voz «realmente angustiada», insistió: «Recuérdelo: dentro de un mes exactamente. ¡Y se tratará de Cuba!» Al cabo de un mes, el mundo entero quedó con el ánimo en suspenso a causa del ultimátum imprevisto de Kennedy a Kruschev, algo que sorprendió a todos, empezando por los soviéticos. ¿Se trata de una simple coincidencia? Podría suponerse, si no existieran pruebas certísimas de las dotes clarividentes del hombre.

Según el ya citado Erhenwald, debe intentarse siempre, hasta lo posible, descartar la hipótesis precognitiva, a menos que la evidencia misma de las cosas no demuestre que no existe otra hipótesis posible. Pero es una regla extraña, porque presupone que la naturaleza deba compartir nuestros prejuicios. La premonición es un hecho excepcional, si se relaciona con otros muchos hechos y fenómenos de carácter ordinario; pero, una vez se admite su existencia, puede suceder que represente, al menos en algunos casos, la hipótesis más económica; por ejemplo, cuando se trata de una persona cuya mente está inclinada a deslizarse hacia el futuro. Pascal Forthuny era una de esas personas[15]. Gerard Croiset, un sensitivo estudiado por Tenhaeff, es otra. Y también la médium romana I. R., de quien hemos hablado en el primer capítulo. Y, asimismo, la señora Sandra Bajetto.

Uno de los motivos que deberían hacer aceptable la precognición incluso a los más exigentes cultivadores del método científico es el hecho de que aquélla puede ser estudiada con cierto rigor experimental. En 1926, el doctor Eugène Osty rogó a Pascal Forthuny que se sentara en una silla escogida completamente al azar entre ciento cincuenta asientos vacíos de una sala de conferencias, y que describiera a la persona que habría de sentarse allí al cabo de media hora, cuando el aula se hubiera llenado de público. El sensitivo se sentó, se concentró un instante y, luego, comenzó a dictar: describió clase, defectos, enfermedades, desilusiones y esperanzas de una señora madura.

Transcurrida media hora, la sala fue abierta al público, y entonces aquel asiento

fue ocupado por una mujer a quien nadie conocía. Había acudido por casualidad, en la confusión que siempre se produce cuando la multitud invade en desorden un aula vacía. Apartada del experimento, admitió que las previsiones de Forthuny se adaptaban perfectamente a su caso. Parece que la silla, en estos casos, tenga la misma función que el objeto inductor en psicometría, lo que significa que éste puede orientar la mente incluso a lo largo de la dirección futura del tiempo, si el sensitivo está predispuesto a tal género de experiencias. El experimento de la silla vacía ha sido repetido innumerables veces por estudiosos de varios países y con resultados a veces asombrosos, como en el caso del ya citado Croiset, que ha conseguido realizar previsiones exactas con muchísimos días de anticipación.

Y he aquí otro episodio de la misma clase referido por su misma protagonista, la señora Bajetto. «Era el 14 de marzo de 1953, y nos encontrábamos en el Aula Magna del “Istituto di Fisiologia Umana”, en la Universidad de Roma. Entre los escasísimos presentes se hallaban el profesor Francesco Egidi, presidente de la “S. I. P.”, y el ingeniero Vittorio Perrone, miembro del Comité científico. Extrajeron a suerte el número correspondiente a una silla y, luego, me rogaron que dijera algo acerca de la persona que iba a sentarse allí al cabo de algún tiempo, a la hora señalada para la conferencia. Dije que no sabía si podría conseguirlo; sentía dolor de cabeza y temía no lograrlo.

»Sin embargo, lo conseguí. De pronto, después de haberme sentado en aquella silla, se presentó a mi mente la imagen de un señor moreno y de estatura media, de aspecto próspero y de rostro colorado. A medida que lo iba describiendo, alguien tomaba nota de mis palabras. Hablé de su atuendo: chaqueta color habano, pantalones grises de franela y camisa blanca con corbata roja. Señalé una vocación frustrada por la música; hablé de un dolor reumático más bien agudo que debía de tener en la pierna izquierda y, por fin, dije que un amigo suyo le acompañaría y se sentaría detrás de él. Creo haber añadido algún otro particular que ahora no recuerdo, pero del que debe existir constancia en los documentos de la “S. I. P.”. No estaba del todo segura de haber dicho cosas exactas, pero, luego, supe por el mismo ingeniero Perrone que el experimento había triunfado plenamente, y podía considerarse uno de los mejores del género.»

Una entidad misteriosa: el tiempo

Tras esta nutrida reseña de fenómenos espontáneos y de hechos experimentales que nos inducen a aceptar la existencia de la precognición, henos aquí de nuevo en el punto que habíamos dejado en suspenso: ¿cómo puede el conocimiento de una situación preceder en el tiempo al instante en que esa misma situación se convierte

en real? Repitamos que en un conflicto entre los hechos objetivos y las promesas teóricas, son estas últimas las que deben ser revisadas. En el caso que examinamos, el absurdo deriva de la concepción tradicional de un Universo de tres dimensiones, en el que el pasado «ya no existe» y el futuro «aún no existe». En consecuencia, la única realidad sería el presente. Pero, ¿qué es el presente? Los relativistas ya han hecho entrar en crisis ese concepto, cuando lo han subordinado a la posición del observador.

Surge el clásico ejemplo de un observador situado al borde de una carretera por la que está pasando una procesión. Para ese observador, el presente se identifica con el pequeño grupo de personas que puede ver en un instante dado, pero si se coloca en la tercera dimensión del espacio —subiendo, por ejemplo, a lo alto de un campanario—, ante su vista se despliega la procesión entera, y, entonces, percibe simultáneamente tanto la parte que para el observador que permanece abajo ya ha pasado, como aquélla que para éste «está por venir». Análogamente, la existencia de ambos fenómenos simétricos de retrocognición y precognición nos dice que en una dimensión superior a la espacial (o sea, en el *continuum* espaciotemporal) «existen todo el pasado y todo el futuro», lo cual hace cesar el absurdo aparente de poder conocer algo antes aún de que haya alcanzado nuestro campo de conciencia, que está limitado, como sabemos, al instante.

Atribuir el requisito de la existencia sólo a las situaciones presentes, en cuanto que son las iluminadas actualmente por nuestra lucecilla consciente, sería como considerar existentes los fotogramas de una película en el instante en que son iluminados por el proyector cinematográfico, olvidando el hecho de que existen también los fotogramas ya pasados y los que están aún por llegar. En consecuencia, puede decirse que pasado y futuro existen, mientras que, en realidad, si hay algo ilusorio es el concepto de presente que, realmente, es «la sombra de un sueño fugaz».

Queda por ver entre qué límites semejante concepción puede hallar comparación en los modelos del Universo propuestos por físicos y matemáticos. Hay diversos esquemas teóricos que pueden servir, comenzando por el elaborado en 1887 por Hinton, que hablaba de «un maravilloso conjunto en el que todo cuanto ha existido o existirá coexiste». Se trata de algo que ya conocemos: el inmóvil «panorama sin tiempo», sólo que Hinton suponía que era «el panorama» el que se movía y no el observador. Explica, en efecto: «Procediendo por su camino, este conjunto deja en nuestra conciencia relampagueante, encerrada en el restringido espacio de un solo instante, un recuerdo tumultuoso de mutaciones y vicisitudes que existen sólo para nosotros»[16].

Está, luego, la concepción de Minkowski, en la que espacio y tiempo aparecen íntimamente conectados en una entidad única de cuatro dimensiones (un esquema en el que se han inspirado los relativistas, y De Sitter en particular, los cuales le han añadido el concepto de curvatura del espacio). Por fin, está el esquema más moderno (llamado de «existencia total») de Luigi Fantappiè, que puede considerarse como un perfeccionamiento ulterior de los modelos relativistas, y del que nos ocuparemos más ampliamente en otro capítulo. Cada uno de tales esquemas ha sido elaborado para tratar de explicar la creciente complejidad de un universo físico que parece alejarse cada vez más de las concepciones del sentido común, para justificar la opinión expresada por muchos científicos —y en particular del físico Pascal Jordan, de la Universidad de Hamburgo— según los cuales la realidad de los objetos y de los acontecimientos en el espacio de tres dimensiones es tan sólo un sector de la realidad total, un «caso límite».

Son, pues, los mismos físicos y matemáticos quienes nos invitan a ampliar los conceptos sobre los que se basaba la ciencia prerrelativista, y es una invitación a la que deberían ser particularmente sensibles los parapsicólogos, dada la evidente imposibilidad de explicar los fenómenos paranormales según los conceptos propios de la ciencia ochocentista[17]. En este cuadro, la posibilidad aun esporádica de la precognición no conduce ya al absurdo de conocer «aquello que todavía no existe», sino, por el contrario, de un respiradero que se abre algunas veces sobre el panorama del futuro, o sea, lo que «existe» en una dimensión superior, llámese «atemporal» o «supratemporal»[18]. «La dificultad de ver cosas que no están “presentes” desaparece, puesto que éstas pueden considerarse existentes aunque sean pasadas o futuras», escribe a este propósito Luigi Fantappiè en una nota ilustrativa de su «esquema de existencia total». Se comprende que el concepto de existencia se extiende así más allá de los límites accesibles al sentido común (o sea, lo que Huizinga llama «la razón en su vieja forma»)[19].

Por lo que se refiere a la precognición, la aceptación del «esquema de existencia total» implica la renuncia a otras concepciones hipotéticas que hasta ahora privaban, como la hipótesis rígidamente determinista de Laplace (futuro inexistente, pero predeterminado por un inflexible encadenamiento de causas) y la de William James (el futuro en estado de «proyecto no rígido», con posibles variantes que, por otra parte, no inciden sobre sus desarrollos fundamentales). Y henos aquí llegados a un punto en el que el estudio de los fenómenos inexplicables —y, en particular, el de la precognición— comienzan a demostrar la propia utilidad por el hecho mismo de que dicho estudio nos obliga a revisar desde su base nuestras concepciones, y a ampliar los horizontes del conocimiento.

No importa que, por ahora, se trate de un conocimiento «extracientífico», como

algunos se empeñan en subrayar; lo importante es que la ciencia misma se esté moviendo, como muchos signos lo evidencian, en esa dirección precisa. En resumen, nosotros sabemos ahora que el hombre es un ser de más de tres dimensiones, y que puede errar mentalmente a lo largo de la dimensión del tiempo, mucho más allá de los limites fijados por el origen y la duración de su cuerpo. Son posibilidades que afloran excepcionalmente por ahora, pero bastan incluso pocos casos comprobados para abrir el camino a consideraciones y deducciones de enorme importancia.

Una de las cuestiones teóricas más espinosas que se encuentran conexas a la problemática de la precognición afecta a los límites de la voluntad pública. Según el profesor Zorab, la aceptación del concepto de «eterno presente» (que es una antigua denominación *grosso modo* correspondiente al «esquema de existencia total») implica la inexistencia del libre albedrío[20]. Pero esto refleja una lógica de tipo euclídeo y cartesiano, es decir, adapta a un mundo caracterizado por sólo tres dimensiones espaciales y por el incierto presentimiento de una dimensión temporal. Otros estudiosos sostienen, por el contrario, que el libre albedrío es perfectamente conciliable incluso con las premisas antedichas[21]. En efecto, la precognición no implica en absoluto, en sí misma, la existencia de causas vinculantes de la voluntad. El futuro existe, pero sólo en cuanto a su actuación afecte a cada uno de nosotros, y esto no impide que, desde una dimensión superior, se pueda conocer cuál será la futura y libre expresión de nuestra voluntad.

La verdad —simple y desconcertante— puede, pues, enunciarse como sigue: en puntos aún lejanos del «*continuum* espaciotemporal» existen ya las consecuencias de nuestros actos libres de voluntad, de los cuales el yo consciente aún no sabe nada porque no ha llegado a «vivirlos».

NOTAS — Capítulo IV

(1) M. MAETERLINCK, *El templo enterrado*.

(2) Escribe, a este propósito, irónicamente, RÉMY CHAUVIN en la obra ya citada (v. nota 34, cap. I): "... hablar de precognición, o sea, de conocimiento de hechos aún inexistentes, ¡qué horror! ¡Qué hipótesis destructiva de las convenciones y de las ideas mejor establecidas! Admitid una hipótesis de ese tipo, y he aquí que ciencia y filosofía —si no estáis atentos— se hundirán unidas sobre vuestras espaldas blasfemas"

(3) Causalidad y determinismo están implícitos en las famosas reglas de Bacon: *Posita causa, ponitur effectus; variata causa, variatur effectus; sublata causa, tollitur effectus*.

(4) ERNESTO BOZZANO, *Luci nel futuro*, Verona, Europa, 1947.

(5) Que pueda distinguirse algo en la oscuridad, es propio del mecanismo alucinatorio, actualmente investigado por TYRRELL. Véase a este respecto el cap. IV de *Au delà du conscient*, París, Payot, que es la versión francesa de una obra suya fundamental.

(6) "Una vez admitido el concepto de que una alucinación telepática, al ser creada por el perceptor", escribe Tyrrell, en defensa de su concepto según el cual *las alucinaciones pueden ser compartidas por muchas personas, incluso en ausencia de cualquier expresión física externa de la aparición alucinatoria* (v. *op. cit.* en la nota precedente).

(7) *Revue Métapsychique* (1921), pp. 380-383. Como hace observar a este propósito BOZZANO en *Guerre e profezie*, Milán, 1953, p. 54, el primero de tales mensajes mediúmnicos fue enviado al doctor Geley, a París, y al doctor Jules Roche, *unos dos meses antes de que se realizaran los sucesos previstos*.

(8) Profesor V. BEONIO BROCCHIERI, de la Universidad de Pavía, *Prolusione all'anno accademico 1956-57 presso il Centro Studi Parapsicologici di Bologna*, en suplemento "Parapsicologia" a *Minerva Medica*, número 48, 16 de junio de 1957.

(9) *Neue Wissenschaft*, octubre de 1956, y *Tomorrow*, noviembre de 1955.

(10) ERNESTO DE MARTINO, *Il mondo magico*, Turín, 1948.

(11) R. G. TRILLES, *Les pygmées de la forêt équatoriale*, París, 1932.

(12) EILEEN GARRETT, *My life as a search for the meaning of mediumship*, Londres, Rider and Co.

(13) Obtener una tregua efectiva de la mente consciente es el primer paso indispensable para abrir la puerta a las interferencias del yo profundo. Escribe QUÉANT en la *op. cit.*: "Inconscientemente y por una duración a menudo ínfima, hacemos el vacío en nosotros mismos, y en este vacío, la palabra, el conocimiento y el recuerdo llegan." Es una experiencia común, si bien con frecuencia pasa inadvertida.

(14) No creemos, por otra parte, que semejante experiencia pueda conseguir algo. Dunne era, es indudable, un sensitivo, como lo demuestra el notable número de sueños precognitivos que tuvo (v. *op. cit.*).

(15) Pascal Forthuny es conocido no sólo como clarividente, sino también como poeta y comediógrafo. A propósito de sus precogniciones, escribió: "Cuando estalla en sí la noción de un hecho por venir, actúa con tal ímpetu, que me impide todo control sobre la formación de las ideas." En otros términos: el yo profundo se imponía al consciente, como sucede en el sueño. Osty, que estudió largamente las manifestaciones de Forthuny, escribió: "Nos sentimos inducidos a imaginar que, en el estado de trance, su cerebro cesa de trabajar sobre su propio fondo y se convierte en instrumento apto para tomar conciencia de nociones adquiridas por su mismo psiquismo trascendente o por el psiquismo de otros."

(16) C. H. HINTON, *¿Qué es la cuarta dimensión?* (monografía publicada, en inglés, en 1887, y citada por Dunne).

(17) "El incesante esfuerzo de los físicos para tratar de comprender la Naturaleza parece haberles llevado a hacerse de ésta un concepto que cada vez se aleja más de lo que el sentido común había aceptado como bueno", escribe PIETRO SILVIO RIVETTA (TODDY), en la obra ya citada (véase nota 7 al cap. III). El filósofo de la matemática LUDOVICO GEYMONAT escribe, a su vez: "... Para aprehender la realidad, debemos formular

conceptos extremadamente generales y abstractos. En apariencia, la abstracción nos aleja de la realidad... Por el contrario, hoy observamos que esta abstracción nos aproxima a aquélla, en cuanto que nos permite aprehender aspectos que habían escapado a nuestros padres. Éstos habían enfocado el problema del conocimiento del mundo según fórmulas en apariencia mucho más vinculadas a la experiencia, pero, en realidad, condicionadas a una tradición cultural que nos apartaba de la experiencia misma (...) *Así, hoy nos damos cuenta de que los modelos clásicos de la Física ya no nos sirven*. Y, en efecto, ¿sobre qué se basaban éstos? En el fondo, en la presunción de que cierto mundo —el mundo de la experiencia cotidiana— nos proporciona las categorías que sirven para comprender todo el Universo, o sea el mundo macroscópico tanto como el microscópico (...) *De ahí la necesidad de ir hacia las formas, diría, destacadas de la experiencia común*, para penetrar más a fondo en la experiencia misma, es decir en el complicado misterio de esta experiencia." (*Civiltà delle Macchine*, marzo-abril de 1965.)

(18) J. HUIZINGA, *op. cit.* "La razón, en su forma antigua, ligada como está a la lógica aristotélica, no consigue ya marchar al mismo paso que la ciencia."

(19) Una curiosa consecuencia de tales premisas nos hace entrever la posibilidad de que la precognición dependa del poder pensar, en determinados instantes, con nuestro "cerebro futuro", según una hipótesis elegantemente discutida por el profesor holandés de Física J. M. J. KOOY, en un artículo aparecido en el n.º 4 (diciembre de 1957) de *The Journal of Parapsychology*. El fenómeno estaría favorecido por la continuidad material de nosotros mismos en la dimensión del tiempo, y por el hecho de que en nuestro cerebro futuro deben ser registradas todas las situaciones en que habremos de encontrarnos. La hipótesis es sugestiva, pero no parece que pueda cubrir toda la problemática precognitiva.

(20) GIORGIO ZORAB (L'Aja), *La Precognizione: fatti e problematica*, en "Supplemento Parapsicologia" a *Minerva Medica*, vol. 50, n.º 38.

(21) Escribe, por ejemplo, Max Planck: "Observado desde el exterior, el querer está determinado casualmente. Visto desde el interior, es libre." Puede parecer una sutileza, pero no es más que la trasposición al ámbito psicológico de algunas aparentes antinomias a las que la Física nos ha acostumbrado ya en relación con algunos fenómenos que le pertenecen. Sería extraño que mientras la Física va tomando conciencia de la imposibilidad de aplicar los esquemas de Bacon y de Descartes a sus fenómenos microcósmicos, se pretendiera aplicar rígidamente los mismos esquemas a los fenómenos psicológicos y parapsicológicos que dependen de variantes mucho más imponderables y numerosas, y que no raras veces parecen reflejar aspectos trascendentes de la realidad.

CAPÍTULO V
EL DIÁLOGO SECRETO CON EL YO PROFUNDO

El inconsciente puede reservar mensajes esenciales para los oídos que sepan ponerse a la escucha.

JUNG.

Los curiosos enredos de la suerte

Hemos visto cuán problemático e incierto resulta el coloquio con las profundidades de nuestro ser. Algunos interceptan de vez en cuando algún mensaje del yo secreto —que se presenta, lo más a menudo de noche, o en los estados de recogimiento interior—. Otros, por el contrario, parecen estar excluidos de todas sus comunicaciones. Y otros, por fin, como veremos, reciben los mensajes, pero no saben interpretarlos o, simplemente, no les prestan atención. Uno de los primeros estudiosos modernos de las modalidades de este difícil diálogo ha sido Maeterlinck, el cual, en un ensayo sobre *La suerte*[1], atribuye al inconsciente el papel de consejero y guía, dispuesto a intervenir oportunamente y de diversas maneras para mantener alejado al sujeto consciente de desgracias y peligros. Y he aquí las consideraciones de las que arranca.

«Es un hecho notable y constante que en las grandes catástrofes se cuenten, por lo general, muchas menos víctimas de lo que habría podido temerse según consideraciones razonables basadas en la probabilidad. (...) En el último momento, una circunstancia fortuita y excepcional ha alejado casi siempre a la mitad, y a veces a los dos tercios, de las personas amenazadas por el peligro aún invisible. Un barco que se hunde lleva, por regla general, menos pasajeros de los que hubiera transportado si no hubiera tenido que naufragar. El derrumbamiento de un puente, las más de las veces, acontece en el momento en que estaba casi vacío de transeúntes. Dos trenes que chocan, un expreso que cae a un precipicio, y así sucesivamente, transportan menos viajeros con relación a los días en que no sobrevienen desastres.»

En tiempo de Maeterlinck, las estadísticas no tenían el peso de hoy. Sólo en época muy reciente, el inglés W. E. Cox se ha dedicado a estudiar los datos estadísticos sobre el tráfico de viajeros por ferrocarril, y, entonces, ha encontrado que su

número tiende a disminuir al aproximarse desastres, como si muchos «candidatos al viaje» fueran disuadidos por advertencias que afloran del inconsciente[2]. Esta última no es más que una hipótesis de trabajo, y, como tal, espera ser ratificada. Pero es preferible siempre a la peregrina explicación que pretende atribuir a la acción del «azar» ciertos acontecimientos en apariencia inexplicables y, por tanto, también los que aquí son considerados.

El escritor belga, por su parte, no creía que nos pudiéramos salvar por efecto de lo que llama la «clemencia del azar». Y, en efecto, observa: «Es muy natural suponer que en el hombre exista *un no sé qué* capaz de olfatear la desgracia; que un instinto oscuro, pero en algunos eficacísimo, intervenga para alejarlo del peligro. (...) Se trata de una clase de pánico sordo y oculto en el inconsciente que, exteriormente, no se traduce más que por una veleidad, un capricho, un incidente a menudo pueriles e inconscientes, pero irresistibles y providenciales.» Se trata, pues, de una manifestación precognitiva que, por una u otra razón, no llega a inscribirse claramente en el plano consciente. En consecuencia, se detiene, por así decirlo, a medio camino.

Sin embargo, aun permaneciendo en el ámbito de las tentativas irrealizadas, algunas veces la iniciativa del yo profundo también alcanza su propósito. El 7 de octubre de 1965, la reina Isabel se hallaba en el muelle de Charlottetown, dispuesta a embarcarse en el yate real *Britannia*. Una muchedumbre de algunos millares de personas había acudido a aclamarla. En el momento de subir a la pasarela de embarque, la reina dio un paso atrás y declaró categóricamente: «Yo no me subo ahí.» Grande fue el estupor de los presentes, que conocían bien la decisión y el coraje de su soberana. Pero ni siquiera tuvieron tiempo de reflexionar, porque, de repente, la pasarela resbaló y cayó, entre la confusión de los marineros que se habían precipitado para controlar la estabilidad.

A propósito de este caso, muchos prefirieron, tal vez, creer que la reina de Inglaterra posee un ojo más ejercitado y vigilante que el de sus amigos oficiales de Marina. Pero quien esté dispuesto a dar crédito a los desconocidos recursos de la Naturaleza, no tendrá, por el contrario, ninguna dificultad en suponer que la gracia soberana posee, entre muchos otros, el don del «presentimiento justo en el momento justo». Los presentimientos son pequeñas cosas, y pertenecen a una materia muy discutible, pero si no pueden tener ningún lugar en el simple y ordenado universo de los racionalistas, en cambio lo tienen preferente en la vida práctica donde hasta el elemento más insignificante contribuye a formar un vasto y significativo propósito.

El presentimiento es como un susurro, como un bisbiseo de la que Maeterlinck

llama «la vida que lo sabe todo sin tener conciencia de ello», dirigido a la otra, «que todo lo ignora aun teniendo inteligencia»[3]. Escribe Giovanni Papini: «Todo aquel que tenga un poco de práctica en la introspección espiritual siente en sí ‘voces’ que no son su voz, siente murmurar instigaciones e incitaciones que, un momento antes, le resultaban desconocidas, imprevisibles e increíbles[4].» Lo que el ilustre escritor apenas ha notado es que las «instigaciones» a menudo son saludables. Un caso muy semejante al de Luigi D., de Asola (Mantua), que hemos referido en el capítulo I, fue registrado con muchos detalles por Camille Flammarion. Se trata de un individuo que, una noche, experimentó el imprevisto e inexplicable impulso de trasladar su lecho de una habitación a otra, después de lo cual, el techo de la estancia apenas abandonada por aquél, se hundió de la manera más inesperada. Acerca de este particularísimo género de sensaciones, impulsos o caprichos que parecen irracionales, mientras que, en realidad, son la expresión de advertencias premonitorias que no logran traducirse al claro lenguaje de la conciencia, ha sido acumulado mucho material informativo y documental por Louisa Rhine.

Las premoniciones que salvan

El profesor W. B. Barrett tuvo que estudiar, por encargo de la «Sociedad Inglesa para las Investigaciones Psíquicas», un caso ocurrido a un tal capitán MacGovan. Éste se hallaba a punto de llevar a sus hijos a un teatro de Brooklyn, y ya se había procurado las entradas, cuando «sintió» que no debía hacerlo. Luchó largamente consigo mismo, sin saber cómo justificar el incumplimiento de una promesa concreta, pero, al cabo, cedió a la fuerza del impulso irracional. Aquella misma noche, el teatro fue destruido por un espantoso incendio en el que perecieron trescientas personas.

Giovanni Dupré narra esta aventura que le sucedió[5]. El escultor había partido con su esposa para un viaje en calesa a través de abruptos caminos de montaña. En un momento dado, oyeron ambos una voz que gritó: «¡Deténganse!» Obedecieron y miraron alrededor, pero no vieron a nadie. Prosiguieron, pero he aquí que la voz se deja oír de nuevo y, esta vez, de manera más imperiosa, tanto, que el hombre se decide a bajar del carruaje. Entonces, advirtió que una rueda estaba a punto de salirse del eje: la izquierda, la de la parte del precipicio.

En el *Journal of the American S. P. R.* encontramos el informe de este otro episodio acaecido en 1928. Cierto señor Waldemar Brunke, residente en Corona (California) se halla en viaje de placer con su familia. El programa prevé dirigirse a Newhall —una pequeña ciudad de los alrededores de Mojave— y parar algunos

días en casa de unos amigos. El viaje se efectúa en coche, y todo transcurre tranquilamente. De improviso, el cabeza de familia invierte el sentido de marcha del vehículo y regresa a casa, entre las inútiles protestas de los familiares. Cuando le preguntan el motivo, ni siquiera trata de justificarse. ¿Cómo podría hacerlo, por lo demás, desde el momento en que su cambio de pensamiento no ha sido dictado por razones «serias»? Tan sólo ha creído oír una voz que le apremiaba imperiosamente para que volviera atrás, y ha querido obedecerla, pero ésta no es una de esas razones que pueden persuadir a quien se ve defraudado ante unas hermosas vacaciones.

Al día siguiente, sin embargo, todos perdonan el presunto capricho, tras haber leído los periódicos. Éstos, en efecto, han publicado con gran tipografía las desastrosas noticias procedentes de Newhall, donde la imprevista rotura de un dique ha provocado daños gravísimos. Un alud de agua ha arrollado y sumergido las casas, causando centenares de víctimas, entre ellas, todos los componentes de la familia a cuya casa se dirigían los señores Brunke. Éstas son las que Richet llamaba «premoniciones tutelares»[6], cuya historia es tan antigua como la del *daimon* socrático a que hemos hecho referencia en el capítulo I. Pero estaría en un error quien creyera que las premoniciones tutelares —por inconscientes o claras que sean — agotan el vasto repertorio de casos de la precognición, que tiene capítulos muy tenebrosos. Por el momento, sea como fuere, continuemos ocupándonos de los agradables.

He aquí una interesante confidencia de Lucia Alberti, una culta y gentil señora a quien los hábitos introspectivos le han permitido profundizar en el conocimiento y en el estudio de algunas de sus sensibilidades particulares. «Ya desde niña presentía las cosas de manera extraña. Un dolor de cabeza repentino y angustioso me invadía la víspera de acontecimientos funestos, incluso colectivos, como, por ejemplo, un bombardeo. Durante los dos últimos años de guerra, Viena fue muy bombardeada. La víspera de cada incursión, yo experimentaba regularmente este extraño y espantoso dolor. Y era tanto más fuerte cuanto más próximos al centro, y por tanto a nuestra casa, iban a ser los bombardeos. Esta periódica molestia mía, que, en la práctica, funcionaba como un infalible sistema de alarma preventiva, había impresionado mucho a mis amigas, que, en efecto, adquirieron la costumbre de telefonearme para informarse de los eventuales ‘bombardeos a la vista’.»

Es previsible la acogida que podrían dar a los «dolores de cabeza premonitorios» todos cuantos están inclinados a restringir a límites arbitrarios el fenómeno de la precognición, pero a nosotros no nos parece prudente que se establezcan diques a la extrema versatilidad de la naturaleza, y, menos que nunca, después que la medicina psicosomática ha puesto en evidencia las resonancias

viscerales de muchos hechos relativos al dinamismo del inconsciente, abriendo horizontes antes imprevisibles.

Henry Haberly Price, profesor de Lógica de la Universidad de Cambridge y parapsicólogo muy conocido, está tan convencido de que el inconsciente nos manda continuamente mensajes precognitivos «en clave», que no duda en sugerir, como en broma, en la revista *Light*, que se utilice el fenómeno con vistas prácticas, poniéndolo al servicio de la pasión, muy anglosajona, por las apuestas. Supongamos —escribe entre bromas y veras— que se proponen vencer en las carreras. El problema consiste en interceptar el mensaje del inconsciente, el cual, probablemente, ya está tratando de eludir los obstáculos colocados por la censura para comunicaros el nombre de los caballos destinados a situarse. Si quieren facilitarle la tarea, hagan el vacío en su mente y aguarden a que aflore una imagen o una palabra. Nueve veces de cada diez no será la que da la clave del futuro, sino otra asociada a una de aquéllas según las leyes psicológicas de semejanza o de continuidad, lo que representa un enmascaramiento, una «línea de menor resistencia» para superar el obstáculo.

Supongamos que les acuda a la mente la palabra «arco iris». Les bastará con buscar lo que su mente asocia espontáneamente a aquella palabra (por ejemplo: nube, lluvia, sol, cielo), y, luego, mirarán si la lista de los caballos contiene por casualidad un *Nube* o un *Sol*. Podría tratarse del caballo bueno… Se trata, indudablemente, de una broma, pero no deja de ser instructiva por cuanto aclara las extrañas relaciones que existen entre la conciencia diurna y aquella otra, y del éxito de las cuales dependen muchas más cosas de las que se cree.

Las emociones irradiadas en el tiempo

Ya hemos señalado el hecho de que los mensajes de contenido triste y dramático llevan una carga mayor, acaso en razón de la misma intensidad de su contenido emotivo. He aquí por qué son más frecuentes y están mejor documentadas las precogniciones de desastres, como si las oleadas emotivas suscitadas por ellos pudieran irradiar en el tiempo, al igual que las ondas sonoras en el espacio. Y, naturalmente, como hay personas con oído más ejercitado, lo mismo existen mentes más dispuestas a captar estos ecos anticipados de desgracias, según ha sucedido, por ejemplo, en el caso del Vajont (v. cap. I) y en el asesinato del presidente Kennedy[7].

Ernesto Bozzano[8] refiere numerosos y bien documentados casos de precogniciones relativas a los terremotos que destruyeron algunas ciudades: Alepo, en 1822, San Francisco, en 1906, Messina, en 1908. Tokio y Yokohama, en 1923.

Desastres ferroviarios y de otra clase —antes de que sucedieran— fueron «vividos» en sueño, y con mucho sufrimiento, por Dunne y otro estudioso de fenómenos paranormales, el doctor Walter Franklin Prince[9]. ¿Tenemos que creer en los testimonios «de alto nivel» y desdeñar los otros? No parece razonable.

Incluso las grandes desgracias automovilísticas proyectan su propia sombra siniestra en la vida nocturna de algunos seres sensibles. La mañana del 11 de junio de 1955, una colaboradora del doctor Marabini le contó este sueño: «No me hallaba aquí, en Bolonia. Había una carretera ancha y asfaltada como la Vía Emilia. Vi pasar un camión grande y, poco después, un coche blanco plateado que corría veloz como un bólido. En un momento dado, advertí que en el lado derecho de la carretera, echados oblicuamente sobre la acera, a lo largo de unos diez metros, había siete muertos. Más adelante, siempre en la carretera, vi otros muertos, sangre y huesos. Hubiera querido gritar: 'Pero ¿qué es esto? ¿No ven qué desastre está cometiendo aquel coche?' Pero no conseguía hablar. Mientras tanto, el auto había desaparecido de mi vista, como si en la carretera hubiera una curva. Me he despertado sumamente disgustada y agitada.» Aquella misma noche, la mujer, al regresar a su casa, supo la catástrofe de Le Mans. Y he aquí su comentario concluyente: «Debo decir que no sabía nada de la carrera de Le Mans, y que en mi vida había soñado con accidentes automovilísticos.» El doctor Enrico Narobini, a quien se debe la narración de éste y otros episodios precognitivos que se refieren a la misma sensitiva, le dedicó un estudio monográfico que apareció en el suplemento *Parapsicologia* de «Minerva Medica».

Y júzguese ahora hasta qué punto las características salientes de tales hechos premonitorios se repiten más o menos regularmente en situaciones distintas. Tres días antes de que en el circuito de Monza se produjera un desastre análogo al de Le Mans, una tal señora M. B., de Florencia, vio, en sueño, algunos detalles y se identificó con las víctimas. Permaneció obsesionada por aquella pesadilla, de la que hablaba de vez en cuando con sus familiares. Tres días más tarde, en un semanario, vio reproducida la misma escena que había soñado: un auto de carreras volcado en el prado adyacente a la pista, con el número cuatro que resaltaba sobre el rojo de la carrocería.

Uno de los desastres sobre los que estamos mejor documentados en cuanto a los «ecos anticipados» que provocó es el hundimiento del *Titanic*, el famoso trasatlántico que se fue a pique el 14 de abril de 1912, en el curso del viaje inaugural, a causa de una colisión con un iceberg. El 10 de abril, una tal señora Marshall, que vivía a orillas del estrecho de Solent, subió con su marido y otros allegados al techo de su casa para presenciar el paso del que era considerado el trasatlántico mayor y más moderno, además de «innaufragable». En un momento

dado, como si fuera víctima de una crisis nerviosa, la mujer se puso a gritar; decía que la nave se hundiría antes de llegar a destino y que «veía» centenares de personas lanzarse al agua helada. Trataron de calmarla, pero la mujer seguía gritando: «¡No estéis aquí mirándome, haced algo! ¿Estáis tan ciegos que vais a permitir que se hunda?» Debía de ser una vidente bien dotada, pese a no haberse dado cuenta nunca (como les sucede a algunos).

Aquel mismo día, un vidente a quien ya conocemos, el señor Vincent N. Turvey (v. cap. II) previó «la pérdida de un gran barco de línea». Tres días más tarde (13 de abril), escribiendo a una tal señora De Steiger, Turvey renovó la misma predicción, asegurando que el naufragio acontecería al cabo de dos días. Los documentos relativos a estos hechos, y a otros de los que hablaremos, referentes al *Titanic* han sido investigados y estudiados por el doctor Jan Stevenson, un psiquiatra de la Universidad del Estado de Virginia[10]. Podemos pasar sobre otras premoniciones de menor importancia que afectan al mismo acontecimiento, de algunas de las cuales se ocupa Walter Lord[11]. Sigamos más bien el destino individual de algunos pasajeros y de otros que hubieran debido embarcarse, pero no lo hicieron.

Una selección misteriosa

El industrial J. Connor Middleton había reservado un pasaje en el trasatlántico desde el 23 de marzo, pero la noche del 30 —o sea diez días antes de la partida—, soñó que el *Titanic* estaba con la quilla al aire, rodeado de una muchedumbre de náufragos que nadaban a su alrededor. Aquel sueño extraño y turbador se repitió las noches sucesivas. Sin embargo, Middleton no hubiera hecho caso de no haberle llegado un cablegrama en el que se le rogaba que retrasara el viaje. Entonces, fue cuando decidió cancelar la reserva, satisfecho de poner fin, al mismo tiempo, a sus temores. Es evidente que el hombre estaba favorecido por la suerte, pese a la sordera de su mente consciente respecto a las advertencias del inconsciente.

No puede decirse lo mismo del periodista William T. Stead, uno de los pasajeros. Había sido «advertido» no menos de cuatro veces, y en forma distinta, de la suerte que le esperaba. Un vidente llamado Harmon le había precisado que sólo debía temer los peligros que se derivaran del agua; un poco vago, pero bastante elocuente. En una carta que le envió el 21 de junio de 1911, el mismo Harmon le había advertido «de que se guardara de viajar en abril de 1912». El año anterior, otro vidente, un tal W. de Kerlor, lo había «visto» embarcarse para América en una nave enorme que, a popa, en lugar del nombre, ostentaba una corona fúnebre. En una segunda ocasión, De Kerlor le había contado que había soñado con «un desastre marítimo con más de mil personas que luchaban por salvarse».

En todos los casos se trataba de «aperturas» hacia el futuro, pero no impidieron que el destino de Stead se cumpliera. El problema que se plantea, en este punto, es el siguiente: ¿por qué algunas personas son «advertidas» por el subconsciente y otras no? ¿Y por qué, entre los «advertidos», hay quienes no aceptan la sugerencia y se salvan, sin embargo, a pesar suyo? Conviene volver un poco de nuevo a Maeterlinck, a las consideraciones que hace sobre los enredos de la suerte. Dada la época en que escribía, no conocía la tupida maraña de premoniciones y predicciones que precedieron al hundimiento del *Titanic*, y que han salido a la luz sólo recientemente; incluso se diría que algunas de las consideraciones del escritor se refieren justo a aquel caso.

En efecto, escribe: «Supongamos, para mejor precisar, que se trata de un naufragio. La nave que debe perecer aún no ha salido del puerto. El escollo o el obstáculo que sea que le abrirá una vía de agua duerme pacíficamente bajo las olas. (...) Si la catástrofe aún no se hubiera producido en el porvenir, cincuenta pasajeros procedentes de cinco o seis países distintos se hubieran embarcado, pero la nave ya está señalada por el destino y debe perecer. En consecuencia, desde muchos meses o acaso desde muchos años antes, una misteriosa selección se ha operado entre los viajeros que deberían partir aquel mismo día. De los cincuenta viajeros anotados, en el momento de zarpar puede suceder que sólo suban a bordo veinte...» La idea del escritor y ensayista belga es que, en sustancia, todo dependa de la libertad que tiene el yo inconsciente para influenciar la psique consciente, cualidad ésta que varía muchísimo de un sujeto a otro. Son muchos aquellos en quienes la personalidad diurna está celosamente a resguardo de cualquier injerencia de la otra. Pero esto no basta para agotar la problemática de la «selección misteriosa» y, en efecto, el mismo Maeterlinck reconoce la existencia de otro aspecto más turbador de la cuestión. Así como existen individuos predestinados a salvarse en cualquier ocasión, por la orientación positiva del inconsciente, los hay también que siguen inevitablemente y en todo caso el camino que los conduce al desastre[12], lo cual está en la línea de ciertos descubrimientos modernos relativos a la dinámica del yo profundo, esa especie de titiritero enigmático que, sin descubrirse nunca, maneja los hilos del destino individual, y al que se encarga, por fin, en ciertos casos, de urdir auténticas tramas contra la integridad personal[13].

Y aquí hay que precisar que se conocen —además de las advertencias benéficas y tutelares— muchos casos de precogniciones infaustas ligadas a determinado acontecimiento fortuito que el sujeto «advertido» hubiera podido muy bien evitar si el episodio precognitivo (como sueño) se lo hubiese revelado. Pero, en el sueño o en la predicción, estaban todas las cuestiones de detalle, menos la verdaderamente importante[14]. Por fin, se conocen casos en los que la precognición representa, sin

más, un elemento esencial y determinante a los fines de la concatenación de los acontecimientos infaustos, hasta su funesta conclusión. Se cuenta, por ejemplo, de Creso, a quien un sueño había anunciado que su hijo moriría asesinado. A fin de sustraerlo a aquella suerte, el soberano lo confió a la asidua vigilancia de una persona, precisamente la que, luego, perpetraría el crimen. De no haberse manifestado la predicción, ¿hubiera sobrevenido el acto abominable? También los casos recientes presentan ejemplos análogos, uno de los cuales ha sido narrado por la señora Crowe[15].

El oscuro conocimiento del propio destino

Tal vez el «titiritero», o sea el yo secreto, se comporte con la misma cínica indiferencia o con la burlesca crueldad que los antiguos habían atribuido a algunos dioses de su Olimpo pagano. He aquí una declaración que nos fue enviada hace tiempo por la protagonista de un suceso muy doloroso: la señora Elsa C., de Grosseto, escribe: «Hace tres años, perdí a mi único hijo, muy joven. Dos años antes de morir, el muchacho me contó haber oído cierta noche, mientras estaba en el terrado de casa, una voz que le decía: 'Éste es el último verano que pasarás en Grosseto.' Debo señalar que, precisamente por aquellos días, mi hijo se había diplomado con la mejor nota en contabilidad, así que nos pareció natural interpretar el acontecimiento en el sentido de que sería aceptada una petición suya para ingresar en un Banco, con su consiguiente traslado a otra localidad.

»Algún tiempo después, también mi marido, en circunstancias análogas (por la noche, y en el mismo terrado), oyó la misma voz misteriosa. Aquella noche se sentía bastante agitado porque nuestro hijo tardaba demasiado en regresar. De pronto, oyó estas palabras: 'Ve, búscalo y está junto a él lo más que puedas, ¡porque no te será concedido disfrutarlo por largo tiempo!' Mi marido supuso que se trataba de una premonición que le anunciaba su propia muerte a breve plazo, mas no era así. Dos años después, fue nuestro hijo quien murió de improviso, de un mal que nadie supo diagnosticar.»

Aún más desconcertantes son los casos en los que el sujeto manifiesta espontáneamente, en forma, lo más a menudo simbólica, una especie de oscuro conocimiento sobre las particularidades futuras de su propio fin. Según Jung, el conocimiento de la muerte es propio del inconsciente, para el cual semejante acontecimiento no representa, en realidad, un drama. Pero la mente consciente, en nombre de un instinto vital muy comprensible, rehúsa darse por enterada, ayudada en ello por el mecanismo de la «censura». Y de aquí, probablemente, su habitual incapacidad para descifrar y comprender las «advertencias» que, sin embargo, se

manifiestan, a veces, de varias y significativas maneras.

Se dice que Julio César, en la noche que precedió a los fatales idus de marzo, había conversado largamente con sus comensales acerca de un asunto destinado a adquirir muy pronto actualidad para él: qué muerte era preferible. El dictador sostuvo su preferencia por un fin rápido y violento, y, como todos saben, fue contentado al cabo de pocas horas. De nada valieron las súplicas de Calpurnia, puesta sobre aviso por un claro sueño premonitorio, y tampoco el vaticinio del clarividente, que lo previno de la inminencia del atentado. Murió a causa de las puñaladas de los conjurados.

Según algunas crónicas periodísticas, el presidente Kennedy, en aquella clara mañana del 22 de noviembre en la que encontró su destino, había hecho jocosas consideraciones acerca de la extrema facilidad con que un tirador seleccionado, apostado en un lugar a propósito, hubiera podido abatirlo durante el trayecto en coche descubierto[16]. No sabemos el valor que puedan tener ciertas noticias incontrolables, pero hay otras más seguras. El periodista William Stead, que se mostró sordo, como sabemos, a todas las «advertencias» sobre su propio fin, había manifestado muchas veces una inclinación muy particular por cierto tema narrativo relativo a la mísera suerte de los pasajeros de grandes navíos de línea que naufragan en pleno océano.

Se había ocupado del tema, en conferencias y narraciones, en 1880, 1882, 1890 y 1909. El 10 de abril de 1912, se embarcó en el *Titanic*. En la noche del 13 al 14 de aquel mes, cuando se produjo la fatal colisión del trasatlántico con la montaña de hielo flotante, Stead fue uno de los que no se salvaron. Aplicando la medida de los acostumbrados juicios que tienden, sistemáticamente, a excluir lo paranormal, este suceso podría ser considerado como una coincidencia fortuita, pero cuando las presentes coincidencias empiezan a resultar numerosas, más que improbables, puede sospecharse, asimismo, la existencia de cierto designio de la Naturaleza.

Los casos relativos a la «precognición indistinta», como podríamos intentar llamarla, es rica en estas extrañas prefiguraciones de un tema trágico que, luego, será desarrollado por el mismo sujeto, bajo la dirección del acostumbrado titiritero secreto que ya hemos conseguido conocer. En el período que precedió a su muerte prematura, Giovanni Segantini estaba pintando del natural un paisaje de la Engadina. En el cuadro se advertía un refugio en el monte Schalberg, con algunas personas reunidas en torno a un féretro, entre ellas, una mujer llorando. Título: *La muerte*.

Por desgracia, la obra quedó inacabada porque Segantini, como consecuencia de una enfermedad grave e imprevista, murió en el mismo refugio de montaña por él

representado en el cuadro. Trece días antes de su fin, había confiado a su esposa, la señora Bice, que había sido asaltado, de pronto, por la intuición de que el cuadro que estaba pintando era el de su velatorio. Así, pues, el ataúd representado era «su ataúd», y aquella mujer que lloraba era su esposa. Sobre estos hechos existe un relato detallado de la señora Bice Segantini.

Todo esto nos recuerda la opinión de uno de los más agudos investigadores del fenómeno precognitivo —el doctor Eugène Osty—, el cual estaba convencido de que cada uno de nosotros guarda, en el fondo de su propio inconsciente, una especie de «registro» del propio futuro. Asimismo, los sueños premonitorios de muerte entran en este orden de ideas. Y los hay que se han hecho célebres, como el de Abraham Lincoln y el del naturalista Walter Reed. Al pintor Millais le sucedía que veía habitualmente números (13 y 1896) dibujarse en las telas en las que estaba trabajando (una confidencia hecha por Robert Browning a Violet Tweedale); y murió, en efecto, el 13 de julio de 1896. «Es probable —escribe Pierre Devaux— que la videncia desempeñe un papel casi continuo en nuestra vida cotidiana. Rechazada, sobre todo en el hombre corriente, por la racionalidad de la vida consciente, se atenúa entonces en presentimientos.»

Los narradores del futuro

Que la precognición puede manifestarse de forma indistinta, no puede sorprender a quien sepa que la esfera de lo indistinto es la misma del inconsciente, de ese mundo onírico, pero rico en conocimientos extraños, donde el pensamiento es aún prelógico, esencialmente «imagen» y «sonido»[17]. A este mundo tienen acceso, habitualmente, los narradores, que no sospechan que están contando, algunas veces, el futuro. No pretendemos referirnos a previsiones genéricas del porvenir basadas en previsibles desarrollos del presente, sino que hablamos de poetas y escritores que describen, sin saberlo, acontecimientos de su propia vida futura. Según Cornelia Brunner, los personajes de Rider Haggard sólo eran simples contrafiguras de personas desconocidas para él, pero existentes en realidad con los mismos nombres «inventados» por él, y a las que habían sucedido o sucederían las mismas aventuras narradas en las novelas[18]. Una vez, en una novela, el escritor describió con fuertes tintas la muerte de un muchacho. Algún tiempo después, murió en circunstancias análogas su único hijo, al que el libro había sido dedicado.

También a Balzac le sucedía encontrarse a personas desconocidas cuyas características correspondían de manera impresionante a las de personajes apenas «creados» por él. Robert Gilbert-Lecomte, que murió del tétanos, desde hacía años afirmaba que moriría precisamente de esa enfermedad, y hasta compuso un poema

titulado *Tétanos místico*[19]. No menos extraño es el caso de Rimbaud (señalado, como el otro, por Jacques Buge). Dieciocho años antes de su regreso de Etiopía, el poeta componía los siguientes versos de *Une saison en enfer:* «Las mujeres cuidan a estos feroces enfermos regresados de los países cálidos (…). En mi cama de hospital, he sentido muy fuerte el olor de incienso; custodio de los aromas sagrados, confesor, mártir…» Sabido es que, a su regreso de África, Rimbaud fue internado en el hospital, donde sufrió la amputación de la pierna derecha, y que murió en brazos de la monja, tras haberse confesado[20].

Se trata de panoramas inquietantes para quien tiene la necesidad absoluta de explicar la Naturaleza en general y la humana en particular, en términos simples y tranquilizadores[21], pero es un hecho que la Naturaleza no se siente impelida a conformarse según nuestros esquemas, y ésta es una consideración sobre la que los hechos nos obligarán a volver de vez en cuando.

Entre las precogniciones inconscientes de los narradores, la más impresionante acaso sea la que se refiere a Morgan Robertson, un oscuro escritor americano. En 1898, o sea, catorce años antes del hundimiento del *Titanic*, en su larga narración *Futility*, contó sin saberlo todos los detalles, con levísimas divergencias sin importancia. La narración trata de un supertransatlántico llamado *Titan* (he aquí las dos primeras coincidencias), de tres hélices (tercera coincidencia), considerado como «innaufragable» (cuarta). Tenía ochocientos pies de largo (882, en realidad) y transportaba a 3.000 pasajeros (en realidad, embarcaron 2.207). El *Titan* se hunde a causa de una colisión con un iceberg en su viaje inaugural (se trata de las dos coincidencias más impresionantes), y ello sucede en el mes de abril (novena coincidencia), mientras la nave avanza a veinticinco millas por hora (en realidad, a veintitrés).

La catástrofe —precisa el autor— causa millares de víctimas. Para nada sirvieron los compartimientos estancos de que había sido dotado el *Titan* (y que también poseía el *Titanic*). Para terminar, en la narración de Morgan Robertson, el elevadísimo número de pérdidas humanas dependía del hecho de que el *Titan* sólo disponía de veinticuatro botes de salvamento, y exactamente la misma consideración vale para el *Titanic*, que aún tenía menos: veinte. Quien pretendiera explicar un hecho semejante sobre la base de presuntas «coincidencias fortuitas» se encontraría, creemos, más bien en un apuro. Una consideración de este tipo sirve también para las extraordinarias predicciones hechas por aquel eminente cronista del futuro que fue Julio Verne, en cuyas ciento cuatro novelas —de las cuales sólo poquísimas son conocidas para el gran público— podemos encontrar descritas con precisión y minucia no sólo las realizaciones técnicas de nuestra época, sino muchos acontecimientos de naturaleza política y social absolutamente imprevisibles

en sus tiempos[22].

NOTAS — Capítulo V

(1) V. nota 1 al cap. IV.

(2) W. E. COX, *Análisis de la precognición*, en *The Journal of American S. P. R.* (en inglés), n.º 3, julio de 1956.

(3) V. nota 1 al cap. IV.

(4) GIOVANNI PAPINI, *El diablo*, Barcelona, AHR, 1963.

(5) GIOVANNI DUPRÉ, *Ricordi autobiografici*.

(6) CHARLES RICHET, *L'avenir et la prémonition*, París, 1931.

(7) Entre las predicciones de diversa naturaleza (incluso astrológicas) de que han dado noticia los periódicos a propósito de ese suceso, una de las más interesantes, por los significados simbólicos que lleva implícitos, fue el sueño que tuvo la noche del 22 de noviembre de 1963 la esposa del doctor A. P., de Florencia. Vio al presidente avanzar a plena luz y con el rostro sonriente, a lo largo de una pared. De pronto, advirtió que algunas ramas de hiedra que pendían de esa pared trataban de taparle la cara y, entonces, se despertó con un sentimiento de pena. No hace falta subrayar el significado simbólico de la yedra, una planta que se enrosca por troncos más corpulentos y les succiona la linfa vital. Sobre este sueño, tenemos una documentación exhaustiva gentilmente suministrada por el profesor William Mackenzie.

(8) V. nota al cap. IV.

(9) A DUNNE le obsesionó, en sueños, la visión anticipada de la explosión del monte Pelée, un volcán que produjo 40.000 víctimas. En otra ocasión, asistió, en sueños, al desastre ferroviario que luego debía producirse, el 14 de abril de 1913, al norte del puente sobre el Firth of Forth. Vio sus detalles inconfundibles, y supo incluso cuándo sucedería. También el doctor PRINCE vivió, en sueños, una escena de pesadilla en el curso de la cual un tren de pasajeros embestía a otro en la boca de un túnel, cosa que sucedió pocas horas después, a un centenar de kilómetros de distancia y con una impresionante coincidencia de detalles.

(10) V. su artículo en *Journal of A.S.P.R.*, n.º 4, octubre de 1956.

(11) WALTER LORD, *La última noche del Titanic*, Barcelona, Éxito, 1958.

(12) "Antes que encontrarse implicados en una desgracia —escribe MAETERLINCK a propósito de los primeros —, caerán enfermos, se equivocarán de camino, cambiarán sus proyectos, irán al encuentro de una aventura insignificante, tendrán una reyerta, un amor, un momento de pereza o de olvido que los apartará a pesar suyo." Y a propósito de los otros. "Toman infaliblemente el tren que deberá descarrilar, pasan justo en el momento bajo la torre que se hunde, entran en la casa donde ya se inicia el incendio..., dan ese paso y hacen ese gesto que no son necesarios, aman precisamente a la única mujer a la que habrían debido evitar."

(13) Se trata de lo que los psicólogos modernos llaman vocación de fracaso o de infortunio, y que presupone la existencia de latentes conflictos inconscientes, de complejos de culpabilidad y de tendencias autopunitivas.

(14) Caso típico son las diversas premoniciones relativas a la muerte del doctor GUSTAVE GELEY (de quien ya nos hemos ocupado en otras ocasiones), que pereció trágicamente en Varsovia el 14 de julio de 1924, a raíz de la caída de un avión del que era el único pasajero. En cada predicción faltaba, sin embargo, la referencia precisa del hombre que debía perecer. Una de las más detalladas, hecha por el vidente PASCAL FORTHUNY, la refiere el propio GELE, quien no podía ni remotamente imaginar que le afectaba a él mismo, como tampoco podía suponerlo el autor de la predicción.

(15) Habla en su libro *Night side of nature*. Se trata de un joven dependiente, un tal CLAUDIO SOLLER, que había soñado que moriría asesinado en la carretera de Hamburgo a Bergsdorff. Su jefe, para demostrarle que no se debe creer en sueños de esta clase, le envió a propósito a Bergsdorff, a pie. Para prevenirse contra los encuentros desagradables, el joven se hizo acompañar un trecho por un obrero desconocido. De camino, aquél lo asesinó con objeto de apoderarse de la pequeña suma de dinero que el otro llevaba consigo.

(16) ICILIO PETRONE en *Il Corriere della Sera*.

(17) ANIA TEILLARD, *Le symbolisme du rêve*, París, 1948.

(18) V. art. de CORNELIA BRUNNER en *Neue Wissenschaft*, enero de 1954.

(19) V. Planète, 6, pág. 101.

(20) V. nota anterior.

(21) CHARLES NÖEL MARTIN, *Les vingt sens de l'homme devant l'inconnu*, París, Gallimard, 1960: "Se repite sin cesar que el Universo es muy simple, que la Naturaleza debe ser descrita con poquísimos símbolos y relaciones. Yo no lo creo. Somos nosotros quienes simplificamos, sobre todo, debido a nuestra incapacidad para concebir más de una idea a la vez."

(22) V. art. de JEAN SUYEUX en *Science et Vie*, febrero 1962, y *Il nostradamus della scienza*, de ENRICO GIANERI (Gec) en *Civiltà della Macchine*, 1964.

CAPÍTULO VI
LA CLARIVIDENCIA Y LOS CONTACTOS INTERMENTALES

Es desconcertante que un extraño penetre en nuestro corazón más profundamente que nosotros mismos.

MAURICE MAETERLINCK.

El espíritu... está inmerso en las profundidades de la vida, y establece un contacto directo con la realidad, gracias al cual parece poder aprender acerca de nuestra naturaleza y de nuestras relaciones con el universo más de cuanto sería posible con sólo la inteligencia.

EDMUND W. SINNOTT.

El hombre que lee en los libros cerrados

En marzo de 1961 encontré por primera vez al doctor Gustavo Adolfo Rol, un cultivado y cortés caballero de Turín que se interesa mayormente por la pintura y los objetos napoleónicos, de los que posee una interesante colección. Le había yo telefoneado desde Milán un miércoles por la tarde, y se había mostrado de acuerdo en que nos encontráramos en su casa dos días más tarde, o sea, el viernes siguiente, a las 21:30. Pero yo anticipé mi partida a causa de otros asuntos, y llegué a Turín a primeras horas de la tarde del jueves. Apenas me había instalado en un hotelito escogido al azar entre los muchos que se encuentran en las proximidades de Porta Susa, cuando recibí una llamada telefónica del doctor totalmente inesperada:

—He cambiado de idea. Venga esta noche a la misma hora que habíamos fijado para mañana.

—Pero, ¿cómo sabe usted que ya he llegado y que me encuentro en este hotel?

—Estaba dibujando al carbón. Mi mano ha escrito automáticamente su nombre de usted, añadiendo la indicación «Hotel P.», habitación 91.

Ésta fue la primera prueba que tuve de sus extraordinarias cualidades de clarividente, pero siguieron otras aún más sorprendentes. Cuando me presenté en su casa, a las 21:30 de aquel jueves, llevaba conmigo una de las acostumbradas carteras de cuero con varios documentos. Tras haberme hecho pasar a su estudio, me apostrofó con estas palabras: «Veo que su cartera contiene dos artículos sobre la

telepatía, listos ya, pero aún no publicados. Es un tema interesante.» Era verdad, pero ¿cómo se las arreglaba para saberlo? Sin darme siquiera tiempo para expresar mi estupor, prosiguió: «Sin embargo, le advierto que el episodio relativo a Napoleón, de quien habla usted en el segundo artículo, contiene una inexactitud. Puedo darle la prueba de que es así.» Y, en efecto, me la dio, tras haber revuelto largo rato entre los numerosos textos encerrados en determinado anaquel de su gran biblioteca, muchos de ellos relativos a la Historia del período napoleónico.

Por el momento, debo pasar sobre las pruebas aún más asombrosas que me ha dado el doctor Rol —en esa y en otras ocasiones—, a propósito de muchas de sus capacidades que desafían todas las explicaciones en términos conocidos. Nos ocuparemos de ellas a su debido tiempo. La predicción sobre los acontecimientos de Cuba, a la que nos hemos referido en el capítulo IV, me fue hecha por él, en el transcurso de uno de nuestros numerosos encuentros posteriores. Si la notoriedad de este hombre no es pareja a las increíbles facultades que posee, se debe al hecho de que se permite poquísimas excepciones a la regla —que se impuso hace tiempo — de no dar ningún pretexto a la curiosidad fútil y superficial, y de no dar pábulo a interpretaciones que él no comparte. Debo confesar que a mí mismo me hubiera resultado muy difícil decidirme a hablar de estas experiencias, de no haber podido apoyarme en algunos testimonios autorizadísimos[1].

A la mañana siguiente (viernes), me presenté en casa del doctor acompañado de un joven fotógrafo de cierta agencia, y pasé unas horas inolvidables. Fotografías hicimos pocas, pero experimentos, muchos. Sin desprenderse nunca de su prestancia señorial, el doctor Rol se divirtió un poco desconcertando al jovencito —a quien veía por primera vez—, demostrando que estaba al corriente de numerosos detalles de su vida privadísima, después de lo cual nos condujo a ambos a su bien surtida biblioteca y nos rogó que eligiéramos a nuestro gusto cuantos libros quisiéramos, para cierto experimento.

Tomamos al azar volúmenes en varias lenguas, y, luego, lo seguimos a una habitación mayor, donde nuestro anfitrión se situó a unos siete u ocho metros de nosotros. Y allí sucedieron cosas que ninguna mentalidad positivista podrá creer nunca. Yo indicaba al azar —con el dedo, sin precisar el título— alguno de los libros que el muchacho mantenía bien cerrados bajo el brazo, y rogaba, al mismo tiempo, a nuestro huésped que «leyera» en tal página y tal línea. Y otro tanto hacía, a su vez, el fotógrafo respecto a los libros que yo había llevado conmigo. A cada requerimiento, el doctor Rol, con seguridad y precisión, leía en el punto indicado del libro bien cerrado, y, acto seguido, nosotros controlábamos la exactitud de la lectura. Nunca conseguimos sorprenderle en un fallo. Para evitar la posibilidad de que él nos impusiera mentalmente la selección de las páginas, establecimos los

números sobre la base del valor de ciertas cartas tomadas al azar de mazos bien barajados. Nos alternamos en la elección de los textos, repetimos la experiencia hasta fatigarnos y, al fin, nos rendimos a la evidencia.

Un precedente ilustre: Alexis Didier

En ciertos espíritus simples que se creen muy aguerridos, la tentación de explicar fenómenos como éstos en términos de técnica ilusionista es marcada, lo sabemos, pero se da el caso de que quien escribe se ha interesado largamente en el ilusionismo, en teoría y en práctica, e incluso ha publicado algo a este propósito[2]. Hace siglo y medio, un problema análogo se planteó al más ilustre de los prestidigitadores franceses, creador de una nueva orientación en el arte de la prestidigitación: Robert-Houdin. Fue cuando éste quiso someter a prueba, por iniciativa propia, las dotes supranormales de Alexis Didier, un ex actor que había abandonado el teatro para ejercitar una facultad de la que la madre naturaleza lo había dotado de manera más generosa que de talento teatral: la clarividencia. En aquel período, al hombre se lo disputaban en los mejores salones de París y había dado pruebas inequívocas de su «doble visión» a la condesa de Módena, al conde de Saint-Aulaire, al conde de Broyes y al marqués de Mireville[3].

Como primera precaución, Robert-Houdin vendó con sus propias manos los ojos de Alexis, con el especial cuidado que saben poner en estas cosas los expertos en trucos ilusionistas, después de lo cual le entregó un mazo de naipes sin estrenar que había llevado consigo. Didier no tardó en barajarlo de cualquier manera, extrayendo al azar una carta tras otra y «leyéndolas» sucesivamente, sin descubrirlas. Houdin tomó entonces un libro, lo abrió y rogó al clarividente que leyera, no aquella página, sino ocho más allá, a cierta altura señalada por él con el dedo. Aquí, se produjo un pequeño malentendido. Alexis leyó, en efecto, a aquella altura, pero no en la página. La frase era: *«Après ces tristes cérémonies...»*

Tras muchas otras experiencias no menos sorprendentes, el 16 de marzo de 1847, Robert-Houdin tuvo la lealtad de suscribir una comprometida declaración en la que reconocía la absoluta imposibilidad de explicar con las hipótesis de la destreza o del azar los «maravillosos efectos» producidos por Alexis Didier. Un hecho notable, si se piensa en la deformación profesional que impide, por lo general, a los ilusionistas reconocer los límites de su arte. El caso de Alexis Didier es uno de los más interesantes, incluso por los numerosos y autorizados testimonios que nos han llegado de él.

Gracias a su clarividencia, Chopin pudo encontrar un paquete con 25.000 francos

que le había sido enviado por la señora Erskine, pero que no había llegado a su poder[4]. En casa de Alejandro Dumas, Alexis Didier jugó al *écarté* con los ojos vendados, divirtiéndose en indicar cada vez las cartas del adversario. En un libro abierto, leyó fragmentos escondidos por el espesor de diez folios superpuestos. Por fin, describió con exactitud lo que estaba sucediendo en una habitación lejana, indicando detalles que los presentes ignoraban.

Los fenómenos descritos hasta el momento implican una facultad doble de la mente clarividente: la de captar noticias y recuerdos de la mente ajena (telepatía, diapsiquia), y otra, aún más sorprendente, que consiste en darse cuenta directamente de algunos aspectos de la realidad, no sólo sin ningún auxilio por parte de los sentidos, sino también independientemente de las posibilidades de contacto con otras mentes. Y esto, por una especie de relación cognoscitiva directa con el objeto de la propia percepción. Para esta última facultad, comúnmente llamada clarividencia, han sido propuestas otras varias denominaciones[5], pero hay que darse cuenta de que las denominaciones son, por lo general, inadecuadas, e incluso las definiciones y clasificaciones que se trata de hacer manifiestan inevitablemente la pobreza de nuestros esquemas mentales respecto de una realidad que por su misma naturaleza se resiste a dejarse subdividir en categorías.

¿Quién puede decir dónde termina la telepatía y comienza la diapsiquia, y en qué se diferencia esta última de la clarividencia? En realidad, los contactos intermentales, y asimismo la clarividencia en sus diversas formas —comprendidas aquellas que se extienden al pasado y se proyectan al futuro— se encuentran mezcladas y marchan juntas al mismo paso, en cuanto son aspectos inseparables de un único proceso cognoscitivo que trasciende nuestras posibilidades conscientes; son, pues, modalidades sólo distintas en apariencia de esa única facultad que los anglosajones llaman *Extra Sensory Perception* o *E.S.P.* (percepción extrasensorial)[6].

En sus manifestaciones más espectaculares, estas facultades son patrimonio de pocos; sin embargo, los testimonios no faltan. En cierta noche de 1923, el profesor William Mackenzie, que se encontraba en Varsovia en ocasión del Segundo Congreso Internacional de Metapsíquica, tuvo ocasión de conversar con un ingeniero polaco de aspecto simpático y desenvuelto. Tras una media hora de cambios de impresiones de carácter general, el ingeniero se aproximó más al estudioso y empezó a mirarle a los ojos con atención casi inoportuna. Después de lo cual, empezó a hablar. «Durante no menos de diez minutos me leyó en los ojos la descripción completa de una persona de mi familia, la de mi casa y de los contornos, y todo de manera exhaustiva, característica y precisa», nos ha contado luego el profesor Mackenzie.

El personaje en cuestión era Stefan Ossowiecki, uno de los mayores clarividentes de todos los tiempos, conocido también por otras dotes de las que tendremos que hablar. En otra ocasión, además de mostrarse bien informado acerca del contenido de los bolsillos del profesor Mackenzie, se refirió a algunos detalles precisos referentes a un paquete que aquél había recibido, pero que aún no había abierto. El episodio marcó el comienzo de una duradera amistad.

Algunas «actuaciones» de Ossowiecki se han hecho famosas. Cuando era un joven alumno del Instituto de Ingeniería de Petrogrado —donde algunos profesores acostumbraban a interrogar a los alumnos según el famoso sistema de los sobres cerrados que se debían sacar a suertes—, Ossowiecki se divertía desconcertando a sus maestros respondiendo a las preguntas antes de haber abierto el sobre que las contenía. Ossowiecki murió en el curso del último conflicto, a manos de los nazis, en circunstancias aún oscuras. Otro ingeniero también famoso por capacidades exactamente análogas es el escandinavo Olle Jönsson, de quien se hablará a propósito de otros temas.

Los terribles niños clarividentes

Si bastaran los testimonios indiscutibles para hacer aceptar la realidad de fenómenos inexplicables como éstos, la clarividencia y las facultades afines serían ya objeto de conocimiento sosegado e indudable, si no materia científica en el sentido asaz restringido que algunos quisieran atribuir al término. Pero no es así, y ni siquiera consigue que los testimonios prácticamente incontrovertibles sean puestos en duda de un modo sistemático. Y, no obstante, son más numerosos de cuanto comúnmente se crea.

La señorita Laplace, una médium famosa que se prestó durante ocho años a las experiencias de Osty, había comenzado a dar que hablar desde pequeña. Tenía seis años cuando, un día —a la hora del almuerzo—, se puso a gritar de improviso: «¡Tía Clotilde ha muerto!» Y era verdad. En otra ocasión, aceptó con desgana un pez de chocolate que le había sido llevado como regalo por un visitante. Invitada por los suyos a dar las gracias, gritó al hombre estas palabras: «Señor, no te quiero porque pegas a tu mujer.» A continuación, se supo que la niña tenía razón[7]. Waldner habla de un tío sacerdote que leía con tanta claridad en la mente de sus penitentes, que llegaba a precederlos en la descripción de sus faltas; hubiérase dicho que las conocía mejor que ellos. La señora De Berly, otra gran médium que vivía en un estado casi continuo de «conciencia difusa», daba la impresión a sus interlocutores de tener muchos recuerdos en común con ellos, como si su individualidad se

disolviera en la ajena.

Es cierto que la clarividencia no puede ser ejercitada en frío, o sea, cuando el sujeto tiene plena conciencia de sí y del ambiente. Es necesario que alcance el estado psicológico peculiar que está en la base de toda manifestación paranormal. Incluso cuando aflora el verdadero *trance* —como en el caso de Ossowiecki—, este estado puede, sin embargo, pasar inadvertido y aparecer como una simple distracción o un recogimiento interior[8]. Algunos ponen la mirada fija, un poco encantada (como la médium I. R., de quien ya hemos hablado); otros parecen, simplemente, empeñados en seguir el hilo de una idea o en evocar recuerdos (contable C. M., Sandra Bajetto). Aún no está bien claro, en términos de fisiología cerebral, cuál sea el mecanismo funcional que preside tales manifestaciones paranormales o, cuando menos, las acompaña. Y ello, no obstante las investigaciones emprendidas en sujetos sensitivos por parte de neurólogos que se han basado en datos electroencefalográficos y otros[9].

El elemento psicofisiológico determinante a los fines de la clarividencia (aparte la posesión de facultades paranormales por parte del sujeto), viene representado, como de costumbre, por un descenso del «nivel de vigilancia» de su conciencia diurna. Gracias a ese descenso, puede manifestarse aquel distinto estado de conciencia que hemos visto emerger a veces en los sueños lúcidos nocturnos, o sea, como si se realizara un contacto entre las dos caras del yo: la diurna, bien conocida por nosotros, y la otra cara secreta, con sus conocimientos trascendentes. En otros términos, todo sucede como si una especie de «interruptor psíquico» redujera a los mínimos términos la conciencia diurna, e hiciera emerger la otra[10]. Para darle al «interruptor» puede bastar el simple contacto con un objeto que guíe la mente clarividente hacia acontecimientos lejanos en el tiempo y en el espacio, como suele suceder en la psicometría, que es precisamente una forma especializada de clarividencia.

Un día, renuncié a echar al buzón tres cartas que tenía ya dispuestas y franqueadas (e iban dirigidas, naturalmente, a tres destinatarios distintos) para tener el placer de realizar un experimento. Después de haberlas encerrado en tres sobres amarillos sin ninguna señal exterior (de modo que yo mismo no estuviera ya en condiciones de distinguirlos), los sometí a la señora Bajetto, rogándole que escogiera uno de los tres y me dijera, si le era posible, alguna cosa relativa «al destinatario» de la carta allí encerrada. La sensitiva consintió prestarse al experimento, si bien objetando que, según las reglas de la psicometría, una carta puede poner en contacto con quien la ha escrito, mas no con quien debe recibirla.

Tomó, dudando, uno de los sobres y me habló de una anciana señora que sufría,

angustiada por un dolor en la pierna izquierda, e inclinada a lamentarse de su propia soledad. Aunque conciso, el cuadro correspondía muy bien al de una persona querida para mí, y a la que iba dirigida una de las tres cartas, en efecto. Más interesante aún fue la actitud que asumió la sensitiva, y que correspondía a la perfección al característico de la anciana señora (en cierto momento, repitió, incluso, su habitual estribillo).

Escogió, luego, un segundo sobre y me habló de un señor «más bien robusto» a quien la vida obligaba a ejercer una profesión desagradable para él, en tanto que hubiera preferido ocuparse en otro trabajo que le interesaba más. Y también en este caso la sensitiva había dado en la diana: baste decir que una de las tres cartas iba dirigida a un profesional que, a ratos perdidos, se dedicaba a la narrativa, y que se lamentaba muchísimo no poder disponer de más tiempo para su ocupación preferida. En este punto, suspendí el experimento y verifiqué el contenido de ambos sobres: contenían, precisamente, y en el mismo orden, las cartas dirigidas a las dos personas descritas por la señora Bajetto.

Cuando lo desconocido causa vértigo

He aquí un experimento difícil de clasificar, en el sentido de que en él confluyen, según mi opinión, elementos de varias técnicas, pero todas ellas entran en el ámbito vasto y misterioso de la clarividencia. Hay quien no cree —como Whately Carington— en la existencia de la clarividencia pura, o sea, en el contacto autónomo y directo de la mente con la realidad, sin intermedio de otras mentes. En efecto, escribe el autor *(op. cit.)*: «Estoy convencido de que no hay ninguna situación de aparente clarividencia que no pueda ser explicada con una razonable combinación de precognición y de telepatía.»

Pero éstas son disquisiciones teóricas y, además, en extremo sutiles. La opinión común entre los parapsicólogos es que la clarividencia existe como poder cognoscitivo autónomo y suprarracional de la mente, y hay quien sostiene, como Tenhaeff, que ese fenómeno implica un tipo de conocimiento «unitivo», o sea, algo que recuerda mucho el conocimiento «participacionista» o «participación mística» de Lévy-Bruhl[11], que es tanto como decir sentirse unido real y mágicamente uno con la persona o el objeto considerados, más allá de las barreras y separaciones que caracterizan cada individualidad, y que recuerda también los misteriosos caminos de la «cosa en sí» según Schopenhauer, no menos que los más modernos conceptos de Gabriel Marcel y de otros (v. nota 2 al capítulo III).

Bergson trazó, en su tiempo, un claro perfil del conocimiento suprarracional en

general, cuando lo definió como una especie de «simpatía intelectual en cuya virtud se nos transporta al interior de un objeto, para poder coincidir con lo que éste tiene de único y, por consecuencia, de inexpresable». Sólo que Bergson definió tal facultad como «intuición», y contrapuso esta particular forma de conocimiento, que tiende a lo absoluto, a la relativa que «gira en torno a las cosas» y pertenece al intelecto reflexivo y raciocinante[12].

Si aceptamos esta visión, podemos definir la clarividencia y las demás formas de conocimiento suprarracional como manifestaciones superiores de la intuición, las cuales afloran por ahora sólo de manera excepcional y en individuos especiales (si bien en sus manifestaciones más comunes constituyan un indispensable patrimonio de todos), pero que podría ser característica normal del hombre de mañana, si es verdad que el psiquismo humano tiende a una forma superior de conocimiento «absoluto» que Teilhard de Chardin fija como futuro objetivo del «ultraviviente»[13]. He aquí una óptica indudablemente más moderna respecto a la de Lévy-Bruhl, el cual considera, por el contrario, el conocimiento «participacionista» como una forma arcaica y «prelógica» (y, por tanto, superada) del psiquismo, reflejando en esto la infatuación racionalista y cientifista por aquel presunto *non plus ultra* representado por el intelecto raciocinante.

Hemos tratado de delinear un perfil unitario de la clarividencia, pero debemos añadir que, en la práctica, sus manifestaciones son muy variadas, según los rituales de los que se informa. La exigencia del ritual no es puramente exterior y decorativa, sino que responde a la necesidad instintiva que posee el sujeto clarividente de adaptar su facultad a las costumbres, a los tiempos y a las creencias. La Historia nos ha transmitido interesantes noticias acerca de los rituales antiguos de la clarividencia, que ha estado siempre presente en todo tiempo y en todo país para representar aquel desconocido «vertiginoso» —como lo denomina Quéant— que se extiende más allá de los confines de la razón[14].

Hoy, en el lugar de los sahumerios rituales a que recurría la sacerdotisa de Apolo, tenemos las sustancias «alucinógenas», que los parapsicólogos van descubriendo en las huellas de usos antiguos y todavía en auge entre pueblos primitivos[15]. Y en cuanto a los rituales, los actuales son variadísimos, aunque mucho más simples. Hay quien lee en la mano y quien interroga las cartas; quien maneja una varita de zahorí y quien palpa el objeto inductor; quien escruta en los posos de café y quien escribe automáticamente al dictado del inconsciente.

Están los múltiples soportes de la clarividencia, o sea, los motivos que permiten al sensitivo utilizar los reflejos condicionados creados en él por sus mismos hábitos, para poder alcanzar ese particular estado crepuscular de la conciencia que

es propicio para la manifestación de sueños verídicos a ojos abiertos. En algunos casos (el de la cafeomancia, por ejemplo), las visiones clarividentes están favorecidas por el fenómeno que Baudouin llama de la «alucinación por compromisos», gracias a los que el sujeto se sirve inconscientemente de las percepciones reales para dar lugar e incentivo a visiones que, poco a poco, van sobreponiéndose a aquéllas.

Como en los sueños auténticos, estas visiones obedecen en gran parte a las leyes de la semántica onírica, alcanzando incluso éstas arquetipos simbólicos de validez personal o colectiva. Para dar un ejemplo, diremos que, en pleno día, la vidente de Prévorst tenía macabras visiones de ataúdes abiertos, dentro de los cuales «veía» a las personas sobre las que estaban madurando los infaustos decretos del destino. Ossowiecki advertía «zonas oscuras» en torno de los ojos de aquellos a quienes les quedaba poca vida. Tenhaeff habla de clarividentes que distinguen en forma simbólica los órganos afectados de los pacientes, de tal manera que ven, por ejemplo, el corazón tal como se representa en las barajas de póquer; las venas, como tubos; los nervios, como hilos telefónicos. La sensitiva Wiese expresaba sus propias respuestas mediante signos y esbozos para interpretar, y algo parecido hace la sensitiva Mary Tomeo, de Bolzano, con sus «dibujos precognitivos» de carácter alegórico, que han atraído la atención de algunos estudiosos[16].

Los diálogos entre personas alejadas

Otro gran soporte de la clarividencia viene representado por los rituales mediúmnicos, los cuales no siempre presuponen la evocación de las llamadas «entidades desencarnadas». Existen algunas formas de juegos mediúmnicos en los que se utilizan movimientos automáticos del brazo y de la mano, que por sí solos (o sea, sin la guía de la mente vigilante) se encargan de escribir al dictado del inconsciente, o bien de transportar una tablilla provista de unas ruedecillas (*planchette*) o un vaso que rueda de un lado a otro de un tablón que contiene las letras del alfabeto. Letra por letra, se forman poco a poco las palabras, y, luego, las frases más o menos significativas que representan la respuesta del inconsciente a las preguntas formuladas.

Se trata de una práctica más difundida de lo que se pueda creer, mas para que dé frutos apreciables debe ser realizada por personas dotadas de mediumnidad, que es tanto como decir capaces de mantener un coloquio con el propio inconsciente («con los propios sueños», decía Myers). El inconsciente se deja interrogar, y él establece los contactos y procura las informaciones a través del tiempo y del espacio. Son célebres las experiencias del periodista William Stead, de quien ya hemos tenido

ocasión de ocuparnos. Gracias a la escritura automática, conseguía «conversar libremente, a distancia, con personas vivas, obteniendo muy a menudo confesiones y pormenores que jamás hubieran confiado en condiciones normales»[17].

No menos notables eran las experiencias realizadas por un eclesiástico anglicano —el reverendo Newnham— con su esposa, acerca de las cuales existe un estudio de Myers. Ambos cónyuges operaban a la distancia de un metro, más o menos, vueltos de espaldas. A medida que el reverendo Newnham escribía por su cuenta las preguntas que le acudían a la mente, la mujer respondía a cada una de ellas mediante la escritura automática, y, a menudo, lo hacía antes aún de que su marido hubiera tenido tiempo de escribir la pregunta entera. El hecho más interesante —que arroja una luz muy particular sobre tal género de experiencias— radica en la precisión con que la señora «respondía, incluso, a preguntas relativas a materias y temas que desconocía por completo».

Sobre las gestas de la escritura automática y de los procedimientos afines existe documentación aún más reciente y no menos interesante. Hace algunos años, la revista oficial de la «Associazione Italiana di Metapsichica» publicó, bajo la firma de su ex presidente, el abogado Luigi Occhipinti, la relación de numerosas experiencias realizadas durante largo tiempo por él mismo y por otros según la técnica de la «telescritura», que equivale, en sustancia, a la de la *planchette*, salvo por el uso de un vaso rodante en lugar del otro instrumento y por algunas discutibles premisas teóricas acerca de una presente «polaridad» opuesta de los dos sujetos ejecutantes.

Lo que aquí nos interesa es la gran variedad y la notable importancia de los resultados. He aquí algunos ejemplos contenidos en el citado informe. «Dos estudiantes recibían, de repente, las soluciones a complejos problemas matemáticos.» Mediante el mismo sistema, dos jovencitas alcanzaron en varias ocasiones «buenas inspiraciones literarias». Médicos especialistas plantearon preguntas comprometidas de carácter técnico y obtuvieron, por lo que parece, respuesta inmediata en términos estrictamente pertinentes. Aún más interesante es cuanto escribe el autor del artículo a propósito de las experiencias de telescritura realizadas por él mismo, durante años, en colaboración con su madre: «En estado de pequeñísimo trance, hemos recibido de pronto novelas, comedias, poesías y comunicaciones de carácter vario, y, a menudo, hasta premoniciones»[18].

Es notable el hecho de que experiencias como éstas hayan sido concebidas y realizadas fuera de toda interpretación espiritista. Un fenómeno afín es el de las «correspondencias cruzadas», que consiste en la simultánea escritura —por parte de médiums alejados y no raras veces desconocidos entre sí— de fragmentos

separados de un único mensaje, que adquiere un sentido completo sólo en una segunda fase, o sea, cuando los fragmentos captados por uno y otro sujeto operante pueden ser recompuestos en su contexto unitario. Todos éstos nos llevan inevitablemente a las concepciones «oceánicas» de la psique, con las consecuencias lógicas que de ello se derivan.

La «clarividencia de Estado»

En cierta ocasión, las autoridades de Seguridad pública de Turín encargaron al vigilante Lanfranco Davito que descubriera dónde se escondía determinado individuo que buscaban; pero no contaban con su perspicacia policial, sino con sus muy notables dotes de clarividencia. Davito se recogió un momento como en meditación, y respondió: «Ustedes creen que se trata de un hombre, pero la persona a la que buscan es, por el contrario, una mujer disfrazada. No está sola (como ustedes piensan), sino que tiene dos cómplices. Estuvo en Turín hasta hace algunos días; ahora, ya no está.»

Se quiso saber entonces dónde se hallaban aquellos tres, y tras un nuevo y breve recogimiento, Davito respondió de manera igualmente precisa: «Cerca de la ciudad hay un curso de agua que hace un recodo, y, en aquel punto, se alza una construcción de madera con entablado en forma de tejas. Allí se esconden.» En efecto, los tres fueron localizados y detenidos en aquel lugar[19]. Como se ve, la clarividencia puede ser útil, en ocasiones, incluso a los poderes públicos; y aun esto no constituye una novedad. Desde los tiempos de Jack *el Destripador*, que fue identificado y localizado a raíz de las espontáneas revelaciones del médium R. J. Lees, el repertorio de casos se ha enriquecido con muchos episodios. Hace años, en Trento, el asesino del sastre Luigi Marseiller fue detenido en seguida después de una sesión mediúmnica, en el curso de la cual el médium en trance había indicado el nombre del criminal.

En 1956, el señor Nelson Palmer, de Ciudad de El Cabo (África del Sur) «vio» en circunstancias análogas el escondrijo en el que los asesinos de la muchacha de dieciocho años Myrna J. Aken habían ocultado el cadáver de la víctima, y resolvió de este modo el enigma de una desaparición sobre la cual la Policía no había conseguido arrojar luz. A veces, se establece una relación estable y regular de colaboración entre la Policía y determinados clarividentes bien dotados, como en el caso del famoso Janos Kele —un sujeto estudiado por Hans Driesch—, que, desde 1933, estuvo al servicio de la Policía de Budapest, en la sección reservada al salvamento de vidas humanas y a la búsqueda de los desaparecidos[20].

Análogos servicios prestan en Holanda algunos sensitivos especializados en el mismo tipo de investigaciones, y las consultas se efectúan por lo general con la intervención del profesor Tenhaeff, que por haber estudiado largamente este tema, está mejor calificado para interpretar el lenguaje y las actitudes simbólicas. En Grecia, merced a las iniciativas personales del parapsicólogo doctor Tanagras, fueron instituidos auténticos cursos informativos para poner al día al personal de la Policía de ese país acerca de las realidades paranormales.

Los casos son muchos. Otro clarividente famoso —el doctor Maximilian Langsner, que recorrió incansable el mundo y acabó sus días en Alaska accedió muchas veces a colaborar con la Policía de varios países, a condición de que se sintiera empujado, en cada ocasión, «por cierto impulso interno». Por fortuna para la Policía canadiense, Langsner sintió el impulso en cuestión en un caso particularmente grave que, de otra manera, hubiera quedado sin solución: cuando consiguió identificar por medio de la clarividencia al insospechado autor de un sangriento crimen perpetrado en los alrededores de Edmonton. La Policía canadiense se valió también de los servicios del clarividente Cayce (v. cap. II), que resolvió de inmediato un caso muy intrincado.

En Virginia, la Policía de aquel Estado nunca hubiera conseguido descubrir al autor de un asesinato cuádruple, sin la ayuda de otro sensitivo: Peter Hurkos. No obstante este aluvión de casos análogos que suceden más o menos en todos los países, no creemos que una facultad aleatoria e incontrolable como es la clarividencia pueda representar nunca un recurso estable y seguro, en el marco de una sociedad como la nuestra (en tanto que es muy distinto el caso de los pueblos en estado natural). Pero el cuadro es, sin embargo, interesante, porque muestra una de tantas contradicciones incompatibles entre sí, una de las cuales vive una vida pobre y clandestina, mas es por lo menos extraño ver cómo representantes de la autoridad estatal descienden, llegado el caso, a compromisos con la cultura de segundo orden.

Evidentemente, hay cierta confusión en los esquemas de nuestra civilización, como siempre sucede cuando se pretende negar algún aspecto de la realidad (y es inevitable que ésta se tome después sus desquites particulares). Pero la confusión alcanza su colmo cuando se llega a prohibir el ejercicio profesional de la videncia, aunque haciendo una excepción en lo tocante a las actividades de los astrólogos porque se «basan en cálculos», como ha sucedido recientemente en algunos Estados de Norteamérica. Esto es en verdad extraño, porque es muy comprensible que se quiera proteger la credulidad indefensa del asalto de los embaucadores, que florecen en todas partes, pero no se comprende cómo el problema cesa de ser tal en virtud de algunos «cálculos» harto discutibles.

La percepción paranormal pasa por la criba de la estadística

Se debe al psicólogo americano profesor J. B. Rhine, de la Universidad Duke, de Durham (Carolina del Norte), el planteamiento general del problema representado por la percepción paranormal, gracias a la introducción de una nueva terminología y de algunas técnicas experimentales que han permitido aplicar, en gran escala, a los resultados de las experiencias los métodos de evaluación propios de la estadística. Métodos estadísticos para la valoración de experiencias sobre la telepatía fueron ya empleados por Myers, Richet y otros, pero a Rhine corresponde el mérito de haber adoptado criterios simples y uniformes que permiten la repetición ilimitada de las pruebas e introducen consideraciones de tipo probabilista en la valoración de los resultados.

Uno de los primeros instrumentos de trabajo introducidos por Rhine fue el hoy conocidísimo mazo de cartas «Zener», que consiste en veinticinco unidades iguales de cinco en cinco. Y cada grupito menor, a su vez, se compone de cinco cartas marcadas con el mismo símbolo. Los símbolos corrientes son la estrella, el círculo, la onda, la cruz y el cuadrado. Otros investigadores han elegido, luego, símbolos distintos, pero los criterios de empleo siguen siendo aquéllos. Las cartas «Zener» permiten varios tipos de pruebas basadas en la posibilidad, por parte de cualesquiera sujetos, de percibir por vía paranormal (telepática o clarividente, por lo general) los símbolos que un experimentador extrae por casualidad de un mazo oportunamente barajado, con o sin el auxilio de máquinas subsidiarias. Los resultados se valoran sobre la base de la confrontación entre el número de concordancias (en lenguaje corriente, cartas «adivinadas») y el número medio de coincidencias casuales previsto por el cálculo de probabilidades. En caso de que la media de las concordancias se mantenga —por un número suficientemente elevado de pruebas— sensiblemente más alta respecto a la media casual prevista por el cálculo, se considera haber alcanzado la prueba experimental de la intervención de un factor de percepción extrasensorial (E. S. P.).

En los treinta años largos transcurridos desde las primeras experiencias, el método de Rhine se ha difundido enormemente, suscitando en todas partes un gran fervor investigador, y atrayendo sobre cierto orden de fenómenos paranormales incluso la atención de estudiosos a quienes la mentalidad cientifista —que está ligada a ciertas particulares exigencias de método— acaso hubiera impedido que se ocuparan de ellos. El resultado más importante que parece haberse conseguido consiste en haber demostrado que la precognición extrasensorial (ya sea telepática o clarividente) es un *fenómeno universal*, incluso si en algunos sujetos se manifiesta de manera mucho más espectacular que en otros[21], y esto no puede asombrar a

nadie que parta de la premisa de que el conocimiento paranormal constituye el patrimonio del yo profundo, el cual, de un modo u otro, hace oír en todos su voz. Además, el método ha permitido establecer algunas modalidades a las que parece acomodarse la percepción extrasensorial[22].

Aún hoy, el método inaugurado por Rhine les parece a muchos el único instrumento disponible para investigar con criterios severamente científicos en el campo paranormal, pero hay todavía quien hace reservas sobre un planteamiento tan rígido y exclusivista. Puede decirse, asimismo, en líneas generales, que se está desarrollando un proceso de cauta revisión, tendente a reconsiderar los anteriores entusiasmos incondicionales, y de ello dan fe, de un lado, las críticas promovidas por muchos sobre los criterios exclusivistas adoptados por algunos seguidores de Rhine, y por otro, el renovado interés por los fenómenos paranormales que tienen lugar «en el gran laboratorio de la vida», como diría Mackenzie. Según hemos visto, y veremos aún en otros capítulos, han vuelto a florecer, en efecto, y hasta se han ido multiplicando, las encuestas sobre fenómenos espontáneos, y entre los primeros en dar ejemplo se cuenta el mismo matrimonio Rhine (sobre todo, la esposa, Louisa).

En cuanto a las verdaderas críticas, las hay que tienden a incidir sobre la misma validez teórica del método, como son las de Spencer Brown, de las que se ha hecho eco, en Italia, Marabini[23]. Otras, por el contrario, apuntan sobre ciertas insuficiencias comprobadas. En la Conferencia Internacional de Parapsicología de Utrecht, en 1953, el académico francés Gabriel Marcel se expresaba así: «La pobreza de los resultados obtenidos, si pensamos en la enorme masa de trabajo movilizada en este campo, debería ser materia de reflexión.» Hay, además, quien sostiene, como Warcollier, que los métodos estadísticos «son los menos apropiados para favorecer la emersión de lo paranormal». Según su opinión, «esta clase de *tests* no son más que una trampa en la que no cae el pájaro raro», y ello parece confirmado por los fracasos que Tenhaeff ha advertido al aplicar el método de Rhine a Gerard Croiset, y en el que ha incurrido el mismo Rhine en algunas de sus experiencias con Eileen Garrett.

El motivo de tales fracasos ha sido muy bien expresado por el profesor Tocquet, quien observa que el método estadístico «restringe y mutila el fenómeno de percepción paranormal, al separarlo de su contexto afectivo, que no está falto de interés. Además, le sustrae su calor humano y le priva de su significado profundo, que, en ciertas circunstancias, puede ser calificado de dramático» (véase *op. cit.*).

Análogas críticas han sido expresadas en Italia por los profesores Giovanni Schepis y Francesco Egidi[24].

Parece, pues, posible adherirse al equilibrado parecer del profesor Ducasse, vicepresidente de la «Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas», quien pone en guardia a los estudiosos «de convertirse en esclavos de los métodos cuantitativos», y les pide que valoren los casos espontáneos «que se verifican fuera del laboratorio y que ni son esperados ni preparados, pero que pueden tener, singularmente, un valor inestimable para los fines de la investigación».

NOTAS — Capítulo VI

(1) El escritor Umberto Segre (Pitigrilli), el profesor Beonio Brocchieri, el director Federico Fellini y el escritor Dino Buzzati se hallan entre quienes han conocido al doctor Rol y han conseguido aquilatar sus insólitas capacidades.

(2) *L'inganno senza fine*, en *Scienza e Vita*, núms. 171, 172, 173 (1963).

(3) Se ocupa de este tema en su *Des esprits et leurs manifestations fluidiques*, citado por TRINTZIUS (*op. cit.*).

(4) El episodio lo narra él mismo en una carta del 28 de julio de 1849 dirigida a su amigo Grzymala.

(5) *Metagnomia, telepsiquia y diapsiquia* por Boirac; *telestesia* por Myers; *telemnesia* por Hislop; *criptestesia* por Richet. En el lenguaje corriente, estas denominaciones no han conocido mucha aceptación.

(6) Según TYRRELL, telepatía, clarividencia, psicometría y precognición provienen de una extensión de nosotros mismos más allá de los límites ordinarios que conocemos (Cfr. *The nature of human personality*, Londres, 1954).

(7) Citado por Gastone De Boni en *L'uomo alla conquista de l'anima*, "Luce e Ombra", 1961.

(8) Cuando, en 1923, fue estudiado por el doctor Geley, del "Institut Métapsychique International", Ossowiecki suministró una interesante descripción de las impresiones subjetivas recibidas por él en espera y en el curso del semitrance. La señal de que se aproximaba aquel peculiar estado de conciencia le era dada por una sensación de calor en la cabeza y de frío en las manos. "En seguida, pierdo entonces en gran parte la conciencia de lo que me circunda, y veo, oigo, siento y digo lo que se me pide que revele."

(9) El hecho de que las investigaciones neurofisiológicas sobre los estados de sueño estén apenas en los inicios, no permite presentar sus resultados en un cuadro orgánico y preciso. La hipótesis sostenida por el médico francés FRANCIS LEFEBURE en *Expériences initiatiques* (París, 1956, tomo II, p. 57), según el cual ciertas facultades mediúmnicas estarían conectadas con peculiares características funcionales del bulbo, parecería estar sancionada por los datos electroencefalográficos obtenidos por Franke y Koopman, que hablan de "sueño bulbar" (pero se verá, a propósito de ciertos fenómenos mediúmnicos muy particulares, que otros autores se refieren a un planteamiento un tanto diferente, aunque implica también el funcionamiento del llamado "paleoencéfalo").

Según el médico argentino Orlando Camaseno, el EEG de los médiums en trance presentaría diagramas no distintos de los del sueño ligero, con frecuencias normales y caídas de voltaje. El profesor Umberto di Giacomo, director del hospital neuropsiquiátrico provincial de Roma, que en fecha muy reciente ha desarrollado investigaciones análogas sobre un grupo de conocidos sensitivos, señala, a su vez, una amplificación del ritmo alfa sin aumento de frecuencia, y ello en correspondencia, precisamente, con los estados psíquicos que favorecen la manifestación de los conocimientos paranormales. A continuación, nos ocuparemos de las pruebas electroencefalográficas efectuadas por varios experimentadores con sujetos en estado de éxtasis.

(10) Raoul de Fleurière, un sujeto estudiado por Tocquet, describe así el nuevo equilibrio psicológico resultante de la presencia simultánea, al nivel consciente, de lo que hemos llamado las dos caras del yo. "No es que yo sienta eliminado y suprimido mi psiquismo habitual. No. Más bien tengo la impresión de que hay ahora dos entidades que comparten mi ser, dos inteligencias sobrepuestas una a la otra como dos misteriosos inquilinos que habitan en dos pisos distintos: arriba, la inteligencia consciente y, por el momento, más pasiva; abajo, la subliminal, en plena ebullición."

(11) LÉVY-BRUHL, *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, París, 1912. El autor presenta el fenómeno de identificación como una característica particular de la mentalidad aún vigente entre los pueblos que viven en estado natural. Gracias a tal mentalidad, que el autor define como primitiva, el individuo puede sentirse uno con otra persona, con animales y hasta con toda la Naturaleza (v. lo observado a este propósito en el cap. IX de la presente obra).

(12) "Existen dos maneras profundamente distintas de conocer una cosa. La primera implica que se dé vuelta en torno a ella; y la segunda, que se penetre en la cosa misma. La primera depende del punto de vista en que nos

colocamos y de los símbolos por medio de los cuales se nos expresa; la segunda no parte de ningún punto de vista y no se apoya en ningún símbolo. De la primera puede decirse que se refiere a lo relativo; de la segunda —hasta donde sea posible—, que alcanza lo absoluto.” (HENRI BERGSON, *Introduction à la métaphysique*.)

(13) Una clara exposición sintética de las teorías psicoevolucionistas de Teilhard de Chardin está contenida en el volumencito de JEAN CHARON, *La connaissance de l’univers*, París, Edit. du Seuil, 1961, p. 167 y ss.

(14) Por la naturaleza de este desconocido, y de su extensión, se interesaron con orientaciones diversas Platón y Aristóteles. No obstante estar fundado su sistema filosófico sobre el primado de la razón y del método dialéctico, en el *Fedro*, Platón admite que por encima de la dialéctica hay una especie de conocimiento intuitivo que se concede por gracia divina a ciertos hombres y a ciertas mujeres (o sea de lo que hoy llamaríamos la inteligencia discursiva y raciocinante), que se produce sólo en ocasión de un eclipse de la razón, en una especie de delirio. (Conviene precisar, por otra parte, que la palabra delirio no tiene aquí un sentido de disminución, como no lo tiene cuando Platón la atribuye también a la inspiración poética y a la exaltación religiosa o amorosa.) Según Aristóteles, las facultades clarividentes de sibilas y profetisas eran fruto de constitución natural, no de enfermedad.

(15) Entre las más conocidas sustancias alucinógenas, citemos la *harmina* o *telepatina*; la *mexcalina*, que se extrae del cacto mexicano llamado *peyotl*; la *psilocibina*, que se extraía de algunos hongos de América central; y la *dietilamida del ácido lisérgico* (LSD 25), sustancia sintética ya en uso desde hace tiempo como fármaco psicodélico. Como ya se ha señalado, tales sustancias pueden contribuir a activar el psiquismo paranormal sólo en el caso de que el sujeto resulte dotado al respecto por encima de la media.

(16) V. FRANCESCO EGIDI, *Pittura e disegni metapsichici*, Milán, 1954; VICENZO NESTLER, *Disegni medianici*, en *Giornale italiano per la ricerca psichica*, n.º 1.

(17) V. la obra ya citada de Bozzano, *Da mente a mente*.

(18) LUIGI OCCHIPINTI, *Antenne viventi*, en *Metapsichica*, XIV, fasc. II.

(19) V. prefacio de PIERO NATALE GORIA a *Racconti medianici* de LANFRANCO DAVITO, Turín, 1948.

(20) MOUFANG, *op. cit.*

(21) He aquí un caso referido por el profesor B. Riess, del Hunter College de Nueva York, y de quien habla Rhine en un artículo. En una serie de 1.850 pruebas con cartas Zener, una muchacha que se encontraba a varias separaciones de distancia del experimentador, alcanzó una media de 18,24 concordancias sobre el máximo posible de 25. Y en cierta ocasión, consiguió la puntuación de 25 sobre 25. Pero el carácter excepcionalísimo de este caso ha sido subrayado por los mismos autores.

(22) Parece seguro que la receptividad paranormal, en los experimentos de carácter cuantitativo, se desate más en los sujetos convencidos de la existencia de la percepción extrasensorial (“ovejas”, según una pintoresca terminología de uso ya internacional) que en los escépticos (“cabras”). El fenómeno parece, asimismo, depender del estado de ánimo de los protagonistas; de la edad y del estado de salud; del grado de adaptación social de los participantes; del influjo de drogas que, eventualmente, se suministren. La fatiga, que inevitablemente se produce tras cierto número de pruebas, incide negativamente. Un factor favorable es, por el contrario, la simpatía que se establece entre el experimentador y el sujeto, lo que confirma análogas observaciones efectuadas por ciertos estudiosos de fenómenos espontáneos (v., por ejemplo, el estudio de SOPHIE DE TRABEK en *Initiation et Science*, setiembre-diciembre, 1959).

(23) V. *Probabilità e deduzioni scientifiche*, de G. SPENCER BROWN, Londres, 1957, y E. MARABINI, *La PSI è stata dimostrata sperimentalmente?*, en *Bollettino della S.I.P.*, julio-diciembre de 1959.

(24) En una entrevista sobre el tema, el profesor Giovanni Schepis se expresaba así, en 1962: “En mi opinión, la crítica mayor que puede hacerse al modelo Rhine consiste en el hecho de que, en él, se prescinde por completo de la legítima hipótesis de trabajo según la cual en las pruebas de telepatía y, en general, de percepción extrasensorial, se debe considerar como determinante una componente emotiva.” FRANCESCO EGIDI escribe: “Pero, en la práctica, ¿cuál ha sido el valor de las experiencias de Rhine? Emprendidas para convencer a la ciencia oficial, no han variado, ni con mucho, las relaciones entre ésta y la parapsicología. Ni siquiera son válidas para poner de manifiesto a sensitivos de excepción porque, por ejemplo, los estudiantes Linzmayer y Pearce, que han obtenido con las cartas Zener resultados plenos, no han revelado otras dotes parapsicológicas

generales, en tanto que los sensitivos clarividentes, incluso los más famosos, no adivinan con dichas cartas.” (V. *Bollettino della S.I.P.*, julio-diciembre de 1957.)

Segunda Parte

LAS FUENTES DESCONOCIDAS DEL SABER

CAPÍTULO VII
LOS CONOCIMIENTOS QUE NO NOS PERTENECEN

Quisiera hacérsenos creer, a veces, que sólo por medio de la inteligencia podemos conocer la verdad...

... Más allá de los sentidos y de los procesos racionales de la vida mental, existe una región llena de riqueza, de significado y de verdad, pero sólo accesible por la vía del espíritu.

EDMUND W. SINNOTT.

Prodigios de la sintonía psíquica

En una ocasión, Teresa Neumann, la vidente de Konnersreuth, desaparecida no hace mucho, recibió la visita del *swami* Paramahansa Yogananda, uno de los más conocidos maestros contemporáneos de sabiduría oriental. La diferencia de su formación mental no impidió a aquellos dos seres nada comunes establecer una sintonía psíquica inmediata. Tras una primera conversación, se encontraron más veces, y, al fin, al *swami* le fue dado asistir a uno de aquellos éxtasis dolorosos que afectaban a Teresa cada viernes, cuando vivía las etapas cruentas de la Pasión de Cristo.

El yogui vio cómo se dirigía Teresa, en una lengua desconocida y con labios temblorosos, a una presencia invisible, mientras sus vendas y el blanco vestido se teñían de púrpura a causa de la sangre, que correspondía a los estigmas[1]. En un momento dado, el yogui «entró» a su vez en aquel sueño retrospectivo, como si acudiera a la misma cita mental en un punto lejano del pasado. Y he aquí su descripción: «Estando en perfecta sintonía con ella, empecé yo también a ver las escenas de su visión. Ésta representaba a Jesús llevando su cruz entre la multitud que lo escarnecía. En un momento dado, Teresa levantó la cabeza, consternada: el Señor había caído bajo el terrible peso.»

Hay que observar que algunos niegan resueltamente que dos mentes puedan compartir sus propios contenidos, pero nosotros sabemos ahora qué pensar acerca de tan fáciles negativas[2]. Existen, en la materia, testimonios numerosos, de todos modos, convergentes y precisos. La viajera y estudiosa Alexandra David-Neel, por ejemplo, que nos habla de los contactos mentales que se establecen entre los cultivadores tibetanos de ciencias psíquicas[3], afirma que éstos «se muestran

unánimes en atribuir el origen del fenómeno a una concentración muy intensa de pensamiento que llega hasta el estado de trance». A su vez, el insigne orientalista Giuseppe Tucci describe en estos términos el insólito procedimiento utilizado por algunos lamas tibetanos para comunicar a sus discípulos su propia experiencia iniciática: «Algunas iniciaciones se producen sin explicación directa: maestro y discípulo se sientan juntos, recogidos en meditación, y es preciso que estén en sintonía tan perfecta que, poco a poco, las ideas y las enseñanzas de uno afecten al otro sin que sea pronunciada una palabra.»

Así, pues, las mentes pueden comunicarse algo más que pensamientos y visiones; pueden, sin más, intercambiar un patrimonio de experiencias íntimas y complejas, acaso intraducibles a palabras. Hablar de telepatía o de diapsiquia parece inadecuado en estos casos. ¿Cómo se hace para sintonizar tan perfectamente con las mentes ajenas? Uno de los motivos por los que el antiguo secreto parece, entre nosotros, haberse perdido, radica probablemente en el hecho de que el fenómeno es incompatible con las pretensiones de autonomía absoluta asumidas por la personalidad consciente, lo que equivale a decir que se han roto todos los puentes tendidos a las profundidades del ser, donde se esconden los caminos misteriosos que existen entre los individuos[4].

Alguno invoca razones biológicas. La Biología enseña que las especies vivientes están afectadas por problemas de selección evolutiva. De las alas que los lejanos antepasados de los pingüinos debían de tener, ahora ya no quedan más que muñones. También los avestruces tenían alas, pero, poco a poco, la fuerza de los músculos pectorales se transfirió a las patas, con el resultado de que los avestruces de hoy corren a velocidades increíbles. También nosotros hemos optado «por las piernas», y, en efecto, nos trasladamos a velocidades inauditas, pero acaso aún sea demasiado pronto para determinar si la elección ha sido en verdad feliz y definitiva, como algunos parecen sostener. Según Tudor Pole[5], deberemos tender a la «comunión» más bien que a la «comunicación», pero es evidente que sucede lo contrario. El espíritu de los tiempos idolatra la velocidad, exaspera los individualismos y repudia las nostalgias de unidad que, sin embargo, afloran a través de las concepciones religiosas y filosóficas, casi por un continuo e insistente reclamo a las realidades humanas fundamentales.

Pero están los rebeldes. Están aquellos que van contra corriente, puesto que prefieren mantener los contactos con las profundidades del ser. Hace pocos años, Lyzelle Reymond, una francesa culta e inteligente, abandonó de improviso Occidente para marcharse a vivir a la India, con la familia de un brahmán[6]. Una de las primeras enseñanzas que recibió de su *guru* fue ésta: «No hay ninguna lección que aprender ni ninguna tarea que realizar. Todo está compendiado en la máxima

‘cuando yo te hablo, tú eres mi pensamiento; cuando tú me hablas, soy yo tu pensamiento, como único es el techo que está sobre nuestras cabezas’. El águila, antes de levantar el vuelo no piensa que debe echarse a volar; simplemente, se arroja al abismo y siente que está volando.»

Lyzelle Reymond «se arrojó», y pronto supo que estaba volando. He aquí los prodigios de aquella «sintonía psíquica» a que se refería el yogui Paramahansa Yogananda: algo que puede ser efecto no tanto de una disposición mental como espiritual, que nos recuerda los ya expresados planteamientos metafísicos del misterioso problema representado por el conocimiento intuitivo (o «unitivo» o «participacionista»), y nos recuerda también las ideas de Warcollier sobre la «unicidad de la raza humana» y las de Gabriel Marcel acerca de la inexistencia de barreras al nivel del inconsciente. No son muchas las voces que van contra corriente y arrojan vislumbres sobre el misterio del ser, y a las pocas que lo hacen conviene escucharlas.

El biólogo, premio Nobel, Alexis Carrel, que, además de ser un insigne científico tenía la mente abierta a muchas de esas realidades «metafísicas» que los hombres de ciencia suelen considerar sospechosas, ha escrito que la completa independencia de cada uno de nosotros respecto de los otros individuos y del mundo cósmico es ilusoria, y ha añadido: «Podemos suponer que una comunicación telepática consista en un encuentro fuera de las cuatro dimensiones de nuestro Universo, de las partes inmateriales de dos conciencias.» Como ahora veremos, estos «encuentros» pueden tener, en ocasiones, efectos extraños que desbordan los ámbitos hasta ahora estudiados. En 1910, el mayor inglés Wellesley Tudor Pole, ya citado, aún no era mayor; era, simplemente, un joven industrial británico sin preocupaciones financieras, ocupado en recorrer el mundo en busca de experiencias interesantes.

Fue en Alejandría, Egipto, donde, por su iniciativa, se encontró con el profeta persa Abdul Baha Abbas, hombre interesante y singular, detestado por los musulmanes ortodoxos, que le consideraban un hereje y un infiel, e idolatrado por sus seguidores, esparcidos por el mundo árabe, los cuales lo tenían, al contrario, por un reformador religioso, vidente y sanador. La conversación entre Tudor Pole y aquel personaje comenzó de manera muy penosa, a través de un joven intérprete, que, en realidad, no conocía lo bastante ni el inglés ni el persa, mas, por fortuna, el mozo se vio obligado de pronto a marcharse. En aquel punto, la conversación hubiera debido interrumpirse, pero, al contrario, prosiguió mejor que antes, dado que Abdul Baha Abbas continuó imperturbablemente hablando en persa, y Tudor Pole, que en su vida había oído una palabra de aquella lengua, no sólo entendió a la perfección lo que el otro le decía, sino que, sin siquiera darse cuenta, se encontró

respondiéndole en el mismo idioma.

El don mediúmnico de lenguas

He aquí otra manifestación de esa «sintonía psíquica» a la que nos hemos referido y que, a veces, parece conducir a dos mentes a un funcionamiento coordinado a la perfección, y que es, asimismo, una de tantas formas de conocimiento «gratuito e inexplicable» que afloran de improviso en ciertos sujetos mediúmnicos. Explicar este fenómeno a la luz de las teorías corrientes de psicología y fisiología cerebrales es una empresa más bien ardua, por no decir imposible. Mientras el misterio parece aclararse, puede aceptarse la hipótesis bergsoniana del cerebro que actúa como filtro de los conocimientos, dejando pasar algunos y obstaculizando el paso a los otros. ¿Qué sucede si las mallas de una red se ensanchan de improviso?

Richet refiere el caso de Laura Edmonds, hija del juez que fue miembro del Tribunal Supremo de Justicia del Estado de Nueva York y presidente del Senado de los Estados Unidos. Aparte la lengua materna, sólo conocía un poco de francés, pero ello no le impidió conversar algunas veces en griego moderno, otras en polaco y en húngaro y, por fin, en ciertas ocasiones, en algún dialecto indio. Esta capacidad de hablar lenguas desconocidas (xeneglosia) es un fenómeno raro que se produce casi siempre en el curso de sesiones mediúmnicas y cuando el médium alcanza las condiciones del trance. El clarividente Cayce, de quien nos hemos ocupado en el capítulo II a propósito de sus inexplicables capacidades diagnósticas, se expresaba, cuando estaba en trance, en la lengua del consultante, cualquiera que fuese. Mirabelli, un sujeto sudamericano estudiado por Ringger, no conocía más que el portugués; sin embargo, en el curso del trance conseguía expresarse corrientemente en inglés e italiano. Capacidades análogas tuvieron el médium Alfred Peters y otro aún más famoso: Valiantine.

¿Con quién se ponían en sintonía las mentes mediúmnicas de esos hombres? Aquí, el campo está abierto a innumerables hipótesis, de las que las más simples consideran la posibilidad de contactos psíquicos muy estrechos entre el médium y el interlocutor o, incluso, entre el médium y los participantes en la sesión. Pero hay también otras teorías, como la ya enunciada en ocasiones anteriores que se refiere al hipotético «depósito de las memorias cósmicas individuales» de William James, y luego hay quien habla de contactos con mentes superindividuales (las «supermentes» a que se refiere Wathely Carington en su obra sobre la telepatía; las «mentes de grupo» y los «campos psíquicos» teorizados por los biopsicólogos). Estas hipótesis, y aun otras que veremos, poseen un elemento común: presuponen la

existencia de *algo de carácter psíquico que es más grande que el individuo, y que puede ser alcanzado por la mente individual*.

Presupongamos la existencia de un yo profundo y secreto de contornos indefinidos que, a su vez, se relaciona con entidades psíquicas más vastas, según el hoy conocido ejemplo de la onda. Estos conceptos no son compartidos por los depositarios de un saber científico que se ha ido configurando según esquemas más restringidos, en los cuales sólo hay lugar para la mente inconsciente, y para un apéndice subconsciente muy limitado adonde confluyen los recuerdos y las impresiones momentáneamente encerrados de la conciencia. Hay una frase acuñada en el siglo pasado —el llamado «automatismo creador de la subconciencia»— que puede explicar, al parecer, toda presunta aportación de nuevos conocimientos. En efecto, hay algunos fenómenos más bien raros que pueden ser explicados sobre la base de las simples posibilidades que pueden atribuirse razonablemente al ámbito de la subconciencia: por ejemplo, el aflorar de antiguos y olvidados recuerdos.

Está el caso famoso de Kreisler. En abril de 1946, a raíz de un trauma craneano, el famoso violinista perdió de pronto la memoria de las seis lenguas vivas que conocía y, al mismo tiempo, readquirió la maestría completa del latín y del griego que había estudiado en su mocedad, pero de los que estaba convencido de no acordarse ya. Durante algún tiempo, y hasta su curación, no consiguió expresarse más que en esas lenguas, con el consiguiente y fácilmente imaginable apuro de sus familiares. Quéant *(op. cit.)* refiere la historia de un soldado francés que, tras un trauma craneano, sufrido en el curso de la Primera Guerra Mundial, se puso a hablar de repente en inglés, lengua que ignoraba. Una vez curado, perdió esa capacidad. Estos son algunos de los pequeños prodigios que puede operar el subconsciente.

Las fuentes ignoradas del conocimiento

También es sabido desde el siglo pasado que la subconciencia posee la capacidad de elaborar las impresiones y los recuerdos olvidados y de representarlos en formas nuevas, gracias a la labor de elaboración y de síntesis que escapa a la mente consciente. Aunque de naturaleza auxiliar, esta facultad suele rendir servicios preciosos en el ámbito de las actividades intelectuales creativas, pero, a veces, puede gastar bromas curiosas, como en el caso famoso de Hélène Smith, una médium estudiada por el insigne estudioso suizo Théodore Flournoy.

La Smith, que en realidad se llamaba Elisa Müller, utilizaba de vez en cuando lenguajes desconocidos y extraños que, según ella, correspondían a idiomas

extraterrestres. En realidad, Flournoy los reconoció como el fruto fantástico, aunque no privado de cierto interés psicológico, de elaboraciones subconscientes de la lengua francesa. También éstos son pequeños prodigios del *automatismo creador* al cual, entre otras cosas, se deben muchas pretendidas creaciones «inspiradas» que, en realidad, derivan de elaboraciones subconscientes de elementos ya adquiridos del patrimonio mental críptico del sujeto[7].

La xenoglosia, por el contrario, es algo profundamente distinto, ya que, en efecto, presupone (por ejemplo, en los casos de Laura Edmonds y de Tudor Pole) la capacidad de hablar lenguas como el persa, el polaco o el húngaro, que el sujeto siempre ha ignorado. Se trata de un conocimiento totalmente extraño al patrimonio cultural del individuo, y resulta tanto más inexplicable cuanto que el aprendizaje de una lengua extranjera, como todos saben, requiere un largo período que implica, por una parte, la adquisición de nociones nuevas y, por otro, el progresivo establecimiento de hábitos y reflejos condicionados peculiares. No bastan, pues, las pequeñas intervenciones subconscientes para explicar el fenómeno. La fuente de tales conocimientos se sitúa, con toda evidencia, fuera del reducido universo psíquico individual, como ha sido puesto de manifiesto agudamente incluso por algunos sujetos mediúmnicos más introspectivos y críticos que los otros. Eileen Garrett, por ejemplo, decía que algunas de sus «creaciones» logradas mediante la escritura automática no procedían del subconsciente, «donde se reflejan imágenes y símbolos de los conflictos cotidianos», sino «de una zona mucho menos personal que se extiende mucho más allá de los límites de la experiencia subconsciente» (v. *op. cit*.).

En tales experiencias, le parecía a la médium haber alcanzado niveles superiores de conciencia, y haber llevado a cabo inspecciones en «vastas e insondadas extensiones donde fluyen los intactos manantiales que afectan y vinculan entre sí los diversos aspectos de la vida». Y, entonces, veía «extraordinarios colores y vivos retratos de personas y lugares desconocidos»; oía «fragmentos de extrañas músicas y sonidos de lenguas ignoradas». Se trata de un lenguaje poético, tal vez incluso hiperbólico, pero detrás de él hay una realidad innegable. Sensaciones semejantes las habían tenido ya otros muchos antes que la Garrett: todos aquellos que se habían dado cuenta de que sabían algo, aunque sin ser capaces de explicar cómo lo aprendieron.

En Inglaterra, hay una médium que habla y escribe en la misma lengua utilizada hace treinta y tres siglos en el delta del Nilo. El caso ha sido descrito en un libro muy minucioso de los profesores Frederic Wood y Howard Hulme (hay que señalar que este último es profesor de egiptología en la Universidad de Oxford). No menos famoso es el caso de la americana Pearl Lenore Curran, de quien se ocupó el

conocido estudioso Walter Franklin Prince[8]. En 1913, la señora Curran, confiando en la escritura automática, escribió de manera rapidísima algunas narraciones ambientadas en los primeros tiempos de la Era cristiana, y en sólo treinta y cinco horas consiguió componer un poema de 70.000 palabras *(Telka)* en un inglés arcaico y perfecto que entusiasmó a los filólogos. Su impresión era que los poemas le habían sido dictados por la entidad de una supuesta *Patience Worth*.

Nos hallamos claramente fuera del ámbito de las recomposiciones subconscientes de nociones adquiridas y luego olvidadas, porque el subconsciente no puede llegar a dominar una lengua en desuso desde hace más de tres siglos, sin sobrepasar la esfera individual y más allá de las mismas barreras temporales. Más bien, es preciso convenir en que el pasado, el indestructible pasado, nunca deja de influenciar misteriosamente el presente, a través de contactos intertemporales que realizan las mentes de algunos seres vivos y que determinan algo así como una reviviscencia de experiencias ya vividas, una especie de «transferencia de conocimiento» que, en algún caso, llega a constituir una auténtica «transferencia de personalidad». Nos encontramos en el mismo plano de los sueños que «hurgan en el pasado», pero aquí se trata de sueños lúcidos y, en consecuencia, desarrollados en pleno día además de ricos en efectos prácticos inmediatos.

Las vocaciones artísticas «impuestas»

El fenómeno de la imprevista irrupción de conocimientos y aptitudes extrañas se extiende a muchos ámbitos, incluidas la narrativa y las artes figurativas. En 1948, la escritora Frances Dale rehusó la suma que el editor quiso enviarle por una novela suya. En efecto, sostenía que ésta no era de su cosecha, sino obra de un sacerdote de la Atlántida. El vigilante turinés Lanfranco Davito, de quien nos hemos ocupado en el capítulo anterior, ha escrito y publicado algunos hermosos relatos ambientados en el Tíbet, país del que ignora en absoluto la historia y las costumbres. Tampoco esos cuentos serían obra de Davito, por cuanto habrían sido dictados por una «conciencia desencarnada», como se declara explícitamente en el prefacio (v. nota 19 al cap. VI). Esto, por lo demás, corresponde a la opinión común en casos semejantes, pero ¿es acaso necesario echar mano de la fe espiritista para explicar estos fenómenos?

Hemos visto que la facultad de revivir el pasado con todo cuanto éste ha contenido y contiene (incluso lo psíquico) pertenece a algunas mentes clarividentes y se manifiesta en una especie de sueño verídico (v. el caso de María Reyes de Z.), en el transcurso del cual se produce, asimismo, la identificación con otros sujetos y, por fin, con las cosas inanimadas. He aquí, pues, una hipótesis más simple y menos

antropomórfica que puede darnos razón de ciertas aventuras azarosas intertemporales de configuración espirita, como en el caso de Margaret Bevan, una anciana señora londinense que pinta retratos de personas muertas y completamente desconocidas para ella. Según las conclusiones de calificados estudiosos, en el 90% de los casos habría sido posible verificar la exacta correspondencia de aquellos retratos con fotografías de fallecidas tiempo atrás. Un personaje invisible guiaría (adviértase) la mano de la señora Bevan, obligándola a pintar aun a pesar suyo. Es cierto que los contactos con el pasado son, a veces, también borrascosos, y pueden producir consecuencias muy extrañas. Iris Cànti, una señora de Milán, no quería de ningún modo hacer de pintora, pues tenía inclinaciones del todo distintas, y, sin embargo, se siente de vez en cuando «obligada» a tomar los pinceles y a pintar sin tener nunca la idea precisa de lo que va a hacer. Si trata de rebelarse, pierde al punto la tranquilidad.

Para obligarla —dice— hay unas «fuerzas ocultas», y he aquí que una vez más volvemos al viejo *daimon* socrático y a las modernas interpretaciones que pueden darse de él. Tal como están las cosas, el resultado de la «pintura por coacción» de Iris Cánti tiene, indudablemente, interés, si bien sus cuadros se sustraigan a toda tentativa de clasificación según los términos pictóricos conocidos. Son cuadros que parecen introducirnos en un mundo irreal y fabuloso en el que predomina un solo elemento que actúa de protagonista absoluto: el símbolo. Se trata de símbolos fantásticos y sugestivos que se renuevan sin cesar en formas y combinaciones siempre distintas, si bien conservando, creemos, cierta convergencia de significados alegóricos en el sentido de la sabiduría esotérica india, materia absolutamente ignorada por la pintora.

Imágenes de naturaleza onírica, estaría uno tentado de decir, que evocan arquetipos primordiales como el océano (símbolo femenino y materno de la vida), las barcas (existencias individuales), y abundan ciertas misteriosas eflorescencias que acaso oculten las complejas estructuras de la personalidad humana y su eterno renovarse a través de las innumerables manifestaciones individuales. Decíamos que la pintora nunca está al corriente de lo que pinta, y añadimos que incluso una vez la obra está terminada, ignora su significado, a menos que alguna de las «fuerzas ocultas» la ilumine de una manera muy curiosa, o sea, dictándole versos rimados y barrocos, pero desprovistos del menor valor estético. Otro aspecto interesante es el de que la pintora no puede disponer a su antojo de sus propios cuadros, sino que debe esperar —para venderlos— a que las «fuerzas ocultas» hayan dado, a su vez, su beneplácito, lo cual, por lo que parece, sucede muy raras veces.

Otro caso interesante está en Bolonia. Hace algunos años, una modesta zurcidora, empujada por un impulso imprevisto, se llevó a su casa un pedazo de

arcilla recogido a orilla del Reno, tras lo cual, por sugerencia de una «entidad» no bien definida, comenzó a modelar con aquel material, siguiendo una técnica que nadie le había enseñado nunca. Poco a poco, de aquel trabajo salió una cabeza que parecía realizada por un escultor de talento: la de su hijo. Hablamos de Maria Lambertini, un sujeto mediúmnico del que ya nos ocupamos en el capítulo I a propósito de otro fenómeno. Siempre guiada por la misma entidad, modeló a continuación un fauno de clásica elegancia y, luego, una serie completa de figuras más o menos demoníacas, entre ellas, ciertos vampiros de cara sonriente. Téngase en cuenta que Maria Lambertini no poseía ningún conocimiento especifico que pudiera justificar no sólo semejante vocación tardía e imprevista dada su cultura, sino tan siquiera la particular dirección asumida por su producción.

Naturalmente, alguien se ha dado cuenta de su talento y la ha animado a proseguir. Consecuencia de todo esto es que ahora, en Italia, tienen una zurcidora menos y una *dilettante* de la escultura más, cuya única preocupación radica en la posibilidad de ser abandonada por su «espíritu guía», como ella lo llama. Si el «preceptor astral» se toma unas vacaciones —lo que sucede no raras veces—, Maria Lambertini se siente, sin más, «huérfana». No se trata de casos aislados, como se ve.

Los campeones de la pintura metapsíquica

El fenómeno del arte metapsíquico no es nuevo, si bien se presenta bajo muchos aspectos parcialmente distintos. Una de las características principales es que el impulso de pintar (o también de esculpir) eclosiona de improviso en adultos que nunca han demostrado poseer aptitudes artísticas y que están desprovistos de toda noción técnica pertinente. Obreros casi analfabetos, como el minero Augustin Lesage, y hombres intelectualmente dotados, pero para otra actividad por completo distinta, como Victorien Sardou, apenas se sintieron «empujados» a pintar, dieron pronto vida a una producción vasta e interesante, con características anómalas respecto de las corrientes artísticas de su tiempo.

Por regla general, estos artistas «metapsíquicos» son rapidísimos en sus ejecuciones, y no pocas veces ignoran el significado de lo que están pintando. Victor Spencer pintaba sus cuadros al revés, y los enderezaba sólo cuando la obra estaba concluida, y entonces resultaban comprensibles. El polaco Marian Gruzewski realizó en sólo cinco minutos, y a oscuras, su primer dibujo. En otra ocasión, le bastó un cuarto de hora para dar vida a una composición colmada de personajes y rica en fuerza expresiva. Téngase presente que, de niño, había sido clasificado como «infradotado» porque su mano, en lugar de escribir lo que sus maestros querían, lo hacía «por su cuenta», como les ocurre a ciertas personas en las que

predomina el inconsciente. También el curtidor Machner fue expulsado de una escuela de dibujo a causa de la imposibilidad de llegar a un acuerdo «su método espontáneo con el escolástico», como narra el profesor Egidi[9].

Sin embargo, las extrañas flores pintadas por Machner y sus curiosos «paisajes marcianos» eran, indudablemente, sugestivos, si bien no menos improbables. Más complejo es el caso de Frank Lowley, que era ya muy versado en el arte del dibujo aun antes de que se manifestaran en él los impulsos irreprimibles de dibujar de una manera muy distinta de la que le era usual. «He visto algunos de sus dibujos de la época anterior a que se produjera el fenómeno: dibujaba con minucioso cuidado, con mano firme y toque preciso, con delicadeza, a la inglesa», refiere Egidi. A partir de 1931, Lowley comenzó, al contrario, a dibujar de pronto «a velocidad fulminante, con mano estremecida y convulsa, con un temblor más fuerte en el brazo izquierdo inactivo que en el derecho, un caos de signos sin saber lo que hacía».

Pero de aquellos signos caóticos emergían, de vez en cuando, «personajes de todas las épocas y de todos los países», y más de una vez —añade Egidi— se pudo verificar, mediante investigaciones y búsquedas, la exactitud escenográfica de los temas. El artista ejecutaba decenas de aquellos dibujos cada día, empleando para cada uno de ellos un tiempo que variaba entre unos veinte segundos y poco más de un minuto. Aun vendado o a oscuras, dibujaba levantando continuamente el lápiz y, sin embargo, volviéndolo a colocar de manera invariable en el punto del que apenas se había separado. Algunas veces, dibujó, sin saberlo, alegorías de contenido precognitivo, de las que luego pudo establecerse la correspondencia con acontecimientos reales que en el acto de la creación artística aún estaban por venir (por ejemplo, la guerra de Abisinia o el bombardeo de Roma). Esto, como sabemos, es propio de los sueños precognitivos, cuyo contenido verídico sólo se pone de manifiesto a la luz de acontecimientos posteriores.

Bien mirada, la característica sobresaliente de esta producción metapsíquica consiste precisamente en el hecho de poseer la rapidez, la incontrolabilidad y —a veces— el contenido de conocimiento paranormal que caracterizan a los sueños «lúcidos». Y cuando no hay conocimiento paranormal, se da, sin embargo, aquella superabundancia e irregularidad de contenido fantástico propias de ciertas aventuras oníricas: baste pensar en las «Creaciones marcianas» de Hélène Smith y de Machner o, incluso, en las absurdas, pero no menos armoniosas escenas, de *Vida familiar en Júpiter*, debidas al pincel de Victorien Sardou.

Es «la otra cara del yo» la que impone, pues, a la mente consciente sus visiones, sus sueños que gravitan indiferentemente en la órbita de la realidad paranormal o en

la de la fantasía, y la que obliga a estos artistas metapsíquicos a la transcripción pictórica inmediata de aquellas imágenes. En sustancia, la pintura metapsíquica es la capacidad que poseen algunos de pintar los propios sueños a ojos abiertos, y esto, lejos de disminuirla, la sitúa en el mismo plano que el arte en general, del que, por otra parte, se diferencia por el grado de intensidad con que participa en dicha creación el inconsciente, que actúa como amo absoluto.

Los entresijos de la creación artística

En este convulsionado terreno de la inspiración que brota de manera imperiosa y turbulenta de las profundidades del yo, tal vez encontremos un punto de contacto y una coincidencia posible entre dos fenómenos en apariencia tan distintos, como la mediumnidad y el arte. «La obra de arte aún no creada tiende a imponerse a la voluntad consciente con potencia tiránica o con sutil sagacidad, sin preocuparse lo más mínimo del bienestar ni de los intereses personales del sujeto», observa Jung a propósito del arte en general[10]; y añade que se trata de un «complejo creativo autónomo», de algo que trata por todos los medios de salir a la luz «como si fuera un alma parcial disociada y dotada de una vida psíquica independiente de las jerarquías de la conciencia». Lo que Jung dice en general conviene perfectamente, por lo que parece, al arte definido como metapsíquico, que indica la inexistencia de un confín preciso entre los dos campos.

Acerca de estos afloramientos imprevistos de conocimientos e impulsos creativos del inconsciente se ha escrito mucho. Yogui Ramacharaka —un filósofo bien lejano al pensamiento occidental— observa, por ejemplo: «De pronto, una presencia nueva, extraña, no deseada y no buscada, se introduce en la conciencia. Alguna energía inescrutable la hace surgir y entrar en la mente, donde asume su papel consciente[11].» Parece superfluo subrayar que ni Jung ni el autor aquí citado se proponen atribuir significado alguno espiritista a esta «presencia extraña». Por otra parte, cuando se desecha la hipótesis espiritista, queda por dar una respuesta al problema de las fuentes de toda «inspiración» extraña (y se entiende que el concepto de extrañeza se refiere aquí a aquella parte de la mente que se conoce a sí misma).

Están, como ya hemos dicho, las hipótesis que trascienden al individuo y las que, por el contrario, quisieran trasladarlo todo a su proporción y a su medida. Jung está en contra de estas últimas. Excluye que las obras de arte dignas de este nombre pueden brotar del subconsciente (una especie de depósito para los contenidos psíquicos rechazados por la conciencia diurna), y declara que el origen de toda *auténtica* inspiración creadora es mucho más profunda, y que debe buscarse «en aquella esfera de la mitología inconsciente cuyas imágenes primordiales son

patrimonio común de la Humanidad». He aquí una autorizada toma de posición, en contra de las conocidas tesis de la creación artística considerada como simple elaboración automática y subconsciente de elementos ya adquiridos. Como las hipótesis de William James y de Wathely Carington, también la de Jung —que, por otra parte, refleja otros puntos de vista y se expresa con terminología distinta— trasciende, en cualquier caso, las dimensiones individuales.

Se trata de una ampliación de horizontes y, como tal, implica, naturalmente, la renuncia a visiones de tipo tradicional y antropomórfico, pero, al fin y al cabo, se trata de un progreso. Durante demasiado tiempo, el papel creativo del inconsciente ha sido ignorado e infravalorado, fuera de algunas vislumbres. Decía Alfred de Musset: «No es cierto que se trabaja con la mente. En realidad, nos limitamos a escuchar… a un desconocido que nos habla al oído.» El conocido alienista inglés Henry Maudsley afirmaba, a su vez, en una obra fundamental sobre la fisiología de la mente: «Los mejores pensamientos de un escritor son los involuntarios, aquellos de los que él mismo queda sorprendido. Bajo el influjo de la actividad creadora, el poeta actúa casi bajo dictado, por lo que a su conocimiento se refiere.» Esto explica por qué Rilke decía «recibir el don» de sus versos, y Grundtwig afirmaba haber cantado «cosas nunca conocidas»[12].

Esto es tanto como decir que la mente consciente es extraña a la verdadera inspiración. Y puesto que el limitado territorio inconsciente no puede ser invocado para ciertos grandes servicios, queda el inconsciente con su indefinida extensión, con sus presumibles conexiones hacia psiquismos externos y más vastos, de alcance superindividual y acaso, también, universal. Y aquí conviene hacer sitio a alguna otra intuición esclarecedora que sirva para presentarnos bajo una luz más realista, aunque desacostumbrada, la problemática de la creación artística, que limita con la del talento y del genio.

Escribe, por ejemplo, Jacques Buge —un literato ya citado por nosotros, que ha tratado de penetrar a fondo en los secretos creativos de algunos poetas más o menos inquietos y anticipadores de realidades desconocidas—: «Todo se desarrolla como si un arquetipo de la obra a realizar preexistiera en un punto misterioso, y como si el trabajo del poeta consistiera en aproximarse a ese punto mediante tentativas sucesivas. Se trata de conectarse con el futuro, con algún futuro anterior.» Y Olivier Quéant, otro joven que también ha ido en busca de realidades contrarias a los lugares comunes adquiridos, acepta, por su parte, la hipótesis bergsoniana del cerebro considerado como simple órgano físico de eslabonamiento («un relé que permite a nuestros centros nerviosos recibir mensajes venidos de un mundo inmaterial…») y afirma: «Todo cuanto sabemos, presentimos o adivinamos no nos pertenece directamente, pues no es más que el reflejo de algo que existe bajo forma

imponderable y absolutamente inconcebible, extrahumana, en la central del conocimiento: este éter de la inteligencia suprema y universal *(op. cit.)*.»

No hubiera podido decir mejor si hubiera hablado en términos de «universo psíquico», o bien —como Alexis Carrel en el fragmento antes citado— de un metafórico lugar situado «más allá de las cuatro dimensiones de nuestro Universo». Podemos intentar expresar ciertas realidades que sobrepasan el mundo sensible, pero con la condición de no olvidar que los términos usuales son absolutamente inadecuados, pues han sido creados para reflejar una realidad de orden inferior. Está claro que palabras como «éter», «central» o «futuro anterior», que suelen encerrar significados especiales o temporales, son puras y simples metáforas para encubrir una realidad que, por su misma esencia, escapa a todas las referencias habituales. La exploración de esta realidad no está exenta de incertidumbres, pero los hechos constituyen una guía eficaz.

Es preciso dejarse conducir por ellos, a fin de proseguir la indagación.

NOTAS — Capítulo VII

(1) PARAMAHANSA YOGANANDA, *Autobiografía de un yogui contemporáneo*, Buenos Aires, Kier.

(2) V. nota 6 al cap. IV, acerca de la opinión de Tyrrell al respecto. Fenómenos como la diapsiquia y ciertas visiones alucinatorias sufridas por varias personas demuestran, precisamente, la posibilidad de que dos o más individuos compartan el mismo "contenido psíquico".

(3) ALEXANDRA DAVID-NEEL, *Mystiques et magiciens du Tíbet*, Paris. Plon. La escritora habla de periódicos contactos mentales intercambiados entre ciertos maestros espirituales tibetanos y sus discípulos lejanos, contactos que se producen por medio de los llamados "mensajes al viento", o sea, por telepatía. Parece que el fenómeno se basa en "una muy intensa concentración de pensamiento que llega hasta el trance" y presupone una "sintonía" ya previamente establecida entre los dos que deben comunicarse, aparte un entrenamiento progresivo. Sin embargo, añade el autor, "algunos eremitas contemplativos han llegado a captar los mensajes telepáticos de su propio guía espiritual sin haberse ejercitado sistemáticamente".

(4) Esto, en sentido relativo. En efecto, los contactos intermentales desempeñan un papel indispensable, al menos, en las primeras edades de la vida, como está demostrado gracias a las observaciones de Ehrenwald y otros, sobre las relaciones telepáticas continuativas y fisiológicas entre madre e hijo (habla, sin más, de "cordón telepático"). Hay, incluso, quien sostiene que la particular receptividad de la mente infantil respecto al aprendizaje de lenguas y de otras disciplinas tiene un notable componente de percepción extrasensorial. En consecuencia, el desarrollo de la personalidad consciente inhibe el fenómeno.

(5) W. TUDOR POLE, *The silent road*, Londres, Spearman. Algunos extractos de la obra se reproducen en *La route du Graal*, de SIMONE SAINT-CLAIR, París, La Colombe, 1963.

(6) LIZELLE REYMOND, *Ma vie chez les Brahmanes*, París, Flammarion.

(7) El automatismo subconsciente ha sido considerado, sin más, como base de la creación artística por los primeros seguidores de la corriente surrealista, como resulta del *Manifiesto* de ANDRÉ BRETON.

(8) WALTER FRANKLIN PRINCE, *The case of Patience Worth*, Nueva York, University Books, 1964. V., también, el artículo de RUBY YEATMAN en *Ligth*, diciembre de 1956.

(9) Un notable repertorio de los casos más interesantes de pintura y arte en general de carácter metapsíquico aparece en el libro de FRANCESCO EGIDI, *Pittura e disegni metapsichici*, Milán, Bocca, 1954, del que hemos extraído algunas de las noticias aquí referidas.

(10) V. monografía "La psicología analítica en sus relaciones con el arte poético", en la obra ya citada de JUNG (nota 20 al cap. I).

(11) YOGUI RAMACHARAKA, *Serie de lecciones sobre el Raja Yoga*, Buenos Aires, Kier.

(12) Todo esto no es más que la necesaria profundización en un tema apenas tocado en el cap. I a propósito de los estados de sueño que favorecen la inspiración artística. La inspiración somete la mente a un régimen distinto del acostumbrado, convirtiéndola en pesadillas de una fuerza que se desencadena en las profundidades del ser. Escribe JUNG en la obra ya citada: "En tanto somos penetrados de fuerza creadora, no vemos ni conocemos nada; no nos está permitido siquiera conocer, puesto que nada es más pernicioso y peligroso, en aquel momento, que el conocimiento. Para poder conocer, es preciso, en primer lugar, salir del proceso creador y considerarlo desde afuera; sólo entonces se convierte en una imagen que expresa significados."

Capítulo VIII
LOS ALBORES DE UNA CONCIENCIA DISTINTA

La Humanidad progresa lentamente, al modo de un río que sigue su propio curso. Y como una gota de agua no puede remontarse hacia la fuente, así el hombre no es capaz de oponerse a la corriente que lo arrastra. El río corre hacia el mar. La Humanidad se dirige hacia algo más grande que ella.

Teilhard de Chardin.

La racionalidad y el genio

Louis Pasteur, en su discurso de ingreso en la Academia Francesa de las Ciencias, se refirió a algunos conceptos que debieron de parecer más bien audaces a sus colegas de tendencias racionalistas más evidentes. «Las nociones más preciosas de las que puede disponer el intelecto humano —dijo, entre otras cosas— residen todas en el fondo de la escena y están en la penumbra. Si fuésemos arrebatados fuera de estos entrebastidores, *las mismas ciencias exactas perderían esa grandeza que deriva de sus secretas relaciones con otras verdades de alcance infinito que apenas comenzamos a suponer, y que representan un vinculo de asociación con el misterio del mundo*.» Es raro que se encuentre un exponente ilustre del pensamiento científico que esté dispuesto a rendir un tributo tal, leal y valiente a aquel reino insondable y oscuro, pero rico en potencialidades desconocidas, que se extiende por debajo de la conciencia y de la subconciencia.

También Henri Poincaré ha hecho algunas concesiones en este sentido, en su obra *La valeur de la science*, cuando ha escrito: «¡Adivinar antes de demostrar! ¿Es necesario recordar que todos los descubrimientos importantes se han realizado así?» Y Louis de Broglie, otra mente penetrada de espíritu científico, escribe, a su vez: «... La intuición nos hace vislumbrar de repente, con una especie de luz interior que nada tiene que ver con el pesado silogismo, un aspecto profundo de la realidad. Son posibilidades peculiares que han tenido y tienen una importancia esencial en el desarrollo de la ciencia.» *(Sur les sentiers de la science.)* Podrían citarse también otras opiniones conformes: desde la de Bergson, que afirma la prioridad de la intuición sobre la inteligencia, a la de Maudsley, que afirma que el proceso de raciocinio no hace sino llevar al nivel de perfecto conocimiento cuanto ya era sabido gracias a la intuición.

Con todo, el hecho de que la ciencia recorra los caminos luminosos y claros de la racionalidad hace olvidar a muchos que, al mismo tiempo, hunde sus raíces en lo que Pasteur llama «el misterio del mundo» y que se alimenta «de desconocidas verdades de alcance infinito». Es tributaria, por tanto, de la intuición. Es necesaria mucha humildad para recordar estas cosas, y, por el contrario, la humildad, como el sentido de las proporciones, no es un don para todos. Si es verdad que el pecado primigenio fue un pecado de orgullo, no es difícil imaginar sus razones, pues son las mismas que siempre han caracterizado la actitud del *Homo sapiens*, el cual tiende a atribuir todo mérito de su progreso a aquella pequeña zona de la psique de la que la madre naturaleza le ha dotado para hacer frente a una parte del Universo a su vez relativamente restringida. Está pronto a negar con resolución que los territorios ignotos de esa misma psique puedan tener alguna importancia que no sea negativa, y a negar, también, que la evolución pueda cultivar otros designios que no sean los de perfeccionar ulteriormente su lucecita consciente.

Es justo que el hombre esté orgulloso de su raciocinio pero con la condición de que éste no haga surgir una racionalidad defectuosa y superficial que niegue valor a una parte de la experiencia. Hemos visto que el secreto de ciertas adquisiciones mentales no aparece vinculado a los fastos del intelecto consciente, pero es necesario ir más allá, y precisar que cuanto más elevadas son las creaciones de la mente humana, menos empeñada en ellas aparece la esfera clara y raciocinante. Ninguna definición del genio puede darse, en efecto, sino en términos de psiquismo ultraconsciente, el cual resulta «inconmensurable» respecto del pensamiento lógico y reflexivo, como ha observado justamente Myers. Y, de hecho, todas las creaciones del genio hacen presentir, de una manera oscura, que existe un psiquismo de orden superior, cuyas reglas constructivas y expresivas se conforman según leyes desconocidas.

Precisamente, escribe Myers: «Así, cuando nos encontramos en presencia de uno de los grandes productos verbales de la Humanidad, como, por ejemplo, el *Agamenón* de Esquilo, no podemos resistir a la vaga impresión de que otra inteligencia distinta de la razón sublimal o de la selección consciente haya tenido parte en la elaboración de esta tragedia. El resultado se asemeja más a una presentación imperfecta de algún esquema basado en percepciones desconocidas para nosotros, que a la perfección que se deriva de una selección racional de datos conocidos.» Hay otros reconocimientos interesantes. Walstein, por ejemplo, afirma expresamente que Shakespeare debe haber adquirido, sin esfuerzo del inconsciente, «grandes verdades escondidas para la mente consciente», y añade: «Así esculpió Fidias mármoles y bronces, y así Rafael pintó vírgenes y Beethoven compuso sinfonías.»

La extrañeza de las creaciones del genio respecto del restringido universo psíquico de la conciencia está comprobada también por el hecho de que no raramente son los seres menos dotados y menos maduros intelectualmente quienes reciben con largueza los dones gratuitos procedentes de la fuente misteriosa. Tenemos, por ejemplo, el caso típico y muy significativo de aquellos genios provisionales que son los niños prodigio: un fenómeno que la psicología tradicional es incapaz de explicar, desde el momento que prescinde totalmente de las aportaciones cognoscitivas del yo profundo. En edad más que inmadura, niños sin preparación demuestran de repente capacidades superiores a las de los mismos adultos, y esto en materias complejas que requieren no sólo aptitudes innatas, sino también conocimientos técnicos y habilidades ejecutivas que no se adquieren sin aprendizaje adecuado, como la música, las lenguas, el arte poético, el cálculo aritmético en algunos de sus aspectos más complejos, o el juego de ajedrez.

Los niños que saben demasiado

«El genio es un secreto de la infancia», ha escrito Aimé Michel, quien se inclina, por lo que se refiere a la génesis de semejante fenómeno, a atribuir mucha importancia a los factores representados por la atmósfera de pasión familiar tradicional por cierta disciplina, y por la alta especialización técnica que de ello resulta y que se va afinando de generación en generación[1]. Pero esto puede decirse de algunos niños prodigio (por ejemplo, de la dinastía musical de los Bach), no para todos los demás. El mismo Michel cita, en efecto, casos que se sustraen a la presunta regla: el de Ovidio, por ejemplo, que se expresaba habitualmente en hexámetros a la edad en que los otros niños consiguen simplemente hablar con cierta soltura, pero no parece que sus familiares compartieran esa predilección suya.

Un día, el padre del futuro autor de *Las metamorfosis*, cansado de aquella manía versificadora, amenazó al muchacho con pegarle si no cesaba en ella. Entonces, el pequeño Publio se puso a llorar y, siempre llorando, suplicó a su padre —en hexámetros impecables— que lo perdonara. En tiempos más recientes, está el caso de Christian Heinechen, el cual nació en Lubeck el 6 de febrero de 1721 y se extinguió en la misma ciudad a la edad de cinco años, más o menos, tras haber brillado como un meteoro fulgurante, pero probablemente consumido por su mismo ardor.

Era el quinto hijo de un pintor, y de él nos dicen las crónicas que conjugaba los verbos latinos aún antes de caminar; pero todavía hay más. Antes de concluir su breve aventura terrena, tuvo tiempo —no se sabe cómo— de aprender el hebreo y

de interesarse, no sin profundidad, en varias materias, entre ellas los clásicos griegos, la Geografía y la Historia del Arte. Podría tratarse de una pura leyenda, por supuesto, mas es difícil creer que existan leyendas privadas del menor contacto con la realidad. Está el caso bien conocido de Pico de la Mirándola, que, a los cinco años, fue capaz de repetir en sentido inverso (desde la última a la primera palabra) una poesía de Mateo Boiardo que apenas había oído por vez primera, y que a los diez años era ya «protonotario apostólico». A los catorce, estudiaba Derecho Canónico en la Universidad de Bolonia.

En efecto, parece que la Naturaleza se muestre más pródiga, en cuanto a misterios, de lo que el perezoso intelecto humano es capaz de aceptar. Y dejamos aparte los casos demasiado notorios de precoz genialidad musical, que tuvieron su prototipo en Mozart, y de los que, de vez en cuando, vemos manifestaciones nuevas, si bien mucho más modestas, en los jovencísimos campeones capaces de dirigir poderosos complejos orquestales. El común denominador de casos aparentemente tan distintos es que cada niño o jovencito de talento precoz parece casi penetrado de una pasión única y arrolladora, lo que nos recuerda mucho el irresistible transporte de los artistas llamados «metapsíquicos».

Del mismo modo que Ovidio no podía por menos de expresarse en versos, hay alguno que dice resultarle imposible «vivir sin música»[2], y alguno que no puede dejar, con medios improvisados, de aprender lenguas vivas y muertas, aunque en su casa no haya nadie para darle ejemplo[3]. En Viena, en el otoño de 1917, se exhibía un jovencísimo campeón de ajedrez capaz de jugar (y, generalmente, también de vencer) seis partidas al mismo tiempo: era el niño polaco Rezeszewski. No tenía planes de juego ni analizaba previamente sus movimientos; simplemente, decía que confiaba en su «sentido del ajedrez» como otros se atienen al sentido de la música, o al de las lenguas, o al de las relaciones numéricas. Y se divertía tanto, que de buen grado hubiera pasado todo su tiempo en esa ocupación, si se lo hubieran permitido. A continuación, como les sucede a tantos músicos precoces, perdió la pasión exclusiva por el ajedrez y, con ella, también la habilidad superior que le había asistido de niño.

En el mismo cuadro, pienso, puede incluirse un caso que me fue dado observar personalmente en 1953. Se trataba de un niño de seis años que no podía por menos de dibujar: Gianni Cavalcoli, de Rávena. Hay muchos niños que dibujan, por supuesto, pero Gianni ejecutaba con una rapidez inaudita dibujo tras dibujo que dejaban asombrados a los expertos por la celeridad de la ejecución, el vigor de las cualidades expresivas, la riqueza del contenido fantástico. En tres años, produjo 20.000, y, luego, su fiebre creadora fue normalizándose poco a poco. Muchos de aquellos bosquejos parecían representar animales prehistóricos que sólo tenían una

vaga semejanza con aquellos de los que se preocupan los tratados de paleontología, y eran siempre representados en actitudes expresivas y dinámicas, al borde de composiciones complejas y, al mismo tiempo, armoniosas.

Como en el fenómeno del arte metapsíquico, también en este campo es el inconsciente el que actúa de manera impetuosa, arrollando las resistencias aún escasas de la mente consciente, pero se trata del inconsciente en su polaridad luminosa y cognoscitiva, que hasta ahora ha sido ignorada o infravalorada. Sin embargo, hay quien cree, incluso en el ámbito académico, que junto a la conciencia normal y a los varios niveles del inconsciente, existe un «tercer modo de ser de la psique»: el de la *superconciencia*, al que serían atribuibles las más elevadas manifestaciones creativas, y que está en la conciencia y en los niveles próximos a ésta, como el ultravioleta respecto a la gama luminosa visible y a la banda oscura del infrarrojo. Se trata de un concepto que se remonta a Martiny, pero del que se han apropiado otros insignes estudiosos contemporáneos, entre ellos, el italiano Disertori, el canadiense Bucke, el inglés Walker y el austríaco Urban, todos los cuales van contra corriente respecto a la tendencia común que está empeñada, como es sabido, en poner de relieve sólo los aspectos inferiores e instintivos de la psique profunda. Se trata de médicos muy versados en psicología y neuropsiquiatría; quiere decirse que son conocedores profundos de la mente humana.

Las mentes abiertas al cálculo

Algunas de las características hasta el momento consideradas resultan aún más evidentes cuando se pasa a considerar el fenómeno de los niños calculadores, de los que se diría que la Naturaleza oculta en ellos a un tipo de hombre dotado de facultades intelectuales altamente especializadas y, en gran parte, extraconscientes, las cuales, sin embargo, sólo se mantienen raras veces en el adulto. André Ampère, el fundador de la electrodinámica, fue un calculador mental, pero de una manera limitada, a pocos años de su tierna infancia. Aún no había frecuentado una escuela, y ya calculaba a pleno ritmo con las judías, de las que siempre llevaba una buena reserva en los bolsillos. Una vez, la madre le privó de las queridísimas legumbres, por la sencilla razón de que el niño, en aquel período, estaba obligado a guardar cama a causa de una enfermedad febril que lo obligaba, entre otras cosas, a estar a dieta.

Al cabo de tres días de severo ayuno, al fin le fue permitido el primer bizcocho. En lugar de comérselo, el pequeño André lo desmenuzó y se sirvió de las migajas para llevar adelante aquellos cálculos aritméticos que, evidentemente, le eran más necesarios que el pan. Es un episodio contado por Arago, que también fue, de niño,

un calculador prodigioso. El hecho interesante es que Ampère perdió progresivamente sus aptitudes para el cálculo mental, a medida que sus dotes matemáticas se fueron consolidando en el plano consciente. Hay, pues, una parábola que suele caracterizar, aunque no siempre, el efímero esplendor intelectual de los niños prodigio. Diríase, en efecto, que su mente sea receptiva al máximo en la más tierna edad —acaso en razón de las reducidas capacidades que tiene entonces el intelecto consciente para inscribirse, con sus aptitudes críticas e introspectivas, en el misterioso proceso que conduce a captar nociones de las fuentes desconocidas—, en tanto que, a continuación, la receptividad se debilita a medida que el sujeto asume una conciencia más plena y directa de sí, con todas las ventajas, mas también con todas las inhibiciones que ello implica.

Los casos de precocidad en el cálculo se encuentran entre los hechos más desconcertantes que se conocen[4]. Cuando Giacomo Inaudi apacentaba las ovejas por los senderos campestres de Onorato (Piamonte), aún no había puesto pie en el aula de una escuela, y, sin embargo, realizaba cálculos a la buena de Dios, con la ayuda de piedras, que hacían de cifras. Y, entonces, adquirió un curioso hábito que luego conservó para toda la vida, incluso cuando fue reconocido, muchos años después, como uno de los más grandes calculadores de todos los tiempos: la de sumar y restar empezando por la izquierda, a la manera india. Pero está claro que nada sabía de semejante uso y, en rigor, no debía haber sabido nada de los sistemas de cálculo, que había «descubierto» por sí solo.

La misma increíble precocidad para los cálculos la tuvieron también un tal Mattia il Gallo, que vivió en el siglo XVII; Vito Mangiamele, un pastorcillo siciliano que, en 1887, cuando tenía apenas diez años, tuvo el honor de ser presentado ante la Academia Francesa de Ciencias; Henri Mondeux; y Ludwig Kahn, que, de adulto, abandonó el cálculo para ejercitar sus grandes dotes de clarividente. Se plantea, en este punto, un problema para el que la psicología clásica no parece capacitada para dar una respuesta exhaustiva: cómo puede una mente infantil y totalmente ayuna de nociones aritméticas descubrir la existencia de los números y de sus relaciones y cómo puede apasionarse por tan abstracta materia.

También la india Kumari Shakuntala Devi, de quien se han ocupado muchas veces las crónicas de nuestro tiempo, comenzó a calcular en edad preescolar, y muy pronto se dio cuenta de que estaba capacitada para rectificar los errores aritméticos de los adultos. Yo tuve el placer de encontrarme con ella en 1951, cuando la joven india se exhibió —presentada por el orientalista Pietro Silvio Rivetta— en un aula de la Universidad de Roma. Su nombre tiene un poético significado: «la muchacha llevada por los pájaros». En efecto, Shakuntala Devi me hizo pensar en una golondrina, acaso por la gracia frágil de su figura, de la que resaltaban el negro

intenso de los ojos y los cabellos; o tal vez, también, por la alada celeridad con que respondía a los problemas aritméticos propuestos por los presentes. Tenía una mirada seria, a veces, incluso, triste.

Vencida la timidez de los primeros instantes, Shakuntala Devi extrajo sin dificultad, tras una simple mirada, raíces cuartas y sextas —e incluso de orden superior— de números con docenas de cifras. Efectuó con la misma rapidez multiplicaciones de resultados astronómicos y determinó el día de la semana correspondiente a algunas fechas escogidas al azar. Pero todo esto —dijo— era demasiado simple para ella. Con la intención de llegar a los límites de su capacidad de cálculo, le fueron entonces propuestos problemas aritméticos cada vez más arduos, pero esos límites no fueron alcanzados. Cuando le rogaron que ilustrara los procedimientos mentales seguidos por ella para simplificar los cálculos, repuso con toda sencillez que no tenía ningún sistema particular, ni siquiera para el desdeñable jueguecito de las fechas. Y con mirada rebosante de sinceridad y un poco ansiosa, dijo que le hubiera estado muy agradecida a quien hubiera sabido explicarle «qué cosa actuaba dentro de ella».

Los visionarios de la aritmética

Rivetta trató de explicar el fenómeno y habló de técnicas de yoga y de «intervención del yo profundo», y, en primer lugar, llamó la atención acerca de una peculiaridad que tal vez había escapado a alguno de los presentes: el hecho de que la joven india, antes de someterse al asalto de las preguntas, se había recogido algunos instantes en una especie de meditación. Se trataba, en realidad, de aquel estado de conciencia «distinto» que los adeptos del yoga llaman *dharana* y que permite, precisamente, movilizar los recursos de la psique profunda[5]. Una vez alcanzado ese particular equilibrio psicológico, la mente de Shakuntala no tenía necesidad de apoyarse en algoritmos más o menos conocidos, sino que le bastaba una simple mirada para darse cuenta del problema, e, inmediatamente después, tenía «la visión» del resultado. «Las mías son visiones matemáticas», dijo explícitamente.

Esta puntualización —que coincide con otras análogas hechas por algunos calculadores del estilo de Shakuntala— nos dice, en sustancia, que en estos sujetos coexisten y colaboran dos distintas modalidades de pensamiento y de conciencia: la del yo consciente —que se vale de los acostumbrados procedimientos lógico-deductivos— y la potencia trascendente de un psiquismo profundo que no tiene necesidad de cálculos porque, como dice Mackenzie, tiene «el sentido intuitivo del número». Según este autor, los calculadores de este tipo son sensitivos, y sus demostraciones entran en el ámbito de los fenómenos «seguramente paranormales,

o sea, procedentes de una fuente distinta, no racional»[6].

Se conocen muchos «visionarios» de la aritmética, e incluso alguno de la matemática. Cuando el calculador Bidder descomponía en seguida y sin ninguna necesidad de algoritmos mentales un número cualquiera —hasta de proporciones enormes— en sus factores primos, hablaba de un «instinto innato», pero dudamos que los biólogos y psicólogos puedan aceptar este tipo de explicación sin haber ampliado primero notablemente las premisas implícitas sobre las que están fundadas sus respectivas ciencias. Más interesante aún es el caso de Ferreòl, un calculador estudiado por Moebius. Era capaz de resolver, sentado, cualquier problema que se le propusiera, pero —explicaba— no era él quien encontraba las soluciones. Él sólo escuchaba «una voz interna» que se las dictaba. Después, trataba de verificar la exactitud con los acostumbrados procedimientos deductivos. Parece el triunfo de lo irracional, pero de un irracional que no deja ningún margen para los errores. Los clarividentes pueden equivocarse e incluso, a menudo, se equivocan; los calculadores aciertan siempre.

Pero hay aspectos aún más significativos del fenómeno, en el sentido de que demuestran qué poca parte tiene en él la estructura mental consciente, o sea, la inteligencia y la cultura. Según Binet, Inaudi estaba por debajo de la inteligencia media normal. Myers y Tocquet nos dicen que el calculador belga Oscar Verhaege (hoy en la cuarentena) fue considerado de joven como un retrasado mental; que Thomas Fuller, un esclavo negro de Virginia, murió a los ochenta años sin haber aprendido nunca a leer y a escribir; que el inglés Jedediah Buxton nunca consiguió garabatear su propia firma; que el americano Zerah Colburn fue siempre el último de la clase. Más interesante aún es el hecho de que las posibilidades del yo profundo, que en otros campos de lo paranormal se nos han aparecido bajo una luz enigmática y aleatoria, aquí «parecen, por el contrario, al servicio sistemático de la mente consciente», como si la Naturaleza hubiera encontrado, al cabo, el modo de coordinar en una relación estable y duradera los dos planos de la psique, aunque sea para una finalidad que a muchos podrá parecerles desprovista de toda relevancia biológica.

Las modalidades de semejante colaboración resultan de los hechos. Inaudi solía entretenerse con el público hablando por hablar, mientras la parte consciente de su mente se ocupaba de algunos cálculos «ligeros». Al mismo tiempo, otra parte de la mente, la sustraída al control consciente, resolvía «a escondidas» los cálculos más complejos, de los que, luego, rendía cuentas dando el resultado obtenido. Un amigo de Inaudi, Dagbert, en el curso de una sesión pública, logró desarrollar a la vez los cálculos relativos a siete problemas distintos mientras tocaba, con la flauta, una melodía de *Il trovatore*, lo cual, según decía, le ayudaba mucho[7]. Otro gran

calculador desaparecido hace poco, Lidoreau, explicaba: «Según creo, el hecho de que el cálculo no me fatigue se debe a la increíble ayuda que me presta el subconsciente; es él quien trabaja sin que yo lo sepa, encargándose de las tareas más importantes.» Y no sólo Lidoreau no se fatigaba, sino que experimentaba un verdadero placer al resolver mentalmente cierta clase de problemas de análisis indeterminado, muy por encima de los acostumbrados virtuosismos aritméticos. Cada noche, antes de dormirse, relajaba sus nervios con la rápida búsqueda de los números enteros que pudieran satisfacer a cualquier sistema prefijado de ecuaciones de segundo y tercer grado.

Como Shakuntala Devi y muchos otros, también Lidoreau tenía sus «visiones matemáticas», que consistían en la percepción mental de relaciones muy especiales que existen entre los números, pero, cuando trataba de explicar a otros la naturaleza de esas relaciones, no lograba encontrar las palabras apropiadas para expresar sus conceptos[8]. Es uno de tantos hechos que parecen abonar la hipótesis, ya muchas veces entrevista, de la existencia —en nosotros— de «un sistema de pensamiento que trasciende las comunes posibilidades expresivas ligadas a los símbolos verbales y a la lógica ordinaria». Se trata de aquella clase de pensamiento que la escuela inglesa de cibernética llama «heurístico» para contraponerlo al pensamiento «algorítmico», o sea, «mecanizable», cuyos procedimientos —desde el punto de vista cibernético— son los mismos a los que se debe el funcionamiento de las calculadoras electrónicas[9]. Sabido es, también, que estos nuestros émulos alumbrados por la civilización tecnológica son mucho más competentes que nosotros en su terreno. En cambio, ni siquiera cabe imaginar (y ésta es una espina clavada en el corazón de los neopositivistas) que esas máquinas lleguen nunca a compartir con el hombre la facultad del pensamiento suprarracional o «heurístico», que es asunto nuestro exclusivo y que, a veces, como sabemos, parece brotar de profundidades insondables.

Los caminos insondables de la evolución

Por desgracia, existe una regla férrea que induce a desconfiar de los seres «distintos» de aquéllos que, en una época dada, representan la norma, y a verlos bajo la luz de la patología. La idea del genio como expresión contigua a la locura, que se remonta a Lombroso, es demasiado rica en reconfortación implícita para cuantos consideran pertenecer a la mayoría normal, como para que pueda ser reconocida por lo que es: un mito grosero. Pero es un mito que se disfraza y se adapta a los tiempos. Según los lugares comunes de cierta psicología, toda indulgencia respecto a ejercicios mentales que constituyan fines en sí mismos puede

hacerse sospechosa de esconder una fuga neurótica de la realidad, y la misma sospecha recae sobre el ejercicio de facultades insólitas y no inscritas en el cuadro de las actividades de inmediata y reconocida utilidad social. Toda la literatura erudita acerca de las facultades paranormales está penetrada de semejante prejuicio, que comporta una implícita descalificación de los raros individuos en los que se encarnan dichas facultades.

Por el contrario, se olvida de buen grado la existencia de muchas otras personas perfectamente integradas y equilibradas que, sin embargo, poseían o poseen facultades insólitas, como en el caso de Lidoreau: un hombre culto e inteligente, cuyo brillante currículo de industrial sirve, al menos, para demostrar su perfecta integración en el contexto social[10]. Lo que no le impedía, por otra parte, amar con ingenuo apasionamiento dos cosas: los números y los pájaros, y no por azar comparaba unos con otros cuando quería dar una idea de sus «contemplaciones matemáticas». Las cifras que llenaban su mente, muy a menudo empeñada en los cálculos, eran para él como las hileras inquietas de gorrioncillos que a veces se ven alineados a lo largo de las cornisas de las casas o en los cables del tendido eléctrico: de vez en cuando, un gorrión se echa a volar y cambia de sitio. Lidoreau era un soñador, no cabe duda, pero con la facultad de dirigir sus propios sueños y de experimentar con ello un gran placer.

Acaso el fenómeno no tiene una relevancia social directa, pero podría ser importante desde cualquier otro punto de vista. Es preciso considerar que los caminos de la evolución son, por lo general, impenetrables. Escribía Myers: «Nadie puede explicar la evolución sin suponer tácitamente que la Naturaleza tienda, de alguna manera, a desarrollar la inteligencia, y que tal vez tenga la necesidad de desarrollar la alegría. Sin embargo, ello no se cumple en un corredor como el conejo, ni en un conquistador invencible como el microbio de la gripe.» He aquí a un precursor auténtico de Teilhard de Chardin. Calculadores aparte, es cierto que el yo de superficie nunca podrá romper del todo los vínculos con aquel otro tipo de conciencia y de pensamiento que está latente en nosotros, y del que cada uno, de una manera más o menos oscura, advierte la presencia. Y puesto que *todo lo que no puede ser suprimido está destinado a perfeccionarse*, convendría ser cautos antes de determinar, con un criterio simplista, que los calculadores mentales u otras personas dotadas de facultades insólitas deban interesar sólo a la patología mental. Como dice Jean Charon, que, por lo demás, sólo se refiere a los calculadores mentales, no cabe excluir que estos seres «intuitivos» representen los primeros albores del psiquismo humano de mañana. Ello presupone que las facultades suprarracionales, hoy latentes y de las que se tiene indicio sólo en particulares estados de «superconciencia», podrían encontrarse coordinadas de manera estable

con las facultades conscientes.

La Naturaleza realiza sus experimentos, ensaya tentativas, toma caminos que a nosotros pueden parecernos sin salida, pero, antes o después, alcanza sus objetivos lejanos. Los celacantos eran peces ridículos a causa de sus aletas demasiado largas; en realidad, eran, al mismo tiempo, distintos de los otros peces, pero aún no eran reptiles. ¿Y qué se hubiera pensado del caballo en los tiempos del *eohippus*? Según Teilhard de Chardin, el psiquismo, difundido en todas partes en la Naturaleza, debe evolucionar del estado de *pre viviente* (materia inanimada y bruta, dirigida exclusivamente por las leyes físicas) al de *viviente* (seres guiados por el instinto y formas de inteligencia reflejadas cada vez más elevadas, que culminan en el psiquismo humano), pero hay un estadio ulterior y tal vez en vía de ser alcanzado que es el del *ultra viviente*, al que pertenecerá el hombre cuando tenga a su disposición el arma del conocimiento absoluto: la intuición.

En el intermedio, los experimentos de la Naturaleza prosiguen. Y esto determina que, de vez en cuando, aparezcan individuos tanto más raros cuanto más insólitas son sus facultades (según la conocida ley de distribución representada por la curva de Gauss). Cuenta Bernard Vives[11] que al premio Nobel Wolfgang Pauli se le presentó un día en su gabinete de trabajo, en el Instituto de Física de Zurich, un joven prófugo húngaro que no había seguido ningún curso superior y, sin embargo, pretendía haber descubierto una teoría fisicomatemática de alcance revolucionario. Creyendo tener que vérselas con un desequilibrado, Pauli tomó el manuscrito que le confió el mozo y lo pasó al psicoanalista Jung, a fin de que lo juzgara desde el punto de vista de su ciencia. En breve, Jung convenció a Pauli de que leyera aquellas páginas, y, entonces, éste advirtió, con enorme estupor, que el joven húngaro había determinado las ecuaciones de una elaborada estructura matemática en la que el famoso físico estaba trabajando por aquel tiempo en colaboración con Heisenberg, y todo esto sin preparación y sin guía, por germinación espontánea de aquel terreno desconocido y fertilísimo del que algunos gozan los frutos aun sin pertenecer a la aristocracia del saber.

Cuando el joven húngaro fue interrogado por Pauli, resultó que el nivel de sus conocimientos matemáticos era claramente inferior al trabajo realizado por él. Podía suponerse un plagio de ideas, pero la encuesta emprendida de inmediato permitió encontrar los apuntes circunstanciados sobre cuya base aquel «intruso de la matemática» había elaborado su teoría.

El espíritu sopla donde quiere

¿Qué nombre debe dársele a una manifestación de valía que supera claramente el rendimiento ordinario de un sujeto? Referirla al «genio» sería demasiado comprometido. La facultad que opera es la misma, con la diferencia de que, en el genio, asume contornos claros y regulares, mientras que aquí nos encontramos en un terreno incierto, en el que predominan sus manifestaciones aventuradas y esporádicas. Probablemente, es cuestión de organización general de la personalidad. Según el original concepto de Myers, que a nosotros nos parece muy verosímil, el secreto de la genialidad (o de las manifestaciones superconscientes, si se desea usar tal expresión) radica en una «coordinación» entre el estado de vigilia y el de sueño; algo que recuerda la unificación de los estados de conciencia hacia los que tienden las prácticas yóguicas.

El hombre de genio —dice Myers— lo es en cuanto «introduce en el estado de vigilia el beneficio de las asimilaciones profundas que se efectúan durante el sueño»; y cita el caso de John Stuart-Mill, quien compuso capítulos enteros de *sus Principios de lógica* mientras recorría, completamente absorto en sí mismo, la bulliciosa Leadenhall Street. Son las condiciones de recogimiento interior propicias al contacto con el yo secreto; los famosos «estados hipnoides» a los que nos hemos referido en el capítulo I, que presuponen una restricción del campo psíquico consciente y su subordinación (o, tal vez, incluso fusión) en el ámbito de una conciencia más vasta y poderosa. «La sugestión hipnótica tiende, precisamente, a esta cooperación entre el estado de vigilia… y el estado de sueño», añade el mismo autor (*op. cit*., p. 87-88). Y, en efecto, hemos visto cuán amplia parte tienen el trance y los estados afines en la génesis de todo conocimiento inexplicable.

Hay quien alcanza automáticamente este estado de plena cooperación entre los dos planos de la personalidad, como, por ejemplo, el caso de Pasqualina Pezzola para poder dictar sus diagnósticos infalibles. Por el contrario, hay quien no experimenta la menor necesidad de alcanzar la plenitud auténtica del trance para poner en movimiento el mecanismo que permite alcanzar los «conocimientos extraños». Y aquí —tras haber hablado de los intrusos de la matemática y de la Medicina—, debemos referirnos a un intruso de la cirugía que consigue, en su terreno, maravillas aún más asombrosas. Se trata de José Pedro de Freitas, un simple y un tanto distraído escribiente que vive en Congonhas do Campo, donde todos lo llaman familiarmente con el sobrenombre de *Arigó* (literalmente, campesino simplón). Congonhas do Campo está a diez horas de coche de Sao Paulo (Brasil).

Arigó tiene dos vidas y dos profesiones. Por la mañana, se asegura lo necesario para vivir, oficiando de empleadillo en una oficina del Ayuntamiento; y, por la tarde, en un estado muy próximo al trance, se dedica gratuitamente a la cirugía.

Aunque cuenta poco más de cuarenta años, ha operado a tantos pacientes como haya visitado, acaso, Pasqualina Pezzola. El quirófano de *Arigó* es la misma cocina de su casa, dividida en su mitad por una cortina. Sus instrumentos de trabajo —guardados en una caja de hojalata de galletas—, consisten en un viejo bisturí, unas tijeras y unas pinzas. También tiene un asistente que se llama Altomir Gómez[12].

Pero aún no nos hemos referido a los aspectos más singulares de este caso. *Arigó* no se limita a operar sólo los abscesos y los pequeños quistes subcutáneos, sino que extrae cálculos del hígado y de los riñones; extirpa tumores de órganos internos e interviene con particular habilidad las afecciones quirúrgicas del ojo.

Henos aquí, pues, frente a uno de tantos aspectos de la realidad desconocida, que puede reservar más sorpresas de cuanto pueda creerse. Resultaría difícil creer en todo esto si sobre las actividades de *Arigó* y su competencia no se hubiera realizado una película documental de un par de horas de duración. Podría suponerse que su clientela esté compuesta de gentes sencillas, pero, por el contrario, ha operado a personalidades del mundo religioso y político brasileño, así como a extranjeros llegados de lejanos países. Acerca de él se han escrito libros y se han organizado polémicas. Alguien ha tratado, incluso —si bien inútilmente—, de impedirle la continuación abusiva de una actividad que las leyes subordinan a la posesión de calificaciones muy precisas.

Este hombre, que ha realizado estudios elementalísimos y jamás ha abierto un tratado de Anatomía, supera, imperturbablemente, todas las tempestades y continúa operando y operando. Los enfermos se colocan en fila en su cocina y aguardan turno. Luego, sufren las intervenciones sin manifestar ninguna reacción visible al dolor, tal vez porque también ellos entren en un estado de conciencia atenuada; de otro modo, no podría explicarse la curiosa circunstancia de que haya «heridas quirúrgicas que dejen inmediatamente de sangrar, apenas *Arigó* lo ordena». A diferencia de los rituales simples y funcionales de Pasqualina Pezzola, los de *Arigó* se entroncan con una complicada mitología ambientada en el cuadro de ese curioso sincretismo religioso entre espiritista y cristiano que ha nacido en el Brasil.

Pero, como ya hemos visto a propósito de la clarividencia, lo que tiene importancia es el fenómeno en sí, y no los rituales en los que éste halla expresión exterior. Los testimonios de los viajeros y misioneros acerca de proezas curativas realizadas por los hechiceros de tribus primitivas, brujos y demás no dejan ninguna duda acerca de las posibilidades excepcionales que la mente puede alcanzar en sus niveles superiores de rendimiento, lo cual sucede esporádicamente en algunos sujetos y con mayor regularidad, en otros. El aspecto más interesante del fenómeno viene representado por la amplia parte que tienen en éste los simples de espíritu y

los niños, o sea aquellos en quienes la voz del «ego» es menos orgullosa y más sumisa. Si buscamos un denominador común para las múltiples manifestaciones que hemos ido analizando, parece posible encontrarlo en una frase famosa de san Pablo: «Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes.» (I *Corintios*, I, 27.)

NOTAS — Capítulo VIII

(1) AIMÉ MICHEL, *Les jeunes prodiges*, en *Science et Vie*, n.° 357, junio 1962.

(2) Es el caso del jovencísimo organista Jean Claude Pennetier, de quien habla el mismo A. MICHEL en el citado artículo.

(3) Típico ejemplo es el del lingüista Alfredo Trombetti, autor de importantes obras de filosofía comparada e ilustre profesor en las Universidades de Bolonia y Venecia. Nacido de padres analfabetos, aprendió precozmente, y por sí solo, el francés y el alemán. A los doce años, conocía ya el latín, el griego y el hebreo. Al llegar a su madurez, sabía más de un centenar de lenguas entre vivas y muertas. Para dominar una lengua —el persa, por ejemplo— no necesitaba más de algunas semanas.

(4) Algunas importantes noticias sobre los calculadores prodigio las de MYRES en la obra ya citada (p. 77 y ss.). De Inaudi se ocupó BINET en la *Revue Philosophique* (1895). Un repertorio orgánico de noticias aparece en el libro del profesor ROBERT TOCQUET, *Le calcul mental à la portée de tous*, Les Productions de Paris, 1960.

(5) La primera de las tres etapas iniciáticas que constituyen en su conjunto el *samyana*, proceso tendente a la unificación de los estados de conciencia y a la consecución del éxtasis o *samadhi*. De este tipo de experiencias hablaremos en otro capítulo.

(6) En una entrevista sobre el tema, el profesor Mackenzie declaró: “Es muy distinto el caso de los auténticos «calculadores prodigio» (del tipo de Inaudi, por ejemplo) del de los sensitivos capaces de tener y expresar el sentido intuitivo del número «fuera de todo cálculo». Los primeros son, según creo, sujetos excepcionales, pero normales; los otros presentan, por el contrario, fenómenos seguramente paranormales, o sea, procedentes... (etcétera).” En efecto, esta distinción tiene un alcance más teórico que práctico, dado que algunos calculadores —como se dice en el capítulo siguiente— emplean a la vez ambos procedimientos; Inaudi, por ejemplo.

(7) En 1961, Dagbert, que se exhibía en un teatro de Calais en presencia de 1.300 espectadores y de un técnico encargado de controlar la exactitud de los resultados, ganó en velocidad a una calculadora electrónica, con un minuto y treinta y cinco segundos de ventaja (véase *Bollettino di Informazione per i Centri Meccanografici*, Milán, diciembre de 1961).

(8) V. artículo de AIMÉ MICHEL en *Planète*, 17, p. 141, julio-agosto de 1964.

(9) V. *La cybernétique et l’humain*, de DAVID AUREL, París, Gallimard, 1964 y, en particular, el cap. III, dedicado a la “mecanización del pensamiento”, donde se ilustran los resultados de los debates del Congreso de Teddington (Londres), de octubre de 1958. Por lo que se refiere a los aspectos “mecanizables” del pensamiento, v. también *La filosofia degli automi*, de V. SOMENZI, Boringhieri, Turín, 1956.

(10) El hecho de que entre los calculadores mentales —como entre los clarividentes y los médiums— hayan existido personas con taras físicas o nerviosas, no basta para justificar ciertas generalizaciones arbitrarias. Deseamos recordar aquí que personalidades eminentes por genialidades y actitudes científicas como Euler, Gauss, Arago y Ampère fueron —temporalmente o para toda la vida— calculadores mentales, y que cualidades mediúmnicas o afines las tuvieron, de un modo u otro (aparte el caso casi legendario de Sócrates) Goethe, Lincoln, Napoleón, Mark Twain, Byron, Tennyson, Víctor Hugo, Sante De Sanctis, Dunne, Franklin Morton Prince y Jung. Gabriel Marcel ha referido episodios muy interesantes de su propia mediumnidad. Finalmente, a Einstein se atribuye haber hecho levitar mediumnísticamente una mesa.

Todo esto no impide que la mediumnidad suela presentarse bajo una luz claramente patológica o, al menos, regresiva, basada en viejos clisés que se remontan al tiempo en que los sujetos mediúmnicos, por la actividad intensiva a que eran sometidos en las sesiones espiritistas, presentaban alteraciones notables de la personalidad y desarreglos concomitantes del sistema nervioso. El concepto de mediumnidad como expresión de constitución anómala y, por tanto, como manifestación patológica, afirmado con vigor por Morselli, Binet y Janet, tiene aún hoy sus sustentadores (si bien con enfoque distinto) en Boschi y Levi-Bianchini, que hablan de “mesocefalosis”. El doctor Alain Assailly ha determinado, sin más, un “síndrome mediúmnico” en correlación con determinadas disfunciones y fenómenos patológicos. CHAUVIN *(op. cit.)* afirma, de manera expeditiva, a propósito de los

médiums, que “muchos, si no todos, son psicópatas” (p. 82). Juicios más serenos y objetivos los encontramos, por el contrario, en Martiny y en neuropsiquiatras como Mendicini, Disertori, Urban, Hagenbuckner, Walber y otros.

(11) V. artículo *Les matématiciens n’en font qu’a leur tête*, en *Science et Vie*, 1962.

(12) Cfr. *Bollettino del Centro Ricerche Biopsichique di Padova*, VII, n.º 10, octubre de 1963.

TERCERA PARTE

LAS EXCURSIONES MAS ALLA DE LA FRONTERA

CAPITULO IX
LOS QUE SE ENCUENTRAN A SI MISMOS

Toda profundización en sí mismo y toda mirada hacia el interior implica, al mismo tiempo, ascenso, expansión y contemplación hacia la verdadera realidad exterior.

NOVALIS.

... Oh, sin duda los psiquiatras hablarán de sugestión.

GEORGES BERNANOS.

Las evasiones temporales del cuerpo

Lo que hemos aprendido acerca de los hábitos y posibilidades de nuestro ser secreto debería haber abierto ya algunas vías de agua de notables proporciones en el edificio de nuestras certezas antiguas, pero aún nada respecto a las posibilidades que todavía tendremos que descubrir. Existe, como sabemos, un estado peculiar de nuestra conciencia que nos abre las puertas de un universo desconocido —el psíquico—, en el cual la mente adquiere libertades ilimitadas. El pasaporte para este mundo de realidades desconocidas es siempre el mismo, y consiste en la momentánea pérdida de ese estado de vigilia que es propio de la mente comprometida con las realidades ordinarias. Así, el sueño, el deliquio y el trance, en tanto que anulan temporalmente los horizontes conocidos por nosotros, pueden abrir otros por completo inesperados.

En 1917, mientras la guerra asolaba todos los frentes europeos, un soldado de Infantería inglés que pertenecía a un destacamento de primera línea destinado en Waille, Alsacia, fue vencido por el agotamiento. Estaba de guardia en la trinchera, y durante varias horas había resistido el asalto del frío, del hambre y de la fatiga. En un momento dado, perdió el sentido y cayó al suelo. Entonces, se produjo el acontecimiento tal vez más imprevisible que pueda sucederle a alguien: *el hombre se encontró a si mismo*. En el deliquio, su «yo» —el yo que siente, que piensa, que desea— se había disociado (o, al menos, así se lo parecía) de su «base corpórea», y fluctuaba libremente en el exterior, contemplando con curiosidad no exenta de cierto desprecio aquel mísero cuerpo suyo que yacía inanimado, revestido con el uniforme militar. Durante algunos instantes, lo contempló con un sentimiento de

liberación, como un ex prisionero podría mirar el lugar donde estuvo detenido y donde se había acostumbrado a sufrir tanto, como para no tener nunca más conciencia de ello. Pero fue una libertad de breve duración.

El núcleo consciente del soldado regresó muy pronto «a la base», tras lo cual el infante reanudó la guardia en las mismas precarias condiciones que lo habían llevado al colapso. Acerca de este episodio existe un relato de Sir Oliver Lodge que apareció en 1929 en el periódico oficial de la «Sociedad Inglesa para las Investigaciones Psíquicas». Por supuesto, no se trata del único testimonio de esta clase; hay muchos otros recogidos y estudiados por diversos autores, y todos ellos —pese a la gran heterogeneidad de circunstancias— presentan características comunes.

Según el doctor Sollier, que fue el primero en estudiar el fenómeno a principios de siglo[1], se trataría de «alucinaciones autoscópicas» que producirían en el sujeto la ilusión de encontrarse fuera del cuerpo y de poder contemplarse desde afuera. En términos de fisiología cerebral, se tiende a buscar las causas en estímulos tóxicos o mecánicos sufridos por ciertos centros del encéfalo, donde, según el profesor Bonnier, debería residir el llamado «esquema corpóreo»[2]. Todo sucede, pues, como si el sujeto «soñara» que se ve a si mismo, y en este punto se puede estar asimismo de acuerdo con la opinión de los psiquiatras escépticos, pero el acuerdo cesa cuando se pasa a valorar el carácter de este particular sueño alucinatorio.

Como sabemos, existen alucinaciones de contenido verídico que reflejan aspectos de la realidad no susceptibles de ser percibidos a través de los sentidos. Según el autorizado parecer del doctor Osty, que ha estudiado largamente el fenómeno en cuestión, las alucinaciones autoscópicas pueden incluirse muy bien en tal categoría, en cuanto que pueden tener un contenido objetivo de conocimiento paranormal. He aquí un episodio referido y comentado por Osty en la revista oficial del «Institut Métapsychique», que, por aquel tiempo, dirigía[3]. Un hermoso y cálido día de primavera, una tal señora Nathalie Annenkof se había dirigido al cementerio para rezar ante la tumba de su hijita, perdida hacía poco. Mientras miraba las flores que ella misma había plantado y las abejas que se afanaban entre los pétalos, fue asaltada, de improviso, por una debilidad física que se fue acentuando rápidamente.

Según el informe que dio luego, tuvo la impresión de que las piernas y los brazos ya no tenían peso, y, luego, la misma sensación se difundió al resto del organismo. Entonces, se vio a sí misma desde afuera, como si hubiera salido del cuerpo, y se dio cuenta de que flotaba en el espacio. «Al contemplar mi cuerpo que yacía allá abajo..., me impresionó su aspecto sufriente y otros pequeños detalles..., entre ellos, ciertas manchas en el abrigo. "Esto debe de ser la muerte", pensé

entonces; pero, en aquel preciso momento, sentí vibrar en mí una inmensa alegría de vivir. Hasta me parecía que vivía muchísimas vidas en una sola… Acudió el guarda del cementerio, me tocó la mano y el rostro, me sacudió y echó a correr asustado. “¿Cómo se las arreglará mi marido sin mí?”, pensé en ese momento. Y decidí regresar a mi cuerpo, si ello me resultaba posible.»

Apenas «de regreso» a su cuerpo, Nathalie Annenkof sintió de pronto la opresión del peso material, además de la acostumbrada angustia moral y las pequeñas pero molestas sensaciones de las que, de ordinario, uno no se da cuenta por la fuerza misma de la costumbre. Entonces, sintió el impulso de llorar.

Tal vez un designio de la Naturaleza

¿Hasta qué punto un episodio como el referido puede ser considerado efecto de un involuntario engaño mental? Si se da crédito a la narradora, es preciso tener en cuenta la perfecta correspondencia entre algunos detalles referidos por ella y la realidad, que fue luego comprobada basándose en testimonios objetivos. Así, pues, no podía tratarse de percepciones mentales *sin objeto*, como son definidas las alucinaciones patológicas. Que luego no se deba dar crédito a ellas, esto es otra cuestión, pero viene al caso observar que si la credulidad puede causar muchos daños, la descalificación fácil y preconcebida de los testimonios, como es practicada habitualmente por los escépticos que sostienen prejuicios, produce otros daños mayores por cuanto tiende a destruir en embrión toda posibilidad de reconstruir la verdad.

En esta reseña crítica de los fenómenos naturales más raros, es inevitable encontrarse con un margen de incertidumbre debido a la fragilidad de los testimonios humanos, pero *hay un designio general de la Naturaleza que tiende a revelarse independientemente de factores aislados de turbación, como pueden ser el exceso de credulidad, por una parte, y el escepticismo sistemático, por otro*. Estos casos de «encuentros consigo mismo», o sea, de visiones autoscópicas, entran en el repertorio de casos más general de los llamados fenómenos de «desdoblamiento» o «experiencias fuera del cuerpo», como los llaman los anglosajones. La «clarividencia viajera», cuyo tratamiento hemos anticipado por necesidades expositivas en el capítulo II, también se incluye en este campo. Innumerables testimonios de este tipo de fenómenos han sido referidos en obras de Muldoon y Carrington, y en artículos y estudios de Hornell Hart, Whiteman y otros[4].

En un trabajo de notable alcance que apareció en 1960 en la revista de la «Sociedad Inglesa para las Investigaciones Psíquicas», Miss Celia Green y Sir

George Joy refieren y discuten trescientos sucesos paranormales espontáneos de carácter heterogéneo, seleccionados entre otros mil quinientos. Seis se refieren a visiones autoscópicas del tipo de las aquí referidas, entre ellas el caso de una señora que abandona su cuerpo de noche, tras haber sido despertada por un rayo de luz que se filtra por debajo de la puerta, pero no advierte su situación particular y tiene la impresión de comportarse como siempre. «Me levanté para ver si me había olvidado de apagar la luz. (...) Mientras tanto, me sentía invadida por un sentimiento de paz y de armonía y experimentaba un gran bienestar interior. (...) En semejante estado, regresé a mi habitación y tuve la impresión de sentarme en una silla. (...) Al cabo de poco tiempo, al levantarme con la intención de regresar a la cama, fui presa del espanto al ver que el lecho estaba ocupado. (...) Era mi cuerpo el que allí yacía inmóvil, y yo lo percibía con toda claridad. En el mismo instante, como movida por una fuerza invencible, fui empujada y comprimida hasta identificarme con aquel cuerpo sin movimiento. La impresión fue penosa. Me sentía de veras mal. El corazón me batía fuerte y velozmente. Apenas conseguía respirar y moverme. (...) A la hora del almuerzo, se lo conté todo a mis amigos, los cuales pensaron que había soñado. Por el contrario, yo estoy segura de haber tenido una experiencia real, si bien insólita y extraña.»

Como se ve, en la parte final de la narración aflora la acostumbrada concepción que contrapone el sueño a la realidad, concepción discutible desde el momento en que la experiencia onírica es también, a su manera, real y, por añadidura, capaz de interferir, como sabemos, la realidad ordinaria. Pero ésta es una consideración que va demasiado contra la corriente, y no creemos que pueda ser tomada en serio en el ámbito de la psicología de hoy. En cuanto a la psiquiatría, cabe interrogarse, con Chauvin, sobre si existe verdaderamente como ciencia fuera de lo que concierne a la fisiología del sistema nervioso[5]. Pero acaso la psiquiatría del porvenir se rendirá a la evidencia de ciertas seudoalucinaciones que, en realidad, representan una prolongación del yo más allá de sus confines habituales e implican una capacidad por su parte, aunque sea excepcional, para darse cuenta directamente de algunos aspectos de la realidad fuera del acostumbrado aparato perceptivo representado por el cerebro y las vías sensorias aferentes a éste.

Si consideramos en su conjunto las crónicas de los fenómenos de autoscopia, advertimos que la prerrogativa de «encontrarse a sí mismo» pertenece, en primer lugar, a aquellas personas dotadas de la acusada capacidad de descender el nivel de la atención vigilante, y de desamarrarse del mundo circundante para tomar contacto con el interior. Entre esas personas hallamos, en primer lugar, a los médiums, pero también a esa otra categoría de soñadores que son los poetas.

Médiums y poetas en primera línea

Goethe, Shelley y Musset se encontraron a sí mismos en muchas ocasiones, y experimentaron con ello impresiones muy extrañas. Y lo mismo se dice que le sucedía al escritor italiano Contarini. Particularmente traumatizante fue la experiencia de Shelley, tal como ha sido narrada por Byron. Era noche avanzada y el poeta estaba tranquilamente en la cama leyendo un drama de Calderón, cuando vio junto a sí a un hombre embozado y con la cabeza cubierta por un capuz, que le hacía imperiosas señas de levantarse y seguirlo. Habiendo salido ambos a la antecámara, el misterioso individuo se levantó la capucha y se mostró: su cara era la misma que la del poeta. Entonces, los gritos de espanto del «verdadero» Shelley despertaron a todos los vecinos. Se diría una diabólica broma del *daimon*.

Más enigmáticas y agradables son las aventuras autoscópicas de Alfred de Musset, que se entrevén en algunos versos de la *Noche de diciembre*: «Cuando era un estudiantillo, — me entretuve velando una noche — en mi habitación solitaria. — Acudió, entonces, a mi mesa — un pobre muchacho mal vestido, — en todo semejante a mí mismo…» Si hemos de creer en las confidencias hechas por el poeta a la señora De Collet, la presencia casi constante de aquel su taciturno sosias la consideraba como una «imagen persistente» de sí mismo, y, por suerte para él, esta extraña aventura no tuvo el significado siniestro que, al contrario, representaron las alucinaciones autoscópicas para Guy de Maupassant en vísperas de su incurable locura. Según Paul Bourget, el escritor, de regreso de cada paseo, encontraba a su propio «doble» sentado invariablemente en su poltrona, y, a consecuencia de ello, quedaba confundido. Estos son los casos en los que se impone la interpretación psiquiátrica, según la cual la visión autoscópica puede ser la señal premonitoria de una incipiente disgregación de la personalidad. Pero sería arbitrario generalizarla, del mismo modo que lo sería sostener que la genialidad deba ir siempre acompañada de desequilibrios o disfunciones neurológicas.

Querer considerar en términos de patología todo cuanto se aleja de la «norma» estadística (aprovechando, con tal finalidad, cualquier coincidencia casual) es una consideración muy difundida y, sustancialmente, no distinta de la que tiene por «inferior» a todo ser humano que tenga un color de piel diferente y una distribución también diferente del sistema piloso. Detrás de todo esto está el prejuicio; quiere decirse, la tendencia a «racionalizar» impulsos instintivos y muy pocos racionales. A los poetas, hasta ahora, nadie les ha reprochado ser «distintos» o poseer sensibilidades más agudas de las «normales». Entonces, ¿por qué considerar como aberrante la posesión de cualquier sensibilidad paranormal? La autoscopia, precisamente, es una de tantas modalidades a través de las que pueden exteriorizarse

las facultades paranormales de un sujeto, y, naturalmente, son los médiums —además de los poetas— quienes, algunas veces, gozan de la insólita posibilidad de «autocontemplarse». Los médiums son las «quintas columnas» que operan en la dimensión psíquica del Universo; los únicos intermediarios de los que disponemos para poder entrever de manera indirecta algunos aspectos de otro modo insospechados.

De Eileen Garrett sabemos que, en un momento de *rêverie*, se encontró, de improviso, «a algunos metros de distancia de su propio cuerpo», y entonces lo vio «envuelto en un halo o nube de colores tenues, cuyos humos variaban con el ritmo de la respiración». Federica Hauffe, la famosa vidente de Prevorst, se encontró consigo misma el 28 de mayo de 1827, en presencia de su médico, doctor Justinus Kerner, que la asistía a causa de sus acostumbrados e incurables desarreglos nerviosos. Pero se trató de un desdoblamiento incompleto pues, de hecho, la mente consciente de Federica permaneció en su cuerpo, que yacía en el lecho, y desde éste contempló, asombrada y un tanto asustada, su propio doble incorpóreo sentado en el taburete de enfrente. Hubiera gritado de haber tenido fuerzas para ello, pero no las tuvo. La visión se disolvió en un instante.

En una ocasión análoga, la médium Violet Twedale descubrió que los espejos no dicen la verdad. Apenas se había despertado en su habitación inundada de sol, cuando vio a su «doble» que se aproximaba a pasos decididos para regresar a su sede natural: el cuerpo. Estupor y susto, pero también mucha contrariedad al advertir el trivial aspecto de aquel su rostro «auténtico», no desprovisto de cierto aire de vulgaridad. «¿Cómo, desde siempre, conozco un aspecto mío distinto y unos rasgos más nobles? Acaso —concluye— porque cada uno de nosotros utiliza una máscara conforme a lo que desearía ser, pero en realidad no es.» Una observación profunda.

Elizabeth d’Esperance narra el siguiente episodio. Apenas se había levantado del diván donde se había sentado a leer, cuando le pareció haberse liberado de improviso de un malestar que antes experimentaba. Al mismo tiempo, se sintió penetrada de un maravilloso sentido de libertad absoluta, de salud, de fuerza y de potencia como nunca había experimentado con anterioridad. «Por primera vez supe lo que de veras significaba vivir» *(op. cit.)*. Y, entonces, advirtió que en el diván estaba sentada una persona que sostenía un libro en la mano, y era ella misma o, mejor dicho, su «cuerpo de base». Más interesante es aún lo que sigue a la experiencia, porque demuestra que esta evasión (a su modo real) de los confines convencionales del yo «puede ser la primera etapa hacia una dilatación del ser en una dimensión desconocida y rica en experiencias inefables».

La felicidad sin confines

«Tuve la sensación de movimiento, de aturdimiento, de luz creciente, de intensa radiación vital —prosigue la médium—, y luego… ¿Quién puede describir lo indescriptible? El tiempo había desaparecido; el espacio ya no existía. Me sentía oprimida por mi propia nulidad y me sentía como un átomo pequeño y despreciable en una inmensidad indecible, pero un átomo nacido de esa misma inmensidad y uno con ella.» Naturalmente, la médium tiende a interpretar la experiencia según las propias convicciones personales, pero esto es inevitable. Y he aquí otros testimonios de significado convergente, incluso en la notable diversidad de circunstancias, y en la aún más significativa de las mentalidades de los diversos protagonistas. Un estudioso objetivo y sereno como Warcollier, un poeta como Tennyson, una escritora como Rosamond Lehman, una médium sencilla e iletrada como Pasqualina Pezzola, todos han tenido este tipo de experiencias, caracterizadas, en primer lugar, por un sentimiento de liberación, además, por un bienestar inesperado e inexpresable que linda con la beatitud, y, finalmente, por la visión de algo que, en términos humanos y simbólicos, no puede ser definido más que como «luz». Luego, hay una última etapa que alcanzan aquellos que se arriesgan a alejarse bastante del propio yo cotidiano como para poder encontrarse a sí mismos en una dimensión cósmica.

Conviene examinar con alguna atención estas distintas experiencias, a fin de poderlas valorar mejor en su significado de conjunto. René Warcollier, el parapsicólogo bien conocido y hace poco desaparecido[6], experimentó en su juventud una fortísima emoción por motivos muy triviales, y estuvo a punto de desvanecerse; pero no se desvaneció. En lugar de perder la conciencia, penetró como por azar en una dimensión nueva del ser, y he aquí algunas expresiones utilizadas por él para describirla: «No me había desmayado. Por el contrario, diré que, en un instante, mi conciencia alcanzó un nivel de profundidad y perfección absolutamente inimaginables. Todos mis sentidos habían dejado de funcionar, y ni siquiera tenía percepciones de forma. (…) “Sin embargo, poseía una conciencia total, no diré sólo de mí, sino más bien de todo. No tenía la percepción de la luz que dan los ojos, sino que yo mismo me había convertido en luz.”»

Y añade: «Si trato de describir la experiencia que he vivido, no encuentro otras palabras fuera de esas expresiones oscuras y penosamente inadecuadas utilizadas por los místicos cuando nos describen sus éxtasis. Se cae necesariamente en la paradoja de una conciencia que alcanza su nivel más elevado a la vez que desecha el yo. Todo esto duró un tiempo que a mí me pareció una eternidad, pero que, en efecto, no sobrepasó algunos minutos. (…) Y yo…, “no habiendo olvidado nada de

mi maravillosa experiencia", me encontré igual a mí mismo, si bien enriquecido por una experiencia indecible que, de hecho, nunca he conseguido, en este medio siglo, describir a nadie. Ignoro cuál sea la visión beatífica prometida a los santos, pero de lo que estoy seguro es de haber alcanzado, en aquella ocasión, una especie de felicidad gratuita, de conciencia total maravillosa, si no trascendente, que bastaría de sobra para mi beatitud personal.» Lo extraño es que todo esto sucedió a causa del choque emotivo sufrido por haber visto sajar una excrecencia purulenta, lo que viene a indicar que cualquier motivo capaz de hacer bajar el nivel de vigilancia consciente puede determinar la manifestación de un tipo latente de conciencia «distinta» y más plena, una «conciencia total de sí», como la llama Warcollier, la cual tiende, tal vez, a despertar en la especie, mientras despunta esporádicamente en algunos individuos.

Y, ahora, escuchemos una confesión análoga de boca de un muchacho que alcanzó el mismo estado extático también sin quererlo, por una especie de juego que le introdujo de improviso en las zonas luminosas de la dimensión psíquica del ser; un muchacho que, luego, se convertiría en un gran poeta: Alfred Tennyson. En una ocasión, comenzó a llamarse por su nombre con monótona insistencia: «¡Alfred...! ¡Alfred...! ¡Alfred...!», y a cada llamada alcanzaba un nivel más profundo del yo, hasta que el yo mismo se le apareció dilatado hasta proporciones desmesuradas. «Era un estado en el que la individualidad parecía disolverse y transformarse en una condición del ser sin fronteras y en absoluto confusa, sino cierta y clara como nunca, si bien inefable. (...) La pérdida de la personalidad (si así puede decirse), lejos de significar extinción, se me revelaba como la única y verdadera vida. Una condición en la que la muerte se convertía en una imposibilidad ridícula» (De Boni, *op. cit*.). Se trata, evidentemente, de otra manera de «encontrarse» a uno mismo en una perspectiva más amplia, incluso sin confines. Tal vez sea un hallazgo más que un encuentro.

Un viaje vertical hacia la luz

También la escritora inglesa Rosamond Lehmann, en circunstancias muy dolorosas de su vida, tuvo una experiencia inefable en la que experimentó un gozo desconocido y sobrehumano, a la vez —en su caso particular— que la exaltación de todas las facultades perceptivas[7]. Se entiende que ni el testimonio de la escritora ni los nombres de Warcollier o de Tennyson o de cualquier otro protagonista de tan desacostumbradas modalidades existenciales pueden tener ningún peso a los ojos de quien considera indigna de interés una experiencia «subjetiva» y, por tanto, no controlable con los métodos de la ciencia fisicalista. Bastan, según este punto de

vista, algunas palabritas clave, como «irracional» e «irracionalidad» para liquidar capítulos enteros de la experiencia humana conocidos desde siempre, y para despejar el camino de cualquier peligrosa profundización de la naturaleza del hombre más allá de los límites fijados por el pensamiento ochocentista. Otras palabritas insustituibles, desde este punto de vista, son «sugestión» y «delirio».

Pero nosotros hemos conocido delirios y sueños en los que afloran realidades insospechadas, y ahora deseamos medir, si ello es posible, la completa extensión de los territorios repudiados. El lector sabe ya acerca de Pasqualina Pezzola, mujer iletrada y sencilla, pero equilibrada y ajena a toda creencia espiritista o afín; sabe de sus subjetivos viajes en los que efectúa reconocimientos de increíble precisión objetiva. Una vez, en presencia de la doctora Giuseppina Mancini, alguien le sugirió que realizara un viaje en sentido vertical, o sea, de subir «lo más alto que le fuera posible». Se trataba, probablemente, de una curiosidad inconsciente, en el sentido de que el autor de la sugerencia no podía sospechar lo que, en realidad, iba a suceder.

La médium cayó de súbito en trance, después de lo cual —refiere la doctora— «su expresión se fue haciendo cada vez más dulce, hasta que la mujer adquirió un aspecto exterior transfigurado y casi suprahumano. ¿Era el éxtasis? No lo sé.» Al despertarse, Pasqualina habló de visiones celestes y, en particular, de «luces», de «planos de luz». Está claro que una experiencia de este tipo se presta de manera especial a suscitar las fáciles ironías: basta con interpretar el «viaje» en el sentido literal y no simbólico del término, pero hay otro modo de valorarlo en el marco de aquellos conocimientos de la especie que existen —según Jung— al nivel del inconsciente colectivo, y a los que corresponden experiencias humanas corrientes y fundamentales.

Tales experiencias se expresan simbólicamente por los «arquetipos». El simbolismo de la luz desempeña un papel preponderante en las religiones y en las iniciaciones, como lo demuestra el uso de la palabra «iluminación» en el sentido de alcanzar un conocimiento de orden superior. La visión de la luz es común a los místicos de todas las religiones, como si fuera una constante del espíritu humano para expresar cierto tipo de realidad trascendente. Con esto no quiere decirse que todas las experiencias místicas sean equivalentes; es incluso probable que exista toda una variedad de modos de ser inexpresables que apunten hacia un vértice supremo, al que nos referiremos luego.

También el arquetipo del viaje «vertical» es corriente. En efecto, se encuentra incluso en el ritual chamanista, que utiliza las técnicas del éxtasis y es practicado, con pocas variantes, por pueblos muy alejados entre sí. Según Mircea Eliade, ello expresa el intento de restablecer —a través de la experiencia extática— contacto con

las divinidades superiores, interrumpido desde el tiempo de la caída original. El autor, que ha estudiado con profundidad el fenómeno del chamanismo, no excluye que, al menos en casos singulares, los hechiceros puedan realizar experiencias místicas verdaderas. Añade, además, sentirse inclinado a considerar el fenómeno del éxtasis no como el producto de una determinada forma de civilización en cierto momento histórico, sino como un elemento característico y corriente de la condición humana en general. «Aquello que puede ser modificado en relación con las diversas formas de cultura es, tan sólo, la interpretación y la valoración de la experiencia extática», escribe Eliade[8].

Con terminología distinta, otros autores ya citados en el capítulo anterior prefieren, por el contrario, hablar de «estados» o «niveles» de «superconciencia». En su *Trattato delle nevrosi*, el neuropsiquiatra Beppino Disertori, de la Universidad de Padua, se ocupa del «inconsciente superior», o sea, de aquella polaridad luminosa y desconocida del yo de la que dependen —afirma— los estados extáticos y los de iluminación intelectual. Pero se trata «de una iluminación distinta y mucho más penetrante que la acostumbrada»; de un estado «en absoluto patológico, sino manifestación de un territorio del alma que no ha perdido el contacto con Dios», escribe, citando a su colega Hubert Urban, de la Universidad de Innsbruck.

El continente desconocido

Es conveniente ir en pos del descubrimiento de este territorio desconocido, incluso deliberadamente ignorado. Los episodios sin importancia referidos hasta aquí no son más que un juicio —podría decirse casi un presentimiento— de muy otras posibilidades latentes en las vastas extensiones del espíritu humano, pero sería un error infravalorar estos pequeños descubrimientos ocasionales y espontáneos del continente desconocido, los cuales, más bien, demuestran que para alcanzar los vértices de la conciencia no es indispensable forzar la Naturaleza; que la experiencia extática se encuadra probablemente, también ella, en un designio más general en vías de elaboración, y caracterizado por el redespertar de un tipo distinto y más amplio de conciencia que sobrepasa toda iluminación intelectual incluso de orden superior, para realizar un tipo distinto y más amplio de conciencia al que se añade, en muchos sentidos, el carácter de la «totalidad»[9].

El lado paradójico es que este tipo superior de conciencia, según nuestra medida valorativa antropocéntrica, se asemeja a un sueño. Pero se trata de un sueño «muy vigilante», en cuya virtud «el yo que piensa y que quiere» se evade de sus confines habituales y se dilata de manera extraordinaria. Al mismo tiempo, aun no dejando de existir, viene a encontrarse sumergido por la presencia de otro «yo» de

proporciones más vastas, acaso, sin más, cósmicas, con el cual tiende a coincidir. He aquí la etapa definitiva potencialmente alcanzable por muchos, pero alcanzada efectivamente por pocos: aquella que supera y suprime todas las limitaciones del yo consciente, y lleva al corazón del continente desconocido.

Estas latitudes ignotas sólo han sido exploradas hasta ahora por los grandes místicos y por cuantos han seguido —según las técnicas establecidas por cada una de las religiones— los caminos largos y difíciles de la ascesis espiritual. A ellos les debemos los pocos, pero significativos, testimonios de que disponemos a este respecto. El de los grandes místicos es lenguaje oscuro, y no podría ser de otro modo, a causa de la audacia de las perspectivas que abre hacia realidades que carecen de denominador común con respecto a las accesibles a la inteligencia, pero precisamente por esto se trata de un lenguaje fascinante.

«Cuando la clara estrella matutina surge en mi ánimo…, el alma me queda toda penetrada de claridad, de verdad y de dulzura, hasta el punto de hacerme olvidar toda pena…» He aquí el himno que eleva Enrico Suso, un místico dominico que fue acusado de herejía (lo cual no impidió que, luego, fuera beatificado). Y añade: «Entonces, me siento como si hubiera superado el tiempo y el espacio y me encontrara en el atrio de la eterna felicidad… “Oh, Señor, ¿eres tú éste o lo soy yo o, en definitiva, de qué se trata?”»[10]. Conmovedora pregunta que traduce la vacilante incertidumbre de la lamparita mental consciente frente a las realidades que la superan.

Una posible respuesta la encontramos en el maestro Eckhart: «El espíritu no es ya una criatura, puesto que él mismo es la beatitud; es unidad de esencia y de sustancia con la divinidad; a un tiempo beatitud suya y de todas las criaturas…»[11]. Como el otro, también este místico dominico había recorrido las mismas vías y no había escapado a las acostumbradas acusaciones de herejía por haber osado hablar un lenguaje inevitablemente duro para las mentes «cartesianas» de algunos teólogos. Lenguaje peligroso, además de oscuro, como lo demuestran la condena y el subsiguiente suplicio sufridos en 1022 por el místico musulmán al-Husain ibn Mansur, por un delito idéntico consumado contra la religión islámica oficial. Según este personaje, el espíritu divino desciende a «cohabitar» (la palabra empleada es *hulul*) con el espíritu del asceta de corazón puro, lo cual sonó incomprensible e irreverente a sus compatriotas.

He aquí por qué al-Husain ibn Mansur, llamado *al-Hallag* («el cardador») murió tras un largo y atroz suplicio en el curso del cual no experimentó ningún sufrimiento, inmerso como estaba en la contemplación extática de lo que él llamaba *el Único* (y decía estar «solo con él»)[12]. Lenguaje oscuro el de *el Cardador*, pero el

hecho interesante, y ciertamente significativo, es que en estas oscuridades de los místicos encontramos, de vez en cuando, puntos de referencia que permanecen invariables pese a la diversidad de las premisas doctrinarias y de los marcos ambientales.

Algunos siglos antes de al-Hallag, el filósofo Plotino, en las *Enneadas*, había descrito, también él, las etapas de la ardua ascesis mística que conduce, en su cúspide, a contemplar el Uno «absoluto» y a unirse a él. Ese Uno —afirmaba— que «es el Bien, pero que es más que el Bien; que está más allá del pensamiento; que lo trasciende todo y, sin embargo, vive y lo comprende todo». Finalmente, explicaba: «Cuando el Uno esté presente, el alma estará toda en Él, será Él, olvidada por completo de si.» Son las mismas notas que vibran en el lenguaje de esos estudiosos judíos de temperamento místico que, entre los siglos XII y XVI, cultivaron la interpretación de los textos sagrados no como fin en sí mismo, sino para llegar al *devecut*, algo así como un «abrazo», o sea, una adhesión redentora con la Divinidad.

Tal es la circunstancia corriente que se deriva de la facultad, de la que ya se ha hablado en otra parte, de la «comprensión como identificación», pero aún no habíamos dicho que, en las experiencias místicas, dicho fenómeno se explica hasta sus consecuencias mayores y más inimaginables. Son las facultades latentes; es la polaridad luminosa y desconocida del yo lo que sube a la superficie en sus manifestaciones más elevadas. Y es un fenómeno universal, con toda evidencia, pero ello no impide que se suela considerar —como ya se ha visto— como signo de la mentalidad primitiva y «prelógica». La realidad es que lógica e inteligencia no sirven ya, allí donde «todo conocimiento resulta inútil», según la fórmula del misticismo judío[13].

También la ascética oriental conoce muy bien este fenómeno de «ruptura del plano» y de «paso del conocer al ser» que se realiza en aquel estado de concentración supremo y extático que es, asimismo, unión, conjunción y autorrevelación del «yo»: el *samadhi*. He aquí cómo lo explica Chatterji, un maestro de filosofía esotérica india: «Se trata de un estado de beatitud imposible de describir, en el que las percepciones de la unión y la separación son simultáneas; en el que nosotros somos, al mismo tiempo, nosotros mismos y todo cuanto es»[14]. El yogui Ramacharaka escribe, a su vez: «El yo experimenta la verdad del existir realmente, de tener sus propias raíces en la suprema realidad del Universo y de formar parte de él. Ignora qué sea esta realidad, pero la siente verdadera y real y diferente de cualquier otra cosa en el mundo… Algo trascendental que sobrepasa toda experiencia humana»[15].

En un testimonio mucho más directo, el *swami* Parahamansa Yogananda *(op. cit.)* nos da este indicio brevísimo de las impresiones recibidas por él en el curso de una experiencia extática: «Un gozo oceánico rompió contra las orillas calmadas e infinitas de mi alma, y, entonces, comprendí que el Espíritu de Dios es beatitud inagotable y que su cuerpo está hecho de innumerables tejidos de luz.» Según el mismo autor, la conciencia de un yogui que ha llegado a la perfección «se identifica sin esfuerzo no ya con un cuerpo limitado, sino con la estructura universal».

He aquí, pues, el resultado de la «unificación de los estados de conciencia» que el ascesis yóguico propone como objetivo supremo, alcanzable mediante un equilibrio nuevo y distinto de la personalidad que corresponde al *samadhi*. Se trata del descubrimiento definitivo de lo que es más grande que nosotros; una modalidad existencial nueva y acaso infinitamente más rica, caracterizada por el desplazamiento del centro de gravedad del yo hacia el corazón mismo de ese océano del que aquél —como la ola— ha surgido. Es justo que la psicología de lo profundo se preocupe de integrar armoniosamente las demandas inconscientes en el marco del yo consciente, pero no es justo que aquélla ignore o se oponga a un tipo superior de integración realizable en el plano del «yo trascendente», como lo llamaba Novalis. Tal vez nosotros seamos exiliados que tienden oscuramente a reintegrarse a una patria más vasta, pero el orgullo alimentado por el intelecto consciente impide distinguir la extensión y la riqueza del terreno que espera ser descubierto.

Una luz que no podrá apagarse

Aunque alimentada trabajosamente mediante contribuciones aisladas —y, por así decirlo, clandestinas—, en Occidente la llama del misticismo se va extinguiendo de manera progresiva desde hace, al menos, dos siglos, lo cual aparece como un hecho inevitable e incluso normal, en el marco de ese individualismo y de ese hedonismo que caracterizan nuestra época, y que han alcanzado hoy el nivel angustioso de la alienación. En su libro, Elémire Zolla apunta *(op. cit.)* que el misticismo «es la repetición, en una civilización que ha dejado de ser coral, de la experiencia iniciática tribal; es un retorno de la tradición en sentido estricto, recuerdo involuntario de algo enterrado». Mircea Eliade, otro competente apreciador de ciertos valores implícitos en las formas culturales de signo distinto del nuestro, habla, a su vez, del misticismo como de «modalidades de la espiritualidad arcaica»[16].

Este juicio es ya tradicional y se remonta al cuadro que Lucien Lévy-Bruhl trazó del modo de pensar «prelógico» y «participacionista» del hombre primitivo, que se

siente en comunión emotiva con los otros hombres, con la Naturaleza y con aquello que trasciende de la Naturaleza misma. Está claro que el hombre moderno se avergüenza de tener algo en común con pueblos tan lejanos de los esquemas lógicos y científicos a los que está acostumbrado, pero olvida preguntarse si tal vez —al repudiar orgullosamente todo cuanto no se encuadra en sus esquemas— no ha sido privado de alguna parte vital e insustituible.

Como dice, en síntesis, Remo Cantoni[17], no se trata de rehabilitar los sistemas de vida de aquellos pueblos, sino de comprobar, más bien, si la visual participacionista, «inservible para nuestras epistemologías, no actúa de mediadora de valores y significados aún importantes para nuestra civilización. Incluso permaneciendo fieles a nuestras selecciones históricas, a nuestras distinciones en categorías y a nuestras iniciativas racionales y conscientes, debemos admitir la posibilidad de que esas mismas iniciativas nos hayan impuesto renuncias antinaturales, sacrificios existenciales dolorosos, pérdidas insustituibles en la esfera de los valores y de los significados, devastaciones psíquicas que alteran el equilibrio y la felicidad de la persona».

Hay algunos autores que subrayan, con énfasis, las partidas pasivas de este balance, empezando por Huizinga[18]. Éste, tras haber dejado sentado que el «conocimiento» puede dejar tras de sí la razón, reivindica el valor de «aquellos modos de inteligencia que, más allá del impulso de pensar y concebir lógicamente, querían entender, por medio de la intuición y de la contemplación, aquello que a la inteligencia le había sido vedado». Y añade: «La palabra griega *gnosis* y la sánscrita *jnâna* ilustran con bastante claridad cómo la mística más pura es un conocimiento. Es siempre el espíritu el que se mueve en la esfera de lo inteligible.»

Según Maurice Blondel, «el pensamiento prelógico y la mística, tan fusionados en la superstición entre los primitivos, constituyen el envoltorio deformado y entorpecido, pero purificable y perfectible, de las más elevadas verdades intelectuales, sociales y religiosas». Gilson va más allá y se pregunta si, una vez descartada «la ilusión de un modo de ser “primitivo” y limitado», no se hallaría, en la mística, «una función tan vital y tan inherente a nuestro pensamiento como su función lógica»[19]. Pero se trata de voces aisladas, porque la cultura universitaria oficial no dedica la menor atención a la mística, aparte del obligado interés histórico-etnológico. Una de las pocas excepciones viene representada por el filósofo W. T. Stace, de la Universidad de Princeton, quien parte de la comprobada analogía fundamental de todas las experiencias de los grandes místicos para extraer de ella lógicas consecuencias heurísticas y prácticas. Desde su punto de vista, que puede definirse como de tendencia pragmática, tales experiencias deberían ser apreciadas y valoradas, aunque sólo fuera como «fuente de una moralidad más

auténtica»[20].

Las voces adversas son más fuertes. La mística tiene en contra no sólo la indiferencia de la cultura oficial, sino también el desprecio de cuantos, ignorando la existencia de una esfera suprarracional, presumen de poder encuadrar el fenómeno místico entre las innumerables manifestaciones de lo irracional. Más insidiosa aún es la hostilidad de ciertas corrientes psicoanalíticas, las cuales —de ordinario— han presentado el fenómeno místico bajo la etiqueta de la inmadurez y de la regresión[21]. Es un arma poderosa en un mundo que tiende hacia el aplastamiento y la standardización de una cultura estrechamente ligada a las mitologías y a las modas del tiempo. Pero a estas mismas corrientes se les pueden contraponer otras de inspiración jungiana que afirman, por el contrario, la utilidad y la insustituible función de la experiencia mística, considerada como manifestación del normal dinamismo del inconsciente.

Tomando posición contra la tendencia a considerar irracionales y superadas las manifestaciones del misticismo, Jung da a entender explícitamente que en el alma no hay nada «viejo» que esté destinado a morir efectiva y definitivamente; sólo puede pretenderse que la conciencia se sitúe en justo equilibrio entre el pasado y el presente. «Oriente —escribe— no es un monasterio tibetano de mahatmas, sino una verdad que existe en nuestro interior»[22]. De ello se desprende que el llamado «hombre arcaico» es el hombre de ayer, pero también el de hoy y el de mañana, puesto que nunca será posible suprimir las bases mismas de su psique (no más, añadimos nosotros, de lo que le sea posible a la ola sustraerse de su sostén oceánico, por muchas ilusiones que pueda alimentar su cresta espumeante).

Queda por reseñar una curiosa infatuación de la *nouvelle vague* racionalista, que se hace la ilusión de poder conquistar el ámbito místico con las armas de la bioquímica y de la neurofisiología, que es como decir el asalto a la *cognitio dei experimentalis* a través de las drogas y los instrumentos de laboratorio. Asimismo, estudiosos de la escuela neopositivista, como Julian Huxley y J. B. Haldane, han animado la investigación en esta dirección. No se trata de una pretensión sustancialmente infundada, desde el momento que toda manifestación psíquica tiene, probablemente, un componente bioquímico y neurofisiológico, y, luego, sabemos que existen los alucinógenos, capaces de activar algunos centros cerebrales más allá de los acostumbrados límites funcionales. En América Central y del Norte, existe una secta religiosa que cuenta con varias decenas de miles de adherentes que afirman poderse poner «en contacto directo con Dios», gracias a la ingestión de cantidades de *peyotl*, la planta de la que se extrae la mescalina.

Pero existe aquí el peligro de confundir la simple exaltación provocada por las

drogas, de sintomatología bien conocida, con otros estados muy particulares de conciencia que pueden ser facilitados por estimulantes o técnicas adecuadas, pero que presuponen, por otro lado, la capacidad natural, o desarrollada a través de un duro aprendizaje, para alcanzar los niveles superiores y latentes de la conciencia. Si esta capacidad no existe, todo se reduce al acostumbrado cuadro de la intoxicación y del «paraíso artificial». Aldous Huxley, pariente de Julian, ha conocido, por experiencia directa, los efectos de la mescalina, y los ha descrito, pero no ha confundido ambos campos, aun conociendo muy bien también el otro. Y tampoco los ha confundido la escritora Rosamond Lehmann, que ha sido protagonista de aquella experiencia extática que hemos referido, sino que ha procurado distinguir con claridad los efectos que le produjeron aquellas sustancias estupefacientes y aberrantes, de los alucinógenos que ya había experimentado con anterioridad.

Mucho más interesante es la búsqueda de los componentes neurofisiológicos del fenómeno extático, estudiados por los médicos Das y Gastaut, y por la escritora Maryse Choisy[23], mediante exámenes encefalográficos de adeptos del yoga que habían alcanzado la cúspide suprema de la experiencia extática, o *samadhi*, y es asimismo presumible que tales experiencias sean proseguidas de manera sistemática, a fin de obtener la confirmación precisa de los datos conseguidos hasta el momento. Éstos parecen, en efecto, haber demostrado que a aquel particularísimo equilibrio psicológico transitorio corresponde otro de carácter neurofisiológico muy distinto del habitual.

Sólo por este camino se podrá, probablemente, demostrar a la psiquiatría —tan llena de sospechas frente a las experiencias subjetivas e «incontrolables»— que una experiencia extática no es necesariamente catalogable entre las formas de delirio, como hasta ahora se ha sostenido. El éxtasis es un sueño, pero uno de esos sueños que abren las puertas de una realidad fundamental y, de otro modo, imposible de conocer. Por desgracia, los viejos prejuicios se resisten a morir. «¡Ay de mi! —se lamenta Georges Bernanos—. Los psiquiatras deberían ser creídos bajo palabra, y el unánime testimonio de los santos será tenido en poca o en ninguna consideración»[24].

NOTAS — Capítulo IX

(1) SOLLIER *Les phénomènes d'autoscopie*, París, 1903.

(2) Esta teoría ha sido reforzada por el neuropatólogo J. LHERMITE en *Mécanisme du cerveau* y en un artículo sobre los fenómenos de bilocación aparecido en *La Tour Saint-Jacques*, n.º 6-7, 1956.

(3) OSTY, "la visión de soi", en *Revue Métapsychique*, n.º 5, 1930.

(4) S. MULDOON y H. CARRINGTON, *The projection of the astral body*, Londres, Rider and Co. GABLIEL DELANNE, *Les apparitions matérialisées des vivants et des morts*, París, 1911. En *Proceedings of the Society for Psychical Research*, mayo, 1956, v. la relación del profesor HORNELL HART, *Seis hipótesis explicativas acerca de las apariciones*, y el artículo del profesor J. H. M. WHIETMAN, *Procedimientos de abandono y retorno en los casos de completa exteriorización* (ambos en inglés).

(5) V. *Horizonte*, n.º 5. En el mismo artículo, RÉMY CHAUVIN escribe: "No habiendo hecho su revolución, la psiquiatría ha quedado demasiado a menudo como una ciencia conjetural."

(6) En calidad de director del "Institut Métapsychique International" de París, René Warcollier se dedicó durante casi medio siglo a experiencias de alto interés en el campo de los fenómenos paranormales intelectuales y de la telepatía en particular, y llegó a formular interesantes hipótesis sobre la modalidad de la llamada "transmisión del pensamiento". Ha sido y es todavía considerado como uno de los estudiosos más serios y de mayor experiencia en este campo.

(7) V. *Planète*, n.º 15, artículo de la autora en p. 25.

(8) MIRCEA ELIADE, *El chamanismo y las técnicas del éxtasis*.

(9) En la ascesis oriental, este tipo de experiencias viene a configurarse como "... un proceso armonioso dirigido a reconquistar la autoconciencia, conciencia de un yo que, naturalmente, no es el yo individual sino el Yo, la conciencia cósmica de la que todo deriva y a la que todo regresa: conciencia pura, no ofuscada por ningún pensamiento concreto, sino el presupuesto de los pensamientos concretos que constituyen la realidad psíquica del individuo vivo" (Tuca, *op. cit.*).

(10) *I mistici*, bajo la dirección de Elemire Zona, Garzanti, 1963.

(11) *Ibídem*.

(12) *La passion d'al-Hosarjn-Mansour al Hallaj*, de L. MASSIGNON, París, 1922.

(13) V. *Rabbi Siméon Bar Yochai*, de GUY CASARIL, París, 1961.

(14) I. C. CHATTERJI, *Filosofia esoterica dell'India*, Milán, Alaya.

(15) YOGUI RAMACHARAKA, *op. cit.*

(16) *Técnicas del yoga*. "... En la técnica del yoga, se han conservado —en estado viviente y no ya mitificado — las experiencias, las nostalgias y los esfuerzos de la humanidad arcaica." *(Ibídem.)*

(17) REMO CANTONI, *Il pensiero dei primitivi*, Milán, Il Saggiatore, 1963, p. 330.

(18) J. HUIZINGA, *La crisis de la civilización*.

(19) Cfr. REMO CANTONI, *op. cit.*

(20) W. T. STACE, *Religion and the modern mind*, Nueva York, Lippincott, 1952. Refiriéndose a los grandes místicos de las distintas religiones, Stace observa que todos ellos han referido experiencias personales "... en el curso de las cuales tuvieron la sensación de trascender los límites del conocimiento humano ordinario y de alcanzar un estado en el cual experimentaban un sentimiento de unidad con todo el Universo, y también de paz, beatitud y liberación indescriptibles". Según el filósofo de Princeton, todo individuo tendría en sí una aptitud potencial para realizar experiencias semejantes, pero sucede raras veces que alguien tenga la voluntad de someterse a la disciplina necesaria para alcanzar tal fin.

(21) Para algunos representantes de la corriente freudiana, la "participación" oceánica aparece como un residuo del estadio de indiferenciación que precede a la formación del yo, o sea, en sustancia, como un retorno a

un estado de conciencia en el que el sujeto y el objeto aún no se distinguen. Otros hablan de “narcisismo extático” o de “infantil dependencia de figuras omnipotentes”. Otros más (Otto Fenichel) hablan de mosoquismo.

(22) V. estudio sobre “El problema psíquico del hombre moderno”, en la obra ya citada: *El problema del inconsciente en la psicología moderna*.

(23) La primera en publicar los resultados de pruebas electroencefalográficas obtenidas en sujetos inmersos en la meditación yóguica ha sido la doctora en Letras, Maryse Choisy, que las efectuó en 1952. Los gráficos mostraban un trazado distinto, que correspondían a las tres etapas de la meditación yóguica (*dharana*, *dhyana* y *samadhi*). A su vez, los doctores N. Das, de Calcuta, y H. Gustaut, de Marsella, presentaron, en 1955, en el coloquio sobre las actividades eléctricas del cerebro, un encefalograma obtenido de un yogui en estado de *samadhi*, que mostraba un trazado anómalo, pero no patológico, interpretable como sintomático de una intensa excitación de la corteza cerebral coexistente con el aspecto letárgico del cuerpo.

(24) GEORGES BERNANOS, *Diario de un cura rural*, Barcelona, Luis de Caralt, 1968.

Capítulo X
LAS POSIBILIDADES INSOSPECHADAS DEL CUERPO HUMANO

La distinción entre mente y cuerpo es una dicotomía artificial, una discriminación que se basa, indudablemente, mucho más en las peculiaridades del intelecto humano que en la naturaleza de las cosas.

Jung.

El pensamiento puede franquear cualquier obstáculo erigido por el cuerpo.

Roger Godel.

Los que se pasean por encima del fuego

«De improviso, Constantino Liuros entró en el fuego con una luminosa sonrisa en su delicado rostro de adolescente rubio. Hundía sus blanquísimos pies en el espeso manto de los carbones ardientes, como la reja de un arado entre los terrones. Luego, lo siguieron los otros, una, dos, diez veces, en un ansia que se iba aplacando a medida que los carbones se convertían en cenizas a causa del pisoteo. Teodoro se entretenía en el fuego, empuñando el icono con la mano derecha y apoyándolo de canto en la espalda, a fin de que se apoyara en la mejilla. Aislado del resto del mundo, en su planeta ardiente, parecía mantener en voz baja un coloquio con el santo.»

No se trata, como podría parecer, de la descripción de malsanos actos masoquistas ejecutados por personajes desequilibrados y ansiosos de sufrir. Es, tan sólo, el relato fiel de una inocua ceremonia religiosa de pirobacia (paseo por encima del fuego) que se desarrolla en 1963 en Europa, y que ha sido referida por periodistas provistos de filmadora[1]. Cada año, desde hace cuatro siglos, la misma ceremonia se verifica regularmente en Langadhà, en Macedonia, los días de santa Elena y san Constantino. Conviene precisar que se trata de fuego auténtico, consistente en un estrato de brasas ardientes capaces de desarrollar de doscientos a trescientos grados de calor, y, por tanto, de inferir quemaduras inmediatamente, si no de destruir, cualquier objeto combustible. Esta ceremonia no sólo se celebra en Langadhà; otras análogas tienen lugar en Santa Elena, los mismos días del año.

Por razones muy comprensibles, el paseo ritual sobre el fuego no es bien visto por el alto clero macedonio, que, sin embargo, se ve obligado a tolerarlo porque tiene profundas raíces en la Historia y en el folklore locales. Sus protagonistas no son fanáticos ni primitivos; se trata de los descendientes de un restringido grupo étnico (una especie de clan), en el que, desde tiempo inmemorial, se acostumbra a practicar este insólito rito para conmemorar episodios lejanos que se hallan entre la Historia y la leyenda. Así, pues, un acto de fe, pero también un testimonio vivo de la existencia de poderes mentales capaces de alterar las normales relaciones del hombre con ciertas fuerzas de la Naturaleza; capaces de suspender momentáneamente la validez de ciertas leyes físicas y fisiológicas que creíamos absolutas. Es uno de tantos «hechos condenados» en los que «no está bien creer», desde el momento que su existencia subvierte las tranquilas certidumbres oficiales. ¿Puede un fuego auténtico no quemar y ni siquiera chamuscar?

En el vasto campo de los fenómenos oficialmente inexistentes, el de la pirobacia es uno de los mejor verificados y documentados. Las chispas que despedían las brasas ardientes han sido fotografiadas y filmadas ya numerosas veces, al servicio de esa sed implacable de noticias insólitas que es inherente al espíritu moderno. Y, asimismo, los pies desnudos de los que se pasean por encima con toda tranquilidad, sin experimentar la menor sombra de una quemadura: hombres, mujeres, campesinos, artesanos y estudiantes. En mayo de 1957, un grupo de estudiosos del que formaban parte el doctor Piero Cassoli, el antropólogo Lidio Cipriani y el profesor Vittorio Beonio-Brocchieri, realizó un documental cinematográfico en Langadhà y en Santa Elena.

Antes aún, el mismo fenómeno había sido observado y estudiado por el médico y parapsicólogo general Tanagras, por el profesor ingeniero Riccardo Salvadori y por el ya citado antropólogo Cipriani. Otros estudios e informes se deben a Marianthi Diamantoglu, a M. C. A. Romaios y a Georges Roux[2], pero se trata sólo de los documentos más recientes. Los paseos sobre el fuego han sido observados y descritos innumerables veces, y mucho antes de ahora, en países tan lejanos entre sí como la India, el Japón, Hawai, el archipiélago de la Sonda, las islas Fidji y la isla Mauricio. Asimismo, en Inglaterra, en 1935, un oriental —un tal Kuda Bux— ejecutó un paseo sobre una extensión de brasas ardientes para cuya preparación habían sido consumidas siete toneladas de leña. Sucedió en Carshalton, bajo la inteligente dirección de Harry Price y en presencia de cierto número de científicos, entre ellos, del profesor Pannet que, al final del experimento, tuvo el cuidado de tomar la temperatura de la planta de los pies de Bux y la encontró normal. A dos de los asistentes les tentó pasear, a su vez, por el ardiente tapiz, pero el implacable calor los hizo desistir de inmediato, cuando ya habían recibido quemaduras muy

dolorosas. Téngase en cuenta que Kuda Bux, antes de exhibirse del modo descrito, se había lavado escrupulosamente las extremidades inferiores, bajo el severísimo control de Price[3].

Se entiende que semejante abundancia de documentación no puede bastar para neutralizar las negativas preconcebidas, ni para disipar las reservas formuladas por los escépticos por actitud o por temperamento, los cuales suelen realizar un gran consumo de «si», «pero» y «sin embargo», como buenos practicantes de lo que el profesor Harry A. Wiemer, de la Stanford University de Palo Alto (California), llama el «culto de la duda» (algo completamente distinto de la duda filosófica). Por lo general, ningún testimonio es válido para esas personas, a menos que se trate del suyo propio, y para poder admitir uno, pretenderían que toda experiencia se desarrollara en condiciones tales que resultaran prácticamente prohibitivas para la manifestación paranormal.

El éxtasis que vuelve invulnerable

Es indudable que los rituales científicos y metodológicos tienen su razón de ser, pero no deben entrar en conflicto con otros rituales que, en algunos casos, representan la *conditio sine qua non* para la producción del fenómeno. Supongamos, por ejemplo, que se intenta controlar con instrumentos de laboratorio las extremidades inferiores de los piróbatas, antes y después del experimento. Sería preciso contar con la psicología de tan insólitos sujetos, a los que las exigencias de la ciencia moderna no interesan gran cosa. Y aunque quisieran prestarse a dichos controles, acaso no pudieran hacerlo por el sencillo motivo de que ellos también se encuentran ligados a exigencias no menos apremiantes: las de un psiquismo profundo que tiene necesidad, para movilizar sus facultades latentes, de dedicarse tranquilamente y sin interferencias indeseables a los complejos rituales prescritos por la tradición.

En efecto, antes de la ceremonia, los piróbatas de Langadhà y de Santa Elena pasan toda la víspera preparándose con danzas colectivas al ritmo del tambor; extrañas e insólitas danzas durante las cuales los bailarines emiten continuamente resoplidos y silbidos que les han valido el sobrenombre de *anastenárides* (suspirantes). Esta particularidad, que a primera vista podría ser clasificada como simple curiosidad folklórica, tiene probablemente, por el contrario, una precisa razón de ser, y baste recordar aquí que una de las etapas fundamentales que deben superar los adeptos del yoga para llegar a dominar la fisiología corpórea está ampliamente basada en la práctica de determinadas técnicas respiratorias.

En el caso de los *anastenárides*, parece que para determinar el particular estado de conciencia que se halla en la base del fenómeno, concurra, junto con la respiración ritmada, también la música, como resulta de este otro fragmento significativo del informe ya citado. «Se trata de una concentración mística, de un éxtasis. Mientras tanto, la música envuelve a los hombres en su espiral, de círculos siempre iguales, pero cada vez más estrechos, y los arrastra a una profundidad sin fin, donde los nervios se ponen en tensión hasta el límite de ruptura; y tal vez más allá incluso de ese límite, a un continente espiritual inexplorado por nosotros»[4]. Ahora, ya sabemos que ese continente existe en nuestro interior, y que para tomar posesión de él es preciso alcanzar, mediante técnicas adecuadas, un equilibrio psicológico distinto del usual, un particular estado de conciencia al que se dirigen insólitas posibilidades de la mente… y también del cuerpo. Este último aspecto es el que vamos a tratar a continuación.

El fenómeno de la pirobacia entra en el capítulo de la «incombustibilidad» que, a su vez, no representa más que un pequeño sector en un vasto panorama de posibilidades insospechadas del cuerpo humano. Sir William Crookes fue testigo, en diversas ocasiones, de episodios como el que referimos, y que tuvieron como protagonista al gran médium Daniel Douglas Home: «Una vez, le vi aproximarse a un fuego de leña bien encendido, y tomando una brasa ardiente de buen tamaño, la puso en el hueco de la mano, la cubrió con la otra mano y sopló en el improvisado hornillo hasta que la brasa se tornó incandescente y las llamas le lamían los dedos. Ningún signo de quemadura pudo verse en sus manos, ni entonces ni después»[5]. Episodios análogos, o incluso más clamorosos, sucedieron en otras ocasiones, y siempre cuando Home se hallaba en estado de trance.

En un estudio de Olivier Leroy, aparecido en 1931, se habla de una parisiense —una tal Marie Simonet, llamada «María *la Salamandra*»— que era capaz de permanecer suspendida durante media hora justo encima de un brasero ardiendo, de modo que las llamas la alcanzaran directamente. No obstante esto, no recibía ningún daño ni se quemaba el paño de su vestido[6]. Muchos casos de este tipo son referidos por el jesuita padre Herbert Thurston, en el libro ya citado acerca de los fenómenos físicos del misticismo. Aún más extraño es el hecho de que esta incombustibilidad pueda transmitirse momentáneamente de aquel que la posee a otros, como hacía el mismo Home. Devaux refiere, por ejemplo, el caso de cierta Annie Hunter, de Bournemouth, que tomaba carbones ardiendo, se los metía en la boca y, luego, los mascaba como si fueran confites. Una vez, en 1923, colocó uno en la cabeza de un cronista del *London Daily Express* que había acudido a entrevistarla, y permaneció indemne, pero se quemó de mala manera los dedos en cuanto quiso agarrarlo con sus propias manos[7].

Así, pues, el mismo fuego puede quemar o no, según la misteriosa voluntad que se dirige hacia ese personaje «nuevo y distinto» que emerge en el estado de éxtasis o trance, y que conocemos con el nombre de *daimon*, «el yo secreto», «el yo trascendente», «el huésped desconocido», y hasta este momento lo habíamos considerado como el protagonista de todo conocimiento inexplicable. Ahora, veremos hasta qué punto es capaz de señorear el cuerpo y de potenciar sus facultades mucho más allá de los límites reconocidos.

Los «secadores de sábanas»

Ya hemos hablado de manera incidental de Alexandra David-Neel, una viajera europea que vivió durante catorce años consecutivos en el Tíbet y regiones limítrofes, dedicada casi continuamente a fines de investigación y estudio. Se trata de una singular figura de mujer caracterizada por dotes poco comunes de inteligencia y equilibrio y, sobre todo, de una ilimitada curiosidad por investigar acerca de los diversos aspectos de lo desconocido. En el Tíbet, según cierta literatura que tiende a lo sensacional, se ambientan las gestas de misteriosos personajes que la leyenda pretende dotados de facultades ocultas y desconcertantes. La señora David-Neel, que profesaba el budismo, consiguió hablar y escribir correctamente los principales idiomas del Tíbet, entró a formar parte de una orden religiosa que permitía la vida errante, y se aprovechó de esta libertad para investigar a fondo acerca de la real consistencia de los poderes llamados «ocultos» de los iniciados tibetanos.

Gracias a la colaboración de un hijo adoptivo que era un auténtico lama, pudo abordar a los personajes más representativos desde el punto de vista religioso e iniciático, y por ellos, no sólo se enteró de noticias, sino que también recibió enseñanzas que le permitieron desarrollar algunas facultades psicofísicas no comunes. En otros términos, se dio cuenta de que las leyendas eran muchas, pero que era posible desligarse de ellas para alcanzar el núcleo de algunas realidades psíquicas desconcertantes e ignoradas en Occidente. A su regreso a Francia, dio cuenta de sus experiencias en un libro que ya hemos tenido ocasión de citar. El prefacio fue escrito por el profesor d’Arsonval, miembro de las Academias de Ciencias y Medicina, quien ya había demostrado a la señora David-Neel su estima al requerirla para que pronunciara, acerca del tema de las facultades psíquicas ignoradas, una serie de conferencias en la propia cátedra del Colegio de Francia.

«Esta asiática, esta perfecta tibetana ha seguido siendo, no obstante, una occidental —ha escrito d’Arsonval—, y, más aún, una occidental discípula de Descartes y de Claude Bernard, pero que practica, como el primero de los citados,

la “duda filosófica”, y considera, como el segundo, que ésa debe ser la regla de oro del científico. Privada de toda idea preconcebida y no polarizada por ningún dogma o doctrina, la señora David-Neel ha observado en el Tíbet, con plena libertad e imparcialidad de espíritu...» Eran precisos todos estos prolegómenos para poder dar al lector una idea bastante precisa de este personaje al que deberemos referirnos a menudo, por cuanto lo consideramos como uno de los testimonios más afortunados, además de imparciales, de aquel ámbito desconocido y multiforme que nunca deja de manifestarse a quien sabe buscarlo con tenacidad, y que representa, aunque se diga lo contrario, tanta parte de la realidad desconocida.

En el libro de David-Neel se lee, entre otras cosas, acerca de eremitas tibetanos que han resuelto el arduo problema de pasar el invierno en cavernas faltas de toda calefacción, y situadas entre 4.000 y 5.000 metros de altitud, y ello sin morir ateridos. La particularidad más interesante es que estos ascetas *sui generis* van cubiertos con un simple vestido de algodón reducido a la mínima expresión, lo que les ha valido el apelativo de *respa* («vestidos de algodón»). Según la viajera, el prodigio es posible gracias a la producción voluntaria, por su parte, de un misterioso calor de origen interno llamado *tumo*, mediante un procedimiento que es, al mismo tiempo, mental y fisiológico (o, para mejor decir, «para-fisiológico»), por cuanto consiste en la retención prolongada de la respiración y en la concentración del pensamiento en un fuego interno imaginario de creciente intensidad. Esta «retención de la respiración» que ya hemos visto en funciones a propósito de los *anastenárides* es, como tendremos ocasión de comprobar, un elemento determinante en todas las prácticas yóguicas que tienden a la adquisición de los «poderes» parafisiológicos.

Se entiende que para adquirir capacidades de esta clase es preciso, por lo general, un largo aprendizaje, pero a David-Neel no le faltaban ni el tiempo ni la tenacidad. Es un hecho, en cualquier caso, que consiguió aprender los primeros rudimentos del arte del *tumo*, y ponerlos en práctica ella misma. Para verificar sus capacidades, realizó algo que muy pocos europeos hubieran hecho: escogió un lugar desierto y pasó en él toda la noche, tras haberse bañado en agua helada y haber dejado a propósito de secarse, al igual que hacen los *respa*. «Estábamos —escribe— al principio del invierno, y la altitud del lugar debía de estar próxima a los 3.000 metros. Experimenté un inmenso orgullo por el hecho de no haberme resfriado.» Observemos, en este punto, que quien pretendiera medir a David-Neel con el rasero de cualquier narradora mitómana y desprevenida, se vería obligado automáticamente a extender tal juicio a muchos otros viajeros que han atestiguado las mismas cosas en épocas más lejanas.

Aparte esto, el fenómeno no es del todo nuevo ni siquiera en Occidente, como

pueden demostrar los numerosos y bien documentados casos de elevación de la temperatura corporal más allá de los límites fisiológicos, que figuraban entre las habituales singularidades de algunos grandes místicos[8]. Volviendo al Tíbet, debemos decir también que incluso las proezas de los *respa*, como las de los piróbatas, se celebran en ceremonias públicas apropiadas, y he aquí la descripción que hace de una de ellas la escritora: «A veces, una especie de examen clausura el período de entrenamiento de los estudiantes de *tumo* (…). Los candidatos al título de *respa*, completamente desnudos, se sientan en el suelo con las piernas cruzadas. Alguien sumerge unas sábanas en el agua helada y, luego, las retira; salen rígidas y heladas. Cada discípulo se enrolla una en torno a sí, y no sólo debe deshelarla, sino secarla con su cuerpo. Apenas la sábana está seca, se sumerge de nuevo en el agua, y el candidato se envuelve de nuevo. La operación continúa de esta manera hasta que sale el sol. Quien consigue secar el mayor número de sábanas, es proclamado primero de aquel concurso. Se dice que algunos llegan a secar hasta cuarenta sábanas en el curso de una noche.»

El atleta que no puede fatigarse

En este punto, la escritora tiene en cuenta las probables exageraciones que se verifican en cuanto al número y a las dimensiones de las llamadas «sábanas». Sin embargo —añade—, «no cabe duda de que algunos *respa* consiguen secar con su cuerpo paños del tamaño de un mantón grande. Yo misma he podido comprobarlo *de visu*». Como se ve, el libro de David-Neel es una cantera de observaciones perspicaces y equilibradas, utilísimas para quien desee acercarse sin prejuicios ni limitaciones arbitrarias a algunos aspectos de la realidad paranormal. Y se trata —añadimos— de testimonios tanto más preciosos cuanto que, probablemente, son los últimos sobre el tema. En el tiempo en que fueron recogidos, aquel universo cerrado que era por entonces el Tíbet se encontraba ya en vías de rápida evolución, caracterizada por el declinar de muchas antiguas tradiciones y por la consiguiente disminución de las prácticas conectadas a cierto género de creencias y costumbres.

Hoy, tal vez, ya no existan ni aquellas prácticas ni aquellas creencias, del mismo modo que dentro de cincuenta años acaso no se encuentre ya ningún rastro de piróbatas en Macedonia, con el seguro alivio de cuantos gustan de relacionar tales manifestaciones paranormales con una visión «mágica» y, por tanto, anacrónica de la vida y del Universo[9]. Si tal suposición resulta confirmada por los hechos, en el año 2000 no será preciso tomarse demasiado trabajo para negar la realidad de la pirobacia, y a aquellos estudiosos les bastará, en efecto, poner en duda los testimonios de hoy, del mismo modo que hacen en nuestros días algunos de sus

colegas, a propósito de observaciones y testimonios de fecha antigua relativos a fenómenos que, en la actualidad, ya no pueden repetirse.

El hecho es que, en el conflicto inevitable entre el mito de la ciencia omnisciente, por un lado, y lo desconocido, por otro —que continúa manteniendo a porfía su propia jurisdicción sobre vastos territorios—, se advierte una curiosa situación de compromiso en virtud de la cual la ciencia puede conservar y cultivar todas sus glorias verdaderas y presuntas sólo a condición de que los cartógrafos oficiales continúen ignorando —como así lo hacen— la existencia de los «ámbitos externos». Ninguna tentativa de anexión, pues, dado que, evidentemente, es más simple y cómoda la postura que consiste en ignorar y desacreditar, postura que nunca podrá suprimir por entero las realidades paranormales, es cierto, pero que, al menos, conseguirá reducir ciertas manifestaciones de aquéllas, ligadas a las costumbres de los pueblos. Negad una parte de la realidad, y ésta desaparecerá de ante vuestros ojos, y así, el escepticismo logra alimentarse de sí mismo.

He aquí por qué la dimensión mágica de la realidad (si se nos permite utilizar la antigua palabra «magia» en un sentido del todo moderno) se va reduciendo progresivamente en algunos campos, hasta el punto que de ella ya no quedan sino leves trazas de difícil identificación, que son, precisamente, las que estamos siguiendo. Un día, durante un viaje a través de una región desértica situada en el norte del Tíbet, Alexandra David-Neel encontró a un lama que avanzaba a un paso extraordinariamente ligero, con el rostro absorto y los ojos fijos en la contemplación de un punto situado en lo alto, en el espacio vacío. Vestía el hábito y la túnica monástica, ambos bastante raídos. No obstante su paso rapidísimo, el hombre —asegura la escritora— no corría en absoluto. «Parecía que se alzaba del suelo a cada paso y que avanzaba a saltos, como si estuviera dotado de la elasticidad de una pelota.»

Aquel singular viandante era un *lung-gom-pa*, o sea, un individuo a medio camino entre el asceta y el atleta, pero con la particularidad de que, en este caso, el atletismo tiene un sentido muy especial, puesto que permite, por ejemplo, recorrer distancias del orden de varios centenares de kilómetros a velocidades increíbles, y sin detenerse jamás. Suele tratarse de manifestaciones parafisiológicas posibilitadas gracias a particulares estados de conciencia y al uso de adecuadas técnicas respiratorias. La escritora hubiera detenido al insólito viajero y lo hubiera entrevistado, de no habérselo impedido los temores expresados por un doméstico, según el cual, aquel hombre hubiera podido, incluso, morir si hubiera sido despertado bruscamente de su meditación deambulante.

«La advertencia podía parecer absurda —observa David-Neel—, pero no hasta el

punto de olvidarla por completo. Según lo que yo sabía de la técnica de aquel procedimiento, el viandante caminaba en un estado de trance, por lo que era probable que hubiera sufrido una penosa sacudida, aunque no hubiera muerto…» Dejó, pues, que el hombre se alejara en la misma dirección que seguía ella, y muy pronto lo vio desaparecer en el horizonte. A continuación, las informaciones recogidas acerca del caminante a lo largo del recorrido, le permitieron determinar que el ascético atleta debía de haber mantenido su paso rapidísimo al menos durante otro día y otra noche, sin detenerse nunca. Si a esto se añade el hecho de que el encuentro se había producido en el corazón de una vasta región deshabitada, se deduce que, en aquel momento, el hombre estaba en camino desde mucho tiempo atrás, lo que da una idea suficiente de las sorpresas que puede reservar aquel tipo de «fisiología mística» —como la llama Mircea Eliade—, que sustituye a la fisiología ordinaria en los particulares estados de conciencia a los que nos hemos referido.

La abolición momentánea del peso

El interés principal de tales episodios no deriva de su aspecto sensacional, sino que, por el contrario, radica en el hecho de que aquéllos se presentan como ciertos asuntos científicos que se suelen considerar como leyes absolutas —físicas o fisiológicas—, y, en realidad, son válidas sólo en un campo de «normalidad» entendida en sentido puramente estadístico (o sea, no según se entiende el concepto de «normal» como contrapuesto al de «patológico»). Los límites de la resistencia humana a la fatiga, por ejemplo, son bien conocidos de la Medicina en general y de la deportiva en particular, y, asimismo, se conocen bien los límites del calor, que puede ser producido por el metabolismo corporal, pero, al cabo, viene a descubrirse que ninguna de tales reglas es infalible.

En realidad, los asuntos que consideramos como ciertos no tienen valor absoluto, y tanto más cuanto que tenemos las leyes de la mecánica clásica en el universo de los relativistas; y como sería impensable que los físicos modernos quisieran ignorar —por inoperante a efectos prácticos— la relatividad de las leyes mecánicas que fueron establecidas por Galileo y Newton, asimismo impensable es (o debería ser) que pueda ignorarse la existencia de una fisiología y de una psicología excepcionales, junto a la fisiología y a la psicología normales. En muchos campos de la ciencia que tiene por objeto el hombre, se desarrolla ya la espera inconsciente de una revolución de tipo einsteniano, pero más bien se tiene razón de temer que los tiempos no sean precisamente los adecuados para favorecerla.

¿Quién admitiría hoy que algunos hombres hayan podido dominar su propio

peso corpóreo gracias a los poderes latentes en el yo profundo? Sin embargo, la levitación es uno de los fenómenos paranormales mejor documentados. Y son los místicos, como de costumbre, quienes han suministrado las manifestaciones más espectaculares[10]. Pero también están representados los médiums (Home, Paladino, Eglinton, Maria Vollhart, Willy Schneider) y personas que tenían cualidades mediúmnicas sin saberlo, como aquel joven hijo de Lord Torpichen[11], cuyos familiares, para impedirle que se elevara de vez en cuando por los aires, tuvieron que hacerlo vigilar por una persona que tenía la específica misión de agarrarlo por las piernas si el muchacho exageraba demasiado en su brinco ascensional.

Se trata, en estos casos, del despertar de la mediumnidad púber, que tiene siempre —como veremos— algo de exagerado y turbulento. En tiempos más recientes, una niña berlinesa de cinco años, que luego debía convertirse en una gran médium, tenía una manera muy peculiar de descender la escalera de mármol de su casa: se abandonaba a una especie de vuelo controlado, sin tocar nunca los peldaños con los pies, y ello le producía un gozo inexpresable. Pero bastó que llegara a la edad «de la razón» para que ya no se atreviera más a ejecutar su hazaña[12]. Pero la palma de semejantes manifestaciones se la lleva, sin duda, Home, a quien Sir William Crookes atribuye no menos de un centenar de levitaciones realizadas en presencia de varias personas; y el médium siempre estaba inmerso en el «trance».

Una vez —refiere Crookes—, Home, en presencia de algunos testigos eminentes, entre ellos Lord Adare, salió por una ventana, se mantuvo en el vacío y, luego, volvió a entrar por la ventana contigua: Téngase en cuenta que salió en posición horizontal, con la cabeza por delante y el cuerpo completamente rígido. A Lord Adare, que se preguntaba cómo podía hacerlo, el médium le respondió, siempre en trance: «Ahora se lo enseño.» Y repitió el experimento. Según Hereward Carrington, sería posible conseguir una momentánea disminución del peso corporal y, en consecuencia, una ayuda en el impulso ascensional, mediante adecuadas técnicas respiratorias, pero esto no puede bastar para explicar el fenómeno de la levitación, en tanto que sugiere la idea de que el control de la respiración facilita —en ésta como en otras prácticas parafisiológicas— alcanzar aquel particular estado de conciencia al que se deben las manifestaciones excepcionales.

La levitación no es desconocida, naturalmente, a los practicantes hindúes y budistas de aquellas técnicas orientales entre ascéticas y fisiológicas que entran en el vasto campo del yoga; es, antes bien, uno de los poderes supranormales que según el *Visuddhi Magga*[13] se alcanzan en la cuarta y penúltima etapa de la técnica meditativa dirigida a alcanzar ciertos particulares estados de conciencia. Se trata de

prácticas de milenios de antigüedad, y seguidas en todo tiempo por innumerables partidarios. La primera mención de un yogui levitante la encontramos en Filostrato (siglo II), el cual, en la *Vida de Apolonio*, narra cómo el filósofo de Tiana había visto a uno completamente suspendido en el aire. Entre los testimonios más interesantes de nuestra época, citemos el informe, completado con fotografías, de una levitación realizada en condiciones experimentales sin discusión posible por un yogui hindú. Apareció hace años en una revista inglesa[14]. No obstante la diversidad de los ambientes y las creencias básicas, el fenómeno se presenta en todas partes con un denominador común que consiste en aquel particular estado de conciencia llamado trance, éxtasis o concentración mística.

La maestría absoluta del cuerpo

Conviene precisar aquí que las doctrinas y las prácticas yóguicas presentan dos aspectos principales, desde el momento en que producen, como dice Mircea Eliade, no sólo santos, sino también brujos. Sabemos ya que los auténticos ascetas tienden de manera exclusiva a la iluminación suprema y a la liberación del «yo» arcano, alcanzable mediante la cúspide extática del *samadhi*. Es muy cierto que incluso los ascetas, en el curso de las diversas etapas iniciáticas, descubren la existencia de facultades insólitas fisicopsíquicas (los llamados «poderes») y consiguen utilizarlas, pero su uso no es ambicionado por sí mismo, hasta el punto de que es considerado como una «tentación». Lo que sucede es que los verdaderos ascetas son pocos, y muchos, por el contrario, los que persiguen la adquisición de los poderes como instrumento de afirmación personal. Éstos se dejan seducir exclusivamente por las posibilidades que les ofrece, por ejemplo, el hatha-yoga a quienes practican los 84 *siddhis* (o *iddhis*), o también las llamadas «Seis Doctrinas secretas», que los lamas tibetanos hacen remontar a Narota, o las «Cinco Elevadas Ciencias» del budismo primitivo.

Por lo que se refiere a los métodos de adquisición de los «poderes», no existe una diferencia sustancial entre las técnicas yóguicas y las budistas, las cuales, por lo demás, se derivan de las primeras. Una larga disciplina, una estabilidad absoluta del espíritu y la movilización de una fuerza psíquica resultante de la fusión del pensamiento y de la voluntad dirigidos hacia un único objetivo: tales son las bases absolutamente necesarias —en el ascesis budista— para conseguir los poderes psíquicos. En los textos clásicos, su descripción está ilustrada con metáforas y exageraciones típicamente orientales[15], pero ello no invalida que, en sustancia, correspondan a algunas insólitas facultades ya ejemplificadas por nosotros, y a otras de las que deberemos ocuparnos (así, el desdoblamiento). Una mención

particular, desde el punto de vista de los «poderes», merecen las técnicas de hatha yoga y tántricas, que insisten en los componentes gímnicos y fisiológicos, así como en otras prácticas destinadas a fortalecer toda una serie de órganos ocultos y a preparar el despertar de la misteriosa energía llamada *kundalini*.

Por supuesto, puede no creerse en la imaginativa fisiología en la que se basan varios textos yóguicos que tienden a explicar los fenómenos excepcionales; pero sería difícil, incluso para la exigente mentalidad occidental, negar la realidad de ciertas manifestaciones desconcertantes que han sido verificadas con todo rigor, incluso en plan experimental. Hace unos treinta años, los doctores Charles Laubry y Teresa Brosse, en misión de estudio por la India, comprobaron mediante observación directa y con el auxilio de aparatos científicos apropiados, un hecho ya señalado por muchos otros autores: la posibilidad que tienen algunos adeptos del yoga de controlar con la voluntad todas las funciones corpóreas que dependen del sistema vegetativo (esto es: la respiración, la pulsación cardíaca, la presión arterial y los movimientos del intestino)[16].

En una misión posterior dirigida también en la India por la doctora Brosse, en 1950, con la colaboración del doctor Milovanovich y bajo el patrocinio de la Universidad de Harvard, resultaron particularmente interesantes los exámenes electrocardiográficos, que ponían en evidencia el brusco descenso de voltaje que se producía cada vez por voluntad del sujeto analizado. En ocasiones, la disminución era tan próxima al cese total, que en el electrocardiograma se hacía casi imperceptible la señal de la contracción cardíaca, hasta el punto de que, a juzgar por el trazado, uno se sentiría inclinado a un pronóstico de los más severos. Pero, luego, de repente, el gráfico volvía a hacerse normal o, sin más, se elevaba a un voltaje superior al habitual.

Algunos de los yoguis que fueron objeto de estudio conseguían mantener, sin dificultades, la respiración hasta quince minutos; otros demostraron poder vivir varias horas en estado de respiración tan superficial que ni siquiera se podía advertir. Incluso el metabolismo podía ser reducido a los términos mínimos. Gracias a tan insólitas capacidades para controlar las propias funciones vitales, los sujetos más adiestrados pueden refugiarse en estados de vida latente (anabiosis), semejantes a los que se observan de vez en cuando sólo en personas que se hallan a punto de fallecer, o en ciertas especies animales de orden inferior[17]. Estos primeros contactos entre la ciencia occidental y un mundo iniciático que, hasta ahora, ha sido visto exclusivamente a la luz de la leyenda y del folklore, han permitido ya establecer que en las disciplinas yogas hay, en verdad, «algo» que vale la pena se tome en consideración, porque abre horizontes nuevos para la mentalidad de Occidente.

Se han producido aún otros encuentros como el descrito. Mientras la doctora Brosse efectuaba sus experiencias en la India, en París, en noviembre de 1950, dos médicos indios expertos en hatha-yoga —el doctor Pramanick y su colega Goswami— daban demostraciones prácticas de los mismos fenómenos por invitación expresa de la Facultad de Medicina, y frente a un público de médicos y profesores de aquélla. Estos contactos entre direcciones mentales que parecían impenetrables entre sí, no pueden por menos de ser fructuosos, aun a largo plazo, si es verdad que la unilateralidad de una cultura es siempre peligrosa. Escribe, a este propósito, David-Neel: «Todo cuanto de cerca o de lejos se conecta con los fenómenos psíquicos y con la acción de las fuerzas psíquicas en general, debe ser estudiado como cualquier otra ciencia. No se trata de milagros, no hay nada de sobrenatural ni nada que pueda originar o alimentar la superstición. El entrenamiento psíquico razonado y científicamente dirigido puede conducir a resultados deseables: he aquí por qué las noticias recogidas sobre dicho entrenamiento —incluso cuando se practica de modo empírico y cuando se basa en teorías a las que no siempre podemos adherirnos— constituyen documentos útiles y dignos de nuestra atención.»

Los misterios no desvelados del cuerpo humano

Pero también en este terreno nos encontramos con el camino obstaculizado por el habitual prejuicio que tiende a hacer aparecer como «patológico» todo cuanto es nuevo y distinto. Tiene razón Eileen Garrett cuando escribe que «el hombre teme todo lo que no conoce». Sin embargo, algunas voces se han elevado autorizadamente para poner en guardia contra la manía de aplicar etiquetas morbosas. Escribe, por ejemplo, el profesor Disertori, en la obra ya citada: «Pero como el don activo del hipnotizador no constituye un *minus*, así es un hecho de *plus* y no propio del histerismo el notable dominio sobre la propia fisiología, comprendida la capacidad de caer en estado cataléptico, en el yogui que después de años de ejercicios físicos, psíquicos y espirituales, siguiendo también una vía altamente moral, consigue integrar el inconsciente en lo consciente y supeditar a la personalidad superior, consciente y voluntaria, las reacciones arcaicas miméticas, y valerse de ellas con entera libertad, en lugar de ser la víctima de ese inconsciente y de esas relaciones, como sucede en el caso del neurótico.»

Otro motivo de incomprensión deriva del sobrentendido monismo físico (en sentido raeckeliano) del que está embebida la ciencia occidental, y del que descienden muchas consecuencias, también, por lo que se refiere a los métodos de indagación y a los objetivos que interesan a la ciencia más lejana del mundo físico:

la psicología[18]. Los orientales consiguen dominar por completo el cuerpo a través de las vías del espíritu, y ello como consecuencia de un principio fundamental que viene expresado en el primer verso del *Dhammapada*, y que dice: «En todas las cosas predomina el espíritu; todo procede del espíritu»[19].

Entre nosotros, que adoptamos el principio contrario, tarda en imponerse una realidad psíquica autónoma, y aun cuando ya estemos dispuestos a admitirla, todavía estamos oprimidos, desde los tiempos de la filosofía griega, por un nefasto dualismo que considera separadas y casi antinómicas las dos esferas de la *psique* y del *soma*, hasta el punto de que sólo en época muy reciente se ha conseguido dar los primeros pasos en una medicina psicosomática que se interesa, es cierto, en los influjos ejercidos por la psique inconsciente sobre las funciones corporales, pero sólo de los influjos negativos, patológicos.

Por el contrario, en los fenómenos de los que nos estamos ocupando, los misterios del cuerpo se confunden con los del espíritu. No podría ser de otra manera, desde el momento en que uno y otro forman un todo armonioso en el que cualquier distinción radical representa una convención arbitraria y plena de consecuencias. Una de éstas, por ejemplo, es la impotencia que experimentaría el fisiólogo cuando tuviera que explicar en los términos propios de su ciencia (como le sucedió, en su época, al Premio Nobel Charles Richet) fenómenos sobre cuya naturaleza nos hemos venido ocupando, y otros aún más desconcertantes que conoceremos a su debido tiempo. Son fenómenos en los que la psique actúa como protagonista absoluta, dado que puede suspender la validez de leyes fisiológicas e incluso físicas, como en los casos ya considerados de incombustibilidad, de levitación y en tantos otros aún, de los que no hemos podido ocuparnos, porque su exposición y discusión requeriría volúmenes. Entre las capacidades sorprendentes y raras del cuerpo humano, figuran, también, las de despedir luz; crear perfumes extraños a su fisiología ordinaria; alargarse temporalmente o transfigurarse hasta adquirir fisonomías por completo distintas; vivir sin ninguna nutrición durante períodos extraordinariamente prolongados; y refugiarse en la anabiosis, simulando las apariencias de la muerte[20].

Ningún fisiólogo puede dar razón de hechos como éstos, que, sin embargo, están comprobados de manera cierta, del mismo modo que no podría explicar el misterio de la visión extrarretínica, otra posibilidad latente y muchas veces descubierta, aunque negada en cada ocasión por los escépticos, y de nuevo puesta de manifiesto en algunos recientes y espectaculares casos[21]. Ninguno de tales fenómenos viola la Naturaleza; son, tan sólo, el producto de peculiares estados de conciencia en los que el yo latente y secreto —el *daimon* que hay en nosotros— puede manifestar sus

poderes, alcanzados por una Naturaleza más amplia y generosa que la que podemos conocer si permanecemos anclados en el mero universo físico.

Desde cierto punto de vista, semejantes estados de conciencia distintos (meditación, trance, éxtasis) pueden parangonarse a formas particulares de sueño. Se trata, en cualquier caso, de realidades existenciales diferentes, y es probable que fundamentales, puesto que pueden someter a sus propias leyes las de la realidad ordinaria. Es siempre el psiquismo inconsciente el que asciende al nivel de la conciencia, que se funde, a veces, con ésta y la sumerge, transportándola a una dimensión más vasta. A esta dimensión puede accederse por inclinación natural, pero también en virtud de un aprendizaje progresivo o por efecto del fervor místico. Contra estas realidades «distintas», el hombre moderno ha erigido sus válidas barreras defensivas, a fin de poder vivir con tranquilidad al amparo de sus visiones simplistas.

Fue Alexis Carrel quien reveló, en los años treinta, que «la enorme superioridad del progreso que se ha verificado en las ciencias de la materia respecto al de las ciencias relativas a los seres vivientes es uno de los acontecimientos más trágicos de la historia de la Humanidad». Por desgracia, el fenómeno se ha ido acentuando. Antes que Carrel, Bergson ya se había preguntado qué hubiera sucedido si la ciencia moderna, en lugar de hacer converger todas sus fuerzas en el estudio de la materia, las hubiera encauzado en la dirección del espíritu; si la psicología hubiera podido contar con algún genio de la categoría de Kepler, Galileo y Newton. «Hubiéramos dispuesto de una Psicología de la que no podemos hacernos hoy ninguna idea..., y hubiera sido, respecto a nuestra actual Psicología, lo que la Física moderna respecto a la de Aristóteles. Extraña a toda idea mecanicista, e incluso incapaz de concebir semejantes explicaciones, la ciencia no hubiera descartado *a priori* ciertos hechos. (...) Una vez descubiertas las leyes más generales de la actividad espiritual, hubiéramos pasado a investigar las de la Biología, pero de una Biología vitalista y por completo distinta de la nuestra; una Biología que, tras las formas sensibles de los seres vivos, hubiera buscado la fuerza interior e invisible de las que aquéllas constituyen las manifestaciones.»

NOTAS — Capítulo X

(1) Se trata de un grupo de periodistas italianos y franceses que se dirigieron ex profeso a Grecia para desarrollar una encuesta sobre la pirobacia, cuyo texto ha aparecido, a la vez, en *Science et Vie* y en *Scienza e Vita*, n.º 187, julio de 1964.

(2) M. C. A. ROMAIOS, *Cultes populaires de la Thrace*, Coll. de l'Institut français d'Athènes, *Cahiers d'hellenisme*, I (1949); JEANNE y GEORGES ROUX, *Grèce*, Arthaud, 1957. V., también, artículos publicados en la *Revue Métapsychique*, por MARIANTHI DIAMANTOGLOU, en 1952 y 1953.

(3) H. H. PRICE, *A caccia di spiriti*, Milán, 1937.

(4) Se trata del *pranayama*, que representa el cuarto grupo de técnicas yóguicas. Tiende a imponer a la respiración un ritmo artificial y cada vez más lento, a fin de favorecer —se afirma— la concentración de la mente consciente sobre un único objetivo, y ello basándose en el presupuesto de que "siempre existe un vínculo entre la respiración y los estados mentales".

(5) FRANCESCO EGIDI, *Un grande medium: Daniel D. Home*, Roma, ESIM, 1950.

(6) OLIVIER LEROY, *Les hommes salamandres*, París, Desclée, 1931.

(7) PIERRE DEVAUX, *Les fantômes devant la science*, París, Magnard, 1954.

(8) Cfr. la importante obra del Padre THURSTON sobre los fenómenos físicos del misticismo (v. nota 14, cap. II). Es interesante el concepto general afirmado por Thurston —y compartido por otros autores católicos—, según el cual las facultades excepcionales de que han dado muestras muchos grandes místicos no pueden considerarse, en sí mismas, como "dones carismáticos" y, por tanto, como signos de santidad. Como es sabido, el requisito fundamental con el que se trata de establecer la existencia de tales signos, en los procesos de beatificación y canonización, está representado, por el contrario, por el grado de "heroicidad" de las virtudes practicadas en vida.

(9) Diríase que el hombre moderno, en lugar de considerar como hecho de primordial importancia el establecimiento de la consistencia real de ciertos poderes humanos desconocidos, del tipo de los que en un tiempo eran considerados "mágicos", encamine deliberadamente su propia atención y sus propias energías a un aspecto secundario de la cuestión, o sea, a la presunta "arcaicidad" de ciertas actitudes. Desde el punto de vista epistemológico, es mucho más interesante, por el contrario, determinar si los poderes existen, desde el momento que su existencia abre nuevas perspectivas sobre la naturaleza humana y sobre la del Universo, obligando a reconsiderar ciertos postulados y dogmas científicos.

(10) V. nota 8.

(11) V. nota 5.

(12) MOUFANG, *op. cit.*

(13) Texto budista que enseña a alcanzar los cinco *jhâna*, o sea, los particulares estados de conciencia a los que se llega mediante la técnica meditativa propia de tal corriente ascética. El poseer el cuarto *jhâna* permitiría el desarrollo de los poderes psíquicos tales como la clarividencia, la clariaudiencia, los poderes de levitación y transformación, etcétera.

(14) Se trata del *Illustrated London News* de junio de 1936, que dedicó tres páginas a la ilustración de un fenómeno de levitación realizado por un yogui en presencia de una reunión de 150 personas. Las fotografías, tomadas en tres fases distintas del experimento, y desde ángulos diferentes, muestran al yogui en posición horizontal, a un metro, más o menos, del suelo, con la mano apenas ligeramente apoyada sobre un bastón (citado por BARERA en *Un mondo misterioso*, Bompiani, 1942.)

(15) Aquel que ha recorrido el sendero de la iniciación:

—de uno se convierte en varios, y de varios vuelve a ser uno (mención probable del desdoblamiento);

—se hace invisible a su antojo (referencia a la clarividencia viajera, que permite ver cosas lejanas sin ser visto);

—pasa a voluntad a través de una pared, una muralla o una colina;
—penetra en la tierra y, asimismo, en el agua;
—camina sobre el agua como por la tierra;
—transforma los objetos a su antojo;
—se mantiene en el aire con las piernas cruzadas en meditación (referencia a la levitación);
—puede tocar con la mano los grandes cuerpos del Sol y de la Luna (alusión a la contemplación participativa);
—se eleva a los planos superiores hasta el mundo de Brahma (éxtasis supremo).

(16) V. *Presse Médicale*, n.º 83, 14 de octubre de 1936.

(17) Por lo que se refiere a la anabiosis, v. art. de LEO TALAMONTI, *Fanno la spola tra la vita e la morte*, en *Scienza e Vita*, junio de 1956, y el libro del doctor J. FILLIOZAT, *Magie et Médecine*, París, 1943. Los informes de la segunda misión de estudio de la doctora Brosse, en la India, fueron publicados a cargo de la Universidad de Harvard.

(18) Escribe EDMUND W. SINNOT, en *The Biology of Spirit*, obra de la que existe una traducción al castellano (*Biología del espíritu*, Fondo de Cultura Económico, México): "Gran número de atributos que el hombre parecía poseer en otro tiempo ya no son, a nuestros ojos, más que simples ficciones desprovistas de realidad e indignas de ocupar la atención. El espíritu, por ejemplo, era considerado como un fenómeno distinto, dotado de una naturaleza propia y de leyes propias. Los psicólogos hablan aún del espíritu, pero en sentido más bien figurado. Lo que ahora les interesa son las sensaciones y las reacciones... (...). La suma de las actividades de un ser y el conjunto de sus comportamientos, he aquí aquello de lo único que vale la pena hablar, dicen." Se entiende que el ilustre biólogo no comparte semejantes concepciones.

(19) DHAMMAPADA, P.; Geuthner, París, Se trata de un texto clásico budista. También la filosofía hindú admite, como es sabido, la preeminencia absoluta del espíritu.

(20) Se trata de fenómenos debidamente comprobados, aunque son muy raros, a los que se han dedicado notables aportaciones estudiosas. Muchos médiums producían luminosidad en el curso de las sesiones, entre ellos Home, Eusapia Paladino, Stainton Moses, Erto y un tal "don Luisito", de quien hablaremos en otro capítulo. Está, además, el famoso caso de la "mujer luminosa" de Pirano, sobre el que, en 1934, el profesor Protti, de la Universidad de Padua, presentó una película documental. La creación de perfumes ha sido atribuida a yoguis y santones en Oriente; y en Occidente, a diversos médiums, entre ellos a Stainton Moses y a "Margery" (señora Crandon). El alargamiento del cuerpo fue verificado muchas veces en el caso de Home, y, además, resulta de documentos innegables que lo mismo sucedió con otros médiums. La transfiguración es propia de los médiums llamados de posesión, que asumen voz, semblante y actitudes extraños a su propia personalidad. En cuanto a los ayunos prolongados por tiempo indeterminado, citaremos los de Molly Fancher, Teresa Neumann y Marie Fuertner. A la producción de todo este conjunto han concurrido también muchos místicos, como resulta del ya citado libro de THURSTON.

(21) Hace unos cuarenta años, el académico francés Jules Romains demostró, con una serie de experiencias, que ciertos individuos —cuando se encuentran en particulares condiciones psíquicas— pueden desarrollar una "visión extrarretínica" que puede localizarse en varios puntos del cuerpo (las más de las veces, en las yemas de los dedos). La ciencia académica ignoró las teorías de Romains, pero, precisamente, hace poco, han sido descubiertos sujetos dotados de la misma facultad; el caso más famoso de entre ellos es el de Roza Kuleshova, una muchacha rusa de Nizhni Taguil, de la que han hablado los periódicos de todo el mundo. El americano profesor Richard Youtz, profesor de Psicología del Barnard College, ha estudiado, a su vez, un tema análogo: el de Patricia Stanley. Las primeras noticias de visión extrarretínica se remontan a 1785, y son numerosos los textos en los que se hace mención de personas dotadas en tal sentido. En tales facultades concurren, probablemente, factores psíquicos y fisiológicos, ambos de naturaleza paranormal. Cfr. art. de LEO TALAMONTI, *Gli occhi della pelle*, en *Scienza e Vita*, marzo de 1963.)

CAPITULO XI
EL OTRO «YO» QUE NACE DE LOS SUEÑOS

Toda nuestra vida pasa a través del cuerpo, pero nosotros no estamos en nuestro cuerpo.

OLIVIER QUÉANT.

Goethe encuentra un fantasma

El sueño: he aquí el multiforme protagonista de los misterios con los que tenemos que enfrentarnos. A un amigo de Goethe —el consejero secreto Johann Friedrich Rochlitz, de Leipzig— le sucedió, en cierta ocasión, una curiosa aventura. Desde Frankfurt, donde vivía, se había trasladado a Weimar para visitar al poeta, pero no lo había encontrado en casa. Habiendo sido sorprendido por un aguacero antes de llegar a casa de su amigo, Rochlitz tenía las ropas empapadas de lluvia. Una vez a resguardo, hizo que le prestaran la bata de Goethe y sus zapatillas. Se las puso, se acomodó en una poltrona y se durmió profundamente. En determinado momento, soñó que se encontraba con el poeta en el camino del Belvedere, y le pareció que Goethe le dirigía la palabra en estos términos: «Friedrich, amigo mío, ¡tú en Weimar…! Pero, ¿cómo es que vas de paseo con mi bata y mis zapatillas…?»

Parecía un sueño insignificante como tantos otros, pero los hechos demostraron que no era así. Precisamente, mientras Rochlitz estaba soñando, Goethe, que nada sabía de su llegada, y que de veras se halla con Klemm en el camino del Belvedere, tuvo, a su vez, uno de esos sueños a ojos abiertos en los que suceden cosas invisibles para otros. Le pareció, en efecto, ver al amigo Friedrich Rochlitz que avanzaba por el camino vestido con su bata y sus zapatillas, y, como consecuencia de esto, le apostrofó exactamente con las palabras oídas en sueños por el otro. Es fácil imaginar el estupor del consejero Klemm que, por el contrario, no veía a nadie, y hubiera creído con certeza que a su ilustre amigo se le había trastrocado el cerebro si aquél no le hubiera informado, a continuación, de que había visto «el fantasma» del consejero Rochlitz, lo que, en su opinión, no podía significar nada bueno[1].

Evidentemente, el de Rochlitz había sido un verdadero sueño, una especie de enfoque del objetivo sobre cierta realidad lejana, y, hasta aquí, nada que no entre en

los esquemas que ya conocemos, aunque sean desacostumbrados. Pero en aquel sueño se había verificado algo particular: se había «impuesto», con la fuerza propia de ciertos sueños, también en la mente de Goethe, quien había participado en él y lo había vivido como si fuera realidad. La aventura tuvo su continuación al regresar el poeta a su casa. Cuando éste vio a Johann Friedrich Rochlitz sentado tranquilamente en su diván empeñado en leer un libro, lo apostrofó con un: «¡Vete, fantasma!», que al otro no le agradó en absoluto. Después, vinieron las explicaciones, y el extraño episodio fue aclarado. Todo esto evidencia, entre otras cosas, que Goethe poseía una mente mediúmnica, o sea, abierta a las percepciones extrasensoriales, lo que también viene confirmado por otros indicios notables de los que nos ocuparemos a su tiempo.

Según algunos estudiosos de problemática paranormal, la denominación apropiada del fenómeno aquí descrito sería la de alucinación telepática o clarividente, que corresponde a una hipótesis cara a los viejos maestros de la metapsíquica, recientemente renovada por Tyrrell. Hipótesis muy digna de consideración, en este caso, pero antes de discutirla será oportuno ocuparse de algún otro episodio que se incluya en el sugestivo repertorio de casos de los «fantasmas de personas vivas», nombre que se da al fenómeno que examinamos, y que tanto interés suscitó en los pioneros de la investigación psíquica: Gurney, Myers, Podmore[2]. Escribe el profesor Hornell Hart, insigne conocedor de tales problemas: «Apariciones de personas vivas han sido vistas en lugares con los que éstas mismas estaban soñando en aquel momento, o hacia los que orientaban activamente su pensamiento»[3].

Préstese atención al adverbio «activamente», que sirve para indicar la intensidad de la concentración psíquica. ¿En qué puede pensar un hombre habituado a un metódico trabajo de Banca, pero a quien la enfermedad obliga, desde hace tiempo, a permanecer encerrado en casa y, por añadidura, en la cama? En noviembre de 1954, la revista *Light* publicó la curiosa historia de un cajero de Banca, pelirrojo (precisamente lo llamaban *el Rojo*), que, muchas veces, en el curso de una larga permanencia en su casa, fue visto en su puesto de trabajo, detrás de la ventanilla. Parece que no todos consiguieron verlo, pero lo cierto es que más de un cliente le dirigió la palabra, por uno u otro motivo, y quedó petrificado, naturalmente, al ver que el cajero, en lugar de responder educadamente, se esfumaba. Hubo, incluso, reclamaciones por tan descortés comportamiento, y a ellas siguieron incluso discusiones animadas entre quien pretendía haberlo visto e interpelado y quien sostenía, con razón, que el cajero de los cabellos rojos no podía encontrarse allá, por la simple y decisiva razón de que guardaba cama a causa de una seria enfermedad.

Puede enunciarse una hipótesis a propósito de este caso. Tal vez, en los accesos de delirio febril, *el Rojo* revivía con particular intensidad los recuerdos de su ambiente de trabajo, donde hubiera deseado encontrarse, y aquí conviene recordar que el sueño, según Freud, es la satisfacción ficticia de un deseo reprimido. Lo que el ilustre fundador del psicoanálisis no hubiera admitido es que la realidad existencial del sueño (el delirio es un sueño de particular intensidad) pueda interferir de una manera más o menos tangible algunos aspectos de la realidad externa al individuo (lo que sabemos que sucede, algunas veces). La clarividencia (v. capítulo II) nos ha acostumbrado ya a las excursiones de la mente más allá de los límites accesibles a la persona, pero aquí hay algo más que la proyección mental pura y simple, desde el momento que en el lugar mentalmente «visitado» hay alguien que ve o cree ver al mismo sujeto de la proyección. En esta alternativa (ver o creer que se ve), se compendia precisamente el dilema que trataremos de resolver en sucesivos momentos de esta exposición.

Vio junto a sí al hijo ausente

Según Tyrrell, que es el teórico más sutil y audaz de las alucinaciones, todo el mundo puede creer que ve algo que en realidad no existe, con tal de que su psiquismo inconsciente se preste a operar el engaño. Hay muchos motivos por los que el inconsciente puede prestarse a ello, y uno es haber recibido por vía telepática una «información» procedente de una realidad inaccesible a los sentidos. Entonces, el inconsciente se apodera de esa información y la elabora según sus propios esquemas, como haría un realizador sobre la base de un argumento cinematográfico. El resultado es un pequeño filme que la mente del perceptor proyecta con su propio y exclusivo beneficio.

Por eso puede bastar, según el autor, un contacto intermental para hacer ver un fantasma que no está. «La personalidad del perceptor posee todos los recursos necesarios para hacer ver a la mente consciente una figura cualquiera, sin ninguna ayuda exterior y física», escribe. Y añade: «El aparato responsable de todo esto es, en gran parte, psicológico y aparece dotado de un asombroso poder creativo»[4]. Es una teoría atractiva y sugestiva, y muchos son los hechos que parecen confirmarla, pero también hay otros más a los cuales, como veremos, no puede adaptarse. Demos la preferencia a los primeros.

He aquí un testimonio del señor Paolo F., de Nimis (Udine), que escribe: «En el curso de la última guerra, mientras me hallaba de servicio como funcionario de carrera en la administración civil del África oriental, caí prisionero de los ingleses, que me trasladaron a Tripolitania. En los años de soledad y silencio que pasé,

primero, en el Fezzan y, luego, en la Sirte, me hice capaz de ver lo invisible y oír lo inaudible... Una vez, se me apareció un pariente mío que residía en el Friul, quien me mostró su brazo derecho amputado a la altura de la mano; y aún sangraba. Al mismo tiempo, me dijo: "Fíjate en lo que me ha pasado." Mucho tiempo después, pude saber que una bomba le había arrancado una mano.»

La soledad y el silencio: he aquí dos buenos aliados para aquellos estados de ánimo caracterizados por un descenso del «nivel de vigilia», y tan propicios para el afloramiento de conocimientos paranormales. Se entiende que aquel que recibe «el mensaje» debe tener cierta dosis de mediumnidad. Por la otra parte, hay alguien que está viviendo cierta experiencia con la intensidad emotiva propia de algunos sueños, o de los estados de alarma que estremecen las aguas profundas del espíritu. He aquí un episodio acerca del cual he podido realizar una investigación personal, y he conocido a sus diversos protagonistas y testigos. Se remonta a setiembre de 1943, cuando los acontecimientos bélicos evolucionaban con rapidez hacia las perspectivas más trágicas para Italia.

En el alba del 7 de setiembre, la señora Maria Luongo Cortese, que entonces residía en Nápoles, se despertó sobresaltada y vio, junto a su cama, a su hijito Tancredi, de ocho años. Era un hecho extraño y que preocupaba, dado que el niño, en aquel momento, habría debido encontrarse en una colonia montañera, en las proximidades de Benevento. Pero lo que preocupaba más era su aspecto: en efecto, iba harapiento, desharrapado y era casi irreconocible. «¡Mamá, ayúdame!», le oyó decir con un hilo de voz. Después, la imagen se desvaneció. Cuando comprendió que había visto un fantasma, la señora Maria ya no estuvo tranquila, pues tenía la convicción de que se trataba de un presagio funesto. El hecho es que siempre se ha hablado de fantasmas, pero siempre con el sobrentendido de rigor, según el cual se trataba de simulacros de personas difuntas; aquellos viajeros clandestinos provienen, se dice, de la otra orilla.

La señora Luongo se armó, pues, de resolución, e inmediatamente partió hacia Frasso Telesino, donde el niño habría debido encontrarse. Tras haber superado las dificultades y molestias inherentes a los insólitos acontecimientos de aquellos días, consiguió dar con su hijo y lo halló reducido exactamente a las miserables condiciones que el fantasma del muchacho le había revelado con anterioridad. En un viaje arriesgado y lleno de fatigas, la madre consiguió, al fin, llevárselo a casa. He aquí un tipo de comportamiento «irracional» que sirve —no puede negarse— para salvar determinada situación. Un fantasma se aparece y comunica una advertencia precisa. Alguien la escucha y le da crédito. Por supuesto, no puede establecerse una regla, pero cabe distinguir entre lo «irracional» y lo «suprarracional». Se entiende que cosas de este tipo pueden sucederle a quien posea,

aun sin saberlo, dotes notables de mediumnidad. Y, en efecto, toda la vida de la señora Maria Luongo aparece entretejida de esas curiosas tramas que sólo sabe urdir el inconsciente cuando tiene plena libertad para manifestarse.

Las excursiones involuntarias de Eileen Garrett

Los casos de «alucinaciones telepáticas» son muy numerosos. Los únicos recogidos y discutidos por los primeros investigadores, y que constan en los anales de las Sociedades inglesa y americana para las Investigaciones Psíquicas, se elevan a muchos centenares. Y, luego, están los trabajos análogos de los investigadores modernos[5]. He aquí un episodio entre tantos, recogido por los anales de la Sociedad americana: se trata de una tal señorita Jane Griffling que, una noche, al no conseguir conciliar el sueño a causa del impetuoso viento, se levantó y se aproximó a los cristales de la ventana. Antes de volver al lecho tuvo tiempo de advertir que la doméstica —Lena— se había levantado a su vez y se dirigía hacia una hilera de ropa tendida en el patio para secarse, y que estaban a merced del viento.

Al día siguiente, supo con estupor, por la misma Lena, que ésta no se había levantado para nada de la cama, pero que había permanecido despierta mucho tiempo hacia la mitad de la noche, pensando con preocupación en la ropa amenazada por el viento. He aquí un amable fantasma que nace del duermevela de una persona que se plantea un conflicto entre el sentido del deber, que le impone hacer algo, y la fatiga (o la pereza), que se lo impide. Cuando los conflictos, sean pequeños o grandes, se trasfieren del plano consciente al inconsciente, buscan un desahogo ficticio y simbólico, y, por lo general, lo encuentran en el sueño, como ya sabemos. ¿Cuántos sonámbulos ejecutan de noche lo que no han podido hacer en el curso de la jornada?

A menudo, los llamados «dobles» de vivos parecen ser, como en el caso de Lena, la manifestación simbólica de una intención frustrada de la mente consciente, y a la que la mediumnidad del sujeto ha permitido manifestarse por vía paranormal. De ello veremos ejemplos apropiados antes de concluir este capítulo. Como para el fenómeno de la clarividencia viajera (v. capítulo II), también en la base de los episodios que estamos considerando hay una especie de «excursión psíquica», pero con la diferencia de que aquélla se efectúa por iniciativa del yo secreto, sin la participación (o con la participación mínima) del consciente, o con la diferencia, aún más notable, de que tal empresa es percibida con exactitud por alguien más.

La posibilidad de que la mente se dirija hacia un lugar lejano, no ya para efectuar un simple «reconocimiento», sino para provocar en alguien la idea —y, por fin, la

imagen— del sujeto operante, ha sido experimentada también por Eileen Garrett, en cuya autobiografía encontramos este significativo fragmento: «En aquel período…, dos amigas, una de las cuales vivía a unos quinientos kilómetros de donde yo me hallaba, y la otra a unos cincuenta, me escribieron con pocos días de diferencia para preguntarme ambas qué me estaba sucediendo. Una y otra se habían sentido muy turbadas, en efecto, por haber descubierto mi presencia en sus casas. Se daban cuenta de la imposibilidad física de semejante hecho, pero ello no bastaba para tranquilizarlas. Por tanto, se preguntaban qué podía significar aquella viva impresión que experimentaban a causa de mi presencia en torno a ellas… Muchos años después comprendí que, probablemente, había pensado en ambas mientras me hallaba en un estado pasivo, y, entonces, un aspecto de mi personalidad psíquica se había proyectado fuera, hasta alcanzarlas a ellas.»

Bastaba, pues, que la médium se encontrara en un estado crepuscular de la conciencia (la *rêverie* de los franceses) para que sus pensamientos, guiados por el inconsciente y por el yo de superficie, alcanzaran, en forma de mensajes visuales, o de otra impresión menos distinta, pero siempre perceptible, la mente de las personas a quienes el pensamiento de Eileen Garret se dirigía. Nos encontramos aún en el ámbito de la teoría de Tyrrell, que hasta ahora se presenta monolítica. El autor resulta demasiado categórico cuando afirma, a propósito de las apariciones, que «es preciso encontrar la explicación de todas estas cosas en nuestro aparato perceptivo, y no en el mundo exterior»; y cuando sostiene, asimismo, que «no hay centros de emanación física en el espacio». Ello presupone, evidentemente, que ningún fantasma puede corresponder nunca a algo objetivo, hasta el punto de poder verse con los ojos propios y verdaderos y no sólo con los metafóricos de la mente.

Varios insignes estudiosos, empezando por Sudre, rechazan tajantemente esta concepción, que tiende a reducir el fenómeno de las apariciones, siempre y sólo, a un hecho subjetivo, o sea, que se verifica en el ámbito mental. Adviértase que Tyrrell mantiene su posición incluso respecto a las apariciones que se ponen de manifiesto a muchas personas, en cuanto no admite que tal circunstancia sea una prueba de la existencia objetiva del fantasma (y en esto tiene perfecta razón, puesto que las alucinaciones, y los contenidos mentales en general, pueden ser compartidos por muchas personas; véase, a este respecto, el capítulo I). Donde se derrumba su hipótesis es en lo relativo a todos aquellos episodios que tienen como protagonistas a fantasmas, los cuales, en efecto, no se contentan con «aparecer», sino que «hacen», además, algo, dejando, por añadidura, las huellas físicas de lo que han hecho. En otros términos: la hipótesis no es aplicable a los fenómenos caracterizados, además de por el componente digamos «televisivo», por una «columna sonora» y un componente telecinético, lo que sucede cuando el fantasma

(o, por mejor decir, la persona lejana y representada por éste) hace mover, como veremos, incluso objetos.

Un «fantasma» en la iglesia

Hace dos años, conocí a un ex oficial de carrera del Ejército —el comandante F. P., de Nápoles—, quien me suministró este interesante informe. Se trata de un episodio que se remonta a la Primera Guerra Mundial, cuando F. P. era un joven teniente y se hallaba en primera línea en los efectivos del 138.º regimiento de Infantería (10.ª Compañía, 3.er Batallón, mandado por el comandante Migliaccio). «En la tarde del 23 de marzo de 1917, mientras mi sección se hallaba empeñada en una acción encaminada a la toma de Castagnavizza, en la tercera oleada de asalto fuimos diezmados por el fuego enemigo de obstrucción; a mí me hirieron en las manos. Como llegué a saber a continuación, aquella misma tarde, en mi lejana casa de Salerno, se oyó un estruendo fortísimo. Al mismo tiempo, se rompieron los cristales del balcón, y cayeron al suelo todos los libros situados en los anaqueles del estudio.

»Entonces, mi hermana Anna entró corriendo en la habitación de nuestros padres y "me vio, de uniforme, sentado en una silla y con los brazos ensangrentados". Luego, la visión desapareció. Creo que mi fantasma se apareció justo en el momento en que fui capturado a la vez que el teniente Cosenz, con quien fui conducido a Mulhausen para ser curado.» He aquí cómo la realidad introduce un primer elemento perturbador de las teorías. En efecto, puede suponerse —como pretende Tyrrell— que la aparición, y acaso también el ruido, sean hechos alucinatorios de origen telepático. Pero, ¿y la rotura de los cristales? ¿Y la caída de los libros? Que el *daimon*, o sea, el yo secreto, posea la facultad de hacer moverse objetos a distancia es cosa sabida y bien documentada, y más adelante deberemos ocuparnos largamente de ello. Por ahora, nos limitaremos a advertir que este «yo» puede extenderse mucho más allá de los límites corpóreos, hasta hallarse en condiciones de manifestar su presencia incluso en lugares lejanísimos, mediante variados fenómenos físicos y mecánicos (con tal, bien entendido, de que el sujeto esté dotado de mediumnidad, y de que se encuentre en algún peculiar estado de conciencia apto para favorecer sus manifestaciones).

Uno de los casos mejor documentados de desdoblamiento visible acompañado de fenómenos telecinéticos fue referido en 1896 por un pastor anglicano —el reverendo Stead— en la revista *Borderland*. Protagonista del episodio es una tal señorita A., de edad algo avanzada y asidua asistente a las ceremonias oficiadas por el mismo reverendo Stead. No se hubiera perdido ni una, si las frecuentes recaídas

de una enfermedad más bien seria no la obligaran, de vez en cuando, a quedarse en la cama. Cierta tarde de octubre, tras una crisis más fuerte que las otras, el médico se vio precisado a ponerle una inyección calmante y soporífera que la hizo sumirse en una especie de letargo. Se quedaron junto a la enferma, para velarla, la camarera, que iba y venía de una habitación a otra, y una amiga, que, para poder cuidarla, había renunciado a asistir a una ceremonia oficiada por Stead. Ambas, a continuación, atestiguaron, bajo juramento, que la paciente no se movió de su lecho.

Pero la señorita A. había alimentado, y alimentaba, en su corazón un deseo vivísimo: poder participar también ella en la citada ceremonia. Cuando un deseo es lo bastante fuerte y profundo como para poder transferirse del plano consciente al de los sueños, donde señorea el yo secreto, pueden derivarse de ello insólitas consecuencias. Y ahora, dirijámonos a la iglesia, donde se desarrolla, a partir de las 19 horas, el rito religioso, con el correspondiente canto de los himnos. Mientras los fieles están entonando el primero, he aquí que el pastor ve entrar furtivamente a la señorita A., que va a ocupar un sitio junto al coro. Se toca con el inconfundible sombrerito negro que lleva casi siempre, y que en esta circunstancia contribuye a acentuar aún más su palidez (puede decirse) espectral.

El reverendo le dirige una mirada de reprobación: ¡le había recomendado que no se moviera, que no cometiera imprudencias! Incluso los vecinos de banco están un poco preocupados, pues todos están al corriente de las precarias condiciones de salud de la mujer. Alguien le ofrece un libro de oraciones. La señorita A. lo acepta, pero no lo abre para nada (hecho insólito) y lo deposita en el banco. Más insólito aún es que no participe en absoluto en el canto de los himnos, y que se marche rápidamente algunos minutos antes de que la ceremonia termine. Apenas le es posible, el reverendo trata de alcanzarla, pero ya ha desaparecido. Entre los presentes en la reunión, muchos le confirman haber visto y reconocido también a la señorita A. Algunos muchachos la han visto entrar en la iglesia, y uno de ellos la ha acompañado diligentemente desde la puerta hasta el coro.

¿Cómo se las arreglaría un magistrado en un caso como éste, si tuviera que vérselas con dieciséis testimonios escritos y jurados, algunos de los cuales se hallan en franco contraste respecto de los otros? Algunos vieron a la señorita en su lecho, y muchos otros, por el contrario, la vieron presente en la ceremonia, desde las 19 a las 20,30. Está claro que alguien había estado en la iglesia en el lugar de la señorita A., y no podía ser más que su simulacro incorpóreo, un fantasma creado y movido por el intenso deseo de hacer aquello que al cuerpo enfermo le resultaba imposible.

Fantasmas en el mar

Se trata de episodios que violentan las convicciones más enraizadas en el sentido común. ¿Puede un fantasma abrir puertas, dar las gracias y permanecer durante una hora entre tanta gente? Pero —observa justamente Chauvin-Duval, a propósito de otros hechos paranormales— «el problema no radica en saber si un fenómeno es concebible o no, sino si existe, tras lo cual será preciso avenirse a concebirlo, en el caso de que exista de verdad»[6]. La mentalidad corriente es extraña. Aceptamos sin pestañear la existencia de misterios impenetrables como la vida, la inteligencia y la extensión infinita del Universo; los aceptamos porque de continuo los tenemos ante los ojos, motivo por el que acaban por imponerse en virtud de su misma evidencia. Pero nos negamos casi siempre a aceptar el misterio imprevisto.

Asimismo, los estudiosos reservan su propio interés exclusivamente a los hechos observables a placer, y reproducibles en el laboratorio. Sin embargo, nada nos garantiza que la Naturaleza no reserve fenómenos raros, aberrantes y en absoluto reproducibles. Hay, en efecto, muchos indicios de la existencia de tales fenómenos aberrantes, según va resultando más claro a medida que nos adentramos en este examen. Uno de ellos viene representado, precisamente, por este sugestivo misterio de los fantasmas de personas vivas, los cuales no se contentan —según hemos visto— con el tradicional papel reservado a los fantasmas de la literatura de creación, puesto que, a veces, intervienen con actos de precisa relevancia física.

Alguien quisiera invalidar con criterio simplista los anteriores testimonios sobre el tema, con el pretexto de que servirían de soporte a determinadas creencias extracientíficas, pero no es un buen motivo. Muchas de tales creaciones reflejan los mitos y las infatuaciones típicas de una época, esto es cierto, pero basta con separar las interpretaciones de los hechos, y atenerse sólo a estos últimos. Son demasiados para que puedan ser negados en bloque, y —esto es lo que más cuenta— los testimonios del pasado son confirmados por otros actuales de significado convergente, y del conjunto parece desprenderse un auténtico y propio designio de la Naturaleza.

He aquí lo que narra el egiptólogo Enel, en un libro aparecido en París en 1959[7]. Conviene puntualizar que este seudónimo fue adoptado hace muchos años por el príncipe ruso Michel Skariatine (Mijaíl Skariatin), que se hallaba en Egipto en tiempo de la Revolución bolchevique y que permaneció allí largo tiempo desempeñando importantes cargos relacionados con su especialización cultural. El episodio se remonta a la época en que Skariatine era un joven oficial de la Marina zarista, de servicio en la corbeta *Gavilán*. El comandante titular de la nave había sido desembarcado hacía poco, a causa de una grave crisis nerviosa, y por ello se había creado a bordo una atmósfera un poco sombría, como sucede en toda comunidad bien avenida cuando las circunstancias alejan de improviso de su cargo

al jefe estimado y venerado.

El hecho notable se produjo tras una jornada de furiosa tempestad, mientras la nave se dirigía trabajosamente hacia Shangai. Las dificultades derivaban, en primer lugar, del cielo cubierto, que impedía determinar la posición, y, luego, de la peligrosa vecindad de algunos escollos. Un mínimo error de derrota hubiera conducido al desastre. Puede imaginarse en qué estado de tensión —a la medianoche en punto— Skariatine entró de guardia. Las instrucciones eran categóricas: no cambiar en lo más mínimo el rumbo establecido. De improviso, en la desolada quietud de aquella noche plena de incógnitas, una voz autoritaria y decidida resonó junto al oficial e impartió una orden concreta: «¡Medio grado Oeste!» El joven juraría haber oído la voz del ex comandante, si no hubiera sabido que éste, en aquel momento, se hallaba muy lejos. Mientras estaba pensando que debía de haberse tratado de una alucinación, Skariatine oyó de nuevo la misma voz que repetía, y esta vez en tono impaciente: «¡Les digo que giren medio grado al Oeste!» Era, sin más, un grito.

«Al mismo tiempo —cuenta el príncipe—, vi muy claramente una mano que surgía de detrás de mi espalda para trazar en la carta náutica la ruta indicada. No cabía duda: aquélla era la mano bien conocida de nuestro comandante, con sus gruesas venas azuladas henchidas y el anillo con su escudo de armas.» Esta vez, el oficial obedeció casi automáticamente a la orden misteriosa y súbita, y, luego, corrió en busca de un poco de compañía, a fin de sustraerse a la presión insoportable de algo desconocido que había conseguido, sin más, hacerle olvidar su sentido del deber. La navegación prosiguió sin incidentes. A la mañana siguiente, el cielo, ya serenado, permitió establecer la situación, y, entonces, los cálculos demostraron que aquella desviación había sido providencial, pues sin ella la nave hubiera ido, con seguridad, a estrellarse contra los escollos.

Este episodio recuerda otro que se desarrolló también en el mar y que fue referido por su mismo protagonista al capitán J. S. Clarke, quien, a su vez, dio cuenta de él a Robert Dale Owen, autor de un libro muy conocido entre los estudiosos de la materia[8]. Robert Bruce —un escocés de treinta años— se había embarcado como segundo oficial en un mercante que se dirigía a Nueva Brunswick, punta extrema del Canadá en el Atlántico septentrional. Faltaban unas treinta horas para la arribada, y la navegación se había hecho más difícil a causa de las brumas, que, en aquellas latitudes, podían ocultar el peligro de los hielos flotantes.

Robert Bruce se hallaba en su cabina, empeñado en estudiar las cartas de marear, cuando tuvo una sorpresa. Al alzar los ojos, se encontró mirando la cabina de enfrente —la del comandante—, y, a través de la puerta abierta, vio a un

desconocido que se dedicaba a escribir en la pizarra del capitán. Era un individuo de aspecto sufriente y desdichado, con una indumentaria raída y empapada de agua.

«¡Rumbo Noroeste!»

El oficial se levantó precipitadamente, pero el intruso consiguió desaparecer antes de que el otro pudiera ponerle las manos encima. Sin embargo, Bruce había tenido tiempo para mirarle a la cara, y en aquel rostro surcado por las arrugas había encontrado la mirada de dos ojos dolientes y alucinados. Como buen escocés que era, pensó que pudiera tratarse de un fantasma, pero los fantasmas no acostumbran a escribir en las pizarras. Y allí, por el contrario, con caracteres de imprenta, campeaba una frase que presentaba todo el aspecto de una llamada de socorro: «¡Rumbo Noroeste!» Acaso el misterio, para ciertas personas, constituya un desafío que es preciso aceptar a toda costa. El hecho es que el capitán consintió, por consejo de Bruce, en poner proa en dirección Noroeste, con una desviación de 45 grados respecto a la ruta normal.

Tras algunas horas de navegación, encontraron un banco de hielo flotante. Encima, junto a los restos de un navío de carga, había un grupo de náufragos extenuados por tres semanas de sufrimientos morales y materiales. ¿Hay que decir que entre ellos figuraba el desconocido autor de la frase escrita en la pizarra? Fue interrogado y puesto en confrontación con sus compañeros de desventura. Se le rogó que volviera a escribir aquellas mismas palabras en el encerado, y la escritura resultó idéntica, pero el misterio continúa siendo impenetrable. Sólo se consiguió saber que el hombre, algunas horas antes, se había sumido en un pesado sueño. Al despertarse, había asegurado a los compañeros que había «visto», en sueños, que un navío se dirigía hacia ellos para socorrerlos. Y hasta lo había descrito minuciosamente.

De momento, nadie le había prestado crédito; pero, luego, se habían visto obligados a admitir que era verdad, al darse cuenta de que la nave se acercaba y que correspondía exactamente a la descripción dada por el compañero «visionario». Un detalle interesante, que resulta comprensible sólo si se sitúa el episodio en la más vasta problemática de los sueños, consiste en que el hombre no conservaba ningún recuerdo de la operación más importante realizada por él, esto es, haber escrito en la pizarra aquella frase («¡Rumbo Noroeste!»), gracias a la cual el barco salvador había podido dar con los náufragos, y que representaba la única prueba palpable de su intervención.

Esta ignorancia no debe sorprendernos, pues encaja entre los aspectos más

característicos de aquella problemática onírica apuntada en el capítulo primero. ¡Qué poco sabemos de nuestros sueños! Lo que solemos recordar (si es que llegamos a recordarlo) son las secuencias oníricas en las que están interesados los niveles superficiales de la conciencia, en tanto que olvidamos, o ignoramos del todo, aquellos sueños más profundos de los que es protagonista exclusivo el yo impenetrable y secreto: el *daimon*. En este tipo de excursiones mentales con efectos físicos (y, más propiamente, telecinéticos), hay motivo para creer que la interferencia consciente sea tanto más desdeñable cuanto más apremiante es la acción a distancia ejecutada por el llamado «doble», lo cual se incluye en un principio de orden general que afecta a todos los eventos parapsíquicos[9].

Un impresionante fenómeno telecinético, como el de escribir una frase a gran distancia, no puede dejar de requerir, pues, algo parecido al trance profundo; quiere decirse, un estado del que emerge el sujeto, de ordinario, sin recordar nada. Pero lo que más interesa —debemos repetirlo— es que la realidad existencial del sueño pueda sobreponerse con mágico efecto a la ordinaria, apelando a las ignotas leyes de un mundo mucho más amplio y complejo que el que conocemos (o quizás extremadamente simple), un mundo en el que la psique llamada «inconsciente» tiene poderes verdaderamente soberanos. Uno de estos poderes consiste en la posibilidad de crear un simulacro de la persona, algo que no es exclusivamente psíquico, desde el momento que, como señala Myers, puede «invadir» el espacio y hacerse visible.

En el estimable libro del ingeniero Pierre Devaux[10], se refieren muchos episodios en los cuales se ha verificado esta insólita interferencia entre la realidad onírica y la ordinaria, y todos proceden de fuentes respetables. Está el caso de un tal reverendo Hamilton, por ejemplo, que se había dormido en la poltrona de su club, donde había pasado la velada. Durmió y soñó. Como en el caso de la camarera Lena, su inconsciente se veía asaltado por un pequeño conflicto: el reverendo sabía, en efecto, que se estaba retrasando algo de la hora acostumbrada de regresar a casa, pero, por otra parte, el cansancio le mantenía postrado y durmiendo en la poltrona.

El sueño que siguió no es más que una realización simbólica de aquello que el sentido del deber pretendería que hiciera el reverendo. En efecto, soñó que regresaba a casa, que abría la puerta, que subía la escalera y que se encontraba con su padre. Al mismo tiempo, éste oyó el rumor de la puerta y, luego, el de los pasos en la escalera. Finalmente, vio a su hijo que se dirigía hacia su habitación. Lo buscó por todas partes, pero no lo pudo encontrar.

Más tarde, cuando el reverendo regresó de veras, le preguntaron cómo había podido volver a casa dos veces sin haber salido en el intervalo. Se conocen episodios aún más suprarreales, todos los cuales plantean los mismos problemas, y

otros aún más complejos. Pero debemos pasar sobre ellos.

Son hechos inverosímiles, si se quiere, de medirse por el rasero de la verosimilitud, pero es preciso contar con ellos y con otros —en cierto modo análogos— de los que deberemos ocuparnos todavía. La impresión general que se desprende de ello es que el parámetro de la distancia no es importante en absoluto en este género de cosas. Cuando san Antonio de Padua se desvaneció durante un enfervorizado sermón que estaba pronunciando en una ciudad de España, ninguno de los fieles imaginó que su *alter ego* se hubiera materializado en aquel momento en Padua, donde el padre del santo estaba a punto de ser ajusticiado bajo una acusación gravísima (y falsa). Vuelto en sí, san Antonio ya había tenido tiempo de indicar a las autoridades paduanas quiénes eran los verdaderos culpables, y de restablecer la justicia a favor de su padre: una «misión relámpago».

En 1811, durante el repentino y enojoso acceso de locura que padeció el rey Jorge III de Inglaterra, más de un testigo vio a Byron ocupado en firmar en el registro de visitantes de la Real Casa. En aquel tiempo, el poeta, sin embargo, estaba en Patrás, víctima de la malaria contraída en los pantanos de Olimpia. Pero su corazón debía de hallarse en Londres, porque fue visto aún en otras ocasiones y en lugares distintos, motivo por el cual su editor, que había sido informado de ello, creyó con fundamento que Byron estaba de regreso en la patria. Como consecuencia de ello, se abstuvo de remitirle la correspondencia. Mientras, Byron no sabía nada de todo esto. Cuando le llegaron los ecos, se limitó a comentar: «Lo único que deseo es que mi “doble” se comporte como un caballero.»

NOTAS — Capítulo XI

(1) De *Spuk*, de NATALIE VON ECHSTRUCTH. El episodio lo reproduce, también, GASTONE DE BONI *(op. cit.)*.

(2) GURCEY, MYERS y PODMORE, *Phantasms of the living*, Londres, 1886; en versión francesa, *Les hallucinations télépathiques*, París, Alcan, 1891.

(3) V. a este propósito el artículo de HORNELL HART en *Tomorrow*, vol. I, n.º 2, invierno de 1952-1953.

(4) TYRRELL, *op. cit*., en la nota 5 al capítulo IV.

(5) Otros casos se incluyen en la obra *Phantasms of the living*, de PODMORE, SIDGWICK y señora SIDGWICK, 1923. Un gran "censo de las alucinaciones" se efectuó en 1951 a cargo de la S.P.R. de Londres. Otros casos forman parte del material reunido y estudiado por la señora Louisa Rhine, de quien ya se ha hablado.

(6) V. página 155 de la obra ya citada de BERGIER-CHAUVIN-DUVAL.

(7) ENEL, *Gnomologie*, París, Omnium Littéraire, 1959.

(8) ROBERT DALE OWEN, *Footfalls on the boundary of another world*, Londres, 1861, citado por AKSAKOF en *Animisme et spiritisme*; por DELANNE, en *Les apparitions matérialisées des vivants et des morts*, y por DEVAUX en *op. cit.*

(9) Según James H. Hyslop: "Siendo igual todo el resto, más profundo es el trance y mejores son los fenómenos." Hereward Carrington: "Cuanto menor es la interferencia consciente, tanto más importante es el resultado, y, en muchos casos, la intervención del trance lo mejora en gran manera." También es verdad al revés. Por ejemplo, en el caso de María Reyes de Z., cuanto más apremiantes eran las preguntas que se le formulaban, más se profundizaba su trance, hasta adquirir aspectos de verdadera letargia.

(10) DEVAUX, *op. cit.*

Capítulo XII
LOS VOLUNTARIOS DEL DESDOBLAMIENTO

—No, no era yo quien yacía en el lecho, sino mi cuerpo. Pero ¿qué es el cuerpo? Mi "yo" estaba allá, en la altiplanicie de Yemvi.

Ugema Uzago.

Un explorador de la dimensión ignorada

En el curso del último conflicto, uno de los oficiales franceses destinados al campo de prisioneros italianos de Guelma (Argelia) tuvo un insólito encuentro en plena noche. Cuando se dirigía a su alojamiento, a través del boscaje que se extendía en torno del campo, vio a un compañero de grado que paseaba meditabundo entre los árboles —el teniente médico Lefebvre—, y lo apostrofó amistosamente, diciéndole: «¡Mira quién está ahí! ¿Qué haces aquí a estas horas?» La inaudita respuesta —que pronto se haría famosa y objeto de detalles interminables— fue ésta: «No estoy yo, es mi doble.» Tras lo cual, lo que parecía —pero, evidentemente, no era— el teniente Lefebvre se disolvió como niebla al sol, ante los ojos pasmados del joven oficial.

Creyendo haber sufrido alucinaciones, el oficial corrió a la enfermería, atravesó la habitación de paso, donde dormían los dos enfermeros, y penetró en la inmediata, que era la alcoba del teniente Lefebvre, y en ella encontró al oficial médico profundamente dormido. Las verificaciones subsiguientes pusieron de manifiesto estas circunstancias: primera, que el teniente Lefebvre no hubiera podido alejarse, aunque hubiera querido, del campo —que estaba debidamente vallado y guardado por centinelas— sin que éstos últimos lo hubieran advertido (y, por el contrario, no lo habían visto en absoluto); segunda, el oficial médico a quien nos referimos se dedicaba desde hacía tiempo a prácticas y ejercicios insólitos aprendidos de un maestro oriental, los cuales tendían, en sustancia, a provocar la separación del yo consciente del cuerpo y su penetración en la dimensión ignorada del Universo donde el espacio no cuenta, y donde la psique parece capaz de prescindir del soporte corpóreo[1].

Continuamos en el ámbito de los llamados «desdoblamientos», pero con la diferencia de que aquéllos de los que nos estamos ocupando son provocados

artificialmente, con la explícita intención de que también el yo consciente salga del cuerpo y siga, en sus aventuras, al simulacro vagabundo y visible de sí mismo. Esta terminología de la separación, del despego del cuerpo y del «vagabundeo» no es la más adecuada para representar fenómenos que se sustraen, por su misma naturaleza, a las categorías espacio-temporales, pero no resulta fácil encontrar otra palabra que sea igualmente expresiva y práctica. Como ya se ha dicho a propósito de otros fenómenos que hemos ido analizando, también esta curiosa realidad de los fantasmas de personas vivas constituye un abierto desafío a las posiciones de cuantos están inclinados a negar la realidad autónoma de la psique, pero el desafío no es recogido y los hechos son sistemáticamente ignorados.

Debemos al espiritista francés P. E. Cornillier la información de algunas singulares experiencias realizadas en sí misma por la señora Mary C. Wlasek, que se había entrenado, como Lefebvre, para obtener el desdoblamiento voluntario. Los hechos se remontan a 1922. Mientras se hallaba de viaje hacia Los Ángeles, a donde se dirigía para representar a California en el congreso de las asociaciones espiritistas de los Estados Unidos, la señora Wlasek consiguió desdoblarse, y apareció simultáneamente en dos ocasiones, de manera bien visible, en el curso de dos sesiones mediúmnicas que se celebraron en aquella ciudad el 27 y el 28 de setiembre[2]. Los participantes en tales sesiones quedaron tan entusiasmados por el éxito de las experiencias, que, de inmediato, quisieron expresar su satisfacción a la señora Wlasek mediante un telegrama. Conviene añadir que en los informes de este caso, muchos detalles se presentan según la interpretación espiritista, pero sabido es que las facultades creativas del yo secreto tienden siempre a adecuarse a las particulares exigencias de creencia y cultura de cada sujeto y de cada ambiente.

Teoría y práctica de las «separaciones»

En el campo de los fenómenos paranormales, muchas distinciones teóricas sugeridas por necesidades de exposición y estudio son contradichas, en la práctica, por los hechos, en el sentido de que no hay modo de distinguir con claridad ciertas categorías de fenómenos respecto de otras próximas a aquéllas. Por ejemplo, entre la clarividencia viajera de la que nos hemos ocupado en el capítulo segundo, a propósito de las extraordinarias facultades de Pasqualina Pezzola, y las excursiones de las que hablamos en éste, no hay más diferencia que la representada por la visibilidad externa y objetiva de un simulacro del sujeto que efectúa «la excursión». Probablemente, se trata del mismo fenómeno, pero en gradaciones de intensidad distinta, lo que parece confirmar la opinión de cuantos ponen en duda la existencia de un real dualismo entre los fenómenos del campo mental y los del campo físico.

Se sabe de sujetos, como el ingeniero Stefan Ossowiecki, que podían realizar indiferentemente la proyección mental pura y simple (con finalidad, digamos, reconocedora, como en el caso de Pasqualina Pezzola), o el desdoblamiento visible, caracterizado por la aparición a distancia de un simulacro semimaterial del cuerpo. Lo que más cuenta es que Ossowiecki podía transferir a aquel simulacro su propio psiquismo consciente, como se dice que puede hacer hoy el ingeniero danés Olle Jönsson, de quien se han ocupado varias comisiones de estudiosos. Pero se trata de sujetos excepcionalmente dotados desde el punto de vista mediúmnico y, además, muy raros.

Por el contrario, hay quien no poseyendo tales dotes por naturaleza, trata de desarrollarlas en si mismo mediante algunas técnicas particulares del tipo de las enseñadas por el *yoga sutra* y el *yoga tantra*, de las que ya nos hemos ocupado con anterioridad. Está claro que para un occidental moderno, el aspecto problemático de tales prácticas viene representado por la posibilidad de conciliarlas, sin peligro de desequilibrios, con una mentalidad y con un sistema de vida que forman ya parte de nuestra naturaleza adquirida, y que no dejan mucho margen para tan desacostumbradas formas de evasión. Ello no impide que existan aún hoy espíritus deseosos de aventurarse en este género de experiencias a título de curiosidad o de investigación, como existían también en el siglo pasado y en los comienzos de éste, según documentos antiguos y recientes (los hay que se remontan a De Rochas y al profesor Schrenk-Notzing, además de las recogidas por Sylvan Mudoon y Hereward Carrington).

Entre los seguidores occidentales de tales prácticas conviene mencionar, en primer lugar, al doctor Francis Lefebvre, protagonista del episodio referido al comienzo del capítulo. Tras años de paciente entrenamiento basado en algunas técnicas yogas, este tenaz médico francés ha conseguido, al parecer, desarrollar cierta facultad de desdoblamiento voluntario. Los resultados conseguidos y las técnicas aplicadas han sido ilustrados por él en una ponderada obra que representa, ante todo, una curiosa tentativa de sincretismo entre la fisiología mística oriental y ciertos descubrimientos propios de la neurofisiología occidental, pero la balanza se decanta, con toda evidencia, hacia el lado del esoterismo oriental[3].

Se entiende que el desdoblamiento, como todo otro fenómeno infrecuente y no controlable a placer por los estudiosos, se encuentra envuelto con el programático escepticismo de quien exige garantías bien precisas de los aspectos insólitos de la realidad, antes de tomarlos siquiera en consideración. Entre los parapsicólogos que reconocen su existencia, y que se han ocupado del desdoblamiento como objeto de estudio, citemos a Hereward Carrington, Nandor Fodor, H. H. Price, Hornell Hart, Raynor C. Johnson, C. I. Ducasse, J. H. M. Whiteman y pocos más. Se reconoce

particular competencia en materia de desdoblamientos a Whiteman[4], que a raíz de la conferencia de estudios parapsicológicos de Utrecht, en agosto de 1953, fue llamado a colaborar con otros especialistas en la redacción de una importante relación acerca de las diversas hipótesis posibles en materia de apariciones de vivos y muertos[5]. Whiteman ha recogido y comentado los informes de 550 casos de «separación del cuerpo físico», muchos de los cuales están extraídos de su propia y directa experiencia. Una de sus observaciones más interesantes es que la mente de un sujeto «separado» se encuentra viviendo, *como en sueños*, en otro mundo, si bien conservando autonomía, reflexión y espíritu crítico (a diferencia de lo que sucede en el sueño).

El mismo autor distingue la «separación completa» —en la que la conciencia sale también del cuerpo— de los casos en los que «la mente, sostenida por la voluntad, puede separarse del organismo sin hacerle caer, no obstante, en la inconsciencia». Y para este último caso, habla de «liberación mística» y de «simplificación de la personalidad, con disminución y eliminación total o parcial de los elementos disarmónicos»[6]. Todo esto merecería, creemos, algo más que un simple interés negativo, desde el momento que presenta una conexión tan directa con la problemática de la naturaleza humana y de sus posibilidades en gran parte ignoradas.

El sueño que "abre las puertas de la distancia"

Pero Occidente huye sistemáticamente de este tipo de experiencias, y no puede decirse que falten las razones históricas y prácticas que expliquen esta actitud. Lo que no tiene justificación es la pretensión de negar la realidad humana y existencial que se esconde tras estas mismas experiencias, las cuales, por ello mismo, se encuentran mejor ambientadas en las sociedades que viven en estado natural, entre las cuales la existencia de aquella realidad no es objeto de discusión. Hay una documentación imponente a este respecto, pero deberemos limitarnos a algunas breves nociones, como complemento de las ya dadas en otras partes de la presente obra.

Entre los pueblos primitivos, con la idea del desdoblamiento (con y sin componente exterior y visible) se conecta invariablemente la de un «viaje del alma» que, a menudo, se realiza con fines prácticos: llamar a personas lejanas; descubrir a un ladrón; localizar la caza en sus escondrijos. Puede decirse, en suma, que la facultad de desdoblarse, que es propia de algunos individuos en este sentido más dotados (chamanes, brujos), representa, ni más ni menos, aun dentro de límites muy modestos, un factor de compensación para las lagunas de organización técnica

propias de tales pueblos. Al hechicero dayak incumbe, por ejemplo, la obligación de ir en busca de medicinas y remedios apropiados para los enfermos, lo que hace en estado de trance, en una sesión entre mágica y espiritista.

A este propósito, escribe Mauss: «Los circunstantes ven, sí, el cuerpo del mago presente, pero éste se halla ausente en espíritu e incluso en cuerpo, dado que su doble no es un puro espíritu y puede, incluso, actuar físicamente en el lugar a donde se ha trasladado por su voluntad directa[7].» El mismo Mauss habla del *barn* —otra especie de mago, que desempeña su cargo oficial en la tribu australiana de los kurnai—, que puede «mandar su alma a espiar a los enemigos que avanzan». También los chamanes tunguses «envían el alma»; y encontramos análogas creencias entre las tribus de los lapones, entre los indígenas de la Tierra de Fuego y entre algunas poblaciones del México central.

Más moderna e interesante es la concepción que se tiene en el Gabón a propósito de cierto plano de la realidad al que puede accederse sólo en un particular estado de conciencia, y que se llama *ngwel*, el lugar «donde el tiempo y la distancia no cuentan»[8]. Tras la exótica denominación está la innegable realidad representada por la dimensión hiperespacial del Universo, una concepción que aparece también entre los hechiceros zulúes, quienes pretenden poder «abrir las puertas de la distancia». Prácticas y concepciones análogas las encontramos también en el Tíbet, y han sido descritas por David-Neel.

Esta escritora habla, por ejemplo, de una mujer de una aldea del Tsawarong que había permanecido inanimada durante toda una semana. En todo aquel período, había vagabundeado a placer, asombrada del hecho de sentirse en posesión de un «cuerpo» sumamente ágil, ligero y capaz de moverse con rapidez extraordinaria. «Le bastaba querer trasladarse a un lugar cualquiera, para encontrarse en él de inmediato. Podía atravesar los ríos caminando por encima del agua, traspasar las paredes..., etcétera.» Precisa aún la escritora: «Una sola cosa le era imposible: cortar un cordón de materia casi impalpable que la mantenía unida a su antiguo cuerpo..., tendido en su yacija.» Análogas creencias están difundidas en Costa de Oro, según el testimonio del médico inglés J. Shepley[9].

Cuando una creencia está difundida con características análogas en pueblos entre sí tan lejanos y distintos, además de privados de contactos e influjos recíprocos, el fenómeno adquiere una relevancia y un significado que merece un interés muy diferente del puramente etnológico y folklórico. Pero este interés, salvo excepciones, ha faltado hasta ahora. Según James Frazer, el punto débil de tales concepciones «mágicas» radica en el hecho de que el primitivo «asume las características mismas de su pensamiento como leyes naturales», lo que pretende

ser una condena definitiva e inapelable para toda «ilusión mágica». De hecho, los esquemas mentales de Occidente no permiten, siquiera de lejos, suponer que el pensamiento —o, por mejor decir, cierta forma de psiquismo extraño a la esfera consciente— pueda de veras dictar sus leyes a la Naturaleza que conocemos, en nombre de otra Naturaleza más rica y poderosa.

La misión de Ugema Uzago

Una crítica autorizada de la actitud de los etnólogos en este campo ha sido expresada por Ernesto de Martino, que escribe *(op. cit.)*: «Los etnólogos *in loco* continúan aceptando a medias hechos mágicos, salvo observaciones ocasionales y esporádicas. Los etnólogos *in patria* hablan de las meras pretensiones mágicas, las tachan *a priori* de "infundadas" y "subjetivas", y, luego, construyen teorías apropiadas para explicar el mecanismo psicológico que da origen a las creencias ilusorias.» Volveremos, a su debido tiempo, a considerar esta actitud y las razones profundas que la inspiran, y ello, cuando tengamos que ocuparnos de los poderes psicocinéticos, que tienen una relación muy directa con el problema de la magia. Manteniéndonos por ahora en el ámbito de las «separaciones», queremos referir un episodio que nos parece demostrar bastante bien hasta qué punto son reales y operantes, entre ciertos pueblos primitivos, las concepciones mágicas de la realidad.

El caso fue referido de viva voz por el muy conocido padre Trilles a Olivier Leroy, que lo publicó en su libro aparecido en el año 1927, pero ya veinte años antes había sido dado a conocer a través de otra fuente francesa[10]. El protagonista es un tal Ugema Uzago, hechicero y jefe de la tribu de los yabiku. Un día, aquél advirtió al misionero católico que debía trasladarse aquella misma noche a la altiplanicie de Yemvi, a un lugar situado a cuatro «largas jornadas» de marcha. Por tratarse de un traslado inmaterial, que debía realizarse por virtud mágica, se produciría de manera instantánea. Para convencer al hombre blanco de sus poderes reales, Ugema Uzago aceptó de buen grado el encargo que éste quiso darle para ponerlo a prueba. Por el camino, debería ordenar a un tal Esaba, amigo del misionero, que llevara lo antes posible a este último un paquete de cartuchos para su fusil de caza.

Téngase en cuenta que Esaba residía en Ushong, una aldea situada a tres «largas jornadas» de marcha. Por la noche, el hechicero y el misionero se encontraron en la cabaña destinada a los rituales. Ugema Uzago se desnudó, se untó con un ungüento especial y comenzó a danzar en torno a una pequeña hoguera, a la que arrojaba puñados de sustancias aromáticas. Al mismo tiempo, recitaba una serie interminable

de invocaciones. Al fin —eran las 21 horas—, el hechicero se tendió en una yacija y cayó en un sueño cataléptico que se parecía de manera impresionante a la muerte. El misionero permaneció velándolo hasta la mañana siguiente. Apenas despierto, Ugema Uzago le contó que había llevado a cabo ambos objetivos de su «viaje»; en primer lugar, se había dirigido a Ushong, para ejecutar el encargo recibido; luego, había proseguido hacia el altiplano de Yemvi, donde había participado en una reunión de brujos convocada por un no mejor identificado «maestro».

Que no se trataba de una mera vanagloria, fue demostrado a continuación por los hechos: tres días más tarde, llegó puntualmente Esaba, llevando el paquete de cartuchos que, tres noches antes, hacia las 21 horas, cierto espíritu «vagante en la oscuridad» le había ordenado entregar. Como se ve, recibir órdenes de un espíritu es un hecho natural en ciertas latitudes, e igualmente natural se considera que un cuerpo pueda yacer inanimado en un lecho mientras «el yo» se halla empeñado, a centenares de kilómetros de distancia, en acciones que no son puramente psíquicas, puesto que este «yo» puede hacer oír su voz y actuar de diversas maneras.

Si añadimos este testimonio a tantos otros, resulta del conjunto un hecho indiscutible que se refiere a la autonomía y la soberanía de la psique, que parece capaz de extender el yo —con todas sus facultades y prerrogativas, incluso físicas— más allá de todo límite de distancia. He aquí la gran lección que nos dan los llamados fenómenos de bilocación y de desdoblamiento, pero no es posible aceptarla sin haber renunciado antes a algunos apriorismos antropomórficos que se resisten a morir. El antropomorfismo tradicional viene representado, en primer lugar, por las innumerables limitaciones que el hombre ha creído encontrar en sí mismo y que, por el contrario, no existen. Otras concepciones antropomórficas están ligadas, en cambio, a la reviviscencia de antiguas doctrinas de derivación egipcia e hindú, que postulaban la existencia estable del famoso «doble» o «cuerpo sutil» que hoy es llamado también «etérico», «fluídico» o «astral»[11].

A esta especie de duplicado semimaterial se atribuía, y aún se atribuye, la propiedad de poder salir temporalmente del cuerpo somático que lo alberga, si bien permaneciendo ligado a éste por un «cordón» de sustancia etérica. Esta concepción, querida de los ocultistas, perjudica, en realidad, a la versatilidad del psiquismo inconsciente, que puede crear, de hecho, no uno sólo, sino varios simulacros simultáneos del cuerpo físico a que pertenece. Y hasta puede dar vida efímera a otras formas carentes de toda semejanza con el sujeto físico, como resultará bien claro cuando tratemos de los fenómenos mediúmnicos de materialización[12]. Todo depende, en suma, del género de aventura creativa en la que se empeña, de vez en cuando, nuestro director secreto, cuyas posibilidades, incluso de cierto orden material, no aparecen subordinadas ni a la distancia ni a las limitaciones físicas del

organismo. Esto se verá aún más claro a continuación.

NOTAS — Capítulo XII

(1) FRANCIS LEFEBVRE, *Expériences initiatiques*, 3 vols., París, Omnium Littéraire, 1959.

(2) V. *Revue Spirite*, 1929.

(3) V. nota 1. Lefebvre, para obtener fenómenos de desdoblamiento y afines, sugiere un conjunto de técnicas basadas en el control de la respiración (“retención del aliento”), en ciertos movimientos rítmicos de la cabeza, en la repetición de sílabas místicas *(mantras)* y en la concentración del pensamiento en presuntos centros de energía *(chakras)*.

(4) V. artículo de J. H. M. WHITEMAN sobre el tema en *Proceedings of the Society for Psychical Research*, mayo de 1956.

(5) La relación de que se trata se debe al profesor Hornell Hart y colaboradores, basándose en los resultados de un cuidado examen de ciento ochenta y un casos de apariciones, discutidos a la luz de las varias hipótesis que se han postulado en los últimos sesenta y ocho años para explicar el fenómeno en general. Se han considerado, también, las apariciones, el fenómeno en general. Han sido consideradas, asimismo, las apariciones de personas vivas. Arrumbadas las hipótesis que no podían satisfacer en todos los casos considerados, fue elaborada una que, según los autores, debería tener una validez general para todos los casos más representativos de las condiciones en que se verifican, por lo general, las apariciones. Tal hipótesis, afín, en parte, a la de Myers —que considera las apariciones como imágenes creadas por un acto mental— ha sido denominada “hipótesis etérica revisada” *(Revised Etheric Obiect Hypothesis)*, y presupone la existencia de una especie de doble evocable a voluntad y dotado de una real existencia en el universo psíquico, pero capaz de pasar al físico, así como de alejarse a lo largo del eje temporal.

(6) Está claro que el estudio de Whiteman considera involucrados en un único y gran complejo tres órdenes de fenómenos que, por necesidades expositivas hemos presentado por separado, no obstante las afinidades respectivas: los puramente mentales de la clarividencia viajera (cap. II), los estados de éxtasis (cap. IX) y los desdoblamientos propiamente dichos.

(7) V. MARCEL MAUSS, *Saggio di una teoría generale della magia*, en *Teoria generale della magia e altri saggi*, Turín, Einaudi, 1965.

(8) Véase ERNESTO DE MARTINO, *op. cit.*

(9) *Proceedings of the S.P.R.*, vol. XIV, pp. 343-347, citado en *The Psychic World*, de H. CARRINGTON. Para hechos específicos de análogo alcance, tomados de la misma fuente, v. también, *Popoli primitivi e manifestazioni supernormali*, de ERNESTO BOZZANO, Bocca, 1953, página 99 y siguientes.

(10) OLIVIER LEROY, *La raison primitive*, París, 1927; además, véase, *Almanach des Missions*, 1907 (este último citado por BOZZANO en la página 241 de *Popoli primitivi e manifestazioni supernormali*).

(11) Correspondería al “ka” de los egipcios, al *simulacrum* de los romanos, al “linga sharira” de las doctrinas hindúes. Estas últimas postulaban la existencia de numerosas especies de “cuerpos” con variadas características. Pero, a este propósito, SYLVAN MULDOON y H. CARRINGTON escriben en la página 51 de *The Phenomena of Astral Projection* (Rider and Co., Londres): “Los hemos clasificado a todos bajo el término simple y genérico de «cuerpo astral», por el que entendemos una especie de «doble», que es proyectado por el cuerpo físico espontánea o bien experimentalmente.” Los espiritistas franceses prefieren la denominación “periespíritu”. Según Gabriel Delanne, el cuerpo etérico estaría constituido por “materia especial, quintaesencia, que, en ciertas ocasiones, puede hacerse visible e impresionar las placas fotográficas”.

(12) Escribe ALEXANDRA DAVID-NEEL en la obra ya citada, a propósito de fantasmas creados por personas vivas: “A veces, la aparición consiste en una forma idéntica a la del autor de la materialización. En tal caso, quienes creen, de alguna manera, en la existencia de un doble etérico verán en el fenómeno una manifestación de aquél. Pero tal vez aparezcan simultáneamente varios simulacros del autor del fenómeno, y, entonces, es difícil atribuir esas apariciones a la existencia de un único doble. En otros casos, la forma o las formas creadas no tienen ninguna semejanza con quien las produce.”

Cuarta Parte

EL PASADO QUE AFLORA EN EL PRESENTE

CAPÍTULO XIII
LOS MENSAJES VISIBLES DEL PASADO

"Tu creación es bella, oh Watainewa, pero, ¿por qué existe la muerte?"

(De un "lamento" de los yamanas, Tierra de Fuego.)

¿Qué es lo que continúa el camino tras la muerte del cuerpo...? Es el deseo de vivir...

(De un dicho tibetano.)

Cita con lo desconocido

Hay cierta especie de desconocido cuyos confines, por lo general, están bien custodiados, y, sin embargo, alguien, de vez en cuando, consigue violarlos. Hace pocos años, el doctor Naegeli Osjord, distinguido neuropsiquiatra al par que atento estudioso de fenómenos paranormales, tuvo la insólita audacia de irse a dormir completamente solo a cierto castillo alemán que estaba, y está, infestado (así se dice) de desconocidas y turbulentas entidades «de la otra orilla». Antiguas historias de crueldades que no pueden relatarse, propias de los tiempos medievales, se atribuyen a aquel tétrico edificio, y, en particular, a determinado grupo de estancias del primer piso, otrora habilitadas como prisión. La pieza mayor, que hoy sirve de auditorio, era, en los siglos XI y XII, la sala del tribunal, donde se administraba la dudosa justicia de los señores feudales. En las estancias contiguas eran custodiados, cargados de cadenas, los destinados a sufrir tortura y los condenados que aguardaban la ejecución.

Desde que se recuerda, nadie había conseguido nunca dormir en aquellas estancias, pero el neuropsiquiatra de quien hablamos tenía los nervios bien templados, según puede comprenderse por su relato acerca de la curiosa e interesante aventura[1]. Sigamos, pues, a este nórdico campeón de temeridad en las varias fases de su cita con lo desconocido. A primeras horas de la noche, el neuropsiquiatra está allá, en una de aquellas estancias, y descansa. La yacija es incómoda, y el lugar no precisamente acogedor, pero no importa: el hombre duerme con toda tranquilidad. En un momento dado, se despierta, y, entonces, advierte con estupor que aun siendo —según ha sabido siempre— el doctor Naegeli

Osjord, mientras tanto se ha convertido también en alguien más. Se siente, en efecto, identificado con un juez inicuo, devorado por remordimientos motivados por sus maldades.

Feo asunto, pero lo peor es que el alma en pena se permite gemir lúgubremente por boca de Osjord y temblar de manera convulsa con sus miembros... En el ínterin, el catre del doctor se ve sacudido por vibraciones violentísimas, en tanto que un infierno de rumores heterogéneos se propaga por los corredores y las estancias contiguas. Es muy probable que cualquier otro hubiera interrumpido el experimento en cuanto hubiera podido, pero él no. ¿Acaso no estaba allí para saber, para comprender? Se auto-observó con ojo clínico, comprobando «la existencia de cierta tensión muscular» y, a la vez, la imposibilidad de moverse, tras lo cual aguardó pacientemente que el inicuo juez abandonara su cuerpo y su mente, y, luego, volvió a dormirse. Pero fue despertado casi de súbito por golpes, gemidos y suspiros procedentes de la estancia contigua. Los escuchó con interés mientras duraron, y, luego, concilió el sueño otra vez.

Ésta es la simple crónica de los hechos. Y ahora pasemos sobre los fáciles comentarios a los que se prestaría el inaudito coraje del doctor Naegeli Osjord, y sobre la obvia posibilidad de que había soñado o de que, como consecuencia de ello, había sufrido toda una serie de alucinaciones. Incluso un neuropsiquiatra puede soñar, en efecto, como una persona cualquiera, pero también puede sucederle —¿por qué no?— como a la más humilde de las mujeres, que realice algún sueño verídico en sentido retrospectivo (v. capítulo I). El lado más interesante de esta aventura consiste, ante todo, en la completa identificación del sujeto con el personaje soñado, pero también es éste un fenómeno que conocemos, pues hemos aludido a él en los capítulos III y IV.

Y puesto que se habla de mujeres, he aquí una aventura bastante interesante vivida por una simple campesina que, por otro lado, posee la insólita facultad de penetrar en el corazón de ciertas situaciones reales y lejanas, gracias a un estado de trance en el que logra caer por sí misma: hablamos de Pasqualina Pezzola, ya presentada a los lectores en el capítulo II. En el caso que ahora examinamos, esta mujer tuvo que superar no sólo las dificultades de orden espacial, sino también las lejanías temporales. En cierta ocasión, le rogaron los doctores Cassoli y Marabini que fuera a visitar a una anciana señora de Bolonia, pero los experimentadores no le dijeron que esa persona había muerto hacía ya algún tiempo, tras una larguísima enfermedad. Siguiendo el acostumbrado ritual, se limitaron a anotarle en un papel el nombre y la dirección de la casa donde la señora había vivido.

El «viaje» de Pasqualina se desarrolló en dos tiempos. En el primero, la sensitiva

se dirigió a la dirección dada, donde, naturalmente, no encontró al sujeto que buscaba. Pero como estaba acostumbrada a tomar del inconsciente todas las informaciones que precisaba, consiguió «hacerse acompañar» a la nueva dirección, o sea, al cementerio. En este punto, la aventura «hiperespacial» se tornó, de improviso, dramática. He aquí —con algunas leves modificaciones de estilo— la narración que hizo, en su día, la vidente para que sea interpretada a la luz de los símbolos bastante claros que contiene.

«Fui acompañada a un lugar donde podía entrarse sin llamar, y allí me di cuenta de que encima de aquella persona había paredes. Me sentí muy a disgusto porque había muchos “fluidos” que me repelían y trataban de alejarme. Aquella persona se me acercaba como si quisiera hablarme y, luego, de pronto, desaparecía. Y así más de una vez. Todo estaba a oscuras. Comprendí que se encontraba muy mal, y a causa de ello también yo sufría. Su proximidad me molestaba en gran manera.» Aquella experiencia produjo efectos tan desagradables a Pasqualina, que tuvo que meterse en la cama acto seguido, y allí se quedó hasta el día siguiente.

Los frecuentadores de la dimensión psíquica

Este episodio merece algún comentario. El contagio psíquico negativo no es, probablemente, más que el efecto de la conocida tendencia de los clarividentes a identificarse con el objeto de la videncia, una modalidad muy profunda del «comprender» (verbo éste que en el universo psíquico significa también «participar»). El simbolismo de la oscuridad expresa, evidentemente, la angustia, un estado negativo de la conciencia (la privación de aquel estado positivo que, por el contrario, viene configurado como «luz»; v. capítulo IX). En cuanto a los «fluidos», finalmente, parece entenderse que deben corresponder a aquellas enigmáticas entidades que el pasado encierra no se sabe bien si en forma de recuerdo perenne (hay, en efecto, quien las llama «huellas» o «improntas», y también podría dárseles el nombre, de «clisés archivados»), o de alguna manera más concreta que se aproxime a las ideas corrientes acerca de la existencia. Es cierto que ninguna forma de prudencia estará nunca fuera de lugar, frente a este tipo de misterios.

En cuanto al «pasado» que encierra tales entidades, ya hemos hecho referencia a la concepción «hiperfísica» que de él tenía Toddi (v. capítulo III), y a la fisicomatemática de Fantappiè, que lo configura como un sector de aquella dimensión superior desde la que se domina, en uno y otro sentido, toda la extensión del tiempo. Sabemos, por fin, que existe un concepto de «pasado» rico en implicaciones psicológicas, y que está estrechamente vinculado a la llamada «reserva cósmica de las memorias individuales», y no puede excluirse que tales

concepciones psicológicas puedan conciliarse a la perfección con las fisicomatemáticas, como aún se verá con mayor claridad en otro capítulo.

El camino de acceso a esta dimensión ignorada del universo —que también puede llamarse «dimensión psíquica»— «pasa a través del inconsciente». «Cuando el alma toma contacto con el inconsciente —escribe Jung en su obra póstuma—, va a encontrarse, en cierto sentido, en relación con la colectividad de los muertos, porque el inconsciente corresponde al legendario país de los muertos, el país de los antepasados.» En ese «país» —que por legendario no es menos real—, consiguen sus visiones todos aquellos que mantienen un diálogo activo y abierto con el propio inconsciente, o sea, los médiums, cuya mente va y viene a y de aquella dimensión para otros prohibida, evocando sus contenidos quizás a nivel puramente subjetivo, y otras veces, en cambio, haciéndolos concretos y visibles —como ya veremos—, no sin añadir sus propias contribuciones inconscientes de interpretación y expresión.

Hay personas que frecuentan habitualmente el «país de los antepasados». En abril de 1938, Natuzza Evolo, la visionaria de Mileto (Italia), comenzó a «ver a los muertos». Apenas tenía catorce años y trabajaba como doméstica en casa de un abogado. Naturalmente, no se le aparecían como tales muertos, sino, por todos conceptos, iguales a los demás seres vivos. Sólo más tarde se dio cuenta de que eran extraños a nuestro universo sensible: cuando tuvo que rendirse a la evidencia de que nadie, aparte de ella, los veía. Este tipo de sensibilidad provoca siempre escándalo en nuestra civilización antimetafísica. Las opiniones se dividieron entre los partidarios de la locura, por un lado, y los de la posesión diabólica. Pero incluso durante los exorcismos rituales, oficiados por el obispo monseñor Albera, la mente de Natuzza continuó evocando los personajes del universo prohibido. Los veía acudir en grupos y situarse, poco a poco, a su alrededor, hasta que se encontró circundada de una verdadera muchedumbre de personas, algunas conocidas, aunque desaparecidas hacía tiempo, y muchas otras desconocidas[2].

El lector se preguntará qué garantías se tienen del hecho de que aquellos «personajes» hubieran existido de verdad. Respondemos que ninguna garantía absoluta. Sólo puede presumirse, sobre la base del hecho de que ciertas facultades paranormales de Natuzza habían tenido, al menos en parte, un contenido verídico retrospectivo, como en el caso de Federica Hauffe, la famosa vidente de Prévorst, que mantenía relaciones más con los muertos que con los vivos; o como en el caso del librero berlinés Nicolai, de quien hablan algunas crónicas antiguas[3].

En 1791, el librero cayó enfermo de congestión cerebral. A partir de ese momento, y mientras duró la dolencia, fue asaltado por nítidas visiones de vivos y de muertos: los primeros, lejanos en el espacio, y los otros, en el tiempo. Los veía

con indumentarias diversas, y como dedicados a sus ocupaciones habituales. Poco a poco, consiguió «conversar» con unos y otros. Se trataba de visiones alucinatorias, sin duda, pero de las que no raras veces implican la manifestación de noticias ignoradas por el sujeto y que realmente correspondían a situaciones y personajes del presente o del pasado, como, en efecto, pudo comprobarse en algunos casos. He aquí cómo la alucinación «verídica» se diferencia de la de los alienados[4]. Es como si el «más allá» se convirtiera en el «más acá»[5], lo que no es contrario a la Naturaleza, porque en lo que Jung llama «el país de los antepasados» nos encontramos todos, al menos, con aquella parte de nosotros mismos que no está obligada a rendir cuentas de sí misma al intelecto consciente.

¿Qué idea podemos hacernos de la naturaleza de las «conversaciones» mantenidas por Nicolai con sus invisibles interlocutores de la dimensión psíquica? Probablemente, eran simbólicas, como las «conversaciones» de Pasqualina Pezzola con sus clientes lejanos, o sea, que representaban la única manera antropomórfica por medio de la cual el yo profundo y desconocido logra comunicar algunos de sus secretos conocimientos al yo de superficie. Por el mismo motivo, tales contactos con el pasado tienden cada vez a configurarse según esquemas distintos, cada uno de los cuales es apropiado a la mentalidad de aquél o aquéllos que viven la insólita experiencia.

Hay quien sueña, de noche, que está conversando con un difunto, como le sucede a Jacopo Alighieri (v. capítulo I), y quien vive una experiencia en el curso del trance, como es el caso de Pasqualina Pezzola, pero también hay quien vive a ojos abiertos el mismo tipo de sueños, como le ha sucedido a Natuzza, a Nicolai y a tantos otros médiums más o menos famosos. Alguno, por fin, se ensimisma hasta tal punto con la situación que evoca, que se identifica con el desaparecido hasta el extremo de dejarse «poseer» por él, como en el caso ya examinado del doctor Naegeli Osjord.

Algunas veces, la experiencia se desarrolla en dos tiempos. En el primero, el médium tiene la impresión subjetiva de «ver» al muerto, y, a continuación, la de identificarse con él, como le sucede regularmente a un sensitivo belga a quien el profesor Tenhaeff llama de manera convencional *Delta*, bien conocido por haber colaborado muchas veces con la Policía holandesa en la localización de personas desaparecidas. Por lo general, interviene cuando las circunstancias son tales que permiten suponer que los buscados han tenido, voluntariamente o no, un mal final. Una vez introducido en la habitación de la persona de la que no se tienen noticias, *Delta* se deja «guiar», por así decirlo, por el ambiente, y, entonces, ve configurarse, poco a poco, una especie de fantasma alucinatorio de consistencia vaga, casi nebular. Después —siguiendo un simbolismo subjetivo y muy elocuente—, el

sensitivo lo «absorbe», poco a poco, hasta sentirse del todo compenetrado con aquella personalidad extraña a él.

En este momento, *Delta* debe pagar el inevitable tributo a los dolores y a las penas temporalmente «heredados» de la personalidad del desaparecido. Y, entonces, el temblor, la expresión dolorosa y extraviada y el profuso sudor evidencian hasta qué punto el sueño alucinatorio vivido por *Delta* tiene un contenido realista. Por fin, el sensitivo describe los sentimientos, los propósitos y, al cabo, las últimas acciones de la persona desaparecida, brindando así a la Policía la posibilidad de dar con aquélla (se trata, las más de las veces, de ahogados o suicidas).

Los sueños que se hacen visibles

Y, ahora, veamos cómo ciertas interpretaciones de tipo tradicional, basadas en el significado puramente literal de aquel determinado simbolismo con el que el yo secreto expresa sus verdades al yo superficial, vienen a contrastar con una manera más moderna y más amplia de considerar estos aspectos ambiguos y desconcertantes de la realidad. La cuestión fundamental es ésta: en el ritual seguido por *Delta*, ¿debemos ver una manifestación espiritista —como muchos se inclinarían a admitir—, o acaso se debe interpretar, más bien, como un fenómeno de tipo psicométrico? Recordemos que la psicometría (v. cap. III) consiste en la posibilidad de trasladarse con la mente al pasado, hasta tomar contacto con «algo» que, por el hecho mismo de haber existido, existe aún y existirá siempre, en aquella dimensión superior de la que se hablaba hace poco, y donde el tiempo no puede *transcurrir*, por el simple hecho de que «pasado» y «futuro» coexisten en un único e inmóvil panorama[6].

Se trata de una visión moderna, en cuanto que está estrechamente vinculada a cierta *forma mentis* que caracteriza ciertas posiciones avanzadas de la especulación entre filosófica y científica, pero, al mismo tiempo, corresponde a una intuición bastante antigua, como lo demuestra el hecho de que, hace ya un siglo, se refiriese a ella Arturo Schopenhauer con esta frase: «*Un ser vivo que procediera por vía retrospectiva, podría sacar a la luz reminiscencias que parecerían ser comunicaciones con un difunto*[7]». Si aceptamos este concepto, muchos de los fenómenos aquí referidos pueden estar configurados como borrascosos contactos mentales con algún dramático acontecimiento del pasado, para cuya explicación basta con suponer que el sujeto posea dos facultades estrechamente conectadas entre sí: una clarividencia de tipo psicométrico, o sea, orientada por el ambiente, y aquel tipo de conciencia «unitiva» o «participacionista» de la que se ha hablado en el capítulo VI, y que se conoce con el nombre de clarividencia.

Así, pues, si la problemática de los fantasmas se inscribe en su totalidad, o casi, en este ámbito —como cabe sentirse inclinado a creer—, de ello se deriva que *los fantasmas no tienen ningún poder autónomo para manifestarse*, lo cual es tanto como decir que para asomarse a los umbrales de nuestro universo sensible tienen necesidad de los vivos[8]. Lo que aún no se ha dicho es que, algunas veces, el médium vive con tal intensidad su propio sueño retrospectivo, que lo proyecta al exterior en forma visible y hasta palpable (y de esto daremos las mejores pruebas en el capítulo siguiente).

Finalmente, hay un grado ulterior de *objetivación del sueño* que se verifica cuando éste se expresa también a través de ciertos componentes mecánicos y telecinéticos, como sucede cuando se supone que el fantasma hace moverse algo o produce ruidos. En realidad, el responsable de tales iniciativas no es el fantasma, como podría suponerse, sino el vivo, el vivo que está «objetivando» en aquel momento su propio sueño y que, con esa finalidad, moviliza de manera inconsciente las fuerzas paranormales de que dispone[9].

Y aquí, para aclarar las ideas, conviene evocar un famoso episodio de apariciones frecuentes que se remonta a 1937, y que se presenta como uno de los pocos casos no sólo interesantes, sino dignos de ser tenidos razonablemente como verificados, debido a la riqueza de testimonios y a la seriedad de la documentación[10]. Se trata de apariciones producidas en la iglesia católica de Millvale, una pequeña ciudad situada entre los montes Alleghany (USA), no lejos de Pittsburgo. Hay que situarse en cierta noche en la que un joven pintor de origen yugoslavo —Maxo Vanka— se había entretenido en esa iglesia para dar los últimos retoques a un fresco suyo de tipo alegórico titulado *La religión en el Nuevo Mundo*.

Mientras está trabajando en la tribuna, en un momento dado, oye las notas potentes del órgano. Mira en seguida hacia aquella parte, pero no hay nadie. De seguro que el titular de la parroquia, padre Zagar, está en la casa parroquial, y tal vez duerma. El silencio exterior sólo es roto por el furioso aullido de los dos perros guardianes, que deben de estar inquietos por algún motivo de peso. Maxo Vanka es un joven tenaz y, por el momento, no tiene más que una sola preocupación: terminar el fresco en el plazo previsto por el contrato, próximo ya a vencer. Este es, en realidad, el motivo de que trabaje incluso de noche.

Vuelve, pues, a sus pinceles, pero su atención pronto se ve distraída por los fortísimos golpes que resuenan aquí y allá en las paredes. Al fin, he aquí que aparece el imprevisible autor del alboroto: es la sombra de un viejo sacerdote de rostro encogido y mirada afligida, incluso desolada y desoladora. Aquella sombra se dirige hacia el altar mayor, se acerca a la lámpara votiva y la apaga con un

soplido vigoroso, para, después, diluirse con la misma rapidez que la llamita.

Los regresos "nostálgicos" del anciano sacerdote

Maxo Vanka había oído hablar a los habitantes de Millvale y al mismo padre Zagar acerca de aquel habitual frecuentador de la iglesia, pero no se había preocupado. ¿Puede causar algún mal un espectro al que no se tema? La respuesta a esta pregunta la supo el pintor en el instante mismo en que las notas del órgano resonaron de nuevo en la nave. Entonces, se sintió invadido por una angustia sin razón que, de hecho, no era miedo, sino una especie de sufrimiento «extraño» que parecía surgir de profundidades desconocidas. Y ¿quién podía ser el autor de aquel contagio psíquico sino «él»?

Desaparecido el fantasma, el pintor se dirigió rápidamente a contárselo todo al padre Zagar. Pero en su relato nada había que el sacerdote no supiera ya. Desde hacía veinticinco años, el espectro volvía a la vida esporádicamente, y siempre de noche. Cada vez se afanaba acá y allá por la iglesia, y, luego, se iba. Muchas veces se lo había encontrado el mismo padre Zagar, y algunas otras su ayudante el padre Nezitch o el ama, la señora Dolinar. Los primeros en advertir su presencia eran siempre los dos perros, que aullaban furiosamente ante la inminencia de la aparición, para continuar, luego, en tono lastimero, como si temblaran de miedo. ¿Pueden padecer sugestiones los perros? Hay quien considera, con razón, a los animales como los testigos más de fiar en materia de lo desconocido.

Muchos, en el lugar del joven pintor, al menos hubieran renunciado a trabajar por la noche, pero él no lo hizo. Debía de ser un médium de primer orden, porque, durante su permanencia en la iglesia de Millvale (del 9 de abril al 10 de junio de 1937), las visitas del espectro fueron multiplicándose y, asimismo, sus iniciativas. Si las crónicas son exactas, parece que, una noche, el fantasma del anciano sacerdote encendió, sin más, una hilera de cirios en el altar mayor, pero las opiniones divergen. Este hecho puede atribuirse al mismo pintor, que hubiera podido identificarse inconscientemente hasta tal punto con el papel de la aparición, que hubiera actuado en su lugar, como un sonámbulo.

De manera invariable, a cada aparición, el pintor se sentía invadido por aquel tipo de angustia inmotivada que había experimentado a raíz del primer encuentro con el polizón de la otra orilla; la misma turbación que, acaso, inducía a los perros a aullar de aquella manera extraña, y que había obligado prácticamente al padre Zoritch (el predecesor del padre Zagar) a trasladarse a otro destino, tras cierto número de encuentros penosísimos con el inquietante personaje[11]. Naturalmente, la

tentación de interpretar en términos tradicionales un conjunto de acontecimientos como los que acabamos de referir es muy fuerte, y pocos se resisten a ella. Incluso en el comportamiento de los fantasmas buscamos, inevitablemente, algo que se nos asemeje o, por mejor decir, que se asemeje al yo del que somos conscientes y con el que nos identificamos (el que siente, piensa y quiere).

Hay quien hasta llega a establecer una equivalencia apresurada y simplista entre el fantasma y la personalidad integral del difunto, o bien lo establece explícitamente, pero se expresa de manera que hace presumir que la idea de base sea aquélla, como es el caso de Hereward Carrington cuando escribe: *Sin embargo, es evidente que en muchos relatos de fantasmas hay algo que es dinámicamente operante, algo que ocupa espacio y posee una mente propia*[12]. La idea de que un fantasma pueda «ocupar espacio» está ya en Myers, quien señalaba que «algo etérico» (o sea *semimaterial*, pero no desprovisto de efectos físicos) podría liberarse mediante un acto mental del vivo, y permanecer en el espacio por un tiempo más o menos largo; y es preciso decir que se trata de una hipótesis en absoluto inaceptable, como quedará mejor esclarecido en el capítulo acerca de las «criaturas vivas de la mente».

Por otra parte, Myers fue también el primero en subrayar cuán absurdo parece el comportamiento de ciertos fantasmas, empeñados tan sólo (como el anciano sacerdote de Millvale) en repetir los gestos que ejecutaron en ciertos momentos cruciales de la vida, o bien en expresar preocupaciones en extremo triviales, incluso desde el punto de vista terrenal. De hecho, Myers comparó este fenómeno, con el contenido de sueños agitados y confusos[13]. También es cierto que los sueños (los de los vivos, entiéndase) producen, a veces, el curioso efecto de proyectar a distancia una contrafigura bien visible para su protagonista: el llamado «doble». Entrando en este orden de ideas también a propósito de los fantasmas de difuntos, cabría suponer que fueran éstos, asimismo, el fruto de sueños o bien de pesadillas, corrientes en la mente de desaparecidos que hayan alcanzado la dimensión de la eternidad. (Esta alternativa, evidentemente, conduciría a excluir la otra, delineada en la primera parte de este capítulo, según la cual la mente soñadora, por el contrario, sería la de un médium vivo que trata de evocar inconscientemente, y hasta de representar, un episodio «registrado» en el gran archivo del pasado.)

Toda la problemática de los fantasmas, en sustancia, se reduce a escoger entre una u otra de estas dos hipótesis fundamentales: que el fantasma sea fruto del sueño de un vivo o de un difunto, y puesto que puede sentirse inclinación a considerar una u otra como la única posible, la prudencia aconsejaría que no se excluyera de manera categórica ninguna de ellas. En el primer caso, la balanza se inclinaría resueltamente a favor de cuantos creen que toda aparición de un difunto implica una

prueba, aunque sea indirecta, de su supervivencia. En el segundo, los fantasmas no serían más que un reflejo automático del pasado, una especie de mensaje visual captado, y a veces proyectado, por la mente de un vivo.

Pero, incluso quienes admiten alguna relación entre la proyección visible y la personalidad superviviente del difunto deberían demostrar el buen gusto de no involucrar el gran problema de la supervivencia en este tipo de cosas tan discutibles, ya que aquel problema puede ser planteado y resuelto sobre la base de muy distintas, y más reconfortantes, certezas de orden metafísico o religioso. Tanto más cuanto que el problema de la supervivencia, como observa justamente Wathely Carrington, podría ser uno de aquéllos a los que la Naturaleza se reserva el derecho a responder de manera ambigua y ambivalente, y esto porque se presume poder afrontarlo sin dejar ningún margen a las sorpresas acaso imprevisibles que las reales modalidades de la supervivencia podrían reservar, con tal de que se tenga en cuenta el hecho de que la personalidad humana resulta de un complejo conglomerado de facultades que se extienden desde la cúspide de la conciencia hasta sus desconocidos extremos de extensión indefinida y, acaso, indefinible[14].

La extraña psicología de los fantasmas

Frente a tales y tantas incertidumbres, parece un tanto simple que se quiera buscar alguna justificación de tipo antropomórfico para el incomprensible comportamiento de los fantasmas, como si ello pudiera arrojar luz sobre la verdadera naturaleza del yo que sobrevive. Por otra parte, tales interpretaciones existen y conviene, por tanto, pasarlas por el tamiz crítico. Las hay de todo tipo, pero todas, más o menos, toman como punto de partida aquel «monoideísmo» ya señalado por Gabriele Delanne, que lleva a estas entidades enigmáticas a comportarse como la aguja de un gramófono que se vea obligada, a causa de un defecto, a volver siempre al punto de partida. La sombra del sacerdote, en Millvale, se limitaba a unos gestos simbólicos: a veces, apagaba la lámpara perpetua, y otras, efectuaba actos devotos (encender los cirios)[15]. Según una opinión difundida de manera particular en los países anglosajones, un fantasma como el de Millvale no puede ser más que un alma presa de conflictos sin solución posible y, por tanto, obligada a permanecer en suspenso entre dos modalidades existenciales: la propia del mundo material y la del inmediato plano de la vida espiritual. En este sentido se expresa, por ejemplo, Hans Holzer a propósito de un caso análogo y famoso[16], y añade: *el fantasma es un espíritu enfermo y necesitado de ayuda, de la misma manera que un ser humano mentalmente extraviado tiene necesidad de tratamiento psiquiátrico*.

Oscar Goldberg llegó a delinear una interpretación psicoanalítica del comportamiento de aquel espectro, presentándolo como el alma de un sacerdote desgarrada por dos aspectos opuestos y alternos de su personalidad: uno que se expresaba en los actos devotos y el otro, en el ardor de la rebelión. Todo esto es muy ingenioso, sin duda, pero no puede decirse que resulte convincente. Sin embargo, hay quien cree que este tipo de interpretaciones puede ser demostrado incluso de manera experimental, gracias a la actuación de algún médium capaz de «incorporar» al fantasma que se aparece.

En un caso característico del que fue testigo Violet Tweedale *(op. cit.)*, una médium incorporó, en dos ocasiones sucesivas, a las dos entidades que infestaban la bellísima villa de Castel a Mare, en Warberries. En primer lugar, a la de un feroz asesino que, cincuenta años antes, en aquella misma casa, había cometido un homicidio doble. Luego, a la entidad de una de sus víctimas, y precisamente una joven cuyo espectro aún vagaba por el lugar al cabo de más de medio siglo, haciendo oír, de vez en cuando, sus terribles alaridos. Y he aquí cómo las interpretaciones «que se parecen» caen en contradicción consigo mismas. En un caso como éste, no tendría ningún sentido suponer que el espíritu de la víctima inocente deba correr también la misma suerte sufrida por el perseguidor: o sea que se encuentre forzada a infestar por tiempo indeterminado cierta localidad, y a repetir sin fin los actos principales de una antigua y olvidada tragedia. Si no temiéramos extendernos demasiado, podríamos citar muchos otros casos análogos, referidos por autores muy serios, y hasta alguno de Miss Garrett, que ha sido protagonista directa de ellos. Pero no añadiremos nada nuevo.

En consecuencia, no creemos que pueda hablarse seriamente de «psicología de los fantasmas», pero aun admitiendo que esta frase tenga un sentido, es preciso, al menos, decir que se trata de psicología que se asemeja a la nuestra de manera aberrante, y, a veces, hasta caricaturesca. Puede comprenderse que desde el punto de vista antropocéntrico pueda parecer justificado el comportamiento de aquellos fantasmas que aparecen —en un sueño diurno o nocturno— para explicar en qué circunstancias han muerto, y para exigir justicia contra los asesinos, como en el caso famoso del teniente James B. Sutton, estudiado por Hyslop[17], y en otro caso no menos conocido, narrado por Myers[18]. Pero es muy difícil comprender cómo una anciana señora, a pocas horas de su funeral, pueda tener necesidad de aparecerse a una persona que no la conoce en absoluto para reclamar imperiosamente un «vestido color ciruela» que de viva estimaba muchísimo, y que había quedado olvidado en una cómoda[19]. Tampoco podemos comprender por qué motivo, en la bodega abandonada de una vieja casa de Cornualles, pueda asistirse puntualmente cada noche a una especie de «cortometraje» relativo a una disputa entre dos

hermanos contrabandistas, uno de los cuales, al fin, llega a eliminar al otro[20].

Frente a episodios como los que acabamos de referir, es cosa de preguntarse, con Maeterlinck, si acaso ciertas apariciones de difuntos no son más que «manifestaciones incoherentes y precarias de un estado transitorio, un reflejo de nosotros mismos; casi una brizna desprendida de “memorias” que ondea en el vacío después de la muerte, y que se apaga poco a poco». Si no se supiera que Maeterlinck creía en la indestructibilidad del psiquismo extraño a la conciencia y fundamentalmente distinto del consciente, podría creerse en una conclusión pesimista por su parte en lo relativo a la supervivencia.

El hecho es que frente a tal problema, cualquier juicio que se basara de manera exclusiva en las ilusorias apariencias suministradas por los fantasmas, no podría sino apartarse del camino correcto. Tampoco puede desecharse la opinión de René Guénon, que llamaba «residuos psíquicos» a todas estas enigmáticas fuerzas espirituales, independientemente del repertorio más o menos monótono de ideas o de imágenes a que puede dar lugar cada una de aquéllas[21], y las llamaba así con el claro presupuesto de que tales entidades nada tienen que ver con la parte espiritual del hombre, a quien espera, probablemente, un destino bien distinto. He aquí por qué, en definitiva, entre las dos alternativas fundamentales que pueden ser propuestas en la interpretación de las apariciones, nos parece que la balanza se incline por el sueño retrospectivo de un vivo, pero continúa la imposibilidad de aclarar, con las pequeñas luces de la razón humana, aquel enigma fundamental que a tantos, legítimamente, preocupa.

Los niños y la dimensión prohibida

Pero es hora de dejar de lado los aspectos oscuros y problemáticos de los contactos con la otra orilla, y de ocuparnos de otra cosa. Nos hemos referido ya al hecho de que los animales son mucho más sensibles a las insólitas interferencias entre dimensión psíquica y dimensión física del Universo, acaso porque están más próximos que nosotros a la Naturaleza. Por el mismo motivo lo son también los niños, algunos de los cuales tienen la mente abierta a percepciones ultrasensibles, pero pronto pierden —total o parcialmente— tales facultades, bajo la presión de un ambiente incrédulo u hostil. Entre los primeros recuerdos de infancia de Violet Tweedale está el muy singular de un fantasma femenino que cada noche, o casi, pasaba con puntualidad ritual por delante de la puerta de la alcoba, donde la pequeña médium y su hermanito esperaban con toda tranquilidad aquella breve «representación» con curiosidad exenta de miedo. Se trataba de uno de aquellos fantasmas que se dejaban oír, pero no ver, mas el claro rumor de seda de su vestido

no dejaba ninguna duda en cuanto al sexo.

A este amable fantasma psicométrico, que recuerda mucho a la «anciana de la cómoda» de la que habla Eileen Garrett (dispuesta siempre a surgir cuando la niña hurgaba en los cajones), y también a otra viejecita bondadosa y protectora que hacía compañía a D'Esperance, los dos hermanitos le habían dado un nombre: *Vestido de seda*. Con paso ligero, el fantasma subía por la escalera desde la planta inferior, rebasaba la puerta de la habitación de los dos niños e, invariablemente, se diluía en el fondo del corredor. El único problema que se planteaba a las mentes infantiles, relativo a *Vestido de seda* —y que, como es natural, no estaban capacitados para resolver—, era éste: ¿Cuándo regresaba la aparición al primer piso, puesto que nadie había advertido nunca que hiciera el recorrido en sentido inverso? Sueños de niños, se dirá (y ello es perfectamente verdadero, en cierto sentido muy preciso), pero también es verdad que los niños poseen una sabiduría que les falta a los adultos y que les lleva a aceptar sin discusión ciertos hechos raros y extraordinarios de la Naturaleza, si bien dándoles su interpretación de niños. Si, por añadidura, se trata de niños médiums, puede muy bien decirse de ellos que viven en un universo encantado y fabuloso, en el que el pasado siempre puede aflorar en el presente, dado el incierto confín que divide nuestro universo sensible del otro.

La vidente de Prévorst encontró a su primer fantasma a los doce años, en un corredor oscuro de su casa: se trataba de la figura, alta y sombría, de un anciano que pasó por su lado dejando escapar un largo suspiro, para, luego, volverse a mirarla con unos ojos tales que la niña nunca más pudo olvidar. Sorprendida, corrió en busca de su abuelo —Johann Schmidgall— para que fuera en seguida a ver «a un hombre tan extraño» que ella acaba de encontrar. Pero el abuelo —que también era médium y que conocía desde tiempo atrás al clandestino habitante de la casa— se esforzó en convencer a la nieta de que debía haberse engañado, y esto por la acostumbrada preocupación que induce a los adultos a esconder a los niños cualquier aspecto intranquilizador de la Naturaleza.

También Franek Kluski y Florencia Cook confundían, en su infancia, a los fantasmas con las personas vivas, al igual que Natuzza Evolo y que cierta vidente boloñesa muy conocida de algunos estudiosos de la parapsicología, y que, por aquel mismo motivo, tuvo que sufrir, en edad aún tierna, las enérgicas curas reservadas por los psiquiatras a los alucinados. Pero las curas pasaron y la mediumnidad continuó. Después de esto, la niña sólo encontró la paz cuando un insigne psiquiatra austríaco la hubo reconocido como sana y normal, si bien dotada, ¡ay!, de clarividencia. Puede creerse también (y algunos lo creen) que todo este conjunto de testimonios, y muchos otros aún que sería demasiado largo citar, sólo son manifestaciones de una vasta y elaborada impostura en la que se encontrarían

implicados los clarividentes de cualquier época y de los más diversos países, urdida con la clara finalidad de hacer caer en el engaño a los espíritus simples. Después de esto, aún quedaría por demostrar que tal hipótesis sea más verosímil que la que da crédito a la existencia de ciertas posibilidades perceptivas que sobrepasan los umbrales del universo sensible.

Los fantasmas como compañeros de juegos

Leer ciertas narraciones, como la de Eileen Garrett, acerca de los insólitos compañeros de juegos de su infancia, es como para reconciliarse con los polizones de la otra orilla. Nada de atmósfera sombría y nada de escalofrío. Por el contrario, hallamos notas humanas y gentiles que, en ocasión, elevan el tono de la narración al nivel de la poesía. Huérfana de padre y madre, la pequeña Eileen se encontró confiada a los cuidados de una tía incomprensiva y larga de manos, y, entonces, no encontró mejor solución que evadirse de la desagradable realidad a través del sueño. Pero los sueños de los médiums reservan, como sabemos, sorpresas. Eileen se hubiera consumido de pesar si no hubieran llegado los que llama «los niños».

Eran dos niñas y un niño pequeño. Cuando los vio por vez primera, encuadrados en el vano de la puerta de su casa, Eileen los miró con interés, contrariada entre el intenso deseo de ir a jugar con ellos y el temor de infringir la prohibición de la temible tía. Pero, al día siguiente, los niños continuaban allí, empeñados en mirar a Eileen con aquella mezcla de curiosidad y timidez que es propia de las criaturas. Y, entonces, se decidió, al fin, a reunirse con ellos. Este fue el comienzo de una amistad que duró mucho tiempo (hasta la edad púber) y conoció capítulos movidos, como sucede siempre entre niños. Jugaban, se perseguían y se confiaban pequeños secretos, todo como en la vida ordinaria, de no haber sido por dos importantes diferencias. En primer lugar —asegura la médium—, aquellos compañeros suyos de juegos «estaban hechos de luz» y, además, sabían hacerse comprender por Eileen sin necesidad alguna de palabras, sino *de pensamiento a pensamiento*.

Como se ve, no todos los fantasmas son teóricos ni todos reflejan situaciones trágicas o dramáticas. Eso depende del hecho de que cada contacto mental con el pasado constituye un fenómeno complejo que se desarrolla, al menos, en función de dos variables: la tendencia inconsciente de la mente mediúmnica a orientarse hacia determinadas situaciones retrospectivas, gracias a lo que Tyrrell llama «telepatía retrocognitiva»; y el concurso creativo del inconsciente, que se inserta en ese proceso con sus capacidades de interpretar el tema suministrado por el pasado y de reelaborarlo en sentido más o menos dramático, además de con el uso de los símbolos más apropiados. De tales elementos puede derivar, por supuesto, *un*

resultado híbrido que está a caballo entre la realidad y la fantasía (entendiendo aquí por «realidad» algo que está desplazado en el tiempo). Tal es la génesis probable de aquellos pequeños, providenciales fantasmas evocados por la mente infantil de una niña que tenía una desesperada necesidad de compañía.

De ellos —gracias a un mecanismo psicológico de proyección— la pequeña Eileen aprendió muchas cosas. En primer lugar, a no fiarse nunca más demasiado de las personas adultas, notoriamente incapaces «de decir toda la verdad», y, además, consiguió infringir algunas absurdas prohibiciones impuestas por su tía, con seguro beneficio para su propia salud mental. Todo esto determinaba que acaso valiera la pena sufrir —como, en efecto, sufrió— interrogatorios apremiantes y reprimendas severas a propósito del candente asunto de los «niños hechos de luz»[22]. Todos aquellos que mantengan un diálogo abundante con el propio inconsciente deben sufrir, durante la primera infancia, todo un conjunto de presiones penosas y, a veces, incluso, persecutorias, a causa de su imperdonable «rareza».

Cincuenta años antes, otra niña introvertida y solitaria —Elizabeth D'Esperance — solía pasar largas horas de la jornada en algunas habitaciones deshabitadas de su vieja morada. Pero aquellas estancias, vacías e inhóspitas para todos los demás, a sus ojos, por el contrario, aparecían pobladas de leves figuras que iban y venían atareadas, aunque sin olvidarse nunca de sonreír y de saludar a la niña con gestos bondadosos y protectores. ¡Cuántas discusiones con la madre y con el médico, a propósito de aquellos «extraños» a los que nadie, fuera de Elizabeth, conseguía ver[23]! El hecho de que «los extraños» desaparecieran, a veces, durante meses, y siempre coincidiendo con las raras estancias en casa del padre de Elizabeth, que solía viajar por mar, nos da pruebas de que ni siquiera una mente mediúmnica es capaz de evocar fantasmas cuando sus intereses se polarizan hacia la realidad actual y concreta.

Y aquí surge un problema de solución tanto más difícil cuanto que se refiere a la línea de separación entre lo que es patológico y lo que no lo es. ¿Por dónde discurre exactamente esa línea? No hay duda acerca del hecho de que la personalidad de algunos conocidos videntes haya presentado aspectos y fenómenos que se incluyen en el ámbito de la patología, pero también es verdad que el diagnóstico de neurosis que, por ejemplo, ha sido dictaminado a propósito de Garrett puede, a veces, aparecer como una solución expeditiva y sumaria para liquidar lo que, simplemente, es «distinto». Es cierto que las incursiones demasiado frecuentes en la dimensión prohibida del Universo no convienen en absoluto al equilibrio de quien desee permanecer anclado con firmeza en el mundo sensible, de manera que queda en suspenso la melancólica pregunta que se formula Garrett en su libro, a propósito de las frágiles bases en las que la psiquiatría se funda para juzgar

las evocaciones retrospectivas o fantásticas de los médiums: «¿Y cuántas fantasías le están permitidas al individuo, antes de que se encuentre clasificado como neurótico?»

NOTAS — Capítulo XIII

(1) N. NAEGELI-OSJORD, *He experimentado la presencia de un espectro en mí mismo* (en alemán), en *Neue Wissenschaft*, fasc. 2, agosto-setiembre de 1957.

(2) Interesantes datos sobre el tema en cuestión han sido recogidos por el profesor Nicola Pende, el profesor Annibale Puca, el doctor Valenti y otros numerosos médicos y estudiosos. En particular, el profesor Puca, director del hospital psiquiátrico de Reggio Calabria, tuvo ocasión de comprobar, en los dos meses que tuvo en observación a Natuzza Evolo, la autenticidad de numerosos fenómenos paranormales.

(3) V. lo que escribe al respecto W. STUART en *Light*, marzo, 1957.

(4) No son muchos los psiquiatras dispuestos a reconocer que más allá de las alucinaciones patológicas, cuyo origen se busca exclusivamente en el psiquismo del enfermo, puede haber otras de origen externo, que consisten en percepciones extrasensoriales propiamente dichas, de tipo telepático o clarividente, favorecidas por una particular sensibilidad del sujeto. Entre los psiquiatras y psicólogos que admiten tal distinción citemos a los profesores Tenhaeff, Urban, Hagenbuckner, Naegeli-Osjord, Disertori y Assagioli. Hay otros, por supuesto. En general, se trata de estudiosos que se ocupan de parapsicología, y por eso mismo se encuentran en contacto directo con los fenómenos que demuestran lo fundado de tal distinción.

(5) Quien tenga una visión unitaria de la Naturaleza, en su doble aspecto sensible y ultrasensible, no puede dejar de advertir la artificiosidad de la distinción entre “más acá” y “más allá”, que, entre otras cosas, implicaría, entendida en sentido literal, una inaceptable “localización espacial” del universo ultrasensible. Es lo que intenta expresar TYRRELL al observar que la muerte no conduce, como se cree comúnmente, “a otro mundo”, dado que en ese otro mundo nos encontramos ya estando vivos, y añade, asimismo, que “el cambio de mundos” no es, pues, efecto de un viaje espacial, sino de un modo distinto de percibir y conocer (v. *op. cit.* en la nota 6 al cap. VI).

(6) Semejante concepto puede no ser aceptable por el intelecto consciente, al que las localizaciones temporales le son tan indispensables como las espaciales. Pero es muy probable que tal dificultad no subsista para un tipo de conciencia “atemporal”, como podría ser la que pertenece al *yo secreto* (la “conciencia de eternidad"):

(7) También entre los médiums encontramos quien se aproxima a tales concepciones. Escribe, por ejemplo, Garrett: “Puesto que el pensamiento es el proceso fundamental de la creación, y nada se pierde si se manifiesta una vez en el mundo, es posible que quienes han existido antes que nosotros hayan impreso un recuerdo vivo de sí mismos en el éter de nuestro Cosmos, y que tales formas puedan ser vivificadas a través del deseo y actualizadas por aquellos de nosotros que tienen en su interior algún vínculo especial con los aspectos del pasado.” Todo esto presupone, desde luego, un sustrato psíquico del Universo.

(8) La suposición según la cual los fantasmas (cualquier cosa que sean) tengan, en cualquier caso, *necesidad de los vivos* para manifestarse, parece reforzada por indicios bastante precisos; entre ellos, el gasto de energías nerviosas e, incluso, *térmicas* que su aparición implica, con perjuicio de los asistentes (de ahí la sensación de frío a que se alude en muchas crónicas mediúmnicas y también de apariciones espontáneas; v., por ejemplo, el informe del que se hace referencia en la nota 16 próxima).

(9) Para apoyar tal concepto está toda la casuística de los médiums vinculada al consabido ritual espiritista, caracterizado por la “cadena” de los participantes, y al cual se unen, en ocasiones, manifestaciones psicofísicas paranormales, como el movimiento de objetos, apariciones de fantasmas materializados, etcétera. De ello se tratará en el próximo capítulo e incluso en otros.

(10) Los parapsicólogos son precisamente exigentes al evaluar la veracidad de los testimonios sobre las apariciones, en razón a los obvios peligros de deformación y error que son inherentes a la fácil credulidad de tanta gente emotiva y amante de lo maravilloso. Sin embargo, la existencia de tales peligros no debe servir de pretexto para desacreditar de manera sistemática todos los testimonios sobre hechos insólitos. Entre los casos de apariciones de difuntos más sólidamente verificados, citemos los tomados en consideración por el profesor Hornell Hart y otros componentes de la comisión de estudio, de los que se da referencia en la nota 5 del

capítulo precedente.

(11) Las primeras noticias bien documentadas sobre los encuentros de Maxo Wanka con el espectro de Millvall aparecieron en el *Harper's Magazine* de 1938. Al margen de los previsibles ecos periodísticos acerca de tales visiones, surgieron numerosos testimonios, pormenorizados y precisos que brindan, asimismo, una luz muy fidedigna.

(12) De un artículo de HEREWARD CARRINGTON sobre la energía psíquica y los fenómenos físicos, aparecido en *Tomorrow*, Vol. I, n.º 2, invierno de 1952-1953 y publicado en versión italiana por *Luce e Ombra*, enero-febrero de 1960.

(13) MYERS excluía categóricamente que se pueda "ver en el espectro a la persona muerta misma" (o sea, que se pueda identificar el espectro con la personalidad integral y superviviente del difunto). En efecto, escribe en la obra ya citada: "Si, por ejemplo, entre el espectro y la vida *postmortem* del yo que sobrevive subsiste una relación análoga a la que encontramos entre los sueños y la vida terrestre, las manifestaciones espectrales no pueden representar... más que algún recuerdo o instinto vago del tipo de aquellos que dan una individualidad difusa y oscura a nuestros sueños más comunes." Aunque espiritista o, por mejor decir, bien convencido de la supervivencia del alma, Myers rechaza toda fácil interpretación antropocéntrica, y hoy se nos aparece como el investigador más agudo y libre de prejuicios de su tiempo, según este punto de vista. Todas las hipótesis que toma en consideración sobre los fantasmas son dignas de atención. Es también interesante su observación, según la cual, ciertos fantasmas se comportarían como sujetos obsesivos de una sugestión posthipnótica.

(14) Interesante y provechoso por las analogías y diversidades que se desprenden es establecer una confrontación entre las concepciones modernas de la personalidad pluralista y estratificada y ciertas doctrinas entre religiosas y filosóficas de origen antiguo, pero profesadas aún por pueblos diversos. Por ejemplo, las doctrinas esotéricas de Israel distinguían claramente tres niveles de la personalidad humana: el espíritu *(nishemat)*, el alma *(ruash)* y los llamados "espíritus de los huesos", equivalentes, más o menos, a los que Guénon llama "residuos psíquicos", y a los que son debidas las apariciones de los fantasmas. Después de la muerte del cuerpo, los "espíritus de los huesos" permanecerían ligados a los restos mortales, en tanto que *ruash* y *nishemat* subsistirían separadamente y no en "lugares" localizables, en el acostumbrado sentido espacial. (Cfr. *La chiave perduta*, de DONATO PIANTANIDA, Milán, Ceschina.)

Muy distintas, pero siempre involucradas en el orden de ideas de una personalidad que no puede ser simplemente identificada con el yo consciente, son las doctrinas de derivación budista (las tibetanas, por ejemplo), en virtud de las cuales la existencia del yo es pura ilusión, y según las cuales la personalidad resultaría de *agregados psíquicos no permanentes*. En consecuencia, *no existiría sólo una "conciencia"*, sino varias, a una sola de las cuales (la consciente de sí misma) correspondería el "deseo de vivir". Cfr. A. DAVID-NEEL, op. cit., página 37 y siguientes.

(15) W. CARRINGTON, en la obra ya citada (v. nota 8 al cap. III), escribe: "... demasiado comúnmente se acepta sin discusión cuanto escuchamos acerca de que el hombre sobreviva a la muerte, ya sea afirmando o negando, y nuestras dudas se concentran en la cuestión de si ello es más o menos cierto, en tanto que, a mi modo de ver, deberíamos, por el contrario, preocuparnos por aclarar lo que entendemos por supervivencia...". Y añade: "... puede suceder que cuando nos preguntamos si «el hombre sobrevive a la muerte o es aniquilado», planteemos a la Naturaleza una cuestión imposible que deriva de la aplicación demasiado ingenua de una analogía...". Concluye: "... debemos resignarnos a la perspectiva de que nuestras indagaciones, como máximas, nos dan respuestas sólo condicionales, graduadas o cuantitativas".

(16) V. art. de HANS HOLZER sobre *El fantasma del condado de Rockland* (en inglés), redactado con material informativo procedente de los archivos de Eileen Garrett y aparecido en *Tomorrow*, vol I, número 3, 1953.

(17) El conocido estudioso de metapsíquica JAMES H. HYSLOP publicó, en 1911, el informe en el *Journal of S.P.R.*, garantizando la exactitud de las aventuras narradas. Se trata de toda una serie de apariciones vistas en tiempos y circunstancias distintos por los padres de un joven oficial que había sido muerto en el curso de una reyerta con compañeros de armas borrachos; pero, a propósito de esta muerte, el Mando militar había acreditado, al parecer de mala fe, la versión del suicidio. Cuando la familia, al cabo de varios meses, consiguió que los restos mortales de su pariente fueran exhumados, se tuvo la certeza de que los detalles desconocidos descritos por el fantasma a propósito de heridas recibidas, vendajes, etcétera, resultaban conformes a la realidad.

Es interesante, a tal propósito, poner de relieve cómo *ciertas aventuras se repiten casi regularmente, aun a través de la caleidoscópica variación de los tiempos, ambientes y situaciones*. Más de un caso similar al del teniente Sutton se ha verificado en Italia en los últimos veinte años, y uno de ellos aparece conforme hasta en los mínimos detalles, pero, por motivos que el lector comprenderá fácilmente, es imposible citar los nombres u otras referencias que puedan resultar mucho más precisas.

(18) Se trata de un joven cuya muerte había sido atribuida al suicidio, cuando su causa fue un trágico error. Antes aún de que se esclareciera la verdad sobre el caso, el espectro del muchacho apareció a su antiguo patrón (que, entre otras cosas, ignoraba aún la muerte de su empleado) para rogarle que no diera fe a la versión oficial de los hechos.

(19) Véase G. DELANNE, *Les apparitions des vivants et des morts*.

(20) Sir A. CONAN DOYLE, *The Edge of the Unknown*, citado por G. DE BONI, *op. cit.*

(21) Véase RENÉ GUÉNON, *Le Règne de la quantité et les signes des temps*, París, Gallimard, 1945 (cap. 27: “Résidus psychiques”).

(22) En *Tijdscrift voor Parapsichologie* (enero-mayo de 1959), el profesor K. HAGENBUCKNER cita un caso estudiado por él que no deja de tener analogías con las aventuras referidas por Garrett. Se trataba de una niña de pocos años que conversaba, de vez en cuando, con un “interlocutor” desconocido e invisible para todos. De sus descripciones fue posible concluir que su personalidad correspondía a la de un hermanito de la niña, muerto a los quince años, antes aún de que ella naciera. El comportamiento de la entidad era tal que podía referirse no a la personalidad del muchacho quinceañero, sino a de cuando tenía, todo lo más, siete u ocho años. Se diría, pues, que el inconsciente de la niña había evocado a propósito un clisé adaptado a su propia edad.

(23) Debemos insistir en el hecho de que muchos poetas tienen sensibilidades que confinan con las mediúmnicas. A propósito de estos “fantasmas psicométricos” que pueblan las casas viejas, he aquí unos versos del americano Longfellow que parecen tener conexiones con ellas: “Todas las casas donde vivieron y murieron hombres / son casas infestadas. A través de las puertas / se filtran silenciosos fantasmas / con pasos que nadie puede oír. / Los encontramos en la puerta de entrada, por las escaleras; / van y vienen por los corredores, / impalpables presencias en el aire, / sensación indefinible / de algo que se mueve alrededor.”

CAPÍTULO XIV
LOS FANTASMAS NACIDOS DE LOS SUEÑOS MEDIÚMNICOS

Estamos tan lejos de conocer todas las fuerzas de la Naturaleza y sus múltiples modalidades de acción, que seria poco filosófico negar la existencia de ciertos fenómenos, tan sólo porque no pueden ser explicados en el estado actual de nuestros conocimientos.

LAPLACE.

Es un mal menor el que un hombre de ciencia sea inducido a error por un impostor, pero es más grave si, por respeto humano o por temor a equivocarse, la ciencia se niega a buscar la verdad.

H. THIRRING.

Entrevista con el fantasma

El periodista y escritor Harry Price, que hizo de la mediumnidad espiritista uno de los grandes intereses de su vida, se encontró en contacto, en más de una ocasión, con algunas de aquellas extrañas y enigmáticas entidades que emergen a veces en el curso de una sesión mediúmnica, para asumir cierta como consistencia material que las hace visibles y hasta palpables, aunque sea por un tiempo brevísimo. Una vez, después de haber establecido las condiciones más favorables para evitar cualquier engaño y error, vio aparecer a su lado a una de aquellas entidades. La miró, la interrogó largamente, la palpó muchas veces y, por fin, fue, sin más, trastornado por la evidencia de los hechos... Pero, dos horas más tarde, por un prurito intelectual abstracto e injustificable, se negó a extraer las lógicas consecuencias de semejante experiencia. Hay motivos psicológicos que pueden explicar tal actitud, pero, antes de considerarlos, pasemos a los hechos.

Era el 15 de diciembre de 1929, y Harry Price, en aquel momento huésped de una familia pequeñoburguesa de Londres, asistía a una sesión celebrada con una médium de tipo muy raro: uno de esos sujetos dotados de la singular facultad de hacer visibles y palpables los propios sueños mediúmnicos, que pueden estar basados en recuerdos propios o ajenos, o en contactos clarividentes con el pasado. La médium, en este caso, sólo podía evocar el simulacro de su hija Rosalía, muerta seis años atrás. Sin embargo, conseguía —gracias al poder mágico del sueño—

proyectar al exterior aquel recuerdo suyo, dándole todas las apariencias de la vida. Más que una sesión mediúmnica, se trataba, cada vez, de una especie de rito, al que convertía en patético y solemne un fortísimo componente emotivo que no regateaba ninguno de los presentes.

En un ambiente casi a oscuras, apenas un poco iluminado por el cuadrante encendido de una radio, seis personas, entre ellas Harry Price, se sentaban en círculo junto a la médium. Se produjo una breve espera, interrumpida por repetidas invocaciones del nombre de la niña muerta, y en seguida se dibujó la aparición. «Alargué con cautela el brazo izquierdo —escribe el periodista en su informe—, y, con gran estupor por mi parte, tomó contacto con el cuerpecillo en apariencia desnudo de una niña cuyas proporciones podían corresponder a las de una criaturita por debajo de los siete años. Pasé lentamente la mano por su pecho y alcancé a tocar la barbilla y, luego, las mejillas. Sus carnes eran tibias, aunque no tan cálidas como las de una criatura viva. Coloqué el dorso de la mano izquierda en la mejilla derecha…, y, luego, toqué de nuevo el pecho y advertí en él, con nitidez, los movimientos respiratorios…»

Esta descripción minuciosa prosigue largamente, con la enumeración de todos los detalles poco a poco comprobados por Price, quien no para de tocar y verificar, hasta tal punto le parece increíble lo que sus mismos sentidos le están revelando. Habla de los largos y mórbidos cabellos que descienden por la espalda de la pequeña, y de su estatura, que es, más o menos, de un metro treinta. «Cogí el brazo derecho de la niña y le tomé el pulso, que latía con un ritmo acelerado, tal vez de noventa pulsaciones por minuto. Apoyé la oreja en la región del corazón y advertí claramente el latido. Al fin, tomé ambas manos de la niña entre las mías…», etcétera.

En un momento dado, con la ayuda de un espejito fluorescente, Price consiguió determinar los rasgos de la pequeña. «Su rostro era pálido —escribe—. Los ojos, azules y luminosos, irradiaban una viva inteligencia. Tenía los labios finos, lo que confería a su rostro una curiosa expresión de firmeza.» En este punto, el periodista comienza a desahogar su curiosidad profesional y se dedica, sin más, a entrevistar a la criatura de la otra orilla. A las primeras preguntas («¿Dónde te encuentras ahora, Rosalía?», y «¿Qué sueles hacer, jugar con otros niños?»), no recibe respuesta alguna; pero cuando interroga: «¿Quieres a tu mamá?», de pronto, el rostro de Rosalía se ilumina de comprensión y sus labios, en medio de la emoción más viva de los presentes, susurran: «¡Sí, sí!»

En este punto, la médium aprieta contra su corazón a la pequeña, sollozando lastimeramente, y como ella lloran las otras mujeres presentes. Tal vez en la génesis de fenómenos como éste no es ajeno el enorme dispendio de energías psíquicas

que, sin más, conmueve a los asistentes bajo el peso de un sentimiento que los solidariza a todos en la misma vibración emotiva de elevada intensidad. También Price, naturalmente, estaba conmovido, pero, dos horas más tarde, mientras estaba redactando una larga y cuidada relación acerca de la que él mismo define como «la sesión más sorprendente de toda mi vida», he aquí que ya afloraban en él las primeras dudas. «Aun habiendo tomado todas las precauciones que me fueron sugeridas por una larga experiencia —escribía—, no puedo, sin embargo, excluir la posibilidad de haber sido engañado. Pero, en tal caso, ¿cómo fue ello posible? ¿Y qué motivos tenían para engañarme aquellas personas integérrimas que me invitaron a la sesión[1]?»

El rechazo sistemático de lo «maravilloso»

Price creía y no creía, en una palabra Y aquí es donde su postura resulta inaceptable, sobre todo, cuando se conozcan algunas características peculiares de su personalidad, y ciertas particularidades interesantes de su vida. Además de la mediumnidad, se ocupaba, en la teoría y en la práctica, del ilusionismo. Por añadidura, como experto en ambas materias, había promovido una verdadera cruzada contra los falsos médiums y había conseguido desenmascarar a varios de ellos[2]. Pero acaso sea, precisamente, esta característica psicológica lo que puede dar razón de su incoherente actitud (aparte de las presiones a que le sometieron los editores, como él mismo declara, para introducir en su informe las reservas ya citadas). El hecho es que quien vive con el prurito crónico del engaño, es empujado por su misma naturaleza a ver trampas e intrigas en todas partes, de manera que no es la persona más apta para indagar serenamente acerca de la realidad insólita, sobre la que proyectará de manera inevitable las sombras de sus invencibles sospechas.

Y ya es tiempo de decir que nuestro cazador de espíritus (como él mismo se hacía llamar) se había prevenido contra todo tipo de fraude, antes de asistir a la materialización de «Rosalía». Había inspeccionado cuidadosamente todo el piso, clavando y sellando puertas y ventanas. Había revuelto las alacenas y los armarios, y había golpeado en las paredes y en el suelo para descubrir eventuales cavidades escondidas. Había despojado las habitaciones de cuadros, de cortinas y hasta del reloj de pared. Por fin, había diseminado por todas partes grandes puñados de almidón, a fin de que quedaran impresionadas posibles huellas de pies o de manos. Lo único que no hizo, porque la decencia se lo prohibió, fue registrar a las señoras presentes (a los hombres sí los registró). Pero resulta difícil creer que las faldas de moda en 1929 pudieran esconder a una niña de un metro treinta de estatura.

Al final de la sesión, o sea, cuando el fantasma ya se había esfumado, lo primero que hizo Price fue ir a examinar sus ingeniosas trampas, y encontró que todo estaba en su sitio. Hasta los polvos de almidón carecían de la menor huella. No obstante, luego acabó diciendo que, en el fondo, pensándolo bien, no puede excluirse de manera categórica la posibilidad de un fraude. En semejante actitud parece evidenciarse la deformación mental de quien, por haber atribuido excesiva importancia a las técnicas ilusionistas, en determinado momento no es capaz de darse cuenta de que también el arte de los trucos tiene sus límites insuperables. Hay muchas personas que razonarían como Price, incluso entre las que han tenido una experiencia directa de fenómenos mediúmnicos insólitos. Y hay gente que nunca se rendirá ni frente a la evidencia más flamante.

El motivo de este repudio, a toda costa, de ciertos aspectos insólitos de la realidad ha sido explicado muy bien por el neuropsiquiatra Jan Ehrenwald, al que ya hemos tenido ocasión de citar muchas veces. «El hombre moderno —ha escrito— ha construido su representación científica del mundo sobre las ruinas de las creencias mágicas y animistas, desafiando la misma secreta atracción hacia las fuerzas primitivas de su propia psique. En consecuencia, ahora se esfuerza por impedir que cuanto ha sido arrumbado a un lado vuelva a formar parte de su experiencia ordinaria. El desprecio y el ridículo en que se debaten las personas empeñadas en la nueva investigación se deben a esta forma de racionalismo supervigilante.»

Por desgracia, se trata de una actitud tanto más insidiosa en cuanto que opera por debajo de la mente consciente y, por tanto, no permite a quien la adopta darse cuenta de los motivos reales por los que se siente inducido a negar. En su base, está el repudio instintivo de todo cuanto no puede ser explicado según los esquemas de la ciencia de hoy. La conclusión paradójica es que existen fenómenos importantísimos, pero raros, a los que les está reservada la misma suerte que a los parientes pobres, de los que algunos se avergüenzan. Así que se prefiere ignorarlos[3]. En cambio, se trata, como hemos dicho otras veces, de hechos de gran relevancia científica, pues demuestran que los citados esquemas científicos no son lo bastante abiertos como para abarcar toda la realidad.

Los sueños mágicos de **don Luisito**

Pero sucede que los hechos, incluso los no sancionados con reconocimientos por parte del saber oficial, acostumbran a multiplicarse aun a despecho de las vestales de la llamada «seriedad científica». Hace algunos años, en la autorizada revista internacional *Parapsicología*, dirigida por el profesor William Mackenzie,

apareció una bien documentada relación del profesor Gutierre Tibón, de la Universidad Nacional mexicana, a propósito de imponentes fenómenos de materialización realizados a lo largo de muchos años por el médium Luis Martínez, llamado *don Luisito*. Tales manifestaciones se produjeron bajo la dirección de un rico y cultivado industrial —el señor Álvarez y Álvarez—, y en presencia de numerosísimos testigos que se han ido alternando de vez en vez en las sesiones.

Esos testigos se cuentan por centenares. Entre ellos, figuran personalidades de primera fila, como el matemático Alberto Barajas, coordinador de las investigaciones científicas en México; un conocido padre jesuita, autor de libros contra el espiritismo; un director general de la UNESCO; dos ex ministros del Exterior y dos ex presidentes de la República. Pero el testimonio más interesante, desde cierto punto de vista, es el del profesor Tibón, cuyas numerosas obras de psicología, sociología y filología sirven para demostrar que se trata de un estudioso dotado de auténtica mentalidad científica.

En tres años —desde 1951 a 1953—, participó en numerosas sesiones en las que ha visto a las criaturas soñadas por *don Luisito* tomar cuerpo, moverse, hablar y actuar entre los presentes. Las materializaciones se producían por grados. Apenas el médium se había hundido en el trance, aparecían algunos pequeños globos fosforescentes de color blanco, verde o amarillento, que giraban unos instantes sobre las cabezas de los presentes para, luego, desaparecer. Seguía la materialización parcial de rostros y manos que daban golpes en las paredes o propinaban cachetes en la espalda de los asistentes. Esas mismas manos levantaban un gran tambor, con sus correspondientes palillos, y lo tocaban a ritmo perfecto, moviéndolo suspendido en los aires, aquí y allá. También extraían las flores de los jarrones, colocados a propósito, y deshojaban los pétalos, para hacerlos caer después sobre los participantes en la sesión.

Narra Tibón: «Una vez, se me acercaron dos lucecitas y, en pocos segundos, me ataron los brazos, el cuello y los pies a la silla mediante nudos hechos con singular destreza.» Para ilustración de cuantos están convencidos de que la mediumnidad con efectos físicos es cosa de otros tiempos, diremos que esto sucedía en agosto de 1953, o sea, en plena Era atómica. Al ciclo de las luces y las manos le sucedía el de los visitantes etéricos «calificados». Unas nubecillas luminosas se dibujaban en el centro del círculo mediúmnico y palpitaban como si estuvieran vivas, alcanzando, poco a poco, la estatura y el parecido humanos. Después, uno tras otro, aparecían los curiosos personajes evocados o creados por el psiquismo inconsciente de *don Luisito*, con la probable contribución del de los presentes.

El primero en presentarse era uno que decía ser médico oriental, llevaba turbante

y se hacía llamar Amahur. Luego, venía la «hermana Belén», una mujercita anciana con el rostro arrugado como una fruta marchita. Por fin, aparecía un locuaz «doctor Del Castillo», con un invariable corbatín de cinta. Entre los visitantes que se presentaban más raras veces y que se callaban dignamente —como si trataran de conservar el incógnito—, había un cruzado medieval, un guerrero de espada muy luminosa, un imponente sacerdote con estola de seda recamada de oro y otro tipo al que Tibón definió como «inolvidable», el cual se presentaba con la cabeza adornada con una fulgurante diadema de doce puntas de diversa intensidad y luminosidad. (Hay algo —se diría— de «tebeístico» en estos «cortometrajes» proyectados por la mente mediúmnica de *don Luisito*.)

El último «número» era también el más movido. Entraban, entonces, en escena los llamados «niños», pequeñas entidades luminosas que, de inmediato, se apoderaban de los numerosos juguetes sonoros dispuestos a propósito para ellos, e iniciaban un concierto animadísimo, si bien algo desordenado, de castañuelas, platillos, tamboriles y de todo objeto ruidoso que pueda agradar a los más pequeños, comprendidos aquellos muñecos de goma que chillan cuando se los oprime. El único «solista» del grupo era un tal *Botitas*, quien, a requerimiento de los presentes, siempre estaba dispuesto a ejecutar, con una pequeña armónica, una tarantela o un ritmo sentimental.

Todo esto recuerda las interesantes analogías establecidas entre el sueño y el juego por Claparède[4] y por Baudouin *(op. cit.)*, y el carácter jocoso («lúcido») que Flournoy atribuye a las producciones mediúmnicas[5]. Volviendo a *don Luisito*, su trance, al cabo de dos horas de sueños ininterrumpidos, se volvía agitado: el hombre empezaba entonces a lamentarse y a gemir a causa de la fatiga. Como consecuencia de ello, el señor Álvarez lo despertaba y, luego, volvía a encender las luces. Un indescriptible caos de flores, de pétalos arrancados y de juguetes reinaba allí para testimoniar el grado de vivacidad demostrado en el curso de la breve incursión en nuestro universo material de los pequeños huéspedes procedentes de la «dimensión psíquica».

La ciencia contra los hechos indóciles

Como en su tiempo Harry Price, también el profesor Gutierre Tibón había creído necesario tomar todas las precauciones razonables para ponerse a cubierto de los fraudes posibles del médium y del organizador de las sesiones, pero tales precauciones habían demostrado todas las veces ser superfluas. Y también Tibón, al igual que Price, tendía a creer en la evidencia de los hechos, pero, a diferencia de éste, se había acostumbrado, como verdadero científico, a inclinarse ante las

lecciones indiscutibles que se derivan de esos hechos. «Aunque mi razón se opusiera a la posibilidad de apariciones del tipo que he descrito, he tenido que convencerme de que los fenómenos eran reales —afirma en su relato—. En el curso de diecisiete años, muchas personas escépticas y de criterio severamente positivista han tenido que rendirse, como yo, ante la evidencia de los hechos.»

Es verdad que la certeza adquirida por el profesor Tibón puede carecer de todo valor para quien se haya habituado a practicar una especie de desdeñoso solipsismo científico que hoy está muy de moda y que se oculta, las más de las veces, con pretextos metodológicos. Pero quien está acostumbrado a hacerse una idea de la realidad incluso fuera de los rituales practicados por la ciencia, no se dejará impresionar por eso. Naturalmente, en teoría puede sospecharse de todo: puede creerse, por ejemplo, en el candor de Tibón y en la mala fe del senador Álvarez; puede imaginarse, también, que el médium *don Luisito* (definido por Tibón como «un pobre hombre de movimientos lentos y desmañados, sin la menor destreza manual»), sea, en realidad, un genial y brillante prestidigitador que haya cometido la única equivocación de no haber sabido escoger la carrera que mejor le cuadraba…

Nada cuesta suponer que los varios centenares de testigos que han firmado las actas de las sesiones sean, todos, gente desprevenida, ingenua y emotivamente vulnerable. Tantas cosas pueden suponerse, cuando el buen sentido se pone de lado para hacer prevalecer aquella tendencia irracional e inconsciente al repudio integral de los hechos que estorban las certezas adquiridas. Pero si dicho repudio es comprensible cuando proviene de los representantes del saber oficial, que nada saben de la vasta extensión de los territorios desconocidos para la ciencia, maravilla no poco cuando es proclamado por parapsicólogos que temen —si se interesan por los fenómenos paranormales físicos— «contaminar» la pureza de la investigación parapsicológica.

En la práctica, se comportan como si sólo fueran dignos de atención los fenómenos paranormales «dóciles», o sea, aquellos que se dejan observar y repetir a placer según determinadas técnicas de indagación, y que permiten transformar las observaciones cualitativas en cuantitativas. Y en cuanto a los otros —los hechos y fenómenos «indóciles»—, los estudiosos en cuestión se lavan las manos. Unos los ignoran, otros se contentan prudentemente con infravalorarlos, otros aún los niegan sin más. Y, sin embargo, los fenómenos más relevantes, desde el punto de vista científico, son, sin duda, los «indóciles», quiere decirse, los más raros y más difícilmente observables, como, por ejemplo, el desdoblamiento, la aparición espontánea de fantasmas de consistencia objetiva y la materialización de fantasmas en el curso de una sesión.

Estos fenómenos «indóciles» nos obligan a admitir la existencia de un universo mucho más complejo que el puramente físico, que es el único del que habla la ciencia. Aceptar tales fenómenos como objeto posible de ciencia, implicaría, pues, una enorme ampliación de horizontes, pero eso podría suceder sólo con la derrota previa de los tradicionalistas y de los conservadores que, en el campo científico, han sido siempre, como es sabido, los más fuertes. Quien está vinculado a las concepciones tradicionales, y también quien teme perder la respetabilidad que puede ser conferida tan sólo por el aval de la ciencia oficial, nunca aceptará correr los inevitables riesgos que acompañan a las aperturas más vastas.

He aquí por qué no debemos sorprendernos por el hecho de que Harry Price —a propósito de la experiencia aquí referida— no sólo no haya extraído las debidas consecuencias, sino que haya llegado a esta sorprendente conclusión: «Tan sólo si hubiera podido observar la materialización de "Rosalía" en mi laboratorio personal, sólo en tal caso no dudaría en proclamar que el gran problema de la supervivencia ha sido resuelto experimentalmente en sentido afirmativo.»

Un gran protagonista: el sueño

En semejante afirmación hallamos expresados dos errores plagados de consecuencias. El primero deriva de la ignorancia de una característica peculiar de los fenómenos mediúmnicos, los cuales —como ya se ha apuntado— pueden verificarse tan sólo si el sujeto que los produce se encuentra a gusto en el ambiente, y en perfecta sintonía con los presentes. Aparte de esto, hay fenómenos que sólo se producen sobre la base de rituales complejos (véase, por ejemplo, el capítulo X) que permiten al médium conseguir un particular estado de conciencia (y tal era el caso de aquella especie de rito evocador de la niña muerta, en el que, sin duda, había dos elementos determinantes: el fortísimo *pathos* y el hecho de que el rito en cuestión se desarrollara en un ambiente saturado de los recuerdos vinculados a la pequeña «Rosalía»).

El segundo error es típico de ciertos groseros planteamientos de la cuestión ya criticados en el capítulo anterior, según los cuales la realidad de la supervivencia podría ser determinada experimentalmente basándose en una simple evocación necromántica[6]. A tal propósito, no podemos sino repetir y acentuar las reservas ya expresadas en el otro capítulo acerca de la presunta «personalidad» de los fantasmas, que se pretendería hacer coincidir un tanto simplistamente con la del difunto. Lo mismo sería, creemos, sostener que los personajes que se mueven por sí mismos de forma visible en la pantalla cinematográfica son los mismos a quienes representan. Ya hemos visto que la mente de un médium puede, en ciertos casos,

funcionar como un proyector de cine, con la ventaja de que da lugar a proyecciones tridimensionales que no son simples imágenes, desde el momento que tienen, también, una consistencia material.

Por prodigioso e inconcebible que pueda parecer, el fenómeno, sea como fuere, es aceptado, como todo cuanto tiene sus raíces en los hechos. Por lo demás, tampoco puede decirse que sea más inconcebible que otros fenómenos paranormales ya considerados, y que otros no menos extraordinarios de los que tendremos que ocuparnos. Los hechos paranormales —de la clase que sean— representan, en realidad, un único contexto que sirve para demostrar la existencia de capacidades humanas y de fuerzas que pueden transgredir todas las leyes básicas del orden físico y biológico. «El mismo poder psíquico que puede dar vida a un "doble", está capacitado para evocar un drama del pasado mediante una proyección externa y visible (como en el caso de los fantasmas de difuntos), puede crear, evidentemente, también los simulacros materiales de las visiones oníricas evocadas por la mente de un sujeto inmerso en el trance mediúmnico.»

En cuanto a la naturaleza de tales visiones, pueden consistir, como sabemos, en recuerdos propios o ajenos (conocidos, estos últimos, por vía clarividente), pero también pueden revelar la impronta de alguna de esas huellas indelebles que toda vida singular deja en el pasado, que es componente indestructible de la dimensión sin tiempo. (Si esta terminología no gusta, puede pensarse, con William James, que la mente mediúmnica alcanza aquella especie de universo psíquico llamado por el mismo James «observatorio cósmico de las memorias individuales».) Todo esto puede constituir una prueba de las singularísimas facultades que poseen ciertas mentes, pero nada más.

Es auténtico que la voluntad de los presentes en las sesiones mediúmnicas está dirigida, casi siempre, en el sentido de las evocaciones necromanticas, y esto determina, en efecto, que el psiquismo inconsciente (pero clarividente) del médium se adecue a lo que esperan quienes asisten a dichas sesiones, presentando los simulacros de personas fallecidas. Pero se conocen muchísimos otros casos en los que la materialización se ha efectuado produciendo animales, imágenes caricaturescas y objetos inanimados. A este propósito, escribe Emilio Servadio: «En otras palabras, el médium parece traducir plásticamente las creaciones de su pensamiento, consciente o (lo más a menudo) inconsciente. Es una especie de objetivación suprema, de manifestación en términos orgánicos de lo que sucede en las zonas oscuras de la psique. (...) "Se trata de una realización estereoplástica de las *divagaciones inconscientes* iguales a las que se verifican en el sueño o en estados análogos."»[7]

El sueño es, pues, el gran protagonista de tales manifestaciones, pero se trata de un sueño muy particular, en cuanto toma sus contenidos de todos los participantes en las sesiones y moviliza (gracias al elemento catalizador representado por el médium) también sus energías psíquicas; tan cierto es esto que, al final, aquéllos se encuentran, no raras veces, sin más exhaustos. Naturalmente, el dispendio mayor de energías corre a cargo del propio médium, que, al parecer, suministra la misteriosa sustancia «ectoplásmica» de que están hechos los fantasmas[8], lo cual no es poca cosa si se piensa que estos fantasmas mediúmnicos no son sombras incorpóreas, sino criaturas tangibles dotadas, por lo que se desprende de los informes, con atributos físicos algo consistentes.

Es cierto que, en el sueño mediúmnico, el «estado soñador» alcanza el grado más elevado de poder creativo, con la posibilidad que tiene de desmovilizar, al menos parcialmente, la materia protoplásmica de la que está hecho el cuerpo del médium, y de volver a plasmarla en criaturas ficticias dotadas, a su vez, de cierta aparente autonomía. Hay quien ha intentado una interpretación de ese sueño creativo incluso en términos de neurofisiología, no obstante el amplio margen de incertidumbre y de discutibilidad que caracteriza, de manera inevitable, este tipo de estudios. El doctor Nicola Brunori, por ejemplo, sostiene que el responsable de semejantes fenómenos sea el cerebro intermedio o diencéfalo, que, de manera temporal, reconquistaría una «libertad» que, por lo común, le es impedida por las interferencias inhibitorias de la corteza cerebral, y ello en virtud de un «sueño parcial» de dicha corteza, de la que sólo se mantendrían en funcionamiento algunos centros capaces de guiar o de intensificar, sin más, las actividades creativas del diencéfalo mismo[9].

Cuando se traduzcan estos conceptos a términos corrientes de significado psicológico y evolucionista, se delinea con mayor claridad aún el antagonismo funcional existente entre la personalidad volitiva y consciente, reflejada por la corteza cerebral (que, desde el punto de vista filogenético, como se ha dicho, representa un desarrollo más bien reciente), y la *paleopsique*, vinculada, por el contrario, a los estados cerebrales más profundos, a los cuales tal vez corresponda el poder de dominar y utilizar las fuerzas desconocidas que parecen sobreponerse a las tan conocidas del universo sensible. (Se entiende que la correlación existente entre algunos aspectos de la actividad cerebral y los fenómenos mediúmnicos no autoriza en absoluto a sostener que estos últimos sean «los productos» de aquélla, así como los pensamientos expresados en un libro «no son» los productos de los caracteres allí impresos, pese a la indudable correlación que los liga a éstos.)

La fuerza creativa del psiquismo colectivo

El profesor Ochorowicz, un estudioso polaco que había asistido a numerosas materializaciopes documentadas con seguras fotografías, fue el primero que acuñó el término «ideoplastia» para indicar la capacidad inconsciente del médium para crear modelos físicos palpables y en apariencia autónomos, de formas concebidas por el mismo inconsciente. El concepto de ideoplastia fue, después, tomado por Geley, que lo convirtió, sin más, en la base de su visión unitaria de los fenómenos metapsíquicos[10], y también por Richet, Osty y muchos otros autores. Las posibilidades prácticas de la ideoplastia resultan de innumerables informes y tienen gran interés.

En una ocasión, el profesor Richet, que asistía a la materialización de un fantasma femenino, tomó entre las suyas la mano de aquella efímera criatura y deseó que llevara un anillo; lo deseó, pero no lo dijo. Inmediatamente, el anillo «fue». Quiso, luego, que el brazo se adornara con un brazalete, y también éste compareció. Es la prueba, creemos, de que el poder creativo del médium toma fuerzas e ideas de todos los presentes en la sesión, como si estuvieran implicados (unos conscientemente y otros no) en el mismo «sueño compartido». También la versatilidad de éste da una prueba de ese psiquismo inconsciente y también de los sueños. En cada sueño puede suceder todo, y también, por lo que parece, en las sesiones mediúmnicas.

En el curso de una sesión dirigida por el gran Eugène Osty, junto al médium se materializó un vivaz animalillo que saltó inmediatamente a la espalda de su vecino, para, luego, trasladarse, en una rápida sucesión de saltos, a las espaldas de los demás; era una ardilla. Artífice de ese prodigio fue Guzik, un médium polaco que, evidentemente, debía de sentir debilidad por la Naturaleza y por las criaturas de los bosques. En otra ocasión, en efecto, hizo aparecer un oso, bajo cuyo peso el pavimento tembló. Una vez que consiguió materializar un perrito, éste tuvo tiempo, antes de diluirse en la nada, de morder en un dedo al profesor Léclainche, y le dejó la señal[11].

De otro médium polaco —Franek Kluski—, que desapareció en fecha relativamente reciente (1944), sabemos que era escritor y poeta. Sin embargo, su fama ha quedado asociada a otras creaciones suyas: en efecto, produjo, en ocasiones diversas, no menos de doscientos cincuenta fantasmas materializados, muchos de los cuales eran simulacros de animales. Una vez, por ejemplo, evocó de la nada un águila real que fue a posarse en su espalda. Y hasta aquí, nos hallamos en el ámbito de animales muy conocidos, pero Kluski iba más allá, como demuestra el acta relativa a la sesión del 20 de noviembre de 1921, dirigida por el doctor Geley.

Éste sintió, en un momento dado, la presencia de un cuerpo velloso y pesado que se apoyaba en su hombro derecho, mientras por todo el entorno se difundía un agudo olor selvático.

Se trataba, nada menos, que de un antropoide del tipo *pitecántropo*, pero estaba animado de óptimas intenciones, y lo demostró al ponerse en seguida a lamer las manos de los presentes. Más inquieto —y hasta, incluso, violento— resultó, por el contrario, el carácter del huésped inesperado que se manifestó en el curso de otra sesión, el 10 de agosto de 1923. También primitivo y velloso, aquel ser desconocido dio en seguida prueba de su fuerza hercúlea volcando un diván, tras lo cual levantó algunas sillas en las que estaban sentadas señoras. Para poner fin a su furia exhibicionista, fue necesario interrumpir el peligroso curso tomado por los sueños del médium despertándolo.

La indagación sobre la naturaleza intrínseca de estas extemporáneas creaciones del psiquismo inconsciente del médium se presenta, cuando menos, problemática. Pueden admitirse, hasta cierto punto, las sugerencias clásicas de Flournoy, quien tiende a presentárnoslas como el producto de un desdoblamiento de la personalidad misma del médium, y, por tanto, como «personalidades secundarias» latentes extraídas de su conciencia[12], pero no parece que pueda proyectarse luz suficiente sobre el misterio, sin tener en cuenta otras contribuciones de estudio que ponen en primer plano otros dos elementos muy importantes; en primer lugar, la «aportación que tales efímeras entidades reciben de todos los participantes en la sesión», hasta el punto de resultar una creación de carácter colectivo; y, en segundo lugar, la «autonomía» de que parecen gozar dichas entidades.

El misterio crucial parece ser precisamente éste: cómo estas criaturas del sueño (o sea, dependientes, al menos según nuestros esquemas mentales, de una actividad psíquica extraña a aquéllos) consiguen vivir con una vida propia y autónoma, en el ámbito mismo del sueño que las ha creado[13]. Los hechos nos colocan ante este arduo y fascinante problema, y nos obligan, asimismo, a sobrepasar las interesantes teorías de Flournoy para dirigir nuestra atención desde el psiquismo individual al colectivo, y desde el plano puramente psíquico al psicofísico, dado que estos fantasmas tienen una corporeidad, aunque sea transitoria.

Aquí viene en nuestro auxilio la fecunda teoría polipsíquica de Mackenzie, que sostiene que en el curso de las sesiones se forma una «personalidad mediúmnica esencialmente nueva» (*opus citado*, pág. 288), resultante del concurso y de la fusión de elementos no sólo psíquicos, sino también potencialmente físicos, que serían puestos inconscientemente a disposición de los participantes, y ello, por un proceso de disociación psicofísica sufrido por cada uno de estos últimos, en virtud de la

acción catalizadora del médium. Todo esto sucedería en el curso de un verdadero «trabajo de alumbramiento» reflejado exteriormente por los esfuerzos y los sufrimientos que el médium en trance manifiesta durante la larga fase de espera que suele preceder a la manifestación de los fenómenos[14].

A esta personalidad nueva y distinta se agregan —organizadas en un plano superior unitario— capacidades normales y paranormales alcanzadas por los individuos, y a las que se deben, según Mackenzie, las sorprendentes realizaciones descritas por ciertas crónicas mediúmnicas. La entidad (o, mejor, «superentidad») en cuestión está dotada de una autonomía propia y, también, de cierta tendencia a durar[15]. Por el hecho de que la entidad refleja actitudes y capacidades de los individuos, sus posibilidades pueden resultar —y, de hecho, algunas veces resultan — muy superiores a las de los asistentes. Y ello, según Mackenzie, en virtud de una ley biológica de carácter general que concierne a las capacidades «supranormales» demostradas por todo organismo colectivo respecto a las capacidades propias de los individuos.

Los contables del misterio

La producción de los fantasmas en sesión es uno de los fenómenos más raros y sorprendentes del vasto horizonte paranormal. En consecuencia, también es aquel al cual apuntan mayormente las dudas e incertidumbres de muchos investigadores. Los últimos grandes médiums de efectos teleplásticos de los que se ha tenido noticia segura (aparte de *don Luisito*, de quien nos habla Tibón) son Rudi Schneider, acerca de cuyas producciones de fantasmas tenemos, entre otros, un interesantísimo testimonio de Thomas Mann[16]; y Einer Nielsen, a cuyas sorprendentes actuaciones ha asistido en más de una ocasión Gastone de Boni[17].

Como sucede para otros fenómenos paranormales que, en su conjunto, parecen seguir la característica andadura de los tiempos, en cuanto a creencias, costumbres y esperanzas más o menos inconscientes, también la producción experimental de los fantasmas, luego de haber conocido los fastos del siglo pasado —facilitados por los entusiasmos y los fervores de la época—, está ahora condenada a volver atrás o a extinguirse, en razón del escepticismo implacable que hoy se manifiesta incluso en algunos sectores de la investigación parapsicológica.

Demasiadas cruzadas se predican contra la credulidad desatinada y superficial, las cuales, en realidad, esconden el ansia secreta de quien no quiere rendirse a las verdades desagradables[18], y el fácil pretexto viene constituido por los fraudes verdaderos y presuntos verificados de tiempo en tiempo. ¡Alabemos a los

demoledores a condición de que demuestren, también, saber construir! Pero estos contables del misterio, prontos siempre a anotar escrupulosamente cada partida a descrédito, olvidan de buen grado los testimonios seguros e indudables. Bien está que Trevor Hall desempolve los seniles amores de Sir William Crookes con la médium Florencia Cook, y que nos hable de los chantajes por causa de los cuales el ilustre anciano habría sido inducido a convertirse en cómplice de los fraudes de la médium, a propósito de las tan discutidas sesiones en las que —ya fuera verdad o mentira— aparecía el fantasma de Katie King.

Todo esto es muy interesante, pero el verdadero problema es otro. Más aún que el saber cuántas veces haya trampeado Florencia Cook, sería importante determinar —aparte de toda generalización arbitraria— si esa médium no ha producido acaso materializaciones «al menos alguna vez». Y lo mismo puede decirse a propósito de Eusapia Palladino, de Guzik y de todos los grandes médiums acusados de fraude, los cuales, es cierto, lo cometieron, pero también han producido fenómenos auténticos, como ha sido verificado autorizadamente por Tocquet, Mackenzie y otros ilustres estudiosos que, tal vez, constituyen los últimos testigos objetivos de una época pasada.

Errores y debilidades pertenecen al orden humano de cosas; así, pues, no hay por qué asombrarse si, incluso, un ilustre científico como Charles Richet se haya dejado engañar por una médium. Sin embargo, ha habido simples investigadores (entre otros, Osty y Geley) que han sabido sorprender con las manos en la masa a los falsarios, y precisamente debemos a ellos la verificación de interesantísimos fenómenos de la naturaleza de los aquí descritos. Pues bien, ¡bastaría un solo hecho auténtico, entre tantos otros, para poner en entredicho todo un sistema de presuntas certidumbres científicas! Acaso los tiempos aún no están maduros, pero cuando la evolución del pensamiento científico haya superado las rémoras actuales, es muy probable que los hechos sobre los que hoy pende la acusación de «inexistencia» serán, al fin, rehabilitados. Y, entonces, puede tenerse la certeza de que nadie recordará el nombre de los contables del misterio, en tanto que no serán olvidados los hombres esforzados que, aunque sea entre incertidumbres y errores humanísimos —«y sin preocuparse de razones de prestigio»—, abrieron el camino al conocimiento de leyes naturales desconocidas y de grandioso alcance: los Myers, Geley, Osty, Richet, Crookes, Crawford y tantos otros.

NOTAS — Capítulo XIV

(1) V. nota 3 al capítulo X.

(2) Tan grande era su autoridad en aquellos dos campos, que se recurría a él para consultas, incluso del extranjero. Lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que la voz *Illusionismo*, en la Enciclopedia Treccani (italiana) ha sido redactada por él.

(3) VICTOR HUGO, en *Contemplation suprème*, dice que la ciencia comete auténticas iniquidades cuando “niega justicia a los hechos”. En el caso de los fenómenos de materialización, la “iniquidad” es aún más grave no en razón de su aspecto maravilloso, sino en cuanto que su aceptación —como dice el gran fisiólogo Charles Richet— “cambiaría de arriba abajo nuestras ideas sobre la naturaleza y sobre la vida”.

(4) CLAPARÈDE, *Théorie biologique du sommeil*, Ginebra, 1905.

(5) TH. FLOURNOY, *Nouvelles observations sur un cas de sonnambulisme avec glossolalie*, Ginebra, 1902.

(6) Este pernicioso equívoco determina, en efecto, que tenga mucho peso en el juicio de algunos acerca de la real consistencia de ciertos hechos paranormales, la presunta componente que su actitud podría tener en pro o en contra de la tesis de la supervivencia. Muchas polémicas sostenidas nominalmente “por los superiores intereses de la ciencia” esconden, en realidad, una posición instintiva de aceptación o de repudio de esos hechos en función de tales convicciones aprioristas, lo que contribuye a enturbiar aún más las aguas ya procelosas de la investigación psíquica.

(7) EMILIO SERVADIO, *La ricerca psichica*, Roma, 1946, pp. 107-108.

(8) Richet, que fue el primero en utilizar el término “ectoplasma” para designar dicha sustancia, admite que, en la mayoría de los casos, aquélla parece proceder del cuerpo del médium. Una teoría más precisa en tal sentido se debe a la señora J. A. BISSON, autora de *Les phénomènes dits de matérialisation*, París, 1914. El profesor W. J. CRAWFORD, mediante una serie de experiencias realizadas con la médium Goligher, afirma haber establecido que el peso del médium disminuye en cantidad exactamente proporcional al de la sustancia “emitida”. Tales experiencias parecieron, en aquel tiempo, bastante probatorias. Imprecisas y discutibles parecen hoy las tentativas de varios autores para definir el ectoplasma, tanto mas cuanto que éste pasaría a través de diversas fases evolutivas: desde que es, sin más, invisible a otras sucesivas en que iría asumiendo una consistencia semifluida y, luego, ya sólida, con aspectos y propiedades que, desde el punto de vista histológico y químico, habrían sido considerados similares a las del protoplasma. En definitiva, se trataría de un *aliquid medium* entre el mundo psíquico y el físico; de una “sustancia bisagra” que parecería dar razón a algunas ideas de Myers sobre la génesis de los fantasmas en general, y que encontraría eco incluso en las conocidas concepciones orientales contrarias a nuestro tradicional dualismo mente-cuerpo. Según corrientes más modernas de pensamiento, que en Italia son interpretadas por el profesor DISERTORI (cfr. el ya citado *Trattato delle nevros*i y el *De anima*), la formación de los fantasmas y, por tanto, también del ectoplasma, podría atribuirse, como otros fenómenos físicos de carácter paranormal, a la acción de un psiquismo inconsciente capaz de seleccionar las probabilidades de los acontecimientos microfisicos (al nivel de las partículas subsubatómicas), y ello, de conformidad con un principio teológico mucho más general que, a su vez, se enlaza con las teorías de los vitalistas (Hans Driesch).

(9) Cfr. el artículo *Apparizioni-Allucinazioni-Visioni*, del doctor NICOLA BRUNORI, en *Metapsichica*, enero-marzo de 1956. P. 6: “El diencéfalo, a continuación del estado disociativo por el que viene a faltar el rígido control cortical, queda en libertad más o menos completa. Esta libertad hace, en efecto, que adquiera el poder creativo que le es propio, y así pueda producir una imagen en forma concreta y acaso visible y sonora.”

(10) G. GELEY, *L’ectoplasmie et la clairvoyance*, París, 1924. Según Geley, la ideoplastia mediúmnica sólo sería un caso particular de una facultad más general (propia del yo inconsciente y trascendente) de manifestarse según transitorios modelos corpóreos, uno de los cuales sería el organismo ordinario. (De ahí la original expresión de “ectoplasma duradero” para definir al hombre.)

(11) A propósito de Guzik, el profesor TOCQUET en *Les pouvoirs secrets de l’homme* (ya citado) escribe en la página 446: “Como la mayor parte de los médiums auténticos, Guzik recurría a trucos (de manera muy grosera,

por otra parte) cuando se hallaba en malas disposiciones psicofisiológicas, o cuando un ambiente desfavorable anulaba sus facultades...” Y añade: “Sin embargo, no es menos cierto que Guzik fue un auténtico y poderoso médium de efectos telecinéticos y ectoplásmicos.”

(12) El autor opina que, la personalidad puede desdoblarse según líneas de fractura predeterminadas, como sucede en ciertos cristales (tales observaciones fueron dictadas por el caso particular de la médium Helen Smith, a quien ya hemos tenido ocasión de referirnos). Muchos son los estudiosos que sostienen que las entidades que se manifiestan en una sesión no son más que “síntomas neuróticos” o “sueños objetivados” de los médiums (cfr., p. ej. el art. de TENHAEFF en *Tijdschrifi voor Parapsychologie*, fasc. 2 y 3, 1957).

(13) Como ya se ha apuntado en el capítulo I, hay quien plantea un problema análogo también respecto a nuestra vida ordinaria. Según la filosofía hindú, toda la Creación no sería más que una sucesión de “sueños de Brahma”, motivo por el que los hombres, como todos los demás seres vivos, serían criaturas efímeras y supuestamente autónomas engendradas por un sueño divino.

(14) Ideas no muy distintas las encontramos en WALTHELY CARRINGTON *(op. cit.)*, quien escribe: “Como las fuerzas disociativas, o su equivalente, actuando en la llamada mente individual pueden conducir a la formación de complejos movimientos de subpersonalidades, así las fuerzas asociativas entre las mentes (...) llevan, probablemente, a la formación de vastas síntesis o supermentes.” (P. 264.)

(15) Es el caso, por ejemplo, de la entidad *Stasia*, de la que se hablará en otro capítulo, que se manifestó muchísimas veces en el curso de varios años. La literatura sobre la mediumnidad es rica en referencias a entidades más o menos enigmáticas que se manifiestan en el curso de ciclos más o menos largos, a veces más allá de un restringido círculo mediúmnico, como es, en la actualidad, el caso del *doctor Bartoli*, entidad bien conocida en ambientes romanos que se dedican a este tipo de prácticas.

(16) Semejante testimonio resulta de una carta de THOMAS MANN a ALEXANDER IMICH, que lo refiere en *Tomorrow*, n.º 3, primavera de 1953.

(17) Véase GASTONE DE BONI, *op. cit*., p 100 y ss. El autor da el informe de dos interesantes sesiones mediúmnicas que tuvo ocasión de presenciar en 1948 en Londres, y en 1951 en Estocolmo.

(18) Escribe EMILIO SERVADIO en *Planète*, 23, p. 165: “Si es cierto que muchos no están lo bastante defendidos contra la aspiración inconsciente de lo maravilloso y lo oculto, no es menos verdadero que demasiada gente se pone en guardia contra lo que no es racional o no entra de manera clara en los esquemas preestablecidos de pensamiento.”

CAPÍTULO XV
LAS CRIATURAS VIVAS DE LA MENTE

Es difícil determinar por dónde discurre la línea fronteriza que debería separar la imaginación de lo que se cree sea la realidad. ¿Acaso no existe?

WELLESLEY TUDOR POLE.

La importancia de creer en las hadas

La Navidad de 1920 llevó a los ingleses un regalo agradable: las hadas. Por supuesto, no se lo llevó a todos, sino tan sólo a las personas inclinadas a cierto tipo de fantasías que psiquiatras y psicoanalistas juzgarían con mucha severidad. El regalo lo llevó un artículo aparecido en el número especial navideño del *Strand Magazine*, artículo importante que se cree iba firmado por dos autores, y que uno de éstos era Sir Arthur Conan Doyle, el idolatrado creador de Sherlock Holmes. El título, que ocupaba varias columnas, advertía: *Un acontecimiento que inaugura una nueva Era: han sido fotografiadas las hadas*. Se explicaba el caso de dos jovencitas de Cottingley —un pueblecito rural del Yorkshire— que aseguraban ver habitualmente a las hadas, y haberlas fotografiado en cinco ocasiones distintas.

Las fotografías en cuestión —cuya autenticidad parecía haber sido avalada por un técnico de la «Kodak»— mostraban a ciertos pequeños seres femeninos y alados que aparecían, sin más, minúsculos junto a una u otra de las dos muchachas. En una de las fotos figuraba también un hombrecillo decididamente desgarbado y grotesco: un gnomo. Una de las dos muchachas —Elsie Wright— había jugado desde niña con gnomos y hadas, en los prados y bosques de Cottingley, pero había comprendido muy pronto que era la única en verlos (según su narración). Sólo tras la llegada de una coterránea suya de Australia —Francis Griffith—, las hadas se habían dejado ver de ésta, y de aquí la iniciativa de fotografiarlas.

El aspecto insólito de la aventura era que los dos autores del artículo no habían adoptado las acostumbradas cautelas propias de ciertos publicistas que son muy hábiles en utilizar todos los aspectos sensacionales y hasta increíbles de una noticia, si bien teniendo cuidado de hacer comprender, aunque sea entre líneas, que no pueden avalarla por completo. El parecer explícito de Sir Arthur y del otro autor era que las hadas existían de verdad, que ambas muchachas podían verlas en virtud

de su clarividencia o segunda visión, y que una de las dos jovencitas —Griffith— estaba dotada, además, de mediumnidad de efectos físicos, hasta el punto de poder conferir a las etéreas criaturas aquel cierto grado de materialización necesario para impresionar las placas fotográficas[1].

Además de tener más eco de lo que sus mismos autores hubieran podido prever, el artículo dividió la opinión pública inglesa en dos grupos: el de los «inocentistas», dispuestos a jurar la autenticidad de los hechos e, incluso, de las fotografías, y el otro —el de los «culpabilistas»—, plenamente convencidos de lo contrario. Aludes de cartas se precipitaron sobre las mesas de los redactores de los periódicos más difundidos, escritas por lectores que tomaban posición en favor de una u otra de las dos tesis preferidas. Y no fueron pocas las de quienes escribían para atestiguar haber visto, a su vez —en muchas ocasiones—, a las hadas. Una nueva savia acudió, pues, a vigorizar las antiguas pero inmortales leyendas acerca de sílfides, ondinas, elfos, genios, gnomos y tantos otros seres míticos que han sido creados por la insaciable sed de soñar que ha padecido siempre la Humanidad.

Las consecuencias editoriales y periódicas de la «venida de las hadas» fueron notables. Aparte el trabajo de los reporteros, que en seguida se lanzaron en pos de las huellas de las dos muchachas de Cottingley, muy pronto aparecieron los primeros libros que se ocupaban de manera orgánica de hadas y de otros llamados «espíritus elementales». Los primeros fueron publicados por el mismo Conan Doyle, que, en el intervalo, había recogido nuevos «documentos». Luego, siguieron, en tiempos diversos, los de Edward L. Gardner, del doctor Geoffrey Hodson y del teósofo doctor C. W. Leadbeater, a quien se debe una verdadera doctrina sobre los *devas* («seres resplandecientes»), que representarían una especie viviente destinada a evolucionar de manera paralela a la nuestra. Según la opinión de ocultistas y teósofos, reflejada, por ejemplo, por E. L. Gardner, los *devas* estarían dotados de «sutiles cuerpos etéricos» y vivirían «en una atmósfera en la que los pensamientos y los sentimientos son fuerzas de verdad».

He aquí cómo se organizan los sueños y comienzan a vivir con vida propia. Opiniones no discrepantes las encontramos expresadas por ocultistas de otros países: el alemán Rudolf Schwarz, por ejemplo, y la francesa Anne Osmont[2]. Según Schwarz, en el mundo ultrasensible «existen, en verdad, las hadas, los gnomos, los dragones, los demonios y todos los demás seres de los que se habla en las leyendas y en las fábulas». Osmont, conocida ocultista desaparecida hace poco, se atiene a la definición más común de «espíritus elementales», y nos los presenta, un poco vagamente, como «fuerzas presumiblemente conscientes, que presiden las varias manifestaciones de los elementos naturales». Dado su carácter caprichoso e imprevisible, considera su deber poner en guardia al lector: «Tened cuidado: o los

dumináis y los sometéis desde el primer momento, o estaréis sometidos a ellos.» Y la autora, naturalmente, presenta todo el aspecto de quien ha conseguido dominarlos a la perfección.

Un niño en el «Reino del Topo»

Un insigne estudioso de la historia de las religiones, George Foot-Moore, incluiría todo esto en el ámbito de las «actividades personificadoras del yo», que caracterizan los primeros pasos del hombre en sus relaciones con la Naturaleza[3]. Los cultivadores de la psicología profunda hablarían con razón de «proyecciones mentales»[4], pero no sabemos hasta qué punto tal definición puede adecuarse también a las «proyecciones colectivas» y a los interesantes fenómenos que pueden derivarse de ellas. Se trata, en sustancia, de los sueños de la Humanidad. Y, de hecho, como tales los considera Mackenzie cuando escribe: «Cuando la Humanidad sueña, fabrica sus mitos, sus leyendas, sus fábulas...» Así, pues, no cabe sorprenderse si alguno de esos sueños aflora de vez en cuando también a nivel individual, acaso por medio de aquel océano psíquico que a todos nos vincula, y no sólo a través del espacio, sino también del tiempo. El secreto de las mentes mediúmnicas es, precisamente, el de poder sumergirse en ese océano, del cual extraen elementos para evocar aunque sólo sean los sueños antiguos de otras mentes, que forman parte también de «cierta realidad».

Quedan preguntas destinadas, por desgracia, a permanecer sin respuesta segura, pero que, al menos, sirven para trazar un camino hacia el cual puede dirigirse el pensamiento. ¿De dónde procedían los «niños» de Garrett? Acaso del mismo universo psíquico al que pertenecían las hadas de Elsie Wright y de Francis Griffith. Ese universo debe de ser también la región misteriosa en la que el médium polaco Franek Kluski se pasaba, de niño, horas y horas de sus jornadas escasamente movidas. Permanecía —cuenta él mismo— silencioso y quieto en un rincón, las más de las veces tumbado de espaldas, y pasaba su tiempo soñando. Por la noche, cuando la luz del día se desvanecía, por fin se despabilaba. Entonces, acercaba dos sillas entre sí, las cubría con un gran mantón y se agazapaba debajo. Si le preguntaban qué estaba haciendo, respondía de forma invariable: «Estoy en el reino del Topo.»

No resultaba claro, para los padres del muchacho, qué era el «Reino del Topo», pero los amiguitos estaban muy bien informados a tal respecto, y ardían en deseos de poder entrar también ellos. Una vez, en ausencia de los dueños de la casa, fueron satisfechos. Franek los reunió a todos bajo el improvisado toldo, y allí permanecieron quietos aguardando, apretándose uno contra otro. También había

una muchachita apenas un poco mayor, la niñera de una hermanita pequeña de Franek. Y, entonces, al fin, oyeron y vieron las magias del Topo. Anunciados por los injustificados chasquidos de una vasija de cerámica, y por el inesperado sonido de un relojito de péndulo estropeado desde tiempo atrás, se oyeron con claridad los pasos amortiguados del Topo, que entraba. Pero, por desdicha, se escondía en una nubecilla azulada. Eran, está claro, los primeros pasos inconscientes de Franek Kluski en el arte de objetivar sus propios sueños, por los que después llegaría a ser famoso.

En un momento dado —y esta vez, tal vez, la circunstancia más digna de atención —, en la penumbra de la tienda se hicieron visibles de improviso dos pequeños intrusos a quienes nadie esperaba: un niño y una niña muertos desde hacía tiempo, y bien conocidos de todos los presentes. Puesto que Franek había explicado ya a sus amiguitos que los niños muertos frecuentan habitualmente el «Reino del Topo», aquéllos no se asustaron[5]. Y aquí aparece claro, pensamos, que la segura intuición del jovencísimo médium había descubierto por sí solo la existencia de una dimensión del Universo generalmente desconocida para los adultos, donde se hallan no sólo las huellas de todo cuanto ha existido, sino «también de aquello que se ha soñado»: la Dimensión del Sueño.

No nos irritemos por las etiquetas insólitas, porque no son ellas las que cuentan, sino la realidad que se esconde detrás y que cada cual trata de expresar según sus propios puntos de vista. Indudablemente, hay denominaciones más tradicionales, otras más doctas y algunas más elegantes. Lo importante es convenir en que tras las diversas aproximaciones verbales se esconde una intuición fundamental y rica en referencias concretas. «Existe un mundo invisible y desconocido —el verdadero mundo, sin duda— del que el nuestro no es más que una franja accesoria…», escribe, por ejemplo, Jean Cocteau[6]. Charles Richet, como científico que era, prefirió hablar de «criptocosmos». Los ocultistas se refieren a menudo a un «mundo astral», «… este mundo de las cosas reflejas donde irían a reproducirse todos los objetos, los seres, las acciones y los pensamientos de nuestro Universo», como escribe Hutin[7], quien, a continuación, nos informa acerca de las facultades que ciertos sujetos tendrían de volver momentáneamente visibles los «clisés astrales» allí existentes.

No puede olvidarse un concepto querido a los cultivadores de la tradición: el de *Akâça*. Según Evola, sería una especie de «éter vital» que tiende a confundirse con la idea misma del espacio, pero de un espacio «vivo» y, asimismo, «saturado de toda especie de cualidades e intensidades». Se trata de una «mística sustancia-energía que todo lo envuelve, más inmaterial que material, más psíquica que física, a menudo concebida como “luz”, distribuida según saturaciones varias en las distintas regiones, de tal manera que cada una de éstas parece poseer virtudes

propias y participar esencialmente en las potencias místicas que residen en ese éter[8].» Afín a este último sería una abstracción concebida por muchos pueblos primitivos: el *Mana*[9].

Al parecer, no se está muy lejos del *continuum de conciencia cósmica* de William James (v. capítulo II), ni de las otras denominaciones más modernas como «Universo psíquico» o «Plano psi», acerca de cuyas respectivas diversidades se puede, por supuesto, sutilizar a placer (a menos que se prefiera la más constructiva investigación de las convergencias). En todo caso, el destino de los conceptos que escapan al sentido común es el de ser inevitablemente traicionados por las palabras por las que son representados, y entonces, lo mismo da contentarse con un símbolo modesto, pero poético, como el de «Reino del Topo».

Allá donde los sueños viven

En este universo se esconden las criaturas de nuestro pensamiento, y éstas poseen una realidad propia que puede interferirse con la ordinaria; entonces es cuando son localizadas por esos observadores telescópicos que son los clarividentes. Según el parapsicólogo inglés G. W. Lambert, todo sensitivo disfruta de dos campos distintos de visión: el inferior o normal, que permite orientarse en el ámbito de la realidad ordinaria; y el alucinatorio o espectral, cuyos objetos obedecen a las leyes del sueño[10]. En apoyo de semejante teoría cita el caso famoso de Swedenborg, el vidente peripatético capaz de pasear durante horas sin fatigarse, con la mente fija en el firmamento de sus visiones interiores.

Existe, sin embargo, una diferencia sustancial entre el firmamento de los astrónomos y el metapsíquico de los clarividentes, por cuanto el uno sólo contiene los objetos del universo sensible y el otro, en cambio, junto a las huellas de situaciones que fueron reales en el sentido ordinario, esconde también el fruto de las creaciones psíquicas individuales y colectivas. De ahí, en efecto, que Franek Kluski pescó de niño al Topo, y de adulto, al *Pitecántropo*; y de ahí procedían las hadas y los gnomos de las muchachas de Cottingley. Esta afirmación desilusionará, sin duda, a cuantos siguen creyendo hoy —como el mariscal del Aire, Dowding— en la existencia de las hadas[11], pero pueden consolarse con la certidumbre de que la inexistencia en el plano de la realidad ordinaria no perjudica en absoluto la existencia efectiva en un plano distinto de la realidad.

Un aspecto interesante de la cuestión es que los objetos materiales, del mismo modo que pueden actuar de guías hacia las visiones del pasado (v. capítulo III), pueden también conducir a una mente clarividente hacia las criaturas de los sueños.

¿Qué hay más irreal que una casa habitada sólo por muñecas? Una soberbia escalinata de mármol conduce a los pisos superiores. Pequeños automóviles resplandecientes están aparcados frente a la fachada, mientras que otros van y vienen continuamente. En el primer piso, una jaula de oro macizo encierra vivaces y pequeños canarios que brincan y gorjean alegremente, despreocupados por hallarse prisioneros. Todo esto era el fruto de fantasías nutridas largamente por una niña aquejada de tifus, una enfermedad que provoca fiebres elevadas y puede, asimismo, producir el delirio.

Como era costumbre en aquel tiempo, a la niña se le cortó el cabello, por miedo a que la enfermedad se lo hiciera caer, pero algún mechón se conservó y terminó en las manos de un experimentador y estudioso competente con quien ya hemos trabado conocimiento: el doctor Pagenstecher. Cuando éste entregó el mechón en cuestión a su médium «psicómetra» inmersa en el trance (María Reyes de Z.), ésta, que ignoraba la procedencia, vio simbólicamente una cabecita infantil que encerraba la «secuencia cinematográfica» acerca de la casa de muñecas, y la describió con minucia en los términos ya consignados. Sólo avanzado el experimento, la médium comprendió que debía de tratarse de su niña, Leonora, a la que, durante la enfermedad, le había sido prometida, precisamente, como regalo, una «casa de muñecas».

Otra curiosa capacidad de María Reyes era la de controlar las imágenes presentes en la mente del doctor Pagenstecher, que no sólo era el estudioso y el director de los experimentos a los que ella se prestaba, sino también su médico de cabecera. «Puedo captar, además, en su cerebro, las figuras luminosas de las personas a las que se dirige, en un momento dado, su pensamiento, y también las de otras en las que ha pensado intensamente antes, como si en su cabeza tuviera una especie de galería de cuadros de las personas que mayormente le interesan.» Nos hallamos, como se ve, en el plano de los «contactos intermentales», de los que nos hemos ocupado en el capítulo VI, sólo que aquí parecen perfilarse desde un punto de vista nuevo que sugiere algo más. Conviene, pues, considerar algún otro caso.

Una vez, un conocido novelista que se encontraba fuera de su país consultó a un sensitivo y le entregó, como objeto inductor, su propio reloj. Creyendo que hablaba del autor, en realidad describió al personaje de una novela que el otro había escrito, y lo hizo con una precisión de detalles digna de ser resaltada. Según el profesor Tenhaeff, que ha referido el episodio[12], aquél era el personaje con el que el escritor estaba más identificado. Lo que no dice, y es pura suposición nuestra, es que aquel personaje «vivía», como criatura del pensamiento, en el mismo universo que el Topo y que Pinocho; era uno de esos «clisés mentales» a los que se deben, al decir de Osty, muchos errores de los clarividentes.

Si a propósito de tales criaturas del pensamiento se pudiera utilizar (que no se puede) el lenguaje del sentido común, en el que es indispensable dar una referencia espacial a las cosas, podría decirse que cada uno de nosotros lleva consigo sus propios sueños, los cuales acaso viven más tiempo que sus mismos autores. Y he aquí otro caso interesante referido por Tenhaeff. Una sensitiva —una tal señora M. — dice repetidas veces a la señora S. que «ve» junto a ésta la «figura astral» de un alto oficial de Marina vistiendo uniforme de otro tiempo. Comenta el estudioso: «El hecho es que la señora S. cree de veras, "pero equivocadamente", que es la descendiente directa de un héroe del mar bien conocido en la Historia holandesa y, como es natural, está muy orgullosa de ello.» Hay —evidentemente— un plano en el que la realidad fundamental es la del sueño, una realidad que no es del todo subjetiva si alguien (aunque sea un clarividente) tiene manera de controlarla desde el exterior.

Los acompañantes indeseados

Contentémonos, por ahora, con definir como «inmateriales» a esas criaturas del pensamiento. Es difícil decir cuánta parte corresponde al yo consciente en su producción, pero puede imaginarse con facilidad cuánta parte tiene en el asunto el yo profundo y secreto, con sus mecanismos dinámicos poderosos, aunque muy poco conocidos. ¿Qué le sucede a quien es presa de remordimientos antiguos, por haber traicionado convicciones morales o religiosas? Los remordimientos son compañeros indeseables y, como tales, son rechazados por la conciencia, pero viven en lo profundo y pueden tener consecuencias muy extrañas. Una vez, en ocasión de un baile de disfraces, la médium Violet Tweedale danzó un vals con un tal príncipe Walori, conocido por sus riquezas y por sus costumbres libertinas. A los ojos de todos, era un hombre hermoso y elegante; a los ojos de Violet, por el contrario, tenía una particularidad, por lo menos rara: era seguido, paso a paso, por un curioso criado de estatura alta y delgado, que procedía con un insólito caminar escurridizo. Este criado tenía el rostro mefistofélico y las orejas puntiagudas... «¿Es posible —se pregunta la médium— que pueda uno disfrazarse tan bien de sátiro?»

Cuando Violet se atrevió a preguntarle a su pareja a propósito de su acompañante, vio al príncipe palidecer y cambiar de expresión. «Si usted lo ve también, quiere decir que posee dotes clarividentes —respondió. Y añadió—: Jamás he conseguido librarme de él, por desgracia, pero por fortuna son pocos quienes lo ven.» Según Violet Tweedale, el príncipe Walori no era el único que disfrutaba de acompañantes indeseados de aquella especie; en sus mismas condiciones se encontraba cierto general, más bien anciano y muy conocido, quien, por otra parte,

a diferencia del príncipe, tomaba la situación con filosofía, y hasta le hacía objeto de bromas.

Según la opinión corriente, episodios como éste no pueden tomarse en serio, y, en efecto, no faltan, en verdad, los pretextos para refutarlos. Pero, tras haberlos refutado, caemos inevitablemente en otros de contenido análogo y ambientados de otra manera, los cuales nos revelan, simplemente, que los viejos sueños de la Humanidad se resisten a morir. Hace milenios que la Humanidad sueña de manera incansable según arquetipos más o menos tradicionales, «y sus sueños, ya sean individuales o a nivel colectivo, tienen consecuencias que no son siempre y sólo de naturaleza psicológica» (tal es la comprobación relativamente nueva). Uno de los arquetipos más antiguos es el diabólico, que procede del fondo de las Eras y que parece corresponder a una polaridad negativa y latente de la naturaleza humana; una polaridad que, en términos simbólicos, puede ser definida como «tenebrosa» porque es antitética de la polaridad opuesta que apunta al simbolismo de la luz.

Incluso cuando se habla de tales cosas en los conocidos términos psiquiátricos y psicoanalíticos, nuestra cultura occidental no tiene que hacer una excepción. Por el contrario, estaría dispuesta a rebelarse si alguien aventurase la hipótesis de que los demonios —«aun como proyecciones mentales»— pueden materializarse también como el Topo y como el *Pitecántropo* de Franek Kluski. El hombre moderno, en suma, no puede permitir que la Naturaleza se niegue a adecuarse a los esquemas racionalistas y cientifistas predispuestos por él, esquemas que prevén, como es sabido, que se busquen las causas de los fenómenos psíquicos en el Universo físico, pero excluyen que pueda hacerse lo contrario. De ahí la resistencia casi invencible a aceptar toda una serie de fenómenos que consisten, por el contrario, en efectos físicos originados por causas psíquicas.

Son las consecuencias del monismo físico del que la ciencia está embebida aun sin saberlo ella misma, si bien algunos científicos profesan, a titulo privado, el dualismo. Como sabemos, Oriente, en cambio, tiene la ventaja de poseer una visión global e indiferenciada de la realidad psicofísica, en la que los fenómenos de los que hablamos son considerados tan «naturales» como todos los demás. En el Tíbet, por ejemplo, se cree que basta la concentración del pensamiento para hacer «coagular» las imágenes creadas por él, hasta hacer derivar verdaderos fantasmas autónomos: los *tulpa*. Los testimonios más seguros al respecto nos llegan de viajeros y estudiosos que han podido tener una experiencia directa de ello: Amaury de Riencourt y Alexandra David-Neel.

A esta última le resultaba difícil tomarse en serio las consejas sobre *tulpas*, pero cambió de idea cuando un día recibió la visita de un artista tibetano especializado en

pintar ciertas divinidades de aspecto terrible y grotesco, pero eficaces para chocar a la imaginación de la gente simple. Con gran sorpresa por su parte, vio que el hombre era seguido de manera bien discernible —aunque un poquito nebulosa— por una de sus creaciones espantosas. Cuando la mujer tocó la aparición, ésta se desvaneció en seguida. Lo curioso es que el artista ignoraba que llevaba junto a sí a aquella especie de parásito «astral», pero, cuando lo supo, no se sorprendió, y hasta adoptó el aire de encontrar la cosa de lo más natural. Desde hacía tiempo —explicó —, estaba trabajando en un cuadro que representaba aquel personaje, y precisamente aquel día se había dedicado a él mucho rato. Por añadidura (y esto nos parece importante), «le dedicaba un culto asiduo».

Una versión de este género no podía ser creída bajo palabra. En consecuencia, David-Neel quiso comprobarla con los hechos. Según las reglas aprendidas de los maestros tibetanos, la escritora sabía que la fabricación de los *tulpas* está basada en los poderes de la concentración mental; o sea, que puede decirse que son los hijos de la imaginación sostenida por la voluntad, y fijada bastante largamente sobre un único objetivo que debe visualizarse mentalmente. Lo primero que hizo la viajera, pues, fue buscar un modelo que imitar. Lo encontró —cuenta— en la persona de un lama «bajo y corpulento, de aspecto inocente y jovial». Y he aquí la continuación del episodio, que, una vez más, pone en evidencia la tenacidad de esta mujer excepcional: «Al cabo de algunos meses, el buen hombre se había ya formado. Poco a poco, se "fijó", y se convirtió en una especie de comensal. Para aparecerse no aguardaba a que yo pensara en él, incluso se solía mostrar cuando yo tenía la mente ocupada en algo del todo distinto.»

Los prisioneros del sueño

Al principio, todo fue bien. David-Neel estaba atravesando un período de soledad, motivo por el que el hecho de tener un comensal, aunque sea tan improbable como un fantasma, fortalecía su moral. Las dificultades comenzaron cuando la escritora comenzó a aburrirse de su muda presencia y quiso liberarse de ella. Hubiera aniquilado de buen grado a aquella importuna criatura suya, pero ésta se había convertido ya en autónoma y, por añadidura, parecía animada de la firme voluntad de continuar existiendo, aunque fuera de la enigmática manera propia de los fantasmas. En determinado momento —y aquí llegamos al aspecto dramático—, le pareció a David-Neel que el simulacro etérico del lama se había transformado poco a poco, hasta asumir «una expresión vagamente burlona y perversa». Podía tratarse, por supuesto, de un fenómeno puramente psicológico de proyección mental, pero el desarrollo de los acontecimientos permite ponerlo en duda.

Un día, acudió a la tienda de David-Neel un pastor que debía llevarle manteca. También él vio al fantasma y lo confundió con un lama de carne y hueso. ¿Alucinación colectiva? Sí, si aplicamos la hipótesis de Tyrrell, que se halla en contraste con las opiniones prevalecientes. Pero si todo el conjunto de los hechos hasta aquí referidos tiene un significado, nos parece que «nadie puede decir por dónde discurre la línea que divide lo mental de lo físico; dónde terminan las alucinaciones y las proyecciones y dónde comienzan sus representaciones plásticas, objetivas y más o menos materializadas». En este orden de ideas, pueden aventurarse algunas arriesgadas, pero interesantes suposiciones, empezando por aquella según la cual el pensamiento no es, por naturaleza, extraño al mundo de la energía y de la materia, como siempre se ha creído[13]. Acaso sea un atributo fundamental del yo trascendente y secreto el poder dar vida a innumerables criaturas de sueño (una vida *sui géneris*, pero real); y puede suceder, también, que cada idea y cada imagen cultivada lo bastante largamente por el psiquismo individual, y aún más por el colectivo, tienda a convertirse en autónoma y a interferirse con el mundo material, como sucede para los fantasmas creados por los sueños mediúmnicos.

La actividad artística es una de tantas formas en las que se manifiesta esa tendencia. Por suerte para los artistas, muy pocos de entre ellos han experimentado a sus propias expensas hasta qué punto puede extenderse el significado efectivo del término «crear». Las crónicas cuentan el caso de Mika Waltari (el famoso autor de *Sinhué el egipcio*), que fue perseguido durante mucho tiempo, y con consecuencias más bien serias, por Nefernefernefer, un personaje femenino de aquella novela. También la original aventura pirandelliana de *Seis personajes en busca de autor* puede haber tenido algún precedente real, si es cierto cuanto se refiere a Balzac (a quien se habría oído hablar y hasta discutir con algunas de sus «criaturas») y a propósito de otros autores que en muchas ocasiones se muestran contrariados por el comportamiento autónomo y rebelde de los «hijos» de su imaginación: Dickens y Beecher-Stowe, por ejemplo.

Pero es conveniente dejar para una psicología más valiente y, por supuesto, aún por venir, la misión de responder a las grandes preguntas que se dibujan en este orden de consideraciones, o sea, hasta qué punto el arte creativo está subordinado a la capacidad de autoalucinarse, y hasta qué punto el artista está libre respecto de sus visiones creativas. Por el momento, tan sólo estamos autorizados a sospechar que las criaturas nacidas del «rapto artístico» —y de otras formas particulares de colaboración del psiquismo subconsciente con el yo superficial— gozan de una autonomía tal vez superior a la que el intelecto consciente estaría dispuesto a conceder, y que tal autonomía puede tener, en ocasiones, efectos en extremo

insólitos.

Todas las actividades en las que, según Nicola Brunori, se efectúa la particular colaboración entre las zonas corticales del cerebro (parcialmente deprimidas) y las momentáneamente hiperactivas del diencéfalo, son propicias a la formación de alucinaciones que contengan algo objetivo, o sea, comprobable físicamente; por ejemplo, la autohipnosis, el estado de *rêverie*, el trance pequeño[14]. No puede excluirse que también los soñadores incurables que han sido los magos hayan podido, en ocasiones, dar vida ficticia a las formas evocadas por su mente alucinada, como admite Hereward Carrington[15]. La mentalidad, en sustancia, es un fenómeno unitario, aunque las situaciones prácticas en las que se manifiesta puedan parecernos muy distintas.

La evocación mágica, por ejemplo, es una sesión mediúmnica *sui géneris*, y, asimismo, esa situación tan particular que se da cuando muchas personas se reúnen junto al lecho de alguien que se encuentra en la inminencia del fallecimiento. El hecho de que estén unidas por una fuerte carga emotiva favorece las realizaciones prodigiosas del psiquismo mediúmnico de tipo colectivo. En la abundante literatura acerca de las visiones junto al lecho de muerte, pueden, en efecto, destacarse numerosos informes —algunos muy bien documentados— de apariciones objetivas que, tal vez, reflejaban el particularísimo estado de conciencia del moribundo. Como es natural, el hecho de que en la mayoría de los casos el objeto de tales alucinaciones fuera el recuerdo de queridas personas difuntas se ha prestado a interpretaciones y fabulaciones de tipo tradicional, pero se conocen casos de apariciones de contenido muy insólito[16]. Recientemente, una investigación con mentalidad y métodos modernos ha sido emprendida, sobre este tema, por Karlis Osis[17].

Las fotografías del pensamiento

Tratamiento aparte merece una categoría muy poco conocida de fantasmas: los creados por una mente clarividente capaz de proyectar sus visiones precognitivas en un espejo o en un globo de cristal. Espejo y globo se cuentan, en efecto, entre los numerosos soportes de la videncia (v. capítulo VI), y, asimismo, las burbujas de jabón, en las que la famosa vidente de Prevorst buscaba el reflejo de sus visiones proféticas interiores. Se entiende que la creación real de semejantes fantasmas presupone, por parte del sujeto sensitivo, no sólo la posesión de facultades metagnómicas, sino también la posibilidad de realizar plásticamente las propias alucinaciones verídicas.

Un día, el padre Trilles (v. *op. cit*.), cuando aún era misionero entre los pigmeos del África ecuatorial, refirió al hechicero de la tribu que había sido robado. Éste fue a buscar un espejo y dijo al sacerdote: «¿Quieres ver al ladrón? Mira aquí dentro.» «Miré en el espejo, y con gran sorpresa por mi parte vi el rostro de aquel mismo a quien yo suponía el ladrón», escribe el misionero. Testimonios análogos los tenemos de otros viajeros. Como de costumbre, la cuestión opinable es si tales fantasmas son puramente alucinatorios o tienen consistencia objetiva. Parece que el psicoanalista Nandor Fodor no tiene dudas al respecto. En efecto, escribe en su monumental *Encyclopaedia of Psychical Science*: «Se conocen ejemplos en los que las imágenes aparecidas en el cristal resultan mayores si se observan con una lente de aumento[18]. En otras circunstancias, han sido vistas reflejadas en un espejo; en otras, aún, han sido observadas por varias personas al mismo tiempo. Finalmente, se ha llegado incluso a fotografiarlas. Así, pues, en el cristal vibraba algo etérico.»

Aparte ciertos modos de expresarse que parecen reflejar puntos de vista hoy ya superados, la circunstancia en verdad decisiva es la última, o sea, el hecho de que aquellos fantasmas hayan sido fotografiados. ¿Existen o no las fotografías de fantasmas, y, más genéricamente, las de las criaturas nacidas del pensamiento? He aquí un tema candente en torno al cual se ha formado un ambiente que no es el más propicio para el establecimiento de la realidad de hecho. En efecto, se enfrentan, por una parte, la credulidad desarmada, y, por la otra, una seriedad arrogante y pretenciosa que niega *a priori* toda posibilidad de ese tipo. En nombre de esa seriedad ha sido decretada, por ejemplo, la no autenticidad de las fotos de aquellas graciosas criaturitas creadas por la imaginación de Elsie Wright y Francis Griffith[19].

En nombre de esa misma seriedad, hace treinta años, un serio estudioso japonés —el profesor T. Fukurai, de la Universidad imperial de Tokio— perdió su cátedra. La culpa grave que se le imputó fue haber publicado, contra la prohibición expresa de aquel Senado académico, un libro que llevaba el título elocuente de *Clarividencia y fotografía*[20], donde daba cuenta de una larga serie de experiencias «psicofotográficas» realizadas por él con notable rigor metodológico, y gracias a la colaboración de apropiados sensitivos de efectos teleplásticos. Por simple virtud de concentración mental, éstos habían conseguido impresionar en placas fotográficas corrientes las imágenes mentalmente evocadas por ellos. En algunos casos, se había tratado de simples letras del alfabeto, y en otros, de imágenes más complejas, correspondientes a aquellas entidades psíquicas que sólo los clarividentes consiguen ver, por cuanto se hallan situadas «en el campo visual espectral», como diría Lambert.

Una de las más hermosas experiencias de Fukurai fue organizada después de

señalar una presencia espectral en la localidad de Funagata. Según el sensitivo Mita, que la había «visto», se trataba del simulacro de un santón en oración. Realizadas las oportunas pesquisas, pudo determinarse que en aquella localidad se había detenido, en otros tiempos, el santón Kohboh Daishi para efectuar la llamada «oración de los cien días». La brillante idea del estudioso japonés consistió en organizar una especie de reunión pública en aquel mismo lugar y en presencia del clarividente Mita, a quien se rogó que concentrara su pensamiento en la imagen espectral individuada por él. Más que de asamblea, habría que hablar, tal vez, de una sesión mediúmnica o de un rito, desde el momento en que también fueron recitadas oraciones. Al presidente de la asamblea le habían sido confiadas algunas placas fotográficas encerradas en envoltorios sellados.

A continuación, cuando se procedió a revelarlas, una de ellas evidenció la presencia de una «imagen intrusa»: la misma del santón individuada por los ojos clarividentes de Mita. Y pudo determinarse que correspondía al retrato de Kohboh Daishi. Allí estaba —en aquella imagen—, en violación patente del principio de causalidad tan querido de los fisicalistas. ¿Cómo puede, en efecto, el resultado de un proceso fotoquímico ser causado por algo como el pensamiento, que, por definición, está más allá del mundo físico? Se entiende que un caso como éste demuestra muy poco por sí solo, pero se esconden otros extraordinariamente semejantes que se han verificado en tiempos y lugares distintos. En mayo de 1950, al superior general de la orden de los maronitas le fue sometida una curiosa fotografía tomada pocos días antes por un seminarista de aquella orden, en el curso de una excursión colectiva. Los estudiantes habían ido a visitar un viejo monasterio que, desde hace siglos, alberga a los monjes maronitas, y habían obtenido diversas instantáneas con el fondo del venerable edificio.

En una de las fotos, junto al grupo de seminaristas, figuraba la imagen diáfana, pero distinta, de un «intruso» al que ninguno de los presentes había advertido: un viejo monje arrodillado en actitud de plegaria. Según los miembros ancianos de la orden, se trataba de Charbel Makluf, un monje a quien habían conocido personalmente, y que había muerto en olor de santidad en los umbrales de 1900[21]. Como se ve, los dos episodios tienen en común un elemento muy significativo: la actitud de plegaria de los fantasmas fijados por el objetivo. Cabría citar otros análogos, pero no creemos que sea el caso de detenerse más tiempo en el tema[22].

La oración es una de las muchas formas de concentración mental aptas para crear cierto estado particular de conciencia, así que no hay por qué sorprenderse si deja huellas duraderas en aquel firmamento psíquico accesible tan sólo a los clarividentes. Según Eileen Garrett, vidente y médium, el pensamiento «es una fuerza activa producida por la psique del hombre y capaz de alcanzar e influenciar a

otras mentes, como una lámpara de luz que se mueva y viaje a través del espacio». La comparación quedaría, sin embargo, completada con un elemento injustamente olvidado: el tiempo. Como la luz emanada por una estrella —que nunca cesa de irradiar a lo largo de las interminables distancias espaciotemporales—, el pensamiento transmite, en el tiempo también, el mensaje vivo de aquel que lo ha generado, mensaje destinado acaso a durar indefinidamente.

La ciencia es un gran taller

La comparación aparece tanto más adecuada cuanto que, como ya se ha visto, también el pensamiento es, en cierto modo, capaz —como la luz— de influenciar en algunos casos las placas fotográficas, si bien el mecanismo permanece muy oscuro (y es preciso guardarse de las interpretaciones simplistas). El gran argumento al que se recurre para impugnar la validez de los testimonios relativos a las fotografías paranormales es el del truco fotográfico. Según la mentalidad de algunos, el mundo debería estar plagado de gente que pone su ingenio al servicio preeminente de una sola causa: engañar al prójimo. No es que falten ejemplos de esta clase, al contrario. En la época dorada de cierto espiritismo, fotógrafos sin escrúpulos hicieron fáciles negocios a costa de personas infatuadas de ciertas creencias, fabricando fotografías con presuntos personajes «del más allá». Pero constituye una auténtica deformación mental pretender generalizar a toda costa sobre la base de hechos inmorales de carácter marginal, esforzándose en ver siempre y únicamente el engaño.

Notables fotografías paranormales se obtuvieron con el médium y fotógrafo Lindsay Johnson (el cual operaba, afirma Devaux, «con absoluto rigor experimental») y con W. Hope, ante cuyos resultados se inclinó hasta aquel profesional del escepticismo que fue Harry Price. Puede disentirse, por supuesto, de las opiniones que ahora prevalecen, según las cuales esas producciones fotográficas *sui géneris* habrían debido representar una prueba de la supervivencia. En realidad, sólo demostraban la mediumnidad de quien las había obtenido (en el caso de que fueran auténticas). Por otra parte, incluso el truco fotográfico puede ser descubierto por quien tenga experiencia. En el caso de la fotografía con la imagen intrusa de Charbel Makluf, por ejemplo, expertos de Beirut examinaron el negativo y reconocieron que estaba exento de manipulaciones.

En otro caso, del que tuvo que ocuparse el profesor Egidi, describe este científico circunstancias tales, que queda muy poco margen para la duda[23]. Por otra parte, no nos encontramos frente a uno o pocos episodios. Numerosas crónicas, y de procedencia diversa, nos hablan de estos extraños documentos fotográficos en

los que aparece «algo» que no debería haber estado allí. En París, hay una comisión a propósito presidida por Monsieur Lemoine, y compuesta por expertos especializados en diferenciar las fotografías paranormales auténticas de las falsas. Respecto a los trabajos de esa comisión, los parapsicólogos De Cresac y Chevalier, ambos ingenieros, escriben: «Una vez eliminados los casos en los que el supuesto fantasma no resulta, en realidad, sino de la interpretación emotiva y complaciente de alguna alteración casual de la película, "siempre quedan fotos evidentemente enigmáticas".»

Ésta es una actitud honrada, porque concede un lugar a la duda. Lo importante, en materias de este tipo, es que no se presuma de saberlo todo acerca de la naturaleza del hombre y del Universo, que se deje cierto margen al misterio. Escribe Bonaventura Tecchi en un elzevirio que trata de otros asuntos muy diferentes: «No, no todo está claro en esta vida. Están los dogmas del sentimiento y de la fe, pero están también los dogmas de lo que llamamos racionalidad o que se forman en nombre de la razón. Y éstos aún son más tiránicos que aquéllos.»

Sobre todo, añadimos, por el hecho de que los dogmáticos del positivismo están sistemáticamente empeñados en negar la existencia del misterio y su función vital, que consiste en poner en crisis, de tanto en tanto, ciertas presuntas verdades científicas, para obligar a los estudiosos a buscar otras nuevas y más amplias. Sin el estímulo de lo desconocido —del auténtico desconocido—, el saber oficial se transformaría muy pronto en un mausoleo de falsas certezas embalsamadas. Y, por el contrario, la historia del pensamiento científico demuestra que la ciencia es un gran taller en el que se construye continuamente, pero donde, al mismo tiempo, se desmantela todo cuanto ya ha envejecido. No podría construirse sin haber demolido antes[24].

El mérito de construir corresponde, por lo general, a las mentes rebeldes, aquellas que se niegan, a sabiendas, a aceptar como dogmas intangibles ciertas hipótesis científicas clásicas. No se encuentran muchas de esas mentes porque las rebeliones acostumbran a pagarse (y el caso de Fukurai es sólo uno de tantos que demuestran este aserto). En cuanto al peso de las dictaduras académicas, he aquí lo que escribe un profesor de Física, André Faussurier: «Consideramos demasiado a menudo las hipótesis como dogmas. En presencia de una experiencia que nos obligue a revisar una hipótesis, apartamos con demasiada facilidad la mirada, y no es cierto que la causa de ello sea el método científico, sino que se debe al investigador, al hombre, sometido a presunciones y a debilidades típicamente humanas.»[25]

Tal vez no sea un caso aislado el de que las simples experiencias de Fukurai

nunca más hayan sido intentadas por otros, ni siquiera para demostrar que él se hubiera equivocado. Han costado demasiado, y no todos están dispuestos a poner en discusión los dogmas de la razón, ni a desafiar lo que Jung llama el espíritu de los tiempos. «Estad atentos a no jugar con el espíritu de los tiempos —advierte—, porque constituye una religión o, para mejor decir, una confesión o un credo... Tiene, en efecto, la enojosa cualidad de querer pasar como criterio supremo de verdad, y la pretensión de detentar el privilegio del buen sentido.» Es obvio que hay quien prefiere condescender a los pactos.

NOTAS — Capítulo XV

(1) *De Apparizioni delle fate*, de EDWARD L. GARDNER, traducción del inglés de Editr. Libr. Sirio, Trieste.

(2) V. *The Coming of Fairies*, de ARTHUR CONAN DOYLE, Londres, Hodder and Stoughton; *Fairies at work and play* y *Kingdom of Fairies*, del doctor GEOFFREY HODSON, Londres; *Il lato nascosto delle cose*, de C. W. LEADBEATER, trad. del inglés por Editr. Libr. Sirio, Trieste; *Die Geisterwelt ist nicht verschlossen*, de RUDOLF SCHARZ, Preetz, 1949; artículo sobre los espíritus elementales de ANNE OSMONT en *Initiation et Science*, 1949. En particular, se debe al teósofo Leadbeater la singular teoría de la pertenencia de los míticos *devas* a una especie biológica concebida como una forma evolutiva paralela a la humana.

(3) G. FOOT MOORE, *Origine e svilupo della religione*, Bari, 1925.

(4) V. *Trattato di psicanalisi*, de CESARE L. MUSATTI Turín, 1950.

(5) Véase (citado por TOCQUET en *Les pouvoirs secrets de l'homme*) el *Compte rendu des séances faites avec le médium Franek Kluski* hecho por el coronel N. OKOLOWICZ, Varsovia, 1928.

(6) V. el prefacio de JEAN COCTEAU a *Méditations cabbalistiques* de JEAN-RENÉ LEGRAND, París, Omnium Littéraire, 1955.

(7) V. art. *Du nouveau sur le cas du Trianon*, de SERGE HUTIN, en *Revue Métapsychique*, nov.-dic., 1953.

(8) Véase JULIUS EVOLA, *op. cit*., p. 208, y LÉVY-BRUHL, *op. cit*., páginas 91-92.

(9) V. también LÉVY-BRUHL, *ídem* c. s. Para una interesante definición del *mana*, v. *Histoire du spiritualisme expérimental*, de CÉSAR DE VESME.

(10) V. estudio de G. W. LAMBERT en *Journal of the S. P. R*., julio-octubre, 1955.

(11) Según declaraciones hechas hace algunos años por el mariscal del Aire inglés Lord Dowding, en el curso de conferencias pronunciadas por él en Canterbury y en otros lugares, las hadas serían pequeños seres alados y sexuados de 30 cm. de estatura. Asimismo, ha afirmado que también algunos de sus amigos ven a las hadas y conversan con ellas. Se trata, evidentemente, de creencias derivadas de las teorías de los autores citados en las notas 1 y 2, aún muy lejos de extinguirse. Según lo que entiende el autor del presente libro, tan insólitas opiniones tienen seguidores en Italia y en otros países. Creencias relativas a otros seres míticos como gnomos y ondinas sobreviven aún en distritos rurales de Polonia y Bretaña. En Laponia, se cree en la existencia de los *uldra*. Un ejemplo de cómo el psiquismo colectivo puede crear y, en cierto sentido, "animar" entidades imaginarias, lo dan las aventureras crónicas napolitanas relativas a *"o munaciello"* y a *"Enrico o pesce"*, otro célebre fantasma "institucional", del que incluso Benedetto Croce se ha ocupado en un escrito. Hasta ahora, toda manifestación de este tipo ha sido liquidada sumariamente bajo la etiqueta de la superstición. En efecto, se ha ignorado que también las creencias supersticiosas pueden dar vida a personajes capaces de ser, de algún modo, "vivificados" (aunque no sea más que en el sentido de una vida *sui géneris*) por el psiquismo colectivo.

(12) V. artículos varios del profesor TENHAEFF en los núms. 1-5 (1955) de la publicación *Tijdschrift voor Parapsychologie*.

(13) El problema de la "corporeidad del pensamiento" ha sido afrontado con criterio filosófico por LEONE VIVANTE en *Rivista di Filosofia*, núm. 51, 1960 (pp. 162-178). En el aspecto científico, y sólo por lo que se refiere a la contribución que el sistema nervioso puede prestar a las manifestaciones objetivas y plásticas del pensamiento, v. el estudio de BRUNORI citado en la nota 9 al cap. anterior. Referencias a teorías biológicas de carácter general (de Ralph Lillie) y fisicomatemáticas (de Wassermann, de Fantappiè y de otros), en cuyo ámbito dicho problema podría encontrar un apoyo aún más amplio, se darán en un capítulo próximo.

(14) Véase BRUNORI, *op. cit*. Cita a este propósito también a Morselli, según el cual, en algunas alucinaciones puede haber algo de objetivo.

(15) Según HEREWARD CARRINGTON (v. *op. cit*. en la nota 5 al capítulo XIII), la hipótesis de un psiquismo humano capaz de crear formas semimateriales podría explicar "esas apariciones terroríficas e inhumanas que se han contado de tiempo en tiempo: los demonios y otras entidades que se dice son evocados en las ceremonias

mágicas”. Como sabemos, Carrington no extiende tal hipótesis también a la aparición de fantasmas, a las que tiende a atribuir la personalidad misma del difunto. A propósito de arquetipos diabólicos evocados en sesiones mágicas, v. cap. VIII de la *op. cit.* de F. WALDNER, que contiene el informe de una sesión de este tipo que se celebró en tiempos relativamente recientes.

(16) Publicaciones de diversa periodicidad refirieron, en 1955, con detalles muy precisos, la aparición objetiva de un arquetipo diabólico que tuvo lugar en Sinopoli (Reggio Calabria) en el lecho de una moribunda, y en presencia de numerosísimos testigos. Existen informes precisos, asimismo, a propósito de apariciones objetivas de otro tipo, muy distintas de las acostumbradas. BOZZANO, en su obra *Le visioni dei morenti* (Bocca, 1953) refiere, por ejemplo, la materialización de “un busto de mujer de proporciones mayores de lo normal, muy hermoso y con expresión dulcísima, destacándose sobre un fondo de deslumbradora luz solar”. Este caso se remonta a 1936. En otro, que data de 1902, en cambio, se trata de una figurilla femenina también luminosa y no más alta de un metro, que vestía un pelo y se tocaba con una corona. “Permanecía inmóvil como una estatua, en el esplendor de su belleza, con las manos adelantadas.” Su aspecto “era hasta tal punto noble y glorioso, que no hay palabras adecuadas para describirlo.” En ambos casos, se hallaban presentes muchas personas.

(17) El doctor Karlis Osis, director del departamento de investigaciones de la “Parapsychology Foundation”, ha recogido, en dos años de trabajo, los testimonios de médicos y enfermeras sobre algunos millares de casos de alucinaciones y visiones de moribundos. Los datos han sido elaborados con el auxilio de máquinas mecanográficas. Relativamente frecuentes han resultado las alucinaciones que se refieren a fantasmas de parientes muertos que, según las creencias tradicionales, se preocuparían, con su propia presencia, de hacer más llevadero el tránsito. Se trata, casi siempre, de alucinaciones subjetivas.

(18) Binet ha demostrado de manera experimental que también las imágenes alucinatorias subjetivas —como deberían ser las sugeridas a sujetos hipnotizados— parecen obedecer a algunas leyes ópticas de deformación o duplicación, de alejamiento o aproximación y así sucesivamente, cuando se invita al sujeto hipnotizado a mirar a través de un prisma, una lente o unos gemelos rotos. A primera vista, parecería, pues, que el tema de la deformación de la imagen provocada por lentes, que Fodor reclama en favor de su tesis, no fuera probatoria. En efecto, parece que se deba considerar que el fenómeno alucinatorio sea mucho más complejo de cuanto a algunos les parezca.

(19) También JACQUES BERGIER, en *Nuestras facultades desconocidas, op. cit.*, se hace eco de tales opiniones escépticas *a priori*.

(20) *Clairvoyance and photography*, Londres, Rider and Co., 1931.

(21) V. art. de LEIF AARSTAD en *Light*, diciembre de 1957.

(22) Para otros casos de este tipo, v. también el art. de LEO TALAMONTI sobre *I messaggi visivi dal pasato* en *Scienza e Vita*, marzo de 1962.

(23) V. art. *Fotografie paranormali*, de FRANCESCO EGIDI, en *Bollettino della Società Italiana di Parapsicologia*, enero-junio de 1956.

(24) Escribe a este propósito Morselli: “Lo que ayer fue considerado como ciencia, podrá ser rechazado mañana por el pensamiento, y lo que por un tiempo más o menos largo fue rechazado por la ciencia, podrá convertirse, en el futuro, en opinión generalizada, postulado y hasta axioma.” Y Remo Cantoni: “Nuestra ciencia podrá aparecer a una Humanidad futura, y más evolucionada que la nuestra, un saber aún infantil y dogmático.”

(25) V. *Horizonte*, 4, p. 83.

QUINTA PARTE

LA RELACION MAGICA CON EL MUNDO EXTERIOR

CAPÍTULO XVI
LOS OBJETOS QUE EXPRESAN ALGO

Estamos en relación mágica con la Naturaleza. La próxima transformación biológica de la Humanidad creará seres conscientes de esa relación.

JEAN ROSTAND.

Los objetos mensajeros

Luigi Capuana es mucho más conocido como escritor de novelas realistas que como médium. Pero creemos, sin más, a su biógrafo —el ensayista Corrado Di Blasi— cuando nos dice que aquél estaba dotado de mediumnidad, y que se interesaba muchísimo por el espiritismo. En este orden de ideas deberemos juzgar la curiosa aventura que le sucedió en Roma, en el curso de una visita a la galería de la Academia de San Luca. Estaba muy atento mirando cierto cuadro cuando, de improviso, se sintió impelido a volverse en otra dirección, y allá, con gran estupor por su parte, se encontró con la mirada de dos ojos vivos, cálidos y apasionados. Era un mensaje tierno y elocuente, pero, por desgracia, tenía el grave inconveniente de proceder de un cuadro. Miraba al escritor con tan desmesurado transporte, en efecto, una dama de otros tiempos: la figurada más de dos siglos antes por el pintor flamenco Van Dyck en su *Retrato de una desconocida*.

Capuana se sintió a disgusto. Trató de alejarse y volvió la espalda a la bella del cuadro, pero, luego, la curiosidad le indujo a volver sobre sus pasos, y, de pronto, se sintió envuelto y acariciado otra vez por aquella mirada llena de promesas. Autosugestión, sin duda; ¿a quién no le ha sucedido, al menos una vez, sentirse «mirado» por los ojos de una imagen bien hecha? Pero he aquí la continuación. Era noche avanzada cuando Capuana regresaba a su casa, y había ya cerrado tras de sí el portón del edificio, cuando advirtió un aliento cálido sobre su rostro, y tuvo la precisa sensación de que la dama de otros tiempos le había seguido —invisible— hasta allí. Se precipitó escaleras arriba e, inmediatamente, se encerró en su habitación, pero todo fue inútil.

Su sensibilidad mediúmnica, agudizada por las prácticas espiritistas, le advertía que la intrusa no sólo había penetrado en su ámbito privado, sino que había tomado posesión definitiva de él, con todo el apasionamiento de quien ha tenido que esperar

dos siglos y medio la ocasión oportuna. Por desdicha, la hermosa desconocida continuó haciendo sentir su presencia en los días sucesivos, y parece que su carga de ternura, lejos de agotarse, había ido aumentando. ¡Pobre Capuana!

Que la saturación espiritista unida (probablemente) a la clarividencia retrospectiva pueda producir una sugestión como ésta y las alucinaciones consiguientes, más o menos verídicas, no es de maravillar. Pero siempre queda el hecho de que, algunas veces, los cuadros —y también otros objetos que veremos— parecen, en verdad, ser partícipes de un psiquismo misterioso, como si se insertaran en el marco existencial humano de forma totalmente inesperada, como portadores de significados simbólicos inherentes a determinadas situaciones. Objetos «vivos», estaríamos tentados de llamarlos, pero, por supuesto, se trata sólo de una imagen. El tema de los cuadros que se desprenden misteriosamente de las paredes coincidiendo con acontecimientos luctuosos ha sido abundantemente explotado por la literatura espiritista tradicional, pero esto no es un motivo válido para continuar negando ciertos episodios concretos bien documentados. Veamos algunos.

Mientras el general Henry Havelock-Allan, ocupado en operaciones militares en Afridiland, encontraba la muerte a manos del enemigo, a millares de kilómetros de distancia, su retrato que figuraba en el lugar de honor en el refectorio del 2.º Batallón de Fusileros de Northumberland, se precipitó inexplicablemente al suelo[1]. En un caso muy similar referido por Flammarion[2], se trata de la análoga caída simbólica de un retrato que representaba a un oficial de uniforme. El hecho acaeció en su casa y en presencia de la esposa, que vio, sin más, «resbalar» el cuadro al suelo hasta sus pies. El marido estaba movilizado, pero no en primera línea, así que no había motivo para temer por su suerte. Sin embargo, al cabo de tres semanas, llegaba, con retraso, la noticia de su muerte, pues sin que la señora lo supiera había sido destinado a una zona de operaciones. También en este caso la caída del retrato coincidió con el acontecimiento luctuoso.

Más extraño aún es que los relojes y despertadores existentes en casa del barón profesor F. A. Schrenck-Notzing —catedrático de metapsíquica— se pararon todos en el momento de su muerte, que se produjo en la clínica donde había sido internado algunos días antes para ser operado de apendicitis. Al salir de casa para reunirse con su marido, la baronesa Schrenck-Notzing advirtió el primer hecho insólito: el monumental reloj de péndulo de la antecámara estaba parado. Miró su propio reloj de bolsillo y también se había parado a la misma hora. Pidió, entonces, a un criado que mirara el reloj de sobremesa: también éste había detenido sus manecillas, como los otros.

Oprimida por un presentimiento tristísimo, se hizo conducir a toda prisa a la

clínica, y allí tuvo la confirmación de cuanto ya había intuido acerca del significado de aquella advertencia sincrónica: el marido había fallecido en el instante preciso señalado por los relojes de la casa, e incluso por un cuarto —de bolsillo— que fue encontrado, también parado a la misma hora, en el chaleco del ilustre estudioso.

En el vasto repertorio de casos de los objetos portadores (por así decir) de mensajes luctuosos, también tienen un lugar las campanillas y los pianos que suenan solos[3], pero aún es más claro y preciso el simbolismo de las banderas arriadas, que tiene significado en el doble plano militar y nacional. El mariscal French, ex comandante en jefe de las fuerzas inglesas en la Primera Guerra Mundial, murió en el castillo de Deal, donde habitaba. En el momento del fallecimiento, se vio la enorme bandera inglesa izada sobre los bastiones del castillo ondear vigorosamente, luego, replegarse sobre sí misma como el ala de un pájaro herido y precipitarse sin motivo hasta el pie del asta, con gran estupor de la guardia de servicio en la entrada. En el mismo instante otra bandera —americana ésta— se precipitaba al suelo desde el techo de la sala de armas del mismo castillo, tras haber roto el tirante de hierro que sostenía el asta[4]. Clara convergencia de dos símbolos nacionales en una misma manifestación de duelo.

¿No sucede nada por casualidad?

Para la cultura oficial, sucesos como éstos no admiten más explicación que la *standard* de la «coincidencia fortuita». Pero se trata de una explicación pobre y, como tal, el determinista Laplace, maestro de Napoleón, no la hubiera aceptado. Él no creía en la casualidad (y no es posible quitarle la razón). Es ya dudoso que semejante explicación se pueda admitir en cualquier episodio aislado, pero es cierto que aquélla no sirve si los casos son tantos que permiten a cada uno llenar un volumen[5]. Ciertas explicaciones superficiales y *standard* constituyen simples expedientes para defenderse de la mordedura de lo inexplicable. Por otra parte, quien no las acepta incurre automáticamente en acusaciones y descalificaciones de diverso género: desde la más simple —que invoca la superstición—, a la que se nutre de varios pretextos culturales, que hace amplio uso de etiquetas freudianas para decretar un estado de neurosis y de regresión, como ya hemos tenido ocasión de examinar a propósito de otros temas (v. cap. IX).

No es difícil impugnar estas acusaciones con argumentos procedentes del mismo campo. Baudouin, por ejemplo, ha subrayado el uso impropio y exagerado que se tiende a hacer del concepto freudiano de regresión[6]. A mayor abundamiento, el profesor K. Hagenbuckner —insigne psiquiatra ya muchas veces citado— subraya

que el abuso de la etiqueta de «regreso mágico» no es más que un cómodo expediente para «sustraerse al fastidio de investigaciones y observaciones más cuidadosas»[7]. Ignoremos, pues, tranquilamente las acusaciones y entreguémonos a la búsqueda de alguna explicación razonable —suponiendo que exista— para el hecho de que sucesos, en apariencia independientes, como la muerte de un hombre y el paro sincrónico de todos los relojes de la casa, estén en realidad «asociados» y vinculados por algo más que la mera casualidad.

Un hecho cierto es que la ciencia académica no está capacitada para darnos explicaciones exhaustivas a tal respecto, basándose en el argumento de que todo efecto de naturaleza física deba tener causas de su misma naturaleza. La consecuencia de ello es que si las causas físicas no son halladas, los sucesos del tipo que estudiamos son considerados, como hemos visto, fruto de la mera coincidencia casual. Hay quien ha tratado de romper este círculo vicioso poniendo, sin más, en tela de juicio, la validez absoluta del principio de causalidad, que está en la base del edificio construido por la ciencia. Jung y Pauli, autores de la teoría llamada del «sincronismo», dicen, por ejemplo, que el principio de causalidad sólo tiene un valor estadístico y que existe una ley de orden más general en cuya virtud todos los sucesos que se refieran a cierta situación y que resulte que coincidan en el tiempo —sean subjetivos, o sea, inherentes a la situación psicológica del observador, u objetivos y, por tanto, ajenos a éste— están vinculados de alguna manera entre sí «por algo más que la mera casualidad», aunque desde el punto de vista tradicional (es decir, causal) aparezcan como independientes uno del otro.

Esta misteriosa vinculación dependería de su «sincronicidad», o sea, del hecho de que se desarrollan juntos, al mismo tiempo. El hecho mismo de que tales sucesos constituyan «exponentes de una situación momentánea dada» hace que se encuentren vinculados (no en sentido rígidamente causal) por una relación de interdependencia y de semejanza[8]. Aparentemente, se trata de un principio revolucionario. En efecto, hunde sus raíces en el antiguo pensamiento chino, en el de los estoicos, en el pensamiento mágico en general y, en particular, en el de los alquimistas. Pero lo que más cuenta es la aplicación práctica, que actualiza —con ropajes filosóficos y hasta con inclinaciones científicas— el antiguo principio de las analogías y correspondencias consagrado en aquel «código» de los alquimistas que es la *Tabla de esmeralda*, y la revalorización del símbolo como mensaje omnipresente que la Naturaleza y la vida dirigen al hombre. Si se arroja al azar un puñado de cerillas —escribe Jung para ilustrar ciertas concepciones orientales—, su disposición no puede estar desprovista de significado, porque debe conectarse de alguna manera a la situación subjetiva y objetiva de quien ha hecho el gesto.

Y, en efecto, hace milenios que la tradición del Extremo Oriente permanece fiel a

las respuestas dadas por el *I-King (Libro de las mutaciones)*, que se consulta mediante un haz de varillas arrojado al azar. En la antigua Grecia se atribuía valor profético —o sea, de advertencia providencial— a cualquier palabra oída por casualidad por cualquiera que estuviese viviendo una gran preocupación[9]. Para los arúspices romanos, el vuelo de las aves «debía» tener alguna relación simbólica con las preguntas planteadas por los consultantes. Todas las disciplinas adivinatorias han nacido de la aplicación de ese módulo abstracto que es el símbolo a la interpretación de acontecimientos aparentemente casuales. Es una especie de clave universal que promete, a quien sepa usarla, descifrar los intentos secretos de una Naturaleza concebida como un todo armonioso, en el que las partes singulares nunca dejan de uniformarse según leyes de estructura basadas en homologías verdaderas o presuntas. Puede reirse de las prácticas supersticiosas determinadas, pero no de cierta intuición fundamental que encierran, y que afecta a dos aspectos conexos entre sí por la realidad: «la inexistencia del azar, y la existencia de leyes desconocidas que actúan anulando las más comunes».

Los objetos que se rebelan

El aspecto moderno de la cuestión es que también encontramos algo semejante a nivel microfísico. No es efecto de la casualidad si una pareja de fotones gamma generados por el choque de un electrón y un positrón —y que, según los criterios puramente físicos, deberían estar por completo desvinculados y ser independientes uno del otro— se comportan, por el contrario, de tal manera que cierta acción física súbita del uno nunca deja de repercutir en el otro de modo misterioso. Éste no es sino uno de tantos aspectos desconcertantes revelados por los acontecimientos microfísicos, que se sustraen en muchas ocasiones al determinismo mecanicista, acaso porque se conforman a otras leyes más fundamentales, de las que las más comunes podrían constituir sólo una expresión particular.

Los episodios referidos en la primera parte del capítulo nos dicen que también en el plano de la vida ordinaria se verifican hechos extrañamente vinculados entre sí, fuera de toda causalidad de orden físico. Precisamente basándose en las múltiples analogías observadas entre el micro y el macrocosmos, dos estudiosos de formación muy distinta —como el Premio Nobel de Física Wolfgang Pauli, y un auténtico explorador de las profundidades humanas como Carl Gustav Jung— han dado vida a esta revolucionaria teoría del «sincronismo», que representa una nueva manera de interpretar los sucesos del Universo fuera del rígido determinismo imperante en la ciencia[10]. Se trata de una aventura arriesgada del pensamiento; una tentativa interesante de atravesar el muro de impenetrabilidad que parece circundar

algunos fenómenos.

Como tal, puede y debe levantarse acta de esa teoría, en consideración a las perspectivas que pueda ofrecer. Pero, por el momento, tal vez no sea indispensable conformarse a esquemas tan radicalmente innovadores. La aparente inexplicabilidad de ciertos fenómenos puede estar vinculada a la restricción del campo en el que se acostumbra a buscar las causas. Pero si se ensancha el mismo campo hasta incluir en él las posibles causas psíquicas de sucesos físicos determinantes, la inexplicabilidad cesa, en parte, y por añadidura se salva el principio de causalidad que, entre ciertos límites, es inseparable del pensamiento occidental, aunque ya no es posible aceptarlo según las antiguas formulaciones, demasiado rígidas. Y, ahora, podemos volver a los objetos que se asocian misteriosamente al psiquismo humano, como si estuvieran animados por alguna «intención».

Hemos visto el papel de los objetos «mensajeros», o sea, de aquellos que anuncian simbólicamente los acontecimientos luctuosos. Puede suceder que tales fenómenos se remonten al psiquismo del sujeto moribundo, pero también puede darse el caso de que en ellos tenga una parte importante la psique inconsciente de aquel que recibe la advertencia, y no cabe excluir que entre ambos psiquismos se determine una colaboración momentánea, como ya se ha supuesto en el caso de las apariciones. Que la psique pueda hacer mover objetos lejanos no parecerá, creemos, más sorprendente de lo que sean sus otras posibilidades ya sometidas a examen. La idea central que debemos recoger, si queremos orientarnos con provecho en este extraño universo que comienza ahora apenas a dibujarse ante nuestros ojos, es que los objetos «inquietos» tienen siempre algo que expresar, no por cuenta propia, por supuesto, sino como instrumentos de la psique inconsciente de alguien: tal vez del sujeto mismo a quien la manifestación aparece asociada, o tal vez, también, de otros que mantienen alguna relación con él.

He aquí una curiosa aventura referida por su protagonista a Eugène Osty, quien, en 1935, publicó el correspondiente informe en la *Revue Métapsychique*. Una noche, Paul Monet, ex oficial del Cuerpo Colonial francés, no consiguió dormir por el inaudito motivo de que su cama parecía rebelarse bajo su peso, vibrando y sacudiéndose de manera violenta. Si nos basamos en la hipótesis ya apuntada, aquella cama actuaba de simple instrumento para expresar la hostilidad de alguien, pero, ¿de quién? Cuando, luego, tuvo todos los elementos de juicio, Monet relacionó el extraño episodio con el resentimiento fortísimo que hacia él sentía desde hacía tiempo un antiguo dependiente suyo, un tal Jean Kutska. Y, en efecto, precisamente cuando el lecho de Monet manifestaba aquel comportamiento agresivo y rebelde, Kutska, enfermo y presa de los delirios de la fiebre, maldecía contra el que consideraba su enemigo. Tal vez ya lo había hecho otras veces, pero

nada había sucedido; pero el delirio es una forma peculiar de sueño y, como tal, puede tener efectos mágicos.

Y a propósito de magia, no estará de más precisar de nuevo que por este término entendemos, simplemente, referirnos a todo un conjunto de efectos producidos por fuerzas desconocidas y acaso extrañas (en cuanto a su origen) al universo físico. Es «mágico», pues, todo cuanto hoy no puede encontrar explicación científica, pero que se espera pueda hacerse comprensible y claro cuando la ciencia haya ensanchado sus actuales confines.

Uno de los aspectos más extraños, en el marco de las relaciones mágicas entre el hombre y la Naturaleza, viene representado por ciertas rebeliones de objetos inanimados respecto a sus legítimos propietarios. En noviembre de 1943, gendarmes franceses del departamento de Les-Deux-Sèvres informaron sobre el caso de cierta jovencita, una tal A. G., que no podía sentarse, porque la silla se negaba con obstinación a sostener su carga. Cuatro veces, en presencia del gendarme que firmó el informe, A. G. trató de sentarse, y cada vez la silla se levantó con todo su peso, se inclinó en el aire e hizo caer a la muchacha[11].

Por lo que parece, los zapatos también pueden rebelarse. El estudioso Hector Durville cuenta, por ejemplo, las curiosas desventuras de Raymond Charrier, un muchacho de catorce años que, por la mañana, apenas despierto, tenía que esforzarse no poco para calzarse los zapatos, pues éstos tendían irresistiblemente a escapársele de las manos y desaparecer. Durville se llevó a su casa al muchacho y lo tuvo —por así decir— «en observación» varios días, durante los cuales tuvo ocasión de advertir muchos sucesos extraños atribuibles a la mediumnidad de Raymond. Entre los más raros, precisamente se contaban las reiteradas fugas de sus indisciplinados zapatos, las carreras hechas por el chico cada vez para seguirlos y sus fatigosas victorias[12]. Son cosas extrañas e inverosímiles, es cierto, pero como hemos tenido ocasión de hacer observar, la Naturaleza nunca ha suscrito ningún compromiso de producir sólo fenómenos verosímiles.

Los sueños inquietos de Georges

También el breviario de la madre Costante Maria da Fabriano —del que se ocupa el padre Thurston en la obra varias veces citada— era un libro «rebelde». En efecto, de vez en cuando, se le escapaba de las manos para ponerse a volar por los aires, entre el reverente estupor de las hermanas en religión que formaban el coro. No es fácil determinar en todos los casos qué puedan querer expresar simbólicamente los objetos «inquietos». Si los fenómenos apuntan al psiquismo individual de

adolescentes, como la muchacha A. G. y el joven Raymond, puede surgir la sospecha de que el comportamiento anómalo de zapatos, sillas y similares exprese un lado burlesco y secreto (a veces, incluso, rebelde) de su personalidad en vía de asentamiento.

Es cierto que los adolescentes se encuentran muy a menudo en medio de aventuras extrañísimas de las que son protagonistas objetos inanimados. En este ámbito entran los curiosos sucesos registrados en agosto de 1956 en Rigaud di Ramàt, pequeña aldea montañesa del valle de Susa, cerca de Chiomonte. Por aquellos días, Georges Bellone, un chiquillo de once años, de carácter más bien introvertido, dio mucho que hablar debido a los extraños efectos producidos por sus sueños agitados. Procedente de Marsella, donde habitualmente residía con sus padres, el muchacho era por entonces huésped provisional de los abuelos maternos, Augusto y Cristina Sibille. Acaso no se encontraba muy bien de salud, pero el hecho es que, la noche del 18 de agosto, la abuela le oyó agitarse y lamentarse en sueños, como si tuviera una pesadilla. Al mismo tiempo —y por primera vez en su vida—, la anciana Cristina Sibille asistió a la rebelión inaudita y simultánea de muchos utensilios domésticos contra las inmutables leyes de la estabilidad y de la inercia.

Las primeras en emprender el vuelo fueron las cubiertas de las camas, a las que una fuerza invisible arrancó y proyectó por el aire, donde flotaron largamente como velas agitadas por el viento, y, luego, la inquietud se transmitió a las piezas de vajilla, al ajuar de cocina y a los alimentos que habían sobrado de la frugal cena. Los gritos de Cristina pronto hicieron correr a los montañeses más valientes y animosos del vecindario: Vittorio Jannon, Arnaldo Sibille, Camilo Ramàt, Alessandro y Albino Sibille. Pero, ¿qué podían hacer ellos contra la vajilla animada, contra la paja extraída inexplicablemente de los colchones y volteante en el aire junto con los restos de la ensalada? Más impresionante aún es el perverso comportamiento de una lámpara que se apagaba cada vez, apenas encendida, como por efecto de un soplo misterioso; finalmente, cansada del juego, se levantó por el aire y se alejó, levitando, por los campos.

Los montañeses que habían acudido eran gentes con los pies en el suelo y, en verdad, nada dispuestas a dejarse impresionar.

No obstante la agresividad de un tenedor, que había ido a clavarse por sí solo en los pantalones de Albino Sibille, y lo imponente que resultaba, en general, aquella escenografía, no perdieron la cabeza y no pensaron siquiera en brujas y demonios. Con perspicacia digna de tenerse en cuenta, asociaron el sueño agitado de Georges con aquel pandemónium, y pronto corrieron a su cabecera. Sacaron sin miramientos al muchacho de la cama y le hundieron el rostro en el agua del

abrevadero. Fue una cura insólita, pero eficaz, porque sus pesadillas cesaron y los objetos indisciplinados adquirieron de nuevo la debida estabilidad[13].

Episodios como éste se repiten un poco en todas partes y con regularidad casi monótona, no obstante las pequeñas variantes escenográficas introducidas, de vez en cuando, por el desconocido regidor. Duran algún tiempo, alimentando el acostumbrado fueguecillo de crónicas y discusiones promovidas un poco en serio y un poco en broma, y, luego, se extinguen, borrándose también de la memoria de la gente. Los estudiosos modernos llaman a estos fenómenos de *Poltergeist* (literalmente, espíritus duendes) y tienden, las más de las veces, a interpretarlos según una hipótesis sugerida por Fodor[14], o sea, como manifestaciones externas paranormales, y, como es natural, inconscientes, de conflictos latentes en la personalidad del sujeto mediúmnico. La hipótesis parece revalidada por el hecho de que los fenómenos aquí considerados parecen tener a menudo como centro propulsor la personalidad inmadura y, más aún, todavía no «integrada» de adolescentes que atraviesan la crisis de la pubertad. Sin embargo, no basta por sí sola esta hipótesis para explicar la gran variedad de los casos que se encuentran en la práctica, ya que, para algunos de ellos, como sugiere el doctor Assailly[15], parece que debe dejarse cierto margen para una hipótesis polipsíquica.

Como se ha tenido ya ocasión de apuntar a propósito de las manifestaciones que emergen en las sesiones mediúmnicas, también en este campo queda en primer plano el misterio fascinante y, acaso, insondable de la personalidad humana, que hoy ya no aparece como de tipo «euclideo»[16], desde el momento que incluye formas de psiquismo inconmensurables con las conscientes, y que puede dar lugar a filiaciones autónomas, incluso hasta rebeldes (además de poder ceder algunas fuerzas psíquicas para hacerlas confluir con otras de procedencia ajena, hasta generar entidades nuevas y capaces de influenciar de muy diversa manera el ambiente).

Los afanes de Teresa

En 1958, en Omignano (valle de la Lucania), les tocó a las hermanitas Alida y Santina De Matteo (respectivamente de doce y diez años) alimentar las crónicas sobre *Poltergeist*. Según comprobaciones precisas realizadas por sus padres, por el médico titular y por el maestro señor Angelo Rotoli, piedras de varias dimensiones llovían de vez en cuando desde una procedencia desconocida en presencia de las dos hermanitas, pero sin causarles daño alguno. Hasta al sargento primero de los carabineros le cayó una en la cabeza. Detalle interesante: también en este caso los

fenómenos se intensificaban cuando las dos niñas dormían y se agitaban en la cama. Entonces, los proyectiles improvisados caían acá y allá con gran violencia, como si reflejaran el movido discurrir de aquella misteriosa «segunda vida» que vivían en sueños. Una encuesta en toda regla fue realizada *in situ* por un enviado de la «Società Italiana di Parapsicologia», y los resultados fueron publicados en el correspondiente *Bollettino*.

En 1952, en Ciriè —a dieciséis kilómetros de Turín—, análogas subversiones de las leyes físicas sucedían en casa de Maria Teresa P., una delicada muchachita rubia de unos catorce años, de ojos verdes y rostro pálido y serio. En 1956, en Scerne (Teramo), una sucesión de combustiones espontáneas en casas de campesinos de la zona hizo acudir a los representantes de la fuerza pública y hasta —en una segunda ocasión— al subjefe de Policía de la provincia. Cosa extraña: son siempre colchones lo que arde. Los agentes interrogan y redactan sumarios, pero no sacan nada en claro. Esta vez, se trata de una niña delgadita y morena, de doce años, con unos ojos negros y llenos de fuego, como se dice. Se ha encontrado presente en cada uno de los incidentes, pero, por suerte para ella, nunca estaba sola. En consecuencia, los interrogadores la consideran absolutamente ajena a los hechos, no obstante la frase imprudente que ha dejado escapar en su presencia: «No sé de veras por qué, cada vez que me acerco a una cama, veo fuego ante mis ojos.»

Hace unos siglos, una afirmación como ésta hubiera sido mucho más que peligrosa. En 1959, una sucesión de incendios también misteriosos atrae la atención pública hacia la perdida comarca rural de Aspio, en la provincia de Ancona. Un enviado de la SIP verifica las circunstancias, que presentan todo el aspecto de no poderse explicar en términos usuales[17]. En 1961, los amantes de lo desconocido se entusiasman con las crónicas procedentes de Brembate (Bérgamo), que tienen por objeto los acontecimientos inexplicables que suceden en casa del señor Guglielmo Locatelli. Se habla de una escoba que trabaja sola; de cajones de la cómoda que se abren de golpe y, una vez cerrados, vuelven inmediatamente a abrirse; de colchones inquietos que se niegan a mantenerse en posición horizontal; de jarrones de flores que se posan en el suelo con calma, procedentes de los alféizares. Y no faltan, por supuesto, las piedras que penetran de vez en cuando en la casa, para posarse con relativa suavidad sobre los objetivos previamente seleccionados, tras haber seguido increíbles trayectorias.

Estos pintorescos desórdenes se producían invariablemente en pleno día, y, a veces, hasta en presencia de los asombrados vecinos de la casa. Tras inútiles tentativas de defensa mediante exorcismos, el ciclo infestatorio se agotó espontáneamente cuando una muchacha poco más que adolescente, que frecuentaba a diario la casa para ayudar en las faenas domésticas, renunció al empleo porque —

decía— estaba cansada de asistir a episodios que le daban miedo. En todos estos casos, está siempre presente el denominador común representado por el adolescente, varón o hembra, en período de crisis puberal. Pero asimismo se conocen muchísimos casos en los que la mediumnidad se despierta bruscamente en edad madura, como consecuencia de enfermedades o de emociones de desgaste, y también en estas circunstancias el despertar de las facultades latentes está caracterizado por los acostumbrados y desordenados tumultos de objetos inanimados.

En febrero de 1955, una joven calabresa, casada y madre de dos niños —Teresa Costa—, se decidió a mudarse con éstos a Saint Jean de Maurienne, en la Alta Saboya, para reunirse con el marido, que había emigrado allí tiempo atrás. Puede suceder que las dificultades ambientales agudizaran algún disturbio latente de Teresa; el caso es que comenzó a sentirse mal y a sufrir de vez en cuando desvanecimientos. En cada ocasión en que perdía la conciencia, los pequeños objetos domésticos se desparramaban acá y allá. Servilletas y toallas flotaban en el aire como banderas, y golpes fortísimos sacudían las paredes. «¡Bruja!», gritaban las comadres a su paso. Tuvo que abandonar precipitadamente Saint Jean para refugiarse en el vecino Saint Julien de Maurienne. Pero los fenómenos continuaron manifestándose también allí, y asimismo las persecuciones. Males menores respecto a las hogueras que se improvisaban en otro tiempo, pero que hacen pensar en el destino en verdad singular de los médiums, cuyas insólitas facultades ni siquiera podrían ser reconocidas judicialmente, aun siendo lo bastante reales como para ocasionarles considerables daños.

Por Teresa Costa se interesó el cura y, luego, también, el médico. Y, naturalmente, llovieron periodistas de todas partes. El cura declaró haber visto él mismo una «cafetera volante» que había ejecutado revoloteos complicados antes de derramar, desde lo alto, su contenido. Mientras tanto, los fenómenos continuaban manifestándose. Según el testimonio de Vero Roberti, una cacerola con ganas de gastar bromas pesadas fue a estrellarse en la frente de Freddy Russell, enviado especial de un diario inglés. Protesta simbólica, pero clara, contra la invasión de los periodistas. Como conclusión de estos sucesos, la joven calabresa también hubiera sido expulsada de Saint Julien, de no haber mediado su ingreso en el hospital, donde médicos inteligentes formularon un diagnóstico doble: mediumnidad y enfermedad.

Omnipresencia de los **Poltergeist**

Pocos casos de mediumnidad espontánea con efectos físicos han sido tan espectaculares como el de Teresa Costa. Ello no ha impedido, sin embargo, a las

infaltables voces incrédulas, erigir la acostumbrada barrera de sospechas. Hay siempre alguien que se cree más astuto y perspicaz que muchísimos otros y trata —aunque sea inconscientemente— de afirmar su propia importancia a través del descrédito arrojado sobre los jueces y sobre los testimonios ajenos. El periodista francés Jean-Louis Chardans debía escribir un libro acerca de las multiformes manifestaciones de los fraudes, quiere decirse, una de esas obras, en las que todo cuanto sobrepasa, aunque sea por poco, lo habitual y lo sabido es presentado bajo el presunto ropaje del engaño más o menos hábilmente organizado.

¿Podía dejar de incluir el caso de Teresa Costa, considerándola una hábil mixtificadora que habría tratado de mover a compasión a la gente para obtener ayudas financieras? Es un hecho en sí desdeñable, pero sintomático de cierta mentalidad que no duda en comprometerse en afirmaciones de lo más arbitrario, con tal de sostener una tesis preconcebida. Son las formas toscas y desafortunadas del escepticismo sistemático y, como tales, no merecen demasiada atención. Mucho más sutiles y hábiles resultan, indudablemente, ciertas otras formas que veremos.

Sin embargo, de todos los fenómenos paranormales con efectos físicos, éste es el más frecuente, el más conocido incluso de los profanos, y el que se produce con características análogas en todas partes, en los países técnicamente avanzados y en los otros. Una ininterrumpida serie de testimonios al respecto ha llegado hasta nosotros desde las épocas más remotas, como puede comprobar fácilmente quien consulte algunas obras acerca de este tema[18]. El flujo de las crónicas sobre las gestas de los extravagantes espiritejos que trastornan las casas, continúa. Mientras estamos escribiendo, por ejemplo, noticias que pueden interpretarse en este sentido proceden del Piamonte, y concretamente, de Mombercelli d’Asti y de Altessano.

Las crónicas de fuera de Italia no son menos sorprendentes y coloristas. De Londres, por ejemplo, se señala la molesta invasión de cierto «espiritejo» que gusta de atrincherarse, sin más, con la ayuda de varios muebles, en el dormitorio de los señores Howells, hasta el punto de obligarles, en ocasiones, a recurrir a la Policía. Se verá en seguida si, y hasta qué punto, en estos casos aún en vías de desarrollo, puede invocarse la hipótesis paranormal. Está claro, de hecho, que crónicas e informes deben pasar por una criba crítica y circunstanciada, antes de poder ser considerados documentos de un aspecto todavía desconocido de la realidad. Pero esta labor ha sido ya realizada en muchos casos, y de manera impecable.

En 1952, los *Poltergeist* asolaron durante un mes la casa del burgomaestre de Neudorf (circunscripción de Bruchsal), en una sucesión de iniciativas cada vez más molestas y malignas. «Desde el 9 de octubre de 1952 —cuando los fenómenos comenzaron hasta el 10 de noviembre..., 116 objetos inanimados se movieron por sí

solos», resume el minucioso burgomaestre al final de una relación escrita a requerimiento del profesor Hans Bender (director del «Instituto de Parapsicología», de Friburgo), que había acudido al lugar para investigar personalmente. En la misma relación se habla de una extrañísima lluvia que cayó, una vez, en una habitación del piso alto, mientras en ella se encontraban reunidas cinco personas. Las puertas estaban cerradas con llave. «Llovieron clavos no menos de dieciséis veces en 45 minutos», escribe el burgomaestre Notheis. Y añade que se trataba de clavos procedentes de la planta baja, donde estaban encerrados en un armario[19].

Las circunstancias relevantes que se desprenden del estudio del profesor Bender acerca de este caso nos parecen ser dos: los fenómenos acontecían siempre que estaba presente en la casa Bernard, el hijo adolescente del burgomaestre, y la violencia de los objetos movidos por fuerzas desconocidas tendía a acentuarse durante el sueño del muchacho. Siempre nos encontramos con el inquietante problema de los sueños de los adolescentes. Debe de tratarse de sueños de descontento y de rebelión, acaso porque representan un desahogo al liberarse los instintos agresivos inhibidos en el plano consciente. Esto es normal, en cierto sentido, dado que la adolescencia es un período de fatigosa transición hacia un nuevo equilibrio psíquico y somático.

También el desarrollo físico retrasado —que es como una adolescencia dolorosamente dilatada— favorece, con sus descompensaciones psíquicas y fisiológicas, las manifestaciones de mediumnidad con efectos físicos tumultuosos y agresivos. Se incluye en este orden de ideas una memorable aventura que se desarrolló hace años en Tassos, una islita del archipiélago griego. En casa de un tal señor Yannakis, se producían frecuentes lluvias de piedras de procedencia desconocida, en tanto que los objetos domésticos se abandonaban a una inquietud desenfrenada que implicaba la sistemática destrucción de los más frágiles de ellos. No servía de nada encerrar la vajilla y las mantelerías en armarios bajo llave, pues se rebelaban ante cualquier constricción. La Policía se interesó por el suceso, efectuó inspecciones y montó inútiles vigilancias.

De oficial de gendarmes a estudioso de lo desconocido

La consecuencia de todo lo anterior fue una denuncia contra Yannakis, a quien se hizo responsable de haber propalado «noticias falsas destinadas a turbar la paz pública», y una rápida condena. La hubiera cumplido entera, de no haber intervenido en su ayuda el presidente de la «Sociedad Griega de Investigaciones Psíquicas», general de Sanidad Tanagras. En una memorable sesión organizada en casa de Yannakis, en presencia del magistrado, de agentes de Policía y de un

periodista, Tanagras consiguió demostrar que «los objetos se movían verdaderamente por sí solos», a condición de que estuviera presente también la doméstica Sebasti, una muchacha de desarrollo físico y mental muy retrasado. Los presentes tuvieron que aguardar horas para que sucediera «algo», pero, al fin, los objetos se desencadenaron y se consiguió la prueba deseada.

Pero aquél fue un caso excepcional. Por regla general, los *Poltergeist* causan molestias inextricables no sólo a sus víctimas directas, sino también a los oficiales de Policía y a los magistrados encargados de proceder contra los desconocidos turbadores, según ha informado muy bien el comandante Émile Tizané, del Cuerpo de Gendarmería francés. Durante veinticinco años, Tizané se ha dedicado a la tarea de seleccionar y recoger, en los archivos de la Policía y de la Magistratura, los documentos relativos a las hazañas de esa inasible entidad que preside los desórdenes inexplicables («la desconocida presencia en el crimen sin causa», la llama Tizané). De semejante esfuerzo ha resultado una documentación de gran interés no sólo desde el punto de vista de los estudios sobre la materia, sino también desde los puntos de vista policíaco y judicial.

Atestados policiales, documentación de los magistrados, sentencias emitidas y prácticas archivadas sin continuación, están allí para demostrar la desorientación, los errores y las impotencias, aunque sean marginales, de un mundo que quiere ignorar deliberadamente un aspecto de la realidad, y que se enreda en sus propias contradicciones. «De ahora en adelante —escribe Tizané— quien desee interesarse por tales problemas tendrá a su disposición relaciones precisas que fueron redactadas *in situ* en el momento mismo en que los hechos acaecieron, o inmediatamente después. Dentro de cien años, los sumarios en los que se consignan todos los datos relativos a estos multiformes episodios tendrán el mismo valor que hoy, dado que se ha dado fe de ellos en el plano judicial, mientras no se demuestre lo contrario. Y su importancia adquiere mayor relieve por el hecho de que tales documentos fueron redactados por funcionarios que «no creían en lo sobrenatural» y no tenían, por tanto, ningún interés en ponerlo en evidencia»[20].

Pero el comandante Tizané se engaña si cree que los escépticos pueden rendirse ante el valor persuasivo de una documentación, aunque sea de carácter judicial. Es la estructura misma de nuestra *forma mentis* la que no puede abrirse a este tipo de problemas, y acaso nunca pueda hacerlo. Como escribe él mismo: «… Nuestros espíritus materialistas están cerrados, ya lo he dicho, al examen de tales problemas, y yo me hallo en la mejor situación para conocer la ironía y la crítica a cuyo encuentro va, inevitablemente, un investigador que se aventure por este incierto terreno.» Ni siquiera de algunos cotizados parapsicólogos podría esperar Tizané mucha comprensión.

En 1958, los doctores J. G. Pratt y W. G. Roll, conocidos por sus contribuciones de estudios a la escuela de Rhine, tuvieron una ocasión única: la de poder controlar la evolución de un ciclo infestatorio de *Poltergeist* en el lugar mismo donde acontecían los hechos: la vivienda del señor Hermann, en Seaford (Long Island, Estados Unidos). Era un caso clásico, caracterizado por botellas que se descorchaban solas y derramaban por todas partes su contenido líquido; por muebles que parecían dotados de facultades autónomas de movimiento; y por otras extravagancias de este género. Estaba también, naturalmente, el infaltable adolescente, en la persona de Jimmy Hermann, de doce años.

Junto a los dos parapsicólogos trabajaban, en otro sentido, un agente de Policía (un tal Tozzi) y varios técnicos de especialidades diversas, algunos de los cuales habían llevado consigo sus propios aparatos: un ingeniero electrotécnico, un experto en construcción civil y un arquitecto. Todos ellos realizaron sus propias encuestas y llegaron a conclusiones univocas, en el sentido de excluir que los fenómenos pudieran deberse a causas conocidas y normales, pero Roll y Pratt —aun habiendo especificado por escrito que algunos de los fenómenos se habían producido durante su permanencia en casa de Hermann, y, a veces, en presencia de testigos—, al fin evitaron extraer conclusiones definitivas[21].

Este tipo de prudencia es común, hoy, a muchos estudiosos. Consiste en no negar, en principio, la posibilidad de que cierto género de manifestaciones puedan tener carácter paranormal, pero en evitar, al mismo tiempo, comprometerse con reconocimientos concretos. Un notorio parapsicólogo francés, Robert Amadou, lo proclama, sin más, abiertamente: «Guardémonos de afirmar que no existen auténticos fenómenos paranormales físicos; “limitémonos tan sólo a observar que la prueba de la existencia de dichos fenómenos nunca se ha dado”»[22]. ¡Pobres atestados de Tizané!

Se entiende que la actitud de la que hablamos es muy útil desde el punto de vista personal, porque crea el mito de la propia intransigencia metodológica y, al mismo tiempo, se pone a cubierto de toda posible crítica por parte de los escépticos o de colegas más exigentes. Pero como todas las actitudes de renuncia, no puede llevar lejos. En efecto, en un terreno como éste, caracterizado por la bien conocida imposibilidad de repetir los fenómenos en las condiciones que se consideran ideales —o sea, en el laboratorio—, la pureza metodológica, que parece representar la única ambición de ciertos estudiosos, probablemente sólo existe como espejismo ilusorio. Pero si es bien cierto que las exigencias científicas son sacrosantas, no menos cierto es que éstas pueden ser interpretadas según un repertorio muy variado de puntos de vista, como veremos al final de esta obra. Quien sienta la necesidad de hacerse una idea clara y exhaustiva de los aspectos ignorados de la realidad, puede

escoger, mientras tanto, entre la manera sofisticada y prácticamente renunciante del parapsicólogo Amadou, y el modo de pensar rectilíneo y claro del comandante Tizané, que no se considera parapsicólogo, pero tiene una experiencia de primer orden.

Una vocación improbable

En la imponente biblioteca del convento de los jerónimos de Nápoles, hay un manuscrito setecentista en el que se narran las extrañas aventuras que ocurrieron en aquel cenobio cuando se acogió en él, en calidad de novicio, a un tal «don Carlo Ulcano, Cavaliere della città di Sorrento e Nobile della città di Napoli». Pandemonio nocturno en los vastos corredores del pío lugar; piedras que llovían en las celdas y hasta en la iglesia, en el curso de las funciones sacras; sotanas de frailes que se encontraban inexplicablemente cosidas unas a otras; venerables abades estirados de la casulla mientras estaban oficiando…

En aquel tiempo, el concepto de mediumnidad aún no existía. Según los esquemas vigentes, no podía tratarse más que de obras demoníacas que tenían por finalidad alejar a don Carlo Ulcano del camino de la vocación. Y cuando no se consiguió nada con exorcismos y plegarias, se pensó, con buen tino —para la tranquilidad del convento—, devolver a su casa al caballero de la ciudad de Sorrento, con todas las diplomáticas consideraciones que su rango imponía. Y el pandemonio, como era de esperar, cesó de manera definitiva. El problema planteado por este caso es más bien simple para nosotros, modernos. Puede considerarse —con monseñor Antonio Bellucci, arqueólogo insigne y director de la citada biblioteca— que don Carlo Ulcano hubiera organizado conscientemente aquellos desórdenes, recurriendo a trucos de diverso género. Pero también puede creerse que fuera un médium de efectos físicos, y que fuera el responsable inconsciente de reales manifestaciones de *Poltergeist*. En tal caso, la pregunta que cabe formularse es ésta: ¿qué intentaban expresar los extravagantes espiritejos que organizaban aquellos desórdenes?

Es preciso remontarse siempre a lo largo del hilo de las «intenciones» presumibles que se esconden tras ciertas situaciones simbólicas, para descubrir las conexiones directas que tienen con el psiquismo humano. Acaso la vocación de don Carlo era muy problemática, y hallaba profundas resistencias inconscientes que se expresaban precisamente en esos desórdenes. Lo que equivale a decir, según la hipótesis de Fodor, que los extravagantes espiritejos existían de veras, al menos, como filiaciones rebeldes de la personalidad del noble caballero. Pero también puede formularse una hipótesis del todo distinta, concediendo un poco menos de

importancia al psiquismo individual y un poco más al colectivo, del que, al parecer, se tiende a subvalorar la importancia. Tal vez los médiums son elementos catalizadores, en el sentido de que emplean en una dirección única las energías psíquicas latentes en un grupo, según la hipótesis genial que Mackenzie ha aplicado a la formación de la «persona mediúmnica», y que podría explicar, también, muchas otras cosas, sobre todo, en este campo oscuro y complejo de las infestaciones.

Si así fuera, don Carlo Ulcano habría funcionado como «acumulador» para todos los descontentos más o menos contenidos, para todas las inquietudes inevitablemente latentes en toda comunidad, dándoles un desahogo palpable y concreto. La hipótesis de Fodor está basada en el dinamismo psíquico inconsciente de un solo individuo; aquí, por el contrario, estamos introduciendo a un personaje nuevo: aquella «superentidad» de que se ha hablado precisamente a propósito de las sesiones mediúmnicas, la cual, como sabemos, es autónoma, distinta de cada personalidad singular y tendencialmente estable. En cierto sentido, es como legitimar las convicciones de los hermanos en religión de don Carlo, quienes lo consideraban endemoniado; sólo que se hubiera tratado de un demoniejo provisional a cuya creación habrían colaborado inconscientemente también ellos. El diablo tradicional es otra cosa muy distinta; lo sabemos.

Y sabemos, asimismo, que su jurisdicción se va reduciendo, poco a poco también, en la opinión de autorizados estudiosos católicos, como, por ejemplo, los padres J. H. Crehan, Herbert Thurston, A. Gatterer y R. Santilli. Éstos dejan entender claramente que toda tentativa emprendida para circunscribir la esfera de lo «diabólico» y ampliar la de lo «natural» es bien recibida. Escribe, por ejemplo, el padre Thurston en el ya citado *Ghost and Poltergeist*: «Sacerdotes de todos los credos se contentaban, en el siglo XVII, con la idea de que tan alarmantes fenómenos fueran obra sólo del diablo. Yo no estoy capacitado para determinar que estuvieran equivocados, pero sostengo que su interpretación no puede ser admitida como cierta»[23].

El padre Santilli afirma, a su vez: «Hoy, en el campo católico, no se halla ninguna dificultad en reconocer que la llamada mediumnidad constituye una fenomenología que nada tiene de sobrenatural, y que la sede de toda la actividad psíquica y psicosensorial, que está en la base de los fenómenos en cuestión, es el sujeto, cuando se halla en un estado dinámico particular e inhabitual, aun no excluyéndose, de acuerdo con principios teológicos y de fe, que tal vez pueda revelarse la intervención de seres superiores al hombre, intervención que debe examinarse caso por caso y sin "fáciles concesiones" al sentimiento, a la superstición y a la ignorancia religiosa, que, muy a menudo, ven el diablo donde sólo hay coincidencia de fuerzas naturales desconocidas o conocidas por la ciencia,

pero ignoradas por los profanos»[24].

Las pedradas estratégicas de Siena

Sería hermoso, indudablemente, tras haber formulado una hipótesis, poder echarse a dormir sueños tranquilos, si no fuera porque la realidad, en este campo intrincado, se encarga invariablemente de demostrar que ninguna hipótesis consigue cubrir la completa variedad de los fenómenos. Hemos ilustrado los casos en que los objetos expresan simbólicamente las inquietudes individuales y las colectivas. Ahora veremos otros casos que nos obligarán a introducir una tercera variante, conectada con el ambiente. Las piedras que llovían hace treinta años, en Siena, en las inmediaciones del Jardín Botánico, tenían un origen. Pero, ¿cuál?

El lugar es notoriamente considerado como «infestado», lo que resulta, en parte, de antiguas e incontrolables leyendas. Pero también resulta de episodios relativamente recientes y controlables, en cuanto que aún es posible —y hasta fácil— localizar a protagonistas y testigos, como he hecho yo mismo. Durante años y años, en ciclos fijos, pedradas nutridas saludaban las incursiones nocturnas que realizaba a aquellos lugares un grupo de jóvenes, los cuales se sentían atraídos por causa de su misma fama siniestra. Hoy, ya no son tan jóvenes, y ocupan puestos de responsabilidad, pero, en general, no tienen dificultad en recordar aquellos tiempos y los aventurados encuentros nocturnos con las fuerzas desconocidas que actuaban en el Jardín Botánico.

En teoría, aquellas pedradas podían ser obra de malintencionados de carne y hueso, pero todas las mañas intentadas para agarrarlos con las manos en la masa resultaron inútiles. Se organizaron escuadras con el encargo de inspeccionar sistemáticamente aquellos lugares; se pusieron en práctica todos los recursos tácticos que los manuales militares enseñan para acercarse al enemigo; pero no se encontró nunca la menor huella de los malintencionados. Durante las patrullas organizadas por aquellos jóvenes, las piedras procedían siempre de la parte opuesta a aquella donde ellos se encontraban, y se comportaban de esa manera extraña ya señalada por tantos autores a propósito de hechos semejantes, o sea, que parecían dotadas de voluntad y discernimiento. Baste decir que su trayectoria se hacía más lenta, de improviso, al final del recorrido, después de lo cual iban, por ejemplo, a meterse limpiamente en los bolsillos de los hombres o bajo la chaqueta. En una ocasión, llovieron casi exclusivamente sobre la cabeza de uno de aquellos jóvenes, y había motivo para ello: se había puesto un casco militar. Por suerte, eran piedras muy pequeñas.

Parecían manifestaciones burlescas, en suma, y como tales, eran sustancialmente inocuas. Pero, mientras tanto, alguien había perdido la tranquilidad por culpa de aquellas intromisiones de origen desconocido, y la consecuencia de ello fue que la familia del guarda se trasladó a un lugar más tranquilo. Manifestaciones de este tipo parecen incluirse en el ámbito de las infestaciones fijas de tipo intermitente, o sea, las vinculadas al ambiente más que a la persona del médium (si bien la presencia de algunos sujetos mediúmnicamente receptivos sea, en todo caso, indispensable). Y henos aquí llevados de nuevo a hipótesis y teorías ya consideradas en otra parte, a propósito de los famosos «residuos psíquicos» y de ambientes que parecen guiar (¿o tal vez obligar?) la mente del médium a tomar contacto con acontecimientos dramáticos del pasado. Se ha visto en el capítulo XII que algunos médiums, sepan o no que lo son, pueden identificarse con los «clisés archivados», hasta manifestar en sí mismos las antiguas pasiones y los conflictos olvidados de aquéllos. ¿Quién sabe si ciertos tumultos conexos con infestaciones fijas no son también expresiones simbólicas —pero póstumas, y realizadas por intermedio de una persona viva— de aquellas lejanas turbaciones psíquicas? Nos hallamos, evidentemente, en un terreno discutible e incierto, pero tal vez no es casual que las leyendas acerca del Jardín Botánico hablen de cierto fraile suicida que vivió, en su tiempo, en un viejísimo edificio contiguo. (Hay quien ha extraído de ello el argumento para una libre creación dramática; nos referimos al profesor Giulio Cogni, que es también un conocido estudioso de parapsicología.)

Los perseguidores invisibles

Vienen, luego —siempre para desesperación de los teóricos—, los casos de clasificación difícil o, sin más, imposible. Las crónicas de 1954 refieren que, en Maiano, en la provincia italiana de Udine, algunas bicicletas y ciclomotores guardados en el taller de Arturo Riva se dedicaron, en pleno día, a ejecutar extravagantes evoluciones que, después, fueron repetidas más veces en los días sucesivos, y en presencia de numeroso público. De vez en cuando, alguno de aquellos vehículos se enderezaba, daba una vueltecita y, luego, regresaba a su sitio. Por desgracia, también sucedían ciertas otras cosas que fastidiaban en extremo al jefe del taller: instrumentos indispensables se sustraían a su vista, y no podían encontrarse sino tras largas y afanosas búsquedas, latitas de lubricantes vertían de manera inconsiderada su contenido todo alrededor, y así sucesivamente.

Fue uno de los ciclos infestatorios más largos y mejor documentados que nunca se hayan registrado en los anales de la mediumnidad física, y, como tal, suscitó no sólo el interés de la Prensa (hablaron y hablaron ampliamente los más importantes

periódicos de Italia), sino también el de los estudiosos[25]. En algunas manifestaciones incluso estuvieron presentes autoridades ciudadanas. Dos meses y medio duró la lucha extenuante de Riva contra los autores invisibles de tanto desorden, y, por entonces, había perdido el buen humor y la alegría de vivir. En un momento dado, se decidió a despedir a su joven ayudante, porque supuso que pudiera tratarse de un médium y que fuera el responsable involuntario de aquellos desórdenes. Pero no sirvió de nada. Al final, se rindió, abandonó aquel local y trasladó su taller a otro sitio.

Los nuevos inquilinos quisieron acondicionar en seguida la pieza principal para depósito de hortalizas, pero apenas hubieron almacenado el primer cargamento de patatas —refiere el doctor A. Ronchi en el *Bolletino della Società Italiana di Parapsicologia*—, «en un momento dado, los tubérculos amontonados comenzaron a desparramarse y a volar contra las paredes y el techo, ante los ojos aterrorizados de los presentes» Y añade: «En presencia de estos fenómenos extraños y sorprendentes, en cuya producción hay que excluir, evidentemente, la broma y la mixtificación —por el gran número de personas que cada día, durante más de dos meses, han sido testigos oculares del hecho—, poco cuenta, en el estado actual de los conocimientos, formular hipótesis y emprender discusiones teóricas.»

La conclusión que se impone, en estos casos, es que las fuerzas invisibles —como se las quiera clasificar— también saben perseguir y mostrarse despiadadas. No siempre el público lo advierte, y si lo hace, es porque las crónicas periodísticas dan mayor relieve a los aspectos suprarreales y divertidos de tales sucesos. Pero yo he podido comprobar que detrás del aspecto espectacular y desacostumbrado también puede esconderse un auténtico drama. Por ejemplo, en Catena di Villorba, en la provincia de Treviso, una familia campesina de cinco personas tuvo que ceder, hace pocos años, frente a la superioridad de los perseguidores desconocidos, y acabó por abandonar una cómoda casa de labor donde había vivido con toda tranquilidad durante años.

He hablado con ellos y con otros, recogiendo los testimonios directos e indirectos sobre una extraña y casi increíble aventura. Se trata de gente simple y normal, que se ocupa sólo de labores agrícolas. Que está falta de miedos irracionales lo demuestra el hecho de que, por espacio de tres meses, sufrió con paciencia un ciclo infestatorio de desacostumbrada violencia. No se trataba sólo de pedradas, de vidrios rotos y de lamparillas quebradas, sino que hasta en pleno día volaban bofetadas y puñetazos de procedencia desconocida, y dejaban su señal. El 19 de enero de 1963, tras haber sufrido una ofensiva más virulenta que las otras, los habitantes de la casa se dieron cuenta de que no podían resistir más, y, entonces, abandonaron con pesar la que había sido por mucho tiempo su hogar, y se fueron a

vivir —los cinco— a una única habitación puesta a su disposición por una familia amiga. Allí se encontraban a disgusto, pero en paz. Cuando yo los conocí, aún estaban en el mismo sitio, y la hermosa casa de campo aún permanecía cerrada y abandonada.

Persecuciones de *Poltergeist* mucho más graves que éstas han sido descritas por Hereward Carrington y por el padre Thurston, pero no creemos que sea oportuno insistir sobre un tema interesante, pero más bien siniestro. Poco a poco, nuestra atención se ha ido trasladando de los objetos «vivos» a las fuerzas desconocidas que se sirven de ellos. Aun admitiendo que las entidades responsables de las persecuciones aquí referidas sean filiaciones más o menos autónomas del psiquismo humano individual o colectivo, es preciso reconocer que asumen, a veces, las inquietantes características de auténticas entidades maléficas. Todo esto demuestra hasta dónde se extiende aún, en esta segunda mitad del siglo XX, la jurisdicción de lo desconocido. Y acaso incluya también una invitación a dejar un poco de margen disponible más allá de toda hipótesis teórica, por satisfactoria que ésta parezca.

NOTAS — Capítulo XVI

(1) *Light*, 1898, p. 65. El testimonio es del mayor A. Romier. Citado por BOZZANO en *La psiche domina la materia*, Verona, 1948.

(2) *Au tour de la mort*, v. BOZZANO, *op. cit.*

(3) Véase BOZZANO, *op. cit.*, y DEVAUX, *op. cit.*

(4) De *The International Psychic Gazette*, 1925, citada por DE BONI, *op. cit.*, p. 394.

(5) V. citas bibliográficas anteriores.

(6) V. el ya citado *Analisi dei sogni*, pp. 26-27.

(7) V. artículo del profesor HAGENBUCKNER, citado en la nota 22 al capítulo XIII.

(8) V. prefacio de C. G. JUNG a la traducción inglesa del *I-King* (el *Libro de las mutaciones*).

(9) "Cada palabra, cada frase... oídas por un hombre preocupado por un motivo cualquiera al que sea extraño el otro que habla, podía convertirse, para quien las oía, en un signo profético, que los griegos llamaron un *cledón*", escribe A. BOUCHÉ-LECLERQ en *Histoire de la adivination dans l'antiquité*, París, 1880. Estas creencias se basaban en la difundida convicción —que en los estoicos tenía rango de concepción de la vida—, según la cual "una simpatía universal cósmica, une a todos los seres del Universo, de tal modo que no puede existir ningún hecho que no se vincule por medio de relaciones necesarias con todo el conjunto de los hechos pasados, presentes y futuros". Siempre según tal concepto, la impenetrabilidad de las citadas relaciones a la razón humana no es óbice para que existan. "El hombre no puede levantar un dedo sin que se sientan los efectos en el mundo entero." (Cfr. ROBERT FLACELIÈRE, *Devins et oracles grecs*, Presses Universitaires de France, París.)

(10) Véase C. G. JUNG y WOLFGANG PAULI, *The interpretation of nature and the Psyche*, Londres, 1955. En esta obra, está comprendida la monografía de JUNG *Synchronicity, an Acausal Connecting Principie*, en la que se expone la teoría según la cual acontecimientos no ligados por la causalidad pueden presentar entre sí significativas coincidencias en el plano humano. Pauli valora, a este propósito, la analogía representada por todos los comportamientos inexplicables, pero sistemáticos y ricos en coincidencias significativas con el mundo macrocósmico, que han sido observados en el campo de las partículas elementales de la materia. El más conocido de dichos comportamientos es el inexplicable del electrón, que se sustrae a algunas leyes clásicas del mundo físico. Se habla, asimismo, de partículas "que remontan el curso del tiempo".

(11) EMILE TIZANÉ, *Sur la piste de l'hôte inconnu*, París, Amiot-Dumont.

(12) *Annales des Sciences Psychiques*, 1911.

(13) Está claro que el despertar implica de inmediato la reanudación de la actividad cortical integral y la consecuente inhibición de esa hiperactividad diencefálica a la que, según la hipótesis de Brunori ilustrada en otro lugar, corresponderían las manifestaciones paranormales físicas.

(14) NANDOR FODOR, *The haunted mind*, Nueva York, 1959.

(15) El neuropsiquiatra Alain Assailly ha sido el primero en observar que los breves ciclos infestatorios del tipo de los aquí considerados se desarrollan siempre en casas habitadas o frecuentadas al mismo tiempo por dos sujetos, uno de los cuales vive la experiencia de la pubertad, y el otro, la del climaterio. Recientemente, Assally ha conseguido confirmar su hipótesis con otras observaciones. Muchos de los casos aquí referidos podrían ser interpretados según esa teoría (v. *Revue Métapsychique*, julio-agosto de 1964).

(16) El neuropsiquiatra Jan Ehrenwald utiliza este término para indicar el modelo posfreudiano de la personalidad humana, al que corresponde una "organización pluriestratificada y pluralista" (cfr. ensayo del citado autor en *Problemi di Ulisse*, abril de 1961). V., asimismo, lo apuntado en el cap. XIII a propósito de las análogas ideas de Carrington.

(17) *Bollettino della Società Italiana di Parapsicologia*, enero-junio de 1959.

(18) ERNESTO BOZZANO, *Fenomeni d'infestazione* (ya citado); H. THURSTON, *Ghost and Poltergeist* (ya citado); H. CARRINGTON y N. FODOR, *Haunted people*, Nueva York, 1951.

(19) *Luce e Ombra*, n.º 6, noviembre-diciembre de 1960: HANS BENDER, *Un poltergeist incasa del borgomastro*.

(20) Comandante de Gendarmería TIZANÉ, *Comment j'ai été conduit à m'intéresser aux hantises* en *Initiation et Science*, enero-febrero de 1955.

(21) "Esta investigación no es de laboratorio, y no podemos llegar a una conclusión como podríamos formularla con experimentos llevados a cabo en condiciones rígidas y controladas." (J. G. PRATT y W. G. ROLL, *The Seaford Disturbances*, en *The Journal of Parapsychology*, vol. 22, junio de 1958.) V., también, *Tomorrow*, n.º 3, 1958, y *Journal of the American Society for Psychical Research*, n.º 2, 1958.

(22) *Revue Métapsychique*, vol. I, n.º 5, 1957. (Nota de AMADOU en la sección de cartas al director,)

(23) Ya Myers, como verdadero precursor, había escrito que la mayor parte de ciertas presuntas obsesiones diabólicas podría reducirse "a una forma de dirección temporal del organismo por parte de un fragmento más o menos importante de la personalidad que se destaca del resto de ésta y degenera, por virtud de autosugestión, en una hostilidad hacia la personalidad principal, acaso, incluso, capaz de alcanzar y manipular mejor que ésta ciertas «impresiones de reserva» o hasta ciertas influencias supranormales". Y, prudentemente, añadía que, tal vez, esta explicación "no es válida en todos los casos".

(24) V. *Il punto sul pensiero filosofico e teologico cattolico circa i fenomeni medianici*, de P. R. SANTILLI, en *Nuovi problemi di metapsichica*, II serie, Roma, Esim, 1952.

(25) El doctor Giuseppe Dal Zotto, médico de Maiano, y el doctor Virginio Sias, de Como, escribieron relatos del caso. V., además, nota informativa del doctor A. RONCHI en el *Bollettino della SIP*, enero-junio de 1955.

Capítulo XVII
LA MECÁNICA BURLESCA DE LA MEDIUMNIDAD

No hay piedras en el cielo, así que no pueden caer sobre la Tierra.

Lavoisier.

Ya no es con el mero sentido común como puede llegar a descubrirse las leyes de la materia y de la energía.

Charles-Noël Martin.

Las proezas de Stasia

Hemos visto que los objetos inanimados pueden asociarse al psiquismo humano subconsciente mediante comportamientos simbólicos encaminados a expresar sus aspectos burlescos, rebeldes o, sin más, autopersecutorios. Ahora nos ocuparemos de otros objetos que desempeñan, se diría, la insólita función de compañeros de juego, tal vez para apagar aquella sed de maravillas recreativas que está profundamente enraizada en el espíritu humano (aunque tal vez se nutre de etiquetas y coberturas ficticias). La mediumnidad física ha contribuido en gran manera al cumplimiento de esa exigencia, con sus creaciones jocosas nacidas del estado soñador del médium. Entre las pruebas más precisas de tal aserto, indiquemos las actas de las sesiones mediúmnicas «recreativas» (no hay término que pueda definirlas mejor) que se celebraban alrededor de 1920 en Bruselas, en casa del señor H. Poutet.

En algunas de dichas sesiones estuvo presente el profesor William Mackenzie, que ha dado cuenta de sus observaciones y consideraciones al respecto en la obra ya citada. Imagínese un grupo de personas que, aun no creyendo en el espiritismo, creen, sin embargo, en la mediumnidad, y hacen libre uso de ella por el gusto de entretenerse con lo desconocido. Dirige las sesiones el mismo médium, el abogado A. T., quien nunca cae en el trance propiamente dicho, aunque, a veces, adquiere un aspecto soñador. Un colaborador importante, por las contribuciones inconscientes que aporta, es el señor H. Poutet, que trabaja en Seguros, pero que se ocupa con mayor pasión de una materia insólita: la aritmosofía. «Las relaciones numéricas de cualquier clase son captadas o intuidas por él con prontitud y facilidad relevantes»,

escribe Mackenzie.

¿Qué puede resultar de una asociación mediúmnica de este tipo, sino una entidad que sepa hacer cuentas de manera más rápida y precisa que el mismo Poutet? Pero ésta no es más que una de las habilidades menores de *Stasia*, como se hace llamar. Los rasgos de semejante personificación mediúmnica son más que insólitos: en primer lugar, porque hace saber que no es el alma de un difunto, y, además, porque se diría que no tiene otra ambición fuera de dar desahogo a sus capacidades trascendentes. Los instrumentos auxiliares que precisa son pocos y simples: una mesita (que sirve para las comunicaciones basadas, como de costumbre, en la tiptología); algunos mazos de cartas renovados a menudo (y no raras veces sin desprecintar); y una pequeña ruleta. Una sola vez se sirvió *Stasia* también de un gato presente por casualidad, para hacerle golpear con la patita el mismo mensaje de respuesta que hubiera podido comunicar por medio de la mesa.

Y he aquí uno de los juegos más simples. La señora S. es invitada por la entidad a escoger una carta al azar y a esconderla. *Stasia* podría indicar en seguida, y de la forma acostumbrada, cuál es la carta elegida, que ninguno de los presentes ha visto, pero siente la necesidad de introducir en el juego toda posible complicación que demuestre sus facultades trascendentes. Obliga, pues, al médium a escribir automáticamente un número de quince cifras (que para simplificar no transcribimos), y, luego, le pide que se lo multiplique por los valores numéricos correspondientes a la primera y la última letra de la palabra que se encuentra al comienzo de la página 350 de cierto libro cerrado que se halla sobre la mesa, libro que ha sido tomado con anterioridad de la biblioteca por uno de los presentes.

Resulta que las dos letras en cuestión corresponden a los números 12 y 5. Se multiplica, pues, por 125 el enorme número escrito automáticamente por el médium y se reduce el producto resultante (que consta de diecisiete cifras) a las correspondientes letras del alfabeto. La frase que se obtiene es: *Valet Trèfle* (sota de trébol), que corresponde, precisamente, a la carta escogida al azar por la señora S. Hemos descrito, repetimos, el ejemplo más simple, porque el informe de cualquier otra experiencia hubiera requerido páginas y páginas de descripciones y consideraciones muy complejas. Sin embargo, aun de tan elemental episodio resultan las siguientes interesantes circunstancias: 1) que la entidad conocía la carta elegida por la señora S.; 2) que encontró el equivalente numérico del nombre de aquella carta (o sea, el famoso producto de diecisiete cifras); 3) que hizo la descomposición de dicho equivalente en dos factores enteros, dictando al médium el de quince cifras; 4) y que en cuanto al otro factor, de sólo tres cifras (125), buscó en el *libro cerrado* la referencia alfabética capaz de determinarlo.

Un verdadero derroche de facultades insólitas de cálculo mental y de clarividencia, al servicio de un juego de sociedad, por muy brillante que sea. Juegos de éstos los hizo *Stasia* a centenares, durante los muchos años en que se exhibió, puntualísima, en cada reunión del circulito mediúmnico de Poutet. *Stasia* se manifestaba ya antes de que ese circulito se constituyera, y siempre por la mediumnidad del abogado A. T., pero sus habilidades de cálculo se manifestaron sólo después de que el *aritmosofista* comenzó a participar en las sesiones (lo que es muy significativo). Otras capacidades demostradas por *Stasia*, que resultan de los numerosos volúmenes de actas de las sesiones y de las experiencias mismas que presenció Mackenzie, son las precognitivas, telecinéticas, de conocimiento del pensamiento y de dominio ejercido sobre la voluntad de los presentes, sin que éstos lo advirtieran. Una vez, entre once y media y una de la noche, se divirtió haciendo que todos los presentes levantaran al azar —tras haberlo barajado bien— uno de los mazos de cartas disponible sobre la mesa, y se encontraran invariablemente con que lo cortaban por el sitio de una misma carta: la sota de trébol. Piénsese cuántas veces se repetiría ese juego simple y brillante en una hora y media de tentativas.

La edad de oro de las mesas parlantes

Pero la aparente futilidad de esos juegos no debe llamar a engaño. Como observa Mackenzie, «precisamente aquí se esconde, según creo, cierta ironía de la entidad en cuestión, que nunca habla de filosofía, pero que, con cuatro minúsculas operaciones psicofísicas, propone al observador los más difíciles problemas generales, como si quisiera reclamar de él la valoración propiamente “filosófica” de esa realidad misteriosa y oculta que, aun tras las cosas menos aparentes, opera y vive».

¿Quién era, en realidad, la tal *Stasia*? Mackenzie, aun hablando de ella «como de una persona real», subraya que lo hace «sin que eso, por otra parte, implique por ahora cualquier apreciación sustancial». Y, en efecto, utiliza con manifiesta circunspección, a tal respecto, las palabras «entidad» y «existencia». Pero no puede dejarse de creer en la existencia real —aunque sea en cierto plano de realidad— de una entidad, como dice el mismo estudioso, dotada «de un psiquismo vivo y autónomo», aunque de características propias y sustancialmente distintas de los presentes, si bien alimentadas por sus mismas contribuciones. Y, por añadidura, se mantiene igual durante todos los años que se manifiesta.

He aquí cómo los jueguecitos de sociedad pueden conducir a ciertas cuestiones interesantes de carácter general, ya tratadas en los capítulos anteriores, acerca de la enigmática naturaleza de estas filiaciones del psiquismo humano individual y

colectivo. Es incomprensible, por otra parte, la duda de los estudiosos antes de comprometerse en un tipo de suposiciones que parece demasiado atrevido, aun si los mismos hechos le sugieren que el psiquismo humano no sólo crea ideas, sino que puede dar vida, también, a personajes *sui géneris* y con alguna tendencia a durar. La comparación que puede hacerse es la de ciertas plantas parásitas que viven a costa de otras (pero viven)[1].

Y, ahora, ocupémonos de otros fenómenos mediúmnicos de carácter distinto, aunque también inherentes a la «mecánica burlesca» de la mediumnidad. Un lugar de honor, en el vasto capítulo de los objetos animados por el psiquismo inconsciente de los participantes en la sesión, corresponde a las mesas que se mueven por sí mismas, por más que hoy están pasadas de moda. Su época dorada fue el siglo pasado, cuando las publicaciones especializadas llenaban las crónicas con sus gestas. Mesitas inquietas flotaban y hacían piruetas movidas por las fuerzas psíquicas conducidas por el médium, respondiendo (pero no siempre de manera sensata) a las ansiosas preguntas de los presentes.

Elizabeth d'Esperance, que, como sabemos, fue una de las médiums mejor dotadas en este sentido, nos describe, por ejemplo, la fatigosa lucha que se desarrolló, en el curso de cierta sesión, entre un espectador robustísimo y una frágil mesita. Aquél pretendía inmovilizar el objeto cuando éste se movía, y, al contrario, quería moverlo y se mantenía quieto. Venció siempre la mesita. En otro caso referido por la misma fuente, la mesa mediúmnica danzó al perfecto ritmo de la música, hasta cuando se interpretaba el himno nacional americano. Se detuvo en seco apenas el músico se permitió atacar los primeros compases del himno inglés. Sin embargo, Elizabeth d'Esperance estaba convencida de que los responsables de semejantes manifestaciones eran los espíritus de personas difuntas, «los grandes amigos del Gran Más Allá», como los llamaba[2].

También el gran Richet se entusiasmaba juvenilmente con las «extraordinarias capacidades expresivas» que las mesas semovientes demostraban a través de las modalidades y alusiones de sus movimientos. Los grandes protagonistas durmientes (o, en todo caso, soñadores) de tales manifestaciones han sido, precisamente, D'Esperance, Daniel Home, Stanislawa Tomczyk, Eusapia Paladino, la señorita Goligher, Rudi Schneider y muchísimos otros: han hecho mover y danzar mesas, sillas, lámparas y cuantos enseres se pusieran al alcance de su mano. Esta gran oleada de mediumnidad física ha llegado hasta los primeros decenios de este siglo, antes de retroceder frente a otras maravillas de tipo tecnológico que bastan por sí solas, según Tocquet, para apagar la sed de maravillas inherente al espíritu humano. Esto ha llevado a decir a algunos que los médiums de efectos físicos ya no existen, pero nosotros sabemos que esto no es cierto, y de ello daremos el debido

testimonio.

Las experiencias más interesantes, en este ámbito, están, de todas formas, lejanas en el tiempo. Cuenta, por ejemplo, Mackenzie: «En Varsovia me fue dado ver, con luz roja más que bastante para distinguir con claridad objetos y personas, una pesada mesa de laboratorio levantarse casi hasta el techo, y allí deshacerse, con una fragorosa explosión, en gran cantidad de pedazos que cayeron pesadamente al suelo, no sin herir a dos de los experimentadores. La fotografía con infrarrojos no reveló la existencia de brazos fluídicos o ectoplásmicos, de los que tanto se ha hablado en la literatura sobre la mediumnidad… Pero “algo” levantó aquella mesa»[3].

He aquí la pregunta que en el capítulo anterior hemos aprendido que no tiene respuesta: ¿Qué es lo que mueve estos objetos inquietos? Bien está decir que es el psiquismo humano que se extiende hasta ellos y los anima; pero, ¿«de qué modo» puede suceder eso? Quisiera encontrarse una respuesta de orden físico a una pregunta que arbitrariamente se plantea en términos sólo físicos, y ello porque el determinismo mecanicista no permite concebir que un hecho físico pueda ser causado por fuerzas psíquicas, aunque sea de manera excepcional e inoperante desde el punto de vista estadístico. Del mismo modo que no permite suponer que la famosa antinomia entre los dos campos opuestos ya no tendría razón de ser, como si se partiera del presupuesto de la inexistencia de un común denominador psíquico de todo cuanto existe, como hace Teilhard de Chardin, que escribe: «Nos vemos llevados a conjeturar, lógicamente, sobre la existencia rudimentaria, en todo corpúsculo microfísico, de algún tipo de psique en estado “infinitamente pequeño”, o sea, infinitamente difuso.» Por eso parece que se debe dar la razón a Wathely Carrington cuando escribe que la única manera de afrontar la problemática de la telecinesis (o psicocinesis) consiste en excavar profundamente en las raíces metafísicas del problema.

Los objetos que anulan el espacio

Testimonios más o menos análogos al de Mackenzie han sido suministrados por Myers, De Rochas, Aksakoff, Ochorowicz, Flammarion, Crawford, Lombroso, Morselli, Henri Bergson. También los esposos Curie tuvieron experiencias de telecinesis mediúmnica. Upton Sinclair ha descrito una sesión en la que Einstein levantó una mesa sin la presencia del médium, lo que permitiría pensar que el médium era el propio científico[4]. Pero el fenómeno más interesante —el que pone en crisis más grave el presunto absoluto de las leyes físicas, y hace pensar en la existencia de dimensiones desconocidas o, al menos, de propiedades desconocidas de la materia y del espacio— es el del aporte, o sea, la llegada, de improviso, de un

objeto que antes no estaba y que procede de lejos.

Hemos visto algo parecido a propósito de las lluvias de piedras, de clavos y demás. Pero aquí se añade lo instantáneo del fenómeno. «Pese a las dudas manifestadas por Richet, conviene dejar bien sentado que las suposiciones acerca de la veracidad de los aportes aparecen muy sólidas, incluso para los más escépticos», observa Servadio[5]. Increíbles aportes de plantas y flores fueron realizados por Elizabeth d'Esperance a través del misterioso personaje mediúmnico de Yolanda, que parece haberse materializado muchas veces en el curso de célebres sesiones. Más modestos, pero documentados de manera rigurosa e indiscutible, fueron los aportes realizados por Stanislawa Tomczyk, la médium estudiada por Ochorowicz. Éste consideraba los fenómenos de aporte como una irregularidad, ya que él se interesaba mayormente por los telecinéticos, pero la entidad a la que su médium personificaba pensaba de otro modo, y aprovechó muchas ocasiones para demostrar su habilidad en ese ámbito específico.

En una ocasión, fueron aportados puñados de nieve; otra vez, se materializó de improviso un cenicero de madera —procedente de los planos superiores— justo en el momento en que el profesor Ochorowicz estaba encendiendo el cigarrillo. Otra vez aún, el sombrero del estudioso fue a colocarse de pronto en su cabeza, procedente de otra habitación[6]. Es evidente el carácter burlesco y recreativo de tales manifestaciones, que tienden exclusivamente a suscitar el maravillamiento de los presentes, cosa que, por lo demás, nada resta al enorme interés de los problemas generales en los que se encuentran incluidos, y que afectan a los aspectos más ocultos de nuestro Universo.

Sin embargo, un velo de indiferencia y de hastío envuelve este y otros capítulos de la fenomenología paranormal física, de la que hoy no se acostumbra a hablar sino en términos que entrañan el descrédito. Esto puede explicarse, en parte, por la rareza de los fenómenos, que favorece el escepticismo. Pero hay otro aspecto vinculado a éste. En una época eminentemente concreta, no puede haber sitio para todo cuanto se preste a ser configurado bajo el perfil de la evasión de la realidad y del «refugio en lo irracional». Esta apresurada condena puede ser una forma de cansancio. Es cierto que interviene también el presentimiento de la grave crisis que se produciría en el pensamiento científico, si tuvieran que aceptarse fenómenos inexplicables a todos efectos y que implicaran la necesidad de una revisión de los conceptos básicos.

El verdadero rechazo de la realidad es, precisamente, éste, no el otro. Y como toda actitud de renuncia, es eminentemente irracional, pese a los pretextos de que se nutre. Uno de ellos, que parece dar las mayores satisfacciones a quien lo emplea,

viene representado por los fraudes de los médiums, el famoso tema al que ya nos hemos referido, y que aparece inseparable del mismo de la mediumnidad. Se ha escrito mucho al respecto, y no siempre de una manera objetiva. Por otra parte, es un problema menos simple de lo que parece a una aproximación primera y superficial, dada la existencia de «frecuentes interferencias, en una misma sesión, de fenómenos auténticos con otros automáticamente imitados», como escribe Servadio *(op. cit.)*.

Es preciso, en efecto, considerar que el médium actúa en un estado de somnolencia, lo que supone una interferencia mínima, y, a veces, hasta nula, del psiquismo consciente. Pero hay varias maneras de soñar que tienen en común un único elemento: la tendencia a realizar un deseo, un propósito. En el sueño normal, la realización permanece en el plano puramente mental y ficticio, mientras que en el mediúmnico se añade un componente objetivo y extremo que podemos considerar como una realización «mágica» de los impulsos que están en la base del sueño. Finalmente, está la actitud de los sonámbulos, que dan curso, de forma material, mediante su propio deambular, a las «intenciones soñadas». Esto les sucede raras veces, cuando se encuentran en condiciones particulares. El fraude inconsciente de los médiums se desarrolla precisamente en este plano de automatismo sonambúlico, y también es esporádico.

Médiums y prestidigitadores

Su existencia no excluye, por lo demás, la del fraude mediúmnico consciente, que puede darse cuando el médium trata de suplir con trucos de distintas clases sus propias ineptitudes, y ello, para evitar manchas y lesiones de prestigio (no debe olvidarse que muchos de los sujetos más dotados fueron profesionales auténticos de la mediumnidad). Por esta razón, casi todos los grandes médiums fueron considerados responsables de tentativas fraudulentas, desde Home a Eusapia Paladino, a Mrs. Duncan, a Linda Gazzera o a Erto (ya se ha hablado del caso de Florencia Cook). Tentativas infantiles de fraude han sido atribuidas también a Stanislawa Tomczyk, la bella y caprichosa sonámbula de Ochorowicz, y a Guzik. Y podrían citarse otros muchos casos.

El tema de los fraudes mediúmnicos no puede ser tratado de manera completa, sin algunas consideraciones sobre el ambiente en el que se fue desarrollando, hacia la mitad del siglo pasado, la competencia entre dos interpretaciones distintas de lo «maravilloso»: la mediumnidad y el ilusionismo. Ante el despertar imprevisto del interés público por las prácticas y las doctrinas espiritistas, los ilusionistas se consideraron amenazados en aquel monopolio de lo «maravilloso» que desde hacía

siglos correspondía a su propio arte, aun convencionalmente basado en la simulación y en la técnica. Y reaccionaron con todos los medios. Prestidigitadores como Robert-Houdin, Cazeneuve, John Henry Anderson (y, en tiempos más recientes, Houdini, Julius Zancig, Robert Heller, Harry Kellar) tuvieron a honra perfeccionar la técnica ilusionista en el sector del llamado «mentalismo», dedicado precisamente a la imitación de determinado tipo de manifestaciones paranormales. Y lo consiguieron hasta el punto de hacer creer a los superficiales de siempre que podía reducirse a truco todos los aspectos de la fenomenología mediúmnica, como aún creen hoy muchos.

A alimentar las desconfianzas respecto a los médiums contribuyó también el comportamiento de ciertos prestidigitadores que se hicieron pasar sistemáticamente por médiums auténticos, como los hermanos Ira y William Davenport, de Buffalo, que tuvieron un éxito increíble (sobre todo, en Norteamérica) con sus mediocres falsificaciones de la mediumnidad física, y si bien fueron desenmascarados en más de una ocasión, lograron hacerse una fortuna[7]. Se entiende que incluso algunos de los médiums auténticos reconocidos culpables de fraude habrán sacado provecho de esas técnicas ilusionistas, en el intento ya considerado de compensar su propia ineficacia, pero hay que guardarse de generalizar.

Sobre todo, teniendo en cuenta que el estado psicológico en el que opera el verdadero médium (trance u otros estados de somnolencia caracterizados por el descenso del «nivel de vigilancia») se concilia mal con las exigencias del arte ilusionista, *donde se requiere el máximo dominio de uno mismo*. Sin esta condición, no podían aplicarse las observaciones basadas en el *timing* y en la *misdirection*[8]. Es propio de una cultura de exasperada orientación tecnológica pretender explicarlo todo en los términos de alguna técnica, pero esto constituye un hábito mental que conduce a alterar el sentido de las proporciones. Quien tiene conocimiento directo de ilusionismo y de fenómenos paranormales sabe bien cuánta diferencia existe entre una auténtica manifestación de mediumnidad física y una falsificación.

En cuanto a la rareza de los fenómenos físicos de la mediumnidad, que contribuye a incrementar el escepticismo, ello es un hecho innegable, pero no autoriza a sostener que la mediumnidad física es inexistente hoy en día[9], como afirman algunos respetables estudiosos. Y he aquí el testimonio que podemos dar sobre el tema. Los hechos relevantes acontecieron en una villa patricia de los alrededores de Treviso, una noche de octubre de 1963. Debo a la cortesía del doctor Cino Boccazzi, personalidad trevisana muy conocida[10], haber conseguido romper el cerco defensivo justamente erigido por los cultivadores de tales experiencias, contra la invasión y la curiosidad no siempre benévola de los extraños.

Se me perdonará por no citar otros nombres, pero, en compensación, referiré los hechos de los que he sido testigo, y haré mención de otros que también entran en el mismo cuadro ambiental, y acerca de los cuales he podido recoger una impresionante documentación que tendré a disposición de cualquier estudioso que desee consultarla. Eran las once y media de la noche y yo me hallaba cansado tras una larga sesión mediúmnica basada en la acostumbrada técnica tiptológica, de la que habían resultado las inevitables trivialidades propias de tales prácticas. Éramos seis en torno a una mesa redonda más bien pesada, como yo bien sabía por haberla levantado con dificultad antes de la sesión. Estábamos a oscuras en el amplio vestíbulo de la villa.

En un momento dado, expresé mi fastidio y mi cansancio, y esto fue como si hubiera dado paso a la irrupción de fuerzas poderosas y desenfrenadas. Sucedieron tres cosas al mismo tiempo: en primer lugar, la mesa se «encabritó» y se levantó inmediatamente hasta golpear, con una de sus patas, mi cabeza. En el mismo instante, se dejó oír un grito de mujer, y mi silla fue empujada atrás no menos de un metro y medio (conmigo sentado), con un movimiento extrañamente suave. Aquel grito había inducido al director de la sesión a encender en seguida la luz, lo que nos dio tiempo de ver las consecuencias aún operantes de las fuerzas desencadenadas: mi silla fuera de sitio, la mesa que volvía a bajar y —único detalle de violencia brutal— los rubios cabellos de aquella señora estirados por la entidad invisible. Por supuesto, la sesión fue interrumpida de inmediato.

Dos horas más tarde, mientras regresaba yo a Treviso en el automóvil de mi muy gentil anfitrión (y también nos acompañaba el médium), se produjo el episodio inesperado y tal vez más interesante. La conversación languidecía, y yo estaba cavilando para mis adentros ciertos juicios poco lisonjeros respecto a aquella turbulenta entidad que se había presentado (aquí radica la nota humorística) como Giuseppe Verdi[11]. En un momento dado, vi una cosita blanca relampaguear por un instante al resplandor de los faros, más allá del parabrisas, herméticamente cerrado. Después, fui golpeado con mucha violencia, y en plena frente, por una piedra de unos 40 g. No era más que una piedrecilla muy común, y el hecho de que hubiera podido atravesar el parabrisas sin romperlo no sirvió, por desgracia, para atenuar el efecto dolorosamente auténtico de aquel golpe.

Un mundo casi fabuloso

Aún no he hablado del médium, distinguido profesional de aspecto tranquilo y un poco esquivo, de mirada penetrante y maneras gentiles y modestas. Si hay una cualidad que no deja huellas en el rostro ni en el aspecto, debe ser la mediumnidad,

porque nadie podría imaginar que este hombre ha hecho moverse y encolerizarse (aunque sea sin quererlo conscientemente) tantos objetos grandes y pequeños, en los últimos quince años, que podría recogerse en un libro los documentos relativos a esos casos. El conocido propietario de un restaurante, un magistrado en funciones y algunos simpáticos representantes del estamento patricio trevisano me han contado episodios de fábula. Aparte de esto, he recogido una serie de declaraciones escritas cuya exactitud he podido verificar a través de testimonios colaterales.

Hay fuera de Treviso un pequeño cementerio abandonado desde la época napoleónica, cuya existencia está actualmente en peligro debido al avance inexorable de la ciudad. Cada vez que el médium se dirigía con el grupito de sus amigos a aquella zona, se producían hechos muy extraños. Una vez, a hora vespertina, una de las lápidas arrancadas se levantó lentamente y fue a posarse, tras un hermoso vuelo planeado, junto a los visitantes. El príncipe T. F. se encontró, colocados encima de una de aquellas lápidas, algunos documentos importantes que estaba segurísimo de haber dejado bien cerrados en su caja fuerte. En otra ocasión siendo ya noche cerrada, una linterna eléctrica encendida, que navegaba tranquilamente por el aire, fue al encuentro de los amigos que estaban paseándose por la carretera provincial; procedía de la casa de uno de ellos. Gafas que le son sustraídas a su legítimo propietario, que cree ser víctima de una broma, pero que, luego, las encuentra en el interior de su automóvil, que él mismo había dejado cerrado y bloqueado con el dispositivo antirrobo.

Una trama de sucesos fabulosos tejida, se diría, por el psiquismo colectivo de un grupo de amigos que creen en lo desconocido y que, por virtud de esta misma fe, viven en un mundo propio y distinto, donde la relación mágica con la Naturaleza ha podido resistir la carga demoledora de los tiempos. Una vez, en el curso de un breve paseo en coche hasta las puertas de Treviso, el citado grupito se detuvo algún tiempo en una hermosa plaza adornada con arriates floridos, y en cuyo centro hay un estanque en forma de concha. Uno de ellos tiró distraídamente piedrecitas en aquella dirección y, luego, montaron todos de nuevo en el automóvil.

Se estaban ya alejando cuando una sucesión de golpes secos en la carrocería ¡les advirtió de que los pequeños proyectiles estaban volviendo atrás! Se detuvieron, comprobaron que no hubiera nadie y, luego, lanzaron de nuevo algunas piedrecillas en la misma dirección, no sin haber marcado una con un dibujito en forma de estrella de Salomón. También esta vez las piedras fueron devueltas por la fuente, «y estaban mojadas». Sólo faltaba la que estaba marcada. Regresaron a la ciudad, y ya se disponían a apearse en la Piazza dei Signori cuando llegó una piedrecita retrasada. Se materializó a plena luz a la altura del capó, atravesó el parabrisas con el ruido seco de un latigazo y fue a dar en el pecho del conductor. Era la marcada

con la estrella de Salomón, y también estaba mojada, como las otras piedrecillas, ya «restituidas» por la fuente. Como se ve, el episodio de la lluvia de piedras arrojada por fuerzas invisibles tenía ya algún ilustre precedente.

En la interpretación de estos fenómenos, los amigos trevisanos otorgan mucha importancia a lo que en otro lugar hemos definido como *los contactos con los clisés archivados del pasado*, pero aquéllos utilizan una terminología más corriente y vinculada a ciertas interpretaciones tradicionales. Sin embargo, quien cree, como creemos nosotros, en una sustancial unidad de la fenomenología paranormal, no puede dejar de atribuir una importancia mayor a la evidente analogía que subsiste entre los hechos en cuestión y las conocidas turbulencias definidas de los *Poltergeist*. Las «pedradas estratégicas» de Siena no difieren mucho de las de Treviso, y tal vez en la base de todo esté el psiquismo humano, con sus extraordinarias capacidades de movilizar las desconocidas energías particulares o de grupo, para expresar simbólicamente cada vez —y con la colaboración forzada de objetos inanimados— las tendencias, los impulsos y los sueños actuales *o, incluso, retrospectivos* hechos inconscientemente por el médium y sus compañeros.

Perspectivas sobre el universo más amplio

Y permítanos ahora el lector contemplar las cosas desde arriba, tomando el inevitable contacto con todas las dificultades teóricas planteadas por acontecimientos tan excepcionales, los cuales parecen contradecir de manera evidente leyes que se consideran, por lo común, fijas e inderogables. Está claro que de tales sucesos no puede darse ninguna explicación en términos racionales y corrientes; tan sólo puede indicarse el camino que puede conducirnos a una nueva forma de concebir las cosas, de modo que la inexplicabilidad absoluta ceda el sitio a otra relativa. Ya hemos dicho en otro lugar que cuando los hechos resultan estar en contraste con las premisas teóricas (implícitas o explícitas), urge revisar estas últimas, porque en ellas debe haber algo equivocado o incompleto. A continuación, desarrollamos el tema.

Las premisas sospechosas son éstas. En primer lugar, creemos que las leyes del mundo físico son absolutas, o sea que deben ser válidas en todos los casos y en toda circunstancia, pero esto podría no resultar verdad. Estamos convencidos, además, de que la ciencia investiga la realidad (toda la realidad) y, por el contrario, ello puede no ser exacto. Por fin, creemos en la existencia de una sustancial diferencia entre lo «físico» y lo «psíquico», y, en cambio, puede darse el caso de que semejante diversidad no exista. Si se derrumbaran estas tres premisas, muchos de los fenómenos inexplicables nos parecerían normales, sin más, y nuevas

perspectivas se abrirían hacia un universo muy diferente del convencional, pero más conforme a la realidad de cuanto pueda serlo el universo simplista construido por la ciencia de los últimos dos siglos y delineado, en particular, por el esquema de Haeckel.

Pues bien, este esfuerzo de aproximación a una realidad «más verdadera» (no decimos última, y ni siquiera esencial, porque son conceptos que nos llevan fuera del camino que nos hemos trazado) está ya vigente, y se va expresando a través de algunas líneas de pensamiento científico que tienden, en sustancia, a converger. Un primer y significativo paso ha sido dado por quienes admiten ya la validez sólo estadística —o sea no absoluta— de las leyes naturales, lo que hubiera aparecido como absolutamente inconcebible al pensamiento científico tradicional, que tiende a representarse el universo como un infalible mecanismo en el que cada efecto está subordinado a una causa de orden físico que le precede. No se trata de una descalificación absoluta del principio de causalidad, sino de un justo replanteamiento de aquella versión rígida del mismo que había sido adoptada por el determinismo mecanicista[12].

Si las leyes no son, pues, rígidas, la interpretación de los fenómenos debe darse en términos de probabilidad, lo que es válido tanto para el universo microfísico de las partículas como para los fenómenos macrocósmicos de la Física, de la Química-Física y de la Biología. En la práctica, es un reconocimiento (aunque sea inadvertido) de que la Naturaleza es regida por leyes más amplias que las del universo sensible. En efecto, está claro que las lagunas dejadas por las leyes comunes deben ser colmadas, de alguna manera, por otras reglas que son expresión de las fuerzas, aún no advertidas, que se imponen en los casos particulares. En este pequeño margen dejado sabiamente (y, las más de las veces, de manera inconsciente) a lo desconocido, pueden insertarse, pues, una u otra de toda una serie de concepciones nuevas: a partir del finalismo y neofinalismo de los vitalistas, hasta el sincronicismo de Jung y Pauli. En Biología, el principal exponente de esta corriente «probabilista» es Ralph Lillie[13], seguido por Edmund Sinnott.

Un segundo paso hacia delante consiste en darse cuenta de que la realidad investigada por la ciencia sólo es un sector de la realidad global («una sutil película que recubre la realidad verdadera», como escribe, sobre los pasos de Jean Perrin, Jacques Bergier)[14]. Si bien es difícil hacérsela aceptar a los positivistas, en la práctica esta verdad ya ha sido captada por la Física moderna, la cual, en efecto, se ha ido alejando cada vez más, como sabemos, de las premisas sensistas y deterministas postuladas en su tiempo por el empirismo lógico, para adentrarse, gracias a instrumentos puramente matemáticos de investigación, en una realidad cada vez más abstracta y menos apta para configurarse según los esquemas del

sentido común[15].

En esta línea encontramos las convergencias más significativas. Tyrrell, por ejemplo, está convencido de que los fenómenos paranormales «no constituyen hechos aislados y privados de vinculaciones con otros fenómenos naturales, ni infringen las leyes físicas del Universo», y que demuestran, simplemente, «la existencia de una vida y de un universo más allá de los investigados por la ciencia»[16]. No menos explícita es la posición del matemático Luigi Fantappiè, quien se ha ocupado, como sabemos, también, de fenómenos paranormales, para tratar de encuadrarlos en una visión científica moderna alcanzable, precisamente, a través de la especulación matemática[17]. En efecto, escribe: «Aparece claro que no toda la realidad se agota en el espacio-tiempo del universo sensible. Para poder explicarla en toda su extensión, es preciso, pues, buscar un esquema más amplio más allá de éste.»

Fantappiè ha buscado y ha hallado este esquema. Después de haber elaborado un modelo matemático del Universo bastante más complejo del propuesto, en su tiempo, por De Sitter (v. información sobre el particular en el cap. IV), en los últimos años de su vida se dedicó a la tarea de buscar y definir por vía matemática todas las categorías de los «universos posibles», según ciertas premisas geométricas que la teoría de los grupos permite establecer para cada tipo de realidad física, en dependencia de los posibles «grupos de transformación» que caracterizan cada universo. No se trata de puras y simples abstracciones conceptuales, ya que tales universos podrían existir y *acaso existan de verdad*. Estarían, incluso, uno dentro del otro, «presentando así una inagotable variedad de formas y de posibilidades, aun en la unidad orgánica de la que todos aquéllos derivan»[18].

Del monismo fisicalista al panpsiquismo

Pasando sobre ciertas consideraciones técnicas que no interesan aquí, queremos subrayar la importante conclusión a que llega Fantappiè cuando afirma que *cuanto parece inexplicable en un universo puede, por el contrario, encontrar su lógica sistematización en otro universo asociado a un grupo de transformaciones más amplio y, por tanto, a un número mayor de grados de libertad*. El ejemplo que cita al respecto se basa en aquel pequeñísimo universo representado por el átomo de hidrógeno. Según las notas de Fantappiè, correspondería al universo número uno de la categoría B. A veces, resulta que los átomos de hidrógeno chocan con *fotones* («cuantos» de energía luminosa) y, en consecuencia, dan un salto de un nivel de

energía a otro. Un fenómeno como éste resultaría absolutamente inexplicable para un observador de aquel mundo infinitesimal, dado que el fotón no pertenece a su universo, pero esto no impide que sea la manifestación de una realidad más amplia.

En la misma proporción —observa el gran matemático—, muchos fenómenos inexplicables de nuestro mundo podrían ser interpretados en términos de otro universo «más amplio». Es como decir que este universo más amplio (o, tal vez, sería mejor decir más complejo) es el único soporte posible para todos aquellos fenómenos paranormales que parecen contradecir, con su comportamiento aberrante, las leyes del mundo físico, pero que podrían explicarse muy bien en el ámbito de ulteriores dimensiones y de leyes más vastas, de las que aquéllas que nosotros advertimos serían tan sólo casos particulares. Ejemplo: es imposible dar razón del hecho de que una piedra pueda atravesar un parabrisas sin romperlo, a menos que no se modifiquen las demasiado exiguas premisas de nuestros conocimientos y que se sitúe el fenómeno en aquel marco —sugerido por Fantappiè— en el que las cosas materiales gozan de un número superior de «grados de libertad». ¿Cuántos son los «grados de libertad» de que podemos gozar nosotros, seres pensantes? Pocos, dado que, al nivel consciente, estamos inexorablemente sometidos a las conocidas limitaciones de espacio y de tiempo; mucho, si nos referimos a nuestro yo trascendente, al ser secreto que no es una pesadilla del condicionamiento psíquico establecido para nosotros por la Naturaleza, o sea, por la necesidad de adaptarse a cierto ambiente y a cierto modo de vida. Esto es lo que afirma Fantappiè cuando sostiene que nosotros, «gracias a nuestro yo espiritual», pertenecemos «a toda la cadena de los universos». En consecuencia, también somos (al menos en potencia) soberanamente libres de movernos por ellos. Es verdad —observa— que algunos limitan con prejuicios sus propios grados de libertad, considerando que no poseen otros grados fuera de los de la movilidad material[19]. Se trata, como se ve, de una tentativa genial y moderna que permite vincular la pura especulación matemática con antiguas y recientes intuiciones sobre poderes trascendentes de la psique, y acerca de la natural ambientación de ésta en un marco cósmico caracterizado por dimensiones (o «grados de libertad») que no podemos siquiera imaginar[20].

En sentido claramente contrario se mueven los fisicalistas (con los que Fantappiè, de hecho, está en abierta y declarada polémica), y, en particular, el matemático Wasermann[21], quien considera poder explicar ciertos fenómenos paranormales exclusivamente con el lenguaje y los procedimientos de la Física, y esto con elaboradas teorías que presuponen la existencia de un hipotético «campo PSI» acerca del que razona larga y ampliamente, sin definirlo, no obstante, en términos «operativos»[22], como cabría esperar de un estudioso vinculado a los

métodos de la Física y sostenedor declarado de la concepción «epifenoménica» de las experiencias mentales. Contra esta tendencia «imperialista» de la Física se han alzado algunas voces autorizadas en el mismo campo de los físicos, y citamos, entre ellas, las de Maby y Bertalanffy[23].

Por otra parte, están los progresos mismos de la Física y, en particular, el estudio de los sucesos y fenómenos del mundo subatómico, que inducen a algunos ilustres exponentes de esta ciencia a postular la existencia de un mundo «no físico» que serviría de fundamento al físico. Aunque sea de formas distintas, y con terminologías dispares, parece, en efecto, que hacia este tipo de concepciones convergen las especulaciones o, en cualquier caso, las convicciones de Dirac, de De Broglie, de Jordan, de Lawden. En un trabajo recentísimo[24], este último habla, sin más, de un «psiquismo de las partículas elementales» que daría la explicación de su erróneo comportamiento desde el punto de vista mecanicista, vinculándose con ello a la concepción ya ilustrada de Teilhard de Chardin y a una teoría enunciada ya en 1945 por el citado biólogo Ralph S. Lillie, según el cual la incidencia del factor psíquico sobre los acontecimientos físicos sería un fenómeno de alcance universal, y se explicaría mediante una consciente «selección de las probabilidades» inherentes a los sucesos microfísicos. Esta teoría ha tenido ecos notables también entre los parapsicólogos[25].

Así, pues, el abismo entre psique y materia comienza a parecer un poco menos profundo. Aún no es posible entrever cuál será el resultado definitivo del actual fermento de ideas innovadoras, pero lo importante es que se tienda, aunque sea en direcciones distintas y mediante esfuerzos heterogéneos, a sacar a discusión aquel concepto simplista del Universo al que estábamos habituados, y que tan cómodo le resulta al sentido común: el Universo en el que una mesa no puede bailar o una piedra no puede ser arrojada, a menos que tales sucesos sean producidos por *causas físicas*. La importancia de los fenómenos paranormales radica, precisamente, en este obligarnos, por medio de sucesos extraordinarios y, al mismo tiempo, triviales, a revisar las premisas erróneas de nuestro saber científico. El resto vendrá por sí solo en tiempos más maduros, cuando la supuesta antinomia entre psique y materia encuentre, acaso, un planteamiento definitivo que haga vana toda disputa sobre los modelos semánticos que aplicar a la explicación de tales fenómenos.

NOTAS — Capítulo XVII

(1) La posibilidad de que ciertas filiaciones del psiquismo colectivo humano puedan vivir una vida *sui generis* y autónoma, escapando al control de quien las crea, es tema de interesantes observaciones por parte de Alexandra David-Neel, en la obra ya citada. La escritora, que al principio no era propensa en absoluto a compartir las creencias tibetanas al respecto, cambió de idea a raíz de la comprobación, hecha por experiencia directa, de la existencia de ciertas entidades maléficas alimentadas por cultos malsanos en vigor en algunas regiones del Tíbet, y personificadas en cuadros o estatuas.

Hay que considerar, al respecto, también, la hipótesis del general profesor ingeniero Giorgio Rabbeno, miembro de número de la SIP, según la cual, las entidades psíquicas generadas por el psiquismo colectivo podrían aprovechar, precisamente, un soporte material como una imagen o una estatua (cfr. *Nuclei psichici evanescenti e perduranti*, en *Giornale italiano per la ricerca psichica*, n.° 1, enero-abril de 1963). En este orden de ideas, es interesante aquí recordar que a la entidad *Stasia*, desde sus primeras manifestaciones, le había sido asignada, como símbolo, cierta estatuilla.

Si tales hipótesis fueran exactas, nos hallaríamos, pues, frente a una vasta categoría de «entidades» o «personificaciones» —inocuas o maléficas—, que tienen un origen común en el psiquismo colectivo, y que muy bien podían rehabilitar las antiguas creencias en entidades demoníacas, genios, etc. Evidentemente, no basta haber condenado al ostracismo algunas palabras para suprimir la realidad a que hacen referencia.

(2) Escribe el doctor Locard: «Visto bajo este aspecto de danza de muebles, el Más Allá aparece como una *nursery* o asilo infantil.» No obstante, que la mayor parte de los médiums han tenido y tienen una visión espiritista de los fenómenos (lo que los ayuda a producirlos), ha habido y hay clarísimas excepciones. Escribe, por ejemplo, Garrett: «He visto millares de apariciones de llamados difuntos, con aspecto de la más vívida realidad, y he recibido sus comunicaciones, si bien aún no sé de veras de dónde vienen.» Según un testimonio atribuido al doctor Philip Davis, médico de cabecera del gran médium Home, éste, en uno de los últimos días de su vida, declaró: «No, un médium no puede creer en los espíritus. ¡Es, precisamente, la única persona que nunca puede creer en ellos!» María Reyes de Z. desconocía, a su vez, por completo, las doctrinas espiritistas, como le sucede hoy a Pasqualina Pezzola.

(3) En el II Congreso Internacional de Metapsíquica, en Varsovia, el insigne estudioso representó a Italia, y fue elegido presidente. El relato fue publicado a su tiempo en *Luce e Ombra*.

(4) Véase el artículo del citado escritor en *Saturday Review* del 15 de abril de 1956.

(5) SERVADIO, *op. cit*., p. 111.

(6) Las cuidadas relaciones de OCHOROWICZ fueron publicadas en *Annales des Sciences Psychiques* de 1909. Téngase en cuenta que Stanislawa estaba convencida de que los fenómenos eran producidos por una entidad llamada por ella *Stasia*. Sin embargo, se trata de una *Stasia* anterior a la de Bruselas. Esta última, no obstante, declaró por boca del médium que era la misma que se manifestó a través de Stanislawa. Mas, en la práctica, su personalidad resultó muy distinta, puesto que, con toda evidencia, reflejaba la de Poutet y sus compañeros.

(7) Véase la II parte de *L'inganno senza fine*, de LEO TALAMONTI, en *Scienza e Vita*, n.° 172, mayo de 1963.

(8) III parte del trabajo ya citado del autor en *Scienza e Vita*, n.° 173, junio de 1963.

(9) TOCQUET, en la obra ya citada (pág. 291), escribe: «Fuera de los casos de infestación que aún se producen en nuestra época, estamos asistiendo en la actualidad a una verdadera decadencia de los grandes fenómenos físicos de la mediumnidad y hasta a su desaparición. Parece que hoy no exista en todo el mundo ningún médium de efectos físicos digno de ser tomado en consideración.»

(10) Se trata de un competente profesional especializado en una rama médica, y conocido, asimismo, en el campo internacional por ciertos aparatos diagnósticos inventados por él. Es, también, arqueólogo, escritor y activísimo deportista, con calificación de alpinista académico. No obstante estas múltiples actividades, halla tiempo para estudiar con notable relieve algunos de los aspectos más turbadores de lo desconocido.

(11) El insigne estudioso J. MAXWELL, en *Les phénomènes psychiques — Recherches, observations,*

méthodes (París, 1903), escribía, a propósito de las enigmáticas entidades que se manifiestan en las sesiones mediúmnicas: «¿Qué son, exactamente, estas personificaciones? *Yo no sé nada*. El problema que involucran es, en ciertos casos, en extremo difícil de resolver. Me parece que no son lo que pretenden ser. ¿Son una forma de conciencia colectiva? ¿Una pura ilusión? ¿Un *espíritu*? Todo es posible y nada es cierto, según creo, salvo una cosa: *que no hay que fiarse de ellas*.»

CHARLES RICHET, que no consideraba probable la hipótesis espiritista, no excluía que alguna «inteligencia extrahumana» pudiera, tal vez, intervenir en los fenómenos más complejos de la mediumnidad (*Traité de métapsychique*, París, 1922).

(12) El replanteamiento de que ha sido objeto el principio de causalidad se refleja en tajantes afirmaciones de pensadores y especialistas. Según una célebre frase de Bertrand Russell, habría «sobrevivido a su misma utilidad, como la Monarquía inglesa». Huizinga escribe que el concepto de causalidad «se nos deshace entre las manos»; y añade: «Ya se trate de sociología o de economía política, de psicología o de Historia, en todas partes la ortodoxa y unilateral explicación causal debe ceder el sitio al reconocimiento de relaciones múltiples y de recíprocas dependencias. El concepto de presupuesto sustituye al de causa.» *(Op. cit.)*

(13) Véase RALPH S. LILLIE, *General Biology and Philosophy of Organism*, Chicago, 1945. Cfr. también la obra ya citada de EDMUND W. SINNOT, *The Biology of Spirit*.

(14) Véase *À la surface des choses*, de JEAN PERRIN, París, Hermann, 1940.

(15) Cfr. TODDI, *op. cit*., y CHARLES-NOËL MARTIN, *op. cit*.

(16) Cfr. la obra ya citada de TYRRELL, *The nature of human personality*.

(17) Véase *Nouve possibilità di inquadramento dei fenomeni paranormali*, de LUIGI FANTAPPIÈ, en *Bollettino della Società Italiana di Metapsichica*, julio-diciembre de 1955.

(18) Cfr. *I molti universi della matematica*, del profesor GIUSEPPE ARCIDIACONO, en *Scienza e Vita*, 1965. A propósito de universos matemáticos y de dimensiones suplementarias de nuestro mismo Universo, son interesantes las consideraciones que hace CHARLES-NOËL MARTIN en la obra ya citada (págs. 86-90). Escribe: «La imaginación, guiada por la intuición matemática, comienza a dejarnos entrever muchas cosas atrevidas a las que, hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido atribuir una existencia intrínseca de hecho», y añade que sería absolutamente arbitrario afirmar que se trata de simples artificios de cálculo. «Hay —escribe— un punto de vista que me parece infinitamente más rico y más próximo a la realidad: el que atribuye a tales conceptos abstractos una existencia de hecho.»

Todo esto implica una revisión crítica cada vez más profunda del concepto de espacio, cuya validez (en los términos propios del sentido común) había sido ya puesta en tela de juicio por el idealismo kantiano y, luego, por Schopenhauer. Escribe LUDOVICO GEYMONANT en la revista ya citada: «... Nosotros, cuando aceptamos las normales formulaciones del concepto de espacio, inadvertidamente sufrimos la influencia de la tradición, que nos ha transmitido ciertas fórmulas como si fueran indiscutibles. Y, por desdicha, estas fórmulas tradicionales han torcido la efectiva comprensión del espacio. (En el fondo, nos han llevado a encerrarnos y a acoger como absolutas determinaciones que acaso sólo eran particulares, dejando escapar otras que se apartaban de la formulación común.) Para poner coto a esta situación, debemos esforzarnos en formular con mucho rigor lógico relaciones topológicas en extremo generales.» Es, precisamente, lo que ha hecho el profesor Fantappiè.

(19) También a este propósito, debe destacarse una notable convergencia de conceptos entre la visión matemática de Fantappiè y la filosófica (pero sólidamente anclada en el pensamiento científico) de Tyrrell. Éste, en efecto, sostiene, en la obra ya citada, *que no existen límites en el Universo, puesto que somos nosotros quienes percibimos sólo un determinado sector, haciéndonos así la ilusión de conocerlo todo*. Y afirma, asimismo, como consecuencia, que *los límites de nuestro mundo no han de buscarse en los confines del espacio y del tiempo, sino en las limitaciones de nosotros mismos*. Análoga convicción ha sido expresada por el físico Pascual Jordan (véase referencias en el capítulo IV).

(20) «Si queremos conocer la realidad de los fenómenos psíquicos, debemos movernos en el universo psíquico y según todos los grados de libertad de ese universo», escribe L. FANTAPPIÈ en su citada monografía. Y añade: «Esto es válido, en particular, para los fenómenos paranormales.» Según el autor —que se basa en concepciones vitalistas y finalistas bien conocidas—, los acontecimientos paranormales, como, por lo demás,

todos los fenómenos de la vida, pertenecen a la categoría de los *sintrópicos*, los cuales, por lo menos en apariencia, se desenvuelven al margen de una de las leyes más generales del universo físico: la que implica una progresiva y fatal nivelación de los potenciales de energía (leyes de la entropía). Los fenómenos de la vida implicarían, además, la intervención de una *vis a fronte* operante aparte la conocida *vis a tergo* de las concepciones deterministas.

(21) Véase a este propósito la contribución de WASSERMANN, *Field Theory of Parapsychology*, en el simposio organizado en 1956 por la «Ciba Foundation» sobre *Percepción extrasensorial*.

(22) Se trata de un término empleado por los seguidores de modernas corrientes del pensamiento semántico, que insisten en la necesidad de que un concepto pueda siempre poder relacionarse con operaciones concretamente definibles.

(23) Véase a este propósito el último capítulo del libro.

(24) En el número del 25 de abril de 1964 de la autorizada revista *Nature*, el profesor D. L. LAWDEN habla de un psiquismo de las partículas elementales que se presentaría a los observadores externos bajo el aspecto de características eléctricas y gravitacionales. «Incluso el materialista y el racionalista deben admitir que hay continuidad, que la vida y la conciencia existen, bajo cierta forma, al nivel de las partículas elementales.»

(25) En 1954, en el curso de la LI Reunión de la Asociación Filosófica Americana, el profesor C. J. Ducasse, a quien ya hemos tenido ocasión de citar, formuló la hipótesis según la cual un ulterior estudio de los ínfimos componentes de la materia (subpartículas) acaso podría dar, con el tiempo, una explicación de la ESP y de la psicocinesis. Dichas subpartículas, aun permaneciendo en el ámbito de la Física, no serían físicamente materiales y se sustraerían, por su naturaleza, a las comunes leyes del espacio y del tiempo. Según una recentísima hipótesis de B. HOFFMAN, los vectores de los efectos parapsicológicos podrían ser los *neutrinos*. Pero se trata de conjeturas difícilmente verificables experimentalmente, al menos por ahora.

En Italia, un exponente autorizado de la teoría psicofísica de la «selección de las probabilidades inherentes a los acontecimientos microfísicos», como fundamento común, para la explicación de los hechos paranormales de carácter físico, es el profesor BEPPINO DISERTORI, que dedica a dicha teoría un párrafo del capítulo XVII de su *Trattato delle nevrosi*, ya citado.

Capítulo XVIII
MAGIA SIN RITUALES

Mens agitat molem.

Virgilio (*Eneida*, VI, 727.)

Los objetos que obedecen

El doctor Gustavo Adolfo Rol llegó puntualísimo a las quince y treinta, y se sentó en la butaca de cuero, junto a nosotros. Nos hallábamos en la vasta sala situada en la planta baja de un céntrico hotel de Turín. Junto al doctor, en el diván, se encontraba el director Federico Fellini y, poco a poco, fueron llegando los demás: el profesor P., de Arcox, y el doctor M., médico jefe de una clínica de la misma ciudad. Yo estaba en la butaca frente a la de Rol. En medio, por supuesto, no podía faltar la mesita de salón. Todos mirábamos a Rol, que hablaba con arrolladora animación de la película *Ocho y medio*. Al final del discurso, cambió de improviso el tono y le pidió permiso a Fellini para hacerle un juego, pero con la condición —añadió— de que tuviera un par de zapatos de recambio.

Por fortuna, lo tenía, pues, de otro modo, no hubiera sucedido nada, y yo no podría hacer la narración simple y fiel de un raro episodio de psicocinesis, que es como decir de magia consciente y sin rituales. Estábamos todos atentísimos. En un momento dado, el amigo director de cine fue requerido por el doctor Rol para que se levantara y diera algunos pasos por la vasta sala. Obedeció sin pedir explicaciones. «¿Va todo bien»?, le preguntó el distinguido caballero turinés. «Sí, ¿por qué?», respondió Fellini dispuesto a volver al diván. Pero, precisamente entonces, comenzó a caminar mal. Se sentó, se quitó el mocasín derecho y lo miró: le faltaba un pedazo de tacón, el mismo que el doctor Rol sostenía, sonriendo, en su mano. «Una cosilla de nada, una sustracción», dijo. Y parecía estar convencido.

Horas más tarde, en la hermosa casa de dos gentiles señoritas —las primas del doctor Rol—, éste accedió amablemente a mostrarnos algunas otras «cosillas de nada», y la demostración duró varias horas. Protagonistas de aquellas aventuras mágicas eran novísimos paquetes de cartas francesas que, a veces, obedecían a las señas lejanas del doctor, y, en otras ocasiones, se comportaban como si tuvieran discernimiento, voluntad, gustos estéticos propios. Las más de las veces, nuestro

huésped prefería que manipulara los mazos alguno de nosotros, casi siempre Fellini, a veces, el doctor M. o algún otro de los presentes (éramos once).

Uno de los experimentos más hermosos se produjo cuando Rol —que se sentaba a un metro, más o menos, de mí, en el extremo opuesto de la gran mesa— me invitó a extender en abanico uno de aquellos mazos, y pudimos ver claramente que las cartas estaban dispuestas todas boca abajo. Después, me rogó que recompusiera el mazo y, luego, volviera a extenderlo como antes; todo esto ocupó apenas tres segundos. Esta vez, las 52 cartas francesas ya no estaban todas boca abajo, sino que, por el contrario, estaban dispuestas regularmente una boca abajo y la otra al revés, o sea, una composición que hubiera requerido algunos minutos, de haberse efectuado manualmente.

A estas cosas las llama el doctor Rol, modestamente, «experimentos».

Y he aquí algún otro «experimento». El doctor M. es requerido para que se traslade a una estancia contigua, donde permanece algún tiempo empeñado en mezclar con cuidado un mazo de cartas. En un momento dado, el director de las operaciones le reclama y le ruega que disponga sobre la mesa, una tras otra, las primeras cartas del mazo boca abajo, de modo que nadie pueda verlas, y las coloque aquí y allá al azar. No obstante la insuperable casualidad del procedimiento, cuando vamos a descubrir esas cartas, advertimos cada vez que algunas figuras «privilegiadas» —las mismas que habían sido protagonistas de precedentes experiencias— se encuentran invariablemente en ciertas posiciones particulares previstas o, acaso, premeditadas por el doctor Rol.

El detalle interesante es que esta operación se ha desarrollado sin que el citado caballero se haya dignado tocar las cartas ni con un dedo, a diferencia de lo que sucede en esa rama del ilusionismo conocida como «magia de salón», en la que los dedos del prestidigitador realizan agradables, pero ilusorios prodigios. Nos encontramos, como se ve, en el ámbito de la magia auténtica, si bien operada con plena conciencia y sin rituales de ninguna clase (ni siquiera mediúmnicos). Y lo demuestra el hecho de que nuestro gentilísimo huésped, mientras va realizando sus experimentos, conversa, como de costumbre, con la animación y el brío que le son propios.

Y henos aquí de nuevo con que tenemos que considerar la fundamental unidad de los fenómenos paranormales. A efectos prácticos en realidad, no existe sustancial diferencia entre los experimentos del doctor Rol y los juegos recreativos de la entidad *Stasia*, de quien se ha hablado en el capítulo anterior. Lo que allí era obra de un psiquismo inconsciente de carácter colectivo, aquí se desarrolla bajo el control lúcido y consciente del operador[1], pero a mí me parece que tengo buenas razones

para señalar que, también en este caso, el operador tiene acceso a los recursos psíquicos del grupo y dispone de ellos, sobre todo, de los de aquellas personas con las que se encuentra en contacto con mayor frecuencia.

Los estudiosos modernos y la magia

Esta fuerza mágica que anima los objetos y los reduce a la obediencia pasiva ha tenido algún reconocimiento, también, por parte de estudiosos vinculados a los métodos modernos de investigación. Pero, naturalmente, ha tenido que cambiar de nombre y someterse a las técnicas «cuantitativas». Orillada la antipática palabra «magia», que recuerda los tiempos del oscurantismo y de la superstición, hoy se habla de ella como de un *efecto psicocinético* (P. K. según la notación abreviada utilizada por los anglosajones), y se ha convenido que se incluya en el ámbito del llamado «factor PSI» (otra denominación moderna con la que Thouless y Wiesner se han propuesto designar el enigmático complejo de las facultades psíquicas).

Las primeras experiencias fueron intentadas por Rhine, a fin de verificar una hipótesis suya, según la cual la habilidad de algunos jugadores profesionales —los que, a veces, parecen dominar los dados y las cartas— podría deberse a la intervención de un influjo psicocinético más o menos consciente. Comenzó a hacer arrojar los dados a su propia esposa, con el acuerdo de que tratara de influir mentalmente en la puntuación, pero los resultados fueron negativos. Como se ha dicho a propósito del método Rhine aplicado a la percepción extrasensorial (v. cap. VI), la valoración de los resultados es de orden estadístico y se basa en la confrontación del porcentaje de los éxitos realmente conseguidos y el de los éxitos que podrían obtenerse por azar, según ciertas fórmulas dadas por el cálculo de probabilidades.

Por supuesto, este tipo de valoración estadística sólo tiene valor si se refiere a un número bastante elevado de experimentos, y por eso Louisa Rhine tuvo que arrojar no menos de novecientas veces los dados antes de que su marido consiguiera establecer la escasa aptitud de ella para la profesión de jugadora... Pero, a continuación, operando con otros sujetos, Rhine obtuvo resultados más favorables para su hipótesis, hasta el punto de verse inducido a creer que la había demostrado, lo que implicaría que la facultad psicocinética, aunque sea con notables variantes entre uno y otro individuo, existiera de forma más o menos latente en todos. Confirmaciones de esta tesis llegaron también de otros experimentadores. Particularmente, notable es la de Forwald, quien había experimentado con el lanzamiento simultáneo de varios dados hechos de materiales distintos (acero, madera y baquelita), con el acuerdo de que el sujeto tratara de influir en la

puntuación de una sola de las tres categorías. En efecto, los resultados superaron notablemente la media de los éxitos casuales, y esto sólo sucedió con los dados influenciados por el pensamiento del jugador[2].

En el intervalo, las investigaciones en este campo habían ido extendiéndose y perfeccionándose. Se inventaron aparatos especiales para sustraer los dados a la acción manual del sujeto experimentante, y fueron imaginados otros procedimientos de investigación. Los ingenieros Chevalier y De Cressac (v. *op. cit*.) construyeron una serie de aparatos para la verificación del efecto P. K. Uno de éstos —el sexto de la serie— permitió evaluar con exactitud las desviaciones de una bolita de acero que se deja caer automáticamente por las extremidades de un tubo de vidrio vertical lleno de parafina líquida. El operador debe esforzarse en influir mentalmente en el recorrido vertical de la bolita, tratando de desviarlo en uno u otro sentido, previa declaración de sus intenciones al respecto, naturalmente. La valoración de las desviaciones —aunque fueran infinitesimales— es posible por el hecho de que el instrumento está provisto de un aparato óptico que proyecta la sombra de la bolita, muy aumentada, en una pantalla.

Según los datos y gráficos publicados por los autores, los resultados alcanzados por ellos podrían considerarse como una prueba convincente de la hipótesis de Rhine[3]. Otros aparatos más complejos han sido experimentados por Hardy en el «Institut Métapsychique International», pero con resultados no probatorios o, sin más, negativos. Un aparato electrónico especial de elevada sensibilidad está a punto de ser realizado por Aimé Michel. La valoración total de tales esfuerzos no es fácil, dada la diversidad de las opiniones manifestadas por los estudiosos, algunos de los cuales parecen convencidos, como hemos visto, de haber dado con la prueba deseada, en tanto que otros, al contrario, manifiestan algunas reservas[4]. Parece que del conjunto de las pruebas han surgido algunas indicaciones interesantes, ya sea en el sentido de un descenso rítmico de los resultados favorables, debido, probablemente, al cansancio psicológico del sujeto operante (el llamado «efecto de declinación»), ya en el sentido de la importancia que revisten, a los fines del éxito de tales experimentos, el interés mostrado por el sujeto, su eventual entusiasmo y su optimismo.

Son exactamente las tres cualidades que distinguen a los jugadores profesionales, quienes atribuyen una enorme importancia a su éxito en el juego (he aquí el coeficiente del interés) y nunca dudan de su propia victoria, hasta el punto de que están seguros con antelación (optimismo). De aquí viene también el incierto éxito de los experimentos de laboratorio, los cuales sólo despiertan en el sujeto operante la auténtica pasión que pueden suscitar las cartas y los dados en los profesionales. Más allá, está el factor tedio o fatiga, que deben tenerse en cuenta. La señora Louisa

Rhine es una insigne estudiosa y, como tal, debía tener cierto interés por los experimentos de su marido, pero no cabe duda de que arrojar los dados novecientas veces debe de ser algo extenuante.

El hombre que ganaba siempre

También bajo el perfil de los componentes neurofisiológicos del fenómeno puede aventurarse la hipótesis de que éste no depende tanto de la voluntad consciente (áreas corticales), la cual se limita tan sólo a establecer la finalidad y a controlar su ejecución, cuanto de la aportación emotiva, que está ligada al funcionamiento de los centros hipotalámicos (y regresa al diencéfalo y a sus «facultades creativas»). En términos psicoanalíticos, la voluntad sólo es eficiente de verdad cuando se vincula con instintos e impulsos profundamente enraizados en el inconsciente. Tal vez seamos todos un poco magos, si la hipótesis de Rhine es exacta, pero lo somos tan sólo en relación con las cosas que nos interesan de veras, y que pueden movilizar todos los recursos conscientes e inconscientes del yo. ¿Era un mago Charles Brigg-Karrer? Juzgue el lector.

Había nacido paupérrimo en Corea, y murió en los Estados Unidos, todavía joven, dejando a su viuda dieciocho millones y medio de dólares que no había ganado ni en el comercio ni por medios ilícitos. Ese patrimonio había sido acumulado por él poco a poco, mediante una serie increíble e ininterrumpida de victorias conseguidas en toda clase de juegos. Era todavía un niño cuando se trasladó con su familia a los Estados Unidos; luego, marcharon de allí para establecerse en la India, y, al fin, Charles regresó definitivamente a América. Dondequiera que fuese, las cartas de juego, los caballos de carreras, los números ganadores de la lotería y las bolitas de la ruleta se sometían a sus irresistibles deseos[5]. Ello le procuraba victorias muy espectaculares, pero también algún grave disgusto, a causa de la inevitable efervescencia que sus extraordinarias fortunas suscitaban entre los jugadores rivales y los propietarios de los casinos. No se puede ser bien recibido en esos ambientes cuando sólo se va a ganar.

Algunas consecuencias resultaron más bien serias, pero Brigg-Karrer consiguió salir con bien de ellas. Sufrió varios atentados, uno de ellos con dinamita, pero resultó indemne. Fue objeto de denuncias por fraude, pero nadie consiguió suministrar las pruebas y, en consecuencia, fue absuelto. Hubo un período, en América, en el que las compañías aseguradoras se negaban a cubrir el «riesgo Brigg-Karrer» porque se consideraba demasiado oneroso. La única solución fue ponerse de acuerdo con él y asegurarle prebendas regulares a fin de que se mantuviera alejado de las casas de juego, cosa que él hizo, pero con pesar, porque

no le agradaba enriquecerse con la sensación de no «ganarse» su riqueza[6].

El problema que se plantea es éste: ¿es posible que una fortuna tan sistemática dependa del mero azar? Dejemos las explicaciones demasiado fáciles para quien pueda contentarse con ellas. Precisamente porque la diosa Fortuna tiene los ojos vendados, no puede admitirse que consiga beneficiar de manera tan sistemática a un solo individuo entre tantos. Está claro que debe haber un factor imponderable y, sin embargo, eficaz. De individuos como Brigg-Karrer se oye hablar de vez en cuando, y se sabe que son «fichados» por los regentadores de casas de juego, que no gustan de sus visitas. No poseen sistemas; tienen, simplemente, la «seguridad de vencer», que implica un optimismo ilimitado y una no menos ilimitada confianza en uno mismo, dotes que tienen raíces en lo profundo y ponen en movimiento fuerzas misteriosas.

Cuando la psicología esté un poco menos trabada por ciertas timideces cientifistas, conseguirá dar un nombre a esta irresistible «vocación de éxito», como se lo ha dado ya hace tiempo a la actitud opuesta: la «vocación de fracaso», y, entonces, se admitirá que el éxito en la vida no depende sólo de las diversas «técnicas» preconizadas por Smiles, por Carnegie o por Caine[7], sino de algo más que acaso todavía es de mayor importancia respecto a cualquier técnica y que, por el momento, no puede encontrar una sistematización en el ámbito de los conocimientos oficiales, si bien en ciertos ambientes (militares, por ejemplo) se tiene en cuenta al menos indirectamente, al confiar cargos de responsabilidad que implican riesgos graves.

Ese «algo» es el factor psicocinético, estudiado con fortuna incierta por los parapsicólogos modernos en sus laboratorios, pero que irrumpe, de súbito y poderosamente, en la vida de todos cuantos alcanzan con rapidez el éxito en las tres direcciones más ambicionadas: la política, los negocios y el amor. Basta considerar con atención y sin prejuicios el ascenso rápido y fulgurante de ciertas figuras que están hoy entre la Historia y la leyenda, para darse cuenta de que la vida se ha plegado a sus deseos no sólo por razones de voluntad, de intuición, de inteligencia, de capacidad, de habilidad, de olfato o de atractivo sexual, sino por alguna otra razón más misteriosa y profunda. He aquí un vasto capítulo para una parapsicología sociológica aún por venir.

Se dirá que nos hemos adelantado un poco con nuestras lucubraciones, y puede que así sea. Pero hay hechos a los que urge dar una explicación que el saber científico no nos permite aún, y es de esos hechos de los que estamos ocupándonos. El campo en el que el efecto P. K. resulta más claramente identificable es el del juego, y apenas lo hemos tocado. A la muerte de Pío XII, se verificaron

innumerables ganancias a la lotería en Turín, Milán y Roma, basándose en los números que, según ciertas creencias populares, codificadas en la cábala, «debían» corresponder a aquel suceso. El 24 de agosto de 1962, fueron los jugadores inveterados de Nápoles quienes se beneficiaron del premio recaído en los números vinculados con otro acontecimiento colectivo que había suscitado muchas emociones (el terremoto de Irpinia), y hubo quien consiguió sumas considerables.

Los poderes soberanos de la mente

Episodios como el anterior podrían citarse por docenas, también basándose en el material recogido por Lombroso sobre el tema, y no cabe argumentar sobre la presunta casualidad de tales acontecimientos. Debe haber una explicación más seria, y no se ven más que dos alternativas: o el «sincronismo» de Jung y Pauli, que violenta la forma mental de Occidente, o una explicación casualista, que sólo puede buscarse en el ámbito de la parapsicología. Podría tratarse de precognición, en cualquier caso, pero nosotros nos sentimos más inclinados a considerar que se trata de los pequeños prodigios obrados por la voluntad colectiva unidireccional, si por «voluntad» puede entenderse un deseo potenciado por la profunda confianza en su futura manifestación.

Y he aquí un episodio significativo, escogido entre los muchos aptos para reforzar esta tesis. Se verificó en Palermo, en el curso de uno de los públicos y rituales sorteos del sábado, y lo refiere el neuropsiquiatra Antonio Mendicini[8]. Mientras las operaciones del sorteo se desenvolvían en la sala a propósito, atestada de gente, ésta comenzó a invocar a grandes voces los números que esperaba (6, 22 y 26), dejándose arrebatar por esa especie de delirio colectivo que ha sido agudamente analizado por Gustave Lebon, sólo que para otro tipo de manifestaciones. Aquellos números salieron: «fueron tomados uno a uno de la urna por la manita inocente del niño con los ojos vendados, tal como eran deseados, entre el creciente delirio del público», refiere el citado autor.

A veces, los poderes telecinéticos se manifiestan de forma espectacular también fuera del juego. El profesor ingeniero Ricardo Salvadori[9] refiere, por ejemplo, haber observado las manifestaciones telecinéticas provocadas en plena conciencia por Clio Gheorghiu, una señorita griega que conseguía mover a su placer la aguja de una brújula magnética, y esto en el laboratorio de Física de la Universidad de Atenas, en presencia del parapsicólogo Tanagras y de los profesores Chodros, Athanasiadis y Egidinis. Obedeciendo las órdenes de Clio, la aguja oscilaba, giraba lenta o rápidamente de uno a otro lado, se detenía cuando se le ordenaba, o bien, al mandárselo, volvía a oscilar otra vez.

El mismo fenómeno fue observado algunos años más tarde, en el estudio del profesor Tanagras, por el antropólogo Lidio Cipriani, de la Universidad de Florencia, y parece que la señorita Gheorghiu había perfeccionado sus dotes, puesto que lograba provocar, entre otras cosas, «una rápida sucesión de rotaciones completas de la aguja en torno a su propio eje»[10]. Según lo que refiere Cipriani, la brújula se encontraba encerrada en una doble caja de vidrio, y el experimento se desarrollaba a plena luz diurna, «con exclusión evidente de toda interferencia clandestina». En el pasado, habilidades análogas a las de Clio Gheorghiu fueron demostradas, con la brújula, por algunos médiums famosos, como Kluski y d'Esperance, lo que nos demuestra que nunca hay nada nuevo del todo en este campo.

La vida de la Humanidad está caracterizada, en efecto, por un flujo continuo de episodios de carácter paranormal, los cuales conciernen tan sólo, es cierto, a una minoría, pero que permiten pensar en la existencia de latentes reservas y potencialidades de la naturaleza humana. Según una noticia muy reciente, que hemos leído en una seria y autorizada revista médica[11], el francés A. Dusailly —un ingeniero electrónico— ha realizado, en presencia de numerosos científicos, este singular experimento, basado en los poderes de un sujeto psicocinético. A alguna distancia de este último se puso una lamparita privada de todo contacto con aparatos generadores de electricidad, tras lo cual, el sujeto fue requerido para que, en un primer tiempo, «no pensara en nada». Luego, fue invitado a «pensar» que podía encender la lamparita, cosa que consiguió, aunque sólo fuera por un brevísimo instante.

Si puede darse alguna explicación de este fenómeno en términos racionales, parece que debe buscarse en el ámbito de la teoría de Lillie, de quien nos hemos ocupado en el capítulo anterior, o sea, de la que atribuye al psiquismo humano la capacidad de «seleccionar» las probabilidades inherentes al comportamiento de cada una de las partículas subatómicas, transformándolo de comportamiento individualmente imprevisible, en otro organizado y predestinado a una finalidad. También la detención a distancia de un motor se incluye en este orden de ideas y no presenta graves dificultades conceptuales, si se supone que la interferencia, por así decirlo, «mágica», se manifiesta en los aparatos eléctricos, por ejemplo, como la interrupción del flujo de corriente[12].

El comandante Attilio Gatti —miembro, en su tiempo, de la «Società Reale Italiana di Geografia e Antropología»— refiere este curioso episodio que le ocurrió mientras estaba en viaje de exploración en Mozambique, a bordo de un camión conducido por un experto mecánico. Se había encontrado con un grupo de tres médicos-brujos, quienes habían rogado con insistencia ser transportados

durante determinado trecho de carretera, pero el comandante no había consentido en ello.

Se sucedieron tres reventones de neumáticos con breve intervalo entre uno y otro. Luego, el motor se detuvo y se negó inexplicablemente a funcionar, por más tentativas e investigaciones que realizara el mecánico, quien no hallaba ninguna avería. Sólo cuando el explorador consintió en aceptar a bordo a los tres médicos-brujos, el motor volvió a funcionar con normalidad. Escribe Gatti: «Apenas montaron, probé de accionar la puesta en marcha. ¿Azar o magia? ¿Coincidencia o sortilegio? Lo ignoro. El caso es que nuestro excelente motor arrancó al instante y con perfecta regularidad.» Simultáneamente, el jefe de los tres inquietantes personajes aseguró que el viaje se efectuaría «en paz»[13]. Y, en efecto, así sucedió.

La facultad de mandar mentalmente

El dato relativamente nuevo que parece emerger de los episodios referidos en estas páginas es que los sujetos psicocinéticos conservan la plena lucidez de la conciencia, en lo que se distinguen de la mayor parte de los médiums, quienes, por el contrario, parecen sufrir, más que dominar, las fuerzas cognoscitivas del psiquismo definido arcaico. Diríase que, en su caso —como en el de los calculadores mentales tratados en el capítulo VIII—, interviene una especie de colaboración armoniosa entre dos planos de la personalidad que se nos han aparecido, por lo general, divididos por una especie de antagonismo funcional. Esto *no puede ser efecto de regresión atávica, desde el momento que tal colaboración salvaguarda las prerrogativas soberanas de la conciencia*, las cuales, según está admitido comúnmente, representan la conquista más reciente de la evolución.

Parece más razonable, pues, suponer que esa coordinación intervenida, que presupone también un equilibrio funcional más estable, sea un producto natural y todavía perfectible de la evolución, aunque lleva inevitablemente consigo los inconvenientes de las fases transitorias. Henos, pues, enfrentados con la necesidad práctica de distinguir de los médiums (que no han alcanzado tal estadio) a estos sujetos psicocinéticos capaces de controlar las facultades latentes del yo secreto. Se nos ocurre que podríamos llamarlos «magos», pero es un término que, aun haciendo justicia a la exactitud de algunas intuiciones de la Era precientífica, está cargado, no obstante, de oscuras resonancias y, como tal, no agrada ni siquiera a los interesados (sobre todo, a algunos de ellos a los que conocemos bien). Por otra parte, la distinción aquí propuesta se revela, en la práctica, más ardua de lo que parece en teoría, dada la existencia de sujetos en los que los leves descensos del «nivel de vigilancia» pueden pasar del todo inadvertidos. En conclusión, es muy

difícil decir dónde termina el médium y dónde comienza el sujeto psicocinético, o «mago», como prefiera decirse.

¿En qué categoría, por ejemplo, debería incluirse a Eileen Garrett? Conocemos ya sus posibilidades mediúmnicas vinculadas al estado de trance, y sabemos que eran notabilísimas, pero, más allá de éstas, poseía otras de carácter distinto. Y he aquí la muestra que da en su libro: «Cuando mi hija está fuera de casa, si quiero, yo puedo proyectar en su psique —aunque yo ignore dónde se encuentra en aquel momento— mi deseo de que, a su regreso, me traiga flores de determinado tipo y color. Por la noche, cuando vuelva a casa me traerá, sin fallar, cualquier tipo de flores que yo le haya ordenado.» Como se ve, se habla, sin más, de «órdenes…». Y, en efecto, en el mismo libro, la médium expresa la precisa convicción de que la parte consciente de la psique puede no sólo «dirigir los fenómenos físicos», sino también «influir en el comportamiento ajeno»[14].

Existen precedentes ilustres. Goethe advirtió, desde joven, que tenía extraños poderes y, poco a poco, aprendió a usarlos. Cuando salía de casa para irse de paseo sin una meta prefijada, en ocasiones le acometía el intenso deseo de encontrarse con la muchacha (o con la dama) que estaba entonces de turno en sus pensamientos amorosos. No pasaba mucho tiempo sin que, invariablemente, la viera acudir a su encuentro, y esto sin que la mujer supiera explicarse siquiera a sí misma por qué había obedecido el impulso —extraño e irrazonable— de salir y dirigirse a aquel lugar. Todo esto se sabe por las confidencias que el poeta hizo, verbalmente y por escrito, a más de un amigo. Y es difícil imaginar a Goethe como un mitómano, como resulta difícil suponer que en la personalidad suya se encuentren los estigmas patológicos de la mentalidad primitiva o de la regresión atávica, no obstante el amplio margen que él concedía al misterio[15].

Y he aquí que de los objetos «obedientes» hemos pasado a las personas «obedientes», categoría ésta que es, ciertamente, más vasta que la de las personas capaces de «mandar». Tras el entretejido de los influjos recíprocos se halla el misterio de una fuerza que hemos visto obrar muchas veces y que, en términos genéricos, un poco vagos, puede ser localizada en el *pensamiento*, pero habrá que convenir en que no conocemos ni su naturaleza ni sus vías de acción. Más de un autor ha afirmado vigorosamente su enorme importancia, a los fines que estamos considerando: desde el gran Schopenhauer —que habla de esa fuerza como de la «expresión mágica de la voluntad»— al modesto William Walker Atkinson, estudioso y teórico de presuntos secretos de la «magia mental»[16]. Puede no compartirse este tipo de opiniones, pero nunca conseguiremos demostrar que carecen de fundamento.

Se cometería un error, por otra parte, si se supusiera que se trata de «pensamiento» exclusivamente consciente. En el tipo de cuestiones que estamos considerando, la mente consciente tiene un papel directivo, pero externo. La tarea fundamental la realiza el yo subterráneo y secreto, aquel que reúne en sí mismo los poderes trascendentes y, a veces —de manera excepcional—, los pone a disposición del yo superficial. Este último puede ordenar, pero no intervenir. Cuando el sujeto psicocinético arroja los dados, expresa mentalmente un deseo, una directriz, pero no podría precisar cómo se traduce, en realidad; no es asunto suyo. Por eso no debe atribuirse a la mente consciente todo el mérito de estas cosas, ni siquiera en los raros casos en que consigue hacerse obedecer por sus prolongaciones inconscientes.

Las formas mágicas del pensamiento consciente

Estas formas de «psiquismo total» dirigidas desde arriba se expresan, por lo general, a través de dos fuerzas que Ringer[17] define como «mágicas»: el amor y el odio. También existe el odio, en efecto. Bozzano refiere casos interesantes y bien documentados de sujetos que eran capaces de provocar en otros, a distancia, alucinaciones terroríficas y estados de ansiedad inexplicables[18]. Atkinson *(op. cit.)* habla de un viejo herrero que quería molestar a un enemigo suyo que habitaba a más de dos kilómetros de distancia de su casa. Se ponía a golpear hasta altas horas en su yunque, con el intenso deseo de que el otro oyera aquel ruido y le resultara molesto. El enemigo, en efecto, lo oía y estaba obsesionado.

John P. Harrington, del «Smithsonian Institute», refiere auténticas «luchas con el pensamiento» que se desarrollaban entre brujos curanderos de tribus indias rivales, en California. Por una parte, estaba el desafiador, que se esforzaba en superar un breve recorrido sin obstáculos, para poder alcanzar cierta línea trazada en el suelo. A una distancia dada, impenetrables e inmóviles, estaban sus adversarios, que conseguían cerrarle el paso por la simple virtud de la «magia mental». No todos los desafiadores llegaban a la meta. Algunos de los que lo conseguían parecían quedar reducidos a condiciones muy lamentables, como si hubieran sostenido una lucha agotadora. Había quien caía extenuado a corta distancia de la oculta línea de obstáculo, y renunciaba.

El capítulo seria vasto, pero la prudencia y el buen gusto nos aconsejan no adentramos demasiado en él. Es también un campo en el que florecen muchas creencias supersticiosas, pero es inevitable, puesto que la ciencia rechaza este tipo de hechos. Sin embargo, se ha realizado alguna tentativa por parte de la ciencia, y esto es muy apreciable. Hace algunos años, unos profesores del departamento de

Fisiología de la Universidad de Manitoba (Winnipeg, Estados Unidos) y del departamento de Psiquiatría de la Universidad de Montreal confiaron cien ratoncitos de experimentos a los cuidados de un curandero, luego de haberlos sometido (junto con otros doscientos) a un leve tratamiento quirúrgico consistente en el corte de un pequeño jirón de piel. Se trató de conseguir que la herida tuviera características idénticas en los trescientos ratones. El curandero se limitó a tomar en sus manos, dos veces por día, durante dos minutos cada vez, la jaula que contenía los cien animalitos de su grupo, y esto a lo largo de dieciséis días seguidos.

Otros cien ratoncitos siguieron el mismo tratamiento, pero a cargo de personas cualesquiera. En cuanto a los cien cobayos restantes, no fueron sometidos a tratamiento alguno, y sirvieron de control. Al decimosexto día del inicio de las pruebas, «el área media de las heridas, en los animales tratados por el curandero, se había reducido sensiblemente más que en los otros dos grupos de cobayos», se lee en el informe final. En la misma relación, se reconoce que el curandero ha ejercido realmente un influjo «de naturaleza no clara», pero capaz, en todo caso, de abreviar el tiempo de curación en los ratones tratados por él. Poca cosa, pero ya es algo. Nadie, por lo que parece, ha pensado investigar sobre el aspecto psicológico del problema, o sea, acerca de la naturaleza de la fuerza psíquica puesta a contribución por el curandero. Acaso Ringger la incluiría en la categoría del «amor».

Antes aún, en 1953, el doctor Richard de Silva, un médico inglés establecido en Ceilán, había presentado al Congreso de Microbiología de Roma una comunicación sobre el desarrollo diferente de dos cultivos idénticos de bacilos del tifus. En el instante de la inseminación, eran exactos. Al cabo de veinticuatro horas, uno de los dos presentaba un área de expansión tres veces mayor que el otro, pese a la identidad de las condiciones ambientales. Según el doctor De Silva, la diferencia era debida al hecho de que él se había esforzado durante media hora en «animar» mentalmente el desarrollo de los gérmenes de uno de los cultivos, y a inhibir el de los gérmenes inseminados en el otro. No sabemos cómo fue acogida la comunicación del valeroso microbiólogo, pero no es difícil imaginarlo.

Ese procedimiento no era nuevo, pues ya había sido aplicado en 1947 por el francés Paul Vasse (doctor en Medicina) y por su esposa, Christiane, en una serie de impecables experiencias realizadas con plantas, bajo los auspicios del «Institut Métapsychique International», de París[19]. En tiestos corrientes rectangulares llenos de tierra, había sido sembrado trigo en dos zonas bien diferenciadas, en las que las posibilidades de desarrollo eran teóricamente iguales. Durante un cuarto de hora diario, ambos experimentadores se situaban junto a cada tiesto, a un metro, más o menos, de distancia, y dirigían a las siembras de la zona privilegiada palabras como éstas: «Me gustáis; estáis creciendo bien», y a las de la otra zona les dedicaban

términos opuestos. Pero, aún más que las palabras, contaba el empeño puesto por la imaginación en la representación mental de la lozanía de unos cultivos y del raquitismo y la dificultad de los otros.

Plegarias de vida y plegarias de muerte

Al cabo de algún tiempo, las fotografías habían documentado la lozanía de los cultivos «animados» y el retrasado desarrollo de los otros. He aquí cómo la magia —arrojada por la guerra inexorable que se tiene declarada a las denominaciones desagradables— se ha colado por la ventana, en virtud de la realidad imprescindible que está detrás de esa denominación que no gusta. Llamémoslo «efecto psicocinético», pero no olvidemos que el concepto básico es siempre éste: se trata de un influjo mental positivo o negativo creado por el pensamiento, por la imaginación, por el deseo, por la fe en el éxito del logro. Son facultades del espíritu que consideramos aisladamente por equivocación, mientras que, en realidad, convergen todas en una especie de acción mágica dirigida a allanar el camino de quien «quiere» obtener de veras algo.

En un segundo ciclo de experimentos, los señores Vasse, acogiendo sugerencias del doctor Rhine, quien se había interesado muchísimo por sus experiencias, obtuvieron y documentaron fotográficamente «la obediencia» demostrada por las plantitas ante órdenes más complejas, como las relativas al ángulo y la dirección con que se deseaba que se curvaran al crecer. Muchas cosas comienzan a explicarse a la luz de tales experimentos: por ejemplo, la convicción, difundida en los países anglosajones, de la existencia de personas capaces de hacer crecer las plantas del huerto o del jardín «independientemente de los cuidados materiales que se les prodigaran», y por la sola virtud de una benévola disposición del ánimo. Se acostumbra a decir de esas personas que tienen el «pulgar verde».

Ciertas curiosas competiciones que se celebraban en las Montañas de Tay, en Annam, entre hechiceros rivales empeñados en hacer crecer a ojos vistas su propia siembra de manga y, al mismo tiempo, impedir el crecimiento de una siembra idéntica en el tiesto del adversario, acaso podrían, también, encontrar una explicación distinta de la acostumbrada, que se basa en los presuntamente ilimitados recursos de los ilusionistas. Ambos rivales se hallan uno frente al otro, esforzándose en desencadenar, a la vez, un flujo de odio y otro de amor, y prevalece aquel que despliega una «fuerza mental» superior[20]. No cabe, pues, sorprenderse de que, en ciertos países de Oriente, esté difundida la opinión según la cual ciertos individuos poseerían el oculto poder de aniquilar con una simple mirada las fuerzas vitales de un árbol, con el resultado de conseguir que se seque. Es probable que se

trate de supersticiones, pero tal vez muchas convicciones erradas reposen sobre verdades exageradas o torcidas, y nosotros nos equivoquemos al celebrar procesos demasiado sumarios.

Si el psiquismo individual puede obrar prodigios como los documentados por los esposos Vasse, ¿qué no hará el psiquismo colectivo, organizado para desencadenar odio o amor? El reverendo doctor Franklin Loehr —un emprendedor pastor presbiteriano de Los Ángeles— fue quien tomó la iniciativa. Se procuró cantidades ingentes de semillas, brotes y esquejes, se aseguró la colaboración de no menos de ciento cincuenta personas que frecuentaban su iglesia, y, luego, subdividió los cometidos entre ellas, encargando a algunos grupos que «rogaran» por el bien de ciertas plantitas y a otros que detuvieran, con su plegaria, el desarrollo de las plantas restantes.

Por más reservas que pueda inspirar tan insólita iniciativa desde determinados puntos de vista, corresponde, en sustancia, a los experimentos de Vasse, e incluso representa una versión más refinada, dado que la plegaria es, por definición, la manifestación de un deseo enriquecida, por añadidura, con el calor emotivo y vivificada por la fe. Plegarias de vida y de muerte se entretejían, pues, en aquel templo bajo la dirección sin prejuicios del doctor Loehr, y —lo que cuenta más— alcanzaron plenamente la finalidad que se proponían, confirmando y hasta superando los resultados ya obtenidos por los esposos Vasse (lo que se explica, según creemos, por el poder superior del psiquismo colectivo). Crecieron esbeltas y lozanas las plantitas vivificadas por las plegarias amorosas y, por el contrarío, vegetaron fatigosamente —o murieron sin remisión— los brotes condenados por las «plegarias del odio»[21].

Un testimonio de Federico Fellini

En estos experimentos se reveló algo inesperado y turbador que merecería, tal vez, se profundizara en ello ulteriormente. En efecto, resultó que las plegarias del odio eran, en cierto modo, más eficaces que las del amor, dado que su efecto resultaba definitivo e irreparable. De hecho, las plantitas perjudicadas por las oraciones maléficas ya nunca más se recuperaron, ni siquiera cuando en su beneficio se invirtió, con finalidad experimental, el sentido de la plegaria. Las preocupantes suposiciones a que puede dar lugar semejante comprobación van mucho más allá de este ámbito, por cuanto vinculan a la naturaleza humana con las potencias maléficas que parecen inherentes a ella. Pero, lo repetimos, son precisas ulteriores y más precisas confirmaciones, antes de poder extraer consecuencias de alcance tan general.

Si los tiempos estuvieran maduros para admitir las sorprendentes verdades demostradas por el matrimonio Vasse y por el reverendo Loehr, veríamos a más de un estudioso de Biología lanzarse a experimentos destinados a determinar el alcance real de las influencias psíquicas sobre el mundo exterior, pero nos hallamos muy lejos de eso. Tan lejos, que ni siquiera nos es dado prever si a la Humanidad le será permitido, alguna vez, descubrir esa «dimensión mágica de la realidad» que ha rechazado solemnemente hace, por lo menos, dos siglos, en favor de una visión simplista y tranquilizadora de la vida y del Universo. En consecuencia, la magia vive y vivirá aun clandestinamente, más o menos disfrazada con denominaciones modernas. Todo lo más, algún estudioso no conformista hablará de ella a propósito de una acción «no clara» ejercida por alguien en beneficio de los ratoncitos que se han curado más de prisa que los demás de sus heridas, o incluso a propósito de no bien definidas influencias de presunta naturaleza psíquica que «parecen» haber sido ejercidas sobre dados y sobre semillas de plantas.

Nadie se atreverá a reconocer a la magia un fundamento biológico, quiere decirse la característica —ya entrevista por Schopenhauer— de una fuerza universal que también puede ponerse al servicio de individuos singulares, en cuya vida se convierte, sin más, en un coeficiente de éxito, de afirmación personal. Cada época tiene sus debilidades, sus engreimientos, los mitos ante los que se inclina y las verdades que no pueden ser reconocidas. Quien aún no haya entrevisto la función biológica de esta fuerza universal, no puede por menos de considerar el aspecto exterior y superficial del problema, según el cual, la magia sólo es la manifestación de una mentalidad arcaica, irrealista y potencialmente neurótica[22]. En ciertos ambientes, este anticuado veredicto todavía hace escuela.

He aquí por qué los rarísimos poseedores de facultades psicocinéticas se guardan bien, en general, de darse a conocer, y nunca estarán agradecidos a quien dé a la publicidad lo que a ellos se refiere. Pero hay hechos que no pueden ser callados en nombre de una prudencia oportunista, por más que, evidentemente, se hallen desplazados en esta época y en este ambiente. Con toda probabilidad, no se creerán tales hechos, pero podrían ser discutidos, y eso ya sería algo. El episodio al que nos referimos sucedió en fecha reciente, y concierne al mismo personaje del que nos hemos ocupado más de una vez, y precisamente al comienzo de este capítulo: el doctor Gustavo Rol. El otro protagonista es Federico Fellini, que nos ha contado la aventura a Simone di San Clemente y a mí[23].

El director estaba paseándose con el doctor Rol por el parque del Valentino, cuando su vista percibió una de las típicas escenas del ambiente: un niñito de pocos meses dormido pacíficamente en su cochecito, y la niñera que también se adormilaba en el banquito de al lado. En un momento dado, un abejorro zumbante

se aproximó a la cuna, y Fellini temió que el insecto pudiera picar al niño. Puesto que la mujer continuaba durmiendo plácidamente, estaba a punto de echar a correr él mismo, cuando el doctor Rol se le adelantó con una iniciativa imprevisible: levantó la mano con un gesto imperioso hacia el inoportuno abejorro, y éste cayó fulminado.

Entre los muchos hechos «desplazados», éste, evidentemente, lo es más que los otros, no cabe duda. Y en cuanto al comentario, nos remitimos a las palabras mismas del director cinematográfico, que centran muy bien la cuestión principal: «Tal vez no hubiera debido cometer esta indiscreción, pero hay que decidirse de una vez a dar testimonio de los aspectos desacostumbrados de la realidad. La vida está llena de cosas misteriosas, pero la mayor parte de la gente está dispuesta a creer sólo en los misterios conocidos, y no en aquellos que se manifiestan raras veces. No es la falta de testimonios lo que determina tal situación, sino la inexistencia de cierta «disponibilidad» en las confrontaciones de la realidad imprevista e imprevisible. Somos idólatras de la ciencia, prisioneros de la diosa Razón. Todo esto ha hecho que nos olvidemos de la existencia de facultades que están por encima de la misma razón.»

NOTAS — Capítulo XVIII

(1) Esto permitiría suponer, como se ampliará a continuación, la existencia de una coordinación entre la actividad cortical integral y la diencefálica, entre las que —según las opiniones citadas en otro lugar— subsistiría, por lo general, un antagonismo funcional.

(2) *Journal of Parapsychology*, n.º 26, 1962, p. 112.

(3) B. DE CRESSAC y G. CHEVALIER, *Problème crucial la Métapsychique* París, La Colombe, 1960.

(4) "En todo caso, ateniéndonos a los resultados experimentales, es más bien difícil, en la actualidad, tomar posición de manera definitiva en pro o en contra de la hipótesis del profesor Rhine", escribe TOCQUET (*op. cit*., p. 226).

(5) Para la exactitud sería preciso dejar cierto margen, incluso, a la posibilidad de que exista algún componente precognitivo del fenómeno, o bien se trataría de una precognición demasiado sistemática y precisa, además de estrechamente especializada, y esto parece estar en contraste con las conocidas características del fenómeno precognitivo.

(6) *Revista Psychica*, 1938, p. 210.

(7) Los teóricos que han alcanzado mayor éxito son Samuel Smiles, para quien es, esencialmente, fruto de abnegación y tenacidad, y el inglés Mark Caine, que a todo esto ha añadido notas más modernas de falta de apriorismos. Pero la experiencia demuestra que más allá de las, por otra parte necesarias, dotes personales de voluntad, tenacidad, capacidad y flexibilidad, actúa un factor imponderable que justifica, al menos, el éxito arrollador de personas que, desde el punto de vista de las dotes citadas, aparecen peor dotadas que otras. En ciertos ambientes militares, se acostumbra a atribuir su justa importancia a un factor imponderable que, genéricamente, se acostumbra a llamar "fortuna", pero que, por lo sistemático de su acción, puede ser considerado, en cambio, como algo que entra en el orden de ideas aquí señalado. En el curso del último conflicto, la "Fundación Rockefeller" financió con largueza, en los Estados Unidos, un Instituto de Investigaciones sobre la Personalidad, en el que un equipo de psicólogos dirigido por el doctor Donald Mac Kennan cuidaba, desde este particular punto de vista, de la selección de los militares destinados a misiones especialmente arriesgadas e importantes.

(8) ANTONIO MENDICINI, *Problema di Biologia e di Metabiologia*, Roma, 1951.

(9) Se trata de un eminente especialista en problemática paranormal, autor de varios libros sobre el tema. El episodio aquí referido forma parte de una relación suya acerca de las actividades de la Sociedad Helénica de Investigaciones psíquicas (v. *Problemi di metapsichica*, Roma, Esim, 1942).

(10) V. *Bolletino della S.I.M*., n.º 1, enero-marzo de 1955. Experiencias sistemáticas de este tipo han sido llevadas a cabo en Italia por el doctor Aleardo Cerioli. En el mismo orden de ideas, podrían incluirse también los experimentos del almirante Paolo Aloisi, a propósito del cual se cuenta que consiguió hacer permanecer en equilibrio objetos diversos en posiciones innaturales.

(11) *Tempo medico*, Milán, 1964.

(12) En un tiempo, era de rigor, para los fenómenos telecinéticos de tipo mecánico, una interpretación basada en la hipótesis de las llamadas "palancas ectoplásmicas" que se presumía fueran originadas por el mismo cuerpo del médium (cfr. a este propósito SERVADIO, *op. cit*., página 94). Hay, en efecto, experiencias —como las ya citadas de Osty padre e hijo con Rudi Schneider— que parecerían dar cierta consistencia a tal hipótesis. Pero el campo de las acciones a distancia es vasto, y si para explicar algunas de éstas puede bastar una hipótesis mecánica, para otras (encender una lamparita, por ejemplo) es necesario pensar en una acción de tipo eléctrico, y, asimismo, para la interrupción a distancia de los circuitos eléctricos de un motor de explosión. Por lo que puede establecerse, dicha acción debería concretarse mediante la creación o la anulación de flujos de electrones.

(13) Episodio citado por Bozzano, que lo ha tomado de la edición francesa del libro *Tam-Tams* de ANGELO GATTI, y referido, asimismo, por TANAGRAS, en *Le destin et la chance*.

(14) Escribe, además: "Cuando el hombre admita poder dirigir las energías sobre la psique, no sólo en sentido

material..., sino también físico, a fin de influir y hacer mover las cosas inanimadas..., entonces comprenderá que puede desafiar impunemente las leyes del azar y de la probabilidad.” *(Op. cit.)*

(15) Véase CHRISTIAN LEPINTE, *Goethe et l’occultisme*, Publications de la Faculté des Lettres de l’Université de Strasbourg, fase. 134, 1957. Goethe se confiaba sobre ese tema con Eckermann, en particular (véase también la obra ya citada de MOUFANG).

(16) WILLIAM WALKER ATKINSON, *El secreto de la magia mental*, Milán, 1942.

(17) V. art. *Parapsicología applicata*, de PETER RINGGER, en *Neue Wissenschaft*, julio de 1957, y el libro del mismo autor *Das Weltbild der Parapsichologie*, Olten, 1959.

(18) Véase E. BOZZANO, *Popoli primitivi e manifestazioni supernormali*, p. 180 y ss., y 187 y ss.

(19) V. *Revue Métapsychique*, n.º 2, 1948.

(20) Episodio referido por el ya citado PAUL MONET (v. cap. XV) y reproducido por MENDICINI en *op. cit*.

(21) V. artículo sobre el tema en la revista *Fortnight* del 25 de mayo de 1953, y el libro de FRANKLIN LOEHR, *The Power of Prayer on Plants*, Nueva York, Doubleday.

(22) Ya se ha tratado de ese concepto, que se basa en la negación de todo fundamento práctico y real de la magia. Halla expresión en varias interpretaciones propuestas por antropólogos y sociólogos (en particular, por Frazer). La negación del fundamento real conduce de manera automática al diagnóstico psicoanalítico basado en el rechazo de la realidad y en la consiguiente neurosis. A este propósito escribe RENÉ TRINTZIUS en *La magie a-t-elle raison?*, París, Albin Michel, 1942: “El hecho es que a esos teóricos nunca se les haya ocurrido que la magia de los pueblos primitivos pudiera muy bien ser el conjunto de los medios irracionales, pero reales, en virtud de los cuales el hombre, en cierta etapa de su propia evolución, actuaba de manera eficaz..., sobre el mundo exterior y sobre su propio psiquismo.” Pero esta concepción de Trintzius tiende a limitar la importancia del factor mágico a cierta fase del desarrollo humano. Por el contrario, si las experiencias cuantitativas de la escuela de Rhine sobre el efecto P-K tienen sentido, no puede ello consistir más que en la comprobación de un “coeficiente mágico” implícito en toda tensión de la voluntad, lo que conduce a suponer la existencia de un fundamento biológico para el factor psicodinámico en cuestión. Y no puede negarse que tal problema sea mucho más importante que el representado por los aspectos etnológicos e históricos del fenómeno mágico.

(23) V. entrevista relativa a dicho tema en *Pianeta*, n.º 4.

Sexta Parte

LA MENTE DIFUSA

CAPÍTULO XIX
LOS PEQUEÑOS COMPAÑEROS DE VIAJE

En los ojos de un animal, vemos, a menudo, los reflejos de un mundo escondido y secreto. Ellos nos ponen en comunicación, como a través de una puerta, con un Universo distinto del nuestro.

G. H. SCHUBERT.

Los perros de grandes recursos

La aventura que vamos a narrar es modesta en apariencia y tiene como protagonista a un perro como tantos otros —el *terrier Héctor*—, a quien las circunstancias han separado de su amo, y que trata de reunirse con él. Un suceso casi trivial, si no fuera por las dotes excepcionales, y en gran parte enigmáticas, que el perro se ha visto obligado a desplegar para conseguir su objetivo. *Héctor* pertenecía al oficial de la Marina mercante W. H. Mante, segundo de a bordo del *Simaloer*, un barco de carga holandés. Tras una escala en el puerto de Vancouver (Columbia británica), el *terrier* se encuentra solo y perdido errando de un muelle a otro, porque las circunstancias han determinado que «su» barco haya partido sin él.

El *Simaloer* ha partido de improviso directamente hacia el Japón, y esto el perro no lo sabe o, cuando menos, «no debería de saberlo». Pero tal vez nosotros juzguemos a los perros con criterios anticuados y no de acuerdo con la realidad; creemos conocerlos bien y, por el contrario, los hechos se encargan de vez en cuando de demostrarnos que se trata de un conocimiento aproximativo y plagado de prejuicios. Otros cinco barcos se habían quedado anclados junto al muelle en el que había atracado el *Simaloer*, y uno de ellos —el vapor *Hanley*— estaba completando su carga antes de zarpar hacia Yokohama. En la mañana del 20 de abril de 1922, el segundo de a bordo del *Hanley*, el señor Harold Kildall, advirtió que un perro *terrier* nunca visto con anterioridad subía a los distintos barcos anclados y los «inspeccionaba» cuidadosamente, como si estuviera buscando algo. En un momento dado, lo perdió de vista.

Aquel perro era *Héctor*. Cuando el *Hanley* hubo levado anclas, fue encontrado tumbado ante la cabina del comandante, como un pasajero clandestino que, una vez seguro de no poder ser desembarcado, se pone, de pronto, bajo la protección de la máxima autoridad de a bordo. Pese a que era un extraño para todos, fue bien

acogido, incluso festejado, pero él no correspondió a esas expansiones, tal vez porque tenía otra cosa muy distinta en la cabeza. Al fin y al cabo, era el perro de un segundo oficial, y, por tanto, estaba acostumbrado a ser considerado con respeto. En cuanto a protección, sólo aceptó la de Harold Kildall, como si supiera que ostentaba el mismo grado que su amo.

Al poco, demostró ser un verdadero lobo de mar. A la hora del rancho, se presentaba regularmente al cocinero, que le reservaba exquisitos bocados. De vez en cuando, subía al puente más alto, apoyaba las patas en el habitáculo de la brújula y echaba una ojeada experta, como si estuviera controlando la derrota. Al cabo de dieciocho días de navegación por el Pacífico septentrional, *Héctor* husmeó el viento de tierra y, desde entonces, se dedicó a prestar gran atención: había sido avistada la costa japonesa. El barco se dirigió a Yokohama, arribó al puerto y atracó en el muelle de la aduana. Y ahí se verificó el golpe de teatro: Kildall, que no había perdido de vista ni por un momento a *Héctor*, lo vio ponerse cada vez más inquieto. De improviso, el perro se puso a ladrar de manera frenética, mientras saltaba acá y allá en un paroxismo de excitación, y todo esto mientras, a breve distancia, pasaba una embarcación procedente de un barco holandés no lejano.

El buque en cuestión era el *Simaloer*. En la embarcación iban dos hombres, y uno de ellos —y es una casualidad digna de ser señalada— era el señor Mante, el amo de *Héctor*. Fue un encuentro memorable. La documentación acerca de este caso ha sido recogida por el capitán Kenneth Dodson, que interrogó en persona a los oficiales de los dos barcos[1]. Valía la pena que se realizara esa encuesta, porque la aventura referida es una de ésas que parecen a propósito para estimular las mentes inclinadas a aceptar las explicaciones simplistas. Cuando un perro se reúne con su amo que se encuentra a centenares o a millares de kilómetros de distancia, se dice que «se orienta», y se atribuye su mérito al «instinto». Pero, al menos en este caso, creemos que es difícil hablar de orientación en el sentido usual, desde el momento que el perro, entre los cinco barcos anclados, eligió justamente el que precisaba.

Análogos problemas nos plantea el extraordinario *curriculum vitae* de *Lampo*, el famoso «perro viajero» del ferroviario Elvio Barlettani, quien ha descrito la gesta del can en un libro que invita a muchas reflexiones[2]. *Lampo* era, por vocación adquirida, un vagabundo, pero no a la manera tradicional de los perros. Habiendo adquirido la invencible afición de viajar en tren, se dedicaba continuamente a ésta su diversión preferida, y lo hacía con toda la inteligencia, la astucia y la tenacidad de un perro de grandes recursos (pero, ¿existen perros desprovistos de recursos?).

Lampo montaba en los trenes en la estación de Campiglia Marittima, donde radicaba su «base de operaciones», y se ofrecía largos e interesantes itinerarios,

cambiando siempre de tren en el momento justo y eludiendo hábilmente la vigilancia de los revisores, los cuales, como es sabido, no son nada amables con los perros «no acompañados». Después, regresaba con toda tranquilidad a la base, a expensas de los Ferrocarriles del Estado. Habríase dicho que conocía de memoria el horario de los trenes, las paradas y las coincidencias. El hecho es que conseguía regresar a Campiglia Marittima en el momento justo, cuando tenía que acompañar a la escuela a la niña de Barlettani.

La orientación «telepsíquica»

Lo menos que podía pasarle a un perro hábil e independiente como *Lampo* era hacerse célebre. De él se ocuparon, en efecto, los periódicos. Luego —como si fuera un estupendo jugador de Primera División—, fue presentado al gran público televidente. Por desdicha, es el destino de ciertos hechos interesantes y significativos no ser tomados en consideración sino en la medida que sirven para suscitar el estupor y la fugaz curiosidad del público. Incluso desde ese punto de vista de su utilidad es indudable, desde luego, porque, al menos, contribuyen a desterrar algún viejo prejuicio. Se va abriendo camino, por ejemplo, la convicción de que la inteligencia de los animales en general, y en particular la de algunas especies, ha sido infravalorada hasta ahora.

Pero, ¿basta la simple inteligencia para explicar el comportamiento de *Héctor* y de *Lampo*? Cuando se afirma con toda seriedad que *Lampo* «conocía de memoria el horario de los trenes» acaso no se dé cuenta cabal de todo cuanto implica semejante afirmación. En efecto, de nada sirve conocer los horarios si no se tiene la posibilidad de consultar los relojes y de regularse el tiempo en consecuencia. Pero no creemos de veras que *Lampo* tuviera necesidad de nuestro sistema horario para realizar sus empresas ya famosas. Escribe Olivier Quéant: «Creo que el gran error que cometemos al afrontar con pensamientos y palabras cierto ámbito misterioso sea “juzgar como hombres y hablar como hombres”, quiero decir, recurrir a nociones humanas, utilizar palabras humanas. ¿Cómo podríamos dejar de hacerlo, puesto que somos hombres? Pero, al menos, deberemos tener la certeza de que nuestras palabras son falsas, que no se aplican a lo que no es material ni físico.»

Son muchos, en el ámbito animal, los fenómenos misteriosos que la ciencia no tiene la posibilidad de explicar, o para los que no da explicaciones bastante persuasivas. Para estos fenómenos son precisas hipótesis nuevas, explicaciones más simples y más audaces. La audacia radica en apartarse de los caminos habituales, de los razonamientos de tipo cartesiano que reflejan, es cierto, las exigencias de nuestra psicología consciente, pero no respetan las características profundas de la

realidad. Hay aspectos del psiquismo humano subconsciente que resultan inconmensurables con nuestro común raciocinio. ¿Quién podría explicar, por ejemplo, el misterioso mecanismo en virtud del cual una clarividente puede mirar desde lejos en el interior de los cuerpos ajenos (véase capítulo III) y descubrir sus enfermedades? Pues bien, el psiquismo animal se desarrolla esencialmente a nivel subconsciente, y toma sus recursos de ese universo secreto del que tan poco sabemos.

Apenas comenzamos ahora a entrever la existencia de un «factor PSI» que pone en misteriosa comunicación entre sí a los seres vivientes, que puede encerrar otras muchas posibilidades independientes de los acostumbrados mecanismos psicofisiológicos y sensoriales, y que obtiene su fuerza de las oscuras profundidades del ser. Se trata de saber si este factor actúa también en el campo animal y hasta qué punto, y si el considerarlo, al menos como hipótesis, responsable de ciertos hechos enigmáticos y oscuros, ayuda o no a simplificar su interpretación. Si aceptamos entrar en este orden de ideas, la posibilidad de que un perro pueda reunirse con su amo desde enormes distancias, superando las dificultades que resisten a toda otra tentativa de explicación racional, no nos parecerá más asombroso que tantos otros fenómenos que hemos ido examinando.

Y, ahora, vayamos en busca de algún otro hecho que pueda corroborar estos nuestros puntos de vista. Cierto día de 1940, un funcionario del condado de Summersville, en Virginia occidental, le regaló a su hijito —un muchacho de doce años— un palomo herido que había encontrado en el patio de su casa. El ave fue alimentada y cuidada con tanto cariño, que muy pronto se hizo inseparable del muchacho. Al llegar el invierno, aquél tuvo que ser internado en el hospital de Philippi para ser sometido a una intervención quirúrgica. Philippi se encuentra a unos cien kilómetros de Summersville. Una semana después del ingreso, en el peor momento de una noche de tormenta de nieve, el muchacho enfermo oyó un ligero repiqueteo procedente de la ventana: era su palomo, que había acudido de improviso a reunirse con él.

Algunos días después, cuando los padres fueron a visitar a su hijo, quedaron muy sorprendidos al encontrar al ave en su habitación. Un examen cuidadoso de las circunstancias permitió determinar que el palomo estaba en Summersville los días inmediatamente posteriores a la partida del chico, de manera que no había podido seguir la ambulancia[3]. En apariencia, nada hay de extraño en este caso, pues se sabe que algunas especies de palomas saben orientarse muy bien, pero una cosa es orientarse hacia las zonas climáticas apropiadas y otra, que un palomo pueda encontrar a un muchacho que se halla en un lugar no precisado a cien kilómetros de distancia, y nunca visto con anterioridad. El problema radica en cómo se las arregló

aquel palomo para saber que su amo estaba allí.

Los sagacísimos gatos de Estambul

El problema de la orientación de los animales no se presenta sólo a propósito de palomas viajeras o de perros; constituye un enigma aún por resolver con el que el biólogo se enfrenta sin cesar también en lo relativo a otros volátiles, insectos o a simples larvas profundamente introducidas en el tronco de un árbol, los cuales, de forma invariable, consiguen agujerear la madera utilizando el camino más corto que puede conducirles al exterior. Las hembras de ciertas mariposas son capaces de atraer a los machos desde distancias enormes, e incluso con viento en contra. La tentación de explicar tales fenómenos en los términos de la Fisiología normal o de la Física es muy acentuada. El ruso Vasíliev, por ejemplo, habla de dichos fenómenos como de «radiocomunicaciones biológicas».

Pero el antropólogo Lidio Cipriani, que en esta materia ha realizado las observaciones más sistemáticas, es de opinión muy distinta. Describe, por ejemplo, el desconcertante fenómeno de los buitres, que desde los límites extremos del horizonte, y fuera de toda posibilidad visual, convergen de improviso y simultáneamente hacia los restos de un animal, en cuanto éstos han sido localizados por un solo individuo de la especie. Está claro que este último advierte a los otros, pero, ¿de qué modo? A este propósito, escribe Cipriani: «Desearía poder atribuir a la vista o al olfato la causa de todo esto, pero después de haber asistido en varias partes del mundo… a idénticos hechos, no me atrevo. Como máximo, el primer buitre podría descubrir con la vista, pero no los que se añadieron en la casi oscuridad de la noche otoñal y procedentes de direcciones cubiertas de vegetación»[4].

Más adelante, añade: «Aquí actúa algo así como un “telepsiquismo”, o sea, una infinita e inmaterial extensión superorgánica y superindividual.» Se trata, en suma, de la hipótesis PSI, pero con la novedad de que el autor la considera como apoyo «normal y directo» de todas las relaciones entre los organismos animales, lo que es bastante razonable, si se piensa que estos últimos no tienen otra manera de comunicarse entre sí. En efecto, explica Cipriani[5]: «Por cuanto se desprende de mis experiencias acerca de los pájaros y de fenómenos como la migración de las especies, las nociones, sin tener en cuenta las barreras materiales, pasan de un inconsciente a otro o del ambiente al inconsciente individual, informando a la totalidad de los interesados sobre situaciones de carácter biológico y cósmico. Al nivel del inconsciente, nada obstaculiza, evidentemente, la reciprocidad de conocimientos, en cuya virtud todo organismo se convierte, en este sentido, en un

libro abierto para los otros organismos.»

Con semejantes premisas, que presuponen incluso una clarividencia animal, resultan aceptables otros varios hechos que, de otro modo, aparecerían como inverosímiles, como, por ejemplo, el siguiente[6]. Un mercante de Marsella, en el curso de una de las muchas escalas que hacía de vez en cuando en el puerto de Estambul, embarcó una docena de gatos. No sabemos cómo se los procuraron los marineros, pero, en todo caso, resulta que los animalitos fueron tratados muy bien y alimentados con abundancia. Cuando el barco regresó a Estambul, el capitán ordenó que todos aquellos gatos fueran desembarcados y devueltos a sus propietarios, tras lo cual el buque zarpó de nuevo y transcurrió más de un año antes de que regresara.

Cuando volvió a Estambul (e insistimos en el hecho de que se trataba de viajes esporádicos, realizados en periodos irregulares) acaeció algo extraño. Desde la víspera de su arribada, los gatos en cuestión hablan abandonado a la vez sus casas y habían acudido a esperar el barco en el muelle, reuniéndose en el punto preciso donde debía atracar. He aquí un hecho difícil de explicar, según las ideas corrientes. Cuando un animal hace algo extraordinario, nuestro estupor se calma, por lo general, ante una palabra: el «instinto»; pero es una etiqueta que esconde el vacío, y el vacío no puede ser una explicación. Escribe Maeterlinck: «Hemos llamado instinto a lo que no comprendíamos, aplazando para más tarde la interpretación de esta palabra que se acostumbra a referir a los más insolubles enigmas de la vida»[7].

En realidad, un hecho de este tipo implica telepatía, clarividencia y precognición, todo a la vez. Presupone, de hecho, un intercambio de informaciones a nivel subconsciente entre los gatos y entre éstos y la tripulación, según lo que podemos llamar la «hipótesis Cipriani». Es uno de tantos acontecimientos que abren un pequeño, pero interesante, resquicio sobre los ignotos panoramas de un dinamismo psíquico que tiene leyes y comportamientos demasiado distintos de los de la psique consciente como para poder describirse en los términos claros propios de esta última. Se dirá que el misterio no se aclara por haber sustituido la etiqueta del instinto por la del factor PSI, pero, al menos, se sabe que este último implica la intervención de leyes que el universo físico no puede explicar, y que van adquiriendo ya un perfil discernible.

La idea de que los animales —o, al menos, algunos animales— pueden presentir de alguna manera la proximidad de sucesos futuros es inaceptable para el sentido común, pero es más que aceptable si se admite la intervención de esas fuerzas reales si bien desconocidas. En un libro de Bozzano[8], se encuentra la narración, tomada de otra fuente, de una curiosa «huelga» que los perros de San Bernardo declararon en febrero de 1939, cuando, por primera y única vez, se negaron a seguir a los monjes,

que querían llevarlos al acostumbrado paseo de la mañana. Fueron acariciados y amenazados, pero inútilmente, y, por aquella vez, se renunció a hacerlos salir. Una hora más tarde, se desencadenó la tempestad, y un gran alud se abatió sobre el camino que monjes y perros hubieran debido seguir. Remitiéndonos a los poderes que acostumbran a atribuirse al instinto, los perros pueden haber presentido la tempestad, pero los de San Bernardo no la temen. La amenaza temible era la del alud, que no podía ser prevista.

Mi amigo Antonio Ribera, de Barcelona, me ha remitido una documentación concerniente a un episodio acaecido en Oviedo, el 17 de mayo de 1968, cuando un caballo que tiraba de un carro interrumpió el tránsito ante la boca de un túnel, en la carretera que conduce de Ciano a La Nueva. El animal se negó en redondo a continuar, ni siquiera cuando el carretero, dominado por la legítima impaciencia de los restantes usuarios de la vía pública —entre los que se encontraban los pasajeros de un autocar—, empezó a darle de latigazos. Mientras tales cosas sucedían, la bóveda del túnel cedió de improviso y el túnel quedó obstruido por un enorme desprendimiento. Sin esta providencial obstinación equina, muchas personas hubieran seguramente perdido la vida en el hundimiento.

Melancólica historia del perro de Andersen

Incluso entre los estudiosos de lo desconocido hay quien tiende a incluirlo todo en el ámbito de la Fisiología ordinaria y, por tanto, sostiene que los perros (u otros animales) perciben por vía sensorial —y aunque sea con alguna anticipación— los signos precursores de sucesos peligrosos como terremotos, incendios y aludes, pero es preciso reconocer que el mecanismo de tales presuntas percepciones sensoriales es problemático y oscuro, al menos, tanto como las hipotéticas «radiocomunicaciones biológicas» de Vasíliev. La convicción más difundida es que la percepción extrasensorial (y, en general, el fenómeno paranormal) debe representar la excepción y no la regla. En efecto, se acostumbra a considerar como «hipótesis más económica» la basada en la Fisiología ordinaria, por más que la explicación correspondiente, en muchos casos, aparezca oscura, forzada y problemática.

Hay, en cambio, algunos motivos serios para sospechar que este antropocéntrico concepto de «economía» no refleje en absoluto la sustancia de las cosas, desde el momento que existe una fuerza natural (el factor PSI) que implica, para muchos fenómenos, una explicación más simple e inmediata de las acostumbradas y fantasiosas, ni tampoco puede suponerse que la Naturaleza, disponiendo de tal fuerza, tenga alguna dificultad para hacerla actuar innumerables veces e incluso

siempre, más bien que en casos excepcionales. Quien eche un vistazo a los trabajos de los psicobiólogos[9], advertirá, en efecto, la existencia de un vasto designio natural en el que la fuerza citada asume un papel importante y fundamental, sobre todo, en el ámbito del mundo animal. Se entiende que hasta que el hombre no se decida a reconciliarse con la realidad, las teorías de los psicobiólogos nunca merecerán atención, y, en la práctica, continuará conformándose con la ambigua actitud de quien conoce los hechos, pero los hace a un lado o pasa sobre ellos porque no puede explicárselos, o, todo lo más, se vale de ellos para suscitar un momentáneo estupor, en lugar de utilizarlos para construir encima una representación más estable de la realidad.

En Cervinia hay un bajorrelieve de cerámica que representa un perro mirando una montaña. Es la efigie de *Bleck*, un bastardo que acompañaba a los guías y a los escaladores, y que se hizo famoso por la habilidad con que, según escribe Enzo Grazzini, «sentía curiosamente a tiempo todo cuanto maduraba en el misterioso mundo de la montaña». También *Bleck* «adivinaba» los aludes y daba a los demás el ejemplo de lo que debe hacerse para estar a seguro, y aquel don suyo era precioso para los fieles de la montaña. Pero *Bleck* «sentía» también otros acontecimientos de especie distinta.

Una vez —continúa narrando Grazzini—, un capitán de alpinos perdió la vida en un accidente en el curso de la primera competición por el «Trofeo Mezzalama». En aquel momento, el perro se encontraba en Breuil. Se volvió a mirar a la montaña y aulló siniestramente largo rato. También en otra ocasión se comportó de la misma manera: una noche, se levantó de su yacija y se puso a ladrar hasta altas horas. Fue en el verano de 1933, cuando se precipitaron del Linceul dos estudiantes del valle de Aosta, y, con ellos, también el guía que los acompañaba.

Todo esto no puede sorprender a quien conozca a los perros y, en general, a los animales. Jack London, con la feliz intuición de los grandes escritores, afirma que los hombres «son los dioses de los perros». Según Ringger[10], entre animales domésticos y amos existiría un vínculo semejante al que se establece entre los niños y sus padres, o sea, un estado de interdependencia psíquica, algo que hace pensar en el «cordón telepático» que, al decir de Ehrenwald, une a la madre con su hijo en los primeros años de vida de éste. Algo de verdad debe de haber, porque son demasiados los hechos que demuestran hasta qué punto cuenta para un perro la vida de su amo.

Estos aspectos de la realidad son conocidos desde los tiempos legendarios de Argos. En cambio, es menos conocido el hecho de que la vida del hombre y la del perro permanecen ligadas de manera invisible por un hilo misterioso, incluso

cuando se separan, fruto evidente de esa «simbiosis psíquica» que ha ido madurando en los milenios de común aventura terrestre y que ha hecho del perro una «prolongación», un apéndice necesario del hombre. Y hasta aquí, nos hemos mantenido en el ámbito de las generalidades, pero puede entrarse en el de los hechos circunstanciados y precisos. El cuentista danés Hans Christian Andersen había recibido en custodia —con el encargo de albergarlo por un largo período— el perro de un amigo que marchaba a Italia por razones de salud. No sabemos de qué raza era el can, pero sí conocemos su nombre: *Amour*.

En los meses que siguieron a la partida de su amo, el humor del animalito sufrió altibajos que, al principio, resultaron incomprensibles: a veces, en efecto, el perro parecía sombrío y deprimido, y en otras ocasiones, normal o incluso vivaz. Se comprendió el motivo cuando pudo determinarse —basándose en las informaciones que, de tanto en tanto, llegaban de Italia— que las crisis depresivas de *Amour* coincidían regularmente con los períodos más críticos de la salud de su dueño, quien estaba enfermo de gravedad del pecho. Una noche, Andersen, que apenas se había dormido, fue despertado por el perro, que le lamía una mano. Inmediatamente después, el animalito comenzó a aullar de forma lastimera y, luego, se tiró al suelo adoptando una postura insólita, con las cuatro patas extendidas y poseído de un evidentísimo desasosiego.

La clara impresión de Andersen —expresada a otras personas en seguida— fue que, en aquel preciso momento —o sea, a las once y media de la noche— *Amour* había «sentido» la muerte de su amo. Las noticias que llegaron a continuación confirmaron plenamente tal suposición[11]. Todo esto puede llamarse telepatía o visión a distancia, pero, una vez más, no son las denominaciones lo que cuenta. Cuenta más saber que el «factor PSI» opera con mayor potencia en los animales, acaso en razón de la reducidísima incidencia del intelecto consciente sobre su psiquismo, y que se mueve muy a menudo al compás de la emoción más fuerte que un perro pueda experimentar: el amor.

Wamar, *galgo clarividente*

Si se tratara de hechos aislados, cualquier inducción resultaría arbitraria, pero, por lo general, el pasado y el presente se encuentran en los mismos caminos, que son los de la Naturaleza. He aquí una aventura extraordinariamente análoga, pero mucho más reciente, puesto que se remonta a 1936. Dado que está circunstanciada y precisada —aparte de ser controlable con facilidad—, no podemos considerarla una de tantas leyendas creadas por el sentimentalismo humano, que nunca se cansa de proyectar sus propias ilusiones sobre los objetos externos. Es la melancólica

historia de un galgo de raza —*Wamar*— que fue víctima de su clarividencia.

Wamar pertenecía al capitán Maris Galli, de Turín. Desde que el amo había partido para la guerra de Abisinia, el perro había caído víctima de una sombría desgana, como si presagiara acontecimientos muy tristes. Pasaron meses. Un día —el 27 de junio—, *Wamar* dio súbitas señales de gran inquietud: se paseaba por la casa aullando de modo lastimero, mientras que su mirada consternada parecía contemplar acontecimientos dolorosos e invisibles. Continuó comportándose así durante todo el día, y, luego, cambió bruscamente de actitud y fue a tumbarse a la habitación de su amo, a los pies de su cama vacía, y allí permaneció con los ojos cerrados, emitiendo, de vez en cuando, algunos débiles gañidos. Le llevaron alimento, pero lo rehusó. A veces, se levantaba para ir a frotarse contra un armario en el que estaban guardados los vestidos del amo, y, luego, volvía a echarse, sacudido de tanto en tanto por temblores. Se mostraba indiferente a las llamadas, a las caricias, a todo.

De nada sirvieron las atenciones de los familiares del capitán Galli, y ni siquiera los cuidados del veterinario. *Wamar* continuó rehusando todo alimento hasta su muerte, que sobrevino al cabo de unos días. «Ha muerto de inanición», sentenció el veterinario; y, técnicamente, era verdad. Pero hubiera sido más justo decir que murió de pena, por efecto de una noticia que le llegó a través de las misteriosas vías de ese océano que a todos nos pone en comunicación por debajo del nivel consciente, desde los seres más pequeños a los más grandes. La misma noticia llegó por conducto oficial a los familiares de Galli, mediante un telegrama que anunciaba su muerte. El oficial se había extinguido la noche del 27 de junio, a raíz de graves heridas sufridas algunas horas antes en combate. Desde millares de kilómetros de distancia, su galgo había «asistido» pues, al desarrollo de tales acontecimientos[12].

No se trata, repetimos, de observaciones aisladas. En el amplio repertorio de casos recogidos por Bozzano se refieren varios episodios de este tipo, algunos de los cuales sugieren la idea precisa de un conocimiento anticipado —por parte del perro— del suceso trágico a punto de consumarse, y del que el animal participa manifestando de manera inequívoca su propio dolor. El doctor Gustavo Geley —que no era un observador desprevenido— escribe: «Nadie que en la inminencia de trágicas circunstancias haya oído —como lo he oído yo mismo— los aullidos con que los perros preanuncian la muerte de una persona conseguirá olvidarlos. He quedado profundamente impresionado»[13].

Olvidemos ahora el entristecedor contenido de estos episodios y detengámonos por un momento a considerar el elemento común a los varios casos aquí referidos. Ese elemento parece ser la gran capacidad de identificación (o sea, de amor) que

demuestran estos humildes animalillos, una capacidad tan grande que es capaz de movilizar las fuerzas más profundas de su psiquismo. Desde el punto de vista etimológico originario, psique y alma equivalen entre sí, pero son palabras que no pueden ser usadas porque a algunos les producen fastidio. Descartes, por ejemplo, no quería ni oír hablar de alma a propósito de los animales, y se dice que, una vez, empeñado en demostrar su tesis negativa, agarró un gato y lo precipitó por la ventana.

Tal vez la violencia enfática de ese gesto iba dirigida, más que nada, contra una voz interna que aconsejaba a Descartes no fiarse demasiado de ciertas distinciones y especulaciones suyas clarísimas, pero discutibles (así aparecen hoy) desde más de un punto de vista. En todo caso, es cierto que las tesis cartesianas tuvieron seguidores entre todos cuantos desde entonces consideraron a los animales como autómatas, y que, en consecuencia, no tuvieron ningún inconveniente en comportarse cruelmente con ellos, puesto que los lamentos de una bestia «no difieren del crujido de una rueda o de un muelle que se rompen»[14]. Hoy, los tiempos han cambiado, por supuesto, pero algo del antiguo prejuicio subsiste en ciertas ostentaciones de superioridad que el hombre no descuida nunca hacer respecto de sus pequeños compañeros de viaje.

A los herederos del prejuicio cartesiano los encontramos hoy entre los defensores del sentido común (y no hay, en verdad, un caso en que haya sido el propio Descartes quien lo haya elogiado). Es del todo cierto que el animal está en posición de inferioridad clarísima por lo que se refiere a las dotes del intelecto consciente y raciocinante, pero nosotros no sabemos qué profundidad alcanza, por debajo del nivel consciente, el psiquismo animal, del que tan sólo logramos captar alguna manifestación externa de tipo antropomórfico. Tampoco podemos excluir que dicho psiquismo tenga libre acceso —mucho más que el nuestro— a regiones desconocidas de las que el sentido común apenas sospecha la existencia.

Tal vez tenga razón Boris Noyer cuando escribe: «La búsqueda tenaz de toda forma de psiquismo parece mucho más urgente, para el hombre, que construir y pilotar naves espaciales, con la esperanza de alcanzar nuevos mundos poblados por eventuales superhombres.»

NOTAS — Capítulo XIX

(1) De *Selezione del Reader's Digest*.

(2) ELVIO BARLETTANI, *"Lampo", il cane viaggiatore*, Garzanti, Milán.

(3) V. artículo de A. MICHEL en *Science et Vie*, n.º 541, octubre 1962.

(4) V. *Scelta subconscia del capo e fondamenti della psicobiologia*, de LIDIO CIPRIANI, en *Parapsicología*, n.º 1, enero-marzo 1955.

(5) Véase L. CIPRIANI, *Vita ignorata degli uomini e degli animali*, Milán, 1952, p. 498.

(6) Se trata de un episodio narrado a OLIVIER QUÉANT *(op. cit.)*, en 1952, por el cónsul general de Francia en Estambul.

(7) V. *L'hôte inconnu*, ya citado.

(8) ERNESTO BOZZANO, *Gil animali hanno un'anima?*, Milán, Bocca, 1952.

(9) Cfr. WILLIAM MACKENZIE, *I limiti della metapsichica*, en *Uomini e idee*, núms. 6-7-8, 1960, y *La legge dell'intelligenza*, en el n.º 1, enero de 1960, y también L. CIPRIANI, op. ya citada en este capítulo (véanse notas 4 y 5).

(10) V. nota 17 al cap. XVII.

(11) V. *La telepatía nella storia e nel mito*, del profesor FRANCESCO EGIDI, en *Parapsicologia*, vol. I, Roma, 1961.

(12) Una encuesta sobre los hechos (v. BOZZANO, *op. cit.*) fue realizada por *La Stampa* de Turín, que publicó el resultado.

(13) Véase G. GELEY, *De l'inconscient au conscient* (ya citado).

(14) En particular, el padre Nicolás Malebranche y los "solitarios" de Port Royal. Véase, en este sentido, E BOUILLER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, París, 1868.

CAPÍTULO XX
LOS ANIMALES, ESOS SONÁMBULOS

El precepto "conócete a ti mismo" se me ha aparecido siempre bajo una luz sospechosa de egocentrismo.

Me parece preferible decir: "Conoce a los demás y, sobre todo, a los seres vivientes distintos del hombre, y, entonces, te conocerás mucho mejor a ti mismo."

CHARLES-NOËL MARTIN.

Nostalgias nocturnas de un perro exiliado

Al igual que los hombres, los perros también sueñan. ¿Qué puede soñar un perro? Se dice que estos animales mueven, a veces, mientras duermen, las patas, como si revivieran las caminatas efectuadas de día, y las aventuras excitantes de la caza o del juego. Todo esto es sabido, pero no es tan sabido que el sueño de un perro puede tener efectos muy extraños, exactamente igual que los de ciertos hombres. El perro del neuropsiquiatra Nandor Fodor no tenía nada de particular, excepción hecha de que sabía hacer un jueguecito divertido. Cuando veía el piano abierto, saltaba invariablemente al teclado para tocarlo a su manera, con gran diversión de la hija, de pocos años, del amo, por más que el resultado musical fuera muy discutible.

Por desgracia, a los ojos de Fodor padre aquel perro tenía un grave defecto: era enemigo declarado de sus libros. Donde encontrara alguno, se lanzaba sobre él y lo destrozaba con uñas y dientes, no sin tragarse algún pedazo. Una verdadera desesperación. El amo terminó por verse obligado a deshacerse del can y a regalarlo a personas amigas, lo cual fue un mal trago para todos, comprendido el perro. Pasó algún tiempo. Una noche, Nandor Fodor se despertó y oyó arañar la puerta de su habitación, como solía hacerlo, a veces, el perro exiliado cuando aún tenía su yacija en el corredor. Luego, oyó trotar aquí y allá por la casa, así como otros ruidos inconfundibles en el salón.

Tenía que ser él, no cabía duda. Pero, ¿cómo era posible, dadas las circunstancias? Mientras estaba dando vueltas a tales pensamientos, resonaron algunas notas desordenadas y características del piano, del tipo de las que el instrumento emitía bajo las «caricias» de las patas caninas... Sin embargo, el piano

estaba cerrado y en la casa no estaban más que marido y mujer y la hija dormida. ¿Qué clase de misterio era aquél? He aqui la opinión del estudioso, expuesta en un artículo suyo que apareció en su día en el órgano oficial de la «Sociedad Americana para las Investigaciones Psíquicas»:

«Era inevitable —escribe— que yo asociara aquellas notas musicales desentonadas con las análogas de mi perro. Tal vez en aquel momento, él estaba soñando vívidamente con la casa donde había vivido feliz y que había perdido por su mala conducta. Sea como fuere, la cuestión es que no podemos explicarnos los fenómenos físicos ocurridos, sin echar mano de alguna hipótesis distinta de la telepática. Aquellos rumores oídos por mí, y también las notas del piano, eran, indudablemente, fenómenos objetivos, no subjetivos. Diríase, pues, que el perro se había desdoblado durante el sueño y que su cuerpo onírico había acudido en forma de fantasma a hacernos una visita.» Y concluye: «Como nunca he sufrido de alucinaciones y, por otra parte, me hallaba, indudablemente, despierto y lúcido, pienso que la hipótesis del desdoblamiento es la única que pueda darnos razón de este complejo de hechos.»

Es preciso felicitar a Nandor Fodor por el coraje que ha demostrado —sobre todo, frente a sus colegas— al haber dado a la publicidad una experiencia de este tipo. No creemos que pueda acusarse de ligereza a un estudioso que ha vinculado su nombre, de varias formas, a la fatigosa y lenta evolución de los conocimientos paranormales. Por lo que se refiere al episodio referido por él, sólo cabe asociarse a sus conclusiones relativas a la capacidad de desdoblamiento de los perros, aunque sea con alguna reserva sobre la expresión «cuerpo onírico» que presupone ciertas creencias determinadas. No queda, en todo caso, sino tomar nota de la posibilidad de que incluso algunos animales, en el curso de sus sueños agitados, encuentren cierto tipo de aventuras que hasta ahora habíamos visto que les ocurrían sólo a algunos seres humanos, en los casos raros en que la realidad existencial del sueño se superpone a la ordinaria. He aquí otro denominador común que conviene tener en cuenta.

Más sueños caninos

Como dice René Sudre, el fenómeno paranormal no es patrimonio exclusivo del hombre, sino que se extiende a toda la Naturaleza. En el capítulo anterior, se ha hablado de la percepción extrasensorial, que, en los animales, parece ser, sin más, la regla. Aquí veremos que también algunos fenómenos de alta mediumnidad tienen sus campeones entre nuestros pequeños compañeros de viaje. He aquí la extraña historia de un sueño que parece reunir en un solo destino a dos perros: *Snooker* y

Napper. Pertenecen ambos a la misma raza *airedale* y son vecinos de casa, de modo que no hay de qué asombrarse si tratan de estar juntos el mayor tiempo posible. ¿Cómo se mide la amistad entre perros sino por el tiempo transcurrido en vagabundeos comunes?

Snooker y *Napper* escapan de tanto en tanto, a hurtadillas, para correr no bien definidas aventuras, y probablemente lo harían más a menudo si no fuera porque, alguna vez, los amos impiden a uno u otro seguir al compañero. Una noche, desde la yacija donde duerme, *Snooker* despierta a sus dueños con una explosión de aullidos y de gemidos desgarrados. Se trata de consolarlo con caricias y buenas palabras, pero su desolación —como suele decirse— es superior a todo consuelo. A la mañana siguiente, se sabe que *Napper*, el compañero de horas alegres, ha sido atropellado y muerto por un camión en la carretera provincial ¿Cómo llamaríamos a este fenómeno? La sucesión de los hechos demuestra que hay algo más que la telepatía y la visión a distancia.

Según sus amos, *Snooker* se había mostrado siempre como «el más intrépido y despreocupado de los perros». Desde aquella noche, en cambio, comenzó a mostrarse temeroso y circunspecto, hasta el punto de que un lejano ruido de motores bastaba para aterrorizarlo y hacerle buscar refugio en el portal abierto más próximo. Antes, para cruzar la calle, se mostraba decidido y ligero como una saeta; ahora, se mostraba dudoso e incierto, como si hubiera sufrido él mismo, en su carne, los efectos del accidente que había sido fatal para *Napper*. Nos parece que aquí hay materia de reflexión. Diríase que *Snooker*, cuando no podía tomar parte personalmente en las correrías de su inseparable compañero, participaba en ellas «en espíritu» (y esperemos que la frase no aterrorice a nadie). Sobre este hecho hay un cuidado informe de la señora Mabel Robenson[1].

Se sabe que la clarividencia implica, a veces, la identificación, pero nosotros estaríamos tentados de invertir la relación y de aventurar la suposición de que la identificación sea la gran fuerza primordial que opera por debajo del nivel consciente y que implique, naturalmente, aquellas formas de conciencia de aventuras ajenas que llamamos «clarividencia». Bajo esta luz se encuadre, acaso, la aventura onírica acaecida al conocido novelista Rider Haggard, de quien hemos tenido ocasión de hablar a propósito de su inconsciente capacidad para inspirarse en el futuro (véase capítulo V). Evidentemente, debía de estar dotado de notables facultades mediúmnicas.

Una noche, vio, en sueños, a su viejo sabueso *Bob* que yacía echado sobre un lado, entre los juncos de un estanque. El animal se estaba muriendo. Por un fenómeno de identificación no distinto, sustancialmente, del referido a propósito de

Snooker y *Napper*, el escritor, siempre durmiendo, comenzó a emitir sonidos inarticulados y lamentosos, como los de un animal herido. Y no puso fin a ellos hasta que su esposa, para sustraerlo a aquella pesadilla, le despertó. A la mañana siguiente, advirtieron que *Bob* había desaparecido. Lo buscaron y encontraron el cadáver en el estanque, a dos kilómetros de la villa que habitaban los señores Haggard. El hecho de que el sabueso tuviera el cráneo destrozado y las patas rotas hizo suponer que había sido atropellado por el tren[2].

La tendencia a identificarse: tal es la gran fuerza que puede suprimir las barreras interpersonales levantadas por la mente consciente, hasta conseguir alcanzar una dimensión donde el individuo ya no es sólo él mismo; donde puede sentirse uno con los más humildes animales. Y, una vez más, viene en nuestra ayuda la clara intuición de Maeterlinck: «Nos encontramos con ellos en el mismo plano, en no sé qué elemento aún indeterminado, donde ya no es la inteligencia la que reina sola, sino otra potencia psíquica que puede prescindir del cerebro, que utiliza otros caminos, que parece, más bien, que tiene que identificarse con la sustancia psíquica del Universo; no ya canalizada, aislada y especializada en el hombre, sino dispersa, multiforme y, acaso, incluso…, igual en todo cuanto existe» *(op. cit.)*. Como se ve, se trata de las visiones «oceánicas» que tan bien conocemos, y hacia las que hemos visto converger, aunque sea con diferentes expresiones, el pensamiento de tantos estudiosos de los más diversos campos. Esta sustancia, que representa el sustrato psíquico del Universo, puede ser llamada «la mente difusa».

El entendimiento con el mundo subhumano

La identificación es una modalidad particular del amor, que es una de las grandes fuerzas que operan a nivel instintivo y emocional, aunque sea en concurrencia con otras distintas o contrarias. Del mismo modo que hay personas que «se entienden» maravillosamente con las plantas, y consiguen hacerlas prosperar, hay otras que se entienden de maravilla con los animales, y son, probablemente, aquellas en las que la fuerza de que hablamos vibra con intensidad mayor. Según refiere Aimé Michel, el calculador Lidoreau atraía a los pájaros y hasta los encantaba. Federica Hauffe «comprendía» a los animales y advertía sus cambios de ánimo y sus necesidades.

La vidente I. R., de quien nos hemos ocupado varias veces, tenía esa facultad desde niña. Luego, la perdió al comienzo de la edad adulta. Sus recuerdos de infancia están ligados a la granja del caserío donde nació, a la hilera de aves que corrían a su encuentro en cuanto aparecía, como para disputarse sus atenciones; al caballo que se arrodillaba espontáneamente para dejarle que lo montara; al perro —mansísimo— que, una vez, mordió la mano de la madre cuando ésta estaba pegando

a la niña. Cuando a I. R. le sucedía, a veces, que se dormía en la rama baja y ancha de un árbol, abrazada estrechamente al tronco, se despertaba invariablemente entre un batir de alas: eran los gorriones, que se habían posesionado de su persona y se paseaban a sus anchas por la cabeza y por los hombros; alguno hasta se le metía en el bolsillo.

Bozzano *(op. cit.)* cuenta de un niño subnormal que desde la edad de dos años «conversaba» con los pájaros y acudía cada día, a horas fijas, entre los árboles del jardín, para hablar largamente con ellos. A la llegada del chiquillo, el gorjeo se volvía de pronto gozoso y se elevaba de tono. Si aquél faltaba a la cita, los pajaritos se callaban, mortificados y desilusionados. Aquel niño se hizo hombre, pero nunca consiguió adquirir la normalidad mental, y acaso se debió a que perduraba su primitivo candor el poder conservar la amistad de las avecillas hasta la edad de treinta años, en que murió a causa de la enfermedad del pecho que lo minaba desde hacía largo tiempo.

Diríase que el entendimiento directo con los animales sólo es posible en el plano mediúmnico o en el subhumano. Más arriba, no, porque el hombre está demasiado preocupado por escuchar la voz orgullosa y egocéntrica del yo consciente, para poder comprender la de sus pequeños compañeros de viaje, que se eleva de profundidades misteriosas. Algunos santos han oído esa voz humilde, y han podido conversar con las criaturas de los bosques, del aire, de las aguas, pero los santos tienen el candor y la simplicidad de los niños, o, de lo contrario, no serían santos. Además, conocen los caminos del amor. No hay ninguna forma posible de comunicación espontánea y genuina con los animales que no se base en el afecto y la confianza recíprocos. Y es en ese terreno donde germinan todos esos fenómenos de interferencia polipsíquica que hemos ido ilustrando, y los otros de los que deberemos ocuparnos.

Por desgracia, muchos amaestradores y domadores sólo conocen los caminos opuestos: los de la coacción y del terror. Pero existen luminosas excepciones, como la de Vladimir Leonídovich Dúrov[3], el gran domador ruso, y, en un plano distinto —acaso más modesto, pero no menos interesante a los fines de nuestra tesis—, está el ejemplo del sargento primero Maimone, instructor del famoso perro *Dox*[4]. Dos personalidades muy distintas, es evidente, pero que tienen en común que se entendían con los animales sobre la base de esa misteriosa relación psíquica que puede prescindir de las comunicaciones y de las intimidaciones verbales. Es extraño que un gran conocedor de la fenomenología paranormal como el profesor Tocquet, que ha escrito hermosas páginas sobre la omnipresencia del psiquismo en la Naturaleza, niegue el fundamento de esta simbiosis psíquica hombre-animal que otros insignes estudiosos sitúan en la base de sus propias concepciones biológicas[5].

«¡Los perros saben tantas cosas...!»

En el terreno de la simbiosis psíquica, entendida como una forma de psiquismo colectivo, es donde maduran los frutos más interesantes de la mediumnidad animal. Yo he conocido hace varios años a otra sensitiva que decía entenderse con los animales: Madame Sh., de origen ruso, que vivía con su marido enfermo y con dos perros ratoneros de aspecto vulgar. Confinados en la antecámara por orden severa de su ama, ambas bestezuelas se agitaban inquietas como dos centinelas siempre alertas, pero respetuosas con las consignas recibidas, que eran éstas: «No ladrar, sino por motivos precisos y justificados.»

No tardé en descubrir esos motivos. Se trataba de lo siguiente: los dos perros sólo se dejaban oír para «anunciar» que alguien se dirigía al apartamento. Pero aquí debo precisar que un perro cualquiera hubiera ladrado invariablemente ante cualquier ruido de pasos por la escalera o ante la puerta. En cambio, ellos efectuaban una selección inteligente y clarividente, «señalando sólo a los futuros visitantes». Cómo lo hicieran, es un típico misterio de la mediumnidad animal. Los observé largo tiempo, y volví a verlos en otra ocasión: eran infalibles. Para darse cuenta de lo excepcional de su actuación, conviene tomar en consideración que ambos ratoneros no podían ejercer ningún control visual (las ventanas eran demasiado altas) y que en la escalera había un continuo ir y venir de personas.

No obstante, ellos se callaban ante todo el mundo, excepto ante quienes «debían» señalar y, a menudo, se trataba de personas que jamás habían traspuesto la puerta de entrada. Cuando pedí explicaciones de ello a la médium, me dio una de esas extrañas respuestas que no pueden tomarse en serio, a menos que se tenga alguna experiencia de los aspectos más desacostumbrados de la realidad: «¡Los perros —me dijo— saben tantas cosas! ¡Si pudieran expresarlas...! Pero yo me entiendo bastante bien con ellos.» En el fondo, podría aceptarse esta afirmación, con tal de ponerse de acuerdo en el significado de ese «saber», que no puede ser entendido en el sentido antropomórfico y habitual, porque hay —tanto para los animales como para los hombres— «un modo de saber las cosas sin ser enteramente conscientes de ello» (y este capítulo está dedicado a esta forma oscura de conciencia).

Es preciso recordar aquí las ideas de Cipriani, a quien ya nos hemos referido, y que antes que él habían sido expresadas por Mackenzie. Éste sostiene, en efecto, que entre el animal y el hombre puede establecerse una «interferencia polipsíquica directa», gracias a la cual el animal puede comportarse, a veces, de manera claramente superior a su *standard* biológico[6], y que los animales utilizan «noticias

de sucesos útiles o dañosos aun a gran distancia, sin necesidad de ningún telégrafo ni de órganos especiales». Se entiende que las breves afirmaciones citadas hasta el momento no representan más que una primera aproximación hacia el conocimiento de teorías que, en efecto, abrazan un campo muy vasto de fenómenos, y que tienen implicaciones filosóficas y científicas de considerable alcance, pero, al menos, nos permiten aceptar sin reservas todo un conjunto de hechos que, de otro modo, nos parecerían absurdos.

Nos permiten aceptar, por ejemplo, cuanto se narra del papagayo del profesor Kohler, del que habla el naturalista austríaco Konrad Lorenz. También ése era un animal al corriente de las intenciones ajenas, y lo demostraba con los hechos. Como papagayo bien educado, saludaba invariablemente con un «¡Adiós!» a todo visitante al que veía a punto de marcharse. Pero si alguno, para ponerlo a prueba, tan sólo «fingía» que se iba, cuando, en realidad, tenía la intención de quedarse aún, aquel avisadísimo pájaro no se dignaba siquiera abrir el pico[7]. ¿Era inteligente el papagayo? El equívoco, en estos casos, surge cuando se tiende a atribuir al animal una inteligencia de tipo humano, o sea, consciente. Es indudable que a los animales se les ha dado también una parte de inteligencia a título individual y consciente. De ello dan fe, por lo demás, los interesantes estudios sobre los delfines, sobre el comportamiento del pulpo común *(Octopus)*, sobre los lenguajes de ciertos volátiles y sobre los medios de comunicación de las abejas[8].

Por regla general, se trata de un psiquismo con características propias que se vale, en efecto, de recursos e instrumentos expresivos de los que sólo ahora comenzamos a sospechar la existencia. Pero nosotros, por un enraizado prejuicio antropocéntrico, sólo estamos dispuestos a admitir la inteligencia de los animales que saben hacer algo de manera parecida a la nuestra. En este sentido, probablemente se llevara la palma cierta corneja habladora que hace algunos años tomó parte —al parecer, con notable éxito— en una emisión televisiva de la «BBC», consiguiendo sostener una especie de embrionaria conversación de tipo humano. Era un ejemplar de *Gracula religiosa*, una especie que habita en Malasia y en la India[9].

Animales «primeros de la clase»

Desde cierto punto de vista, las manifestaciones antropomórficas de la inteligencia animal son mucho menos interesantes que otras formas de psiquismo que, a veces, revelan. Está bien documentado, por ejemplo, que algunos animales alcanzan formas de conocimiento de una inteligencia extraindividual, o sea, que las reciben de una fuente que, según los discutibles criterios comunes (tendentes a

imponer una localización espacial), podría definirse como «externa»[10]. Hace más de sesenta años que se comenzó a hablar de los caballos calculadores de Elberfeld, los famosos garañones cuidados amorosamente por Karl Krall, y llevados por éste, en poco tiempo, a un nivel de realizaciones mentales asombroso: *Zarif*, *Muhamed*, *Haenschen* y *Hans*, llamado *el Sabio*, al que el muy prometedor sobrenombre no le impidió, sin embargo, consumar un gesto imprudente y de consecuencias irreparables para él[11].

Una pléyade de insignes estudiosos se interesó por sus capacidades, sometiéndolos a «entrevistas» y a experiencias de diverso género[12]. Entre los primeros que acudieron a indagar, estuvieron los profesores William Mackenzie y Roberto Assagioli, quienes se ocuparon, en particular, de *Muhamed*, el garañón más dotado desde el punto de vista de las capacidades para el cálculo. Escribe al respecto Mackenzie: «Expresándose en lenguaje tiptológico —o sea, golpeando cada vez sobre la peana con un número determinado de golpes de pata—, *Muhamed* daba soluciones casi fulminantes a quien le proponía raíces de grado elevado, incluso cuando se trataba de problemas planteados por primera vez.» Por Maeterlinck sabemos que, para *Muhamed*, las extracciones de raíces cúbicas y cuadradas eran, sin más, una forma de distracción recreativa que se le concedía como compensación de las tediosas fatigas que representaban para él las conversaciones ordinarias[13].

Más adelante, escribe el citado autor: «Lo que sorprende, sobre todo, es la facilidad, la prontitud, casi diría que la alegre despreocupación con que el extraño matemático da las soluciones. La última cifra apenas ha sido trazada por la tiza, cuando ya el casco derecho golpea las unidades, seguido de inmediato por el izquierdo, que golpea las decenas.» Estas demostraciones fulminantes ya las conocemos por haberlas visto en los calculadores mentales. Prosigue Maeterlinck: «Ningún signo de atención o reflexión. Ni siquiera se llega a captar el momento en que el caballo mira el problema, y la respuesta parece surgir automáticamente de una inteligencia invisible.» Sabemos ya qué pensar acerca de esta inteligencia «que no se ve» y que brota de lo profundo.

Al frente de los animales prodigio encontramos representados, naturalmente, a los perros. El primero, y también el más famoso, fue *Rolf*, un perro ex vagabundo que la señora Moeckel recogió un día por las calles de Mannheim y al que rodeó de solicitud. *Rolf* comenzó aprendiendo, por propia iniciativa, los primeros rudimentos de la aritmética, mientras su ama se la enseñaba a su niña. Después de esto, tomó una dirección que lo llevó a despuntar en muchas otras materias. «¿Qué eres tú?», le preguntaron una vez. El perro: «Un fragmento del Alma Originaria.»

«¿Y yo?», preguntó, entonces, el interlocutor. «También tú eres un fragmento.» «¿Dónde has oído la expresión “Alma Originaria”?» Respuesta: «No recuerdo cuándo ni dónde.»

Lumpi, un descendiente de *Rolf*, se mostró también a la altura de las gestas de su progenitor. «¿Te gusta viajar en automóvil?», le preguntaron una vez. «No. Va demasiado deprisa.» «¿De dónde viene tu inteligencia?» «No lo sé.» «¿Te gustaría ser hombre?» «Mejor perro; se está más mimado.» Semejantes salidas le sugieren a alguien la idea de que expresan de verdad «el pensamiento original» de los sujetos animales, pero resulta evidente que se trata de un pensamiento demasiado humano como para poder considerarlo el fruto autónomo y genuino de la inteligencia individual y consciente del perro.

He aquí la sugestión antropomórfica, que pretende conducirnos a ver en los animales seres psíquicamente humanos (al menos, desde un punto de vista potencial), pero forzados por la suerte a ocupar cuerpos no humanos. En realidad, el denominador común entre el hombre y el animal existe, pero se presenta con dos aspectos: es mínimo y casi desdeñable al nivel consciente, pero, por el contrario, es muy importante en la parte que se desarrolla por debajo de ese nivel, allí donde cada ser aislado se abre a comunicaciones e intercambios procedentes de las profundidades insondables. «En cierto sentido, esto aún es más importante.»

Entre los perros prodigio italianos, por así decir «parlantes» y «razonadores», recordemos a *Bonnie* y *Dana*, una *terrier* escocesa y una perrita de aguas instruidas ambas por el señor Emmanuele Gino Del Mar. No menos famosa ha sido la perrita de aguas *Peg*, de la señora Giordano Corridori. Respondían con coherencia a preguntas de distinto tipo, y componían las contestaciones eligiendo y alineando los rótulos con las letras, de una en una, del alfabeto. Estas demostraciones se producían en público. Entusiasmaron a multitud de espectadores. Una vez, en casa de un conocido cirujano, se preguntó a Bonnie: «¿Qué piensas de estos señores?» Respuesta: «Zafios.» «¿Sabes qué quiere decir zafio?» «Ignorante.» «¿Y qué es un ignorante?» «Uno que no sabe.»

Y he aquí algunas salidas de *Peg* referidas por ese conocedor y amante de los perros que es Enzo Grazzini. *Peg*, a quien le preguntó qué pensaba de los gatos, respondió: «Mejor los perros.» A una pregunta equivalente sobre los hombres: «Pocos buenos.» Grazzini observa, a propósito de esas contestaciones, que denotan inteligencia, y concluye: «Puesto que se trata de un perro, es una terrible e impresionante inteligencia.» No disentimos de este juicio valioso, pero debemos insistir sobre un punto ya tocado: ¿Se trata, de veras, de inteligencia canina?

La inteligencia que viene de lejos

Dice Mackenzie, y nosotros lo creemos, que ese tipo de inteligencia viene «de mucho más lejos» de lo que puede manifestar un animal amaestrado y que esté, por tanto, más dotado, a título individual, respecto a la media de sus semejantes (como, por ejemplo, la corneja parlante de la «BBC»). El amaestramiento sólo puede explicar una pequeña parte del fenómeno que estamos considerando. En el caso del garañón *Muhamed*, éste sólo había llegado a aprender de las lecciones de su maestro Krall los primerísimos rudimentos de la aritmética. Sabía, por ejemplo, que cinco por cinco es veinticinco, y que cinco es la raíz cuadrada de veinticinco. Pero «una cosa esencialmente nueva y distinta pareció manifestarse “por un instante” en el psiquismo del alumno cuadrúpedo. Sin que nadie le enseñara la manera de extraer raíces de grado elevado, el sujeto lo consiguió por sí mismo. O, mejor, fue la misteriosa inteligencia supranormal la que se manifestaba por medio del ignaro animal, haciéndole resolver de golpe, y como si fuese por intuición directa de la solución buscada (y desconocida incluso para los presentes), raíces cúbicas, cuartas y hasta, por último, quintas de largos números enteros escritos en la pizarra de la “escuela”»[14].

Es un fenómeno que ya hemos considerado a propósito de los seres humanos, en los capítulos dedicados a las «fuentes desconocidas del saber». Dicho fenómeno consiste en la intervención de un factor misterioso de la inteligencia, del que tan sólo puede decirse que no está sometido a control consciente, y es capaz de llegar mucho más allá del patrimonio individual. Hemos hablado, a su tiempo, de «supraconciencia», pero acaso convenga decir que existe una dimensión psíquica desconocida que se extiende por encima de nosotros, a la cual, en ciertos casos, se puede acceder si la mediumnidad lo permite. *Lady*, una famosa yegua de Richmond, Virginia, no sólo respondía de manera sensata a las preguntas golpeando con una pata en una especie de gran teclado que contenía las letras del alfabeto, sino que manifestaba también notables capacidades telepáticas y clarividentes, o sea, que atendía a verdaderas «consultas»[15].

Hay una sola hipótesis que pueda dar razón de los diversos fenómenos considerados hasta el momento, de las conciencias inexplicables, de las extraordinarias demostraciones que superan ampliamente el nivel biológico del sujeto que las da. Una hipótesis ya enunciada implícitamente, y sobre la que volvemos ahora de manera definitiva, es la de la mediumnidad animal. Todos los animales son médiums, porque todos viven inmersos en un particular estado de conciencia que se relaciona con el sueño. «El estado de vigilia del animal se acerca mucho al sonambulismo del hombre», escribe el doctor Ochorowicz, recalcando un

parecer ya expresado por Cuvier. Y Maeterlinck: «No teniendo ninguna noción del espacio y del tiempo, vive (el animal) en una especie de sueño perpetuo»[16]. De ahí la conclusión de Mackenzie, según el cual «los “animales pensantes” son auténticos veladores parlantes de cuatro patas. Con la gran diferencia, sin embargo, de que se trata de “veladores vivientes” y. por tanto, provistos, por encima de todo, de las reacciones biopsíquicas propias de su condición»[17].

Como los médiums, los animales sabios son, pues, instrumento de un psiquismo que los trasciende, y no es difícil determinar de qué psiquismo se trata, en cuanto se acepta el concepto asociativo o polipsíquico, que se halla en la base de la más convincente de las explicaciones hasta ahora propuestas para ciertos fenómenos mediúmnicos. Sabemos que el médium, en una sesión, refleja, por lo general, las capacidades y tendencias de los participantes, si bien, a veces, puede ir más allá. Pues bien, «el animal no hace sino reflejar, con una fidelidad aún mayor en razón de la escasa consistencia de su propia individualidad, las facultades conocidas y las latentes de los sujetos humanos con los que habitualmente se halla en contacto». Por desgracia, este concepto no agradará a los zoófilos, quienes, de manera explicable, se dejan llevar del entusiasmo ante el presunto descubrimiento de una inteligencia humana a nivel animal.

Son las «entidades polipsíquicas» las que hablan por boca de estos animales prodigio, entidades que, al mismo tiempo, tienen sus raíces en el personaje humano que actúa como instructor, y en los animales a él confiados. Lo cual no impide que éstos puedan alcanzar por otros caminos —al igual o más que las personas individuales— la Mente Difusa. Cuando *Rolf* hablaba de «Alma Originaria», no creíamos que revelara sus propias convicciones teosóficas, sino que reflejaba los análogos puntos de vista de alguien que estaba muy próximo a él. Del mismo modo, probablemente, puedan ser juzgadas las sapientísimas salidas de *Peg* o las de otros varios sujetos de la variada galería de perros y gatos sabios de las que se han ido ocupando las crónicas en los últimos decenios.

También los dos perros mayordomos de Madame Sh. estaban, probablemente, asociados por vía mediúmnica, a su ama. Y de manera (tal vez) tanto más eficaz cuanto que esa dama estaba bien dotada de mediumnidad. Todo esto —sea dicho como consolación para los zoófilos— no afecta para nada la conmovedora valía de nuestros pequeños compañeros de viaje. Por el contrario, debería acrecentar nuestra consideración hacia estos seres tan estrechamente asociados a nuestro psiquismo y tan dispuestos a asimilar, por vía subterránea, las cualidades conocidas y desconocidas que poseemos. Hay, en suma, un terreno común que actúa como base de las respectivas individualidades animales y humanas, y, desde ese terreno, nuestros amiguitos obtienen de nosotros mayores propiedades, acaso por las

mismas razones en virtud de las cuales las obtienen con tanta largueza los niños prodigio.

¿Están teledirigidos los animales?

Todo lo anterior sirve de base para aproximarse a otro tipo de misterios al que ya hemos aludido fugazmente: el del instinto. El instinto es la parte de conocimiento misterioso y, en ocasiones, dotado de poder imperativo, que nos proviene de una fuente identificable como la sabiduría misma de la Naturaleza, o sea, de la vida («inteligencia del Bios»). Las modernas teorías organicistas presuponen que las directrices genéricas del comportamiento animal se transmiten por vía genética, gracias a las singulares propiedades de dos componentes fundamentales del plasma celular: el ácido ribonucleico y el desoxirribonucleico. Recientemente, se ha hablado también de algunos «péptidos» (pequeñas moléculas proteicas) como «transmisores de informaciones»[18].

Pero hay comportamientos que no se explican a la luz de éstas, por lo demás, muy bien fundadas teorías. Y aquí es preciso adentrarse en un campo ya hollado en el capítulo anterior, un campo donde los misterios de la vida animal se presentan no ya bajo el aspecto infrecuente y esporádico, sino bajo el perfil de la regularidad y de la normalidad biológica. Convendrá, en primer lugar, proponer algunos ejemplos relativos a la amplísima documentación que ofrece el antropólogo Cipriani con sus estudios. Como es sabido, los pájaros atienden amorosamente a sus pequeños, pero sólo mientras éstos no han alcanzado la edad en que deben abandonar el nido en su propio interés, a fin de desarrollar la autonomía necesaria para sobrevivir.

En el momento justo, son los mismos padres quienes se deshacen con maneras expeditivas de la prole, y ya no quieren saber más de ella. Para impedir a los pájaros padres que arrojaran del nido a sus pequeños ya maduros, Cipriani encerraba cierto número de nidos en jaulitas construidas de tal manera, que los padres pudieran continuar nutriendo a los polluelos, pero no les fuera posible arrojarlos fuera. Pues bien, cada vez se producía este hecho extraño e inexplicable: los pájaros padres se procuraban bayas e insectos venenosos y alimentaban con ellos a la prole, suprimiéndola con una técnica segura. El hecho de envenenar a la prole no es una regla que pueda ser dictada por el instinto, sino que constituye una solución extrema para hacer frente a una situación excepcional e imprevisible. ¿Quién les dio tanto discernimiento? Aquí es donde comienza a abrirse camino la hipótesis de «algo» que está fuera del individuo y que se manifiesta capaz de dirigirlo incluso en las circunstancias más insólitas.

Esto parece justificar plenamente la opinión de Mackenzie, según la cual los animales «poseen cogniciones de “ciencia infusa” e infalible, que, muy a menudo, parecen supranormales respecto a las mismas cogniciones humanas». Nada nos impide, por supuesto, continuar llamando «instinto» a este desconocido director que, ininterrumpidamente, mueve los hilos de sus marionetas teleguiadas, pero con la condición de considerar el mismo instinto como una forma superior de conocimiento que no pertenece al individuo en tanto que tal, lo que, inevitablemente, nos conduce de nuevo a las concepciones polipsíquicas, desde el momento en que conocimiento y saber son atributos de la psique. En todo caso, se trata de una psique mucho más amplia que la individual, puesto que no se puede atribuir razonablemente a un solo pájaro la capacidad de decidir de buenas a primeras la ejecución de un acto tan insólito (supresión de la prole), y aún menos, la de tramar, para dicha ejecución, un plan que presupone conocimientos botánicos y entomológicos no desdeñables.

Mucho se ha hablado de la versatilidad y de la inteligencia de la Naturaleza, y numerosos son los ejemplos dedicados a ellas en los textos oficiales de Zoología y Botánica, pero el hecho de que se trate de cosas bien conocidas, y de que determinados fenómenos hayan recibido una etiqueta oficial, no significa, en realidad, que hayan sido explicados. Un misterio es siempre un misterio, ya se manifieste lo bastante a menudo como para que se le pueda atribuir un reconocimiento y una denominación de carácter científico, ya sea que se manifieste a través de hechos esporádicos y de verificación difícil y, por tanto, susceptibles de generar dudas y reparos.

Una vez, el profesor Lidio Cipriani se encontraba acampado en la orilla izquierda del Zambeze, próximo a una ingente manada de cebras. Las cebras viven en grupos de millares de individuos, y nunca dejan de tener un jefe. De día, el guardián es siempre el mismo. De noche, en cambio, hay un servicio de guardia que utiliza «centinelas» que cambian con regularidad cada veinte minutos, y es extraño que el cambio se produzca automáticamente, sin ninguna señal de advertencia y sin rumor de relinchos o de pataleos. «Tácitas órdenes parecen despertar en el momento deseado a determinados individuos y no a otros, a fin de llamarlos según la indispensable sucesión», escribe Cipriani *(op. cit.)*. «Y si el guardián de servicio es vencido por el sueño, un nuevo macho brinca hasta él y se adelanta para sustituirlo, como si toda la manada estuviera gobernada por un único psiquismo de grupo que expresa y satisface, a través de determinados individuos, las comunes exigencias de prosperidad y seguridad.»

El psiquismo de grupo: he aquí la hipótesis necesaria al menos como una primera aproximación, para enfocar este tipo de misterios, frente al que la vieja

etiqueta del instinto pierde hoy el prestigio que le quedaba, y las modernas teorías organicistas, ya citadas, no tienen validez. Incluso las hipótesis simplistas y superficiales basadas en la excepcional agudeza de los sentidos de los animales quedan descartadas, puesto que el estado de sueño no es propicio a las percepciones sensoriales, en tanto que es apropiado —como sabemos— para favorecer las actividades subconscientes e inconscientes que trascienden la psique individual. Nos hallamos en presencia de una manifestación inteligente, no cabe duda, pero de «una inteligencia que no pertenece al individuo».

La mente colectiva del termitero

Al igual que las cebras, también hay animales de otras especies que son «teleguiados». Todos, acaso, en lo que se refiere a la obediencia a las directrices que no pueden estar contenidas en el ácido desoxirribonucleico. Por eso los animales son «sonámbulos». Pero entre los insectos sociales es donde el fenómeno de la dependencia individual respecto de directrices «externas» adquiere una evidencia clarísima y una relevancia tales, que se imponen a cualquiera que esté dispuesto a considerar el fenómeno con la mente libre de prejuicios. Está el caso de los termes, por ejemplo. La construcción de un termitero, cuando se considera según los puntos de vista del intelecto humano y consciente, requiere no sólo conocimientos técnicos y arquitectónicos no comunes, sino también dos habilidades de carácter organizativo que no pueden ser el fruto del reducidísimo psiquismo individual de cada insecto: una sagaz división de tareas entre cada uno de los obreros, y una perfecta coordinación de los diversos cometidos con vista de la finalidad global.

En efecto, cada individuo termes, en sí mismo, no es más que un simple «obrero», apto, todo lo más, para desarrollar una actividad de servicio en general. El punto crucial e inexplicable radica, pues, en el hecho de que individuos numerosísimos y de nivel singularmente insignificante estén capacitados para ejecutar acciones diferenciadas y orgánicamente coordinadas para alcanzar una finalidad muy compleja. Cuanto se dice a propósito de los termes es válido para otros insectos sociales y, tal vez, para la extraña capacidad matemática demostrada por las abejas al construir sus celdillas poliédricas, y para las arañas al tejer su propia tela según fórmulas complicadas y seguras. En otras palabras, para la sabiduría difundida en la Naturaleza bajo innumerables aspectos y que no puede atribuirse, creemos, al solo individuo, a menudo dotado de un sistema nervioso reducidísimo (el de la hormiga consta de 250 células, por ejemplo).

Ha sido Maeterlinck quien ha propuesto, refiriéndose a los insectos sociales, una

hipótesis propiamente psicológica y, por tanto, desvinculada del acostumbrado presupuesto de la dependencia de todo hecho psíquico de un sustrato orgánico. El escritor atribuye, en efecto, al termitero un «alma colectiva» y una «memoria única» (no individuable). Esta última nunca habría cesado de acumular las nociones adquiridas por la especie en el decurso de su existencia. Es una explicación «indigesta» para los seguidores del organicismo y del epifenomenismo. Con acepción un tanto distinta, Mackenzie escribe: «Hay una especie de alma colectiva que se forma en determinados casos entre organismos de especie igual, o, incluso, diferente, y que da lugar a actividades claramente supranormales del grupo, respecto de cada uno de los organismos componentes del mismo grupo»[19].

Esto constituye una primera e importante tarea de la «psicobiología», que es una manera casi revolucionaria de considerar algunos aspectos conocidos de la Naturaleza. Según dicha tarea, cada uno de los animales (los termes, por ejemplo) sólo son «instrumentos inconscientes de una inteligencia que trasciende con mucho las modestas posibilidades de cada miembro del grupo». No menos importante es esta otra proposición: «Todos y cada uno de los grupos de organismos vivos están inmersos en ese común campo psíquico del que sus miembros pueden extraer, por vía directa y sin el necesario auxilio del sistema sensorio conocido, nociones e impulsos útiles para la propia conservación»[20].

La noción de «campo psíquico» es, pues, un primer paso hacia la explicación del misterio del instinto, y sugiere, en efecto, la idea de una dependencia del psiquismo individual respecto de otro mucho más vasto y complejo que se expresa, probablemente, en varios grados y formas, y del que el primero toma directrices genéricas y específicas de acción en los límites en que las exigencias individuales deben subordinarse y ajustarse a las colectivas. En cierto sentido, también esto es fenomenología mediúmnica, como explícitamente aclara el autor («toda la fenomenología del instinto en los seres vivos es, en sustancia, fenomenología mediúmnica»), pero aquí se trata de una mediumnidad *sui géneris*, por cuanto se configura como una institución general y permanente que la Naturaleza habría puesto al servicio de sus finalidades biológicas. Resultaría interesante una confrontación entre las concepciones de los psicobiólogos, las de los vitalistas y el punto de vista de Teilhard de Chardin, pero eso nos llevarla lejos. Lo que cuenta aquí, sobre todo, es el haber puesto de relieve cómo los hechos obligan a reconocer la existencia de un psiquismo inteligente que sobrepasa con mucho al individuo, y del que éste depende, aunque no lo sepa o no lo quiera.

La evolución no se detendrá

Todo lo anterior nos conduce a revalorizar la vasta extensión de la psique inconsciente respecto del intelecto consciente, que es una gran conquista de la evolución, pero que nada sería sin su soporte invisible del que se alimenta sin cesar, al igual que un árbol recibe la linfa de sus invisibles raíces. Por desdicha, el hombre moderno ha sido obligado a olvidar muchas cosas, y el hecho de disponer de una mente autónoma y consciente, capaz de sustraerse a las directrices de lo que hemos llamado la «Mente Difusa», le embriaga de orgullo. Tener «propia responsabilidad» es una gran cosa, en efecto, pero implica el peligro de errores que pueden ser fatales.

De tanto en tanto, se eleva una voz con la intención de devolver a sus proporciones ese orgullo excesivo, y advierte cuán en cuenta es necesario tener también las raíces del árbol, además de su follaje, y, asimismo, la extensión oceánica, y no sólo la cresta de la ola. «Expiamos este don (el de la conciencia autónoma) con la imperfección de los actos en los que somos libres —escribe Cipriani—. Nunca insistiremos bastante en la vastedad de los poderes del inconsciente y en la estrechez… de nuestro conocimiento.» Antes que el citado autor, Alexis Carrel había escrito: «La pérdida del instinto es grave, porque la inteligencia no comprende la vida.»

Maeterlinck llega, sin más, a definir la inteligencia como «letargo». Si los caminos de la evolución hubieran dado la delantera a lo «subliminal —escribe—, el hombre viviría más arriba». Y añade que, en ese caso, la inteligencia, «“que es nuestro letargo” y nos mantiene prisioneros en el fondo de un rinconcito del espacio y del tiempo, habría sido sustituida por la intuición o, mejor, por una ciencia inmanente, en cuya virtud “tomaríamos parte en todo el saber de un Universo que acaso lo sepa todo”»[21]. Pero puede tratarse, repetimos, de una situación transitoria. Nadie puede decir qué reserva la evolución, pero una cosa parece cierta: la personalidad consciente es una gran conquista que no admite renuncias ni retrocesos. Y puesto que cuanto está destinado a permanecer no puede por menos de perfeccionarse, no se ve más que un camino: el de una ulterior y más armónica coordinación entre el yo volitivo y consciente, y los ricos pero oscuros apéndices que parecen escapar, por ahora, a su control.

NOTAS — Capítulo XX

(1) *Light*, 1926, pág. 608.

(2) Véase *Journal of the Society for Psychical Research*, octubre 1904.

(3) Parece que Dúrov realizó, bajo control de especialistas, numerosísimas experiencias de transmisión por vía telepática de órdenes que impartía a animales.

(4) Según GUGLIELMO BONUZZI (cfr. *Gli animali si vogliono bene*, Bolonia, Cappelli), el brigadier Maimone, instructor de Dox, admitió —si bien tras iniciales y explicables reticencias— poder comunicar telepáticamente con un perro suyo que, en efecto, ejecutaba directrices y órdenes impartidas por su dueño con el pensamiento. (Cfr. también lo que escribe ALBERTO SPAINI en *Il Messaggero* del 8 de febrero de 1964.)

(5) En las páginas 85-86 del ya citado *Les pouvoirs secrets de l'homme*, el ilustre autor niega tajantemente la tesis del ruso Bejterev, según la cual «es posible una inducción psíquica del hombre al animal». En casos como los citados a propósito de Dúrov, los animales obedecerían, en su opinión, a señales hábilmente camufladas y perceptibles sólo por aquéllos. Esta teoría la sostienen algunos especialistas refiriéndose a los caballos de Elberfeld, pero se halla en contraste con la realidad de los hechos y con la opinión más difundida entre los observadores calificados. En el caso particular de TOCQUET, su convicción se concilia mal con la visión más o menos panpsiquista que resulta de su libro *La vie dans la matière et dans le cosmos*, París, 1950. Esta opinión se nos aparece más bien como una de las corrientísimas manifestaciones de repugnancia a extender la acción del factor PSI, como si ello constituyera una violación del orden natural (tesis en contraste con las teorías de Cipriani y de Mackenzie).

(6) Cfr. el ya citado artículo *I limiti della Metapsichica* (véase nota 9 del capítulo anterior), pág. 11.

(7) Episodio narrado en la revista *Horizonte*, número 6, pág. 43.

(8) Escribe CHARLES-NOËL MARTIN (*op. cit.*, página 30): «Los animales nos parecen desprovistos de inteligencia e incapaces de comunicarse entre sí de manera coherente, pero los conocimientos acumulados desde hace algunos años comienzan a hacer *tabula rasa* de semejantes absurdos que se resisten a morir. Cada especie animal posee el primer código de mensajes vocales, probablemente muy complejo. A menudo, el hombre se ha puesto en situaciones ridículas respecto al juicio de sus propios descendientes, con afirmaciones que sólo son el fruto de su ignorancia y de su obcecación antropocéntrica.»

(9) Véase pág. 2 de *La legge dell'intelligenza*, ya citada en la nota 9 del capítulo anterior.

(10) Escribe aún CHARLES-NOËL MARTIN en la página 51 de la obra ya citada: «Es imposible razonar de manera válida sobre el Universo desde un punto de vista antropocéntrico, como se ha hecho hasta ahora. Tenemos demasiada tendencia a imaginar las cosas "colocadas en cierto lugar y en cierto instante".» Adviértase que el autor se refiere a la localización de objetos materiales. Más precisa debe ser, pues, la reserva respecto a quien pretenda localizar espacialmente la entidad de naturaleza psíquica. «El alma no puede ser sujeta a ninguna noción de espacio y, por tanto, de lugar», escribe, por ejemplo, Quéant. Aún más profundas y sistemáticas son las críticas promovidas por el profesor inglés Broad con relación a los conceptos de localización espacial y temporal.

(11) *Hans* se desventró en el vano intento de superar el recinto que lo separaba de una yegua imprudentemente introducida en el establo (MAETERLINCK, *L'hôte inconnu*).

(12) Además de los ya citados Mackenzie y Assagioli, merecen recordarse el neurólogo de Frankfurt doctor Edinger; los profesores D. H. Kraemer y H. E. Ziegler, de Stuttgart; el doctor Paul Sarasin, de Basilea; el profesor Ostwald, de Berlín; el profesor A. Beredka, del Instituto Pasteur; el doctor E. Claparède, de la Universidad de Ginebra; el profesor Schoeller; el físico Gehrke, de Berlín; el profesor Goldstein, de Darmstadt; el profesor Von Buttel-Reepen, de Oldemburgo; el doctor Hartkopf, de Colonia; el doctor Freudenberg, de Bruselas; el doctor Ferrari, de Bolonia; el escritor Maurice Maeterlinck y muchos más.

(13) Véase MAETERLINCK, *op. cit.* Téngase en cuenta que la preparación aritmética de *Muhamed* había sido brevísima, en relación con las muchas horas de lecciones impartidas en diversas ocasiones.

(14) *Legge dell'intelligenza*, pág. 4.

(15) Véase el artículo de MARJORIE HESSELL TILTMAN en *Light*, junio de 1957.

(16) *Op. cit.*, pág. 191.

(17) *Limiti della metapsichica*, pág. 12. Es importante la siguiente puntualización hecha por el autor: «La consideración de las hazañas de los "animales pensantes" me ha inducido, por grados, a formular la hipótesis, que algunos de ustedes conocen, de una auténtica "persona mediúmnica" como activa entidad portadora de la "inteligencia" revelada por los fenómenos metapsíquicos superiores.»

(18) Experimentos realizados hace unos años en la Unión Soviética y en los Estados Unidos con determinada variedad de gusanos (planarias) demuestran que algunos «reflejos condicionados» (o sea, en la práctica, reacciones instintivas a determinadas situaciones) pueden conservarse en el individuo independientemente de la integridad de su sistema nervioso, por cuanto dichos reflejos están vinculados, probablemente —según determinado código molecular—, al ácido ribonucleico (RNA), que es un componente general de ciertos tejidos celulares. Análogas funciones cumple el ácido desoxirribonucleico (DNA), por lo que se refiere a las «informaciones genéticas» que se transmiten de una generación a otra. Según experimentos realizados últimamente por el profesor Allan Jacobson, de la Universidad de California, parece que la transmisión de reflejos condicionados de un individuo a otro (ratas y cobayos) pueda producirse también en dependencia de determinados alimentos ingeridos por mediación del RNA. Sin embargo, conviene considerar que la transmisión de reflejos condicionados y directrices de comportamiento a través de los ácidos nucleicos (tanto si se produce por vía alimentaria, parenteral o genética), nada tiene que ver con fenómenos esencialmente psíquicos, como, por ejemplo, la transmisión ocasional e instantánea de un individuo a otro de auténticas «informaciones» relativas a otros seres vivos o a aspectos determinados de la realidad, y, asimismo, la transmisión al individuo de directrices de comportamiento procedentes de una «central psicológica» externa.

(19) *La legge dell'intelligenza*, pág. 9.

(20) No obstante el hecho de que la palabra «campo» se haya tomado prestada de la Física, evidentemente, en la práctica, aquí no representa más que una sugestiva analogía desprovista de todo intento fisicalista. Las teorías sobre los «campos psíquicos» han sido reconsideradas y desarrolladas en diversos escritos del profesor GIORGIO RABBENO, citado ya en otro lugar.

(21) MAETERLINCK, *op. cit.*, pág. 193.

APÉNDICE

LOS ESTUDIOSOS EN EL FRENTE DE LO DESCONOCIDO

La verdadera ciencia no suprime nada, sino que, automáticamente, busca las cosas que no comprende y las mira cara a cara, sin turbarse. Negar los hechos no equivale a suprimirlos; eso sería tanto como cerrar los ojos para hacerse la ilusión de que aquéllos no existen.

CLAUDE BERNARD.

...puesto que no es posible, de otra parte, reducir todos estos hechos a las exigencias del experimento impuestas a las ciencias físicas y, en parte, a las biológicas, será menester ampliar el concepto de ciencia, y reconocer que el experimento repetible a voluntad no es el único criterio de una investigación digna del nombre de científica.

WILLIAM MACKENZIE.

La doble alineación de los estudiosos

El lector sabe ya que los fenómenos hasta el momento examinados no tienen ningún derecho de ciudadanía en el ámbito de la ciencia académica. No hay que sorprenderse por ello; depende del hecho de que la ciencia se ha interesado, hasta el momento, exclusivamente en fenómenos frecuentes, observables a placer y reproducibles en condiciones exactamente preordenadas, de modo que puedan transformar las observaciones cualitativas que afectan a dichos fenómenos, en otras cuantitativas o numéricas, según el dicho famoso de Henri Poincaré: «No hay más ciencia que lo mensurable.» Todo esto es muy bonito y ha suscitado entusiasmos comprensibilísimos, gracias a los incontenibles triunfos que la ciencia ha producido y produce en muchos ámbitos y, sobre todo, en el de la Física, pero ha determinado también algún estancamiento en otros sectores, y, en especial, «ha determinado el repudio de cierta parte de la realidad»: precisamente de aquella que se manifiesta en los fenómenos infrecuentes, no observables a placer, no reproducibles en condiciones prefijadas y, en suma, que desobedecen en todo y por todo los cánones clásicos de la investigación científica.

Entre estos fenómenos «indóciles», como los hemos llamado, encontramos en primera línea los paranormales, que, por el hecho mismo de expresar algunos aspectos más recónditos de la Naturaleza (algunos de los cuales están vinculados a

fases transitorias de la evolución humana, motivo también por el que son infrecuentes), son los más difíciles de determinar, de reproducir y de medir[1]. Aparte esto, contradicen íntimamente las premisas implícitas en las ciencias del universo sensible porque son —como dice el profesor Gardner Murphy— «transpersonales, transtemporales y transespaciales», o, por mejor decir, «ultrafísicos», «hecha toda reserva acerca de lo que el porvenir pueda mantener de nuestras actuales distinciones entre factores físicos y factores psíquicos»[2].

Pero el hecho de que tales fenómenos «indóciles» hayan sido ignorados hasta ahora por la ciencia, no implica necesariamente que no puedan convertirse en objeto de estudio científico; todo depende de lo que se quiera entender por ciencia. Éste es un tipo de problemas que compete a la filosofía de la ciencia y no a la ciencia misma, pero es inevitable que quienquiera se disponga a considerar los límites de la ciencia deba tener en cuenta cierto orden de ideas generales. Existe un concepto ochocentista de la ciencia que aún hoy está divulgadísimo, no obstante las descalificaciones que va recibiendo por parte de ciertas inesperadas «aperturas» que se dibujan en el frente físico y en el biológico. Se trata de un concepto materialista y mecanicista, embebido de positivismo y, por tanto, también, sometido, en su método de investigación, a las premisas filosóficas del monismo fisicalista.

Quien sea tributario de esta *forma mentis* no puede dudar ante el problema planteado por los fenómenos que hemos ido considerando, puesto que éstos, simplemente, no existen, motivo por el que las creencias relativas a ellos «deben» ser fruto de superstición, de ignorancia y de mentalidad retrógrada. Ni siquiera tras la introducción del método estadístico cuantitativo imaginado por Rhine, que ha tratado de someter algunas clases de hechos indóciles a las exigencias metodológicas de la ciencia moderna, el escepticismo académico se ha plegado; por el contrario, ha tenido excusa para encopetarse aún más. Hay ejemplos sintomáticos. Hace años, la autorizada revista *Science* publicó un artículo del químico doctor George R. Price, de la Universidad de Minnesota, en el que, refiriéndose a los fenómenos de percepción ultrasensorial investigados por la escuela de Rhine, sostenía que se convencería de su realidad sólo cuando se efectuará experimento ante un jurado de doce personas declaradamente incrédulas, y con la observancia de ciertas precauciones complicadas descritas por el mismo Price[3].

Sin embargo, no es este escepticismo de tipo macizo y elemental el que puede representar un peligro para el porvenir de la investigación psíquica, que tiene de su parte los progresos y las aperturas que la ciencia va realizando poco a poco, a despecho de los representantes más tenaces del conservadurismo académico. Veremos a continuación de qué progresos y de qué aperturas se trata. Pero, mientras

tanto, conviene decir que la mayor insidia se localiza en el seno mismo del frente que agrupa —o, mejor, que debería agrupar— a los estudiosos de lo desconocido, frente que dista mucho de ser compacto y que se presenta, de hecho, escindido en dos filas antitéticas.

Los motivos prácticos de la diversidad son varios, si bien, en teoría, se reducen a una distinta interpretación del concepto de ciencia y del método científico. Es verdad que juzgando desde el exterior tal situación puede verse uno inducido con facilidad a error, en el sentido de creer que la disconformidad se refiera a una cuestión de rigor metodológico. Si tal criterio de juicio fuera exacto, podríamos decir que, por un lado, están los puristas del método, y por el otro, los de la manga ancha. Pero un más atento examen, por el contrario, devuelve la distinción a sus verdaderos orígenes, que consisten en adecuarse más o menos —en la práctica— a las premisas explícitas e implícitas del monismo físico. De hecho, no sirve para nada admitir (en teoría) la existencia de fuerzas no calificables como físicas, y de fenómenos que se sustraen a las categorías espaciotemporales, cuando uno se encuentra, luego, reducido invariablemente a las estrecheces de un método que será todo lo clásico que se quiera, pero que ha nacido y se ha desarrollado tan sólo en función de una investigación orientada hacia un mundo hecho de materia y de energía. Que este método esté considerado, por cuantos niegan la realidad paranormal, como el único posible, resulta muy comprensible, pero no se comprende cómo puede afirmar lo mismo quien, en cambio, esté orientado hacia una visión más completa de la realidad.

Una actitud de renuncia

Decir a los «puristas» que el método de investigación basado en la libre observabilidad y en la repetibilidad prefijada de los fenómenos no puede aplicarse, evidentemente, a los hechos infrecuentes en cuanto que éstos dependen de supuestos en gran parte desconocidos e incontrolables, les deja por completo indiferentes. Su rigorismo formalista es tal, que tienen todo el aspecto de decir: tanto peor para los hechos indóciles, que nunca pertenecerán a la ciencia. En otros términos, «aceptan deliberadamente reducir el alcance de la ciencia», y esto, precisamente en una época y en un clima en que la ciencia parece madura para abrirse a horizontes más vastos. Se trata de una actitud de renuncia y, como tal, merecería, tal vez, que se intentara una investigación de los motivos inconscientes que pueden determinarla. Pero, a veces, se tiene la impresión de que existen motivos prácticos muy distintos de los inconscientes[4].

Encontramos, por ejemplo, a un Julian Huxley, que nos asegura que los

fenómenos de conocimiento paranormal no pueden explicarse de ninguna manera ni es posible incluirlos en el cuadro general de una teoría científica; a un Robert Amadou dispuesto a afirmar, como ya sabemos, que «ningún fenómeno paranormal de efectos físicos ha sido nunca demostrado científicamente»[5]; y a otros varios imitadores y seguidores. De ello se deduce (desde su mismo punto de vista) que si los fenómenos físicos existen, deben permanecer confinados en un limbo que es el de la incertidumbre y de la suposición. Parece de veras extraño que, en esta avanzada segunda mitad del siglo XX, pueda llegarse a una tan arbitraria confesión de completa impotencia científica para indagar en determinado sector de la realidad. En la larga historia de la ciencia, muchos han sido los replanteamientos y los cíclicos retornos a posiciones que parecían superadas, pero nunca se ha visto un batiburrillo tan contradictorio de veleidades cientifistas y de renuncias aprioristas a la investigación, como el que rezuma esta lacónica afirmación hecha por el profesor L. G. Voronin, titular de la cátedra de actividad nerviosa superior de la Universidad de Moscú, en polémica con el profesor Vasíliev y otros estudiosos rusos de la telepatía: «Un hecho que no puede ser reproducido no pertenece a la ciencia. Por eso, la telepatía no puede ser considerada un problema científico.» (Cfr. *Science et Vie*, enero-febrero 1964.)

Algunos seguidores de esta tendencia (a la que, sólo para entendernos, llamamos «rigorista»), en cambio, presentan el aspecto de haber encontrado el modelo ideal de la investigación en las conocidas experiencias cuantitativas de Rhine, y no parecen dispuestos en absoluto a considerar válido ningún otro sistema de verificación: el que consiste, por ejemplo, en la observación cuidadosa, ocular y sistemática de los fenómenos llamados «espontáneos», muchísimos de los cuales son en absoluto irreproducibles en el laboratorio. En sustancia, aparecen más como los sostenedores de una técnica que como los representantes de una ciencia, si al menos a ésta se le quiere reconocer su principal e indispensable atributo que consiste en pretender contribuir con cualquier medio racional a la progresiva ampliación de los conocimientos acerca de la naturaleza del hombre y del Universo.

En sus formas más exasperantes, esta tendencia rigorista llega, sin más, a descalificar, con incauto y sumario juicio, todo el paciente trabajo de observación e investigación que, aun entre inevitables errores, infatuaciones e interpretaciones incluso, tal vez, delirantes, ha sido realizado en más de ochenta años de estudios psíquicos[6], en ese férvido y aventurero período durante el cual a este tipo de estudios le fueron atribuidos los nombres más diversos (el más afortunado de los cuales fue el de «metapsíquica», acuñado en 1923 por Richet). Para los rigoristas del método, la Era científica, en el estudio de los fenómenos paranormales, se ha iniciado, pues, tan sólo en torno a 1930, y por mérito de la tendencia «cuantitativa»

ideada por la escuela americana, tendencia que, luego se ha convenido en llamar «parapsicológica». En tiempos más o menos recientes, más de un ex sostenedor entusiasta de la metapsíquica se ha alineado en la nueva fila que François Masse llama «de los jóvenes», y hasta aquí nada hay que objetar, porque es evidente que todo el mundo está sujeto a evolucionar y a madurar las propias ideas.

Lo que asombra es que algunos de los juicios más drásticos pronunciados en el coloquio de Royaumont (1956) contra «la Era precientífica»[7] procedan de ex sostenedores de la metapsíquica, y que tales juicios tiendan a invalidar toda investigación anterior, como si la paciente y rigurosa labor desarrollada por personalidades de primera categoría del mundo científico de entonces no valiese lo más mínimo, y no menos valieran las comprobaciones asombrosas y, sin embargo, reales, llevadas a cabo por ellos, así como las hipótesis ingeniosas y tal vez geniales que elaboraran.

En cuanto a los llamados «jóvenes», es verdad que les ha faltado la experiencia directa de algunos de los aspectos más vistosos y asombrosos de la mediumnidad, pero esto no basta para justificar su actitud, que nos sentiríamos tentados de calificar de «reaccionaria», ni la tendencia a infravalorar la importancia de los hechos no comprobados en el laboratorio, con el resultado de ir a caer, prácticamente, en el campo de la incredulidad preconcebida y sistemática, en el que militan los enemigos irreductibles de toda posible ampliación de los horizontes científicos.

Las dos «almas» de la investigación psíquica

Hemos delineado el perfil de una de las dos «almas» —la más reciente— de la investigación psíquica. Está también, naturalmente, la fila opuesta, y en ella militan algunos insignes estudiosos que son mucho más respetuosos con las citadas contribuciones al estudio y no profesan —ni en la teoría ni en la práctica— la incredulidad sistemática, hallándose naturalmente dispuestos a inclinarse ante los hechos de cualquier especie, estén o no comprobados en el laboratorio y con método cuantitativo. (Se entiende que sólo por simplicidad de exposición hemos presentado aquí dos alineaciones y dos tendencias; en realidad, en cada una de ellas convergen mentalidades, premisas culturales e intereses muy diversos, y se entiende, asimismo, que ambos grupos son muy variables y están muy difundidos.) El rasgo saliente que emerge, en cualquier caso, de los informes de varias convenciones, encuentros y congresos nacionales de Italia e internacionales[8] de parapsicología, es la confrontación (a veces, podría hablarse, incluso, de choques) entre las dos concepciones opuestas.

Este trabajo interno no deja de asomar también al nivel de las publicaciones oficiales. Por ejemplo, el profesor C. J. Ducasse, en la recensión del libro de Amadou en el que éste niega, como ya se ha dicho en otra parte, que alguna vez se haya conseguido la prueba de los fenómenos paranormales físicos, objeta gentilmente que, según tal criterio, no pueden considerarse comprobados ni los terremotos, ni las erupciones volcánicas, ni los eclipses[9]. Una interesante puntualización frente a la contraposición arbitraria que tiende a establecerse entre parapsicología y metapsíquica se debe al ya citado François Masse ex redactor jefe de la *Revue Métapsychique*.

«La realidad —escribe— es muy distinta. La parapsicología constituye una parte de la metapsíquica, precisamente la que Richet llamaba metapsíquica subjetiva, que no implica fenómenos físicos…»

Y añade: «En general, los parapsicólogos no creen en la realidad de los fenómenos físicos paranormales, en tanto que la masa de los "metapsíquicos" la juzgan cuando menos posible, muchos, probable y alguno, ya verificada. (…) Yo consideraré más bien bajo otro punto de vista esta divergencia de opiniones, desde el momento que al cabo de muchos años el estudio de los fenómenos físicos está paralizado por falta de sujetos, y dado también que un número muy escaso de investigadores han podido comprobar dichos fenómenos, "se trata, principalmente, de decidir si hay que fiarse o no de los observadores del pasado. Somos muchos los que pensamos que nuestros predecesores no eran, en absoluto, menos capaces que nosotros desde el punto de vista metodológico, y que es una gran ligereza rechazar por principio aquellas de sus conclusiones que no nos gustan"»[10].

Pero es notable el hecho de que las objeciones más persuasivas y fundamentadas contra las concepciones unilaterales de los formalistas del método, procedan de alguna categoría de estudiosos abiertos a la visión general de los problemas, es decir, a las razones de la epistemología y de la filosofía de la ciencia. Conviene tomar en consideración, al menos, las más importantes de tales objeciones.

Según el profesor Maurice Gex, profesor de Filosofía de la ciencia de la Universidad de Lausana, «… la exclusión del método histórico constituiría una grave mutilación para la parapsicología. Un completo fenómeno PSI requiere una descripción circunstanciada y, por tanto, histórica para revelarse con todos sus caracteres constitutivos (…), dado que algunos de ellos, acaso esenciales, podrían escapar a la indagación estadística. (…) "Siempre es la naturaleza del objeto del estudio lo que debe determinar los métodos aplicables a éste. (…) La parapsicología no debe, por una injustificada preocupación de rigorismo científico, desdeñar ningún método"»[11].

Admoniciones y advertencias no distintas las encontramos expresadas por eminentes estudiosos como Giorgio Piccardi, Nicola Pende, Raphaël Sanzio Bastiani, Giovanni Schepis, Francesco Egidi y muchos otros[12], así como por el escritor Aldous Huxley, y resultaría interesante dar aquí alguna indicación, pero resultaría demasiado larga. La preocupación común a todos los citados es que la ciencia se mantenga abierta, que sus miras sean amplias y que el camino de la investigación no se obstaculice a causa de prejuicios. Mackenzie observa, por ejemplo, que «uno de los pocos elementos seguros para determinar el método científico es el de la "objetividad completa", o sea, la falta total de cualquier actitud apriorista por parte del estudioso»[13].

Hay críticas aún más drásticas. El físico inglés Cecil J. Maby, miembro de la Academia de Ciencias de su país, protesta vigorosamente contra el error fundamental de que está viciada la investigación parapsicológica, que consiste, en su opinión, en la presunción —no subrayada por ninguna prueba concreta— según la cual los fenómenos de la vida, de la mente y del espíritu pueden ser considerados en los términos propios de la ciencia mecanicista y materialista, y que consiste, por otra parte, en pretender que dichos fenómenos pueden ser localizados, definidos, mesurados y analizados según los mismos procedimientos utilizados para las manifestaciones físicas[14].

El fetiche de la repetibilidad

A su vez, el profesor Ludwig von Bertalanffy, de la Universidad de California (a quien puede considerarse como un calificadísimo exponente de ese movimiento de ideas que tiende hacia una concepción unitaria del Universo), se expresa así respecto de la «invasión» de la Física[15]: «Hasta ahora, la unificación de la ciencia estaba concebida como reducción de todas las ciencias a la Física, y de todos los fenómenos a los físicos, de conformidad con la moderna tendencia impuesta por la corriente filosófica del empirismo lógico. En realidad, una concepción unitaria del mundo no puede fundarse en la probablemente fútil y ciertamente lejana esperanza de reducir, en definitiva, todos los niveles de la realidad al nivel físico…»

Es la evolución misma del pensamiento científico en su conjunto la que impone ciertas revisiones, eliminando poco a poco aquellas rémoras que Bacon, en su tiempo, llamó *idola mentis*, es decir, el conjunto de prejuicios que obstaculizan el libre desarrollo de ese pensamiento. Hasta ahora, una de esas opiniones preconcebidas ha sido, precisamente, aquella según la cual la Física debería imponer sus leyes y su método a las otras ciencias, pero algunas ciencias se están

desvinculando ya de la tutela indeseada, y entre ellas, la Biología y la Química física. Hay fetiches ya caídos y otros que deberán caer. La Física relativista, por ejemplo, se ha deshecho de los lastres del sentido común, haciendo perder su carácter de absoluto a las categorías espaciotemporales. Durante mucho tiempo, se ha creído que la Naturaleza era un mecanismo regulado por leyes infalibles. Hoy, el principio de causalidad ha sido oportunamente delimitado y ha tenido que ceder su sitio a una interpretación probabilista (lo que equivale a decir que el espíritu cartesiano ha sido desterrado por los aspectos ambiguos y suprarracionales del Universo). Hubo quien se ilusionó con que la ciencia podía investigar con objetividad absoluta. Hoy se admite que en toda investigación y deducción científica hay un margen insalvable de subjetividad, en cuanto que el experimentador «forma parte del experimento»[16].

Por fin —y henos aquí en el punto crucial—, se ha creído que los fenómenos eran observables y repetibles a placer, como suele pasar en Física, pero, luego, se ha descubierto que ciertas categorías de fenómenos, a primera vista condicionados por un estrecho determinismo de tipo fisicoquímico, se revelan inobedientes a nuestras pretensiones de repetirlos en sentido exactamente prefijado, dado que dependen de variables demasiado numerosas, incontrolables y fugaces. En este punto, conviene alejarse por un momento de la parapsicología para adentramos en un campo lejano donde han sido establecidas, recientemente, premisas que son, tal vez, de importancia general, por lo que se refiere a las cuestiones de método en la ciencia.

Se trata de la Química física, en la que se estudian fenómenos inherentes a sistemas en evolución llamados «sensibles» o a «participación cósmica», los cuales dependen de numerosísimas variantes y conocidas sólo en parte y, por tanto, no todas controlables. El hecho de que las variantes de que dependen no puedan ser todas ellas conocidas ni, por consecuencia, controladas, determina que tales fenómenos nunca sean repetibles en sentido absoluto, y ello es como decir que la Química física, de ahora en adelante, deberá considerar sus propios problemas de método de manera autónoma, no pudiendo ya valerse de los esquemas metodológicos demasiado simples y estandarizados que son propios de la Física[17]. En la práctica, es el fin del mito de la repetibilidad absoluta.

Se dirá que esto incumbe a la Química física y no a la parapsicología, pero no es exacto. Según el ya citado profesor Von Bertalanffy, existen leyes y problemas «isomorfos» que conciernen a todas las ciencias, y precisamente «sobre el isomorfismo de leyes de reconocida validez en campos distintos *(op. cit.)* se puede esperar dar un equilibrio más orgánico a los conocimientos demasiado heterogéneos y dispares que caracterizan hoy el campo científico». Un caso

práctico para la aplicación de los criterios isomórficos es, precisamente, éste. En Química física —como también en Biología, en parapsicología y en otras ramas científicas—, a menudo hay que enfrentarse con fenómenos «esporádicos» (como los llama Piccardi), y, por añadidura, dependientes de variantes numerosas e incontrolables.

¿Quién podría repetir a voluntad una sesión bien conseguida de clarividencia o de alta mediumnidad? Basta la existencia (en el primer caso) de una corriente secreta de antipatía entre sensitivo y consultante, o (en el segundo) una actitud puramente mental de hostilidad o de desconfianza de uno de los presentes, para inhibir al médium y perjudicar el éxito del experimento, que se basa en la «fusión» de los distintos psiquismos. Servadio y Tocquet han hecho interesantes observaciones acerca de la inhibición a que están sujetos médiums y sensitivos[18].

Aparte la inhibición, que es un factor negativo, deben estar presentes y operantes en toda situación experimental factores psicológicos «positivos», o sea, aptos para determinar cierta tensión emocional, precisamente de aquellos que, de otro modo, es difícil introducir de manera artificial, en las condiciones del laboratorio. Por esa razón, los médiums —como ha sido comprobado innumerables veces— dan un rendimiento distinto según con qué experimentadores colaboran. Eileen Garrett ha hecho muchas y sensatas consideraciones sobre este tema, sobre todo (lo hemos señalado en el capítulo VI), con relación a los poco satisfactorios resultados de las experiencias realizadas por ella bajo la dirección del doctor Rhine[19].

Y hay también casos más recientes y no menos significativos que los anteriores[20]. Por fin, los garañones sabios de Elberfeld eran en extremo inconstantes en su rendimiento. «Cualquier cosa de nada los turba, los desconcierta, los indispone…», escribe Maeterlinck. Y añade: «Basta que el rostro demasiado barbudo o demasiado severo de un científico no les resulte simpático, para que experimenten un diabólico placer en responder a tontas y a locas durante varias horas o, incluso, durante varios días a las preguntas más elementales.» Probablemente, no se trataba de un capricho, sino de inhibición: o sea, que había algo imponderable y, sin embargo, real que impedía la «fusión polipsíquica» de la que sólo puede surgir esta clase de fenómenos.

El fenómeno paranormal depende, en suma, de variantes que escapan, por su naturaleza, a la posibilidad de una repetición del experimento en condiciones exactamente prefijadas. Y esto implica, por supuesto, la necesidad de que el método clásico de investigación —basado en observabilidades y repetibilidades ilimitadas — esté, al menos, adecuado a un campo en el que intervienen factores imponderables, numerosos y mal conocidos, dado que sobrepasan la esfera del

psiquismo individual. A fin de cuentas, hay ciencias —y, entre ellas, la Astronomía — que se han formado sobre la base de la observación sistemática pura y simple, llevada a cabo en los tiempos y según los modos permitidos por factores absolutamente no dominables. Sin embargo, hoy no sabemos mucho más sobre las leyes del firmamento de lo que se sabe a propósito del pequeño planeta que nos alberga, ni nadie —creemos— se atrevería a negar la existencia de las estrellas *novae* sólo porque no pueden hacerse estallar en el laboratorio.

El estudio de los fenómenos paranormales tiene posibilidades ilimitadas, en el sentido de que puede obligar a muchas otras ciencias a ampliar sus propios horizontes, a renovar los puntos de vista sobre la Naturaleza y el hombre, pero sólo puede hacerlo con la condición de no perder la fe en sí mismo, de no obstaculizar su camino con restricciones o con forzadas concesiones a métodos que son gratos a la mentalidad científica oficial, pero que no pueden resolver sus grandiosos problemas[21]. El estudio de lo desconocido ha conseguido ya algunos triunfos con la institución de las primeras cátedras universitarias[22], pero el camino es aún largo y difícil. Si se renuncia a investigar sobre una parte de la realidad por rancios prejuicios metodológicos, el campo quedará abierto, como dice Victor Hugo, «a los charlatanes y a los imbéciles», quienes tomarán estable posesión[23].

NOTAS — Apéndice

(1) A propósito de los fenómenos parapsicológicos, el profesor Giorgio Piccardi, profesor de Química física de la Universidad de Florencia, en su intervención en la reunión en Florencia sobre el método científico en parapsicología, se expresaba así: "Los hechos que observamos son «esporádicos». No tiene sentido hablar de reproductibilidad, no tiene sentido recurrir a la estadística para valorarlos. Hay, es cierto, casos en los que los métodos estadísticos han conducido a resultados notables: véanse las experiencias del doctor Rhine, de la Duke University de Durham, en los Estados Unidos. Pero en el caso de dichas experiencias, se trataba de controlar la existencia de ciertas cualidades peculiares que existen en cada hombre y, por tanto, que pueden ponerse de manifiesto basándose en la ley de los infinitos." (V. *Bollettino della S. I. P.*, julio-diciembre de 1957, p. 53.)

(2) V. *Proceedings of the SPR*, vol. 50, p. 182, enero de 1953.

(3) *Science*, 6 de agosto de 1955.

(4) Para lo que se refiere a la investigación de las motivaciones inconscientes de semejante actitud, es probable que la misma dificultad de comprensión de los fenómenos paranormales físicos recurra a una forma de pereza que buscará después cualquier justificación en apariencia racional, pero también es cierto lo que observa TOCQUET (*Les pouvoirs secrets de l'homme*, p. 293): "Por lo demás, la mediumnidad física, lejos de ser animada, es, por el contrario, combatida, y no sólo por los «cientifistas» cuyas intenciones pueden ser incluso laudables, sino también por ciertos ambientes de parapsicólogos para quienes «la negación de los fenómenos físicos paranormales sirve para darse un poco de tono. Es una especie de política que ellos creen hábil, una concesión a los llamados racionalistas para predisponerlos (y en eso se hacen ilusiones inútiles) a considerar con cierto favor los fenómenos psicológicos paranormales»." Más y mejor no podría decirse, por más que la palabra "oportunismo" sea antipática.

La observación de Tocquet no es nueva. Hace ya muchos años, Morselli hablaba de una "poda más o menos feroz" mediante la cual algunos cultivadores de la metapsíquica habrían querido hacerla "más presentable bajo el aspecto científico físico".

(5) V. lo que ya se ha señalado a propósito de este asunto en el cap. XVI, y cfr., asimismo, R. AMADOU, *La parapsychologie*, París, 1954. En octubre de 1955, en el *Bulletin de Parapsychologie de la Tour St. Jacques*, el mismo autor escribía: "... existen otros fenómenos extraños, otros misterios que la ciencia no estudia ni puede estudiar".

(6) Cfr. CHAVIN-DUVAL (*Nuestros poderes desconocidos*, p. 215): "Ha habido falsas interpretaciones y teorías locas, eso es cierto. Los espiritistas han sobrepasado ampliamente los límites del buen sentido, lo admito, y han desacreditado la metapsíquica, pero queda un residuo irreductible para el hombre de ciencia imparcial."

(7) En el curso de ese coloquio, algunos oradores pronunciaron, en relación con la materia conocida como "metapsíquica", juicios sumarios de este tipo: *un batiburrillo de mala ciencia y superstición* (E. De Martino), e *indigna predecesora de la parapsicología* (P. Barrucand).

(8) Coloquios o reuniones internacionales sobre temas de parapsicología se han celebrado, entre otros, en Utrecht en 1953; en Saint Paul de Vence, en 1954; en Cambridge, en 1955. En Italia, además de tres congresos nacionales, en 1958 fue organizado en Florencia un encuentro sobre el método científico en parapsicología, en el que participaron directamente —o enviaron comunicaciones y respuestas a cuestionarios— numerosas personalidades del mundo científico italiano.

(9) *The Journal of S.P.R.*, 2 de abril de 1955.

(10) *Revue Métapsychique*, n.º 4, 1956 (cursiva del autor).

(11) Fragmentos de la respuesta del profesor Gex al referéndum organizado con ocasión de la ya citada reunión de Florencia (v. nota 8). Cursiva del autor.

(12) V. al respecto *Bollettino SIP* ya citado en la nota 1. Particularmente interesantes a nuestros fines son los siguientes conceptos expresados en el citado encuentro de Florencia. Giorgio Piccardi: "La ciencia no posee un método válido para el estudio de los fenómenos esporádicos, pero pienso que eso carece de importancia. Téngase

paciencia. No renunciemos, no cesemos de observar, de recoger, de estudiar del modo más objetivo posible los hechos que se nos presenten. Tal vez ellos mismos nos indiquen el camino que debemos seguir.” Giovanni Schepis: “Nos preguntamos si hay experimentación y método experimental sólo cuando, estudiado y aislado el fenómeno y examinadas las causas condicionantes, es posible reproducirlo a voluntad. Apresurémonos a responder que esta condición, esencial en la experimentación fisicoquímica, no es necesaria en absoluto en las ciencias biológicas en general y en la psicología en particular.”

(13) V. *Bollettino* ya citado en la nota 1.

(14) *Light*, junio de 1956.

(15) De una lección radiodifundida a cargo del USIS, en el ciclo “Università per radio G. Marconi.”

(16) Son las consecuencias del principio de indeterminación establecido por W. Heisenberg. Escribe a este respecto TEILHARD DE CHARDIN (*Le phénomène humain*, París, 1955): “Habrá sido una ingenuidad acaso necesaria de la ciencia naciente imaginar que podía observar los fenómenos en sí, como si se desarrollaran independientemente de nosotros. Instintivamente, físicos y naturalistas se comportaban al principio como si su mirada se extendiera desde lo alto sobre un mundo en el que su intelecto pudiera penetrar sin padecerlo ni modificarlo. Ahora comenzamos a darnos cuenta de que incluso sus observaciones más objetivas están impregnadas de convenciones preestablecidas e influidas por formas y hábitos de pensamiento que se han ido desarrollando en el decurso histórico de la investigación. Llegados al extremo límite de su análisis, ya no saben si la estructura individuada es la esencia de la materia que están estudiando, o bien el reflejo de su pensamiento.”

(17) “La comprobación de nuestra incapacidad de fijar todo el conjunto de las condiciones relativas a nuestras experiencias, a nuestros trabajos, y de la capacidad que tenemos para fijar sólo una pequeña parte, en tanto que debemos dejar que las demás condiciones cambien a su capricho y sin saberlo nosotros, nos obliga a reconsiderar el problema de la reproductibilidad de los resultados experimentales. Aquí es donde entra en juego el problema del método.” (De una conferencia sobre *I fenomeni astrofisici e gli avvenimenti terrestri*, pronunciada por el profesor Giorgio Piccardi en la Universidad de París el 24 de enero de 1959.) Semejantes conceptos han sido confirmados a continuación en la I Reunión Internacional sobre las acciones ambientales magnéticas y electromagnéticas en Biología que se celebró en Parma en junio de 1964.

(18) “La sensibilidad aguda de los médiums reacciona con prontitud a las corrientes más o menos simpáticas. Esta es, probablemente, la razón de los frecuentes fracasos de las comisiones académicas nombradas de vez en cuando para examinar las facultades de determinado médium... Quien conozca hasta qué punto los «desafíos» o la indiferencia paralizan la manifestación de facultades infinitamente menos complejas y sútiles (p. ej.: las facultades artísticas creativas, las mnemónicas, etc.), comprenderá, sin más, cuán fundada está la observación.” (SERVADIO, *op. cit*., pp. 39-40.)

Y Tocquet (*op. cit*., p. 109): “... ¿Cuál es el hombre común que podría, por ejemplo, dormirse en su propio lecho o ejercitar funciones sexuales si una docena de profesores universitarios provistos de diversos aparatos de control se instalaran junto a él, en espera de que el fenómeno se produjera? Pues bien, los fenómenos metapsíquicos son infinitamente más delicados, y parece que para su producción es indispensable un ‘clima’ psíquico favorable.”

(19) “Para obtener buenos resultados en el trance y en otras formas de sensibilidad supranormal es necesario, asimismo, según mi experiencia, sufrir un estímulo debido a la energía que emana del objeto, o al interés, la simpatía o el deseo de los individuos que participan conmigo en un experimento.” (EILEEN GARRETT, *op. cit*., p. 212). Y añade: “... No puedo hacer uso de una verdadera clarividencia de improviso, y tras una orden.”

(20) V., en particular, el distinto rendimiento del sensitivo B. Downey, según colaborara con G. W. Fisk o con D. J. West (*Journal of the Society for Psychical Research*, setiembre de 1956; y *The Journal of the Amer. S.P.R.*, enero de 1955). Por lo que se refiere a la importancia del factor “simpatía” v. las interesantes experiencias realizadas por M. Anderson y R. White con cartas Zener, en algunos ambientes escolásticos americanos (*The Journal of Parapsychology*, setiembre de 1956 y junio de 1957), V., también, art. de J. LANGDONDAVIES sobre el papel del “agente” en los fenómenos de percepción extrasensorial (*Journal of the S.P.R.*, setiembre de 1956).

(21) Toda limitación del campo de observación de los fenómenos, aunque sea debido a prejuicios metodológicos, reduce, al mismo tiempo, la necesaria amplitud de miras y, por tanto, perjudica el valor de los resultados. Esto entra, por lo demás, en el axioma establecido por Heisenberg; según el cual “el observador

forma parte del experimento”. Cfr. los conceptos de Teilhard de Chardin señalados en la nota 16 de este cap.

(22) Cátedras o cursos de parapsicología existen en la Duke University, en Durham (Carolina del Norte, USA); en Friburgo (Alemania); en Utrecht (Holanda); en la Universidad del Litoral, de Buenos Aires; en el Instituto Superior de Montevideo (Uruguay) y, aunque sea con otra denominación, en la Universidad de Leningrado.

(23) VICTOR HUGO, *Contemplation suprême*.

ILUSTRACIONES



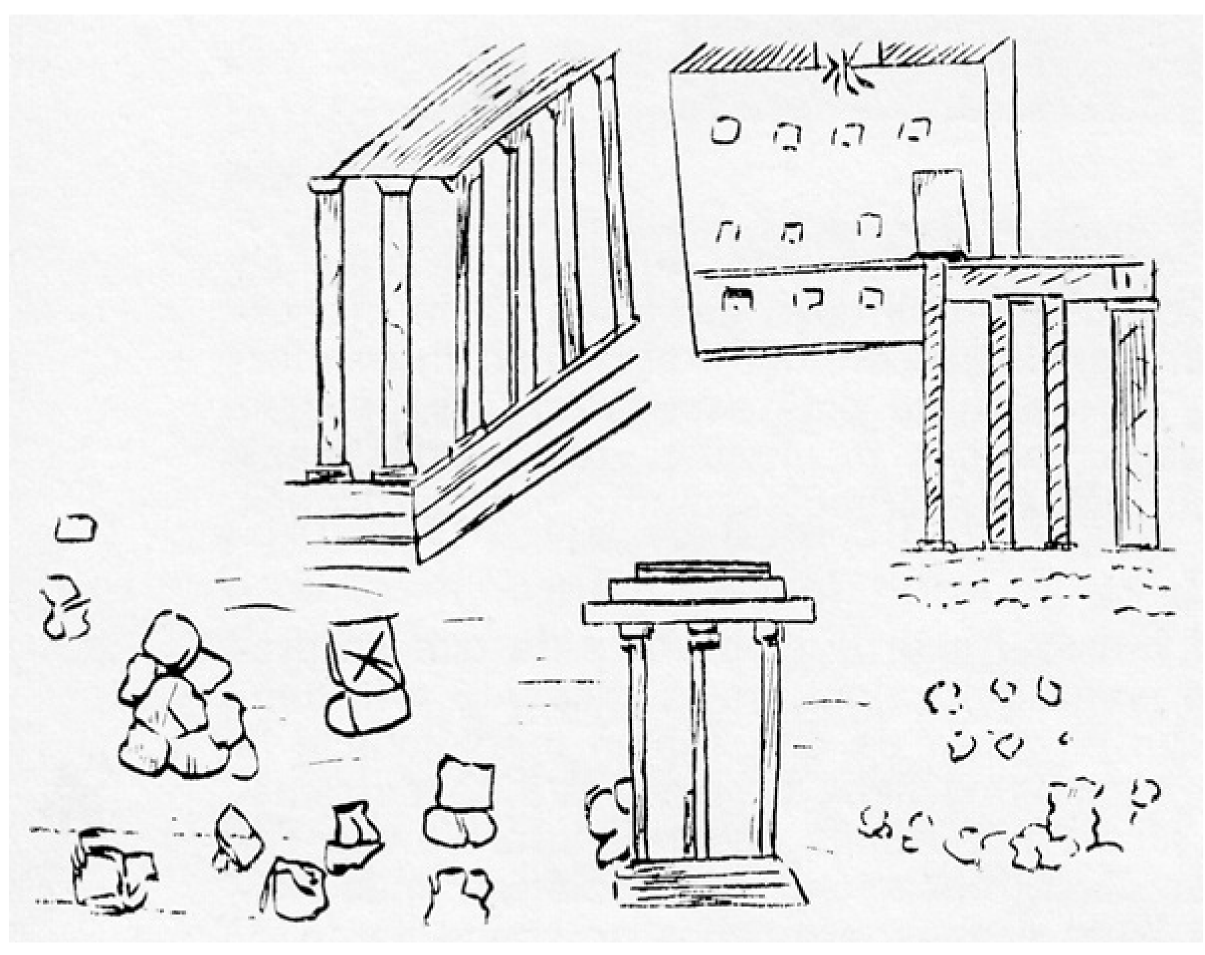
Los «telediagnósticos» de Pasqualina. La sensitiva de Civitanova Marche posee la singular facultad de poder controlar a distancia, mientras se halla en trance, el estado de salud de cualquier persona cuya dirección se le proporcione. Hela aquí fotografiada mientras está «visitando» a un paciente internado en el hospital de Fabriano, y cuyo nombre está escrito en el papel que la vidente sostiene en la mano izquierda. Las facultades telediagnósticas de Pasqualina Pezzola han sido controladas escrupulosamente por calificados estudiosos de la parapsicología.



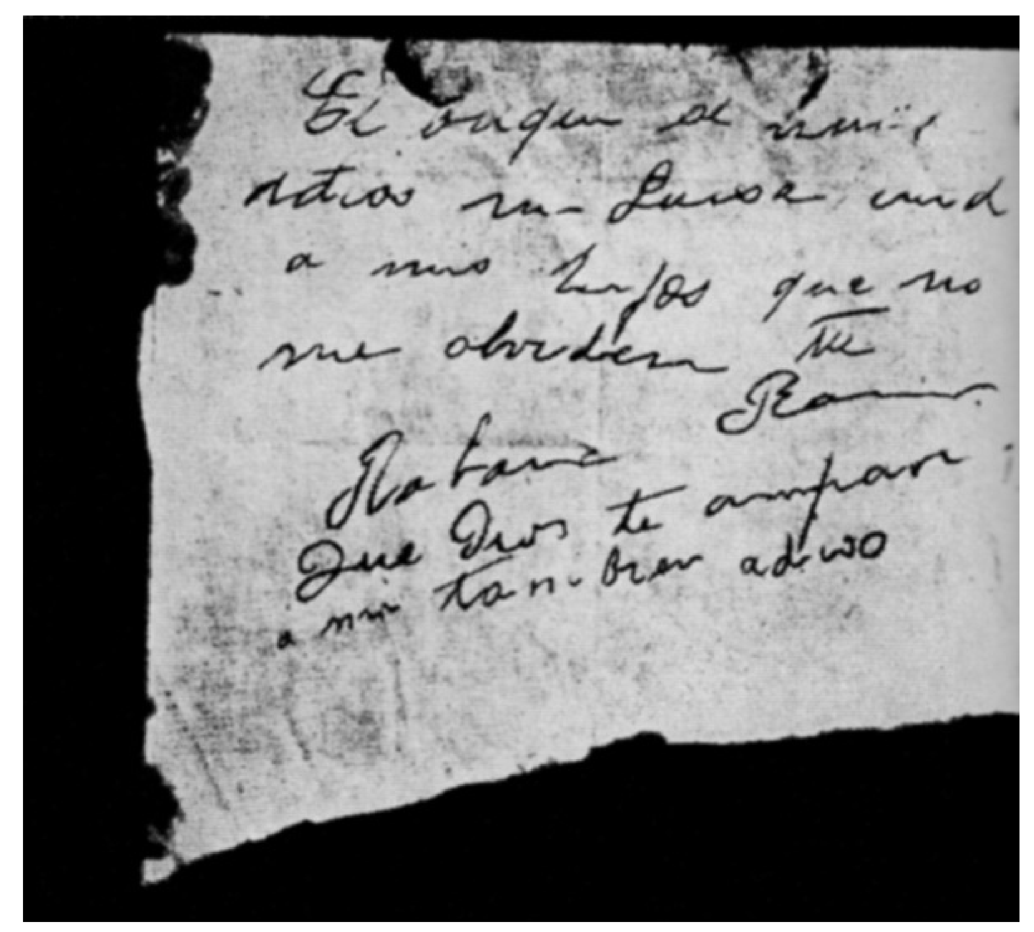
Las incursiones de la mente en el futuro. Algún tiempo antes de que se produjera la horrenda catástrofe de la presa de Vajont, se le presentó a la sensitiva boloñesa Maria Lambertini, en el curso de una sesión mediúmnica, la visión precognitiva de una gigantesca jofaina llena de agua que se derramaba desde una altura, esparciendo muertes y ruinas en la llanura situada debajo. Esta visión la llenó de terror. A continuación, le pareció ver a la médium algunos féretros alineados y, junto a ellos, a muchas personas llorando. La sensitiva ha evocado en este dibujo su angustioso sueño precognitivo.



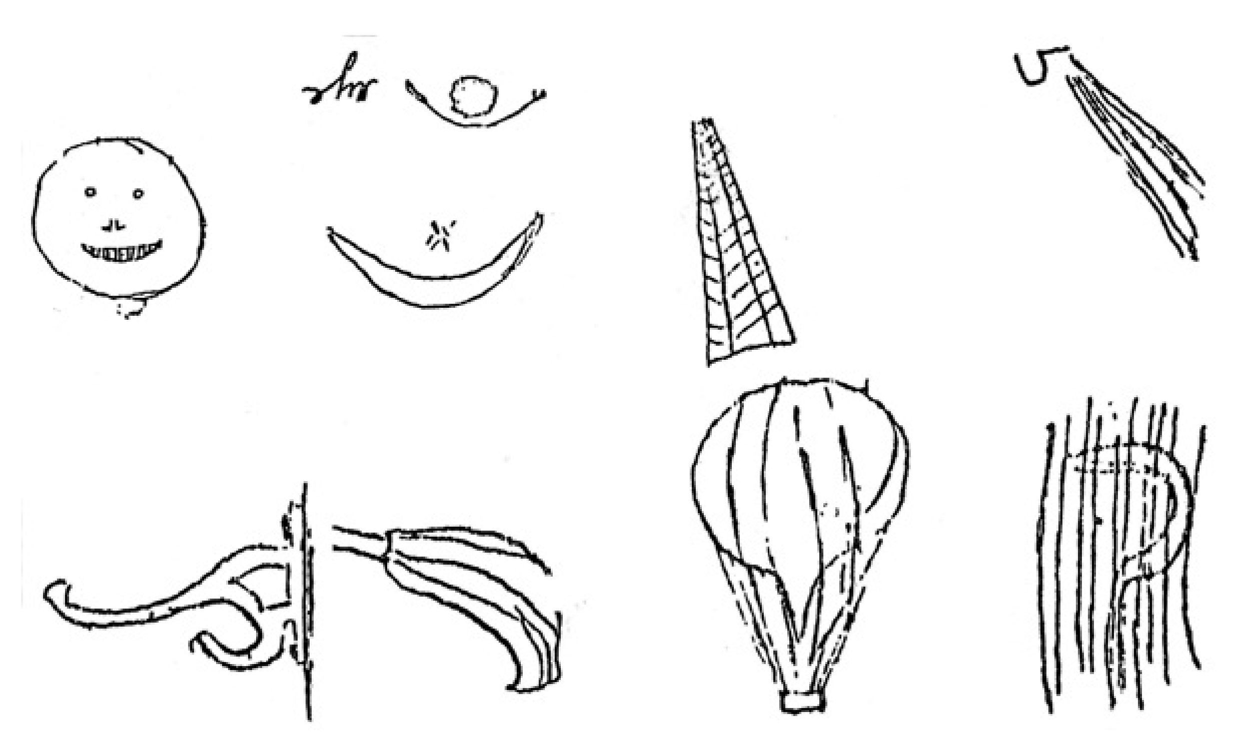
La mujer que viajaba en en el tiempo. La sensitiva mexicana Maria Reyes de Z. poseía la singular facultad de revivir, en el curso del trance hipnótico, acontecimientos y situaciones del pasado con la simple ayuda de un objeto material que hubiera tenido alguna relación con los hechos evocados por ella. Un fragmento de mármol recogido en el Foro romano, junto a los restos del templo de Cástor y Pólux, bastó para suscitar en María la visión de las ruinas muy claras (foto superior) de las cuales, después, a petición del experimentador, profesor Gustav Pagenstecher, realizó el dibujo que reproducimos en la página siguiente (de *I misteri della psicometria*, ed. Feltrinelli).



La mujer que viajaba en en el tiempo. *Ver página anterior.*


[illegible]
[illegible]
a mis hijos que no
me olviden tu
[illegible]
[illegible]
Que Dios te ampare
a mi tambien adios

[Hizo la crónica póstuma de un naufragio](#). Mientras se hallaba en trance, le fue entregado a la sensitiva Maria Reyes de Z. el fragmento de una carta que unos marineros habían encontrado encerrada en una botella que flotaba en el Atlántico. La vidente describió entonces, con extraordinario realismo la desesperación de los pasajeros de un trasatlántico que había sido hundido en 1917 por los alemanes. Se refirió, en particular, al autor de la carta, de quién reconstruyó su estado de ánimo y sus pensamientos. Aquél era, en efecto, el mensaje póstumo de un náufrago que no se había salvado.



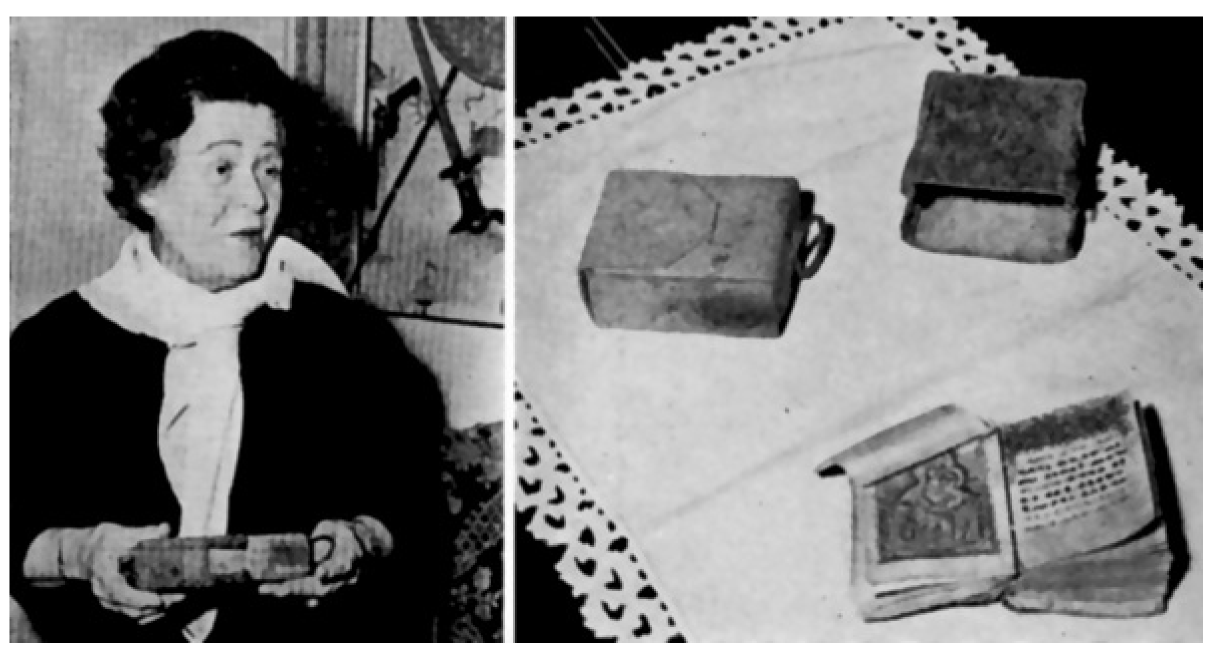
Las facultades «televisivas» de la mente. El novelista Upton Sinclair consiguió establecer, en una serie de célebres experiencias, desarrolladas en colaboración con su esposa y con otras personas, que la mente de un sujeto telepáticamente receptivo tiene la posibilidad de captar, aunque sea de manera un tanto imprecisa, la imagen de un dibujo sobre la que se haya detenido tan sólo de modo fugaz la atención de otro sujeto lejano. En los cuatro grupos de dibujos qe reproducimos, cada una de las imágenes situadas a la izquierda corresponde con el dibujo «teletrasmitido»; las de la derecha son las imágenes «recibidas».



Una encuesta radiofónica sobre la telepatía. En un ciclo de emisiones organizado en 1949 por la «Società Italiana di Parapsicologia», en colaboración con la Radio italiana, algunos sensitivos se esforzaron por «trasmitir» las imágenes de algunos objetos, entre ellos la planta (izquierda) y la estatuilla del camaleón (derecha). Algunas imágenes y sensaciones percibidas por los radioyentes resultaron más o menos acertadas, aunque con las deformaciones inevitables. En lugar de la planta, por ejemplo, alguien habló de una estrella de mar. La imagen del camaleón determinó en otros la percepción de una blancura sorprendente.



Más rápida que una calculadora electrónica. Kumari Shakuntala Devi, la joven india dotada de prodigiosas capacidades para el cálculo mental (a la izquierda, tras la mesa), ha dado innumerables pruebas de su valía. Hela aquí en un aula de la Universidad de Roma, mientras es presentada por el orientalista Toddi a un público de periodistas y estudiosos. Antes de afrontar el alud de preguntas y problemas aritméticos, la joven india se concede algunos instantes de recogimiento según la técnica yoga, a fin de movilizar los recursos latentes de la mente.



Escucha «el lenguaje» de las cosas. Una vez, le fue entregado a la sensitiva romana Sandra Bajetto un estuche de cuero basto (a la izquierda), sin ninguna indicación de su contenido. Sin abrirlo, la señora Bajetto asumió inmediatamente una actitud recogida, como de plegaria, y reconstruyó paso a paso una escena de ambiente abisinio, hablando de un penitente que se arrastraba de rodillas en las proximidades de un templo redondo. En efecto, el estuche encerraba un Evangelio copto (derecha) escrito y miniado por un anacoreta abisinio que lo había llevado colgado del cuello durante muchos años.



El dibujo prodigio. La psicología clásica no ha conseguido aún darnos una explicación satisfactoria de fenómenos como el de los niños prodigio, los cuales poseen, a veces, nociones y capacidades que nadie les ha enseñado jamás. Tal es el caso de Gianni Cavalcoli, de Ravena, autor del dibujo que reproducimos. A los cinco años había ya «producido» decenas de miles de dibujos, en algunos de los cuales eran representados animales desconocidos y figurados en posiciones extraordinariamente realistas, como los «équidos» en fuga desordenada que aquí vemos.



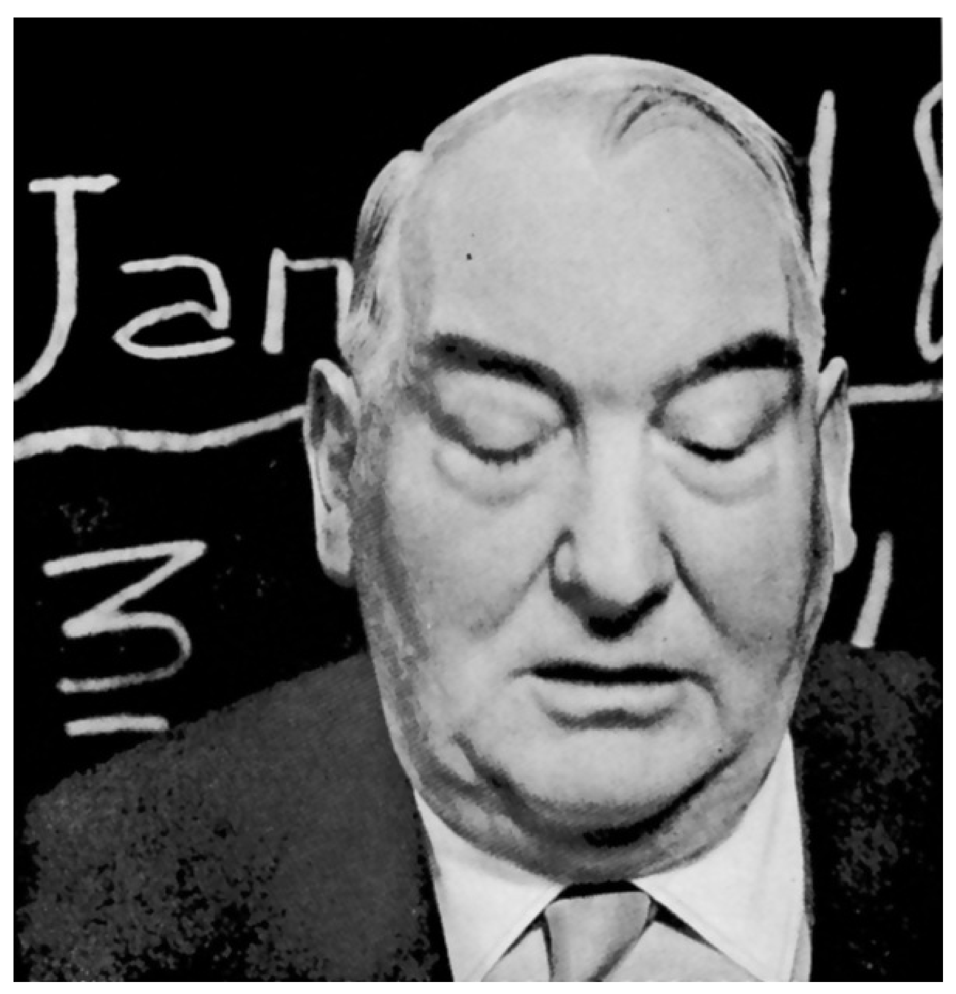
El arte inspirado por «fuerzas ocultas». A la sensitiva Iris Cànti, de Milán, no le gusta la pintura, pero es obligada a pintar por fuerzas ocultas que, por lo que parece, le imponen el estilo y los temas a tratar. Las mismas fuerzas se reservan, por otra parte, indicar a qué personas deben ser cedidos los cuadros. Como todos los pintores llamados «metafísicos», también Iris Cànti actúa como mero instrumento del inconsciente, para lo cual se relaciona, probablemente, con entidades desconocidas del pasado. Para el cuadro aquí reproducido —que se titula *A punto de arribar a puerto*—, las entidades han indicado como destinatario a Federico Fellini, a quien, en efecto, le ha sido cedido.



Una alegoría de buen augurio. Sólo cuando la obra está concluida, las entidades revelan a Iris Cànti lo que podríamos llamar significado «oficial» de los cuadros pintados por ella. Según las explicaciones dadas a propósito de la alegoría que reproducimos que se titula *La salvación de la Humanidad*, los ojos estilizados (abajo) representan «la raíz del saber divino»; la llama (centro) es la del amor celeste que calienta el corazón humano; las manos son las de la Providencia, que lo protegen. En cuanto al augurio más feliz, viene representado por las cinco palomas de la paz. Las otras producciones de Iris Cànti parecen, a veces, inspiradas por un simbolismo de tipo reencarnacionista.



La pintora de almas. Se trata de una señora sienesa que se hace llamar *Atalanta di Campofiore*. Muy dotada como sensitiva, se ha dedicado durante años a cierto género de pintura metapsíquica inspirada casi exclusivamente por rostros y perfiles humanos retratados en significativas expresiones de ansiedad, nostalgia, espera o sufrimiento. Según algunas interpretaciones, corresponderían a personas fallecidas y desconocidas de la pintora, pero que, en cualquier caso, habrían sido identificadas por los parientes. Muchos cuadros de pintores metapsíquicos, y entre ellos los de *Atalanta di Campofiore*, fueron expuestos hace algunos años en un certamen organizado por el profesor Francesco Egidi, presidente honorario de la SIP.



Amaba los números y los pájaros. Se trata del industrial francés Lidoreau, desaparecido hace poco: un sujeto estudiado por el profesor Tocquet, y presentado incluso en la Televisión. Cada noche, para calmar los nervios antes de coger el sueño, Lidoreau se proponía un problema de análisis indeterminado de notable complejidad, y lo resolvía en un instante. Otra de sus grandes pasiones la constituían los pájaros, que obedecían inexplicablemente a su requerimiento.



Paseos sobre carbones ardientes. En Langadhà, Macedonia, la fiesta de santa Elena y san Constantino es celebrada cada año con el insólito rito *pirobazía*, en el que los miembros de la secta de los anastenarides se pasean descalzos y sin recibir quemaduras sobre espesas capas de carbones ardientes. Tales ceremonias han sido recogidas más de una vez en documentales cinematográficos, uno de los cuales ha sido realizado por el doctor Piero Cassoli, de Bolonia. Fenómenos como éstos sirven para demostrar que los poderes latentes de la mente pueden modificar en ocasiones el efecto de algunas leyes fisiológicas y típicas que, equivocadamente, se tienen por absolutas.



Petrificaba de golpe a los animales. Con un simple gesto de la mano, el faquir Tahra-bey conseguía hipnotizar a un conejo y sumirlo en un estado de rigidez cataléptica que transformaba al animalillo en una especie de estatua; y éste no podía recobrar el movimiento hasta que el faquir le restituía la libertad mediante algún pase magnético. Las *tournées* de Tahra-bey, que se exhibió en las principales ciudades del mundo, se han hecho famosas.



Hacían volar las piedras. Hace algunos años, dos niñas de Omignano (Vallo di Lucania) —las hermanas Alida y Santina De Matteo— se convirtieron en el centro de un prolongado caso de mediumnismo caracterizado por lluvias de piedras, levitaciones de piezas de vajilla y vuelo de otros objetos domésticos. Los fenómenos paranormales de este tipo se encuentran entre los más frecuentes que se conocen, como resulta del aluvión de crónicas que se ocupan del asunto. Hechos análogos han acaecido, por ejemplo, en el verano de 1965, en Altessano y en Mombercelli d'Asti. En la foto contigua vemos a la pequeña Alida entendiéndoselas con una «piedra voladora».



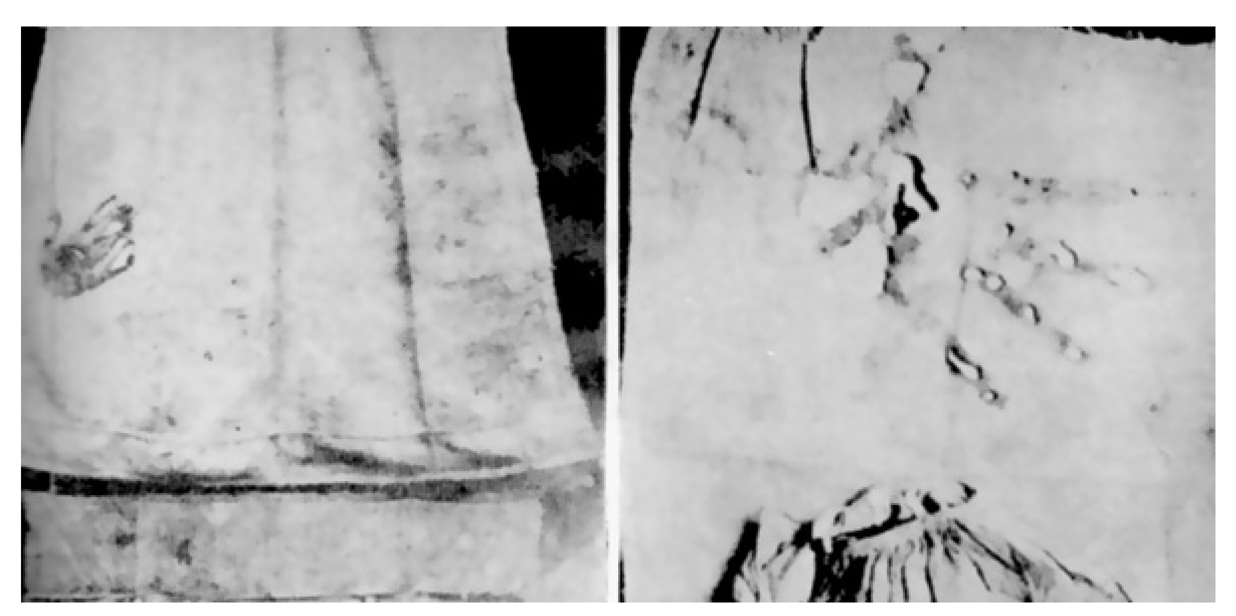
La mente domina la materia. Entre las experiencias más notables y serias sobre la mediumnidad con efectos físicos, cabe destacar las del profesor Giuliano Ochorowicz con la médium polaca Stanislawa Tomczyk que en estado de trance, era capaz de hacer levitar un par de tijeras (como en la foto) o, incluso, de detener a distancia (o de volver a poner en movimiento) el péndulo de un reloj bien cerrado en su caja. A veces, llegaba a conseguir parar la bolita de una ruleta en un número sugerido. Otras capacidades extraordinarias que poseía consistían en los «aportes» y «transportes» de objetos.



Materia prima para los fantasmas. El médium Domenico Musso en estado de trance profundo, mientras emite materia ectoplásmica por la boca. Se trata de una sustancia fluida que es expulsada del cuerpo por ciertos médiums con efectos físicos, y de la que se sirven, para materializarse, los fantasmas que se crean algunas veces en el curso de sesiones mediúmnicas. Este género de fenómenos, en otro tiempo bastante frecuentes, hoy apenas se verifican. (Esta foto ha sido gentilmente cedida por el profesor Giorgio Tron.).



Fotografía de un «desdoblamiento». En esta extraña fotografía, el objetivo ha conseguido captar la formación inicial de «doble» ectoplásmico que pertenece, probablemente, al sujeto hipnotizado que está en pie. A horcajadas sobre el otro sujeto, asimismo hipnotizado y, por añadidura, en estado cataléptico, se halla el autor del experimento: el entonces sargento primero Giovanni Andalini, hoy notabilísimo sanador.



Las huellas de fuego. A veces los fantasmas dejan trazas físicas de sus apariciones, como en el caso de las huellas de fuego impresas hace siglos en los vestidos que se hallan en la iglesia del Sacro Cuore, en Roma. A la izquierda: la señal dejada por la mano de la difunta sor Clara Scholers (muerta en 1637) en el delantal de su hermana de claustro María Herendorps, del monasterio benedictino de Vinnenberg. A la derecha: impronta análoga dejada en la camisa de dormir de José Leleux, de Wodecp Mos (Bélgica) por su madre difunta, que se le apareció la noche del 21 de junio de 1789.



Despertada por el fantasma de su hijo vivo. Al alba del 7 de setiembre de 1943, la señora Maria Cortese, de Luongo, se despertó sobresaltada y vio a los pies del lecho a su hijito de ocho años que en aquel momento debería encontrarse en la colonia montañera de Frasso Helesino. Le oyó pedir auxilio y, luego, vio que la imagen se desvanecía. Pensando en una siniestra advertencia, partió inmediatamente y consiguió salvar a su hijo de una situación muy peligrosa.



La danza de las hadas. Un caso que conmovió Inglaterra: el documento gráfico de la presunta existencia de pequeños seres femeninos y alados que habitarían en los bosques y que se dejarían ver y abordar sólo por ciertos niños. La niña en torno a la cual danzan las pequeñas hadas es Elsie Wright, de Cottingley. La foto había sido obtenida por su compañera Frances Griffith. Sobre este episodio y sobre otros análogos, Sir Arthur Conan Doyle, que estaba absolutamente convencido de la autenticidad de los hechos, escribió artículos y libros.



Las criaturas vivas de la mente. He aquí otra pequeña hada que danza en torno al rostro de Frances Griffith. Parece que las dos niñas estaban verdaderamente convencidas de ver a las hadas y de jugar con ellas. Muy probablemente, se trataba de un sueño con los ojos abiertos: uno de esos sueños mediúmnicos que, en sujetos particularmente dotados, producen el insólito efecto de conferir una consistencia semimaterial a las imágenes evocadas por la mente.



Los sueños creativos del médium. Fotografía de un presunto fantasma que se habría materializado en Turín, el 19 de noviembre de 1909, en el curso de una sesión con la notable médium Linda Gazzera, a la que alguien acusó de haber cometido fraude en más de una ocasión. La aparición fue precedida de fuertes golpes dados contra la mesa. Según el acta de la sesión, se habían tomado todas las medidas posibles de control.



Proceden de la dimensión ignorada. Los médiums con efectos físicos poseen el singular poder de dar vida, aunque sea de manera efímera, a las «improntas» o «clisés astrales» dejados en el universo psíquico por los que ya no existen. Los fantasmas mediúmnicos no serían, pues, otra cosa que realizaciones estereoplásticas de las imágenes evocadas por el médium en el curso de un sueño retrospectivo y clarividente. Pero se trata de acontecimientos bastante raros, lo que explica por qué algunos médiums, al no conseguir producir este género de fenómenos, han tratado de cometer fraudes y han sido desenmascarados. Parece que los médiums pueden engañar, a veces, incluso inconscientemente.



Extravagancias de espíritus molestos. Las crónicas de lo ignoto registran de vez en cuando las rebeliones de los objetos domésticos a las leyes inmutables y antiguas de la estabilidad y de la inercia, y casi siempre este género de acontecimientos se verifica cuando está presente un niño o un adolescente dotado de mediumnídad física. Así sucedió en agosto de 1956 en Ramàt, en el valle de Susa (Italia), en casa de un matrimonio anciano que hospedaba temporalmente a Georges Bellone, un muchacho italofrancés de catorce años (izquierda) y en mayo de 1951 en Brembate (Como), en casa del comerciante Locatelli (derecha). Por lo general, estos ciclos «infestantes» son breves y concluyen, de hecho, al cabo de algunas semanas.



El misterio de las casas encantadas. Pero existen también casas en las que las manifestaciones de lo ignoto continúan verificándose en ciclos que se repiten cada decenio o, incluso, cada siglo. Tal es el caso famoso del Jardín botánico de Siena (foto superior), que la opinión popular ha relacionado con una antigua leyenda de contenido trágico; o el de la «casa endiablada de Cumiana» (foto página siguiente), donde nadie consiguió habitar tras la muerte de un presunto «mago» que la había construido, y ello debido a que era frecuentada asiduamente, según la opinión común, por espíritus malvados y por demonios. Por fin, fue demolida.



El misterio de las casas encantadas. *Ver página anterior.*



Los caballos sabios de Elberfeld. Se llaman *Muhamed* y *Zarif*, y son dos de los famosos caballos calculadores de Elberfeld, instruidos por el señor Krall. Como a menudo sucede en las relaciones entre maestro y escolares, los dos alumnos equinos alcanzaron a poseer capacidades absolutamente inesperadas, demostrando poder resolver al instante problemas cuya solución hubiera requerido un tiempo parecido para cualquier ser humano. Se trata de una de tantas manifestaciones de una misteriosa sabiduría que puede ser alcanzada por vía mediúmnica por la «mente difusa».

En la foto: el caballo *Muhamed* dedicado a golpear con el casco, valiéndose del alfabeto tiptológico, las respuestas a los problemas aritméticos que se le proponían.



La fuentecilla encantada. Hay en Treviso un médium potentísimo con efectos físicos. Cuando sale a pasear con los amigos por los alrededores de la ciudad, las piedras se animan y toman extrañas iniciativas, como sucedió cierto día en que el médium y sus amigos se acercaron a esta pequeña fuente, a la que arrojaron distraídamente algunas piedrecitas. Mientras montaban de nuevo en el coche para alejarse, las piedrecitas, aún mojadas, fueron proyectadas hacia atrás y golpearon la carrocería.

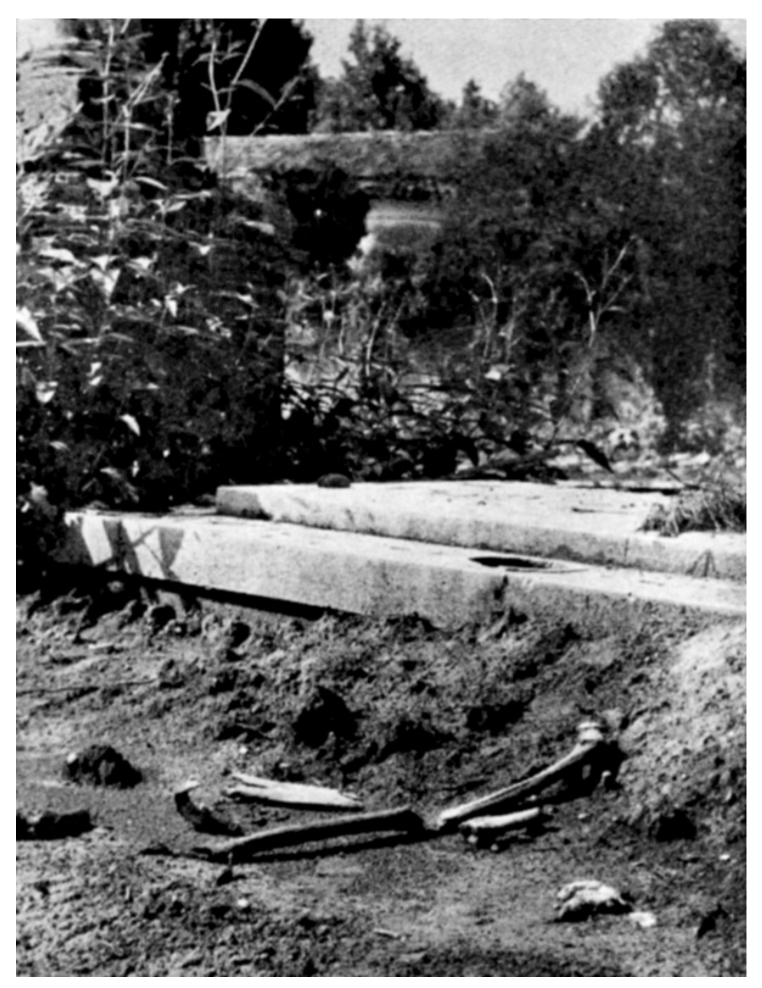


Un juego organizado desde la otra orilla. Una vez, en presencia del mismo médium con efectos físicos, las gafas del señor Alfredo Beltrame, de Treviso, se desprendieron por sí solas de su natural soporte y desaparecieron. Tras búsquedas largas y afanosas, fueron halladas por el mismo propietario en el interior de su automóvil, que había dejado aparcado tras haberlo cerrado herméticamente y haberlo bloqueado con un dispositivo antirrobo.

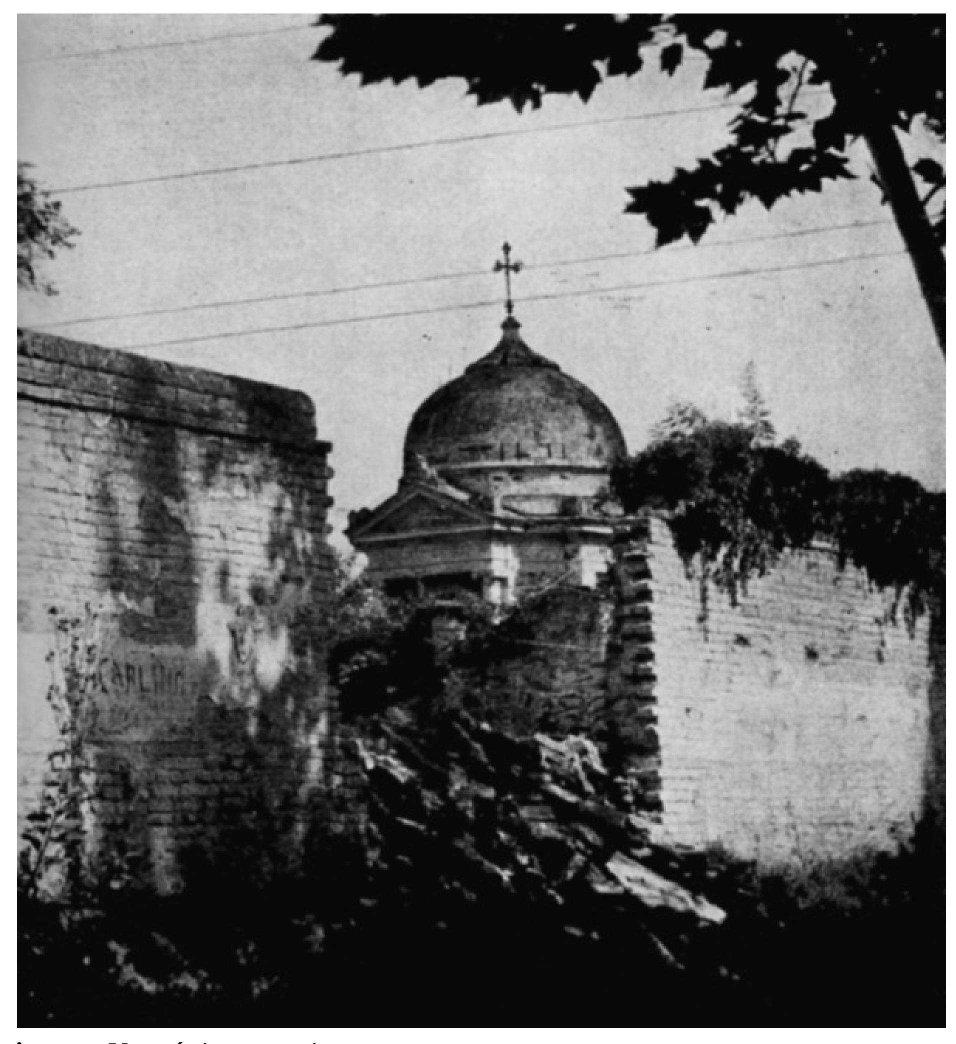
La intención juguetona de las ignotas entidades que, a veces, animan las sesiones mediúmnicas es un factor que interviene, a veces, en este tipo de manifestaciones .



Dos amigos de lo desconocido. Son el geómetra Bruno Lava (derecha) y el urólogo doctor Cino Boccazzi, muy notorio incluso fuera de Italia por la invención de ciertos aparatos para el diagnóstico y, asimismo, por su pasión arqueológica y por sus actividades deportivas (es alpinista académico). Además de todo esto, el doctor Bocazzi encuentra tiempo para ocuparse, como estudioso destacado y sereno, de algunas manifestaciones de las fuerzas naturales desconocidas.



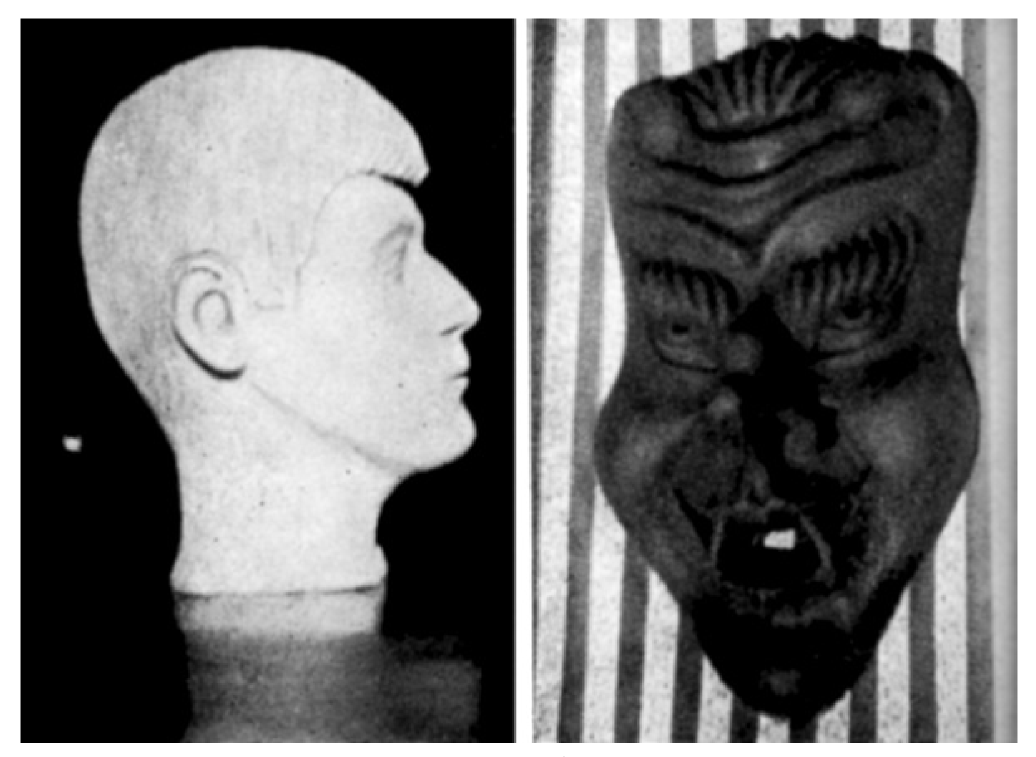
El cementerio sin paz. En este pequeño y olvidado cementerio de la época napoleónica, que se encuentra en los alrededores inmediatos de Treviso, se han verificado algunos de los hechos más memorables de mediumnidad física que se han referido en el libro, y todos en presencia de testigos calificadísimos. Una vez, al anochecer, una de las muchas lápidas arrancadas de aquel cementerio se elevó en un vuelo tranquilo y solemne para ir a colocarse junto a un grupito de personas allí presentes, entre las que se hallaba el doctor Cino Bocazzi y el médium del que ya se ha hablado.



El cementerio sin paz. *Ver página anterior.*



Del zurcido a la escultura. Un día, mientras paseaba por las orillas del Reno, la sensitiva boloñesa Maria Lambertini, de profesión zurcidora, oyó una voz interna que la invitaba a recoger de la orilla del río cierto fragmento de creta maleable, y a llevarlo consigo. Jamás se había ocupado de escultura, ni alentaba veleidades artísticas. No obstante, fue inducida por la misma «voz» a modelar aquella creta, en la que, en brevísimo tiempo, se delinearon los rasgos de su hijo (pagina siguiente, a la izquierda). A esta primera experiencia siguieron otras del mismo género, hasta el punto de que el arte del zurcido ha sido poco a poco desatendido en beneficio del mucho más comprometido de la escultura.



Esculturas de elegancia clásica. Maliciosas cabezas de faunos, máscaras semejantes a las del teatro griego, extrañas caras de vampiros sonrientes y benévolos: tales son los motivos corrientes del arte de Maria Lambertini, en cuyo modesto patrimonio cultural nada hay que pueda justificar este particularísimo género de inspiración. Críticos y profesores de materias artísticas han quedado estupefactos por la naturalidad y la pericia reveladas por tales producciones. ¿Cuál es la oscura génesis de estas vocaciones artísticas súbitas y arrolladoras que florecen a una edad más que madura? Es un problema al que no resulta fácil responder.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. R. C.
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona

(*) Véase *Nuestras facultades desconocidas*, en "Enciclopedia Horizonte", Plaza & Janés, S. A., 1970